Todo lo que NO quiero para Navidad

Isabella Marín



Todo lo que no quiero para Navidad

Isabella Marín

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Todo lo que no quiero para Navidad*
© *Isabella Marín*

Edición publicada en noviembre del 2025

Diseño de portada y contraportada: *Adyma Design*
Corrección: *Correctivia*



TODO LO QUE NO QUIERO PARA NAVIDAD

ISABELLA MARÍN

~ Índice ~

~ Índice ~
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo 1
Epílogo 2

Regalo navideño

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65

66
67
68
69
70
71
72
73
74
Epílogo
Epílogo
Epílogo
Agradecimientos
Otros trabajos de la autora
Malditos propósitos de Año Nuevo
Solteros de Manhattan

Capítulo 1



—*Navidad, Navidad, puta Navidad. Sube el precio del jengibre porque estamos en Navi-DAD. Navidad, Navidad…*

Dejo de cantar y repaso los adornos con el ceño fruncido.

¿Dónde estará el ángel que compramos en el mercadillo de Winter Park?

Me pongo a revolver entre las cajas que acabo de subir del garaje. El ángel no aparece. Seguro que se lo llevó Paul. El divorcio es casi tan odioso como la Navidad.

A falta de otra cosa, agarro una estrellita blanca al azar y trepo a la escalera para coronar el árbol.

No sirve. ¿Por qué iba a servir?

La lanzo al suelo sin contemplaciones, bajo refunfuñando y busco otra cosa que pueda utilizar.

Mi aspecto es deplorable. No tengo tiempo para vanidades. Soy una madre soltera de cuarenta y cuatro años con una crisis nerviosa incipiente, una casa por adornar y una tarta que hornear para la fiesta sorpresa de un soltero.

La quieren con forma de pechos. Tres veces han insistido en que necesitan que los pezones sean muy grandes.

Sí, yo puse la misma cara de ¿QUÉ COJONES…?

¿De dónde se supone que voy a sacar yo unas cerezas tan grandes en pleno mes de diciembre? Los tíos están todos mal de la cabeza. Es una bendición que yo esté soltera. ¿Quién necesita a otro hombre que le rompa el corazón?

—*Navidad, Navidad, puta Navidad. La ciudad se ha atascado porque estamos en Navi-DAD.*

—Mamá, ¡cállate ya! Estoy haciendo un directo en Instagram.

Mi hija, Abbie. Hormonas desatadas y piercings en sitios que prefiero no conocer.

A los dieciséis años, ya tiene novio con moto propia y montones de seguidores en las redes sociales —en las que me ha bloqueado el acceso—. De mayor, quiere ser *influencer* de moda. La próxima Olivia Palermo. Tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—¡No estaría de más que me ayudarais con el árbol, chicos!

Recordar que el año pasado hicimos esto los cuatro, como una familia normal, duele en el alma. Hubo risas cómplices y chocolate caliente.

Este año solo estoy yo. Ni siquiera tengo vino. Ya me he bebido todo lo que encontré en los armarios.

Os haré un breve resumen de lo que ha sido mi vida desde que Paul, mi ex marido, trasladó sus cosas a un pisito de soltero.

Primera hora de la mañana: preparar el desayuno para mis hijos. *Nuestros* hijos.

Mediodía: llanto.

Media tarde: llanto, culebrón y vino. A veces, bombones, si el prota del culebrón lleva a cabo alguna acción súper romántica.

Noche: preparar la cena. Que esté a punto de convertirme en una madre soltera alcoholizada no implica que mis hijos tengan que cenar algo calentado en el microondas.

Medianoche: más llanto y más vino.

El único líquido que queda en esta casa desde mi horrible divorcio —aparte de la leche y la lejía— es el coñac de Paul.

Decidí conservarlo porque me gusta demasiado olfatearlo cada vez que me siento sola y perdida. Me recuerda a él. Aunque, dadas las circunstancias y la presión navideña que siento ahora mismo…

—Hum.

Después de todo, el coñac y todo lo que hay en aquí me pertenecen ahora, ¿no? Lo dijo un señor con toga.

Me giro y acaricio con la mirada la elegante botella erguida sobre el aparador. La luz ambarina se quiebra en los bordes irregulares del cristal, proyectando destellos dorados sobre las fotos familiares que reposan al lado. Es como si cada recuerdo atrapara un fragmento distinto de la luz.

Ahí están las fugaces pruebas de que Paul y yo fuimos felices en algún momento.

Me olvido de la dichosa botella y observo su sonrisa con la tristeza de siempre. Soy débil, lo sé. Patética, incluso. No está bien echar de menos a tu ex.

—*Ho ho ho*, pequeños elfos —me sobresalta el entusiasmado locutor de la emisora que tengo sintonizada para que esta parafernalia de adornar el árbol se me haga más llevadera—. ¿Os habéis enterado? Pese a la ola de calor inusual que estamos sufriendo estos días en la Costa Este del país, los meteorólogos prometen nieve por Navidad, así que no desesperéis. Tendremos un buen fuego en la chimenea y Navidades blancas como las de antaño. Dejemos que el inigualable Frank Sinatra nos lleve de vuelta a tiempos más simples.

Ah, por el amor de Dios. Qué exasperación. Ya está aquí otra vez. Como cada año por estas fechas. *Have Yourself a Merry Little Christmas*, chimeneas encendidas e hijos desagradecidos que abandonan a sus ancianos padres —de solo cuarenta y cuatro años — porque les ha salido un plan navideño mejor.

Pero no perdamos la ilusión.

En alguna parte, en medio de la aurora boreal, Papá Noel se eleva con su trineo dorado conducido por la magia incansable de nueve renos y esparce sobre nosotros sacos enteros de felicidad en estado puro, que hará que todos nuestros deseos se cumplan antes de Año Nuevo.

¿Creéis que lo que se respira en la ciudad es contaminación de los tubos de escape? Pues no, malpensados. Es ilusión y esperanza.

Ugh.

A veces me parece que lo único bueno que tiene la Navidad es el ponche.

Aunque solo si está bien cargadito.

—*Navidad, Navidad, puuuuuta Navidad* —retomo mi repertorio navideño mientras, subida a la escalera de madera, intento coronar el árbol con otra estrella—. *Mis hijos se van con su padre y yo soy una pringada MÁS. Navidad, Navidad, puuuta Navidad…*

Lo estoy petando con los villancicos este año. Me salen del alma.

—Mamá, ¡ya te vale! Solo vamos a estar fuera diez días. Deja de hacer un drama de todo.

¿Lo habéis oído?

Según Abbie, eso de *solo serán diez días* debería consolarme.

Pues aquí traigo las noticias de última hora: no me consuela, joder.

¿Por qué? La lista es interminable. Mejor que os la resuma porque estamos en fechas señaladas —y, además, tengo que moldear unos pechos de bizcocho si quiero que mi negocio de tartas *online* despegue de una vez.

Veamos.

Motivo número uno: mi ex marido, su querido padre, nos abandonó el año pasado al acabarse la época navideña —exacto, justo después del chocolate caliente y las risitas—, y no me hace ninguna gracia que a los ingratos de nuestros hijos se les haya olvidado tan pronto.

Motivo número dos: por si fuera poco, llevo desde Halloween entregada en cuerpo y alma a todas sus necesidades. Adornos,

pastelillos con forma de abeto para la fiesta del colegio, regalos para todos, amigos, profesores, hijos desagradecidos; organizar una gala benéfica para que los chicos puedan usar ordenadores en clase, echar una mano con los trajes de un musical…

He tenido que apuntarme —en octubre— a una lista de espera enorme para conseguirle a Abbie el nuevo *iPhone*, que necesita para cumplir su sueño de ser famosa, y en *Black Friday* me pegué con una señora por un par de zapatillas marca *Vans.* Mi hijo Matt no quería ninguna otra cosa, excepto un calzado casi agotado en todas las malditas tiendas.

¿Y qué habrá estado haciendo su idolatrado padre en todo este tiempo?, os preguntaréis con total inocencia.

Pobres angelitos.

Os lo diré.

Tirarse a su novia casi adolescente, eso es lo que estaba haciendo.

Así que, adelante, fusiladme por esperar que mis hijos se quedaran conmigo en vez de con él.

¿Los hijos no deberían solidarizarse siempre con la madre abandonada y, en breve, alcohólica?

No mis hijos. Ellos oyen la palabra *Disneyland París* y mientras hacen las maletas —Matt no, a Matt se lo hago yo todo—, se les olvida por completo que estuve siete horas seguidas saltando como una desquiciada sobre una pelota descomunal, a la espera de dilatar lo suficiente como para poder traerlos a este mundo miserable lleno de genocidios, guerras y contaminación por óxidos de nitrógeno.

¡Y eso que ni siquiera les gusta Walt Disney!

¿Y si ese cabronazo con la crisis de la mediana edad, inicio de calvicie —si el universo escucha mis plegarias— y remordimientos de conciencia por habernos abandonado hubiese mencionado Hogwarts, Inglaterra?

Ah, en ese caso me habrían encerrado en un asilo y habrían firmado el consentimiento para la lobotomía sin tener la curiosidad de leerlo en diagonal siquiera.

¿No es espantoso haber criado a un par de pequeños monstruos egoístas? Seguro que la culpa es de su padre. *Todo* lo que pasa últimamente en esta familia es culpa de su padre.

—Mamá, acuérdate de darle de comer al hámster. Y de limpiarle la jaula.

Justo lo que me faltaba por oír esta semana.

¿Es que no tengo bastante con que me abandonen en plenas Navidades? ¡¿Encima me encasquetan al bicho?!

Me vuelvo hacia Matt con cara de estupor. Le gritaría si no estuviera tan conmocionada.

—Mamá, ¿me has oído? *Justin* necesita que te hagas cargo de él.

Y yo necesito un retiro espiritual, me digo a mí misma.

Dejo que mi cerebro de mujer al borde de un ataque de nervios se recree en la imagen de una playa paradisiaca. ¿Qué tal si le añadimos un mojito y un tipo bronceado y en forma que…?

—¡Ma-máaaaa!

Joder con el niño. Fin de la fantasía. Su vocecita aguda acaba de espantar al tipo musculoso. Miradle cómo corre por la playa en dirección contraria. Nadie quiere liarse con una madre soltera neurótica. Ni siquiera un buenorro imaginario. El futuro pinta mal. Tendré que adoptar un gato. A fin de cuentas, los felinos son tan emocionalmente distantes como los hombres.

—Que sí, Matt, que te he oído —le respondo con voz cansina al molesto ser pelirrojo y regordete que, vestido con la camiseta negra de Metallica que llevaba su padre el día que nos conocimos, se está apartando el flequillo de los ojos, cosa imposible, dado lleva sin cortarse el pelo desde hace cinco meses y ahora parece un vagabundo adolescente. A no ser que le pongamos uno de los clips de Hello Kitty que su hermana es demasiado mayor y demasiado *guay* como para volver a usar, ese flequillo me lo acabará dejando ciego—. No me falla el canal auditivo todavía. Pero me temo que no puedo ocuparme del bich… de *Justin*.

El rostro lleno de granos de mi hijo se tuerce en un gesto de incomprensión.

—¿Cómo que no puedes ocuparte de él?

En el idílico mundo de un chico de trece años, que su madre no pueda gestionar TODO su universo es inadmisible.

—Pues verás, mi pequeño, dulce y adorable Matthew. ¿Recuerdas el día en el que tu padre te regaló a *Justin*, sin consultarme, por cierto? Os dije que les tengo un miedo irracional a los roedores. ¿Lo recuerdas?

—No.

Por supuesto que no. ¿Por qué iba a acordarse de algo de lo que digo?

Salvo que le dijera, cuando aún lo estaba amamantando: *Matt, cuando cumplas los trece podrás ir a patinar con tus amigos a Central Park*.

De eso se acordaría milagrosamente. Debe de tener memoria selectiva.

—Pues os lo dije —continúo, sin permitir que el desencanto se apodere de mí tan pronto—. Así que no puedo hacerme cargo.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¿Tengo cara de estar quedándome contigo? —Me agacho para ponerme a la misma altura que él, y encojo las pupilas hasta que mis ojos se convierten en dos rendijas como suele pasar en los dibujos animados—. Mírame bien, Mattie. ¿Qué te dice esta mueca?

Matt me examina en silencio, la mirada estrecha y penetrante, llena de suspicacia.

—No lo sé. Nunca sé cuándo te estás quedando conmigo.

Dentro de unos veinte años, a este le pondrá los cuernos su mujer y él ni siquiera se dará cuenta.

—A ver, Matt. ¿Recuerdas aquel día en el que se te olvidó cerrar la puerta de la jaula, el bich… *¡JUSTIN!* se escapó y yo me quedé tres horas sentada en vuestro columpio porque me daba pánico entrar en casa?

—No.

A este niño hay que hacerle un estudio cerebral. No se acuerda de nada.

—Pues pasó.

—Pero, ¡mamá!

Como siempre y por este preciso orden, me obsequia con una protesta, un chillido agudo y un golpecito en el suelo con la punta de sus nuevas zapatillas marca Vans.

Tuve que adelantarles los regalos de Navidad porque se van a París.

Lo cual me recuerda lo cabreada que estoy con ellos. Cero favores.

—Mamá, nada. Te llevas al hámster en la maleta. Que tu padre te lo facture —sentencio, orgullosa de la firmeza con la que he zanjado el asunto.

—¡No puedo llevármelo! A Amber le dan pánico.

—Te estoy diciendo que a mí también.

—¡Pero tú eres mi madre!

A-lu-ci-no.

—¿Y quéeeeeee?

—¡Pues que estás obligada a cuidar de mí!

—*De ti*, no de tu irritante roedor, señorito.

—Pero…

—Mamá, ¡¿qué has hecho con mi minifalda de cuero?!

Nada, pero ojalá la hubiera bañado en lejía. Esa falda tiene mucho peligro.

Pido a Matt que espere con un gesto de la mano y me vuelvo hacia mi otra adorable progenie.

—No tengo ni idea de dónde está tu minifalda de cuero, cariño. ¿Qué…? ¿Qué te has hecho en el pelo?

—¿Te gusta?

—Es… Morado. Muy morado.

Demasiado morado.

—Sí. ¿A que mola?

—Pero hace media hora era… rubio. Un rubio precioso. ¿Te has teñido el pelo?

—No. Es una mascarilla de color. Dura diez días. Me la regaló Amber.

—¿La novia de tu padre te regaló una mascarilla de color sin consultarme?

—Mamá, ¡no hagas un drama también de esto! —me chilla, como viene siendo lo habitual—. ¿Por qué siempre te lo tienes que tomar todo a la tremenda?

—Abigail, vas a una ciudad de pervertidos, con el inútil de tu padre, que te perdió en un centro comercial cuando tenías tres años, y ahora tienes el pelo morado por cortesía de su novia. ¿Cómo quieres que me lo tome?

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loca? ¿Qué pervertidos?

—¿Hola? ¿Te suena de algo *Lolita*?

Hice que Abigail se la leyera a los catorce años, para que supiera reconocer a los depravados. Me consta que no entendió nada. La lectura no es lo suyo. Comprenderá el argumento del libro cuando alguien se lo explique en TikTok.

—¡¿Y eso qué tendrá que ver?!

—¿Cómo que qué tiene que ver? Ese libro se publicó en Francia. Es evidente que allí hay mucho pedófilo suelto.

—Mamá, es que no te aguanto cuando te pones así. ¡Estás pirada!

—¿Pirada? Cuando tengas mi edad y comprendas que el mundo es un lugar…

El timbre de la puerta me acalla en mitad de la frase.

Pongo a mis hijos en pausa con un gesto exasperado.

Cómo desearía poder pausar toda mi vida durante un rato. ¿No sería estupendo poder despertarse dentro de diez o quince años, cuando todo esto se haya solucionado por sí solo?

—Quietos. No hemos acabado la conversación, así que no os mováis.

—Quiero mi minifalda —exige a mis espaldas una desafiante Abbie—. ¿Qué has hecho con ella?

—¡Yo quiero que le des de comer a mi hámster!

—Y yo quiero una enorme copa de vino —farfullo de camino a la puerta—. Pero nadie consigue lo que quiere en esta puñetera casa, ¡así que superadlo!

—¡Ma-máaaaaa! —protestan al unísono.

Como uno de ellos diga *mamá* una vez más hoy, juro por Dios que me tiro por la ventana del desván.

Si consigo salir a través de ella.

Puede que no lo consiga.

Donde más se resiente el divorcio es en mis caderas.

Capítulo 2



Mi expresión crispada empeora considerablemente cuando abro la puerta. No aguanto esa mueca lobuna de: *¿lo ves, cielito?, nuestros hijos me prefieren a mí.*

—*Noche de paz* —canta para sacarme de quicio—, *noche de...*

—Que te den, Paul.

—Hola, *Grinchie*.

Mi ex, risueño, se inclina sobre mí y clava un beso rápido en mi mejilla.

No me gusta que se tome esas libertades conmigo. Me abandonó. No tenemos por qué ser amigos. Mi deber es odiarle y su deber es ser odioso. Se acabó la conversación.

—Claro, adelante, pasa, no te cortes —ironizo a sus espaldas.

Se vuelve para sonreírme desde la mitad del vestíbulo.

—¿De qué vas vestida?

—De pirada, según tu hija.

La mitad derecha de su rostro se tuerce en una sonrisa lenta y guasona.

—No le hagas caso. Estás adorable. ¿Qué tienes en la punta de la nariz? ¿Es harina?

No me extraña que me dejara. Parezco un vagabundo esquimal. ¡Y encima tengo la nariz llena de harina! Podría decir que es cocaína, pero nadie se lo tragaría. Soy demasiado buena y *adorable*.

Seguro que Amber se pone mallas ajustadas y tops de los que parecen sujetadores para estar por casa. La novia de mi ex tiene la misma edad mental que nuestra hija Abigail.

—Bueno, ¿y cómo lo llevas?

Dejo de frotarme la nariz como una desquiciada y le dispenso una sonrisa corrosiva.

—Mis hijos me abandonan en plenas Navidades. ¿Cómo crees que debería llevarlo?

—No te pongas así, Katie. Solo son diez días.

—¿Por qué todo el mundo cree que eso de *solo son diez días* debería suponer un consuelo para mí? ¡Y deja de llamarme Katie! No soy tu Katie. *Amber* es tu Katie ahora.

Me da un golpecito en la nariz con la punta del dedo.

—No seas absurda. Tú siempre serás mi Katie, pecosa.

Ugh. Sí que necesito un retiro espiritual. A este ritmo, mi madre va a tener que venir a recogerme después de una rueda de reconocimiento policial. No sé a ciencia cierta a quién terminaré agrediendo, pero Paul me parece un candidato excelente.

Y, Dios, tener a mi madre en casa, esa sí que sería una *Pesadilla antes de Navidad*.

—Sé sensato y guarda el dedo antes de que te lo arranque de un mordisco, anda. No creo que esté vacunada contra la rabia. Mi madre siempre ha sido una hippie. ¡Chicos! ¡Ya está aquí vuestro encantador padre derrochando carisma! Venga, *deprisita*.

Doy palmaditas para animarlos. Cuanto antes desaparezca Paul de mi campo visual, mejor. No quiero cometer ninguna agresión navideña. No me sienta nada bien el naranja que te obligan a vestir en la cárcel. Soy pelirroja natural. Parecería una zanahoria con patas.

—Vaya, qué bonita has dejado la casa. —No le queda otra que cotillear el salón desde el pasillo. Mi moño medio deshecho y mi expresión hosca le frenan el paso—. Muy navideño todo. No creí que fueras a sacar los adornos y el árbol este año. Como los chicos no van a estar…

Le dedico una gran sonrisa falsa, para enmascarar mi fastidio.

—Como bien has dicho, *solo* serán diez días.

—Esa es la actitud.

Para ser honesta, monté la parafernalia navideña con la esperanza de que nuestros hijos cambiaran de opinión en el último momento.

Soy tan ingenua que creí que, si llegaban a ver la casa bonita y navideña, como cuando eran pequeños, se sentirían culpables por abandonarme a mi suerte y dirían algo conmovedor como… *¡que le den a papá y a París, nos quedamos contigo porque eres la mejor madre del mundo!*

Claro que, para hacer algo así, mis hijos tendrían que ser seres humanos con sentimientos y emociones, no monstruos egocéntricos con conexión 5G y cuentas de TikTok.

Un suspiro melodramático me sale de lo más profundo del alma cuando recuerdo con cuánta facilidad se han librado de mí estas Navidades.

Me quedaría absorta en mi pequeño momento de autocompasión, si no fuera porque Paul se está dirigiendo a la cocina.

No me queda otra que seguirle.

No me gusta que se pasee a su bola por la casa. Él ya no vive aquí. Un juez estampó su firma en un documento que dice eso.

—¿No hay Coca Cola Light? —me pregunta, después de haber examinado durante un buen rato el contenido de la nevera.

Mi nevera.

Al girarse, interrogante, me encuentra de puntillas. Estoy fingiendo que necesito algo del armario para que parezca que estoy haciendo algo aquí, además de espiarle.

—Pues no. Como solo la tomabas tú, dejé de comprarla en cuanto te fuiste, *cielito.*

Admito que se ha colado una pequeña pizca de complacencia en mi voz al responderle. No he podido evitarlo.

Paul la capta de inmediato. Es un tío listo.

Me dedica la sonrisa torcida que hizo que me enamorara de él hace veinticinco años.

—Qué mala y vengativa.

Si él supiera...

Hace menos de diez horas estaba sentada en el sofá, con la última botella de vino que me quedaba, negociando con Leonardo DiCaprio el final de Titanic: *escúchame bien, Jack. Si quieres llegar vivo a América, más vale que te cargues a esa puta zorra.*

Todas las copas estaban ya en el lavavajillas, así que tuve que beber a morro, tan bajo he caído. La culpa es de Paul. Ando desquiciada desde que me dejó. Me estoy volviendo oscura. De adorable, nada.

—Seguro que *Amber* te trae tus estúpidas Coca Cola Light —lo provoco con un destello diabólico en la mirada.

—En realidad, hacemos la compra online.

En realidad, hacemos la compra online. ¿No os dan ganas de potar?

Durante nuestro matrimonio, cada vez que me quejé de cargar, yo sola como una gilipollas, cosas del supermercado, él me sugirió que hiciéramos la compra *online*, pero yo siempre me negué porque todo el mundo sabe que es entonces cuando te cuelan los tomates pochos y las manzanas del año pasado que nuestros hijos me habrían escupido en la cara.

—Por supuesto. Vives con una nativa digital que no sabe qué es la lechuga. Entiendo que le dé igual que os la manden podrida. Dime, ¿qué tal lleva tu colon de mediana edad los fideos de sobre?

Mi ex cruza los brazos sobre el pecho, se apoya contra la nevera y me observa con un aire condescendiente que me saca de mis casillas.

Pese a mi irritación, no puedo evitar fijarme en lo atractivo que sigue siendo.

Es injusto.

Incluso después de haberme abandonado, sigo encontrándolo guapo. Alto, en forma, con unos increíbles ojos azules que atrapan cada partícula de luz de esta cocina...

Caray. Cómo desearía que las cosas volvieran a ser como antes.

El pensamiento se cuela en mi cabeza sin permiso, y me odio por pensar algo así, por permanecer anclada al pasado cuando él, claro está, ha superado veinticinco años de relación de golpe.

Me avergüenzo tanto de mí misma que parpadeo deprisa y desvío la mirada hacia un punto abstracto.

Noto que sonríe para sí cuando me pongo a frotar, con la manga de mi sudadera de vagabunda, una mancha imaginaria en la puerta del armario.

Capullo.

—No sé por qué odias tanto a Amber. No te dejé por ella.

Ya. Eso dice. Y, si no miente, es todavía peor que el adulterio.

Que te dejen por otra más joven es llevadero. Casi te lo esperas.

Pero que te abandone porque no es feliz *contigo*, esa sí que es una puñalada en el corazón.

—No odio a Amber —aseguro, felicitándome a mí misma por mi magnífica actuación.

Chúpate esa, Angelina.

Para que quede muy clarito: ODIO a Amber. Tiene todo lo que yo siempre he deseado.

¿A Paul?

No, hombre. Pómulos altos y un culo de escándalo. Que le den al vejestorio de Paul. No vale la pena lloriquear por alguien que te abandona así, sin más. ¿Es que no he lloriqueado lo bastante? Miradme. Parezco una vagabunda.

—Claro que la odias. Pero, si te esforzaras en conocerla, te darías cuenta de que es una buena persona.

Suelto un bufido de camino al fregadero.

—Tiene veinticinco años. No ha tenido tiempo para aprender a ser una buena persona.

Paul suelta una carcajada bronca que me hace estremecerme por dentro.

Me da rabia que algo tan simple como su risa revuelva en mí sentimientos y emociones que deberían hacerse el *harakiri* ya.

Recordar lo felices que solíamos ser resulta demoledor. ¿Por qué las cosas han de tener un fin? La gente muere, el amor se acaba…

¿No es indignante lo de Paul?

Podría haber tenido la decencia de morirse.

Pero nooooo. Él tenía que abandonarme porque *el amor se acaba* y *esto ya no le hace feliz*. Menuda chorrada.

Para mí, el matrimonio iba a durar toda una vida.

Para Paul, duró diecisiete años. Hace casi un año se sentó a mi lado en el sofá, cogió mi mano entre las suyas con un afecto casi fraternal —llevábamos unos seis meses sin montárnoslo, de ahí lo de *fraternal*— y me dijo, todo desconsolado:

—Katie, lo siento mucho, pero esto ya no funciona. Hace tiempo que he dejado de ser feliz.

¿Os imagináis mi cara? Claro que no era feliz. ¡Nadie era feliz!

¿Creía que a mí me hacía *feliz* mi vida? No tenía tiempo para la felicidad porque:

Intentaba sacar adelante un negocio de pastelería online.

Recogía la pocilga en la que vivíamos.

Me hacía cargo de nuestros hijos, con sus decenas de extraescolares, sus dramas adolescentes y sus cada vez más peculiares necesidades.

Hacía tantísimos recados que apenas encontraba diez minutos para mí a lo largo de la semana, que, por cierto, aprovechaba para depilarme las piernas con las cuchillas que le robaba a Paul porque nunca me acordaba de pedir cita para hacerme la cera. ¡Menudo planazo!

Pero la vida de los adultos es complicada. Uno es feliz a los veinte, cuando pone en práctica gran parte de las posturas del

Kamasutra y le caben las caderas en unos pantalones de ante de la talla treinta y seis.

A los cuarenta, lo más cerca que consigues estar de la felicidad es cuando tu médico de cabecera te dice que aún no te toca hacerte la colonoscopia.

—¿Qué quieres decir con eso? —conseguí preguntar mientras intentaba tragarme el estupor.

—Cielo, me parece que quiero el divorcio.

Sufrí un ataque de pánico al enterarme de cuál era su propósito para el Año Nuevo.

Paul acabó llamando a emergencias. El pobre corderito creyó que me estaba dando un infarto. En fin, es que no podía respirar y me estaba poniendo muy pálida.

Cada vez que lo recuerdo, quiero esconder la cabeza en la arena como los avestruces.

Solo de pensar en mi reacción —¡Sé lo que hiciste las últimas Navidades, Katie Archer!— me sacudo con grima.

—Cariño, que tenga veinticinco años no viene a cuento —oigo a Paul, el del presente—. No me enamoré de su edad.

—Claro que no. ¡Te enamoraste de sus tetas firmes! —le suelto, indignada.

El padre de mis hijos, también conocido como mi pesadilla más recurrente, suelta una especie de risa incrédula y niega para sí.

—Kate, venga ya. Tú sabes que yo no soy de esos.

—¿No eres un viejo verde? No sé qué decirte.

—Venga, Katie. Me conoces mejor que nadie en el mundo. Eres la única persona que me conoce de verdad.

Supongo que tiene razón. Le vi llorar cuando le diagnosticaron ELA a su hermano, y también emocionarse el primer día de cole de Abigail porque nuestra niña se estaba haciendo mayor demasiado deprisa.

Compartimos tantísimas cosas a lo largo de estos veinticinco años que ahora no sé muy bien cómo seguir sin él. Es como perder una parte de ti mismo.

Lo que más me fastidia de nuestra separación es que la cercanía y la intimidad no han desaparecido sin más tras firmar los papeles de divorcio.

Odio que siga comportándose como si aún fuera mi mejor amigo.

No puede ser tu mejor amigo alguien que te rompió el corazón sin miramientos, alguien que escogió estar solo porque incluso la soledad le resultaba más atractiva que la idea de seguir viviendo contigo.

Joder, duele demasiado.

—¡Chicos!, ¡moved el culo de una vez! —les rujo a esos dos remolones. Necesito desesperadamente perder de vista a su querido progenitor. Empieza a faltarme el aire otra vez. Ha vuelto esa presión rara en el pecho.

—Oye, cualquiera diría que quieres que me vaya. ¿Qué te apetece que te traiga de París?

Tu cabeza en una pica no estaría mal.

Está bien, dejaré de ver *Juego de Tronos*. Me vuelve demasiado sanguinaria.

—Con traer de vuelta a mis hijos sanos y salvos me basta y me sobra.

A Paul se le empieza a abrir el rostro en una sonrisa lenta y afectuosa. Como no quiero que eso me haga pensar en vete tú a saber qué mierdas del pasado, agarro una jarra al azar y la relleno con agua del grifo.

Ahora tendré que fingir que voy a regar el cactus. Espero no cargármelo. Ya fingí regarlo el martes, cuando este ser molesto vino a llevarse a Matt a un partido de baloncesto.

—Eso ha sonado muy dulce. ¿Qué vas a hacer estas Navidades?

Buena pregunta. Aún no lo he decidido. Lo más probable es que vacíe un par de botellas de vino. Quizá me dé tiempo de leer algún libro.

Pero, por Dios, que no sea *Lolita*. Me pone enferma.

—No lo sé. Todavía no he hecho planes —admito mientras vierto un poco de agua en la maceta del pobre cactus.

Acaba de florecer. No había visto una flor de cactus hasta este año. Es bonita. Amarilla. Que algo tan pequeño y delicado crezca en medio de todas esas púas y que, aun así, conserve su belleza, me infunde esperanza.

—Decidas lo que decidas, espero que lo pases bien. Por fin vas a tener algo de tiempo para ti.

—Hm. Sí. Vosotros también. Disfrutad mucho de París y de Disneyland. Estoy segura de que te lo vas a pasar muy bien con los niños.

—No te olvides de Amber.

—Tranquilo. La he incluido en la categoría *niños* —se la devuelvo con dulzura.

Paul está riéndose a carcajadas cuando por fin salen nuestros hijos de sus respectivas guaridas.

—¿Pasándolo bien? —se sorprende Abbie, que nunca ha perdido la esperanza de que su padre y yo volvamos a estar juntos.

Al mismo tiempo, adora a Amber. Mi hija es una rarita. No sé cómo pretende que Paul y yo volvamos a formar una pareja estable si su madrastra adolescente no desaparece del panorama. Ni que fuéramos mormones.

—Tu madre es muy divertida y ya sabéis lo mucho que disfruta metiéndose conmigo. Bueno, ¿listos o qué? No me gustaría perder el vuelo.

Mis hijos se vuelven hacia mí con caritas compungidas.

No cuela. Si estuvieran compungidos de verdad, no llevarían maletas en la mano.

Al enterarme de que planeaban cometer alta traición en fechas que dejan a una mujer recién divorciada demasiado sensible, tuvimos una discusión de lo más acalorada.

Yo les eché en cara lo cruel que era dejarme sola en Navidad para irse con el cretino que nos había abandonado las Navidades pasadas. Ellos se defendieron con argumentos muy sólidos.

Escuchar a Abbie gritarme: *¡aterriza, mamá!, ¡te abandonó a ti, no a nosotros!* resultó bastante demoledor.

Comprendí que mi hija de dieciséis años es bastante más perspicaz que yo. Paul me abandonó *a mí*. Soy yo la que desentona en este cuadro.

Un día tu vida parece perfecta.

Y a la mañana siguiente te despiertas y resulta que has dejado de encajar. Ellos siguen yendo de acampada a las cataratas, como cada verano de los últimos siete años, pero tú has de quedarte en casa preparando pepinillos en vinagre porque no sois una familia mormona y Paul solo puede tener a una mujer en el asiento del acompañante.

No basta con que te dejen tirada como si fueras una chaqueta vieja que ya no encaja con su estilo actual.

No. Encima, te excluyen de la vida de tus hijos.

Ahora ese lugar lo ocupa A M B E R, la rubita guapa de mente abierta que le compró la píldora a tu hija menor de edad sin tener la decencia de consultarlo con ninguno de sus progenitores.

Qué episodio, por cierto.

Paul y yo tuvimos una disputa de campeonato. No nos gritábamos así desde la universidad. Me puse histérica. ¡Mantén apartada a tu novia de mis hijos antes de que me los corrompa o les compre crema para las ladillas! Porque, si Abigail va a usar la píldora y no condones como la gente normal, ¡eso es lo más probable!

No estoy muy orgullosa de mi reacción. Mi subconsciente hunde la cara entre las palmas cada vez que se acuerda de las burradas que le solté ese día por teléfono.

Me las apañé para parecer la típica ex mujer arpía que tiene celos de la jovencita que ahora ocupa su lugar.

Juro que fui incapaz de evitarlo. Jamás había sentido tanta ira.

Ni siquiera después de asimilar que Paul no iba a formar parte de mi vida nunca más. Se había acabado lo de acurrucarse entre sus brazos para susurrarle *buenas noches, amor*.

Y también lo de gritarle *¡¿pero por qué no has sacado la basura, so cerdo?! ¿Es que a ti no te huele?*

—Anda, iros ya. Y llamad en cuanto aterricéis —les pido, dándome por vencida.

Los muy ingratos vienen a abrazarme. Está bien que demuestren algo de arrepentimiento. Hace un cuarto de hora estaba convencida de haber gestado a un puñado de sociópatas.

—Mamá, siento mucho dejarte sola estas Navidades.

Le dedico a Matt una mirada suspicaz.

—¿Lo dices porque quieres que te alimente al hámster?

—No. Lo digo de verdad.

Su cara de pena consigue conmoverme. Mi pequeño…. A pesar de esos granos y su bigotillo de pelusa, sigue siendo mi niño.

—Mami, te echaré de menos —me lisonjea Abigail, que a estas alturas ya habrá metido la mini falda en la maleta.

Hago pucheritos.

—Yo también te echaré de menos a ti, calabacita. Te pondrás la mini falda de cuero en contra de mi voluntad, ¿a que sí?

—Es la que mejor me sienta, mamá.

—Ya lo sé, cielo. Pero ten cuidado. Los tíos son todos unos cabronazos.

—Oye, oye, oye. Un poco de respeto, ¿no?

—TODOS, Abigail —insisto, haciendo caso omiso de la protesta de Paul—. Menos nuestro pequeño Matthew, que es un angelito, ¿a que sí, mi amor?

Los niños se echan a reír. Su padre, a mi lado, pone los ojos en blanco y niega para sí.

—Bueno, chicos, venga, despediros de mamá. Tenemos que irnos.

Ugh. Puto Paul. ¿Por qué no le cae un rayo encima como en los dibujos animados?

Me aferro a sus cuerpecitos con fuerza, resistiéndome a dejarlos marchar, e inspiro sus tiernos olores a suavizante, champú y algo perfecto y maravilloso que no sabría describir; algo suyo, la esencia de la felicidad, supongo.

Se están haciendo mayores muy deprisa. Estas serán las primeras Navidades de su vida que pasarán lejos de su madre. Tengo ganas

de llorar a moco tendido.

—Os quiero un montón, chicos.

—Y nosotros a ti, mami.

—Sí, mamá. Te quiero.

—Me encanta cuando nos llevamos todos bien. Os quiero.

Paul nos envuelve a los tres en un gran abrazo.

—Paul, largo —gruño entre dientes, con cara de perro guardián asesino.

Mi ex abre los ojos y me mira todo ofendido.

—Pero…

—Ya me has oído. Tú no pintas nada aquí.

—¿Estás de guasa?

—¿Parezco estar de guasa? Mírame bien, cielito. Fíjate en esta cara, Paulie. ¿Qué te dice?

Hace un gesto de rendición con los párpados y se aparta, resoplando.

—Está bien. Os espero fuera, chicos. Mamá está de mal humor hoy.

Se marcha barboteando algo sobre la *monstruación*.

Sonrío, encantada. Se los lleva a París, sí, pero siguen siendo mis niños.

Así que gano yo.

Dejadme que os diga que el divorcio es una constante y cruel competición por demostrar quién es mejor padre de los dos.

¿Que uno les aplica un castigo? Pues el otro se lo levanta.

¿Que uno dice que no al hámster? El otro va y se lo compra.

El divorcio es peor que la Navidad.

—Adiós, mamá.

—Adiós, Mattie.

—Te llamaremos.

—Más os vale, si queréis que os mencione en mi testamento.

Apenas puedo creerme lo formalitos y buenos que se los ve. Ya me gustaría a mí encontrarme con esta actitud los sábados por la mañana, cuando les pido que recojan sus respectivas pocilgas.

—¡Pasadlo bien, chicos!

Me quedo en la puerta, sonriendo.

—Adiós, mamá.

—Adiós, peques.

Los despido con la mano, aguantando el tipo hasta que el coche de su padre se aleja calle abajo.

Poco a poco mi sonrisa empieza a menguar.

Cuando me quiero dar cuenta, la cara se me ha torcido en un berrinche.

Qué horror. ¡Se han ido de verdad!

Entro en casa hipando, corro hasta la ventana del salón y mi llanto se convierte en ruidosos sollozos. Ahí fuera solo hay una calle vacía.

¡Dios mío! ¡Es oficial!

Voy a pasar, por primera vez en toda mi vida adulta, las Navidades conmigo misma.

Cómo odio la puñetera Navidad.

No me extraña que Scrooge se volviera tan huraño. Seguro que sus hijos se habían largado con su ex a París.

Capítulo 3



—¿Cómo lo llevas, cielo?

—Estoy fatal —le respondo a Karen, sin tomarme la molestia de adornar la verdad. El bar está petado de gente y yo solo quiero volver a casa y ponerme mi pijama de felpa calentito. Llevo un vestido negro que no me ponía desde antes de tener a Matt y creo que mis neuronas se extinguen en masa al verse privadas de tanto oxigeno de golpe. Las tetas se me salen por todas partes—. Odio volver a la soltería. No es para mí. Yo necesito una pareja para toda la vida, como los pingüinos.

—Lo de los pingüinos dura para siempre porque no tienen un algoritmo que les enseñe fotos de otros pingüinos, solteros, guapos y triunfadores, que viven en la cercanía —esclarece Connie.

—¿Y por qué siempre navegan por el Mediterráneo con la camisa abierta y barba súper sexy? —plantea Maddie, encantada con el cambio de tema—. Los hombres, no los pingüinos. Mi hermana se divorció hace dos años y todos los tíos con los que queda cuelgan la misma clase de foto en su perfil. Cielo, ¿te has planteado darte de alta en Tinder?

—¿Tinder? Dios… ¡No! En 2008 caminé hacia el altar con la certeza de que mi matrimonio iba a durar para siempre. Solo era una chica delante de un chico. ¿Y ahora tengo que darme de alta en Tinder? Es deprimente.

—Creo que necesitamos un brindis —nos frena Karen, nada conforme con el rumbo que ha cogido la conversación—. Vamos a brindar ¡por la libertad!

Mis amigas juntan sus margaritas en el centro de la mesa.

No me queda otra que sumarme al ritual, aunque no me apetezca en absoluto brindar por mi matrimonio destrozado.

—Para que conste, yo no necesitaba *libertad*. Estaba muy bien casada. Es mi ex marido el que necesitaba ser libre, el grandísimo hijo de… Mira, no voy a abrir ese cajón.

—Cariño, pasa de él. Plantéatelo de esta forma: tu matrimonio era la guerra. Ahora que han acabado las bombas, empieza lo bueno.

La optimista de Karen. Que sigue felizmente casada.

Al igual que Maddie.

Al igual que Connie…

Al igual que todo el puñetero mundo en Connecticut, menos yo.

—Escuchad. No quiero que os sintáis desplazadas, chicas, pero creo que voy a necesitar amigas solteras con las que irme de fiesta los fines de semana en los que Paul se lleve a los chicos. Seré una versión cuarentona de mi madre. Qué deprimente.

Hundo la cabeza entre las manos, pero Karen me obliga a parar.

Por lo visto, no estamos aquí para lloriquear mis penas. Ya vale de relamerse las heridas.

Mis amigas dicen que la vida, la mejor parte de ella, al menos, comienza a los cuarenta.

Si la etapa a la que se refieren se inicia tras un divorcio que tú no querías, un hogar desestructurado y dos hijos con futuros problemas de abandono paterno, entonces la afirmación es cierta.

—No te vengas abajo, Kate. El divorcio era lo mejor que podía pasarte.

—¿En serio? ¿Y cómo es que yo no lo veo?

—Porque sufres shock postraumático. —Maddie siempre tiene que respaldar a Karen en todas sus afirmaciones. Karen en el alfa de su relación—. Es como si hubieras estado en Afganistán.

Vuelvo la cabeza hacia ella con las cejas fruncidas.

—¿Afganistán? ¿No es un poco fuerte la comparación?

—¿A que no aguantarías la idea de tener una cita con un tío ahora mismo?

Me giro hacia Karen. Estoy sentada justo en medio de las dos y está claro que les resulta demasiado fácil comerme el coco con su hipótesis. Soy vulnerable. Podría caer en las garras de una secta en cualquier momento.

—Pues… no.

Mi amiga despliega las manos sobre la mesa, como si la teoría ya hubiera quedado demostrada.

—Un clarísimo cuadro de shock postraumático, señoras y… Constance. —Connie pone mala cara al no verse incluida en el término *señoras*, pero Karen pasa del tema—. Los soldados oyen un petardo y se tiran al suelo. Tú ves a un tío soltero lleno de testosterona y te pones en alerta máxima. Madeleine tiene razón. Tu matrimonio era Afganistán. ¡Por la libertad!

No sé si pretenden consolarme o es que planean invadir Esparta.

—Entonces… ¿no necesito amigas solteras?

—Cariño, nosotras somos tus mejores amigas. Siempre nos tendrás. Iremos a todos los bares que haga falta para acompañarte en tu búsqueda del amor. Seremos tus cómplices. Te protegeremos de los peligros de las citas de *Tinder* y de las estafas amorosas de Facebook. Opinaremos con sabiduría, no hablo en nombre de Karen, sobre todos tus ligues. —Lanzadas la promesas con el entusiasmo de un político en campaña electoral, Connie, la *no* señora, comprueba su móvil y hace una mueca de exasperación—. Joder. Tengo que irme. El inútil de John no puede con las niñas. Dice que están poseídas. Seguro que el muy mamón las ha sobornado con helado de chocolate para que se coman los guisantes.

—¿Lo ves? —Extiendo las manos sobre la mesa con una sonrisita que lo dice todo—. Soy una mamá divorciada en un barrio de parejas felices. Afrontémoslo. Ya no encajo aquí. Tendré que mudarme. Probablemente, a Alaska.

Connie suspira.

—No desesperes. Esto no volverá a pasar. Es un caso aislado. Contrataré a una niñera, una muy poco atractiva para que John no se marque un Ben Affleck delante de las niñas y me las deje traumatizadas de por vida. La próxima fiesta la celebraremos en Las Vegas. ¡Y que venga el reparto completo de Magic Mike a despelotarse para nosotras!

Me echo a reír al verla tan animada. A veces la risa es como un escudo. Sirve para que la gente no pueda ver lo que de verdad sientes.

Connie me planta un beso descuidado en la mejilla y sale pitando.

—Tienes que dejar de meterte tanto con ella —le pido a Karen en cuanto nos quedamos las tres solas.

Nunca se han llevado bien. Chocan en absolutamente todo.

Karen es republicana. Connie recogió votos para Hilary con un entusiasmo abrumador.

Karen se queda en casa ocupándose de los niños. Connie solo esperó dos meses después de tener a las gemelas para ponerse a recorrer el barrio en busca de mansiones que vender en su pequeña inmobiliaria.

Karen cree que el sexo es para la gente de veinte años. Connie disfruta de una vida sexual plena, con su marido y… con otros.

El cual sospecho que es el principal motivo de indignación de la conservadora —y un poco estirada— Karen.

—¡Tiene un matrimonio abierto!

Si no lo suelta, revienta.

Hace tres meses que estamos al tanto del acuerdo de John y Connie y en todo este tiempo Karen no ha hecho más que rumiar al respecto. Por fin se pronuncia.

—No es nuestro problema. Si a ellos les funciona…

—¿Y si nosotras también lo tenemos —intenta Maddie mediar el conflicto—, solo que nadie nos lo ha notificado?

Karen suelta un bufido.

—No seas absurda. Charlie jamás me pondría los cuernos.

Karen pertenece a la liga del rifle. Esperemos que a Charlie nunca se le ocurra bajarse los pantalones en presencia de otra mujer que no sea su esposa, pero… a saber.

—Charlie es un tío. Me vais a perdonar si ya no confío en los de su especie. ¿Os dije que Paul vive con una de veintipocos?

—Creo que necesitamos otra ronda de mar-ga-riiii-tas —canturrea Karen, antes de agarrar a Maddie por el brazo y arrastrarla en dirección a la barra.

Cada vez que formulo el nombre de mi ex, me obligan a beber, un juego peligroso, dadas las ganas que tengo de poner a parir a ese energúmeno.

Ya sé lo que pretenden: que no mencione más a Paul. No dejan de repetirme que tengo que pasar página después de él. Mejor ni nombrarle. Como si fuera el Señor Tenebroso.

No sé si me gusta la represión. Estoy muy furiosa y, cuando estoy furiosa, quiero hablar del tema; quiero gritar, insultar a mi ex, desearle una inminente disfunción eréctil y una rápida calvicie…

¿Los psiquiatras no recomiendan exponer los traumas a la luz del día?

En casa no puedo volverme loca. Tengo a dos hijos adolescentes vigilándome a todas horas. Queda descartado lo de quemar las cosas de su padre en una hoguera catártica, borrar su cara de todos los álbumes familiares o rallarle el coche, así, en un descuido.

Ni siquiera puedo pincharle las ruedas con las tijeras con las que podo los rosales.

La gente espera que afronte el divorcio con sabiduría y madurez, pero yo no me siento sabia ni madura ahora mismo. Me siento hundida.

Y me estoy cansando de hacerme la valiente delante de todo el mundo.

Vale que tenga que mantener el tipo delante de los niños para no causarles más traumas infantiles, pero, joder, esperaba que al menos mis amigas me apoyaran en esto. Solo necesito a alguien que me escuche. Que me deje sacar todo lo que llevo dentro porque así es como se vuelve la gente psicópata. Te guardas cosas y más cosas, que se van acumulando, se enquistan, y un día cualquiera acabas tomando rehenes en la oficina de tu ex.

Vale, sí, estoy siendo dramática.

¡Es que no sé cómo pasar página!

Apuro lo que me queda en la copa y compruebo el móvil, las cero notificaciones que tengo. Paul no ha llamado ni me ha escrito. Al parecer, se las está arreglando muy bien con los chicos. Ninguna duda sobre sus alergias ni sobre sus preferencias culinarias.

Me pregunto si me echarán de menos, aunque solo sea un poquito. ¿O se lo están pasando tan bien con su padre y su joven madrastra que ni siquiera recuerdan mi existencia?

La idea me hunde en la miseria.

Me siento desplazada, como si todo cuanto me rodeara fuera el decorado de una comedia barata. La vida de verdad está en otra parte, en un sitio al que no se me permite acceder.

—*No* te vas a creer a quién acabamos de ver en la barra —cuchichea Karen al volver con las copas.

—¿A quién habéis visto? —hago el esfuerzo de preguntar, a pesar de lo poco que me interesa el asunto.

—A tu vecino —me informa Maddie con felino deleite.

—¿Qué vecino?

—¿Cuál va a ser? Espabila. El guaperas que está soltero. —Karen me da un codazo y me lanza un guiño travieso—. El que corre todas las mañanas, medio desnudo, por la calle. Y que sepas que vestido sigue estando como un tren. Claro que yo lo prefiero desnudo y sudoroso, arrinconándome contra la valla.

Ah. *Ese.*

Se mudó a la casa de al lado hará unos ocho meses, y desde entonces mis queridas amigas vienen a diario —de lunes a viernes,

los sábados y los domingos están los maridos en casa— a tomar café a mi porche, más o menos a la misma hora a la que sale él a correr *sin* camiseta por tooodo el barrio. Pura casualidad, aseguran las tres con absoluta inocencia.

Pero yo las oigo suspirar y ronronear deleitadas cada vez que el espécimen masculino, pura fibra empapada en sudor, pasa por delante de nosotras sin prestarnos la menor atención. Lógico, por otro lado, porque él es un dios del Olimpo y nosotras somos unas mamás de barrio residencial, con polos de color pastel, jerséis anudados al cuello y vaqueros sin forma.

Unas señoras.

Aunque eso no impide que a veces Karen le grite obscenidades, lo cual es angustioso porque ella es muy estirada.

—Lamento corregiros, pero mi vecino no está soltero. Cada domingo le veo subir a alguna rubia veinteañera a un taxi.

—Quizá sean sus hijas —conjetura Karen, la optimista del grupo, que aún cree que un día de estos el tipo más sexy que hemos visto en la última década fuera de los anuncios de Time Square vaya a arrinconarla contra la valla para gruñirle: *oh, Karen, te deseo desesperadamente. Abandona a Charlie y a los niños y fúgate conmigo a las Bahamas.*

—Dudo de que nadie pueda tener tantas hijas —rebato, riéndome—. A no ser que sea *Rabocop*...

—¡Lo parece! —exclama Karen.

Estallamos en risas histéricas.

—¡Ahí está! —Maddie, emocionada, da palmaditas. Somos patéticas, lo sé. Unas *groupies*.

Sigo la dirección de su mirada y hago una mueca al sorprender a mi vecino en lo que parece ser su hábitat natural: sostiene una copa con una mano y la cintura de una rubia escultural con la otra.

Entiendo que las mujeres lo encuentren atractivo. A ver, es guapo, con su cabello castaño con reflejos dorados perfectamente peinado hacia atrás, la mandíbula fuerte y unos ojos claros que parecen

atravesarte. Tiene la piel bronceada de tanto correr desnudo por la calle, y la forma decidida de sus labios le da un aire casi arrogante.

Pero a mí me van los hombres con potencial para convertirse en padre de familia, ya sabéis, los que hacen barbacoas, tienen perro, saben montar una tienda de campaña, llevan camisas de franela y vaqueros prácticos, se llevan a los chicos de pesca…

Ese tío viste traje y corbata fuera del horario laboral, irradia poder, control y ese tipo de elegancia nata que resulta intimidante para la gente desquiciada como yo y, además, se tira a todo lo que se mueve.

Y esto no lo digo solo porque le haya contado doce amiguitas como esa rubia mona hasta la fecha. —Guardo un registro porque quiero felicitar a la clienta número un millón. Deberíamos organizarle una fiesta en el vecindario. Haré una tarta—. Es que todo él rezuma sexo. Debe de hacer *match* a todas horas en Tinder. Si va caminando por la calle, todas las mujeres se vuelven para echarle una segunda mirada. Altera más hormonas que la menopausia.

Es uno de esos tíos que navegan descamisados por el Mediterráneo, barba incipiente súper sexy, el pelo al viento y la camisa blanca de lino abierta para lucir el perfecto conjunto de abdominales que todas sabemos que tiene.

Un *playboy* que domina a la perfección las reglas del juego.

Yo soy una ciudadana respetable de este municipio. Formo parte de la junta escolar. Tengo las hortensias más envidiadas del barrio. Jamás me liaría con él.

Aunque nadie ha insinuado que deba liarme...

¿Por qué se me habrá pasado por la mente siquiera?

Ah, ya lo sé. Estoy resentida, ¿y qué mejor forma de poner celoso a un ex marido que manteniendo una sesión de sexo sucio con tu vecino *Rabocop*?

¿Y qué me hace pensar que sería sucio? Puede que él sea tierno y respetuoso en la cama…

¡Ya basta! No vas a seguir con esta conversación, Katie. No eres tú, son los margaritas. Has dicho demasiadas veces el nombre de tu

ex y las brujas de tus amigas te han obligado a beber hasta reventar. Recuerda que no te emborrachas como Dios manda desde 2003. Es evidente que ya no eres capaz de metabolizar el alcohol.

—Debería advertir a esa pobre criatura de que no la dejará ni desayunar mañana. En cuanto abra un ojo, la subirá a un taxi y, si te he visto, no me acuerdo. Nada de yogur con avena y pasas.

—Eehh, ¿adónde vas? —Karen, muerta de risa, me obliga a sentarme de nuevo.

—¿Qué? Podría ser mi hija. También podría ser la suya, ahora que lo pienso. ¿Os dais cuenta de lo que eso implica? Para encontrar novio, tendré que buscarlo en un asilo. Los tíos de mi edad salen con chicas de veinte. Mirad a Paul. Jodido Paul…

—¡Paul es un cretino! —se indigna Madeleine, que enseguida me da unos golpecitos de consuelo en la mano para que me quede quietecita en la mesa y no le arruine la noche a *Rabocop*—. Hay tíos mejores por ahí. Te lo prometo, cielo. Tú vas a encontrar el amor. Estoy convencida. Y Karen también lo está. Díselo, Karen.

—Sí. Paul ha sido el entrante. Ahora es cuando llega el plato principal. Ya sabes, el gran amor. Tu propia versión de *El diario de Noah*.

Las dos asienten con absoluto convencimiento, pero yo sé que muy dentro de sus cerebros de mujeres de cuarenta años que viven en una sociedad obsesionada con el edadismo, se está forjando la misma duda: ¿mi marido fantaseará con cambiarme por una de veinte, como le pasó a la pobre Katie?

Dios, espero que no. No aguantaría más rupturas a mi alrededor.

Toda esta ola de divorcios empezó con Brangelina. Después de su ruptura, el mundo no volvió a ser el mismo. Los maridos se dieron cuenta de que tenían opciones.

Y de lo fácil que era librarse de los críos.

—¡Por la libertad!

Ay.

Capítulo 4



Mis amigas han ido a por el coche.

Podríamos haber aparcado en la puerta, de no haber sido porque Karen, al acercársele el aparcacoches, aceleró con un iracundo: *que ese se busque un trabajo de verdad. No pienso pagarle para que aparque mi coche en la esquina de una calle.*

Al final, consiguió aparcar gratis.

A unas dos manzanas de aquí.

No puedo andar tanto con estos zapatos y este vestido que me habrá destrozado al menos tres costillas a estas alturas, así que me quedo delante del bar, esperando, a merced de los violadores, los asesinos en serie y los depravados.

A ver, son más de las doce de la noche. Las calles se vuelven peligrosas, incluso en Connecticut.

Me sobresalto al escuchar un ruido fuerte.

Que no cunda el pánico. No es más que un autobús que anuncia el estreno de la nueva temporada de *Solo asesinatos en el edificio*.

Estoy siendo paranoica. ¿Se nota que no salgo de noche desde que Bush ocupaba el Despacho Oval?

Usando las palmas a modo de pantalla contra el viento, consigo encenderme un cigarrillo —he decidido fumar, ahora que estoy soltera—. Por supuesto, me atraganto y toso porque, en realidad, odio el tabaco.

—Qué asco. —Disperso el humo con las manos y vuelvo a toser—. Como si no tuviera bastante con el divorcio.

Aun así, le doy otra calada y justo entonces me fijo en que, al otro lado de la calle, mi sexy vecino espera su coche.

Y… son cosas mías, ¿o me observa con una arruga entre las cejas?

Tal vez me haya reconocido —¿por mi llamativa melena roja?—, aunque, sinceramente, lo dudo. La gente como yo no existimos para la gente como él. Creo que se ha fijado por fin en mí porque mis tetas parecen tener vida propia con este vestido. Y, además, llevo colorete. No soy la típica modelo sin formas, tengo una silueta curvilínea, y así vestida no estoy nada mal. Un tío me ha llamado antes *macizorra* en la calle. Es normal que el radar sexual de *Rabocop* me haya detectado. *Macizorra* en la cercanía.

No recuerdo haber estado nunca cara a cara sin una valla o un arbusto de por medio.

Me pregunto dónde estará su amiguita, la afortunada rubia número trece. Está solo, y no sé si parece un ejecutivo de alto nivel o más bien un agente secreto de la CIA. En todo caso, alguien muy acostumbrado al poder y a mandar.

Como no tengo mejores cosas que hacer, lo analizo sin el menor descaro, repaso cada centímetro de su rostro, atractivo hasta la indecencia, la figura imponente, los zapatos relucientes…

Todo está en su sitio, impecable, no hay ningún detalle fuera de lugar, el traje entallado, la camisa almidonada, el nudo de la corbata ajustado con precisión milimétrica, gemelos de acero…

Por algún motivo, él hace lo mismo conmigo: me somete a un intenso análisis, si bien hasta la fecha no ha dado señales de estar al tanto de mi miserable existencia. ¿He mencionado que vivo en la casa de al lado?

—No fumo, en realidad —aclaro, porque mirarnos de forma tan directa, sin hablar, me pone nerviosa—. Es mi acto de rebeldía. Mi marido me ha cambiado por una de veinte y yo me engancho al tabaco. Es ridículo, pero ya sabes, las chicas buenas nos cortamos las venas en la bañera para evitar manchar la moqueta.

No me concede el gusto de seguir con mi trivial conversación. *¿En serio, tu marido te ha dejado? Vaya, cuánto lo siento.*

Nada de eso. Se mantiene imperturbable, con los ojos encajados en los míos. ¿Cómo se las arregla? Me lo imagino presidiendo una reunión de la junta directiva de su empresa, con esa mirada tan firme y penetrante castigando cualquier pequeña incompetencia, y se me eriza el pelo de la nuca. Debe de aterrar a los becarios.

—Somos vecinos. Vivo en la casa de al lado. Puedes saludarme, si quieres. O no…

Si es un pulso visual, no pienso perder.

—¿Sabes?, cuando te mudaste al vecindario, fui a presentarme. Quería darte la bienvenida en nombre de toda la calle. Te llevé un cesto lleno de magdalenas caseras recién horneadas, pero no te dignaste a abrirme la puerta. Aunque yo sabía que estabas en casa. ¿Lo recuerdas? ¿No? Te las dejé en el porche con una notita. Admito que esperaba otra de agradecimiento por tu parte. O que por lo menos que me devolvieras el cesto...

¿De verdad no piensa hablarme? Hace que me sienta como una loca. ¿Cómo se atreve?

—¡Devuélveme mi cesto! —estallo, después de unos diez segundos de calma, en los que nos miramos el uno al otro como dos psicópatas, sin que nadie parpadee—. Por lo menos di que estaban buenas las magdalenas, hombre. Mis magdalenas son las más esponjosas del barrio, todo el mundo lo dice. ¿Sabes qué? No necesito que lo admitas, amigo. *Sé* que están de muerte. Hago unas magdalenas divinas. Pero ¡¿por qué te cuesta tanto admitirlo?! Me irritas.

Pasa otro autobús.

Esta vez se detiene en la parada, tapándome la visión.

Bajan tres jóvenes muy emperifolladas, que hablan y ríen sin parar.

Por un momento pienso que él ya no va a estar ahí, pero qué va, el bus arranca y mi vecino vuelve a aparecer, tranquilo, con las manos en los bolsillos.

Es obvio que intenta ahogar la sonrisa que nace en las comisuras de su indolente boca. Tengo la sensación de que me ha lanzado una cuerda y ahora está esperando, circunspecto como un científico, para ver hasta dónde soy capaz de llegar.

Una metáfora inquietante porque a mí me lanzas una cuerda y te aseguro que me acabo ahorcando por error.

—Cabronazo —farfullo para mí, luego vuelvo a alzar la voz—. Me da igual que no lo admitas. Soy una mujer segura de sí misma. No necesito la aprobación de un tío. Y, por cierto, ¿dónde está la novia número trece? ¿Y esa cara? ¿Creías que no las estaba contando? Ja. No te lo flipes. Tengo un registro. Ve pensando en qué quieres que le regalemos a la novia número un millón. Estoy segura de que llegaremos a esa cifra. Confío en ti. Dime la verdad. ¿Tomas Viagra?

Una sonrisa lenta aparece en su rostro.

—Eso es que sí. Cuidado, podría darte un infarto. Lo leí en alguna parte. Estoy segura de que Paul también la toma para seguirle el ritmo a su nueva novia, y no sabes cómo deseo que le dé un infarto a ese perro desleal. No soy mala persona, no te creas. No espero que se muera, es el padre de mis hijos, al fin y al cabo, pero un pequeño susto, inofensivo, no estaría mal. ¿Sabes? Creí que lo nuestro duraría para siempre. Pero resulta que nada dura para siempre. Excepto por las estrías. Unas rayas blanquecinas que aparecen en la piel de las personas. Como solo te lías con chicas de veinte, es posible que nunca hayas visto unas. Me preguntó qué te verán ellas.

Sus ojos grises pasan de divertidos a gélidos, y yo lo freno con las palmas porque me parece que no me estoy explicando bien.

—A ver, eres atractivo, no es que lo dude. Solo hay que verte. Podríamos exponerte en un museo con esa cara cincelada que

tienes. Pero está claro que eres un hedonista de manual. Todo en ti grita poder, peligro, control… *Oh, miradme, aquí estoy yo, con mi cuerpo atlético, mi ropa cara y mi ego descomunal.* ¿Por qué iba a estar interesada en ti una de veinte? Eres un tío muy complicado. No lo sé, yo a los veinte años quería casarme con Hugh Grant, que es un encanto. Solo hay que verle en *Notting Hill*.

Le veo cabecear y reírse por lo bajo.

—Ya sé lo que piensas de mí, no te molestes en disimularlo. Recién divorciada... Madre soltera... Un poco desquiciada y en breve alcohólica… Llevo no sé cuántos margaritas esta noche. Quién soy yo para darte lecciones a ti, ¿verdad? Pero ¿sabes qué? Me niego a rendirme. ¿Y qué si Cupido me acaba de dejar huérfana? Que le den a ese cabronazo gordinflón. El amor verdadero está en alguna parte y yo lo encontraré, amigo, ya lo verás. Soy como Julia Roberts. ¡Voy a casarme con Hugh Grant! Lamento decirte que tú morirás soltero. Nadie asistirá a tu funeral, ni siquiera la rubia número un millón. Dios, qué imagen tan deprimente. Está bien, te prometo que iré a tu funeral. Formo parte del comité vecinal. Sería descortés no asistir. Pero, si no me devuelves el cesto, ese funeral se celebrará antes de lo que piensas, colega.

El tipo me estudia con indiscutible interés. Lo sé porque ha inclinado la cabeza hacia la izquierda y desde aquí distingo la arruga que marca su ceño.

—Ah, deja de mirarme así. Haces que me sienta como un primate encerrado en un laboratorio de neurología. Soy Katie, por cierto. No, claro que no vas a decirme tu nombre. ¿Por qué ibas a hacerlo? Oh, Dios mío. ¿Has hecho voto de silencio? ¿O es que no hablas con nadie que sea mayor de veinticinco años?

Vuelve a cabecear divertido. Sus ojos reflejan de nuevo la expresión risueña. Me gusta. Cuando está serio me da yuyu.

—Tienes que empezar a sonreírle a la gente. Cuando estás serio das yuyu. Te lo digo en serio.

Justo entonces sus labios se mueven. Por un momento pienso que se dirige a mí, pero resulta que solo está colgando una llamada

en el móvil. Oh, Murphy, ¡venga ya, maldito cabronazo!

Resulta que el tío no me estaba lanzando ninguna cuerda. ¡Estaba hablando por teléfono, tan tranquilo, con sus auriculares sin cable! Y yo, cada vez más embalada por su silencio, no he dejado de soltarle gilipolleces…

Quizá no me haya oído.

Me aferro a esa posibilidad con las dos manos. Como si fuera la última botella de vino del armario.

Pero entonces se guarda el teléfono en el bolsillo, levanta la vista y la clava en la mía.

Sí, lo ha oído. Todo. Cada maldita palabra que he dicho.

—¿Hay alguna posibilidad de que olvides todo esto? Es un pelín incómodo.

Sonríe a modo de respuesta.

Maravilloso. Otro día triunfando.

Que alguien me avise cuando empiece el casting para la persona más desquiciada del mundo. Ese papel es mío.

—¡Katie! Sube. ¿Qué haces?

Bajo la mirada hacia Maddie, que me mira con suspicacia desde el asiento del copiloto.

—¿Eh? Nada. Aquí. Esperando.



La gente cree que alguien que se dedica a fusiones y adquisiciones no puede tener sentido del humor.

Se equivocan.

Lo tengo, muy bien escondido bajo capas de entrenamiento para parecer que nada me afecta.

Solo alguien con mucho sentido del humor encontraría graciosa esta charla.

¡Me ha preguntado si tomo Viagra!

Jo-der.

Es lo más descarado que me ha preguntado nadie en toda mi vida. ¿Cómo ha podido decirlo con tanta naturalidad?

La novia número un millón...

Es graciosa. Me tiene intrigado. La habré visto por la calle alguna vez, pero no recuerdo haberme fijado nunca en ella. No de verdad. Ahora siento curiosidad.

¿Quién es la pelirroja que vive al lado y por qué es la única persona que me ha hecho sonreír en todo este año?

¿Y cómo es que no me había dado cuenta de que mi vecina está buena y… soltera? Suelo tener un sexto sentido para estas cosas.

—Jeremy, te llamo en un rato. Mándame la propuesta por e-mail. Ya veremos adónde nos lleva.

Prefiero tenerlo por escrito. Apenas he prestado atención a la conversación. Cometer errores no es lo mío.

—Pero…

—He de colgar. Hablaremos de ello en otro momento, ¿vale?

Katie acaba de atar cabos, y el horror que se pinta en su rostro es tan claro que casi da penita.

—¿Hay alguna posibilidad de que olvides todo esto? —me propone, esperanzada—. Es un pelín incómodo.

Nena, ni lo sueñes.

Capítulo 5



El timbre de casa suena con demasiada fuerza para el nivel de resaca que manejo.

Mis amigas de Manhattan, Lu y Celeste, han sido *formalmente* invitadas a desayunar en mi casa.

—¡Ya voy!

Dejo una jarra llena de café recién hecho sobre la mesa y me planto en la puerta con la agilidad de alguien que no se pasó de la raya con los margaritas anoche.

—Katie, ¿qué es todo esto?

Celeste observa con preocupación las luces de Navidad que me olvidé de apagar anoche.

El Papá Noel del jardín dice *ho ho ho* todo el rato. Puede que este año gane el concurso navideño de luces. Mi jardín es el más bonito de toda la Costa Este.

Fuerzo una sonrisa dulce llena de sarcasmo.

—¿No te has enterado? Es casi Navidad.

—Para odiarla, se te da bastante bien la decoración. —Lu frunce los labios en un gesto impresionado—. Este sitio parece el taller de Papá Noel.

—No la odia. —Celeste se inclina sobre mí para plantarme un beso en la mejilla—. Solo se hace la interesante porque le pega el papel de Scrooge. De hecho, creo que le encanta la Navidad.

Arrugo la nariz.

—Tampoco te pases. ¡Chicas!, ¡no sabéis la ilusión que me hace que hayáis venido a verme!

—Claro que hemos venido a verte. Es Navidad —me recuerda Celeste en tono burlón.

—Lo sé desde que me llegó tu carta. *Que estas fiestas de Navidad estén envueltas en papel de felicidad y atadas con cinta de amor para que perduren todo el Año Nuevo*.

—Era una dedicatoria preciosa —se defiende la autora de dicha cursilada.

—Me entraron ganas de potar nada más leerla —asegura Lu.

—¿Seréis desagradecidas? El año que viene ya no os mando ninguna. Ni siquiera por Pascua.

—Kate, dile que yo lo quiero por escrito.

Riéndonos, nos abrazamos las tres en mitad del salón.

Ambas llevan más de veinte años formado parte de mi vida. Estuvieron a mi lado en cada momento, los buenos, los malos y los peores, y las quiero por su lealtad.

Sé que, a primera vista, formamos un trío algo curioso. Parecemos tan distintas la una de la otra…

Yo soy una madre de familia con un negocio *online* de repostería.

Celeste, una dama de Park Avenue con una muy buena posición socioeconómica gracias a su matrimonio con un famoso empresario danés y unas mechas tan perfectas que parecen obra de un artista.

Y Lu…

Bueno, Lu es un poco desastre. Según Celeste, porque se niega a madurar y, pese a sus cuarenta y cuatro años, se comporta como si aún tuviera veinte.

Yo me mantengo al margen de las polémicas. Defiendo la idea de que cada persona debe vivir su vida como mejor le plazca.

¿Que a Lu le encanta ponerse sus vaqueros ajustados, sus tops sugerentes y despertarse cada mañana en una cama distinta?

Por mí, genial.

¿Que Celeste se pasa la vida haciendo obras benéficas para fingir que su matrimonio va de perlas, cuando lo cierto es que hace tres años que Magnus y ella no se lo montan, al menos no el uno con el otro?

Y a mí, ¿qué?

Como amiga suya que soy, las quiero y apoyo todas sus decisiones.

Igual que ellas me apoyaron a mí. Creo que a ninguna le pareció bien que abandonara mi carrera emergente y toda mi vida en Nueva York para convertirme en madre y esposa de alguien, pero se abstuvieron de juzgarme.

Como hacen los buenos amigos.

—¿Nos sentamos? Ya lo tengo todo preparado.

He horneado magdalenas, he pelado fruta para complacer a Celeste, he preparado huevos con bacón para Lu y lo he dispuesto todo sobre la mesa con una elegancia que ni un maestro de ceremonias conseguiría.

¿Qué otra cosa iba a hacer para no pensar en que mis hijos se han ido a París con su padre?

—Menudo banquete. Incluso has sacado la porcelana buena. —Lu da unos golpecitos con la uña verde en la taza que tiene delante y curva los labios en una sonrisa sardónica.

Esto le hace mucha gracia porque en su casa como mucho puedes desayunar un cuenco de cereales. Cuando se acuerda de comprar la leche...

—¿A que es preciosa? Me la quedé tras el divorcio.

Recibo unas palmaditas de consuelo en el hombro.

—Esa es mi chica.

—No tuve opción. O luchaba por la porcelana o me derrumbaba delante de él y le suplicaba que volviera. Y, ya lo veis, es una porcelana exquisita. Los Archer siempre han tenido buen gusto para estas cosas.

Vierto el café humeante en las tres tazas que hay sobre la mesa y pregunto si alguien quiere leche. Las dos rechazan el ofrecimiento.

—Estamos muy orgullosas de ti. Lo sabes, ¿verdad? Lo estás llevando todo con mucha dignidad.

Para Celeste es muy importante mostrarse digna.

—Me alegro de haber hecho algo de lo que por fin podáis sentiros orgullosas.

—La leche que te voy a pegar como sigas menospreciándote a ti misma.

Sinceramente, la veo capaz. Lu tiene aspecto de tía dura. Ha pasado varias noches en la cárcel. Algo aprendería.

—¿Cómo llevas lo de París? —Celeste abre una magdalena por la mitad y se lleva un trocito a los labios pintados de beige.

Es el único placer que se concede a sí misma. Media magdalena. Ni una migaja más porque hay que mantenerse en perfecta forma física.

No la culpo. Tienen una mansión enorme, con piscina y todo, en los Hamptons, y Magnus, su marido, invita siempre a lo mejorcito de Manhattan a sus fiestas glamurosas. Celeste se pasa el verano entero desfilando en bikini. Como para permitirse un gramo de celulitis.

A los hombres se les tolera la barriga, la calvicie y el exceso de vello corporal, pero a las mujeres, no. Claro que no. Hemos nacido para ser admiradas.

Eso cree Celeste.

—La casa parece vacía —admito con un suspiro nostálgico—. No tener a los chicos conmigo resulta duro. Anoche apenas conseguí hablar con ellos unos cincuenta segundos. Por supuesto, no me llamaron al aterrizar, ni ellos ni Paul. Tuve que hacerlo yo, y se ve que elegí un mal momento porque estaban *muuuy* ocupados. No

tenían tiempo para charlar. No lo sé, pensé que lo llevaría mejor, pero esta casa tan enorme y navideña me hunde en la miseria.

—Podrías montar una fiesta bestial —me sugiere Lu.

Trabaja de relaciones públicas. Su solución ante cualquier problema es montar una fiesta.

—No se te ocurra seguir sus consejos —advierte Celeste, cuyos ojos lanzan una mirada censuradora a Lu, a la que ella responde con una caída de párpados.

—¿Tienes tú una propuesta mejor que la mía?

—De hecho, la tengo. Vente conmigo a la gala de este viernes. Quiero presentarte a alguien.

Hundo la cara entre las manos y finjo desplomarme sobre la mesa.

—Otra vez, no. No más citas a ciegas, te lo ruego —suplico, quejumbrosa.

Desde que Paul me dejó, Celeste está empeñada en conseguirme un marido nuevo y más rico, motivo por el cual me ha presentado a todos los banqueros, magnates y demás empresarios de éxito de la ciudad. No quiero conocer a ningún otro. Parecen todos cortados por el mismo patrón.

—No es una cita a ciegas. Es una oportunidad para hacer contactos.

—Contigo *siempre* es una cita a ciegas —rebate Lu, apuntándola con el tenedor—. Lo cual me hace preguntarme una cosa. Yo también estoy soltera. ¿Cómo es que nunca has intentado emparejarme con nadie?

Por un ínfimo segundo me aterra la idea de que a Celeste le dé por sincerarse y le conteste algo así como: *tienes piercings y tatuajes chungos. No encajarías con mis conocidos.*

Pero se me olvida que ella es una maestra de la diplomacia que siempre tiene la réplica adecuada.

—Tú no tienes problemas para conocer hombres. Ni mujeres, ya puestos a pensar.

Muy buena. No sé por qué no se dedica a la política. Se le da de perlas decir lo que la gente quiere oír.

Lu se queda satisfecha con la respuesta.

—Sí, tienes razón.

Se sonríen la una a la otra y después toda su atención se concentra en mi persona.

Me encojo un poco en la silla. Odio que estén tan pendientes de mí, que me traten como si fuera un artefacto peligroso.

En serio, ¡estoy bien!

Mis hijos se han ido a otro continente y yo siento que mi vida no tiene ningún sentido sin ellos.

Por lo demás, me va de maravilla.

Como la gente no deja de repetirme, *solo* son diez días.

—Hagamos una cosa. El viernes acompañas a Celeste a su gala benéfica y el sábado me acompañas a mí a una fiesta en el bajo Manhattan.

Celeste entreabre los labios, estupefacta.

Y casi temo que vaya a soltarle a Lu: *¿Katie a una de tus fiestas depravadas? ¡¿Estás loca o qué te pasa?!*

Desde luego, tiene cara de querer decir algo así.

Pero lo que oigo es:

—¿Por qué no? Es buena idea que salgas de casa.

Así es Celeste, toda diplomacia y contención. Cualquier día sufrirá una caída nerviosa que la hará vomitar de golpe todo lo que se ha estado callando durante más de veinte años. Será divertido.

—¿Qué tal la tarta con forma de pechos?

Celeste está tan indignada que nos mira a las dos como si la hubiéramos insultado personalmente.

—¿Tarta con forma de pechos?

—Sí, eh… me hicieron un encargo para un cumpleaños.

—Qué mal gusto.

—A ver la foto. —Lu está entusiasmada.

Entorno los párpados, pero aun así enciendo la pantalla del móvil y se la enseño.

—¡Es la hostia! ¡Tía, le has dado un toque súper guarro con la nata! Mándamela para que te haga publicidad entre mis clientes.

—No se te ocurra colgar eso en la página de Facebook de la pastelería —me advierte Celeste después de echar un ojo a mi creación pastelera más reciente y volver a fruncir las cejas.

—Chica, deberías colgarla también en Instagram. A le gente le chiflan estas cosas. Imagínate la de tartas con forma de polla que te van a encargar para las despedidas de soltera.

—¡Eso es aún peor!

—Para ti, que tienes alergia a las pollas. Para su negocio es algo bueno. ¿Y qué?, ¿anoche saliste con tus otras amigas, las mamás del cole?

—Sí —le respondo a Lu con una risita—. Tengo una vida social muy ajetreada.

—Eso está bien. —Celeste me sonríe, apaciguada. Hablar de pollas la pone nerviosa—. También podrías apuntarte a alguna actividad, como pilates o zumba.

—No, gracias. Me lesioné subiendo al desván. Me parece que no estoy hecha para el ejercicio físico.

—Tienes suerte de tener el tipo que tienes. Yo hago de todo.

—Yo también. En la cama, claro. Eso quema muchas calorías.

Celeste le dedica una mirada horrorizada a Lu. Esta me guiña el ojo. Me echo a reír y una vez más me pregunto cómo es posible que dos seres tan desiguales puedan ser tan buenas amigas. Nos encantan los contrastes, supongo.

—Bueno, ¿y qué tal te lo pasaste anoche? —insiste Lu en hacerme recordar mis fechorías de ayer.

Me veo a mí misma preguntándole al vecino si toma Viagra mientras él hablaba por teléfono con vete a saber quién.

—Neah. Lo normal en los barrios residenciales. Un par de copas y acabas en el sofá, viendo documentales sobre por qué los gatos nos ignoran.

—¿Y por qué nos ignoran?

—Porque pueden —le respondo a Celeste con dulzura—. Quizá adopte un gato.

—Necesitas sexo con urgencia —se alarma Lu.

—Por primera vez en la historia, estoy de acuerdo con ella.

Me echo hacia atrás en la silla y las fustigo con la mirada a las dos.

—Pero ¿qué os pasa? ¡Estoy bien! No necesito vida sexual. Tengo chocolate. Y vino.

Y un vecino sexy del que esconderme.

Capítulo 6



—Bendito lunes.

Connie se deja caer en la mecedora y acepta el café que le ofrezco como si fuera un acto de salvación. Se la ve desbordada.

—Gracias, cielo. —Me dedica una sonrisa de puro agradecimiento—. Necesito mucha cafeína hoy. Adoro a las gemelas, no me malinterpretéis, pero son el demonio encarnado. Menudo fin de semana hemos tenido. No veía la hora de dejarlas en la guardería para irme a trabajar. ¿Me convierte eso en mala madre?

—No. Solo eres humana —le digo para que deje de fustigarse.

Apuesto a que John nunca se siente culpable por abandonar a las niñas en el parvulario. Las mujeres nos sentimos culpables todo el rato. ¿Tendrá algo que ver con el mordisco que le dimos a esa manzana? Está claro que se nos ha criminalizado por ello durante milenios. Eso hundiría a cualquier.

—¿Crees que son malvadas porque las concebisteis en un laboratorio?

Karen, la anglosajona conservadora, protestante, de clase alta, que no apoya la fecundación *in vitro,* lanza la pregunta con su

perfecta sonrisa de ama de casa de barrio residencial porque cree que de esta forma resulta menos ofensivo su planeamiento.

En mi humilde opinión, se equivoca.

—No digas tonterías —rebate Maddie con un bufido.

No apoya a Karen esta vez porque ella misma desearía haber tenido a sus hijos en un laboratorio con tal de no acostarse nunca con Tim, su torpe marido. Dice que la conquistó con sus millones, no con sus movimientos de cadera.

—¿Os habéis preguntado alguna vez cuántas mujeres de por ahí tendrán una vida sexual horrible y nada satisfactoria? —reflexiono yo, a cuento de nada.

Y, qué va, esto no tiene nada que ver con el hecho de haber oído la puerta del fornicador de al lado abrirse y cerrarse con estrépito.

—Deberíamos hacer una encuesta por el barrio —propone Connie, divertida.

Estallamos en risas histéricas.

—Nos haríamos llamar el Comité de Bienestar Femenino —se le ocurre a Maddie de pronto.

—Yo podría hacer magdalenas. Buenos días. Soy Katie, del Comité de Bienestar Femenino. Tenga. ¿Puede decirme cuándo fue la última vez que no se vio obligada a fingir el orgasmo? Tranquila, no vamos a juzgarla a usted. Solo a su marido.

Nos volvemos a reír como dementes.

Pero la conversación empieza a entristecerme y la sonrisa se me borra poco a poco de la cara.

—¿Katie?

Maddie, observadora como de costumbre, nota de inmediato que se me ha nublado el gesto y cubre mi mano con la suya.

—Lo siento. —Vuelvo a animarme, forzando una sonrisa—. No he podido evitar pensar en Paul. Ni en todas las generaciones de mujeres que han tenido una vida sexual espantosa.

—Yo estoy satisfecha con mi plan de pensiones, que es mucho más importante que el sexo —nos ilustra Karen.

Connie hace un gesto vago con la mano para indicar que las palabras no son necesarias.

Nos sumimos en un repentino silencio. Se nos escucha sorber café, tan calladas y pensativas nos hemos quedado.

—Deberíamos empezar un club de literatura erótica —sugiere Connie en una especie de impulso—. Así la gente como Karen vería que hay otro camino.

Karen se vuelve hacia ella, indignada.

—Perdona, Constance, pero yo ya sé que hay otro camino. Fui a la universidad. Tuve una vida sexual muy satisfactoria.

—¿Y qué pasó? —indaga Maddie, curiosa.

—¡Que me casé!

Estallamos en risas.

—No sé por qué nos reímos —digo, cabeceando—. Es trágico.

—Tragicómico —me corrige Karen—. La vida sexual no lo es todo en un matrimonio, chicas. Yo no cambiaría mi paz conyugal por un buen sexo. Ni hablar. Eh, ¡menudo culito!

—¡Karen! —me escandalizo—. ¡No lo dice en serio! Contrólate. Vivo aquí. Me lo cruzo a diario cuando salgo a tirar la basura o a recoger el correo. A veces regamos el jardín a la misma hora. Él siempre sale sin camiseta. Ya sé que estamos teniendo un calor inusual para las fechas en las que estamos, pero dieciséis grados tampoco son tantos grados. Ese tío debe de tener mal el termostato.

Karen se muerde el labio inferior con expresión de depredadora sexual y sigue al objeto de todos sus deseos inconfesables a lo largo de la calle.

—Bendito termostato.

—¡Karen!

—Lo siento. No puedo controlarme. Tu vecino está buenísimo. Hace estragos en mis hormonas.

—¿Qué hay de la paz conyugal? —le recuerda Connie con malicia.

—La cambiaría sin dudarlo por un polvazo con ese tío. Siempre que lo veo, fantaseo con ese pecho macizo arrinconándome contra

la valla, esa barba de dos días raspándome el cuello, esos ojos fríos clavados en los míos, preguntándome si quiero más…

—¿Quién necesita la novela erótica? Tenemos a Karen —les digo, divertida.

—Pobre Charlie —se lamenta Maddie.

—¿Pobre Charlie? ¡Pobrecita yo! ¿O es que no me habéis oído decir que estoy más satisfecha con mi plan de pensiones?

—Chicas, esto tiene que acabar. Estamos acosando a ese pobre hombre. Va en serio. Somos como los tíos libidinosos que gritan obscenidades a las jovencitas.

—Tú nunca le gritas nada —me reprocha Karen, que incluso parece un poco molesta.

Ay. Si supieran lo del fin de semana…

Mi subconsciente hunde la cara entre las manos y se hace pequeñito, pequeñito.

Aunque, al mismo tiempo, también sonríe un poco porque menuda metedura de pata.

*****

Vuelvo a encontrarme al vecino cachas cuando, a última hora, salgo a tirar la basura.

No parece haber hecho nada especial para estar así de irresistible. Lleva un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca que se pega a sus hombros anchos y cae sobre un abdomen que pide atención a gritos. El aspecto de recién levantado resulta demasiado favorecedor en él.

—Hola —lo saludo desde mi trocito de acera. He decidido afrontar esto con madurez. Se acabó lo de esconderse detrás del buzón. Seguro que no soy la única que le ha preguntado si toma Viagra.

El tipo levanta la mirada y me observa con interés.

Parece un arma de destrucción masiva con ese pelo desordenado. Karen se desmayaría si lo viera ahora mismo. Hablando de la reina de Roma.

—Siento lo de Karen. De verdad que no lo dice en serio. A ver, no te ofendas, está claro que tienes un culito muy mono. No lo estoy arreglando, ¿a que no?

Noto lo mucho que se esfuerza por contener la risa.

—En fin, buenas noches. Me alegro de charlar contigo.

Entro en casa, subo corriendo a la segunda planta, me pongo mi pijama de felpa y me tumbo en la enorme cama que compartía con Paul antes de que él decidiera que esto, la vida que construimos con tanto esfuerzo e ilusión, ya no le bastaba.

Tumbada en el colchón helado, encuentro el silencio de la casa muy agobiante. Mi vida es una tragicomedia de las malas. Mis hijos están al otro lado del Atlántico. Paul, en una elegante suite, estará haciendo cochinadas con su novia casi adolescente. ¿Y qué hay de Katie?

Ah, Katie puede pudrirse en su súper mansión de dos millones de dólares que el cabronazo de su ex le cedió voluntariamente en el divorcio porque se sentía culpable por destrozarle el corazón.

Debería prenderle fuego.

(A la casa, no a Paul. Calmaos).

¡Pero mi negocio está en pañales! ¿Dónde viviríamos los chicos y yo? La vida a los cuarenta es una mierda.

¿Qué estará haciendo el vecino?

Me estiro en la cama lo suficiente como para ver que la luz de su dormitorio sigue encendida. Quizá esté leyendo. Sé que ese es el dormitorio principal porque asistí a la inauguración de la casa cuando le pertenecía a mi amiga Melinda.

Ahora Melinda vive en Florida. Cometió el error de casarse con un tipo egocéntrico y ambicioso cuyos intereses van siempre por delante de los de su esposa.

¿No es indignante? ¡Lo mismo me pasó a mí!

Vivía en Manhattan y trabajaba en el mundo de la publicidad cuando Paul decidió que era mejor dejarlo todo, mudarse a Connecticut y que la buena de Katie se dedicara en cuerpo y alma a la crianza de nuestros hijos.

A él le iba muy bien en el trabajo. Es abogado de familia y las familias no dejan de romperse. Una línea muy fina separa el amor de la monotonía.

¿Y quién mejor que yo para hacerme cargo de los chicos?

Nunca he querido ser una madre ausente como la mía y Paul lo sabía. Ese fue el argumento con más peso que empleó para convencerme como el buen picapleitos que es. Sobre el papel sonaba de maravilla.

Pero en la práctica…

La súper sexy Katie, que tenía bajo su mando a un equipo de diez personas y siempre rezumaba poder y éxito en cada taconazo que daba, se convirtió en madre y esposa.

Y entonces Paul dejó de sentirse atraído por ella.

Por Dios, Katie, con sus vaqueros sin forma, siempre preocupada por conseguir que los niños coman más brócoli…

Katie, sin tiempo para ir a hacerse la cera o las uñas…

Katie, con la camiseta manchada de vete a saber qué y un moño deshecho convertido en su nueva seña de identidad...

Katie que, a última hora de la noche, está tan cansada que hacer el amor es lo que menos le apetece...

A pesar de todo, Katie es buena y complaciente, se queda tumbadita —completando la lista de la compra— y deja que Paul se lo haga con su cuerpo, pero él lo nota, se da cuenta de que ya no hay chispa, nada de fuegos artificiales, y su relación se va enfriando año tras año.

Los niños crecen, pero ahora Katie es una madre a tiempo completo que ya no sabe cómo ser una mujer en presencia de su propio marido. Se siente ridícula cada vez que intenta llevar algo sexy, y se lo acaba quitando antes de que nadie la vea y se burle de ella.

Ni siquiera sabe qué decirle a Paul. Apenas hablan, y el tema de conversación, cuando surge, siempre guarda relación con:

A) Los niños.

B) La casa.

C) Los impuestos.

D) Una preocupante epidemia de piojos en el vecindario.

Ahí es cuando entra en escena Amber.

Luces, por favor.

Amber es joven, divertida, guapa y sexy. Pone morritos, tiene chispa y un culito de escándalo.

Trabaja para Paul, es pasante en su bufete, y se pasa el día entero recorriendo los pasillos con sus vestiditos de corte lápiz perfectamente entallados y su sonrisa de *sé que soy la hostia de sexy*.

Tiene todo lo que tenía Kate cuando él se enamoró de ella, décadas atrás: ambición, ganas de comerse el mundo, tetas firmes…

Y, una vez más, Paul se siente atraído por ese estereotipo de mujer.

¿Se le habrá olvidado que él mismo le rogó a Katie que dejara de ser esa?

Se ve que sí, porque termina dejando a su mujer. Ya no es feliz con ella.

Y unos seis meses después del divorcio, se liga a la pasante veinteañera. Un cuento de Disney.

Lo que más me dolió fue que él ni siquiera se tomara la molestia de intentar arreglar lo nuestro. No me pidió perdón por haber dejado de quererme. No intentó recuperar lo que teníamos al principio. Dejó de creer en nosotros.

Es más, creo que se sintió aliviado de poder librarse de mí.

Lo que para mí era mi vida, para Paul era una comedia vulgar, una representación que practicaba noche tras noche, a pesar de lo mucho que lo aburría. Se tumbaba a mi lado en este mismo colchón y fantaseaba con una vida que a mí me excluía por completo.

Aterrizar de las nubes para ver la situación tal y como era me hizo pedazos.

Dios. ¡Son las doce de la noche y aquí sigo, en vela! A ver si me duermo de una vez.

Pero ¿cómo voy a dormirme si estoy furiosa? Tengo demasiadas cosas en la cabeza. ¡Es que nadie me deja expresarme! Acabaré reventando cualquier día de estos.

Y entonces, cuando me detengan por haber chocado mi Hummer de alquiler contra el cochecito de mi ex marido, ah, que nadie se sorprenda entonces ni digan *anda, pues parecía normal. Siempre saludaba.*

La gente suele decir esa clase de chorradas en la tele.

Sin una pizca de sueño, me estiro en la cama para ver qué está pasando al otro lado de la ventana.

La luz del vecino se apaga.

Oigo mis propios suspiros en el profundo silencio que solo un barrio residencial puede ofrecerte.

Iba a tener una vida convencional y predecible con Paul, y ahora estoy sola, en el borde de un abismo. Lo único que hago es mirar hacia abajo y lloriquear porque es muy abrupto.

Se acabó.

¿Me oyes, Katie?

Se acabó.

Mañana será otro día. Nada de lloriqueos. Búscate un hobby.

O te tiras por el abismo o te apartas, joder.

Lo que no puedes hacer es seguir en el borde. Tienes que avanzar.



Cree que tengo un *culito* muy mono. Me siento halagado. Admito que esta tarde yo también estuve mirando el suyo. Volví del trabajo más temprano de la habitual y ella estaba en mitad de su jardín, arrancando malas hierbas.

La postura era… muy sugerente. Las mallas que se le tensaban sobre el culo dejaban muy poco a la imaginación.

Me quedé ahí un buen rato, mirándola con una arruga entre las cejas. La mera imagen bastó para que la polla me palpitara dentro de los pantalones.

Se volvió justo entonces y me pilló mirándola. Entré casi corriendo en casa, semiduro, confundido y más frustrado sexualmente que nunca.

Desde entonces, no me sacó la imagen de la cabeza: Katie, llena de tierra, a cuatro patas y yo…

Se acabó. Me voy a dormir. Vivir en un barrio residencial empieza a pasarme factura. ¿En serio, Jakob? ¿Ahora te atrae la de las magdalenas? Lo que hay que ver.

A partir de mañana pienso evitar todo lo que pueda a esa mujer. Me avergüenzo de mí mismo. ¡Es la madre de alguien, por el amor de Dios!

Capítulo 7



Estoy estirando en el porche cuando mi misterioso vecino, altamente atractivo, pasa corriendo, *con* camiseta, por la calle. Mantiene un ritmo constante y una expresión tan relajada que hace que el *running* parezca muy fácil desde aquí.

Oh, venga. No puede ser para tanto. Es como caminar, pero… más rápido. Si conseguí no azotar a Paul con una cuchara de palo el día que me pidió el divorcio, podré correr un poco por el barrio.

Allá vamos.

Me aprieto la coleta, que es maravillosa para un efecto lifting total de la cara, y troto hacia él. Os preguntaréis por qué. La respuesta es: porque no tengo nada mejor que hacer.

—Buenos días, vecino. Una mañana estupenda, ¿verdad? Quién diría que faltan solo cinco días para que sea Navidad.

Me dedica una mirada de pocos amigos. ¿Qué le costaría sonreír un poco? El rigor mortis de su rostro resulta espeluznante.

—No te importará que te haga compañía...

Sí, sí que le importa. Esos ojos grises, secos, y la mandíbula tan rígida que podría cortar diamantes indican que mi compañía —¿acoso?— le resulta de todo menos grata.

—Verás, estoy buscando un hobby para evitar caer en las garras de alguna secta. Esta madrugada, en plena ola de insomnio, creía que sería el macramé, pero, Dios, es muy difícil, por mucho que en YouTube aseguren lo contrario. Casi me estrangulo con el ovillo de cuerda. También podría estrangular a Paul, mi ex, si algún día viniera de visita… Mejor me busco un entretenimiento más dinámico que no me acabe metiendo en la cárcel. El macramé es muy peligroso. Y aquí me tienes.

Le sonrío.

Él, alto, impecable, con su porte de atleta de élite, se mantiene inexpresivo.

A mí me empieza a faltar el aliento, y no precisamente porque mi acompañante se le parezca un poco a ese actor sueco… ¿Cómo se llama? Bah, nunca me quedo con los nombres.

—¿Cuántos kilómetros corres? Perdona, se me había olvidado que te niegas a hablarme. ¿Es porque no soy una rubia de veinticinco años?

Una sonrisa mal disimulada asoma en su anguloso rostro, destacando sus maravillosos pómulos y la sombra de una barba demasiado favorecedora. No es que tenga alguna posibilidad con él. Ni que fuera yo una rubia de veinticinco años.

Pero no puedo evitar que una mariposa descabellada aleteé por mi estómago. Soy una mujer, al fin y al cabo. Al margen de mi corazón roto, tengo sangre caliente en las venas y este tío está que te cagas de bueno.

—¿Quieres que te deje a tu aire?

Querer se queda corto. Me lo está suplicando con la mirada.

—¡Pero entonces tendría que correr sola! —me indigno—. ¿Y sabes qué es lo que les pasa a las mujeres que salen a correr solas, incluso en zonas residenciales? ¡Acaban descuartizadas en un

descampado! ¿Es eso lo que quieres? ¡Piensa en mis hijos! ¿Cómo puedes ser tan desalmado?

Niega para sí antes de torcer por la primera calle a mano derecha. Lleva auriculares. Sin cables. Incluso eso parece sexy en él.

—Ay, por Dios, pero ¿por qué vas tan rápido? ¿Intentas escapar de algo? Creo que me están implosionando los pulmones. ¿Que me falte tanto el aliento es normal?

Es indecente que yo luche por no desplomarme en la acera mientras que él está aquí tan tranquilo, como si esto no fuera más que un paseíto. ¿De dónde saca tanta disciplina?

—¿Quieres alojar un poco, o es que te has propuesto invadir Polonia? No es que tú parezcas un nazi —me corrijo al ver su ceño fruncido y esa mirada gélida desgarrando la mía—. Bueno, ahora que lo pienso… No me cuesta nada imaginarte con el uniforme de la Gestapo. Das escalofríos.

A pesar de lo mucho que se tensa su mandíbula, reduce un poco la marcha.

—Te lo agradezco. Creo que voy a morir, pero Katie Archer no se rinde tan fácilmente, no te creas. Yo soy Katie Archer, por cierto. ¿Te importa que me siente en este banco un momentito?

No espero respuesta. Me desplomo porque, de lo contrario, puede que mis hijos acaben viviendo con Paul y Amber antes de que finalice la jornada.

El vecino se detiene y me espera con la paciencia de alguien que sabe que esto acabará mal. Puede que tenga razón. Salir a correr no ha sido mi idea más brillante. El macramé era más seguro. Ni siquiera cuando me estrangulé con toda esa maraña de hilos me faltaba tanto el aliento.

—¿Cómo sabes que te está dando un ictus? —consigo farfullar entre jadeos ahogados—. Me parece que no voy a poder continuar. Será mejor que te marches. No quiero fastidiarte la mañana. Me arrastraré de vuelta a casa, con dignidad, porque yo soy muy digna, no te creas.

Me observa con el ceño cada vez más marcado. No le ha convencido mi discurso.

—La palabra que buscas es *opa hostil* —me suelta de repente—. Venderán, te lo garantizo. Agotaremos sus opciones. De acuerdo. Adiós.

—Ah, que estabas hablando por teléfono *otra vez*. Por eso no me contestabas. ¿Soy tu peor pesadilla? —Me envalentono, me levanto del banco y… todo se oscurece—. Ay, mi madre…

Me estoy precipitando hacia la nada cuando unos brazos firmes, de bíceps marcados, me atrapan por la cintura.

Guau. Su piel arde de una forma tan sexy que basta con mirarlo un segundo a los ojos para sentir un calor que no tiene nada que ver con la premenopausia.

Nunca me había abrazado un tío tan atlético. Es todo muy… firme. Durísimo. Y huele de maravilla. Me gusta la sensación de tener su cuerpo apoyado contra el mío.

No es que él sea mi *crush*, como diría Abigail. Es que me siento protegida. Creo que necesitaba un abrazo. Nadie me ha abrazado desde el divorcio. Todos me han dicho: *ea, ea, ea, ya pasó. Déjalo estar. No pienses más en eso.*

Pero, a veces, lo único que necesita una mujer para sentirse mejor es… a un tío bueno que la abrace en mitad de una acera.

Sonrío, reconfortada por la firme pared de músculos que se insinúa bajo su camiseta, escondo la cara en el hueco de su clavícula, inhalándolo, ya que estoy aquí, y dejo que me sostenga.

Mis amigas se volverán locas cuando se enteren de que me he muerto entre sus brazos. Son sus *groupies*.

*****

—Madre mía. Se le ha tensado cada músculo del cuerpo. Es como Kevin Costner. *And I will always love you…* ¿A que sí?

Karen. Tiene que ser ella, porque siempre desafina como una bendita en el coro navideño de la iglesia.

Abro un ojo.

Ja.

Están todas en el porche. Ya han hecho ellas el café.

—Qué bíceps.

Maggie suspira mientras observa eclipsada la escena, al vecino buenorro trayéndome en brazos a casa.

—Es como si ella no pesara nada —añade Connie, impresionada—. Da la sensación de sostener una pluma.

—Y eso que tiene el culete un poco gordo.

Abro el otro ojo para fulminarlas con la mirada.

—Parecéis las tres hermanas brujas de *Stardust* —escupo, indignada—. Y yo no tengo el culo gordo. Tengo formas. Un tío me llamó *macizorra* el otro día. Soy una *macizorra*.

Desde mi postura privilegiada, veo la curva de los labios de mi vecino. Creo que le divierto.

—Hola, vecino. Soy Karen.

—Ah, por favor. Córtate un poco. Además, no va a hablarte. A mí no me habla…

—A lo mejor es extranjero —conjetura Connie.

—Puede que no nos entienda —la respalda Maggie.

—Os entiende perfectamente, así que no volváis a mencionar su *culito* —las regaño, como una madre severa—. Es ofensivo. Y angustioso. Un acoso.

—Pero no puedes negar que tenga un…

—¡Karen!

—Vale, ya me callo.

El vecino me coloca en la mecedora. Su nariz, recta y proporcionada, parece encajar a la perfección en su rostro masculino. Cuando se inclina hacia mí, la sombra de su perfil roza mi piel con tanta suavidad que las palabras se deshacen en mi boca.

Los iris grises recorren los míos con deliberada lentitud. Creo que es su forma tácita de preguntar si estoy bien. Asiento para indicarle que no necesito una ambulancia, y él me sonríe.

Estamos súper cerca el uno del otro. Me doy cuenta de que tiene tres pecas súper sexys en el puente de la nariz. Yo tengo un millón,

y juraría que las está contando ahora mismo.

Oigo a mis amigas suspirar, melodramáticas.

Salgo del trance para fruncirles el ceño con reprobación.

—No suspiréis. No soy una de esas rubias monas que despacha él en un taxi los domingos por la mañana. Aquí no hay romance. Soy más bien el animal moribundo que rescatas de la carretera para que no lo atropellen los camiones.

El vecino ríe entre dientes, un sonido ronco que parece hecho para desestabilizar a las mujeres.

Mis amigas suspiran con más dramatismo. Con ellas sí que funciona. Será que sufro estrés postraumático.

Niego para mí y vuelvo a clavar la mirada en la suya.

—Gracias por socorrerme. Te veré mañana. ¿A la misma hora?

—¿Es que piensas seguir adelante con esta locura? —se entromete Karen.

—Tengo un par de vaqueros negros que me cortan la respiración si me los pongo. Mi propósito para este año es conseguir cerrar el botón sin desmayarme. Y más vale que me dé prisa porque diciembre está a punto de acabar.

—Os dije que tiene el culete un poco gordo —se regocija la muy arpía por lo bajo.

—Qué obsesión. No todas nos hemos pasado la última década matándonos en *spinning*, pero, gracias a mi vecino, que corre como si lo estuviera persiguiendo el FBI, me pondré en forma de inmediato. O eso, o moriré en el intento. No acepto otra opción.

Él inclina la cabeza con aprobación antes de girarse y alejarse a trote calle abajo. Creo que me acabo de ganar su respeto.

Mis amigas suspiran por enésima vez.

—¡Menudo culito!

—¡Karen! —me indigno otra vez—. ¿Qué pensaría Charlie?

—Ah, Charlie no sabe ni que existo. Hace dos años que no me pone un dedo encima. Cree que soy frígida. ¿Sabéis cuál es el verdadero problema? El sexo con Charlie es tan soso que sí que parezco un poco frígida. No muevo ni un músculo del cuerpo. Ni uno

solo, chicas. Me quedo tiesa y quietecita, recitando el himno nacional a la espera de que acabe de una vez. Pero a este le daba yo un buen meneo.

—¿De verdad? ¿Le pondrías los cuernos a Charlie? ¿Joderías tu matrimonio por un polvo con un tío cualquiera, por muy bueno que esté?

Karen me mira, y no sé qué verá en mi mirada, el caso es que su expresión facial cambia al instante.

—Cielo, lo siento mucho. Ha sido una broma de muy mal gusto. No debería ridiculizar la infidelidad.

Mis amigas no se tragan eso de que Paul no me dejó por Amber.

—No, está bien. —Hago un gesto escueto con la mano para que deje de mirarme tan arrepentida y cojo el vaso de agua que Maddie me ha traído de la cocina—. Gracias, Mads. Somos amigas, deberíamos poder hablar de todo. ¿Creéis que Paul me dejó porque el sexo conmigo era aburrido?

—¡Por supuesto que no! —Karen está a un paso de certificarlo ante notario público, tan convencida suena.

Las demás lo niegan, pero noto que las tres se compadecen un poco de mí.

Mierda. ¡Puede que me dejara por eso!

Me pongo a rememorar nuestro último polvo. ¿Cuándo fue? Ah, ya lo recuerdo. Los chicos estaban de campamento. Yo fregaba los cacharros. Paul se me acercó, me levantó la falda y en menos de dos minutos estaba penetrándome. Tres más y él ya se había desplomado en el sofá porque no quería perderse los deportes.

Me estuve planteando en serio comprar un lubricante para no acabar siempre con *eso* en carne viva…

—Madre mía, ¡nuestra vida sexual era un espanto! Que alguien me preste un teléfono.

Maddie se saca el suyo del bolsillo y me lo da. Se lo arranco de la mano sin poder dominar la ansiedad y un segundo después ya estoy marcando el número de Paul.

—Paul Archer —me contesta, en plan abogado súper exitoso.

—¿Me dejaste porque nuestra vida sexual era horrible?

Mis amigas ahogan risitas histéricas. Nadie se esperaba que hiciera algo así.

—Katie…

—No me llames Katie, capullo. Y contesta a la pregunta.

—Kate, ¿qué quieres que te diga?

—Dime por qué se jodió nuestro matrimonio.

Es la primera vez que se lo pregunto. Creo que me daba demasiado miedo la respuesta.

—Cariño…

—Maldita sea, Paul, compartimos muchísimas cosas, mis mejores recuerdos. Eres el padre de mis hijos. Creo que me debes una puta respuesta.

—Kate, en el fondo lo sabes. Todo se volvió… aburrido.

Cuelgo.

Pensé que lo aguantaría, pero no, qué va. No lo aguanto en absoluto.



Primero me llama nazi, habiendo yo nacido en Alemania.

Luego se desmaya y no me queda otra que llevarla hasta su casa en brazos, para deleite de sus amigas.

Es un torbellino de imprevistos.

Y, por supuesto, mi plan de evitarla va como el culo.

Estoy muy frustrado. Y cabreado.

Me cabrea que se me ponga dura solo de fantasear con ella. Cada vez que la visualizo en mallas en mitad del jardín, se me tensan los huevos. Es impresionante.

A todo esto, ahí está ella, creyendo que no tiene ni una sola oportunidad conmigo porque no es una rubia de veinticinco años.

Si supiera que las rubias de veinticinco años no me ponen ni la mitad de cachondo...

Y, además, no son tan graciosas que ella. ¿El animal moribundo que rescatas de la carretera para que no lo atropellen los camiones? Sigo riéndome de eso.

Supongo que la veré mañana. O esta noche, cuando saquemos la basura. Solemos hacerlo a la misma hora.

Y no es que espere verla, pero…

Digamos que no me disgustaría.

Mierda. Creo que empieza a gustarme más de la cuenta su compañía. No puedo evitarlo. Es sexy y adorable al mismo tiempo, una combinación peligrosa para cualquier tío, incluyéndome a mí.

Capítulo 8



El irritante timbre me obliga a pausar la película que estaba viendo.

Gruño disgustada.

Espero que no sean otra vez los testigos de Jehová. Me han visitado tres veces ya en los últimos diez días. Sospecho que los muy aguilillas se han olido que tengo potencial para dejarme abducir por alguna secta y ahora quieren apretarme las tuercas.

Me echo la manta a cuadros por encima de la cabeza y me dirijo a la puerta con movimientos lentos y dramáticos. Parece que tenga la gripe, pero, qué va, solo es depresión. Desde que llamé a Paul y me dijo que nuestra vida —yo— era aburrida, no levanto cabeza.

Si es un testigo de Jehová, le preguntaré por qué Dios no se apiada de mí y hace que un meteorito caiga encima del bufete de Paul.

Vuelven a llamar, con mayor insistencia.

—¡Ya voy! Timbrecito de las narices. ¿Qué? —rezongo al abrir.

No veo nada durante unos segundos porque llevo todo el día con las cortinas cerradas y mis pupilas no pueden con tanta claridad. Es

todo muy… resplandeciente aquí fuera.

Parpadeo varias veces, intentando ajustar las retinas a la luz diurna, y poco a poco las formas empiezan a definirse.

Aparece el contorno de una silueta femenina, curvilínea como la de Betty Boop, un pelo corto de color azul eléctrico, el reflejo de un rayo de sol en la montura metálica de unas gafas rojas…

—Ay, no… ¡Es Satán!

—Así que el mamonazo de Paul te ha dejado. Bueno, se veía venir. Mírate. ¿Qué llevas puesto?

Mi madre, Martha, el ser humano más *hippie* y malhablado de todo el estado de California, deja caer al suelo unas voluminosas maletas que auguran una visita inquietantemente larga y me planta dos besos ruidosos en las mejillas. ¡¿Por qué a mí?!

—Madre, ¿qué haces aquí?

—Me llamó Abbie para decirme que intentas suicidarte.

El dramatismo es nuestro legado familiar.

—No intento suicidarme. Solo estoy viendo *Los Puentes de Madison*.

Una y otra vez.

—Kate, no te pongas melodramática con esto del divorcio. Piensa en los chicos.

—¿Cómo pensabas tú en mí cuando te colocabas en el sofá?

Martha hace un gesto con la mano para restar importancia al asunto. Lleva las uñas largas y rojas, como todas las brujas.

—No empieces con tus reproches.

—Hasta los veinte ni siquiera comprendí qué demonios estabas haciendo.

—Lo cual demuestra que no te traumaticé en absoluto. Anda, ayúdame con las maletas. Traigo regalos para los niños.

—Esperemos que no sea hierba.

—Qué amargada estás. Te dije que no te casaras con Paul. Se te agrió el carácter, que de por sí era un poco agrio.

—¿Y por qué será?

—Claro, la culpa de todo la tengo yo.

—Mira, por fin lo pillas.

—Dime la verdad. ¿Cómo estás? ¿Es necesario que llame a los servicios sociales?

—Por favor —bufo, torciendo los labios con incredulidad—. Esto lo dice el ser humano que fumaba hierba en el quinto mes de embarazo.

Ahora entiendo que Abigail llamara a mi madre, con la que llevo más de un año sin hablar.

Está claro que el desarrollo cognitivo de mi hija se ha visto afectado por culpa de la hierba que fumaba Martha en 1981. Al fin y al cabo, yo le pasé mis genes. Y no creo que el camello de mi madre fuese muy de fiar.

—Ah, escupe tu veneno. Torturar a tu pobre madre es tu placer más exquisito. Ojalá tu hija te haga a ti lo mismo algún día.

—Ya lo está haciendo...

—El ciclo de la vida, Kate.

—Hmmm.

*****

La cena, pizza, invita Martha, o puede que uno de sus innumerables ligues, está siendo estupenda. Mi madre no ceja en su empeño de hundirme la autoestima.

Tienes un aspecto horrible, ¿es que no tienes espejos en casa? Anima esa cara.

¿Ya te has hecho un perfil en Tinder? Pues no sé a qué estás esperando. El tiempo corre, y no a tu favor.

Se te empieza a relajar el óvalo facial. En unos cuantos años parecerás un payaso triste como no tomes cartas en el asunto.

Se te están acabando las opciones, Katie. Por el amor de Dios, ¡¿por qué estás tan en contra del Botox?!

—Voy a sacar la basura —informo, con impecable aplomo, la espalda recta y una perfecta sonrisa que aterraría a cualquiera.

Me parezco un poco a aquella ama de casa que se cargó a su marido y luego se puso a planchar sus camisas como si nada.

Los chicos y yo vimos el reportaje en la tele y recuerdo que la mujer, cuando por fin la esposaron, tenía la misma sonrisa, la que dice que todo está bien, no hay nada de lo que preocuparse. La sangre de la moqueta se limpia con un poco de bicarbonato.

—Kate, te dejas una bolsa.

—Vaya. ¿Cómo se me ha podido pasar?

Agarro con saña la bolsa de los plásticos, salgo al jardín, me alejo unos quince pasos de la casa y ahí me detengo para gritar con todas mis fuerzas.

Tenía que sacarlo todo porque, si no, iba a explorar.

El vecino, que también está sacando su basura como todas las noches a estas horas, se queda inmóvil, con la tapa del contenedor en alto y los ojos abiertos de par en par.

Que no cunda el pánico. No estoy ni la mitad de desquiciada de lo que podría estar alguien cuya progenitora ha cruzado el país con la única intención de amargarle la existencia.

—No pasa nada —lo tranquilizo, al ver su mueca de espanto—. Mi madre ha venido de visita. Ya la conocerás. Te tirará los tejos en cuanto te vea. Una mujer encantadora. También intentará venderte hierba. Si te pide dinero prestado, ten por seguro que no te lo piensa devolver. La buscan por estafa en por lo menos tres estados. Luego no digas que no te lo he advertido. Buenas noches.

Abre la boca como para decir algo, pero yo ya me estoy marchando. Es igual, el simple hecho de saber que está ahí me tranquiliza. Es como un monje budista.

Menos por lo del sexo desenfrenado con rubias veinteañeras.



Se ha puesto a gritar de repente como una loca. No sé qué hacer. ¿Voy a ver qué está pasando? ¿Me comporto con educación y finjo no haber visto nada?

A lo mejor necesita ayuda. Puede que se haya clavado un cuchillo por error. La veo capaz.

Sí, debería ir a comprobar por qué está tan alterada.

Estoy a punto de hacerlo, cuando se pone a hablar.

Su madre ha venido de visita. También parece una mujer curiosa. ¿Será un rasgo típico de los Estados Unidos? En Alemania, la gente no grita en mitad del jardín, puedo asegurarlo. De hecho, puedo asegurar que la gente no grita en ningún sitio.

—Buenas noches —concluye, antes de que me haya dado tiempo de formular ni una sola palabra.

La puerta de su cocina se cierra con gran estrépito.

Pasan por lo menos dos minutos hasta que comprendo que no puedo seguir aquí toda la noche, sumido en mi perplejidad.

Coloco la tapa metálica sobre el contenedor, miro una vez más su casa, probablemente la más navideña de todo el vecindario, y luego me dirijo hacia la mía.

No sé en qué momento empiezo a sonreír, pero al rato la sonrisa se convierte en una fuerte carcajada.

Capítulo 9



La visita sorpresa de Martha funciona.

A las siete de la mañana siguiente, me estoy calzando las zapatillas de correr y estirando el elástico de mi eficiente coleta. Ni rastro de la suave mantita a cuadros con la que me he estado arropando mientras me relamía las heridas amorosas.

Llevo mallas fucsias ajustadas a las caderas y una sudadera rosa de Adidas que pertenecía a Abbie, antes de que se pasara de moda y la heredara yo. Menos mal que los niños de ahora llevan ropa muy holgada. El planeta nos lo agradece.

Miradme. Soy la típica mamá de barrio residencial: dinámica, eficaz, preocupada por la alimentación…

—Joder. ¿Qué es ese ruido infernal?

Con una madre senil instalada en el cuarto de los invitados…

Me estoy planteando mencionar lo de Martha en mi futuro perfil de *Dating.com*, para que los tíos sepan qué esperar de una relación conmigo.

Apago la batidora, sirvo dos vasos y me vuelvo hacia ella con una sonrisa de sectaria.

—Madre. Buenos días. ¿Te apetece un *smoothie* de espinacas?

—Por el amor de Dios, aparta esa asquerosidad de mí —gruñe, repelida. Nunca ha tenido un despertar fácil. Habitualmente, a causa de la resaca—. ¿Qué haces armando follón tan temprano?

—Me estoy preparando para ir a correr.

Satán trepa como puede a un taburete alto y se enciende un cigarrillo.

Antes de que pueda parpadear siquiera, se lo he arrancado de la mano y ya lo estoy apagando bajo el grifo.

—¡Oye! —se indigna, como siempre.

—No se puede fumar en esta casa y lo sabes. Fin de la conversación.

Me responde con una mueca de desagrado.

—¿Vas a salir a correr? ¿Qué ha sido de tu depresión?

—¿Qué depresión? —Como si no supiera de qué me está hablando, planto el tobillo sobre la encimera y estiro el músculo. La última vez acabé con unas horribles agujetas.

(Por si alguien se lo preguntaba, mi depresión acabó como por arte de magia en cuanto Satán se instaló en el cuarto de invitados).

—Qué flexible —se sorprende Martha—. Podrías trabajar en un club de *striptease*.

—Lo tendré en cuenta, madre. El día que me apetezca que me cosifiquen, presentaré un currículum en el establecimiento más cercano.

—Se gana mucho dinero. Yo lo hice en los noventa.

—Lo recuerdo. No podías permitirte una niñera y tenía que acompañarte al trabajo todas las noches. Bueno, hasta la vista. No pegues fuego a la casa.

Salgo trotando, para que vea lo animada que estoy y lo poco que la necesitamos en la Costa Este.

—Buenos días, compi —abordo al vecino gruñón, intentando adaptarme a su ritmo—. Vaya, llevas sudadera por fin. ¿Es porque

estamos a nueve grados? Oye, finge que somos amigos. Mi madre nos observa desde la ventana como un suricato. Quiero que vea que estoy de maravilla. Cuando antes vuelva a su casa, mejor para todos. Como siga aquí diez días más, voy a acabar ingresada en un psiquiátrico. Ya estaba bastante desquiciada antes de que viniera a visitarnos. Esto es la gota que colma el vaso.

El muy descarado se vuelve y saluda a Martha con la mano.

—¿En serio? A mí nunca me saludas.

Arquea las cejas, como si estuviera diciéndome *¿y por qué será?,* pero en el fondo se le ve divertido.

—Te sorprenderá verme. No es que haya renunciado a nuestra rutina después del patatús que me dio la última vez. Es que ayer tenía cosas que hacer. Bueno, estaba deprimida. De acuerdo, te lo contaré. No es necesario que insistas. Resulta que Paul, mi ex marido, dijo que yo era aburrida. Dime la verdad, ¿te parezco aburrida? ¿Y por qué hay que estar todo el rato entreteniendo a los tíos? No lo entiendo. ¿Es que vuestras madres no os hacían caso de pequeños? A mí tampoco, pero no por eso voy por la vida exigiendo atención a gritos. ¿Sabes?, las mujeres no somos monos de feria. Es indignante que se nos trate así.

—Hola, Kate, querida.

—Buenos días, señora Peterson —respondo, cambiando mi tono encrespado por uno cordial—. Vaya, ¡cómo han crecido sus rosales! La señora Peterson tiene ochenta años, vive sola y ese jardín es su mayor orgullo —le susurro al vecino.

Estoy segura de que no conoce a nadie en el vecindario. Este verano hicimos una barbacoa comunitaria y no se dignó a aparecer.

—¡Qué en forma está tu marido, querida! —exclama, encantada, la anciana.

—Está ciega como un topo —vuelvo a susurrarle a mi acompañante.

Puede fingir todo lo que quiera que le resulto indiferente. Sé que no es así. Esa sonrisa escondida le traiciona.

Además, si quisiera que le dejara tranquilo, ya se habría alejado corriendo. Está claro que no tengo manera de seguirle el ritmo. Podría librarse de mi acoso en un abrir y cerrar de ojo.

Pero aquí está, trotando a mi lado, porque en el fondo le entretiene mi compañía. Soy chispeante. Doy luz a su apagada vida. Paul estaba muy equivocado. No tengo un pelo de aburrida. El aburrido era él.

—Ahí como la ves, todavía tiene energías para echarme una mano con la gala benéfica del colegio. Y eso que ni siquiera tiene nietos en edad escolar. Oye, deberías venir. Así conocerías a la gente del barrio y te integrarías.

No le entusiasma. Es más, lo odia.

—Vamos a sortear entradas para un musical. *Dancing Queen*, por si te lo estabas preguntando, lo mejorcito de ABBA. No es como *Mamma mía*. Va de una chica de diecisiete años, la reina del baile, a la que le rompen el corazón por primera vez. No es por presumir, pero a mi hija le han dado el papel principal. Vente a la gala. En serio, te lo pasarías genial. Y podrías relacionarte con gente. Gente mayor de veinticinco años, quiero decir. Luego te invitarían todos a sus barbacoas. Somos una comunidad muy unida. Prácticamente, como si fuéramos una secta. ¿Sabías que el contacto social previene la demencia? No querrás acabar soltero y demente…

Lo veo entornar los párpados y negar para sí. Me gustaría que viniera. Sería una experiencia enriquecedora para él. No es que yo quiera que asista a la fiesta por intereses personales, Dios me libre. Solo intento que se integre en el barrio. ¡Va en serio!

—Mi madre cree que debería darme de alta en *Tinder*. Es ridículo. Me acabó de divorciar. Vale, Paul y yo nos separamos hace un año, ya sabes que la justicia es muy lenta, pero no sé si estoy lista para salir con tíos todavía. He oído que os habéis vuelto muy raritos en las últimas dos décadas. No te ofendas. ¿Nos sentamos un momentito? No puedo más.

Me desplomo en el banco más cercano. Él se queda de pie delante de mí, trotando para no bajar las revoluciones.

—Jojo Lapena se divorció el año pasado —sigo cotorreando como una descosida. En serio, esta terapia es buenísima. Con él no me guardo nada. Lo suelto todo tal cual. Es sanador. Es mi monje budista—. Me contó cosas escalofriantes. Por lo visto, los tíos estáis todos obsesionados con el sexo. Ya nadie busca el amor ni una conexión real con otro ser humano. Está claro que tú no la buscas, así que Jojo no iba desencaminada. Me estuvo hablando de gente que le propuso un trío en la primera cita, ¿te lo puedes creer? De tíos de cuarenta años que aún viven con su madre, en plan Norman Bates. Qué grima. Del que en las fotos parecía un dios griego y luego no era ni su primo lejano…

Me sonríe y vuelve a negar.

—Qué curioso. Hoy tus ojos parecen casi azules. Habría jurado que eran grises.

Cruza los brazos sobre su fibroso pecho y ladea la cabeza hacia la derecha, con una leve sonrisa en las comisuras de los labios.

—Creo que, cuanto más me empeño yo en hablarte, más te empeñas tú en mantenerte callado, ¿a que sí? Es como si fuera un pulso para ver quién cede antes. Pero, ¿sabes qué? No voy a ser yo, amigo. Puedo ser la hostia de pesada. Dios, me muero de sed. ¿Te importa que trotemos hasta el súper? No querrás que vuelva a desmayarme… Me compraré una de esas bebidas isotónicas. Nunca he probado una. ¿A qué saben?

Suspira como un mártir, pero me sigue.

Sonrío, victoriosa.

—Oye, Tom, deberías darle una vuelta a tu propuesta. Acabo de escuchar tu audio y no me parece una buena estrategia. No es lo bastante agresiva.

—Dios, estás todo el rato usando ese chisme. ¿No te preocupan los tumores cerebrales? ¿Sabías que los móviles emiten unas ondas muy peligrosas? ¿Es que no dejas de trabajar ni media hora al día? ¿Tengo que añadir adicto al trabajo al lado de soltero y demente?

—¡Katie! ¡Yu-hu!

—Anda, si es mi amiga René. ¿Te importa volver solo a casa? Hace años que no la veo.



Oh, por Dios. ¿Por qué estamos hablando de los tríos? Imaginármela en un trío me resulta antinatural.

En algo sí que tiene razón. No busco una conexión con otra persona.

Y, sin embargo, estos pequeños momentos que paso a su lado se han convertido en algo importante para mí, algo que espero ansioso.

Estoy como una cabra. No tendría que haberme mudado a un barrio residencial. Ahora quiero convertirme en uno de ellos, el típico tío que corta el césped y hace barbacoas.

¿Y por qué en todas mis fantasías descabelladas está Katie con sus mallas fucsia apretadas al culo?

Esas mallas son un peligro público, lo digo en serio. Tengo demasiadas ganas de arrancárselas.

Está claro que necesito terapia. Estoy más salido que nunca.

Ayer me dije a mí mismo que este hábito de salir a correr con ella debía acabarse.

Me mantuve en mis trece. Hasta que escuché su puerta abrirse esta mañana y mi autocontrol empezó a desmoronarse. Ni siquiera entiendo por qué me altera tanto. ¿Por qué no hago más que

fantasear con ella? No es mi tipo. Ni de lejos, joder. Es demasiado caótica, demasiado impredecible, demasiado… complicada.

No es la clase de mujer con la que puedas tener una aventura de una noche. Con ella te implicas, y yo no busco implicarme.

Debería concentrarme en el trayecto; mantener el ritmo de siempre, no reducir la velocidad para que pueda seguirme.

Soy un idiota. Uno integral.

¿A quién pretendo engañar?

¿No quiero implicarme? Joder. Ya estoy implicado.

Finjo que me irrita su presencia y su forma de llenar el silencio con sus comentarios absurdos.

Me empeño en no mirarla. Al menos, no directamente.

Pero la veo.

Veo ese hilo de sudor deslizarse entre sus pechos, bajo la camiseta escotada que lleva por debajo de la sudadera.

Veo el mechón rojo que se ha despegado de su coleta y cae sobre su nuca.

Estoy lo bastante cerca como para captar el toque a vainilla que desprende su piel y también para fijarme en los labios entreabiertos que fantaseo con besar.

No tiene ni idea de lo que provoca en mí, ni del esfuerzo que hago para no cogerla del brazo, obligarla a detenerse y mirarla a los ojos solo para comprobar si ella siente lo mismo que yo, esta atracción que no tiene ni pies ni cabeza.

Capítulo 10



—¿Por qué siempre que desapareces te acabo encontrando detrás de algún adorno navideño? Deja ya de esconderte.

Me vuelvo hacia Celeste con cara de fastidio.

—No me estoy escondiendo, solo me tomo un respiro.

—Katie.

—¡Es que no puedo con esto! —exclamo, harta de su tonito indulgente, que no dice nada y, sin embargo, lo dice todo—. Estas galas tan elegantes, llenas de personas sofisticadas y esnobs… Afrontémoslo, yo ya no encajo aquí. Hace veinte años, tal vez. Ahora ya no.

—No seas tan cría. Puedes con todo lo que te propongas y más.

Resoplo.

Mi amiga vive convencida de que nada es inalcanzable. Ojalá yo tuviera un poco de esa seguridad suya.

Celeste se permite a sí misma un día de bajón. Al siguiente, ya está recuperando las riendas. Yo podría quedarme tumbada en un

charco de basura emocional toda una eternidad.

—Ven. Quiero presentarte a alguien.

—¡No! —protesto, resistiéndome a seguirla—. Me prometiste que no ibas a emparejarme con nadie esta noche.

—No voy a emparejarte. Solo quiero que conozcas a alguien.

—¿Con qué fin?

—Aumentar tu círculo social.

—Mi círculo social. —Bufo con escepticismo—. Sí, claro. Dime una cosa.

—¿El qué?

—¿Es un tío?

Sus ojos, azules como dos zafiros, me lanzan una mirada de pura exasperación.

—Sí.

—¿Está casado?

—No.

—Vas a emparejarme con él.

—¡No seas absurda! No soy tu hada madrina y, mírame, estoy demasiado flaca como para hacer de Cupido. La dieta de algas me está matando lentamente.

—Pues no quiero conocerle.

—Pues lo tienes difícil, porque viene hacia aquí. ¡Simon! Cuánto me alegro de verte.

Simon se acerca a nosotras con una sonrisa deslumbrante, recién blanqueada con láser. Lo que me faltaba. Otro tipo de mediana edad con complejo de juventud. No lo aguanto más.

No es mi tipo.

Va demasiado bien vestido, y tiene demasiada confianza en sí mismo. Se mueve por la sala como un pez gordo. No me gusta la gente tan pagada de sí misma. A Celeste le sienta bien, pero ella tiene algo especial. Este tío solo parece un gilipollas presuntuoso.

—Señora Heller, déjeme decirle que está usted deslumbrante esta noche.

Se inclina sobre Celeste para besarla en la mejilla, mientras yo hago una mueca de hartazgo a sus espaldas.

—Eres un cielo. Esta es mi amiga, Kate.

Simon se fija en mí.

Es un tipo de complexión atlética y ojos azules, de unos cuarenta y muchos años. Podría resultar atractivo, si no fuera por la sonrisa. Es como una fachada. La típica máscara que se pone la gente para agradar.

No me termina de convencer Simon.

Vale, quizá esté a la defensiva y ponga pegas a todo porque no me apetece conocer a nadie esta noche.

Ni nunca. Tendré que decirle a Celeste lo de mi shock postraumático.

—Oh, sí, tu amiga, la que hace tartas, ¿verdad?

Aprieto los labios con incomodidad y al final estrecho la mano que me ofrece.

—Sí. Esa soy yo. Kate Archer. Encantada. Uy, qué tarde se me ha hecho. Debería irme. Tengo que darle de comer al hámster.

Simon se echa a reír.

—Es graciosa.

—Mucho —confirma Celeste, que le dedica una sonrisa cómplice a él y luego otra heladora a mí—. Tranquila, Kate. El hámster puede aguantar sin comer una hora o dos.

—No, no puede. Es un roedor. Tiene que estar royendo todo el rato con sus pequeños colmillitos.

—Ni caso. Está bromeando. En otra vida debió de ser humorista. ¿Me disculpáis un momento?

Le lanzo una mirada elocuente, aprovechando que Simon le pregunta al camarero qué clase de champán están sirviendo, pero ella la pasa por alto y se marcha aun cuando mis ojos claman alto y claro: *¡no te atrevas a dejarme aquí sola!*

Así es Celeste. Un poco mandona. Hace cosas que tú no le has pedido que haga, solo porque cree que es lo mejor para ti.

A veces se equivoca.

Hoy se equivoca.

¡Que sí, joder!

Simon se vuelve hacia mí en mitad de mi monólogo interior, con una copa de champán en la mano. Dejo de pelearme conmigo misma y pongo la típica sonrisilla incómoda, en la que él no se fija porque está muy empeñado en repasarme con la mirada. Creo que intenta decidir si estoy buena o no. Si decide que no, no va a perder su valioso tiempo conmigo.

—Bueno, Kate. He oído que estás divorciada.

Ha decidido que estoy buena. Jolines. Sabía que era mala idea comprarse esta faja.

Y una idea aún peor ponérsela.

Me aferro con fuerza a mi copa de champán y a mi sonrisa de fastidio.

—Sí. Celeste… te ha puesto al día de mis pequeñas miserias, por lo que veo.

Simon ríe entre dientes.

—Oh, sí. No deja de hablar de ti. Katie esto, Katie lo otro.

Claro que lo hace. Ya no sé cómo decirle que no quiero conocer a nadie. No quiero *liarme* con nadie. Estoy bien así. Tengo un negocio emergente, tengo a mis hijos…

¿Y qué si mi marido me abandonó las Navidades pasadas? No tengo ninguna necesidad de reemplazarle.

¡Y mucho menos con alguien que toma rayos UVA y se inyecta Botox!

Me dejará en cuanto encuentre un juguetito más reluciente que yo. ¿En qué estaría pensando Celeste? ¿Será que se le acaban las opciones?

¿Será que *a mí* se me acaban las opciones?

Cualquiera de las dos hipótesis resulta igual de deprimente.

—Anda, ya te has acabado el champán. Qué rápido bebes. ¿Tomamos una copa de algo más fuerte?

—No, yo…

—Insisto.

—Pero…

Las tentativas de protesta resultan inútiles. Simon me ha cogido por el brazo y ya me está arrastrando hacia la barra.

Llevo otro vestido negro de coctel que me oprime las costillas y tacones demasiado altos. Solo quiero irme a casa.

—Dos Martinis —le pide a la camarera.

No se ha molestado en preguntarme qué quiero tomar, da por hecho que él lo sabe todo, y puedo asegurar que no me apetece un Martini ahora mismo y que odio a los hombres que no se toman un momento para escucharte.

—Vaya. Pues… gracias —espeto con sequedad.

Si Simon fuera menos narcisista de lo que es, se percataría de lo punzante que es mi tonito, pero no es el caso. Él cree que estoy encantada de que me preste atención.

Una divorciada cuarentona. Cómo no va a estar encantada, joder.

Hago una mueca de exasperación con los párpados cuando se quita la chaqueta muy despacio, para darme tiempo a admirar sus músculos trabajados en el gimnasio.

—Así que tartas —comenta mientras se dobla las mangas de la camisa blanca.

Me siento mayor y cansada. No tengo energías para nada de esto. Desearía haberme quedado en casa.

—Mm-hm. Me gusta la repostería.

—Interesante. Yo trabajo en política. Estoy a punto de lanzar mi candidatura para la alcaldía.

—Vaya. No me digas. ¿Por qué partido?

—El republicano.

No sé para qué pregunto.

—Hum.

—Supongo que me votarás.

—Oh, no, yo soy demócrata.

Simon me mira con sorna y después se echa a reír, como si hubiese escuchado el mejor de los chistes.

—¡Demócrata! —exclama entre risotadas—. Sí que eres graciosa.

Quizá el Martini no esté tan mal.

Cualquier cosa con tal de librarme por unos momentos de este gilipollas creído.

Agarro la copa que antes me he negado a tocar, me deshago de la aceituna y me bebo, con ansia, más de la mitad. Esperemos que el alcohol haga la compañía de *Simon* más llevadera.

Ni siquiera sé qué es lo que me crispa tanto de este tío, su actitud confiada, que sea incapaz de mantener el ego controlado, que insulte mi orientación política o que sus ojos se muevan detrás de cada mujer atractiva que pasa por aquí.

Soy mayorcita para aguantar tantas chorradas. Cómo echo de menos las mallas fucsia que heredé de Abbie. Lo que daría yo ahora mismo por estar en el sofá con esas mallas y un bol de gusanitos…

Llevo unos pendientes largos, plateados, que me destrozan las orejas, y mi recogido está tan apretado que Magnus, el marido de Celeste, me preguntó hace un rato si acabo de hacerme un lifting.

¿Por qué no me habré quedado en casa? Celeste me lo vendió como: *harás montones de contactos para tu negocio de tartas*, no como: *tendrás que aguantar a Narciso*.

¿Y qué está diciendo, a todo esto? Este tío habla más que yo.

Le presto atención por un segundo, solo para comprobar que sigue monologando sobre sí mismo. Venderse es lo suyo. Todos sus logros son mucho más importantes que los de los demás.

Me pido un segundo Martini. Me da igual que no me guste el Martini. Me lo bebo ansiosa, sin dejar de asentir, cada vez más neurótica.

No hace falta que participe en la conversación. Simon está encantado de conocerse.

—Y no te olvides de que vamos a limpiar esta ciudad de chusma extranjera —concluye, una eternidad después.

Fuerzo una sonrisa tan falsa que ni la mismísima Celeste podría igualar.

—Pues no sé qué decirte. Se quedaría vacía.

Se acabó. Llevo tres copas de Martini seguidas. He perdido toda la paciencia. ¿Y qué decir de la compostura? Me solté el recogido en algún momento de su discurso xenófobo, con rabia y pasión, y ahora mi pelo cae indomable alrededor de mi rostro y mis ojos prácticamente reflejan el mismo color rojizo. Me arden las mejillas y jamás había tenido tantas ganas de pelearme con alguien.

Simon ladea la cabeza, bastante sorprendido de que haya osado interrumpirle, y me evalúa con el ceño fruncido y los labios entreabiertos.

—¿Cómo dices?

—Mira a tu alrededor, Simon. Sal de tu nube. Aquí todos somos extranjeros. ¿Ves este pelo rojo que tengo? Pues es herencia de mi abuela irlandesa. Y la piel clara puede que me la haya dado mi antepasado noruego. Y estos ojos verdes…

—Pero eso no es lo mismo —me interrumpe, impaciente.

—¿Por qué no? ¿Porque llevamos tres generaciones en este país y ya se ha lavado nuestra sangre sucia?

Se me había olvidado lo mucho que me divierte poner a la gente en un aprieto. He sido buena durante demasiado tiempo. Ya es hora de que *Katie* se vuelva mala.

Muajajajajajaj.

Apenas puedo contener la risa diabólica cuando Simon empieza a parpadear histérico. Vaya, vaya. ¿Ninguna mujer le había hablado así nunca?

—Con extranjeros me refiero a…

—Los que te llevan en taxi de un sitio al otro —interrumpo, impaciente—, los que te sirven el café en las cafeterías, los que labran los campos y cuidan a nuestros hijos como si fueran suyos, los médicos que te salvan la vida en los hospitales. Ya sé a qué te refieres: a la gente que trabaja duro para darle a nuestro país la grandeza que tiene. Te he entendido, Simon. No soy gilipollas.

Abre la boca para replicar.

Algo, un latido de ira contenida en su mirada, me dice que ahora es cuando vendrán los ataques personales.

Puede que me acuse de estar con la regla. Es el argumento masculino más recurrido de todos los tiempos. No hay pelea en la que un hombre, al quedarse sin argumentos válidos, no se lo haya echado en cara a una mujer.

Así que, vamos, Simon. Dámelo todo. Estoy lista, joder. Te explicaré lo que haga falta sobre la monstruación*, el clítoris y lo que tú quieras.*

¡Esto es Esparta!

Por fin he encontrado a alguien más detestable que Paul al que enfrentarme. Qué satisfacción. Y cómo me alegro de haberme comprado esta faja. Me hace sentirme sexy y poderosa.

—Me parece que tú…

—Katie, ¡aquí estás!

La voz me toma tan por sorpresa que me doy la vuelta, incrédula, con las cejas tan fruncidas que es posible que me haga falta Botox después de esto.

Si mis labios se separan en un gesto de perplejidad se debe a que el vecino cañón es la última persona a la que esperaba encontrarme en la gala pretenciosa de Celeste.

—¿Qué…?

Me sonríe, sexy y confiado, como si supiera exactamente el efecto que provoca en mí, y su mirada me barre de arriba abajo, lenta, calculada; una corriente eléctrica que se desliza por mi piel y hace que mi cuerpo reaccione al instante, tensándose como nunca.

—Siento llegar tan tarde. Hola. Estás preciosa.

Me muerdo la lengua para no preguntarle qué demonios se cree que está haciendo, y él me abraza contra su costado, me besa en la mejilla y, con una sonrisa de perfecta normalidad, le alarga la mano a Simon.

—Jakob Schiller.

Su otra mano se posa en mi cintura, como si nada. Intento seguir la conversación, trato de aparentar normalidad, pero la piel bajo su mano late con fuerza y mi cuerpo reacciona como si alguien hubiera apretado el botón de encendido. Mi pulso marca su propio ritmo y,

durante unos segundos, todo me parece borroso. La realidad se concentra en ese punto exacto donde me sostiene.

—Usted hace negocios con Magnus Heller, ¿verdad? —oigo, cuando consigo estabilizarme un poco.

—Sí. Trabajamos juntos en una fusión.

—Creo que nos presentaron en una fiesta. En los Hamptons.

—Puede. ¿Lista para irnos, cariño? Disfrute de la fiesta, señor McCain.

Antes de que Simon diga algo, o yo entienda qué está pasando, me toma de la mano y me conduce hacia la salida.

Observo los elegantes dedos que acaban de doblarse sobre mis nudillos y trago saliva ruidosamente.

Estoy demasiado conmocionada como para procesar que, de todas las personas del mundo, *él* me esté tocando.

—Esto…

Hago un gesto vago al pasar por delante del guardarropa, pero no da señales de captarlo y, de todos modos, no creo que esté capacitada para abrir la boca ahora mismo para explicarle que tengo ahí el abrigo. Basta el calor de su mano para que mis neuronas se extingan en masa.

*****

El aire frío de diciembre nos envuelve en cuanto ponemos un pie en la calle. Mi pelo es un remolino en llamas alrededor de mi rostro.

Pasamos por debajo de una bóveda de luces navideñas que parpadean como en un cuento de hadas y yo me las quedo mirando unos segundos más de la cuenta mientras taconeo por la acera detrás de un hombre que todavía no me ha dicho adónde vamos tan deprisa.

La gente va arropada hasta las cejas. Todos me miran porque estoy en tirantes, en plena calle, justo el día en el que ha empezado a nevar.

—¿Qué…? ¿Tú…? ¿Adónde…?

Jakob resopla y se detiene para mirarme. Lleva esmoquin, el cabello peinado con el desorden calculado que parece ser su seña de identidad y… está guapísimo. De verdad que sí. Está tan guapo que hace daño a la vista, y ahora comprendo que no ha dejado de colarse en mi mente ni por un segundo desde ayer.

Esta mañana quemé una tanda de galletas —las estaba haciendo para una residencia en la que trabajo como voluntaria en Navidad— porque estaba demasiado distraída pensando en él.

—Siento haber intervenido, pero tenías pinta de querer clavarle un cuchillo a ese tío. Llevaba un buen rato observándote y estabas cada vez más tensa. Mira, ya sé que McCain es un plato difícil de digerir. Probablemente te haya soltado el discurso xenófobo, o el machista, o el homófobo, o cualquiera de ellos, porque son todos iguales, y de verdad que justifico tu reacción, pero clavarle un cuchillo en una gala no creo que…

—Pero ¿qué haces tú aquí y por qué estás hablando *conmigo*? Hay por lo menos media docena de rubias veinteañeras en la fiesta. ¿Por qué pierdes el tiempo?

Se calla, me dedica una mirada larga y lenta y, poco a poco, los bordes de sus labios empiezan a curvarse en una sonrisa. Es como si se alegrara de verme, lo cual me afecta una pizca más de lo prudente.

—¿Qué tal si pasamos de la fiesta de los Heller y de las rubias veinteañeras y nos vamos a tomar algo por ahí, tú y yo? Conozco un sitio. Un piano bar. Pilla cerca de aquí, y es bastante tranquilo. Te gustará.

Parpadeo, confundida. ¿Me está tirando los tejos o es que he bebido más de la cuenta en la fiesta?

—¿Tú y yo? ¿Como si fuera una cita?

Me regala su sonrisa pausada, que revuelve algo dentro de mí.

—¿Por qué no?

—A ver si me aclaro. ¿Quieres que vayamos a un piano bar a tomar una copa como si esto fuera una película de Woody Allen?

Sus ojos se deslizan por mis facciones con una devoción casi febril. Comprueba mi boca, y luego analiza de nuevo mi mirada como si quisiera absorberla. Su interés ejerce en mí un efecto embriagador. Ahora entiendo a esas pobres chicas. Este tío es irresistible. Y más cuando esos mechones castaños que atrapan la luz intentan rebelarse contra la impecable disciplina de su traje.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Porque en las películas de Woody Allen siempre hay una neurótica como yo, que habla sin filtro y tartamudea y…?

—¿Qué tal si simplemente lo hacemos, sin buscarle una justificación?

Se me calienta el pecho cuando me fijo en los copos de nieve que se le han pegado al pelo y a la ropa. Yo también estoy cubierta de nieve.

Y helada…

Lo cual es paradójico, porque algo muy dentro de mí se está derritiendo a fuego lento ahora mismo.

Él, al percatarse de que estoy empezando a tiritar, se quita deprisa la chaqueta y me la pone por encima de los hombros.

Me envuelvo en ella, agradecida, y con mucha discreción aspiro el olor de su colonia. El corazón se me acelera de golpe.

—Ni siquiera me has dicho cómo te llamas.

—Es verdad. Me llamo Jakob, con la k. ¿Traes abrigo?

—Sí... —consigo farfullar, reteniendo con desconfianza los iris que él acaba de colocar a la altura de los míos.

—Iré a por él. ¿Qué tal si me esperas en el coche? No quiero que pases frío.

—No he dicho que sí a lo del piano bar.

Me parece que está conteniendo la sonrisa.

—¿Prefieres a McCain?

—¡Dios, no! —me horrorizo—. Mejor el mal conocido.

Se echa a reír, le alarga al aparcacoches el ticket y nos quedamos los dos de pie bajo la nevada, esperando a que nos traigan su coche. ¿No es de locos que estemos aquí, en pleno Manhattan, bajo

las luces navideñas, y que él me hable? ¡Era mi monje budista! ¿Ahora es mi caballero andante?

—¿Recuerdas la noche que…?

—Ya lo creo. Me preguntaste si tomo Viagra.

Mi subconsciente me está gritando un ¡¿QUÉ COJONES?!

—Te lo pregunté, ¿verdad?

—Mm-hm.

Qué incómodo todo.

Y qué frío hace.

La nieve arrecia, como si la ciudad fuera una bola de cristal agitada con demasiada saña por la mano de un niño travieso. Los copos giran y giran, cada vez más deprisa, cubriendo los cristales de los coches aparcados junto al parque y al Papá Noel que me sonríe alegre.

Me envuelvo en su chaqueta y suelto una especie de suspiro.

Una pareja discute a gritos en la acera de enfrente.

Los taxis amarillos tocan el claxon con desesperación al ponerse el semáforo en verde.

El metro vibra bajo nuestros pies.

Nueva York, caótica, ruidosa y siempre tan llena de vida…

Y, sin embargo, nosotros estamos atrapados en una burbuja de silencio.

—¿La tomas? —le suelto de repente. No he podido contenerme.

—No —responde, riéndose cuando lo miro.

Sé que debería poner fin a… lo que sea que estemos haciendo aquí esta noche, pero lo estoy disfrutando demasiado. Su sonrisa, que me haya quedado atrapada en sus ojos, esta absurda tormenta de nieve, la idea de acompañarle a un piano bar calentito y pasar la noche con él…

Es como si la ciudad, la nieve o puede que el mismo universo nos haya juntado esta noche.

¿Tan malo es que quiera cometer un acto egoísta por una vez?, ¿que me haya cansado de ser solo la madre, la ex mujer, el ama de casa que vive emociones a través de libros y series?

Sigo mirándolo a los ojos. Él me devuelve la mirada. Y, por un instante, juraría que me ve. Que de verdad se fija en mí.

Justo entonces llega su coche, el Porche negro dos plazas que a Paul le hubiera encantado tener. Seguro que se habría comprado uno igual para superar su crisis de los cuarenta, de no haber tenido dos hijos que algún día irán a la universidad.

Apenas oigo lo que le dice el aparcacoches. Solo veo cómo recoge las llaves, un gesto rápido, seguro, de hombre acostumbrado a mandar.

Luego rodea el coche y me abre la puerta del acompañante.

Me demoro un instante más de lo necesario, solo para torturarlo, y al final me deslizo en el asiento.

Se apoya en la puerta y se inclina hacia mí hasta que su rostro esculpido acaba a la altura del mío. Un mechón castaño cae sobre su frente, robándole parte de la seriedad. Ahora mismo lo encuentro peligrosamente sexy e irresistible. No tengo ni idea de a qué estoy jugando. Vivir aventuras no es lo mío.

—Voy a por tu abrigo. Dame el ticket.

Incapaz de romper nuestro eléctrico contacto visual, abro el *clutch* negro de lentejuelas y le alargo el papelito. Se lo guarda en el bolsillo y vuelve a sonreírme.

—Vuelvo en un minuto. No te muevas de aquí.

—De acuerdo.

—Toma. —Me da las llaves —. Por si quieres poner la calefacción o música mientras esperas.

—¿No te preocupa que te robe el coche? Parece caro. Seguro que le sacaría un buen pellizco en el mercado negro.

Parece divertirle un montón esta charla. Noto que intenta no reírse.

—Oh, estoy seguro. Pero no te olvides de que sé dónde vives, chica de las magdalenas.

Me guiña un ojo antes de perderse entre la nevada. Me echo a reír de pura incredulidad.

Si alguien me hubiera dicho la semana pasada que dentro de solo seis días sería yo la mujer sentada junto a mi vecino *Rabocop* en su Porche de mujeriego, me habría reído en toda su cara.

Pero aquí estamos. Es evidente que Papá Noel se ha pasado con el ponche este año.

Con un suspiro largo y dramático, introduzco la llave en el contacto y la giro hacia mí.

Empieza a sonar un jazz elegante, de esos que se deslizan entre las grietas del alma; la banda sonora perfecta para una velada invernal en la ciudad.

La voz de la cantante, nostálgica, un poco ronca, parece envolverlo todo, desde el vapor que sale de las alcantarillas hasta el halo dorado que las farolas arrojan sobre la nieve recién asentada.

Es increíble que un hombre que colecciona novias veinteañeras sepa valorar esta música que parece sacada de un viejo club de jazz de 1940.

Alto ahí.

No quiero pensar en temas relacionadas con la edad de sus ligues. Me volvería demasiado consciente de todo lo que nos separa.

Prefiero concentrarme en otras cosas, ¿en la nieve que se acumula sobre el parabrisas? ¿En cómo su chaqueta me abraza el cuerpo?

La ciudad está preciosa esta noche.

La música es perfecta.

Y mi cabeza no deja de dar vueltas. Puede que sea el olor de este coche, cuero nuevo y perfume masculino. Es tan seductor que me marea un poco.

Estoy perdida en la letra de la canción cuando se abre la puerta del conductor y el coche empieza a pitar.

—Abrigo recuperado.

Atino a esbozar una sonrisa temblorosa al coger la prenda que me ofrece.

—Gracias.

—De nada, Katie.

Me lo coloco en el regazo y vuelvo a mirarlo.

—Cómo nieva de repente, ¿verdad? —digo al ver que se sacude los copos que traía pegados a la camisa y al pelo—. Ya no vas a poder correr medio desnudo por la calle.

—Sí. —Se vuelve hacia mí para sonreírme—. Pero no pasa nada, me gusta la nieve. Me recuerda a cuando era pequeño.

—¿Nevaba a menudo?

El coche arranca con un ronroneo seductor. La cabeza me da todavía más vueltas. He pasado por el túnel del tiempo y vuelvo a tener veinte años.

—Ya lo creo. Me pasaba unos dos meses tirándome en trineo…

—¿En serio?

Apoya las manos sobre el volante y sigue mirándome a los ojos, con los labios curvados en un gesto gracioso.

—Mm-hm. O más. Mis padres me tenían que arrastrar a casa para que hiciera los deberes.

—Contentos estarían.

Con una risita, pone la marcha y, despacio, nos incorporamos al tráfico nocturno.

—No, no mucho —admite, divertido—. ¿Cómo eran tus Navidades?

—Yo me crie en California. Teníamos sol, playa y Papá Noel hacía surf.

El lado derecho de su boca se arquea hacia arriba.

—Tampoco está mal.

Lo observo en silencio, sin poder creerme nada de esto. Es como un sueño del que no consigo despertar. A lo mejor me quedé dormida en el sofá después de ventilarme varias copas de vino seguidas y nada de esto es real.

Cosas más extrañas he visto.



Según lo veo yo, tenía dos opciones: dejarla con ese tío o rescatarla de él.

No dejo de repetirme que lo he hecho para ahorrarle una noche de bochorno.

Y… no me lo creo ni por un segundo. Verla con ese imbécil me estaba cabreando. Tenía que tomar cartas en el asunto. Katie merece algo mejor. Es frágil y vulnerable todavía. Ese cretino podría hacerle daño.

Ahora está sentada en el coche a mi lado, con el abrigo desordenado sobre las piernas. La falda se le ha subido un poco por el muslo con el movimiento. No hace nada por arreglársela. Ni siquiera ha debido de notarlo, a diferencia de mí.

Aparto la mirada de golpe, como si eso sirviera de algo, y me obligo a mirar la carretera, a concentrarme en la conducción, pero lo único que siento es su presencia, demasiado cerca.

El aire del coche se espesa. Vuelvo a mirarla. Ella, nerviosa, tamborilea los dedos sobre la rodilla, lo cual atrae de nuevo mi atención hacia sus piernas.

Hay un pensamiento que no deja de agobiarme: ¿la rescaté de ese tío o la reclamé para mí?

Capítulo 11



El pianista interpreta una canción de Billie Holiday con una entrega que sobrecoge.

Nos hemos sentado en un rincón apartado, lejos del murmullo de las conversaciones.

La luz de las lámparas bajas resplandece entre nosotros, y la ciudad ahí fuera parece no existir; solo está el piano, la chimenea eléctrica y el calor de su hombro cerca del mío.

La mesa es enana. No tocarse resultaría imposible. Es un lugar muy íntimo.

—Nunca pensé que acabaría aquí contigo —le digo, sin dejar de jugar con el borde mi vaso—. En el viejo Manhattan.

—¿El viejo Manhattan? —repone, con esa media sonrisa que me hace perder la noción del tiempo.

—La música, las luces, los cócteles… Este lugar tiene la elegancia de una película clásica, ¿no crees?

—Supongo. Ahora que lo dices, siempre que vengo me siento como si estuviera en el Nueva York de los años cuarenta o

cincuenta.

—Lo parece —admito, sonriéndole—. Tenías razón. Me encanta este sitio. Tiene clase.

Gira la copa de whisky entre los dedos, sin dejar de estudiarme con esa leve sonrisa que me fascina.

Los copos golpean las ventanas, convirtiendo la ciudad en un lienzo desenfocado de farolas y nieve.

Y yo no puedo despegar la vista de la suya.

—Eres una romántica, ¿verdad? ¿De las que piensan que las épocas anteriores fueron mejores?

—Supongo que sí. Sé que hemos avanzado en muchas cosas, pero también hemos perdido bastante. Todo va demasiado deprisa ahora. Ya no hay *para siempre*. Solo cosas de usar y tirar.

Su mano roza la mía cuando levanta la copa para beber un poco.

El contacto es mínimo, pero suficiente para que mi corazón se acelere.

Es oficial: me he vuelto majara en Navidades.

—Entiendo a lo que te refieres. Tengo la misma sensación.

—¿Verdad? Echo de menos el cine de antes, cuando un guion brillante era suficiente para absorber al público. No hacían falta tantos efectos especiales, ni tanta acción sin sentido. Solo ingenio. Arte. A este mundo le han arrebatado el arte, ¿no crees? A veces me parece que nos hemos deshumanizado como sociedad. Estoy harta de ver tanto consumismo vacío en todas partes. La canción del verano. La literatura que llena las librerías. Las películas. Casi todo está hecho para entretenerte. No despierta nada dentro de ti, porque nada tiene alma. El arte se supone que tiene que hacerte sentir algo, no lo sé, provocar una reacción en tu interior, una explosión de sentimientos que no entiendes, pero que te hacen reflexionar. Dali, Gertrude Stein, Fellini, Virginia Wolf… ¿Nada que decir? ¿Solo esa sonrisita? ¿Hemos vuelto a la época del silencio y nadie me lo ha notificado?

—Nunca ha sido la época del silencio —me corrige, dejando que el solo del piano envuelva durante unos segundos la pausa de

nuestra conversación—. Era la época de la observación. Esa parte es importante para hacerse una idea de cómo es una persona.

—¿Y qué has *observado* hasta la fecha, vecino taciturno? —replico divertida.

Me evalúa con una intensidad que me hace sonrojarme un poco. Siento que sus ojos me atrapan en una especie de burbuja de silencio y excitación, de la que no quiero ni puedo escapar.

—Que eres apasionada —me responde, con una suavidad ronca que convierte la melodía del piano, *Blue Moon*, en apenas un susurro lejano—. Ingeniosa. Creativa. Eres como el arte, Katie. Despiertas algo dentro de mí.

Sus palabras suenan cálidas y envolventes, igual que los ojos que me aguantan la mirada, y yo absorbo cada sílaba, sin importarme que mi corazón se haya acelerado sin remedio.

O que el aire se haya electrificado.

O que el tiempo se haya doblado alrededor de este instante.

Jakob se inclina sobre mí, permitiéndome sentir de nuevo el calor de su hombro. No hay forma de disimular la electricidad que sube por mi brazo.

—Me encantan tus pecas —me susurra, sin despegar los ojos de los míos.

Los clientes del bar desaparecen de golpe. Solo estamos nosotros dos, el pianista y la sensación de que llevo toda la vida esperando este momento. La conexión que tenemos es tan profunda que no muevo ni un solo músculo, por miedo a fastidiarla.

Entonces, sin previo aviso, mi teléfono empieza a sonar con el tono estridente de siempre. La magia se rompe de golpe cuando la realidad —Paul— vuelve a filtrarse, ruidosa y molesta.

—Es mi ex marido. Tiene un don para fastidiar.

Jakob frunce el ceño, divertido.

Apenas puedo reprimir una sonrisa avergonzada.

—¿Te importa? Llevo días intentando hablar con los chicos. Esto del cambio de hora es brutal.

—Claro que no. Ve. Tómate tu tiempo.

—Gracias.

Me sonríe con una complicidad que me hace desear que la noche no termine nunca.



Desde que estoy en Francia no hago más que pensar en Katie.

No es tan raro, en el fondo. Siempre hablába mos de fugarnos a París; dejar a los niños con mis padres y tomarnos unos días solo para nosotros, una segunda luna de miel.

¿Por qué nunca lo hicimos?

Tampoco era tan difícil, y nunca fue una cuestión económica.

Sencillamente, perdimos el interés. Nos enterramos en rutinas. Nos olvidamos de hacer planes juntos. Dejamos de estar enamorados, supongo.

Ahora estoy aquí por fin, pisando los mismos adoquines que Sartre, aunque no con Katie, sino con Amber, y me siento un poco capullo por pensar que con ella lo hubiera disfrutado más.

Habríamos comprado un disco de Édith Piaf para escucharlo en plena madrugada, con una copa de vino en la mano.

Habríamos ido a museos, a librerías para hacerle boicot a todo ejemplar de *Lolita* expuesto en las vitrinas (ja ja ja, ese libro la vuelve loca), habríamos llevado boinas a juego y fumado cigarrillos solo por hacer la gracia.

(Y la foto a orillas del Sena, claro).

Nos habríamos empapado de arte, de cultura, no de tiendas Louis Vuitton y lugares fotografiados en Instagram.

Habríamos buscado lo auténtico: el París literario de Montparnasse, el de Hemingway y Fitzgerald, el brillo oculto de una ciudad que tiene tanta belleza por ofrecer que sería una atrocidad negarse a salir de las zonas comerciales solo porque no aguantas un café que no sea de Starbucks.

Habríamos vuelto a casa hablando con acento francés y más vino del permitido en las maletas.

No sé cuándo nos perdimos como pareja, ni por qué, pero hubo un tiempo en el que ella lo era todo para mí.

Ha sido un año difícil para los dos y sé que yo tengo la culpa de eso.

Cuando nos separamos, mi madre me preguntó si íbamos a hacer con los niños lo mismo que hicimos con la porcelana, repartírnoslos como si fueran objetos. Me sentó muy mal que me dijera algo así. ¿Creía que para mí era fácil ponerle punto final a una relación de veinticinco años?

Y ahora no sé si hice lo correcto. No puedo dejar de pensar en Katie desde que me llamó, ni en el daño que le hice al marcharme de casa.

¿Luché lo bastante o me rendí sin más?

Estoy en el bar del hotel, completamente insomne, dando las gracias de que el barman aún no haya cerrado. Bendita Europa.

Tomo un sorbo de vino, sin poder evitar pensar en lo deprimente que resulta beber solo. De alcohólicos, vamos. Amber no se tomaría una copa de vino ni aunque la obligaran con una pistola. Solo agua con limón o *smoothies*. No tengo ni idea de qué es eso último.

He salido de la habitación porque no dejaba de dar vueltas en la cama. La estaba molestando. En Connecticut apenas serán las once de la noche. Tengo la hora cogida.

Lo estoy petando con este viaje. No es para nada lo que ella esperaba que fuera. Creo que, al mencionar París, pensó en un viaje

romántico, solo nosotros dos, no que me llevara a mis hijos.

Se lo compensaré a la vuelta. Organizaré algo que ella pueda disfrutar, ¿un día de compras en algún sitio?

Estas Navidades me apetecía estar con los chicos. Ya nada es lo mismo desde que me mudé. Voy a verlos siempre que puedo, me los llevo a comer, al cine o cualquier plan que se me ocurra, pero no es como vivir bajo el mismo techo. Te pierdes demasiadas cosas.

Pago la copa, agradeciéndole al hombre con otra sonrisa que me haya atendido a estas horas, cojo el abrigo y salgo a la calle.

En París hace un viento tremendo. No ha nevado y, por lo visto, tampoco hay previsión de nieve. El aire te seca el alma.

Me saco el móvil del bolsillo y busco el nombre de Katie entre mis contactos. No sé por qué me late tanto el corazón.

Al final, contesta. Seguro que estaba durmiendo. Imaginármela sola, en nuestra cama enorme, revuelve algo dentro de mí. Seguro que duerme con calcetines. Yo ya no estoy ahí para calentarle los pies.

—Paul, ¿todo bien con los niños? ¿Qué hora es?

—Madrugada, pero no te preocupes. Todo va bien. Están durmiendo.

—Ah, ¿y por qué me llamas entonces?

—Te echaba de menos, Katie.

—¡Que no me llames Katie!

Me echo a reír. Me gusta mucho tocarle las narices.

—¿Cómo lo llevas? ¿Todo bien? ¿La cerradura ha vuelto a darte problemas?

—En realidad, me pillas en la ciudad. Si no te importa…

—¿Estás en la ciudad?

—Sí. En un piano bar, así que, si no estás con los niños…

—¿En un piano bar? ¿Qué tienes, una cita?

—Algo así. No sé… ¿Tal vez?

La noto entusiasmada, y eso me hace dejar de andar.

Y de respirar.

—¿En serio? ¿Con quién? ¿Le conozco? Si mis hijos van a pasar tiempo con ese tío, tal vez debas presentármelo.

—Oh, Paul, paso de ti. Tengo que colgar. Jakob me está esperando.

—¿Jakob? ¿Quién es Jakob?

Es muy raro, pero me siento celoso de ese tío sin rostro que lleva a mi mujer a los piano bares de Nueva York.

Estar en París me ha hecho recordar los viejos tiempos, las promesas que nos hicimos el uno al otro y que nunca se cumplieron.

Una parte de mí echa de menos lo que teníamos, y sé que esto nadie lo comprendería. Mis amigos o mi familia me dirían: fuiste tú quien lo jodió, Paul.

Supongo que lo he hecho. No luché por nosotros todo lo que tenía que luchar.

—¿Sabes que no he visto todavía ningún ejemplar de *Lolita* en las librerías?

Se ríe y de pronto veo a esa chica pelirroja que se había perdido en el campus de camino a su clase de marketing. Parecía completamente fuera de lugar. Creo que me enamoré de ella nada más verla.

—Me alegro de oírlo. Es un libro odioso. Bueno, adiós, Paul.

—Pero…

Genial. Me ha colgado.

Me vuelvo hacia el Sena y observo a la pareja sentada en un banco, con la media luna brillando por encima de ellos y la madrugada resbalando sin prisas hacia el amanecer.

Encontraría muy romántica la escena, si no fuera porque los dos están mirando el móvil.

Katie no lo haría. Ella me miraría a mí.

Y yo, sin duda, la miraría a ella.

Venir a París me ha hecho repasar viejos recuerdos, viejos sentimientos.

No puedo evitar preguntarme si hice lo correcto al marcharme. ¿Tendría que haber luchado un poco más por nosotros?

A ver si va a tener razón y estoy con la crisis de la mediana edad…

Capítulo 12



—Mi amiga Celeste se va a cabrear mucho cuando se dé cuenta de mi huida.

No me resulta familiar la voz que quiebra el silencio. Parece distinta a la mía, más ronca, casi sensual. ¿Quién es esta mujer misteriosa que tiene citas con tíos misteriosos?

Jakob levanta despacio una de las comisuras de la boca y luego me busca con la mirada a través de la oscuridad del coche. Está conduciendo de vuelta a Connecticut. Yo iba a coger un taxi, pero… vivimos al lado.

—¿Y eso por qué?

—Está empeñada en buscarme pareja.

—¿Y tú qué opinas? —Me lanza otra mirada concentrada, antes de reducir la marcha. Nos estamos acercando a un semáforo en ámbar.

—¿Yo?

—Mm-hm.

Ojalá dejara de mirarme así. Me hace sentir inquieta.

Y al mismo tiempo excitada y femenina. Hacía un porrón de años que yo no me sentía así. Deseada por un hombre.

—No me gustan las citas a ciegas.

—Ya. A mí tampoco. Las odio, más bien.

—Estoy segura de que tus amigos no intentan emparejarte con nadie —repongo, divertida.

Medio sonríe, introduce la primera marcha y aparta los ojos de los míos, distraído por el tráfico. Con la nieve se ha vuelto todavía más complicado circular por la ciudad.

—¿Qué te hace pensar eso? —murmura, concentrado en el movimiento rítmico del limpiaparabrisas.

—Como ambos sabemos, a ti no te faltan novias.

Se echa a reír, y yo me estremezco al cruzar una breve mirada con sus ojos.

—Pues te equivocas. Lo cierto es que hace mucho tiempo que yo no tengo *novia*.

—Me da igual el eufemismo que uséis los jóvenes para referiros a vuestros ligues.

Vuelve a sonreír para sí y asiente. Juraría que está un poco fastidiado, como si mis palabras lo hubiesen ofendido de alguna forma.

—¿Cuántos años crees que tengo, Katie? —repone, atrayendo de nuevo mi mirada hacia la suya.

La oscuridad confiere a su rostro un aire tan serio que noto que se me forma un nudo en la garganta. Sus ojos queman como el fuego. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me miró así, como si me viera de verdad.

Siento que caen todas las barreras, una a una; que estoy indefensa delante de él.

—Demasiado pocos, Jakob.

—¿Demasiado pocos para qué?

Se produce una pausa.

Intercambiamos varias miradas hasta que reúno suficiente valor como para admitir la verdad que lleva toda la noche mortificándome. Ha sido una velada tan perfecta que duele ser consciente de la realidad. Pero no admitirlo sería irresponsable por mi parte.

—Demasiado pocos para mí.

Sin previo aviso, frena en mitad de la calle, encajando los bocinazos de rigor.

—¿Qué demonios haces?

Tuerce el volante hacia la derecha y, con toda la cara, sube el coche a una acera.

Me quedo en silencio cuando acciona el freno de mano, apoya el brazo contra el respaldo de mi asiento y se inclina sobre mí hasta que su apuesto rostro acaba a la altura del mío.

Me mira fijamente, con una mirada intensa y penetrante de la que no consigo zafarme. La electricidad que espesa el aire apenas me permite respirar.

—Tengo cuarenta años —habla por fin, con apabullante seriedad—. *No soy* demasiado joven para ti.

Suelto una risita vacía.

—Jakob, mira a tu alrededor. Vivimos en mundos muy distintos. Yo tengo hijos. Tú tienes un Porche. Yo hago magdalenas. Tú coleccionas novias veinteañeras. ¿Entiendes por dónde voy?

Intenta tomárselo en serio mientras sigue observándome divertido. Sus ojos se arrastran sin prisas por cada uno de mis rasgos.

Nos internamos en un momento lento, en el que nadie intenta romper el silencio. Su expresión es intensa y entregada y al mismo tiempo tierna, y me asusta porque su ternura despierta en mí cosas que no sé si seré capaz de gestionar.

Esto me aturrulla tanto que me concentro en el cuello almidonado de su camisa blanca. Mirarlo a los ojos me confunde.

—Las magdalenas más esponjosas del barrio —susurra, sin poder frenar a tiempo la pequeña sonrisa que lucha por asomar en los bordes de sus labios.

Mi mirada vuela hacia la suya.

—¿Y no te parece raro ligar conmigo?

—No —zanja, en un tono que no admite la menor discusión—. Tú eres una mujer guapa y yo soy un hombre heterosexual. Está en mi naturaleza sentirme atraído por ti.

—A mí me parece la hostia de raro —le confieso, con las cejas arrugadas en un gesto de preocupación.

—¿Por qué?

Lo observo confundida.

Y al final suelto otra risita nerviosa. Siempre me río cuando estoy avergonzada.

—¿Que por qué? ¿Es que no es obvio?

—Si lo fuera, no te lo preguntaría.

La expresión se le ha cargado de tanta incertidumbre que durante unos segundos no se me ocurre ninguna respuesta razonable. Me siento incapaz de moverme o de retirar los ojos de los suyos.

Pasado un tiempo razonable, compongo una sonrisita incómoda, niego despacio y me froto el lateral del cuello con los dedos.

—Verás. Mi ex marido tiene cuarenta y cinco años —digo por fin—, y sale con alguien de veinticinco. A los tíos os gustan las mujeres jóvenes. Cuando llegamos a determinada edad, nos cambiáis por la versión 2.0 de nosotras mismas porque nuestro disco duro ya no permite actualizaciones.

—No generalices. Yo no soy tu ex.

—Pues… es curioso, porque llevas ocho meses viviendo en la casa de al lado y yo nunca te he visto con nadie mayor de treinta. Con esto no pretendo decir que me pasara el día como la doctora Anna Fox, bebiendo vino y espiándote desde mi ventana.

Que lo hice.

Le hace gracia que me haya comparado a mí misma con la protagonista de *La mujer en la ventana*.

—No buscaba nada serio. Ya lo sabes, era un hedonista. Ahora soy una persona diferente.

Lucho por contener la sonrisa, aunque sé que es inútil.

—¿Lo ves? Siempre digo lo primero que se me pasa por la cabeza. No soy sofisticada, como las chicas con las que sales, ni tengo la mente abierta y… jamás haría un trío. Jamás. *Jamás.*

Se ríe, y por un segundo me siento deslumbrada por el brillo de sus ojos.

—Exacto. Es lo que más me gusta de ti. Haces que todo parezca natural, y eso es encantador. Eres adorable. No quiero que hagamos un trío. Te quiero solo para mí.

—Eres un seductor nato.

—¿Funciona contigo?

—¡No! ¿Es que no te has enterado? No se me puede lavar el cerebro. Ya soy mayorcita. ¡Tengo cuarenta y cuatro años!

—Yo solo tengo cuatro años menos, Katie —insiste, y la ligera exasperación que arrastra su voz me hace pensar que no entiende dónde está el problema ni por qué le estoy dando tantas vueltas a esto de la edad.

—Pues son demasiados para mí —resuelvo, un tanto mosqueada. Aunque no con él, que conste. Es la situación lo que me desquicia, este mundo tan obsesionado con la edad.

—¿Es que te parezco un crío?

Evalúo su rostro en silencio, sorprendida por la pregunta.

No, no me parece un crío. Claro que no. Me parece un hombre. Un hombre impresionante, guapísimo, que me vuelve loca. El problema es que no entiendo por qué está interesado en mí. El piano bar, las copas, la idea de nuestra complicidad. No sé a qué estamos jugando y… me asusta.

Ya está, lo he admitido. Me asusta enamorarme de él y que acabe haciéndome todavía más daño que Paul.

Puede que peque de prudente, pero a mí ya me han roto el corazón una vez y sé lo que se siente. Es horrible. No puedo volver a pasar por una ruptura así. Estoy harta de pasarme el día con una manta a cuadros sobre la cabeza.

—No, no me pareces un crío —murmuro, antes de bajar la mirada.

El silencio se alarga hasta empezar a resultarme incómodo, pero no me atrevo a romperlo.

No sé el tiempo que pasa hasta que Jakob coloca un dedo bajo mi mentón y me vuelve despacio la cara hacia la suya.

Nuestros ojos vuelven a conectar.

Y así me quedo, sin moverme y sin hablar, con una extraña sensación de sosiego apoderándose de mí, porque el gris azulado que me inunda es muy persuasivo y yo, en el fondo, *quiero* que me convenza; quiero que me haga creer que él es bueno para mí.

—Entonces ¿cuál es el problema? —susurra.

Su expresión seria y comprometida suponen otro golpe más contra mi resistencia.

Me paso la lengua por los labios y niego, apartando la mirada de golpe de la arruga que se le acaba de formar entre las cejas.

Prefiero mirar la nieve que cubre la acera, incorrupta, un manto perfecto, blanco y brillante que no me hace sentir tan confundida ni tan emocionada ni tan tentada a decir: *sí, hagámoslo. Me importa una mierda todo lo demás. Solo quiero estar contigo. El tiempo que dure. Tengamos un* affaire*.*

—Es que esto es una locura. Vivo a tu lado.

—Oye. —Me hace girar el rostro hasta que su mirada me atrapa de nuevo—. Si lo de que seamos vecinos te supone un problema, si bien yo pienso que es una gran ventaja, porque siempre podemos quedar junto a los cubos de basura en mitad de la noche, podemos arreglarlo.

Hago una mueca bastante escéptica.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—Puedo mudarme —me responde, bastante divertido.

Pongo cara de pocos amigos.

—Jakob…

—Hagamos un trato.

—¿Qué trato? —pregunto, sonriendo en contra de mí misma.

Al examinar su semblante, no encuentro ni rastro de sonrisa en su expresión. Está tremendamente serio ahora.

Acerca la mano a mi mejilla y me la acaricia con suavidad.

—Finjamos que me acabo de mudar a la casa de al lado y que no sabes nada sobre mí. No me has visto traer a casa a ninguna veinteañera. Empecemos de cero.

—Vale —acepto con voz temblorosa.

—Bien.

Deja caer el brazo y señaliza antes de incorporarse al tráfico.

Que me haya tocado me ha puesto tan nerviosa que no dejo de mordisquearme el labio y de mirar inquieta por la ventanilla la decoración navideña que se queda atrás mientras nosotros nos alejamos hacia Connecticut.

Nieva cada vez más fuerte. Es bello y triste a la vez.

Antes de la nevada, la ciudad no era más que un escenario deslucido, árboles desnudos, un cielo apagado, todas las aceras hundidas en un gris miserable.

Ahora, miradla, resplandece, con las luces navideñas y ese fulgor que hipnotiza.

No parece la misma ciudad de hace un mes. La nevada lo transforma todo, disfraza lo feo.

Pero solo es un espejismo. ¿Qué será de la ciudad cuando la nieve que la hace brillar decida derretirse sin previo aviso? Será devuelta a su verdad desnuda. Volverá a lucir el mismo abrigo gris y deslucido de antes. Y creo que estará un poco más triste porque nunca dejará de echar de menos la nieve. Hacía que todo pareciera especial.

Ay, Kate. Mira que fue mala idea ventilarse tres copas tan seguidas.



Caminamos en silencio hasta su porche. Es la primera vez que me dan calabazas.

—Entonces… ¿es un no a lo de cenar juntos un día de estos? —pregunto, mirándola.

—Sí. No creo que sea buena idea. Estamos en etapas distintas de nuestra vida. Pero podemos ser amigos.

—De acuerdo. Seamos amigos.

Me detengo junto a la puerta, con las manos en los bolsillos, y le sonrío.

—Gracias por traerme. Y por las copas. Me ha encantado lo del piano bar. Me he sentido como una adulta por primera vez en… ¡una eternidad! Ha sido una locura de noche.

—Me alegro. Yo también lo he pasado bien. Creo que eres una mujer muy interesante. Y guapa. Y muy sexy.

—No bromees.

—No lo hago.

—Mira que tienes labia. Ahora ya sé qué te ven esas rubias veinteañeras. Si yo fuera una rubia veinteañera, me despertaría en tu cama mañana. Pero soy una pelirroja de mediana edad con un buen plan de pensiones y un dermatólogo de confianza. En fin, alguien tendrá que vigilar estas pecas. Buenas noches.

Al levantar la vista, lo veo: la pequeña ramita de muérdago colgada por encima de nosotros.

—Me gustan los clichés.

—¿Eh?

Sonriéndole, la atrapo por la muñeca, la acerco a mí con calma y la beso, uno de esos besos que nacen despacio y se vuelven tan necesarios como respirar. No me paso de la raya. Nada de lengua. Todavía. Solo un beso suave para coronar la cita más perfecta que he tenido en toda mi vida.

El frío se evapora y, en su lugar, me invade una presión áspera, casi abrasiva, que me recuerda que debo parar antes de que esto se me vaya de las manos. Con Katie tengo que ir despacio. No voy a dejar que se me escape. Es la primera persona con la que conecto en toda mi vida; la que me hace sentir algo más que excitación física.

Cuando me separo de ella, apenas unos centímetros, sigue con los ojos cerrados, sonriendo.

—Jakob, ¿me acabas de besar bajo el muérdago?

—Sí —respondo con una sonrisa mientras catalogo los ojos verdes que acaban de encajarse en los míos.

—¿Me has oído cuando te he dicho que no voy a sumarme a tu lista de conquistas?

—Perfectamente.

—Y me has besado, a pesar de todo.

—Sí.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—No es un no rotundo, solo has rechazado la oferta inicial. Puedo mejorarla.

Mi descaro le hace gracia.

—¿Y si te sigo diciendo que no? ¿Harás un opa hostil?

Esta conversación me divierte.

—Tal vez. Trabajo en Fusiones y Adquisiciones. Es lo mío.

—No voy a ceder.

—Mejoraré mi oferta.

—No venderé mis acciones, señor Schiller. No insista. ¿Qué clase de apellido es Schiller?

—Alemán.

—Ay, madre. ¿Cuando te pregunté si pensabas invadir Polonia…?

—Un comentario muy desafortunado.

—Ya. Como todo lo que digo. Buenas noches.

—Nos vemos, Katie.

—No me sonrías así —advierte, a punto de dar media vuelta.

—¿Así, cómo?

—Como si tuvieras lista la fusión.

—¿No la tengo?

—No.

—¿Estás segura?

—Deberías saber que te llamaba *Rabocop* a tus espaldas.

Mi risa es tan fuerte que se enciende una luz en la segunda planta de su casa.

—*¿Rabocop?* ¿Ves como eres muy ingeniosa?

—Mira lo que has hecho. Has despertado al Kraken. Voy a entrar antes de que se plante en la puerta.

—Mm-hm.

—¡Deja de sonreír!

—No estoy sonriendo.

—Claro que sí.

Tiene razón.

Estoy cruzando de su jardín al mío con la sonrisa colgada en la cara.

Rabocop. Esta mujer es un caso.

Capítulo 13



—A ver si lo he comprendido. ¿Dices que tu chico es como una especie de héroe oscuro de novela del siglo veinte? ¿Un Max de Winter?

Hago una mueca al cruzar la mirada con los ojos maquilladísimos de Lu.

—No es mi chico. Y si hubieses prestado un mínimo de atención a mi relato, o a la película, comprenderías que no puede ser un Max de Winter porque SOY MAYOR QUE ÉL. Aquí la única Max de Winter que hay soy yo.

—Hum. ¿Seguro que Paul está en París?

Le doy un golpecito en el hombro.

—¡Lu! Necesito que te tomes esto en serio. Ahora mismo eres la única amiga que tengo. Celeste está de morros porque me marché de su fiesta sin liarme con ninguno de sus conocidos, y mis amigas de Connecticut se han ido de vacaciones con sus familias.

—También te marchaste de mi fiesta, pero yo, a diferencia de Celeste, afronto mejor el rechazo.

Le lanzo otra mirada de disgusto. Lu entorna los párpados con exasperación.

¿Qué puedo decir? Acabé hasta las narices de su fiesta depravada.

Ahora estamos en un pub. Al menos aquí podemos hablar como personas normales, sin gritar. Ella se ha pedido una ginebra. Yo, una copa de vino. El camarero nos ha obsequiado con unos cacahuetes. Creo que es amigo de Lu. O quiere formar parte del universo de Lu. No deja de mirarla.

Y nadie te regala cacahuetes hoy en día. Seguro que tiene un propósito oculto.

—Muy bien, ¿cuál es el problema?

—Que tengo toda clase de sentimientos y no sé qué hacer con ellos.

Le guiña el ojo al camarero. Ugh. No quiero ser partícipe de su juego de seducción.

—Sexo.

Me lo suelta tan convencida que arqueo las cejas.

—Sexo —afirmo, toda escéptica.

—Sexo duro —insiste mientras sigue mirando al pobre camarero con expresión lasciva.

—¡Deja ya de mirar al camarero y hazme caso!

—Querida, no estoy mirando al camarero —asegura, divertida—. Estoy mirando a la chica que está detrás. Hoy me apetece algo… —Se lo piensa unos segundos y después sonríe, satisfecha—… suave.

—Ah. Ya veo. Pues deberías decírselo al camarero, porque nos ha regalado cacahuetes. Debe de pensar que le estás tirando los tejos.

Mi amiga frunce el ceño, confundida.

—¿Tú crees?

—Lu, sueles desconcertar a la gente.

—Nunca es mi intención. Cuando quiero carne, quiero carne. Y, cuando quiero pescado, quiero pescado. Tengo las cosas claras siempre.

—Pero la gente nunca te sigue el rollo.

—¿Y es culpa mía?

Me deshago en un suspiro hastiado.

—No, Lu. No es culpa tuya. Solo digo que… ¿Sabes qué? Olvídalo.

—A ver, ¿qué es lo que te pasa?

—Te lo acabo de decir: he conocido a un tío y no hago más que pensar en él desde que me besó bajo el muérdago. Eso fue ayer. Anoche. Hace veinticuatro horas. ¡Veinticuatro horas pensando en él! Menos las siete que estuve durmiendo. ¡Pero seguro que soñé con él!

—¿Y eso es un problema porque…?

Bebo un sorbo y dejo que el vino descienda desde mi garganta hasta mi estómago vacío.

—Insisto. Jakob es más joven que yo.

—¿Y?

Adopto un aire resignado. No puedo esperar que Lu lo entienda. Su mente no funciona como la mía. Ella es la impulsiva, la divertida, la *lo quiero, lo tengo*. Yo soy la prudente, el muermo que consigue que las fiestas acaben en cuanto entro en la sala.

Lu podría tener una relación con Jakob sin pararse a medir los riesgos. Disfruta al máximo de su sexualidad, tiene mucha confianza en sí misma y cree que es tan extraordinaria que cualquier hombre o mujer de este planeta, independientemente de su edad o estatus social, caerá rendido/rendida a sus pies.

Yo, solo de pensar en el momento en el que Paul eligió estar solo en vez de conmigo, pierdo toda mi seguridad. Me hubiese sentido mejor de haberme engañado con otra. Pero fui desechada como un artículo que ya no cumple con su función, y no puedo superar algo así.

—Esa clase de cosas nunca salen bien —murmuro, con hombros caídos y aspecto derrotado.

—No es cierto.

—¿Ah, no? Dime un solo ejemplo de pareja estable en la que ella sea mayor que él.

Lu se toma un momento para pensarlo.

—Hugh Jackman y Deborra-Lee Furness.

—Estás hablando de Hollywood. No me creo nada de lo que haga esa gente. Viven en una burbuja de engaño. Ahí todo el mundo se folla a todo el mundo para triunfar o para ocultar que es gay. Y, además, se han divorciado.

Recibo a modo de obsequio una mueca agria, a la que correspondo con una sonrisa dulce.

Sé que tengo razón. Y Lu también lo sabe.

—Muy bien. ¿Qué me dices del presidente Macron? Ahí sí que estamos hablando del mundo real y no de Hollywood.

—Ya, pero ellos son franceses. No me fío de los franceses. Fueron ellos quienes publicaron *Lolita*.

Lu suelta una carcajada ronca. Tomo otro sorbo de vino y después me llevo a la boca un pequeño puñadito de cacahuetes. Será mejor que coma algo. No pretendo emborracharme otra vez.

—Tienes que superar ya lo de *Lolita*.

—¡No puedo superar lo de *Lolita!* —aseguro con tono histérico—. Vivimos en un mundo enfermo y degenerado.

Mi amiga coloca la copa de ginebra sobre la barra y resopla. De repente, parece tan seria que casi ni la reconozco.

—Escucha. Creo que tienes que darle una oportunidad a Jakob y a todo eso que estás empezando a sentir. Ya va siendo hora de que vuelvas a vivir.

—Yo vivo, Lu.

—No, Kate. Tú estás atrapada en el pasado. Te niegas a expulsar a Paul de tu vida para dar una oportunidad a alguien nuevo, que puede que te sorprenda para bien.

—¡Paul se marchó de casa hace un año! —le recuerdo, sin comprender por qué me viene con esas ahora—. No necesito expulsarle. Ya se encargó él de cerrar la puerta detrás de sí.

Lu apoya el codo sobre la barra y me aguanta la mirada con una ceja en alto.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué cuando entré ahí tuve la impresión de que Paul volvería del trabajo de un momento al otro? ¡Por Dios, Kate! ¡Tienes una foto de vuestra boda en la repisa de la chimenea! ¿Tienes idea de lo raro que es eso? Necesitas librarte del pasado para poder hacerle sitio a Jakob en tu vida. No me extraña que estés tan confundida. Paul sigue ocupando el espacio que debería estar vacío en tu mente, pero, cariño, tienes que asimilar que tu matrimonio se acabó.

Vaya. Nunca había visto a Lu tan involucrada con algo. Normalmente, pasa de todo.

—No es solo Paul —rebato, negando con aire frustrado—. También se trata de Jakob. ¿Y si sale mal? ¿Y si me hacen daño otra vez?

—¿Y si no? Dices que fue la mejor cita de tu vida. Conectaste con él. Y te besó bajo el muérdago. Parece un buen tío.

—Pero…

—Nada de peros. ¿Cuándo fue la última vez que te arriesgaste?

—¿Nunca?

—Ahí lo tienes. ¡Es Navidad! Haz una locura.

—Pero, Lu, esto no es arriesgarse. Es tirarse precipicio abajo.

—Puede.

—¿Y si me rompo el cuello?

—¿Y qué más da? Al menos habrás volado como Dios manda durante un rato —repone con un guiño socarrón y cierta lascivia en la voz.

Me echo a reír. No puedo evitarlo. Lu consigue darle a todo un toque guarro.

Adoro a Lu.

Capítulo 14



Oigo el fijo desde el porche y me doy prisa por abrir la puerta, que, como siempre, se niega a cooperar.

—¡Maldita sea! —profiero, dándole un brusco empujón con la cadera.

Paul prometió, hace dos años ya, ocuparse del problema de la cerradura. A día de hoy, estamos en las mismas. Tendré que gestionarlo yo porque ya no aguanto más esta constante lucha por abrir.

Por fin consigo que el pestillo ceda y entro en casa deprisa, sin tomarme un momento para sacudirme la nieve del pelo o colgar el abrigo mojado en el perchero.

Quizá sean los chicos. No quiero que se me escapen otra vez. Desde que se marcharon —¡ocho días ya!— solo he podido hablar con ellos unos míseros dos minutos.

Siempre andan muy liados, disfrutando las vacaciones a tope.

Cuando los llevé a Florida este verano, se pasaron dos semanas tirados en una hamaca, desganados, soñolientos y sin mostrar

ningún interés hacia las actividades que yo les iba proponiendo. Todo era un *ay, mamá*. Ahora que están con su padre y con la novia casi adolescente de este, se lo están pasando pipa.

Y yo tengo que encajar eso. A ver cómo lo consigo.

—¿Diga? —grazno, más bien, mientras me desenrosco la bufanda.

—Hola.

Me tenso de pies a cabeza, su voz me inunda y me envuelve, y yo necesito unos cuantos segundos para recomponerme.

—¿Jakob? —atino a decir, casi en un murmuro.

—Sí. Hola. ¿Cómo estás?

Su timbre, masculino y un poco ronco, posee una cadencia sosegadora. Percibo la sonrisa en su voz y me descubro sonriendo como una boba.

Es como si volviera a tener dieciséis años otra vez; como si estuviera recuperando una ilusión que no tengo ni idea de cuándo me abandonó.

Se produce una pequeña pausa en la que comprendo lo mucho que me gustaría que viniera. Poder acurrucarme contra su costado, aferrarme a su cuello con los brazos y perderme en el sonido rítmico de su respiración me haría muy feliz. Creo que estoy sufriendo un episodio psicótico navideño o algo así. Puede que sea como Joe Goldberg.

Ay, Dios mío, ¡¿y si Jakob es mi Beck?!

—Hola. Bien —respondo con cara de horror mientras niego y procuro mantener a raya mi voz chillona y mis estúpidas e infundadas preocupaciones—. Acabo de volver a casa. ¿Cómo estás tú?

—¿Acabas de volver? ¿Dónde estabas?

—Por ahí… —consigo responderle con voz queda.

Le oigo reír al otro lado de la línea. Me gusta hablar con él por teléfono. La calidez de su tono, la suavidad de su risa; todo eso me hace sentir *algo*, no sé el qué, pero parece bueno. Es como una presión en el pecho. Y no se le parece en nada a lo que sentí cuando me dio un ataque de pánico.

—¿Y qué tal lo has pasado *por ahí*? —me pregunta, divertido.

—Bah. La mejor parte de salir de fiesta es cuando vuelves a casa.

Su risa rasposa me hace morderme el labio.

—Conque esas tenemos.

—Ya ves. ¿Qué tal tú? ¿Cómo has conseguido mi número?

—Sales en la guía. Espero que no te moleste que te llame.

Me molestan un par de cosas. Como, por ejemplo, que no sea capaz de quitarme de la cabeza ese beso bajo el muérdago.

Pero que me llame no es algo que me desagrade en absoluto.

—No, no me molesta.

—No quiero entretenerte.

—No lo estás haciendo.

—¿Puedes acercarte un momento a la ventana?

—De acuerdo.

Con el teléfono en la mano, cruzo la habitación, aparto la cortina y miro hacia su casa. Entonces, lo veo, de pie delante de la ventana del salón, y una sonrisa lenta y prolongada me ilumina la cara.

—Hola —me dice en cuanto se cruzan nuestras miradas.

—Hola —respondo, mordiéndome el labio.

—¿Por qué llevas cuernos de reno?

Ay. Ni me acordaba de eso. Me llevo la mano a la cabeza y me los quito de inmediato.

—Es que… he ido a una fiesta.

—No te los quites. Estás adorable.

Me vuelvo a morder el labio y, sonriendo, me los dejo puestos. Me siento como una niña traviesa. Este tío tiene algo que me hace perder la cabeza.

—¿Mejor? —coqueteo, pestañeando como si fuera Lady Susan.

Jakob me evalúa con la mirada y, aunque sé que es imposible distinguirlo desde aquí, juraría que cierto brillo de ternura se acaba de encender en sus ojos.

—Perfecta —murmura. Una pequeña sonrisa se va abriendo camino sobre su rostro—. Buenas noches, Katie. Solo quería desearte una feliz Nochebuena.

Lo miro a los ojos durante un par de segundos y luego susurro:

—Buenas noches, Jakob. Lo mismo te deseo.

Colgamos, pero seguimos mirándonos el uno al otro a través de la ventana. La nieve cae en abundancia, sepultando todo el jardín. Son las seis de la tarde. Es Nochebuena.

Y yo acabo de comprender que no odio la Navidad en absoluto. Hubo un tiempo en el que me encantaba, de hecho.

Alucinante.

Es como si, de alguna forma, hubiera recuperado de golpe la ilusión.

—¡Mamá! ¡Vístete! Vamos a escuchar al coro de la iglesia y luego montaremos una buena cena tú y yo.

Martha, muy sorprendida, asoma la cabeza por el hueco de la puerta.

—Me parece un buen plan. Excepto por una cosa. ¿Puedo escaquearme de lo de la iglesia?

—No, no puedes. Venga. Andando.

—¿Por qué estás tan contenta?

—¿No te has enterado? Es Navidad.

—Has bebido en esa fiesta, ¿a que sí? Échame el aliento.

—Ay, mamá. ¡Estate quieta!

Capítulo 15



—Qué cosa más rara —farfulla Martha para sí al volver de la iglesia.

—¿El qué? —repongo, mirándola por encima del hombro. Me estoy peleando con la cerradura otra vez.

—Este post-it. Estaba aquí tirado. Se ha debido de volar. ¿Quién lo habrá dejado?

Cojo, extrañada, el papelito que tanto la intriga.

Haces las mejores magdalenas del mundo. Gracias.

P.D. He buscado el cesto, pero he debido de tirarlo. Lo siento. Te compraré otro.

Me echo a reír a carcajadas, para estupor de Martha.

—¿Has hecho magdalenas?

—No.

—¿Y por qué te dan las gracias por las magdalenas?

—Es una broma privada.

—Pues no la pillo.

—De ahí que sea privada. ¿Qué te parece si cenamos lasaña y una ensalada? Lo siento, he estado algo desganada, no he

descongelado nada especial.

—A mí no me importa cenar lasaña. ¿Tienes vino?

—Creo que sí.

—Entonces ¡Feliz Navidad!

*****

Mi madre y yo, sentadas cara a cara delante de nuestro respectivo plato de comida, intercambiamos sonrisas tensas.

Esto es raro de narices.

He encendido una vela navideña. Huele a manzana y canela.

—¿Y cómo te va en Pasadena? —hago el esfuerzo de preguntar. Hasta ahora me las he ingeniado para evitarla, pero… hoy es Nochebuena y ella es la única familia que tengo a este lado del Atlántico.

—No me va mal. Vivo con Roger.

—Roger. Ese no me suena. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Y yo qué sé. Un tiempo.

—¿Y cómo es Roger? ¿Quieres que lo llame papá?

—Kate…

—Era una pregunta inocente, lo prometo.

—Roger es un buen hombre.

—¿A qué se dedica?

Me pica la curiosidad. ¿Será un ex presidiario? ¿El líder de una secta? ¿Uno de esos tipos que asaltaron el Capitolio cuando Biden ganó las elecciones?

—Tiene una funeraria.

Eso no me lo esperaba.

—Próspero negocio —me veo obligada a admitir.

Martha se levanta, abre la nevera y se trae la botella de vino.

—¿Te echo un poco más?

—Sí, gracias.

Rellena las copas, vuelve a sentarse y me evalúa en silencio. Sus ojos son tan verdes como los míos, lo cual crea un efecto muy

extraño con su pelo azul. Casi psicodélico.

—Kate, sé que lo estás pasando mal, pero no puedes volver a derrumbarte. Cuando me dejó tu padre…

—Mamá, tú no sabes quién es mi padre.

—Bueno, pero, fuera quien fuera ese tío misterioso, es evidente que me dejó, y yo seguí adelante.

—No sé si a lo que hiciste tú podría llamarse *seguir adelante*.

—No empecemos con los reproches.

—No es un reproche, madre. Es que me crispa que me des consejos.

Martha se dispone a replicar, pero sabe que tengo razón y termina rindiéndose.

—¿Podemos hablar de otra cosa que no sea mi horrible papel como madre? Tengamos las Navidades en paz.

—Vale. Me parece bien. Mamá, tú no has sido horrible. Solo… un desastre.

A ver, es Navidad. No está bien machacarla en estas fechas.

—Es lo más bonito que me has dicho nunca. ¿Has podido hablar con Paul y los chicos hoy?

—No. Enviaron esta madrugada un audio de medio minuto para decirme que se están divirtiendo y que vuelven pasado mañana.

—¿Estás triste?

—No. Me alegro de que se diviertan.

—¿Pero…?

—Es Navidad. Los echo de menos.

—Es normal, Kate.

—Lo sé.

—Pero tienes que empezar a acostumbrarte a esto. Celebrar las Navidades sola es lo que te espera.

—¿Qué?

—Bueno, tus hijos se acabarán marchando tarde o temprano, formarán sus propias familias. Y cuando ya no te necesiten, ¿qué será de ti? Porque solo sabes ser la madre de Abigail y Matthew, nada más. Te has olvidado de cómo ser una persona.

—Mamá, pero ¿qué dices? ¡Yo soy una persona! Tengo hobbies y amigos y… ¡aficiones! Y un negocio emergente.

—¿Y qué te falta para ser feliz?

Le devuelvo la mirada, sintiendo como una chispa de rebeldía me enciende por dentro.

—Nada.

No me replica, solo me mira. Veinte segundos. Cuarenta. Un minuto entero. Ni una palabra suya. No hace falta.

—Valor —admito, rindiéndome.

—Pues consigue el puto valor, Kate. Porque vida solo hay una. Ya es hora de que hagas algo alocado.

—Ya hice algo alocado ayer, cuando me compré una crema reafirmante sin comprobar las reseñas.

Martha suspira con aire de mártir.

—Me refiero a que hagas algo alocado de verdad. Qué sé yo, bailar desnuda bajo la lluvia o… ¡saltar en paracaídas!

—Eso es absurdo. Jamás bailaría desnuda en ningún sitio, no soy cómo tú. ¿Sabías que saltar en paracaídas tiene una probabilidad de desastre de 0,00045 por ciento? ¿No te parece una locura arriesgarse por algo tan estúpido como un chute de adrenalina?

—¿Sabes qué? Vive siendo aburrida y previsible, entonces. No es mi problema. Ya estaré muerta para cuando comprendas que te has equivocado.

Maldita sea. Creo que tiene razón.

Yo siempre he sido la de las decisiones seguras, la que planifica incluso los imprevistos —tengo un buen seguro médico e hice testamento al cumplir los treinta, aunque lo cambié en primavera para excluir al cabronazo de Paul…

Nunca he bailado desnuda bajo la lluvia. Dejémoslo en que nunca he bailado desnuda. No soy así. Soy aburrida. Mi ex lo admitió. Le quité las ganas de vivir a ese pobre hombre de lo aburrida que soy.

Pero ya no quiero seguir siéndolo.

Tal vez se deba al poder sanador de la Nochebuena, pero hoy quiero ser atrevida. Y valiente. Aunque no sepa ni por dónde

empezar.

Siempre he tenido miedo de decepcionar a los demás. He vivido rodeada del temor de no gustar a la gente. Hoy, por primera vez en mi vida, quiero romper con esa dinámica. Rebelarme. Enfrentarme a la cosa que más me asusta en el mundo.

Y sé exactamente cuál es.

Planto la copa de vino sobre la mesa y me pongo en pie como un resorte.

—Tengo que irme. Siento dejarte sola en Nochebuena. Aunque eso es algo que tú hiciste varias veces durante mi infancia y nunca te has disculpado por ello.

—Ya estamos con los reproches. Te pareces a tu padre.

—Tú no sabes quién es mi padre —le recuerdo desde la puerta, mientras me calzo los zapatos que me puse antes para ir a la iglesia.

—Si es ese tío casado que trabajaba en la oficina postal de Baltimore, te pareces a él.

Me detengo con el abrigo a medio poner y la miro indignada. ¿Cómo voy a hacer algo arriesgado si ni siquiera conozco a mi padre? Lo único que sé de ese tío es que no era muy fan de las responsabilidades.

Y que tenía un gusto pésimo para las mujeres. Ahí está la prueba.

Yo necesito controlarlo todo. Calcular los riesgos. Ser prudente.

Aunque, cuando creaba eslóganes publicitarios para empresas multimillonarias, no me ponía límites. Arriesgaba. Iba un paso más allá. Dejaba volar mi mente.

Y, ¿sabéis qué? Siempre acertaba, joder. Sabía lo que quería y lo conseguía.

Esa Katie segura de sí misma sigue por ahí, en alguna parte. Solo tengo que encontrar la forma de volver a conectar con ella.

Capítulo 16



El timbre del vecino suena igual que el mío.

Escucho pasos, y luego la puerta se abre.

—Katie —murmura, sorprendido.

—Por fin entiendo a los que saltan en paracaídas.

—¿Qué?

—Y a los que vuelven a enamorarse a pesar de haber comprobado en su propia piel lo mucho que duele cuando no te corresponden.

—No sé qué es lo que intentas…

—Y a los que se arriesgan sin tener un plan B, con la esperanza de que, al final, todo saldrá bien.

—Katie —me frena, divertido.

—Y a los que compran detergente sin comprobar antes las reseñas. Espera, a esos últimos, no. ¿Y si acabas con urticaria? Las locuras tienen un límite.

Jakob cruza los brazos sobre su pecho firme. Una sonrisa lenta empuja las comisuras de sus labios hacia arriba.

Lo escaneo con la mirada y trago saliva.

Lleva pantalón de chándal y camiseta negra. El mechón rebelde que cae sobre su frente le añade un atractivo inquietante. Está para comérselo.

—¿Qué es lo que intentas decirme exactamente?

—Pues que…

Podría decírselo de mil maneras.

Y lo haría, si las palabras no me fallaran por primera vez en mucho tiempo. Esto es serio. Tengo que meditarlo un poco. Hemos llegado a un punto sin retorno. Una vez cruzada la raya, ya nada volverá a ser como antes.

—¿Katie? —insiste, inseguro.

Todo mi interior grita en silencio.

Las dudas me devoran.

No debería hacer esto. No ahora. No con él.

Nada bueno puede salir de algo así. No sé si estoy preparada todavía para renunciar a lo poco que controlo.

Pero… sus ojos me atrapan y me atan a él, y entonces la razón se desintegra como arena entre mis dedos.

Y solo puedo rendirme.

Con la respiración frágil y quebradiza, me pongo de puntillas y lo beso.

Sus labios se curvan en una sonrisa sobre los míos. Ha captado el mensaje a la perfección.

Ahora tendrá que responderme.

*****

Cuento apenas tres segundos antes de que estalle la réplica. No es un simple beso. Es un auténtico asalto. Me atrapa contra su pecho, sólido y caliente bajo la camiseta, y de pronto todo el control está en sus manos.

Su boca se apodera de la mía con una furia que me arranca un gemido.

Su lengua me provoca, me incita a dejarla entrar, y cuando cedo y dejo que se enrede con la mía, la chispa se convierte en fuego puro, liberando una corriente tan furiosa que no puedo evitarlo, me arqueo contra él y acepto de buena gana la voracidad del beso.

Nunca ha habido una rendición tan apasionada. Soy incapaz de distinguir dónde termina él y dónde empiezo yo.

Mi cuerpo despierta de golpe, avivado por un recuerdo salvaje de lo que significa estar viva.

Esto es de lejos lo más egoísta que he hecho en la última década.

Pero, qué demonios, ¡es Navidad!

Y en Navidad hay que ser egoístas.

Me amoldo contra su cuerpo, disfrutando de la dureza del bulto que noto incluso a través de los vaqueros sin forma que llevo.

Su mano me aprieta el culo para pegarme aún más a él, y yo me aferro a sus hombros para evitar perder el equilibrio.

Me arrastra dentro y, con un golpe seco, la puerta se queda atrás, borrando el mundo.

Sus brazos me envuelven, posesivos, mientras el beso estalla en un incendio feroz que me consume sin tregua.

Estamos haciendo el amor sin habernos quitado la ropa.

—Acompáñame —murmura contra mis labios, obligándose a parar.

—Vale.

Me encanta la urgencia con la que me lleva al dormitorio.

Cómo sube mi jersey navideño, mete una mano por debajo y acaricia mi cintura.

Cómo busca mi boca una y otra vez, como si no pudiera respirar sin mí más de veinte segundos.

Todo es eléctrico, un temblor violento que recorre mi cuerpo. Y novedoso; distinto a lo que recordaba.

Se sienta en el borde del colchón, me coloca a horcajadas sobre él y me sonríe.

—Me alegro de que hayas venido.

La fascinación con la que analiza mis ojos es otro chute más de adrenalina en mi torrente sanguíneo.

—O venía a verte o seguía fantaseando contigo.

—¿Has fantaseado conmigo? —susurra, divertido, sin dejar de repasar mis costados con los pulgares.

—Soy un ama de casa aburrida y desquiciada. Claro que he fantaseado contigo. ¿Quién no?

—¿Qué tal si lo hacemos realidad?

Su erección presiona contra mí a través de la ropa y yo, con un estremecimiento de placer, froto las caderas contra las suyas.

—Sí.

—Sí —me da la razón, muy convencido de que eso es justo lo que debemos hacer ahora mismo.

Comenzamos a besarnos de nuevo, con más urgencia, impacientes por descubrir sensaciones aún más agudas. Cada parte de él que toco está tensa y caliente. El roce de su barba me quema, me provoca, me ata a él.

—La luz… —murmuro, sin dejar de besarlo, con su mandíbula entre mis dedos.

—No. Quiero verte.

Algo dentro de mí se encoge. Pero… seré valiente. Hoy me he propuesto enfrentarme a lo que más me asusta en el mundo. Es mi propósito de Año Nuevo.

—Bueno...

Noto que sonríe mientras su boca abrasadora recorre mi mentón y la base de mi cuello.

Me quita el jersey y el sujetador. Con delicadeza.

Y la pasión que capto en su rostro hace que me olvide de todo. Los miedos, las reservas, mis estúpidas dudas. Podría pasar la noche con cualquier otra. Si me ha escogido a mí es porque quiere. Porque lo desea tanto como yo. Tengo que relajarme de una vez.

—Mira. Por fin vas a saber lo que son las estrías.

Se echa a reír, me tumba en la cama y se me pone encima.

—¿Katie?

Analizo el gris que me inunda como una marea peligrosa. Intento aferrarme a cada una de las emociones que busca trasmitirme, aunque no estoy segura de comprenderlas.

—¿Sí?

—No digas ni una palabra. Sé que estás nerviosa esta noche, pero todo va a salir bien. Eres preciosa y yo me muero por hacerte el amor. Llevo días pensando en esto.

—Ah, ¿sí? ¿Qué es esa música que tienes puesta?

Su sonrisa se hace más amplia tras constatar que soy físicamente incapaz de callarme. No puedo evitarlo, cuando estoy nerviosa hablo por los codos. Y en este momento estoy muy nerviosa porque esto podría ser maravilloso o un completo desastre.

La voz de Paul no deja de repetirme que soy aburrida. Un muermo en la cama. Necesito otra voz que me distraiga.

—Toto Cutugno.

—¿Y cómo se llama la canción?

Su mano sube, abarca uno de mis pechos y juega con él. No separa la vista de la mía, y capta de inmediato el pequeño gemido que se me ha escapado. Ha sido por la sorpresa. Ejem.

—*Solo noi*.

—¿Y qué significa?

—Solo nosotros —me responde, paciente, sin dejar de sonreír—. Relájate.

Su lengua envuelve mi pezón. Un deseo oscuro me arrastra hacia dentro con fuerza, me aplasta.

Pero yo me niego a aceptarlo.

—¿Qué estará diciendo?

—*Dime que ningún hombre te ha hecho temblar como yo* —murmura, frotando la rugosidad de su mejilla contra mi piel.

El erotismo de su respuesta me excita todavía más. Un calor húmedo mana de mí, haciéndome retorcer bajo su cuerpo.

—Me parece que te lo estás inventando.

—En absoluto.

Me lo repite, ahora en italiano.

Ay, mi madre.

—¿Hablas italiano?

El calor de su mano ancha sube y baja por mi cadera, apretándome contra él. La tensión en su mandíbula me dice que se muere por volver a besarme, pero irá despacio, dejará que me acostumbre a su fuerza, a su presencia, a la intensidad de este momento.

—Fui a colegios muy caros.

—No sé nada de música italiana. Pero me encanta la francesa. Estudié francés en el instituto.

Siento su aliento contra mi cuello. Y luego sus labios.

Se me escapa otro pequeño gemido.

—¿Alguna vez te lo has montado con alguna mamá de la ciudad?

Levanta la mirada, los ojos fijos en los míos, y me sonríe.

—No. Pero lo estoy deseando.

La electricidad entre nosotros es brutal. Mis labios y todo mi cuerpo crepitan bajo el fuego de sus caricias. Necesito cada roce, cada toque, cada trocito de él, lo cual me produce una inquietante sensación de vértigo.

Cuando termina la canción, reconozco de inmediato la siguiente. *Et si tu n'existais pas*. Jakob sonríe, divertido.

—¿Lo ves? —murmura, desabrochándome sin prisas el botón de los vaqueros—. Puedo salir de mi zona de confort.

Los labios que se apoyan contra mi abdomen queman mi piel con cada beso. Uf. Su boca asciende, lenta y deliberada, haciéndome perder la noción de mí misma y del tiempo.

Cuando vuelve a encontrarse con la mía, cojo su cabeza entre las manos y lo freno.

Sin decirle nada, estudio con mucha atención el gris de sus ojos, que se ha tornado casi líquido. No sé qué es lo que sucede entre nosotros durante nuestro breve intercambio de miradas, pero de repente lo necesito con una intensidad tan visceral que me preocupa.

Me callo, por primera vez en mi vida, y lo beso, despacio. Luego, con más intención. Mis manos se pierden bajo su camiseta, explorando cada músculo, cada línea, mientras el peso cálido de su cuerpo me atrapa contra el colchón.

El calor de su lengua llena mi boca, y yo solo puedo pensar en una cosa: Karen no volverá a hablarme en la vida.

Pero es un pensamiento fugaz.

Un pequeño desliz.

El último resquicio de lucidez antes de que mi consciencia desaparezca como si fuera una vieja fotografía engullida por el fuego.

*****

Estamos desnudos. Cada uno sentado en una butaca. Cara a cara.

Lo encuentro bastante más íntimo que todo lo que acabamos de compartir. Tengo el cuerpo inflamado de deseo todavía y… ni una tela que me oculte ante él. Noto que las pecas cobrizas que salpican mi nariz y mis mejillas se están volviendo de un rojo muy intenso.

Ojalá dejara de tener los pezones tan duros. Siento vergüenza cada vez que los mira, y lo hace a menudo.

Aunque él no parece avergonzado. Diría que le gusta mirarme. Le gusta que esté completamente desnuda, a merced de su mirada intensa.

Nunca había tenido esta clase de sexo, tan… arrasador. No sé cómo actuar después de lo que hemos hecho. Creo que estoy un poco confundida ahora mismo.

Tomo un sorbo del vino que me ha ofrecido y me aclaro la voz por lo bajo.

—Debes de pensar que soy una fulana.

Sus cejas se fruncen en un gesto de confusión.

—¿Por qué iba a pensar eso?

—Me he acostado contigo en la segunda cita.

Sus labios se mueven lentamente, hasta regalarme una sonrisa de lado, tan irresistible que me costará volver a la normalidad cuando pase de mí.

—Katie, yo lo hago en la primera cita. Créeme, esto ya es compromiso.

Me echo a reír. Con amargura, casi.

—Tienes razón.

Nos miramos sin decirnos nada durante veinte segundos más, que enseguida se convierten en treinta, y en un abismo entero.

—Cuéntame algo sobre ti —me pide en apenas un susurro.

La frase queda flotando en el aire hasta que consigo librarme del nudo que tengo en la garganta.

—¿Por qué?

—Quiero saberlo todo. Me intrigas. ¿Siempre has vivido en Connecticut?

—No. Antes vivíamos en Nueva York. Trabajaba en una empresa de publicidad. Era la directora creativa.

—Vaya. ¿Y por qué lo dejaste? ¿No te gustaba lo que hacías?

—Me encantaba, pero esa era otra Kate.

—¿Qué pasó?

Me encojo de hombros.

—Lo que suele pasarles a las mujeres. Te quedas embarazada y, si con un hijo ya es difícil, imagínate con dos.

—¿Tu marido no te apoyaba?

—Pues… él pensaba que nuestros hijos estarían mejor si yo me ocupaba de ellos.

—¿Te pareció bien?

—¡Sí! A medias —admito, por primera vez en mi vida—. Creo que odié un poco a Paul después de eso. Era como si su carrera fuese más importante que la mía. La forma en la que me lo planteó… *Gano lo suficiente como para que puedas permitirte estar en casa y disfrutar de un poco más de tiempo de calidad con nuestros hijos*. Lo dijo como si mi trabajo fuese una molestia con la que ya no estaba obligada a cumplir. Una especie de farsa. Pero, joder, yo fui a la

universidad para sacarme esa carrera. Era a lo que quería dedicarme.

—¿Lo hablaste con él?

—Me parece que Paul y yo nunca hemos sabido cómo comunicarnos.

—Conmigo no tienes ese problema. Te comunicas bastante bien, diría.

Me echo a reír.

Y él también.

—Es cierto. ¿Puedo retirar alguna de las cosas que he dicho?

—No, no puedes. Dime. ¿Tienes hermanos?

—No. Mi madre decidió, sabiamente, no desgraciarle la vida a nadie más.

—¿Y tu padre?

—Nunca lo conocí. Hay teorías.

—¿Teorías? —repone, arqueándome una ceja.

—Podría ser un tipo casado de Baltimore, un motero llamado Hank, el conductor del bus escolar de Tucson, Arizona, o un camarero del que mi madre apenas se acuerda porque esa noche iba ciega de vete tú a saber qué.

—Comprendo.

—¿Y tu familia, qué? ¿Cómo son?

—Conservadores. Muy alemanes. Algo tacaños.

—Ah. Tus padres siguen casados, imagino.

Me lanza una sonrisa breve y un poco irónica.

—Sí. Lo que Dios ha unido, que ninguna fulana separe. Es el mantra de mi madre.

—No todo es tan idílico, ¿eh?

—¿Lo es alguna vez?

—Supongo que no —murmuro, desde el interior de mi copa—. Bueno, gracias por el vino y…

—¿El sexo?

—¡La hospitalidad! —exclamo como una desquiciada, arrancándole una sonrisa de lado—. Debería irme antes de que

llames a un taxi.

Suelta una risita.

—No. Tú no te vas de aquí esta noche.

—¿No?

—No —repite, ahora serio.

Pongo cara de desconfianza.

—¿Por qué no?

—Quiero enseñarte mi colección de películas. Podemos ver una. Tengo todos los clásicos. Incluso los navideños. Te dejo escoger.

—¿Quieres que me quede, toda la noche?

—Sí.

—Va… vale. ¿Me das mi ropa?

—No.

Se levanta de la butaca y yo tengo que abofetearme mentalmente para obligarme a cerrar la boca.

—¿En serio?

—Toma. Ponte esto. —Me alarga una camisa que acaba de sacar del armario. Me cuesta mirarlo a los ojos. Joder, seguimos desnudos y su cuerpo es… es… No tengo palabras—. Es más fácil de quitar. Y podré tocarte siempre que quiera.

—¿Quieres seguir tocándome?

Apoya el dedo índice contra mi pezón y lo desliza hacia abajo, hasta tocarme entre las piernas, el punto exacto que sabe que me hace temblar. Por instinto, separo las piernas y él sonríe, encantado con mi reacción.

—Claro que quiero tocarte. Lo estoy deseando, Katie. No he acabado contigo todavía.

Será mejor que me ponga la camisa.



No le ha hecho ni caso a la película. Se ha quedado dormida nada más empezar a verla. Ahora está apoyada contra mi hombro, y su respiración tranquila me desarma por completo.

La observo un segundo más del que debiera, con una absurda sensación de paz que no recuerdo haber sentido nunca.

No sé en qué momento esto empezó a importarme tanto.

La pantalla parpadea con un cambio de escena. Suena un disparo. Con movimientos lentos, levanto el mando a distancia y bajo el sonido. No quiero que se despierte. Se ha relajado lo suficiente como para quedarse dormida a mi lado y me parece el gesto más íntimo del mundo, un acto de confianza. Se siente protegida y quiero asegurarme de que así sea.

A la luz azulada del televisor, su rostro permanece sosegado. No puedo controlar el impulso de rozarle la mejilla con la yema de los dedos.

Emite un sonido leve, una especie de suspiro, y yo me quedo quieto, respirando despacio, cautivo de una mujer dormida. No consigo recordar cómo eran las cosas antes de ella.

¿Cómo era no sentir nada por nadie?

Capítulo 17



Al día siguiente, Navidad, no me atrevo a salir de casa. Prefiero quedarme pegada a las ventanas como un suricato.

—¿Qué haces?

—¡Jesús!, ¡qué susto! Mamá, ponte un cascabel.

—¿A quién espías?

—A nadie.

—¿Estás espiando a tu amiguito?

—No es mi amiguito. No tengo cinco años. Y no lo estoy espiando.

—Anda, ahí está.

En efecto. Ahí está, con su ropa de deporte, sudadera gruesa porque hace un frío de narices y ya no puede correr medio desnudo por la calle, y pantalón de chándal largo.

Dejo caer la cortina y me aparto con un suspiro de la ventana. No puedo volver a verle después del descaro con el que me dejé llevar

anoche. La primera vez estuvo bien, dentro de los límites de la normalidad.

Pero, la segunda… Di-os. Era como si nunca hubiera hecho el amor antes. Literalmente, devoré a ese hombre. Soy una devoradora de hombres, él lo sabe y ahora ya no podré salir de mi casa nunca más.

La solución es evidente. Tendré que mudarme. Una lástima. Echaré de menos hablar con él. Y hacer deporte. Y… todo lo demás. Seguro que en Alaska hace mucho frío.

—¿No piensas salir a correr con él hoy?

Por un segundo he creído oír *correrte con él,* y me la quedo mirando horrorizada.

Pero ella está tan tranquila, sirviéndose un café, así que solo puede tratarse de mi estúpido cerebro. Debo de sentirme la hostia culpable. Lo cual es normal. Yo no hago esta clase de cosas. El divorcio me ha dejado desquiciada. La culpa es, como siempre, de Paul. Yo no suelo devorar a nadie. Me quedo quietecita, completando la lista de la compra. Lo de anoche fue…

Mi subconsciente esconde el rostro entre los dedos al recordar cómo me senté encima de él y lo cabalgué como una auténtica vaquera de Texas.

Dios…

¿Cómo pude?

—No pienso ir a ningún sitio.

Mi madre me sigue por la casa.

—¿Os habéis peleado?

—No.

—¿Ya no quieres tirártelo?

Me giro desde la nevera para fulminarla con mi mirada más aterradora.

—¡Mamá! ¡No quiero tirármelo!

—¿A quién no quieres tirarte?

Mi hija, Abigail, está en mitad de la cocina, con una sudadera de Disney y los ojos hinchados de sueño.

—¡Abigail! ¿Qué…? ¿No ibais a volver mañana?

—Papá adelantó la vuelta para que no estuvieras sola en Navidad.

—Oh, cariño. Es maravilloso que estéis en casa. Es el mejor regalo que me ha hecho tu padre nunca. Ven aquí.

Me acerco a ella y la envuelvo en un enorme abrazo.

Mi hija me lo devuelve, pero solo tarda unos segundos en apartarse y mirarme con suspicacia.

—Entonces… ¿A quién no quieres tirarte?

—A nadie.

—Al vecino —le responde mi madre.

—¡Mamá!

—¿El que está bueno?

—¡Abigail!

—El que está bueno, cariño —aclara su queridísima abuela.

—Ese tío no se fijaría en mi madre.

—Gracias, cielo. Eres todo un encanto. ¿Puedo preguntar por qué crees que no se fijaría en mí? Solo por saber.

—Estás vieja.

—Claro. ¿Cómo no se me había ocurrido a mí?

—Mira a papá. Su novia solo me saca nueve años.

—La terapia de esta la pagará Paul —le confío a Martha, que me da la razón con un gesto—. ¿Dónde está Matt?

—Despidiéndose de papá. He entrado corriendo porque me estoy haciendo pis. Hola, abuela.

—Hola, cielo.

Mi hija le planta un abrazo rápido a su abuela y sale disparada hacia el baño.

—Ay, mi madre —exclamo yo de pronto, con los ojos abiertos de par en par.

Martha deja de revolver su café y me clava una mirada de extrañeza.

Acabo de asimilar lo que implica que mis hijos hayan vuelto antes de tiempo. ¡No he limpiado la jaula del bicho! Quería exponerme al

trauma solo una vez. Iba a hacerlo mañana, antes de que Matt volviera. Y ahora está en casa.

—Mamá, entretén a Matt. Ahora vuelvo.

—¿Adónde vas? Estás muy desquiciada desde que te tiraste a tu amiguito.

—¡No es mi amiguito! —le grito desde el pasillo.

Lo de que me lo haya tirado no puedo negarlo. Seguro que Martha nos oyó gritar desde aquí.

Ayyyyy.

*****

Alguien debe de odiarme mucho ahí arriba. Va en serio. Estoy siendo sometida a una persecución divina. ¿Cómo os explicáis entonces mi racha de mala suerte?

—Vamos, *Justin*, no me hagas esto, te lo suplico. Mueve tus pezuñitas.

El hámster no se mueve. Porque está muerto.

Sucumbo al pánico. La situación es crítica. No estoy siendo dramática.

—Joder, joder, joder.

—¡Mamá! ¿Dónde estás?

¡Mierda!

Agarro la jaula a la carrera y escapo por la puerta de la cocina justo cuando Matt cruza la otra. Todavía no sé lo que pretendo.

—Joder, joder, joder —insisto, agobiadísima, mientras corro en círculos por el patio trasero.

No tengo ni idea de cómo voy solucionarlo. Si el hámster vivo me daba pánico, imaginaros lo que es correr por la nieve con un hámster muerto y un cerebro que ha colgado el cartel de *cerrado por Navidad*.

Lo único que se me ocurre es la palabra joder, lo cual no es demasiado inteligente.

—¿Katie?

Maldita sea. ¿Por qué será que cada vez que llevas los bombachos más feos de la historia y un roedor muerto en el interior de una jaula te encuentras con tu *crush,* al que intentas evitar desde que lo devorarse en su propia cama?

—Jakob, es un momento malísimo. Estoy enfrentándome a una crisis nerviosa. A varias, en realidad. ¿Podemos hablar en otro momento?

O… ¿nunca?

—¿Qué ha pasado?

—Matt acaba de volver a casa de imprevisto y… ¡su hámster ha muerto! Pensará que me lo he cargado a propósito. Me pidió que me ocupara de él y me resistí todo lo que pude. Además, me opuse rotundamente a que tuviera un hámster. Hablé de adoptar un gato. Uno que supiera cazar. ¿Lo pillas?

Intenta no reírse, pero es evidente que le cuesta mucho esfuerzo dominarse.

—Ajá. Pero no creo que te eche a ti la culpa. La esperanza de vida de un hámster es muy corta. Dile la verdad y ya está.

—No servirá de nada. Todas las pruebas circunstanciales me apuntan a mí, ¿o es que no lo ves? Me declarará culpable de asesinato. No volverá a hablarme en la vida. He perdido a mi hijo. He fracasado como madre. ¡Odio la puta Navidad!

Jakob me sujeta por los brazos y me acerca a él con calma.

—Katie, oye, respira hondo. No es para tanto. Lo solucionaremos.

—¡¿Cómo?! ¿*Cómo* vamos a solucionarlo? —repongo, con mis ojos de demente aferrados a los suyos—. El bicho se llama *Justin*, no *Lázaro*. No va a resucitar, por mucho que hoy sea el cumple de Jesús. El mismo día de Navidad… ¿Tienes idea del trauma que le voy a crear a mi hijo? Probablemente, se convierta en el próximo Freddy Krueger. ¡¿*Por qué* sonríes?!

—Lo siento. No tiene gracia. Lo solucionaré, ¿vale? Dame la jaula. Tú vuelve ahí dentro y entretén a los chicos.

—No puedes solucionarlo.

—Sí que puedo. Déjalo en mis manos.

—Verán que no está y rodarán cabezas. La mía, para ser exactos.

—Pues sácalos de casa. Dame dos horas.

—El karma debe de estar haciendo horas extra incluso en Navidad. Hay que joderse.

—Katie —me frena, exasperado.

—Bien. Dos horas —cedo, porque no es que me sobren opciones. Mi cerebro sigue atascado en la fase *joder.*

*****

—¡Matt! Hola, cariño. Cuánto te he echado de menos.

—Hola, mami. ¿Dónde estabas?

—Tenía que hacer una cosa. Ven aquí para que te achuche, peque.

Mi hijo, ajeno al trauma infantil que estoy a punto de provocarle, me deja abrazarlo. Más vale que lo disfrute. Puede que sea nuestro último abrazo. Ay.

—¿Sabéis qué? Tengo una idea. Abigail, ven tú también. ¿Qué tal si salimos todos a tomar un helado?

—¿Ahora? —Mi hija no parece nada conforme—. Mamá, estamos cansados. Hemos volado toda la noche. Tenemos la hora de París cogida y… ¡hace frío!

—¡Pero es Navidad! —la freno, con forzado buen humor—. Venga, solo será un helado, con chocolate caliente por encima, como en los viejos tiempos. Invitaremos a tu padre y a Amber.

—¿Lo dices en serio?

Abbie debe de pensar que me he vuelvo completamente loca estas Navidades.

—¡Sí! Celebremos la Navidad como una auténtica familia moderna. Sin malos rollos. Incluso se vendrá la abuela. Y prometo no meterme con ella demasiado. Venga, todos al coche. Iremos a *Macy's*, que os encanta.

Y es el único sitio de Connecticut que abre el día de Navidad. Su dueño es judío.

Los niños obedecen, desganados.

—Espera. Voy en mallas —protesta mi madre cuando la empujo por detrás.

Agarro uno de los abrigos colgados en el perchero y se lo lanzo.

—Toma. Ponte esto.

—¿No podemos arreglarnos un poco antes de irnos?

—No. Hay que salir de esta casa cuanto antes.

—¿Por qué? ¿Hay un escape de gas?

—Los chicos podrían dormirse. Ya los has oído, están cansados. Si no te apetece venir, quédate en casa.

—Qué rara estás desde que te tiras a tu amiguito.

—¿Te has acostado con el vecino? Mamá, ¡ya te vale! ¡Solo eran diez días!

—Abigail, ya basta de chillarle a tu madre. Sube al coche. Matt, no te olvides de ponerte el cinturón. Paul, Amber, qué bien que sigáis aquí. —Mi ex ha apilado las maletas de los chicos en el porche y estaba a punto de irse, pero baja la ventanilla del copiloto para escucharme. Apoyo las manos contra la puerta y les sonrío a los dos—. Vamos a tomar un helado a *Macy's*, como una familia. ¿Os apetece acompañarnos?

—Verás, Kate, es que yo no tomo lácteos ni tampoco…

—Iremos encantados —frena Paul a su novia, devolviéndome una sonrisa de oreja a oreja.

Amber lo fulmina con la mirada.

Me regocijaría, si no fuera por lo del hámster muerto y mis horribles bombachos. Ella está estupenda. Siempre lo están, ¿verdad? Incluso después de cruzar el Atlántico.

—¿No quieres cambiarte? —me sugiere Paul, divertido.

—No. Llevo los pantalones más cómodos de la historia.

—Eso, seguro —masculla Amber entre dientes.

Los despido con la mano antes de subir al Lexus aparcado en la entrada y dar marcha atrás.

—Me parece que esos dos se están peleando —me susurra mi madre.

—Hum. ¿Y qué tal París? —interrogo a los chicos.

Un juego que siempre practicamos los padres separados. *¿Y qué tal te lo has pasado en casa de papá? ¿Estaba solo, deprimido, con alguien…?*

Los dos se encogen de hombros.

—¿Matt? —insisto, al ver que nadie se digna a responderme.

—No está mal.

Vaya. ¿No hay nada que entusiasme a los niños de hoy en día?

—¿Qué no está mal? Pero ¿qué habéis hecho, aparte de lo de Disney? ¿Habéis visitado museos, monumentos…?

—No, pero Amber y yo fuimos a Chanel y a Dior y…

—Yo me quedé en el hotel, jugando a *Call of Duty*.

—¡Chicos! ¿Fuisteis hasta Francia para visitar centros comerciales y jugar a videojuegos?

Abbie se encoge de hombros.

—¿Y qué? Lo pasamos bien. Por cierto, a partir de ahora voy a seguir una dieta macrobiótica vegana como Madonna.

—Ja. A no ser que puedas pagar a Gordon Ramsay para que te haga la cena o te prepares la quinoa tú misma, hoy ya te digo yo que vas a cenar asado navideño.

—¡Mamá!

—Chilla todo lo que quieras, Abigail. No pienso preparar un plato de comida para cada uno.

—¡Nunca me apoyas en nada!

—Te apoyo en que te hagas tú misma la cena. Madre, no puedes fumar en mi coche. Ya lo sabes.

—Amargada me tienes.

—Ya somos dos.

—Tres —gruñe Abbie, disgustada. Se ha cruzado de brazos y todo.

—Cuatro.

—¿Y tú por qué? —le pregunto a Matt, cuya mirada intercepto a través del retrovisor.

—No lo sé, pero si estáis todas amargadas, yo también lo estoy.

Empiezo a reír, y al final los tres se rinden y hacen lo mismo. Dios, viene bien poder reírse. Estoy sometida a demasiada presión últimamente.



Podría estar negociando un acuerdo en Hong Kong o destrozando a la competencia en Nueva York. Soy un hombre que cierra tratos de miles de millones, hunde carreras, descuartiza empresas.

Y, a pesar de todo, aquí estoy, llamando a mi asistente para pedirle lo impensable: un hámster.

—Vas a conseguirme uno ahora mismo —ordeno, como si de un jet privado se tratara.

Tardo en recibir una respuesta. Puedo sentir su desconcierto al otro lado de la línea. El pobre hombre debe de estar en pijama, abriendo regalos de Navidad con sus hijos. Lo siento por él, pero, cuando yo quiero algo, ocurre. No hay nada más que decir al respecto.

—¿Un… hámster? ¿De peluche? —pregunta, desesperado.

Cierro los ojos y cuento hasta tres.

—No. Uno de verdad. Con bigotes. Marrón dorado, rechoncho, con manchas blancas en ambas orejas. Si me traes uno más delgado, o con manchas diferentes, el chico lo notará. Y, si lo nota,

créeme, te arruinaré la vida. Así que consigue uno idéntico. No acepto errores. Te acabo de mandar una foto. Lo quiero en una hora.

—Pero, señor, ¡es Navidad!

—No me importa. No me importa que tengas que atracar zoológicos o amenazar al dueño de la tienda de mascotas de tu barrio. No me importa lo que cueste, paga lo que te pidan. Pero tráeme ese puto roedor en una hora o date por despedido.

Cuelgo, me paso una mano por el pelo y me observo a mí mismo en el reflejo del ventanal.

Es irónico.

El hombre que ha hundido empresas con una sola firma se enfrenta a la transacción más absurda de toda su vida: salvar la Navidad de un niño.

Y… jamás había deseado tanto el éxito.

Capítulo 18



Os preguntaréis a qué mente retorcida se le habrá ocurrido esta estupidez de pasar el día de Navidad con mi ex marido y su novia casi adolescente. En mi defensa, tenía una crisis.

—¿Y qué tal es el Louvre? —pregunto, tras mirar educadamente la foto que Amber me acaba de enseñar: mi hija y ella, sonrientes delante del museo.

—Oh, no llegamos a entrar. Solo nos hicimos esta foto.

Miro a Paul. Largo rato.

Un rato realmente interminable.

De lo avergonzado que está, aparta la mirada.

—¿Y qué tal tus Navidades? —me pregunta la madrastra de mis hijos.

—Oh, geniales.

—Se ha tirado al vecino.

—¡Abigail!

—¿Qué vecino? —interviene Paul en la conversación.

—No lo conoces —se lo suelto tan deprisa que me olvido de negar los hechos. Sin duda, son las peores Navidades de la historia.

—El que está bueno —puntualiza mi hija—. Ya sabes, el que se compró la casa de Melinda.

—¿El del Porche? —me pregunta Paul con cara de perplejidad.

Pues sí que lo conoce. Claro, ese coche es muy llamativo.

—El del Porche —solventa mi madre, brindando con su café como si estuviera felicitándome por mi elección.

—Pero… ¿cuántos años tiene ese tío?

Miro furiosa a Paul.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, parece más joven que tú.

Planto mi café sobre la mesa con demasiada vehemencia.

—¿De verdad, Paul? ¿Vas a juzgarme por salir con alguien cuatro años más joven que yo, cuando tú tienes una novia ligeramente mayor que tu propia hija?

—Alguien tenía que decirlo y ha sido ella —murmura Martha para sí.

—Katie…

—¡Que no me llames Katie!

Los niños están horrorizados porque estoy gritándole a su padre en pleno restaurante familiar, el día de Navidad. Incluso Amber ha dejado de colgar fotos en Instagram.

Muy bien. Fenomenal. Todo el mundo me está mirando. Justo lo que necesitaba.

—Hablemos de otra cosa —mascullo, irritada.

La novia de mi marido coloca la mano sobre mi rodilla y me sonríe con esa expresión de jovencita guapa que practica la meditación junto a un monje budista.

—Kate, ¿te gusta ese tío?

—¿Qué?

—Porque, si te gusta, ¿qué importa lo que piense la gente?

Es sabia para tener solo veinticinco años de vida.

—Tienes razón. Sí, Paul, estoy saliendo con el vecino, el del Porche, el que está que te cagas de bueno. Tiene su propia empresa, buen gusto para el arte y me hace sentir como una mujer.

—Oh, no pongas esa cara, Paulie. Por fin empieza a levantar cabeza después de que tú la destrozaras. Deberías alegrarte por ella.

—¡Mamá! —Suelto una risita encantadora—. Es broma. Está borracha. No sabe lo que dice. Estoy perfectamente. Es la mejor etapa de mi vida. Que tú y yo nos hayamos separado era lo mejor que podía pasarme.

Mierda.

No tendría que haber llegado tan lejos. Ahora mi relato ha perdido toda la credibilidad. Paul me observa con expresión compacta. Estupendo.

—Kate, ¿podemos hablar fuera un momento?

—Claro. —Fulmino a Martha con la mirada antes de levantarme con displicencia de la mesa—. Estarás contenta.

—No me parece justo que siga con su vida, tan tranquilo, mientras que tú estás aquí tan hecha polvo.

—Mamá, ¡yo no estoy hecha polvo! ¿De dónde te sacas esas cosas? ¡Estoy de maravilla! Tengo un hobby, tengo un amigo nuevo, no he caído en las garras de ninguna secta ni en las estafas amorosas de Facebook, y mira que Brad Pitt no deja de escribirme… ¿Qué más quieres de mí?

—Que no tengas todo el rato ese aire de desdicha en la mirada. Que te deshagas de sus malditas cosas. Se fue hace un año y tu casa sigue oliendo a él.

Sus palabras me golpean como una bofetada.

—¿Qué dices? Paul se llevó toda su ropa.

—Ajá. ¿Y por qué sus herramientas siguen en tu garaje, a ver? ¿Y el brandy en el salón? ¿Por qué no has recortado su cabeza en las fotos familiares? Ni siquiera has quitado la maldita foto de vuestra boda.

Los niños están cabizbajos, muertos de vergüenza ajena. Amber me observa con tristeza. Despertar su compasión era justo lo que

necesitaba por Navidad.

Genial.

Abro la boca para defenderme, pero no hay nada que pueda decir. Porque mi madre tiene razón. A veces destapo la botella de brandy y respiro hondo, porque es como si él regresara por un instante.

Cada vez que me dejo caer en el sofá, la sonrisa que iluminaba su rostro el día de nuestra boda me hace sonreír.

Día tras día, al abrir el garaje, tropiezo con su caja de herramientas o con sus apuntes de la facultad de Derecho y, aunque maldigo, no hago nada por tirarlos porque de esa forma todavía siento su presencia.

No sé cómo dejarlo marchar.

La sensación de vacío solo desaparece cuando estoy con Jakob.

—Pues te equivocas. Paul se ha ido y yo lo he superado. Y ahora, si me disculpas, voy a ver qué demonios quiere.

*****

Encuentro a mi ex marido junto a la zona infantil, apoyado contra el respaldo de un banco cubierto de nieve.

—Dime —murmuro, incómoda. Estoy de pie delante de él y nunca me he sentido tan avergonzada, lo cual es ridículo porque la que debería sentirse avergonzada no soy yo, sino la persona que jodió nuestro matrimonio.

Escondo las manos en los bolsillos de mis bombachos para que no note mi nerviosismo, y me mordisqueo el labio por dentro mientras espero a que se pronuncie.

Para mi exasperación, Paul se niega a abandonar el silencio grave que mantiene. Creo que ya sabe lo mucho que me perturba la situación. Se le da bien leer a las personas. Lo debió de aprender en la facultad de Derecho.

—¿Estás destrozada? —dice por fin, volviendo el rostro hacia el mío.

Pongo una sonrisita incrédula.

—Eso es absurdo.

—Dime la verdad, Katie.

—¿Por qué te importa cómo me siento?

—¡Porque eres la madre de mis hijos! —estalla, furioso como no lo he visto en años. Al principio de nuestra relación, nos gritábamos y nos peleábamos muy a menudo (luego nos reconciliábamos con el mismo entusiasmo), pero con el paso de los años nos volvimos educados el uno con el otro, distantes, fríos. No teníamos suficiente complicidad como para pelearnos—. ¡Eres el amor de mi vida! ¡Claro que me importa cómo te sientes!

Los ojos se me cargan de lágrimas, pero, maldita sea, no pienso llorar delante de él ni admitir que sus palabras me están matando. ¿El amor de su vida? No haces tanto daño al amor de tu vida. Sencillamente, no admito esa opción. Yo jamás le hubiera roto el corazón a él.

—Estoy bien.

—¿Y por qué será que no te creo?

—Lo mío con Jakob es auténtico. No se trata de una aventurilla.

La respuesta lo sorprende. Lo veo en su mirada.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Levanto el mentón para parecer más segura de mí misma.

—Sí. Conectamos.

¿Miento? Pues claro. No estoy *tan* loca como para pensar que mi desliz navideño vaya a derivar en una relación de verdad, pero Paul no tiene por qué saberlo, y si piensa que estoy empezando una relación nueva, me dejará en paz y no tendré que sentirme todavía más humillada de lo que ya me siento.

—Vaya. No me lo esperaba.

—¿Por qué? ¿Crees que solo tú puedes rehacer tu vida después de nuestro matrimonio?

—No es eso lo que pretendía decir, Katie. —Se aparta del banco, viene hacia mí y apoya las dos manos en mis hombros—. Cielo, yo solo quiero que seas feliz.

Pues no haberme abandonado.

Menos mal que tengo suficiente sentido común como para no decirlo en voz alta.

—Mm-hm. Lo soy. ¿Hay algo más que quieras discutir?

—Pues… verás.

—A ver.

Me estoy poniendo a la defensiva, los dos lo sabemos.

—Quizá no sea un buen momento para abrir el tema, pero creo que, cuanto antes lo sepas, mejor. Ehhhh… Voy a vender la casa de los Hamptons.

—¡¿Vas a vender la casa de los Hamptons?!

Sé que en teoría puede hacer lo que le plaza con esa propiedad. Tras el divorcio, yo me quedé la de Connecticut para que los niños no tuvieran que afrontar también una mudanza y él se quedó con la casa de la playa.

Es solo que la facilidad con la que renuncia a todos nuestros recuerdos me resulta dolorosa.

—Necesito liquidez para poder comprarme una casa en la ciudad. No puedo estar eternamente en ese piso. Falta espacio, y quiero que los chicos vengan a pasar algún fin de semana con nosotros.

—Vaya.

—Katie.

—Joder. ¡Abbie te llamó papá por primera vez en esa maldita casa! ¿Es que no te importa nada que no seas tú mismo? ¿Quién coño eres, Paul? Ya no te reconozco. ¿Vas a París y ni siquiera llevas a los chicos al Louvre? ¿Desde cuándo te has vuelto tan jodidamente vacío y superficial?

Mis palabras lo alcanzan como una bofetada. Se queda sin aire.

Pero no me quedo para disculparme. Me da igual que no hayan pasado dos horas todavía. Necesito volver a casa. No puedo con esto.



Tom tarda una hora en llegar a mi casa con una caja. Dentro, se esconde un hámster casi idéntico.

Lo observo, crítico, como si evaluara la *due diligence*[1] de una adquisición.

Noto que mi ayudante tiene los nervios de punta. Sabe que he hundido carreras por mucho menos.

—Bien —me apiado de él—. Gracias por la gestión.

Suspira aliviado.

—De nada. Feliz Navidad, señor.

—Feliz Navidad, Tom. Oye, Tom, espera. Tómate el día libre mañana para pasarlo con tu familia —prosigo al cabo de un breve silencio. Quiero compensarle de alguna forma por todo lo que ha pasado hoy.

—¿Lo dice en serio?

Entiendo su sorpresa. No suelo tener actos de generosidad ni soy especialmente simpático con mis empleados.

—Sí. Te lo mereces.

—¡Gracias, señor!

—No hay de qué.

Cierro la puerta tras él y miro a mi nuevo colega.

—Venga, te llevaré a casa, bigotitos.

Conociendo a Katie, habrá dejado alguna llave de repuesto en algún sitio. Espero no equivocarme.

Capítulo 19



—Lavaros los dientes y descansad un rato —les pido a los chicos en cuanto entramos por la puerta—. Se os ve agotados.

—¿Y por qué será? —ataca Abbie al adelantarme por el pasillo.

—Cariño…

Se detiene, para seguir gritándome.

—Sabía que eras incapaz de ser civilizada. *Lo sabía*. ¡¿Por qué no puedes ser como las otras madres?! Siempre te pones dramática, y haces una montaña de todo, y ¡te vuelves loca! ¡Eres una pirada! Los padres de Brooke también se han divorciado y, ¿sabes qué?, ahora están en Aspen, juntos, con sus nuevas parejas, en plan familia.

—Alguien acabará muerto. No es por ser cínica —me susurra Martha al pasar por delante de mí de camino a su habitación.

Hago una mueca, aunque sé que tiene razón. Una no puede llevarse bien con su ex. Es antinatural. ¿Acaso se llevan bien el león y la gacela?

—Peque, tu padre y yo…

—Olvídalo.

—¡Pero la culpa no es mía!

—Si tú lo dices.

—¡Abbie! Matt, dime que tú no piensas lo mismo que tu hermana.

—Voy a ver a *Justin*. Le he traído algo de París.

Ay, Dios Santo.

Me dejo caer en el reposabrazos de la butaca y cierro los ojos. ¿Hace falta recalcar que hoy es el peor día de mi vida? Y mira que las Navidades pasadas dejaron el listón muy alto.

—¡Hola, chico! Cómo te he echado de menos.

Abro un ojo.

—Matt, ¿con quién hablas?

—Con *Justin* —me responde mi hijo desde su habitación.

O ve muertos como el de *El Sexto Sentido* o ahí hay un hámster.

Corro hasta su habitación y me quedo paralizada en el umbral. La jaula. Sí que hay un hámster *vivo* en su interior. Y parece *Justin*.

—Gracias por cuidarlo, mami.

Bajo la mirada hacia el ser que acaba de abrazarse a mi cintura.

—De nada, cielo. —Me obligo a disimular la sorpresa con una sonrisa. Incluso le revuelvo un poco el pelo, para que no note lo atónita que estoy—. Anda, ve a echarte un rato.

—Ajá.



Es tarde. Las luces navideñas iluminan el barrio, y los vecinos que van de puerta en puerta cantando villancicos hace tiempo que ya no llaman al timbre.

El silencio de la casa se quebranta solo con la voz rasgada de Billie Holiday y el ocasional clic del ratón.

Me estoy tomando un whisky mientras repaso cifras astronómicas en la pantalla de mi portátil. Estoy tranquilo y relajado. Siempre me siento invencible cuando trabajo. No hay nada que no pueda controlar.

Solo cuando oigo de nuevo el timbre, pasadas las diez de la noche, algo se desordena dentro de mí.

Porque sé que es ella, la mujer que, de alguna forma, ha conseguido cambiar algo en mi vida.

Todos mis amigos han acabado sentando la cabeza. Ahora tienen sus propias familias y siguen metiéndose conmigo por no haber hecho lo mismo que ellos; por negarme a madurar; por huir siempre del compromiso.

Sinceramente, nunca he necesitado a otra persona.

No hasta conocer a Katie.

Me parece que me estoy convirtiendo en la clase de persona que nunca he querido ser: un tipo hogareño.

Me levanto, dejo la copa sobre la mesa y le abro.

Una ola de calidez se asienta sobre mi pecho al verla con su jersey verde, navideño, el pelo revuelto y esa expresión de vulnerabilidad que me desarma. Por algún motivo, quiero protegerla, y es algo tan novedoso que no sé muy bien cómo encajarlo.

A la mierda. No me arrepiento de nada. Ella me gusta demasiado. Haré sacrificios.

—¿No deberías estar en casa con los niños? Es Navidad.

Nos miramos en silencio. Sus ojos brillantes y agradecidos me hacen sentir desnudo, como si, con solo mirarme, pudiera atravesar mis muros de acero sin el menor esfuerzo.

—No podía dejar pasar el día sin darte las gracias.

No estoy acostumbrado a que me den las gracias, sino a que me teman, me obedezcan, me respeten.

Como no sé muy bien qué responderle, me limito a componer una expresión resolutiva.

—No puedo creer que hayas hecho algo así por mí —prosigue, acercándose con paso inseguro.

Yo sí puedo creérmelo. Acabo de darme cuenta de que haría cualquier cosa por ella.

—No ha sido para tanto —intento restar importancia al asunto con una voz más grave de lo normal.

—Para mí, sí.

Tiene la respiración entrecortada y las mejillas enrojecidas por el frío. Creo que está al borde de las lágrimas.

No me lo pienso dos veces. Le tomo la cara entre las manos y la beso despacio, como si probara algo sagrado.

Ella suspira contra mi boca y se aferra con los dedos a mi camiseta.

Mis manos bajan por su espalda, hasta su cadera, marcando cada curva con desesperación contenida. La acerco más a mí mientras el beso crece, se convierte en hambre. Todo es inevitable, salvaje y urgente. Necesito estar dentro de ella.

Intento quitarle la ropa, pero me frena.

—No hagas que me enamore de ti, Jakob —murmura, con los dedos apoyados contra mi boca.

Subo la mano por su espalda hasta enredar los dedos en su cabello, inclino su cabeza hacia atrás y la obligo a mirarme.

—¿Tan malo sería?

La vulnerabilidad en sus ojos me rompe. Está arrebatadora, con los labios hinchados por mis besos y la respiración agitada. Verla así, por mí, hace que desee algo que no se compra ni se negocia; algo que jamás pensé que yo fuera a necesitar.

—Pues sí.

—¿Por qué?

—Porque, en cuanto acaben las Navidades, tendremos que volver a la realidad.

Escruto sus ojos verdes, demorando la respuesta unos segundos más de lo necesario. Siento el calor de sus dedos a través de la tela de mi camiseta, y comprendo que con ella no soy el hombre que lo mantiene todo bajo control. Ahora mismo me tiene a su merced. Una palabra suya y estoy jodido.

—Katie… Para mí, esto es real. No planeaba conocerte, ni planeaba sentirme como me siento cada vez que te veo. Pero ha pasado. Y no me arrepiento.

Levanto su rostro con una mano y vuelvo a besarla, sin prisas, para que comprenda que puedo ser exactamente la clase de tío que necesita a su lado. Si ella me lo permite.

Capítulo 20



—Necesito confesaros una cosa. Es sobre Jakob. O sea, el vecino.

—¡¿Sabes su nombre?! —Karen, la presidenta de su club de fans, se lleva una galleta de jengibre a los labios y le da un mordisco ansioso.

—He averiguado algunas cosas sobre él durante estas vacaciones —me hago la misteriosa mientras sirvo el café.

Hace un frío de narices en la calle. Hoy estamos todas abrigadísimas, con nuestros mejores abrigos de plumón, gorros y guantes. El café lo he guardado en un termo. No queremos que se nos enfríe.

—¿Algo suculento? Yo siempre he pensado que era un mafioso.

Le frunzo el ceño a Connie.

—¿Un m…?

—O un traficante de órganos.

Me vuelvo hacia Maddie.

—¿Qué? No lo dices en serio.

—¡O un narcotraficante! —chilla Karen, excitadísima.

Dedico a cada una un gesto perplejo. Sé que Jakob es lo más emocionante que le ha pasado a nuestro pequeño grupo en años, pero ¿traficante de órganos? ¿En serio?

—Una pregunta que se me ocurre así, a bote pronto. ¿Alguna vez os oís a vosotras mismas cuando habláis?

—A ver, está claro que dinero no le falta —intenta Connie defender su teoría—. Cochazo, casoplón… Y nunca se relaciona con nadie.

—Excepto con rubias veinteañeras —remata Maddie—. Que tienen buenos riñones.

—Qué movida. —Karen, abstraída, se come otra galleta—. El caso es que tenéis razón. Podría ser un traficante de órganos. ¿Os acordáis de esa película que vimos en casa de Tess el año pasado?

—Sí… —dice Connie, meditabunda—. ¿Cómo se llamaba?

—*Fresh*, o *Flash*. Lo que pasan esas pobres chicas... No hay que fiarse de los tíos guapos que parecen demasiado buenos.

Dejo que sus mentes de amas de casa aburridas sopesen varios escenarios horripilantes y luego pido orden en la sala.

—¿Habéis acabado ya con las gilipolleces?

—¿Qué sabes? —me increpa Karen, volviendo en sí.

Estoy a punto de confesarles que, para empezar, *sé* lo que se siente al tenerle dentro, cuando se abre la puerta de al lado y Jakob sale trotando.

Karen alarga su cuello de avestruz. Cualquier día me la encuentro entre los arbustos, con prismáticos para pillarle desnudo.

—Ay, Dios mío. Se está agachando para recoger uno de los folletos que se han desbordado en el buzón y ese culito… ¡Hola, vecino! —saluda a voz de grito.

—Señoras. Buenos días.

Mis amigas sufren un cortocircuito. Ninguna es capaz de decir ni mu. No he llegado a contarles que ahora habla y todo.

—¿Nos ha saludado? —Karen, la más pálida de todas, señala la casa de al lado con el dedo—. Ese tío nos ha saludado.

—Sí, Karen. Nos ha saludado —la tranquilizo yo con una sonrisa de satisfacción—. Como anoche me acosté con él... Oh, no pongáis esa cara, no era la primera vez. Ya nos habíamos acostado antes. Creo que mantenemos una especie de relación.

El mundo se paraliza en una calma helada. Tengo la sensación de que todo cuanto me rodea se ha vuelto de cristal. Un simple sonido podría quebrar el aire a mi alrededor.

Durante unos diez segundos, solo oigo el zumbido de la autopista, muy en la lejanía.

Y entonces, las brujas de mis amigas estallan en carcajadas histéricas. Hay palmadas sobre la mesa, lágrimas que asoman en los ojos delineados con esmero para atraer la atención de Jakob. Connie da un golpe al aire como si intentara ahuyentar la risa. Maddie se lleva la servilleta a la boca para no escupir el café. Karen se ha doblado sobre sí misma y está al borde de un desmayo. Es ese tipo de risa que tensa los abdominales, te deja con la cara roja y sin aire en los pulmones.

—¡Que va en serio! Me lo encontré en Manhattan, con la nieve, la bóveda de luces, un piano bar… Y luego me trajo a casa y me besó bajo el muérdago... Creo que le gusto de verdad. ¿Por qué si no iba a molestarse en… ya sabéis, seducirme?

Karen intenta respirar, pero solo consigue emitir un graznido que provoca otra oleada de risas.

—¡Chicas, que no es coña!

*****

Tras una hora, más cafeína de lo tolerable y un interrogatorio digno de la CIA, consigo convencer a mis amigas de que Jakob y yo somos *algo parecido* a novios.

Más que nada porque él, al volver de correr por el barrio, me ha guiñado un ojo.

Y entonces, mi relato ha empezado a cobrar fuerza y las reacciones no se han hecho de rogar.

Karen considera una traición que me haya acostado con él antes que ella. Ha puesto cara de *no me esperaba esto de ti*.

Maddie dice que ella se lo olía (ahora la que se atraganta con la risa soy yo).

En cuanto a Connie, me parece que está planeando el discurso de mi boda.

Cuando por fin se dan por vencidas y regresan a sus vidas familiares, niños, maridos y lavadoras post navideñas incluidas, me siento agotada. El entusiasmo de esta mañana se ha disuelto en el aire. Algo ronda mi mente, una idea que no consigo callar, como una especie de mosquito cerebral que zumba muy dentro de mi cerebro y no hay forma de aplastar.

Paso el aspirador por toda la planta baja y sacudo los cojines del sofá con la sensación de haber firmado un tratado de paz inestable.

Mis amigas no confían en Jakob. Yo no confío en que lo nuestro sea *algo parecido* a novios. Y tal vez Karen esté en lo cierto al augurarnos *un futuro oscuro*. Dice que él no tardará más de dos telediarios en dejarme por una con riñones más sanos que los míos.

Puede que tenga razón. Creo que me he dejado llevar y ahora la realidad empieza a asomar la cara poco a poco, fea, como las aceras grises que se esconden bajo la nieve, llenas de chicle y… pis.

Empiezo a deprimirme. ¿Por qué será que cualquier idea que parece buena en mitad de la noche pierde fuerza bajo la luz del sol?

Se me ocurre que acurrucarme en el sofá, con una manta suave y alguna película de Sandra Bullock, podría resultarle de cierta utilidad a mi estado de ánimo actual.

Por desgracia, el universo tiene otros planes, como siempre.

Mis hijos, que han ido al centro con sus amigos, quieren que vaya a recogerlos ya.

Pero ¡¡ya!!

Así me lo hacen saber a través de un mensaje lleno de emojis y exclamaciones.

—¡Madre! —rujo desde la puerta—. ¡Voy a salir un momento! ¡Ahora vuelvo!

—Espera, que te acompaño. Necesito ir a la farmacia.

Martha asoma por el pasillo, con un abrigo de piel sintética en la mano.

—¿A la farmacia? ¿Te encuentras bien?

Que yo sepa, ella nunca ha comprado los *tripis* en un sitio con licencia.

—Sí. Solo es una cosita. Vamos, no te quedes ahí parada. También hay que hacer la compra.

—La compra.

—¿Es que hablo en chino? La compra, Kate. Necesitamos cosas. Toma. He hecho una lista.

Es todo muy raro. Debe de ser cósmico. Mi madre quiere que hagamos la compra. ¡Incluso me ha hecho una lista!

Por el grupo de WhatsApp de padres todavía no circulan archivos Excel para organizar turnos de apoyo logístico para la gala de este año, ni audios de cuatro minutos discutiendo sobre si es adecuado o no que los niños interpreten canciones de ABBA.

(En el último musical que organizamos, una madre de la junta —Karen— se negó a que su hijo cantara porque la palabra *beso* no le parecía adecuada para un niño de once años).

Y lo más insólito: el cartero me ha sonreído esta mañana. *Son-re-í-do*. La mueca más amable que le he visto nunca a ese hombre se le parecía a un calambre facial.

No descarto que el universo haya entrado en fase de mantenimiento.

O quizá solo soy yo. Me cuesta adaptarme a una vida en la que Jakob, mi vecino cañón, se ha convertido, de alguna forma inexplicable incluso para la comunidad científica internacional, en mi *algo parecido a novio*. A ver, ¿cómo llamas a alguien después de dos polvos guarros y uno casi guarro? Novio, ¿no? Pues eso.

—¿Me has oído?

Vuelvo en mí con un fuerte parpadeo.

—¿Qué?

—Olvídalo. Nunca me escuchas. Vamos, no te quedes ahí parada. Tengo más cosas que hacer hoy.

Me resigno con un suspiro prologando, recojo mis pensamientos desordenados y sigo sus pasos a través de la nieve. No he tenido fuerzas para despejar el patio. Siempre lo hacía Paul…

*****

—Hay que joderse. En esta mierda de farmacia no venden Viagra —brama mi madre nada más plantarse en el asiento del copiloto.

Me giro, con una mano sobre el volante y la otra sobre la palanca de cambios, y la miro como quien contempla un eclipse, fascinada, ligeramente pasmada y también preguntándome qué demonios está pasando y a quién debería llamar: ¿a emergencias o mejor a un psiquiatra?

—Mamá, ¿para qué necesitas Viagra?

La conversación que todas las chicas tienen tarde o temprano con su progenitora.

—Conocí a alguien en la iglesia.

Típico. Ni en la iglesia se está quieta.

—¿Quieres que lo llame papá?

Me pone mala cara.

—Muy graciosa, Doña Mi Marido Me la Pega Con Una Fulana.

—Una fulana de veinticinco años, que no es lo mismo. Y tampoco estoy segura de que Amber sea una fulana. Hay que dejar de culpabilizar a las mujeres. La culpa es de Paul.

—Lo que tú digas. ¿Has comprado queso?

—Sí, madre. He comprado queso —respondo, muy paciente, mientras arranco y realizo un giro prohibido en mitad de la calle. La pizzería pilla en sentido contrario.

No os escandalicéis. Las madres hacemos cosas raras todo el rato. Siempre dejamos el coche en doble fila porque *solo es un momentito.* Es que vamos contrarreloj.

—¿Y macarrones?

—Ajá. Todo lo que me pusiste en la lista.

No sé a qué viene el interrogatorio. Que yo sepa, lo único que ha cocinado Martha en toda su vida ha sido la *meta*.

—¿Condones?

Le echo una mirada cruzada.

—¡Mamá!

—¿Qué? Te harán falta. He invitado a tu novio a cenar.

—¡Ma-má! —vuelvo a gritar, horrorizada.

Mi relación con Martha se basa en esta dinámica: ella me suelta burradas y yo exclamo un escandalizado *mamá*.

—No te pongas puritana, Kate. Te he visto salir de su casa en plena noche, de puntillas. *Dos* veces.

—Me niego a hablar del tema.

—Tú haz lo que quieras, pero usa condones. Dos hijos son más que suficiente. Piensa en tu pobre vagina.

Freno delante de un paso de peatones y la cara de grima con la que observo a mi madre habla por sí sola.

—Gracias, madre. Me hago cargo.

—Bien. Porque el planeta está sobrepoblado.

—Ajá.

Aparco delante de la pizzería, apoyo las dos manos sobre el volante y me giro hacia ella.

—¿Puedo saber por qué has invitado a Jakob a cenar?

Se enciende un canuto, que yo arranco de entre sus arrugados labios y tiro por la ventanilla antes de que algún oficial de policía nos arreste a las dos por posesión de drogas.

—¡Oye!

—No puedes fumar en mi coche. Mucho menos, maría.

—Es medicinal.

—Me da lo mismo.

—Tendría que haberme ido a pasar el día con el de la iglesia.

—¿Para qué? Si no tienes Viagra.

Me dedica una mueca seca. Le contesto con una sonrisa muy dulce. Se abre la puerta y entra una chaqueta rosa, seguida de una

adolescente que frunce el ceño como si nos odiara a todos. Que lo hace.

—A partir de ahora, solo voy a llevar ropa de marcas sostenibles, así que tienes que renovarme el vestuario. Hola, abuela.

A través del espejo la veo con los ojos perfectamente delineados. Me pregunto cuándo lo habrá hecho. Esta mañana tenía la cara limpia.

—Genial, cielo. Tú sé sostenible mientras te pintas la cara como si fuera un cuadro abstracto. Sabes que ese delineador no viene precisamente de un bosque encantado, ¿verdad?, ¿y que el jabón de cara que vas a usar para quitártelo acaba en los océanos? Maquillarte asesina a los delfines, Abigail. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—¡Mamá!

Mi relación con mi hija es como la mía con mi madre, pero a la inversa. Yo suelto burradas y ella grita un histérico *mamá*.

—¿Y tu hermano?

—Ni que fuera su niñera.

—Te pago para que lo seas.

—Pues demándame por *mala praxis*.

Niego, exasperada.

—Te dije que te ligaras las trompas —me susurra Martha, a quién dedico una mirada lenta, concentrada, de pura exasperación.

—Nunca me dijiste que me ligara las trompas.

—Ah, ¿no? Pues tendría que haberlo hecho.

—¡Arranca, arranca, arranca!

Mi hijo acaba de saltar dentro del coche. Literalmente. Como en una película de acción. Va a ser el próximo Vin Diesel.

—¿Por qué estás tan alterado, peque?

Espero que no haya encontrado la bolsa de golosinas de la abuela. Su padre me demandaría, y no podría culparlo esta vez. No hay que guardar sustancias peligrosas en hogares con niños, y yo revisé las cosas de Martha cuando la instalé en el cuarto de invitados, pero ella es famosa por guardarse píldoras en sitios

inescrutables. En los setenta se hacía llamar a sí misma *River*, en honor a su naturaleza libre que fluye como un río en eterno movimiento. Fue su época más psicodélica.

—¡Mamá! ¡Venga! ¿Por qué sigues aquí?

—No me chilles. Estoy arrancando. Ya está. ¿Lo ves? Que no cunda el pánico.

Compruebo el retrovisor y veo a una niña regordeta correr detrás de mi coche.

—¡Te mataré! —ruge el angelito.

—Esa cosa parece el rottweiler de tus vecinos —apuntilla Martha, desdeñosa.

Miro preocupada a mi pequeña bendición, su tez pálida y la fuerza con la que se agarra al respaldo de mi asiento.

—¿Por qué quiere matarte esa niña, Matt?

—Por nada.

—¿Matt? Te lo preguntaré una vez más antes de dar media vuelta y preguntárselo a ella.

—La besé, ¿vale? —chilla, histérico—. ¡Tú sigue conduciendo!

—¿Besaste a Keyla Donnelly, la niña más fea del cole?

—Abigail, no hables así de una niña.

—Tiene razón. Es fea de cojones.

—Mamá, tú cállate. Canturrea hacia tus adentros para entretenerte. ¿Matt?

—Solo ha sido un beso.

—Matthew, no puedes besar a las niñas en contra de su voluntad. Lo sabes, ¿verdad?

—Es como su padre.

—Su padre me besó con mi acuerdo, mamá. ¿Matt?

—Ya lo sé. Lo siento. Es que… me gusta.

—¿Te gusta la niña más fea del cole?

—Abigail, canturrea tú también, a ver si te entretienes.

Mi hija me saca la lengua y después desconecta, absorta en sus redes sociales.

—Me disculparé mañana —me dice Matt.

—Mañana, papá va a llevarte a ver a los Knicks, ¿lo recuerdas?

Y sé que lo recuerda porque lleva todo un mes hablando sin parar del tema.

—Mejor. Así Keyla no podrá matarme.

Ay.

—Más vale que empieces a escribirle una carta de disculpa en cuanto lleguemos a casa. Iremos a llevársela luego y también te disculparás en persona.

—¿No podemos mudarnos a California con la abuela?

—No.

—¡Pues vaya mierda! —estalla mi hijo, dándole una patadita al respaldo de mi asiento.

—¿Te lo puedes creer? —le digo a Martha, el único adulto en una ratio de dos kilómetros—. Así se empieza: un beso sin consentimiento y, veinticinco años después, estará en la lista de agresores sexuales del barrio. Hay que arrancar el mal de raíz. Matt, no volveré a darte de cenar si no corriges este comportamiento de inmediato. Y olvídate de Fortnite.

—¡Te odio!

—¡Matthew! No lo dices en serio, peque.

—Lo digo en serio, mamá. Te odio.

Mi reflejo no logra esconder el dolor con el que lo miro a través del espejo.

—Si hubieras usado condón…

Giro la cabeza hacia mi madre, lentamente.

En otro universo, me estoy dando de cabezazos contra el volante.

Y lo peor de todo es que *mi novio* vendrá a cenar.

Soy una mujer complicada. Tengo un *crush*, dos hijos adolescentes y una madre senil. ¡Así no hay manera!

Capítulo 21



—¿Te parece bien que haya venido?

Debo de estar pálida y él lo ha notado. Tenerle en casa, con los niños y mi madre senil, me pone nerviosa. Están siendo unas Navidades muy raras, y mira que el año pasado toda mi vida se desmoronó.

—Sí. Gracias por las flores. Son preciosas. Las pondré en agua. ¿Por qué no te sientas? Ahora te traigo una copa de vino.

Desaparezco por el pasillo con la excusa de las flores. Me encanta el ramo que ha escogido, discreto y elegante y, sobre todo, que no haya traído las típicas rosas rojas. Me sentiría como si estuviéramos negociando una fusión sentimental.

—Vaya. Ese sí que es un hombre.

—Mamá. Deja de mirarlo como si fuera un objeto.

Martha me lo señala con un gesto.

—¿Tú lo has visto? No es un objeto. Es una pieza de arte. ¿Qué has hecho para ligarte a ese tío?

Le echo una mirada a Jakob y, como suele pasar cada vez que lo hago, el aire que me rodea se vuelve más espeso. Tiene una presencia imponente; es el tipo de hombre que no necesita hablar para dominar una sala.

—Básicamente, comportarme como una desquiciada. Creo que le gusta mi rollo.

—Pues a mí no me gusta tu rollo. Ni esos vaqueros que llevas. Deberías ir a cambiarte. Yo me ocuparé de Jakob.

Lo espío de nuevo desde la cocina. Sus manos descansan relajadas sobre el sillón, pero se percibe cierta tensión en sus dedos, como si la calma fuera solo una capa superficial. ¿Esto le pondrá tan nervioso como a mí?

Desde que apareció en la puerta, con el ramo en la mano, su traje oscuro perfectamente entallado y el pelo castaño claro peinado hacia atrás con calculado descuido, la temperatura de esta casa ha subido de golpe. O eso, o la menopausia ha llegado antes de tiempo.

—Tienes razón. Debería cambiarme. Él está…

—Para mojar.

—¡Mamá!

—¿Qué? Tengo ojos en la cara. No sé qué habrás hecho para conseguir a ese tío, pero más vale que no la cagues, Katie. Chúpasela siempre que haga falta.

—¡Mamá!

—Puede que sea el consejo más sabio que te haya dado jamás.

Contesto a eso con una mueca.

—¿Te has ruborizado?

—Es por el horno. Me echaré agua en la cara.

—No, así estás guapa. Pareces estar cachonda.

—¡Ma-má!

—No te pongas sujetador.

Resoplo otra vez.

—Toma. Llévale esta copa de vino. Y no intentes ligar con él en mi ausencia.

—Haré lo que pueda, pero no te prometo nada. Como ese tío me haga el menor caso, me olvidaré de los nueves meses que te tuve dentro y lo escogeré a él.

—No sería la primera vez.

—Ya estamos.

—Lo has empezado tú. Ahora vuelvo. No la líes. Y no toques el horno.

—No es el horno lo que a mí me gustaría tocar.

—¡Ma-má!

*****

Cuando regreso al salón, después de haberme probado seis vestidos y haberlos descartado todos para terminar escogiendo uno que me regaló Paul y que nunca llegué a ponerme —lo guardaba para ocasiones especiales—, encuentro a Jakob charlando tranquilamente con mi madre.

Tiene un aire de control absoluto sobre la situación.

Una nueva oleada de calor me sube por el cuello.

—Hola —dice, poniéndose en pie al verme entrar con mi vestido elegante y el pelo recogido en la nuca—. Estás muy guapa.

Mi madre arquea las cejas detrás de la copa de vino.

—Gracias. La cena estará lista en diez minutos.

—Le dije que hiciera macarrones con queso, pero se empeñó en no sé qué plato pretencioso.

—Madre, en esta casa no servimos macarrones con queso a los invitados.

—Jakob no es un invitado. Es tu novio. Porque eres su novio, ¿verdad? Deberías saber que a mi hija no le van las aventurillas de tres al cuarto. Solo ha estado con un tío en toda su vida por ese rollo de quiero perder la virginidad con alguien especial, y él la dejó por una fulana de veinticinco años... No es como yo, una mujer de mundo.

Jakob me mira con cara de sorpresa. Encojo los párpados para pedirle a la pesadilla después de Navidad que CIERRE EL PICO.

—Mamá, ¿podrías callarte?

—¿Solo has tenido un novio?

—Contigo ya van dos, guapo.

—Mamá, basta ya.

Nuestro invitado no dice nada, pero puedo sentir su confusión.

Ahora romperá conmigo porque soy una mujer sin experiencia.

Ayer pensaba que debía avergonzarme de ser una devoradora de hombres…

—Voy a comprobar el horno. Vuelvo en un momento.

Puedo sentir su mirada siguiéndome a lo largo del pasillo.

No tengo ni idea de qué está pensando, y me estoy poniendo cada vez más nerviosa.

Esta cena es un desastre.

*****

Los niños no dejan de mirar a Jakob. Bueno, la verdad es que nadie puede dejar de mirar a Jakob. Es como un ser de otro planeta. Hay una elegancia contenida en cada gesto suyo, en cómo corta la carne, en cómo se lleva la copa de vino a los labios, en cómo nos sonríe…

—¿Y cómo es que sales con mi madre?

—Abbie —gruño entre dientes, deseando que el suelo se me trague.

Él se inclina hacia mi hija, sin perder la compostura. Ni siquiera parece incómodo. Al contrario, diría que lo está disfrutando.

—Me gusta tu madre —le responde con sencillez.

Abbie lo mira como si tratara de descifrar una ecuación imposible.

—Pero… ¿por qué?

Jakob le dedica una de esas sonrisas suyas lentas, medidas, hechas para desarmar a las mujeres.

—No puedo evitarlo. Hay algo en ella que me resulta irresistible. ¿Te has fijado en sus pecas? Es adorable.

Tengo las mejillas en llamas.

—Si tú lo dices…

—¿Te parece bien que ella y yo salgamos?

—Mmmm…. Sí. Puedes salir con mi madre.

—Estupendo. Gracias por el voto de confianza.

—De nada. Solo una cosita. Si le haces daño como mi padre, que sepas que te destrozaré el coche. No estoy bromeando.

Jakob suelta una risa breve, esa clase de sonido ronco que parece vibrar en su pecho, y la evalúa con una especie de respeto silencioso.

—Trato hecho.

Me quedo en silencio. No por lo que él ha dicho, sino por lo que ella acaba de decir. Abbie, mi peque, intenta defenderme. Y yo tengo que beber un poco de vino para no emocionarme.

Aunque es imposible no hacerlo. Siento que algo se me revuelve por dentro porque, en todo este tiempo, me ha parecido que me culpaba a mí por lo que pasó con su padre. Me sentía juzgada, que no había estado a la altura, que lo había jodido todo. Es la primera vez que la veo culpabilizar a Paul.

—Jakob —dice Matt con la boca llena de puré—. ¿Crees que podrías llevarnos al colegio algún día en tu Porche?

Él se echa a reír de nuevo.

—Claro, colega. Cuando quieras.

Martha me guiña el ojo.

—A diario, Kate. Hazme caso, que soy más vieja que tú.

Tomo otro sorbo de vino y fuerzo una sonrisa. Estoy intentando fingir que no me derrito por dentro (y también que no me indigno por el consejo de Martha).

Al final, la cena ha resultado ser un éxito.

Las flores, en un jarrón sobre la mesa, sencillas y elegantes, dejan claro que Jakob sabe cómo conquistar a una mujer sin necesidad de palabras.

La comida ha salido mejor que nunca.

El ambiente es relajado y familiar.

Todo es tan perfecto que tengo miedo de estropearlo. Abbie habla sin parar. Matt ríe a carcajadas. Y él, el hombre que ha llegado con tulipanes amarillos y una calma peligrosa, permanece sentado entre mis hijos como si fuera uno más de la familia.

Como si de verdad perteneciera aquí.

—Voy a por el postre.

—Te ayudo a recoger los platos —se ofrece, solícito.

—Vale.

Me sostiene la mirada unos segundos, con una sonrisa leve, casi imperceptible, y luego nos ponemos a recoger.

—Tienes una familia preciosa —me dice en voz baja, cuando se me acerca para ayudarme a meter los platos en el lavavajillas—. Gracias por hacerme un hueco.

Sus nudillos rozan los míos, solo unos segundos, antes de reunirnos con los demás en el comedor. Apenas he sentido la caricia. Aun así, el corazón se me ha disparado en el pecho. Ese roce mínimo ha bastado para hacerme temblar por dentro.

Respiro hondo, intentando volver a ponerme la armadura que he interpuesto entre el mundo y yo durante este último año, pero es inútil.

Porque, al oírlo reírse con los chicos por una broma que acaba de hacer mi madre, lo sé con una claridad que me asusta: la casa parece distinta. Más cálida. Más viva.

El recuerdo de Paul y el dolor que me ha acompañado durante todo este año se han ido. He dejado de aferrarme a ellos para hacerle un hueco a Jakob.

Me siento como si hubiera estado a oscuras durante demasiado tiempo y ahora alguien hubiera encendido por fin una vela.

Me detengo, con el cuchillo a punto de atravesar la tarta de chocolate que he preparado de postre, y miro la foto de mi boda, la sonrisa feliz de mi ex marido y el amor que parecía unirnos ese día.

Supongo que ya no soy esa mujer.

Traslado la mirada hacia el árbol que este año he adornado sola, y hacia las luces de fuera, que parpadean con la misma calidez de siempre para recordarnos que la Navidad, con sus pros y sus contras, tiene un extraño poder: el de unir a las personas.

Seres queridos alrededor de una mesa, viejos amigos sentados en los bancos de una iglesia, enemigos cantando el mismo villancico en la plaza del pueblo. Se crean conexiones. Llamamos a la gente con la que hace tiempo que no hablamos. Visitamos a los familiares.

Hay una magia invisible que atraviesa las casas. Los silencios se convierten en risas, y la soledad en compañía. La oscuridad pierde la batalla frente a las luces de colores. Nos acordamos de nuestros mayores, mientras procuramos mantener con vida la ilusión infantil de nuestros hijos un año más.

El amor está en todas partes en Navidad y de alguna forma consigue sacar lo mejor de nosotros. Hay amor en la cena que ponemos sobre la mesa, y en los regalos de debajo del árbol, y en el abrazo que une en Nochebuena a seres que llevan todo un año separados.

Puede que la Navidad no sea tan odiosa, después de todo. Puede, y solo digo puede, que haya que disfrutarla como se merece. Porque, en el fondo, no exige nada. Solo que estemos ahí.

*****

—Mamá, son las tres de la mañana. ¿Qué haces?

—Oh, peque, cuánto lo siento. ¿Te he despertado?

Matt, con su pijama de Los Vengadores, se frota los ojos hinchados de sueño.

—No. Me estaba haciendo pis.

—Anda. Pues ve.

—¿Qué estás haciendo con esas cajas?

—Nada. Solo estoy tirando cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas a las que me he estado aferrando durante demasiado tiempo y que ya no necesito ahora.

—Abbie tiene razón.

—¿En qué?

—Dice que estás pirada.

Miro a mi hijo pequeño y me temo que no se me ocurre nada que decir para defenderme.

—Vuelve a la cama, Matt. No son horas de andar por la casa.

—Lo mismo digo.

Hago una mueca, y luego arrastro una caja enorme hacia la puerta de la cocina. Pesa como un demonio. Guardaba más cosas de Paul de las que creía.

Capítulo 22



—¡Katie! ¿Qué hacía mi trofeo de golf en la basura? ¡Y la foto de nuestra boda!

Estoy en el porche, haciendo yoga, y no pienso permitir que los gritos de mi exmarido me arruinen la paz matutina. Estoy en plan zen. *Namasté.*

—Bueno, no te las llevaste al mudarte y yo no las necesito.

—¡Has tirado la foto de nuestra boda!

—Y tú, veinticinco años de relación. Ahora, si no te importa, me gustaría disfrutar de un momento de calma. Que la paz esté contigo. ¿A qué hora traes a los niños de vuelta?

—¿Qué es eso, té verde?

—Me estoy purificando por dentro, Paul —le respondo, en plena postura de perro bocabajo—. Esta mañana me levanté, me puse estos leggings fucsia y esta camiseta de Abbie y lo vi todo muy claro. Tenía que empezar a hacer yoga de inmediato.

—Has perdido el juicio. Por favor, no tires mis cosas.

Ruedo hacia otra postura. Tumbada en el suelo, levanto las piernas hacia el techo.

Paul inclina la cabeza y me observa, atrapado entre la incredulidad —ni yo misma sabía que podía llegar a ser tan flexible— y la diversión.

—Pues, si las quieres, yo que tú me daría prisa. Me parece que oigo el camión de la basura. Pero tendrás que llevártelas a tu casa. Aquí no tengo sitio para ti. Estoy limpiándome los chakras y necesito mucho espacio abierto.

No sé si me habrá oído. Ha salido corriendo para recuperar sus cosas antes de que acaben en el vertedero.

Sonrío, feliz y relajada, e intento tocarme las puntas de los pies con los dedos. Sienta bien recuperar por fin las riendas de mi vida.

Y esto de los estiramientos tampoco está mal. Relaja, y hoy necesito toda la calma que pueda conseguir. Toca reunión con la junta de padres para ultimar los detalles de la gala de mañana.

Me pregunto si Jakob querrá acompañarme. Ahora que le he hecho un hueco en mi vida…

Si dice que sí, sabré que vamos en serio (ningún hombre su sano juicio se sometería a algo así si no va en serio con una mujer).

Y, si dice que no…

Bueno, dejaré de estar en plan zen y tiraré sus flores a la basura. Acabo de descubrir que esto de tirar cosas es terapéutico.

*****

—Abigail, ¿ha venido tu padre? Me parece que oigo sus pezuñas.

No llego con la bandeja de *cupcakes* —para un bar mitzvah— a la mesa y Paul ya está en la cocina.

—Katie.

—Paulie.

Me mira con cierto recelo. Esta mañana tiré sus cosas a la basura. Por fin ha comprendido que la que manda aquí soy yo. Soy el alfa de esta relación.

—Quería preguntarte a qué hora es la gala de mañana. Mi invitación se ha debido de perder en el correo.

—Oh, es que no te la envié —respondo, muy concentrada en mi tarea. Los *cupcakes* han de salir perfectos y a veces me falla el pulso cuando estoy nerviosa. No es una buena idea tener aquí a Paul si estoy usando una manga pastelera.

—¿Por qué?

Me detengo, antes de arruinar el trabajo de media mañana, y lo miro exasperada. Camisa de franela, vaqueros, aire dinámico de papá enrollado que se ha llevado a sus hijos a ver a los Knicks…

—Pensé que no querrías que la gente chismorreara a tus espaldas. Dejaste a tu mujer y luego apareces con una jovencita mona… No sé. Lo hice por tu reputación.

—Katie… —me regaña con indulgencia.

—Pero, si te apetece venir, es a las siete.

—Perfecto. A las siete nos vemos. Oye, ¿quieres que vayamos juntos?

—No. Voy a ir con Jakob.

La expresión de Paul se quebranta en un gesto raro.

—¿En serio?

—Claro. Es mi novio.

(Más vale que Jakob diga que sí. Mi reputación está en juego. Haré lo que Martha me ha pedido que haga si es necesario, pero no pienso faltar a mi palabra).

—Ah. Vale. Entonces, se lo diré a Amber.

—¿Ibas a pasar de tu novia para ir conmigo?

Lo noto nervioso. No deja de pasear el dedo por la encimera, y juro que está perfectamente limpia, ni una mota de harina se me ha caído ahí. No puedo decir lo mismo de mi sudadera o mis vaqueros…

—Creí que, al ser una gala del colegio, lo adecuado era no traerse a nuestras parejas.

—Qué tontería. Tenemos unas parejas muy guapas. Hay que presumir. Démosles envidia a todos.

—Hmm. Supongo que tienes razón.

Le echo otra mirada, más escrupulosa que las anteriores.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. Todo va de maravilla. Nos vemos en la gala.

Frunzo el ceño al ver lo deprisa que se marcha.

En fin, él sabrá. Yo tengo unos *cupcakes* por entregar y un novio al que convencer de que asistir a una gala llena de papás petulantes es el mejor plan que nadie puede tener este fin de semana en todo Connecticut.

*****

—Sí.

Arqueo las cejas.

—¿En serio?

El rostro de Jakob se abre en una sonrisa lenta.

—¿Sorprendida?

—Bueno… Cuando te lo mencioné la primera vez, no pareció hacerte mucha ilusión.

—No eras mi novia entonces.

—Oh, ¿es que somos novios? —coqueteo sin descaro mientras juego con su corbata.

Veo sus dientes asomar bajo la risa suave que suelta.

—¿Acaso pensabas usarme solo para el sexo?

—Algo así.

—Tengo sentimientos, Katie.

Se me escapa la risita. No tonteaba así desde el instituto.

—Entonces… ¿me recoges a las siete?

—Mm-hm. ¿Sabes que tienes harina por todas partes?

Ops.

—Sí. Estaba haciendo unos *cupcakes* cuando oí tu coche.

—¿Por eso hueles a pastelito? —murmura, acercándome a él hasta que nuestros cuerpos se tocan de cintura para abajo. Va a arruinarse el traje. Estoy envuelta en harina.

—Jakob, estamos en el porche —lo regaño, aunque con la suficiente indulgencia como para dejar claro que no voy en serio.

—Lo sé. Pero es que hueles a pastelito.

Su respiración me roza el cuello y un segundo después sus labios encuentran el punto donde el deseo me corta la voz.

—Oh —es todo lo que consigo decir. El roce de su barba incipiente me ha hecho olvidarme incluso de mi propio nombre.

—Buenas tardes, Katie —se materializa una voz simpática en medio de nuestro momento erótico.

Me separo de Jakob de un salto.

Formo parte de la junta vecinal. No es decente dejarse manosear por el vecino cañón en el porche de su casa, a la vista de todos.

—¡Buenas tardes, señor Thompson! ¿Qué tal está su madre? Espero que se haya recuperado de aquel horrible resfriado.

—Está casi repuesta, pero más preocupada por el jardín que por su propia salud. Me acusa de haber dejado que la nieve cubra las hortensias, lo cual, según ella, es una tragedia de proporciones épicas.

—Señor Thompson, ya sabe que hay que taparlas con una funda protectora para evitar que se congelen los brotes.

—Eso dice mi madre. Por cierto, me ha pedido que te dé las gracias por la sopa.

—Fue un placer. Dele recuerdos y que se mejore pronto.

—Gracias, querida. Se lo diré.

—Estupendo. ¡Adiós, señor Thompson! El señor Thompson, un hombre muy simpático. Vive en esa casa de ahí con su madre nonagenaria. Era un gran violinista antes de que se jubilara. No te morirías por saludar a la gente de vez en cuando, ¿no crees?

Jakob me dedica una mirada más seca que todo el estado de Arizona.

—No me distraigas, pastelito. No tengo tiempo para ser simpático.

Le propino un golpecito en el pecho, pero él me sonríe, me atrapa por la cintura y me arrastra a su guarida como un animal prehistórico.

—¡Jakob! —protesto entre risitas cuando me empieza a quitar la ropa en el mismo pasillo.

—No puedo contenerme. Estás muy sexy. Y tu olor… Mmmmm. Dan ganas de comerte enterita.

—¡Tengo harina en el pelo!

Se detiene, comprueba mi recogido medio deshecho y la harina que salpica algunos mechones rojos, y ríe entre dientes.

—Sí… Estás adorable.

Me besa despacio, como si quisiera prolongar este momento para siempre, y yo me convierto en deseo puro, en sensaciones que me hacen derretirme contra su boca; en una mujer a la que no le da vergüenza ser sexy o tomar la iniciativa, para variar. Me gusta la nueva Katie. Es valiente. Sabe lo que quiere. Y no se conforma con menos.

Capítulo 23



—Oh.Dios.Mío. ¡¡Pellizcadme!!

—Chicas. Karen.

Sonrío con coquetería, deleitándome hacia mis adentros de ver a mis amigas tan pasmadas. No es de extrañar. He llegado colgada del brazo del tío más sexy de la ciudad. ¿Qué mínimo que sentir un poco de triunfo femenino? Dadme un respiro. He tenido un año muy duro. No pasa nada por presumir de novio durante un rato.

—Señoras, buenas noches.

Jakob, monísimo con su traje azul oscuro y sus andares de tío que lo tiene todo bajo control, también les sonríe.

—Así que es verdad. —Karen no puede superar la impresión—. ¡Estáis liados!

—Saliendo —la corrige él—. Liados suena a clandestino.

—¿Lo saben los niños? —me susurra Maddie al oído.

—Pues claro.

—¿Y Paul?

Tranquilizo a Connie con un gesto de la mano.

—Por supuesto.

—Bien, porque por ahí lle-ga —canturrea Karen desde el interior de su copa de vino. No le gusta nada el drama ajeno...

Me giro y, en efecto, ahí está él, mi ex marido, exponiendo a su novia casi adolescente delante de todos nuestros amigos y conocidos. De no haber venido con Jakob, iría a esconderme a los lavabos.

—Voy a por un par de copas —me dice mi acompañante, a quien devuelvo la sonrisa.

—¿Todo bien? —me susurra Connie—. Una mujer está diseñada para aguantar un triple parto sin epidural, pero no una gala del colegio en la que coinciden su exmarido y su novio cañón.

—Curiosamente, al estar acompañada, llevo mejor la situación. Ni siquiera he deseado que a Amber se le rompa un tacón. Creo que estoy madurando. Por otro lado, ya va siendo hora.

—Pues yo no sé si sería tan madura si a Charlie le diera por presentarse a una gala del colegio con una mujer que parece diseñada por un algoritmo de la IA.

—Yo nunca te haría algo así, cariño.

—Porque sabes que guardo un arma en la mesilla.

Charlie bebe, apurado.

Me echo a reír y recibo con un gesto la copa que me ha traído Jakob.

—¿Nos sentamos? —nos propone Maddie—. Me matan los tobillos. Estos zapatos son un horror. No aguanto de pie ni un minuto más.

—Claro. —Les señalo nuestra mesa—. Adelante.

Como formo parte de la organización, dispuse las mesas de tal forma para que nos tocara sentarnos juntos, Charlie y Karen, Tim y Maddie, John y Connie, y Jakob y yo.

Paul está en la de los pesados, me he encargado personalmente de sentarle con los papás más cansinos del cole. Llamémoslo *quid pro quo*. No me juzguéis. He madurado, pero no tanto.

—¿Tienes hijos, Jakob? —quiere saber la presi de su club de fans desde el otro lado de la mesa.

—No.

—¿Te gustaría tenerlos?

—¡Karen! —me indigno, porque en su tono hay cierto ronroneo felino que a mí me excluye por completo de la ecuación. No es que quiera tener más hijos, pero… es mi novio. Si alguien de esta mesa acaba gestando un hijo suyo, exijo ser yo. Es lo justo.

—Nunca lo había pensado —le responde él con esa tranquilidad suya de hombre que no necesita demostrar nada a nadie.

Noto que Paul me observa desde su mesa, con una expresión que no alcanzo a descifrar. ¿Nostalgia? ¿Preocupación? ¿Curiosidad?

Intento no prestarle demasiada atención. Mejor me concentro en lo que sucede en nuestra mesa. Charlie está contando un chiste verde.

Jakob sonríe para sí y me roza la mano con los nudillos.

—¿Seguro que no quieres escaparte por la puerta de atrás? —le susurro mientras los demás se ríen del chiste.

Su sonrisa se vuelve traviesa cuando se inclina hacia mí para susurrarme al oído:

—Solo si te vienes conmigo.

—Lo siento. Soy la encargada de la rifa. No puedo irme sin haber sorteado las entradas del musical.

—Entonces, ¿qué tal si bailamos?

Otras parejas ya han comenzado a moverse hacia la pista, pero yo por algún motivo dudo.

Mi mirada se desvía hacia la mesa de Paul.

Jakob se da cuenta y lo veo fruncir el ceño.

—Claro. Sí, me encantaría —me doy prisa por decir, forzando la sonrisa más convincente de la que soy capaz.

Se levanta, con esa elegancia que parece venirle de serie, se alisa la corbata y la camisa con un gesto casi inconsciente y extiende la mano, con su palma hacia arriba, esperándome.

¿Por qué sigo dudando? ¿Quizá porque las mamás del grupo de WhatsApp no nos quitan la vista de encima? Me siento juzgada, lo cual es ridículo. Mi marido me dejó. Puedo hacer lo que me plazca; puedo hacerme un tatuaje, puedo teñirme el pelo de verde y puedo liarme con el cachas del barrio. Soy una mujer libre.

—Antes de exponerte públicamente a mis torpezas, deberías saber que tengo la coordinación de un pato borracho. Nunca he sido buena bailarina.

—Tranquila, te sujetaré bien —me responde él, con la media sonrisa de siempre.

Y *puff*, las mamás que nos observan dándose codazos desaparecen. Al igual que mis dudas.

En cuanto nuestros dedos se entrelazan, solo está Jakob. Y esa Kate en la que me convierto cuando estamos juntos, la que ni es madre ni es esposa. Solo es una mujer.

Tira suavemente de mí para ayudarme a levantarme de la silla y me lleva de la mano hasta la pista, sin importarle las miradas o los codazos de la gente.

Siento el calor de su enorme palma en mi cintura, la firmeza de su pecho contra el mío, y es todo tan novedoso que me olvido de dónde estamos, del gimnasio disfrazado con las guirnaldas doradas que la señora Peterson lleva dos meses confeccionando, de los profesores vestidos de gala, de mi ex marido, de mis amigas…

Todo se disuelve en un murmullo lejano, interrumpido solamente por la voz rasgada de Bonnie Tyler.

—Me siento como la prota de una película de los ochenta —le digo al rodearle el cuello con los brazos.

Me acerca un poco más a él, lo justo como para que su voz me roce la piel.

—¿Cuál es el argumento?

—El típico. Un cliché. La chica torpe y desgarbada que va al baile de fin de curso con el chico más guapo del insti.

Se ríe entre dientes y me mira con algo muy parecido a la ternura. Sus ojos calientan mi piel, y noto que me quedo atrapada

en su fuego unos segundos más de lo sensato.

—Pues yo creo que es el tío el que ha tenido más suerte de los dos. Se lleva a la chica más guapa del baile.

—Pero ella es una *nerd*. Habla demasiado, es muy neurótica y…

—Ella no es una *nerd*. No es consciente de sus cualidades ni de lo perfecta que es.

Me lo quedo mirando. Eclipsada.

Bonnie asegura que no sabemos lo que es amar a alguien, y yo estoy cada vez más perdida en su mirada.

Es muy fácil dejarse llevar. A él se le da bien esto, es uno de esos hombres que escuchan el ritmo y también a su pareja.

Y yo me siento distinta esta noche, como si, por un momento, solo uno, no tuviera responsabilidades, ni hijos de los que ocuparme, ni una madre senil en el cuarto de invitados o un ex marido al otro lado del gimnasio, fingiendo no mirarme. Solo soy una chica delante de un chico. ¿Es posible que haya encontrado a mi Hugh Grant?

Solo hay que ver la naturalidad con la que me guía. Su mano en mi cintura es firme, pero no posesiva. Me sostiene sin dominarme.

Y cada mirada suya parece una declaración de amor.

Cuando termina la canción, no suelta mi mano enseguida.

—Gracias por el baile —susurra, con una voz suave que me desarma. Me besa los nudillos y yo le sonrío con cada fibra de mí.

—No, gracias a ti por aguantar eso. Todavía estás a tiempo de salir corriendo por la puerta de atrás.

—Yo no salgo corriendo cuando las cosas se ponen complicadas, Katie. Lo mío es solucionar problemas. Rendirme nunca es una opción.

Mis ojos se quedan atrapados en los suyos. ¿Lo estoy interpretando todo mal o es que intenta…?

No consigo terminar el pensamiento. Una voz detrás de mí rompe el encanto.

—Katie. ¿Me concedes este baile?

Paul.

El aire se espesa. Jakob aún sostiene mi mano.

Lo miro, con indecisión, y él me sonríe antes de apartarse con naturalidad, sin una pizca de tensión en el gesto.

—Te espero en la mesa —me dice, ofreciéndome espacio.

—No tenemos por qué… —empiezo a decirle, pero él ya se ha ido y Paul me tiende la mano.

Al final me rindo con un suspiro, acepto la mano de mi ex marido y termino, una vez más, entre sus brazos. Es como si el tiempo retrocediera.

Me envuelve el mismo olor de siempre, a colonia cara y responsabilidad.

El mismo brazo posesivo en mi cintura.

El mismo empeño por marcar el ritmo.

—¿Te diviertes? —me susurra, su rostro tan cerca de mi oído que noto el cosquilleo de su respiración.

—No puedo quejarme.

—Se te ve cómoda con el *nuevo yo*.

—No es el nuevo tú. Es el nuevo él. No tenéis nada en común. Pero nada de nada.

Bailamos en silencio durante un rato. Puedo sentir que nos observa todo el mundo. Seguro que las madres disfrutan este momento más que las novelas turcas.

—Parece buen tipo —dice Paul al final.

—Lo es.

Frunce el ceño, sorprendido. Incluso a mí me sorprende un poco el orgullo que se ha colado en mi tono.

—Me alegra que lo sea. De verdad. Te mereces ser feliz.

—Lo soy. Estas Navidades ha cambiado algo en mi vida. Y… es algo bueno.

Mi ex asiente, bajando la mirada.

—Ya.

La canción termina y yo doy un paso atrás.

—Gracias por el baile, Paul.

Me sonríe, una sonrisa cansada, pero sincera.

—Gracias a ti, Katie. Me ha venido bien recordar.

Agito la cabeza con evidente confusión.

—¿El qué?

Calla unos segundos, en los que la arruga entre las cejas se vuelve más marcada.

Lo miro detenidamente y, por primera vez en mucho tiempo, no veo a ese Paul que cogió mi mano entre las suyas para decirme que no era feliz, sino al otro, el hombre con el que compartí noches en vela, rabietas de los chicos, vacunas, preocupaciones, cumpleaños, noches de pasión.

El Paul que me amaba.

El hombre al que yo tanto amé.

El amor de mi vida.

Todo lo que deseaba para Navidad era recuperarle. Quería que alguien me devolviera mi vida. A mi marido. Soñaba con ver nuestra familia unida otra vez.

—Todo —murmura mientras me coloca un mechón de pelo tras la oreja—. Necesitaba recordarlo todo.

Se me acerca un poco más, hasta que sus labios rozan mi mejilla. Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza.

—Nos vemos, Katie.

—Adiós, Paul.

Cuando levanto los párpados, él ya se ha ido y Jakob, desde nuestra mesa, me observa con una expresión de lo más compacta. No tengo forma de saber qué está pensando.

Fuerzo una sonrisa y me obligo a ponerme en marcha.

—Bailar con tu ex —bromeo nada más sentarme—. Esa sí que es una pesadilla navideña.

Todo el mundo ríe y el ambiente entre Jakob y yo se releja.

Pero no puedo evitarlo, de vez en cuando mi mirada busca a Paul.

Y me doy cuenta de que él tampoco puede dejar de mirarme a mí. Es como si de repente viera a la mujer, no a la madre de sus hijos.

Papá Noel, ¿qué estás haciendo?

Falta poco para que sea Nochevieja. ¿Acaso alguien ahí arriba se ha propuesto hacer realidad mis deseos antes de que termine el año?, ¿darme lo que llevo doce meses reclamando en secreto?



—¿Has hecho la reserva? —le pregunto a Spencer, el que sustituye a mi ayudante durante su baja por enfermedad.

Por lo visto, hay una epidemia de gripe en la ciudad. Se espera que el pico llegue después de Nochevieja. La gente se empeña en besar a todo el mundo a medianoche.

Spencer está de pie, encorvado sobre la mesa, trasteando con el ordenador que, al parecer, se le ha quedado pillado en una página de *Vogue*. Muy adecuado para el trabajo. Estoy deseando que los antipiréticos hagan efecto. Me molesta ver a este ser tan entrometido revolotear por aquí.

Me parece que la de Recursos Humanos no va a recibir su prima este año.

—No quedan mesas libres hasta enero —me responde, sin prestarme demasiada atención.

—¿Me estás tomando el pelo?

Levanta la mirada hacia la mía y frunce el ceño.

—¿Por qué está tan cabreado? Solo es una cena.

—No es *solo* una cena. Es importante para mí. ¿Ningún restaurante bueno tiene mesa? ¿Cómo es eso posible?

—Uhhhh. Salseo del bueno. ¿El jefe se ha enamorado? Pues tendrá que esperar hasta después de Año Nuevo para sacar a su chica a cenar, señor. No hay mesas libres ni en el kebab de la equina.

—No quiero esperar tanto.

Una imagen de ella y su ex bailando en la gala del colegio me asalta de nuevo.

Se miraban como si estuvieran solos en el mundo.

Una molesta presión me oprime el pecho al recordarlo. Parecían tener mucha química. Me sentí totalmente excluido.

No pensé que fuera a pasar, pero pasó. Estoy enamorado de Katie. Es tan dulce, tan cálida, tan adorable que no he podido evitarlo.

Sé que solo es cuestión de tiempo hasta que ese tipo se dé cuenta de lo que ha dejado escapar e intente recuperarlo. No puedo permanecer de brazos cruzados. Tengo que hacer algo.

—Por cierto, mañana vuelve su ayudante —me informa Spencer mientras yo camino cabreado hacia mi despacho—. Sigue con treinta y ocho de fiebre, pero el bendito está empeñado en volver. Así que, si no necesita nada más por hoy, yo ya me marcho.

—Pues adiós.

—Que tenga una feliz entrada en el año nuevo, jefazo —me desea con dulzura.

—Eso lo dudo mucho.

—Qué dramático. ¿Seguro que es heterosexual? Le dejaré mi tarjeta, por si se lo replantea.

—Adiós, *Spence*. —Cierro la puerta de mi despacho con un golpe seco, me desplomo en el sillón y suelto una palabrota.

No puedo llevarme a Katie a cenar a la ciudad, así que… tendré que currármelo. Esta es una competición, y yo pienso ganar porque no sé perder. Y, además, no me da la gana. Cuando quiero algo, ocurre. Punto.

Capítulo 24



—Nunca te hubiera imaginado en este sitio.

La bolera está llena de familias con niños y… nosotros dos. Jakob me sonríe.

—Pensé que sería divertido. Y en Google dicen que estos son los mejores perritos calientes de Connecticut.

Rio entre dientes.

—Si lo dicen en Google…

—¿Lista?

—¿Y tú para que te machaque?

Suelta una risa ronca al verme coquetear sin descaro.

—Me encanta tu optimismo.

—Ay, Jakob. Soy una mamá. Mi mejor plan durante la última década ha sido ir a la bolera todos los domingos con los chicos.

Se me acerca con esa sonrisita suya que hace que las mujeres nos sintamos especiales. Su presencia desprende una calidez eléctrica que agita el aire a mi alrededor.

—El próximo domingo podemos venir con los chicos.

—¿Lo dices en serio?

Su respuesta consiste en rodearme la cintura con los brazos y arrastrarme suavemente hacia su pecho, con una ternura que nunca hubiera imaginado en un tipo que da órdenes sobre opas hostiles por teléfono.

Absorbo su olor, a jabón caro, madera y algo tan masculino que me dispara las revoluciones, y le devuelvo la sonrisa justo antes de que sus labios se posen sobre los míos.

El beso es lento. Casi respetuoso. Pero por debajo de la superficie hay una pasión que podría incendiar todo este lugar lleno de familias ruidosas y música ochentera.

Me permito a mí misma sentirlo, olvidarme de todo y concentrarme solo en esto: su boca, su respiración, su forma de abrazarme contra su pecho, como si no quisiera soltarme nunca.

Cuando se separa de mí, tengo la respiración entrecortada y las mejillas ruborizadas.

—Estás haciendo trampas —le digo, con una sonrisa que se niega a abandonar mi rostro—. Buscas distraerme con tu *sex appeal*.

Suelta una risa baja, de las que vibran en el interior de su pecho.

—¿Tú crees?

—Oh, sí, pero verás, don Engreído, resulta que yo nunca pierdo.

—Yo tampoco, Katie. Siempre consigo lo que quiero. —Se me queda mirando con una ternura cada vez más habitual en él y me da un beso breve, apenas un roce—. Tú primero.

—Muy bien.

Me planto frente a la pista, me arremango mi jersey amarillo y agarro la bola con decisión. Pienso demostrarle quién manda aquí.

—¿Pesa demasiado para ti, nena? —me dice en tono burlón.

Ja.

Respiro hondo y lanzo. Strike, por supuesto. Su cara de sorpresa me llena el pecho de una satisfacción absurda.

—Te lo advertí. Soy una experta.

Se me acerca despacio, las manos en los bolsillos de los vaqueros, la camisa blanca arremangada por debajo de los codos.

—Me parece que voy a necesitar clases particulares. ¿Qué tal esta noche, en mi casa, cuando los chicos se vayan a dormir?

Miro esa sonrisa que lo dice todo y me echo a reír.

—¿De qué tipo de clases estamos hablando exactamente?

Arquea una ceja.

—Usa tu imaginación.

Suelto una risita.

—No seas guarro. Este sitio está lleno de niños.

—Yo no he dicho nada guarro. Tú lo has insinuado.

—Y por cosas así te llamaba *Rabocop*.

Se echa a reír y lanza.

—¡¿Strike?! ¡No puede ser!

—Como te dije, yo gano siempre.

—Eres un creído. Y pienso darte una paliza.

—Te reto.

—No, yo te reto a ti.

—Yo ya te había retado antes de que tú me retaras.

—Ah, ¿sí?

Empezamos a dar vueltas en círculos, como en un duelo, mis ojos encajados en los suyos, una sonrisa provocativa en la comisura derecha de sus labios. Me suelto el recogido y agito la melena. Él arquea una ceja.

—¿Intentas seducirme para que pierda la concentración?

—Si quisiera seducirte, iría al baño y me quitaría el sujetador.

—Ahora voy a pensar en eso —admite, fastidiado.

Me acerco y le quito la bola de la mano, asegurándome de restregarme contra él. Hoy llevo mis vaqueros ajustados, los que me hacen buen culo.

Baja los párpados despacio y después sus ojos grises vuelven a insertarse en los míos.

—¿Estás jugando sucio, Katie?

—Dímelo tú, Jakob —respondo, con los labios a punto de rozar los suyos.

Sonríe.

—Pues prepárate, pelirroja. No pienso dejar que me ganes.

*****

Lo miro divertida. Se ha manchado su carísima camisa de mostaza.

—¿Qué vas a hacer en Nochevieja?

Se encoge de hombros.

—No tengo planes.

—¿En serio?

—Bueno, hay algunas fiestas a las que me han invitado, pero… estaba esperando alguna invitación más interesante.

Sonrío para mí.

—¿Te gustaría…?

—Sí.

—No me has dejado acabar.

—No importa. Me gustaría.

Suelto una risita.

—Van a estar los niños y mi madre demente.

—Mm-hm.

—¿No te asusta?

Frunce el ceño, deja de comerse el perrito y me sopesa con la mirada.

—¿Podré besarte a medianoche?

—Sí. Mientras miramos los fuegos artificiales.

—Entonces, me parece un plan perfecto.

—Te estás volviendo muy casero.

—Dijiste que nadie iba a asistir a mi funeral. Eso asusta a cualquiera.

—¡Yo iba a asistir!

—Aun así.

Le sonrío y él a mí también.

—¿Sigues enfadado por lo de mi victoria?

—¿Enfadado? No. Pero quiero la revancha. El próximo fin de semana pienso machacarte.

Me río tanto que mañana tendré abdominales.

*****

—Katie.

—Paul —me sorprendo al encontrarme a mi ex en el poche.

—¿Tienes un momento? Hay algo que quería comentarte.

Miro a Jakob y él asiente.

—Luego nos vemos —me susurra, antes de despedirse de mí con un beso suave.

—Vale —le susurro, resistiéndome a dejarlo ir.

Hemos pasado una noche increíble. He visto una faceta suya que jamás hubiera imaginado. Puede ser un mujeriego, pero también puede ser ese tío que se arremanga la camisa y juega a los bolos. Eso me gusta. Y que quiera ir con los chicos me ha conmovido. Viniendo de él, me parece que tiene más mérito todavía.

—Katie —murmura divertido.

Me doy cuenta de que mis dedos aún lo sujetan por la camisa.

—Uy. Perdón. Te veo en un ratito.

—Mm-hm. —Apoya la frente sobre la mía y me planta un beso en la punta de la nariz antes de marcharse.

—Confieso que esto es incómodo. Ver a mi mujer con otro tío…

—Exmujer. ¿De qué querías hablar?

—He estado mirando los armarios de la casa y hay un montón de cosas nuestras ahí. Me preguntaba si querías acompañarme mañana. A lo mejor hay algo que quieras conservar.

—Hm, sí. Puede haber algo de cuando los chicos eran pequeños. Iré a revisarlo antes de que acabe en la basura.

—Genial. ¿Te recojo a las diez?

—¿Tan tarde? No da tiempo de volver antes de la hora de la comida.

—Sí, pero lo he hablado con tu madre y se ocupará ella de los chicos. Tú y yo podemos comer ahí y acabar la faena. No tengo más días libres.

Giro los ojos.

—Está bien. Mañana a las diez.

—Hasta mañana, Katie.

—Paul…

*****

Al otro lado de la ventana está nevando. Dentro, todo es calor. Los destellos anaranjados de la chimenea se mueven por nuestra piel desnuda como si bailaran al son de la música suave que suena de fondo.

A veces Jakob deja de empujarse a sí mismo en mi interior, relaja la arruga que se le forma entre las cejas y me besa como si quisiera que el tiempo se detuviera justo en este momento, entre el silencio de un mundo blanco y frío y el fuego que crepita entre nosotros.

Esta noche me siento querida y a salvo. Sus ojos llenos de ternura y vulnerabilidad me dicen que esto es especial. Tiene que serlo. La delicadeza con la que me toca, como si yo fuera algo frágil y valioso, su aliento mezclándose con el mío… No hay urgencia, como otras veces. Nadie devora a nadie. Es un acto lento y casi sagrado. Prácticamente, una promesa.

Sus dedos se doblan sobre los míos y nuestras palmas se frotan la una contra la otra.

Levanta el rostro para encontrar mi mirada. Todo lo que no hemos sabido expresar con palabras flota entre nosotros, tan claro que no se puede malinterpretar.

Me dejo llevar, sin pensar, sin medir los riesgos. Permitiéndome sentir.

Jakob me acaricia los labios con el dorso de los dedos, despacio, como si temiera romper un hechizo.

—Katie, no quiero que esto acabe.

Analizo sus preciosos ojos llenos de afecto y entiendo que no se refiere solo a esta noche, sino a todo lo que ha cambiado entre nosotros desde que yo le hablé en esa acera.

Lo aferro por la muñeca y él se queda quieto, mirándome en silencio.

—Yo tampoco —admito, apenas en un susurro.

Asiente y su respiración se entremezcla con la mía cuando volvemos a besarnos. Lo que hay entre nosotros no es prisa, sino algo profundo que esta noche es más real que nunca.

Todo ocurre a cámara lenta, los besos, las caricias; la pasión avanza tan despacio como la nieve que se posa sobre los jardines.

El roce de su pulgar sobre mi mejilla, la dureza de la madera por debajo de mí, sus labios en mi cuerpo…

En el suelo de su salón me siento amada por primera vez en mucho tiempo.

Los troncos engullidos por el fuego lanzan chispas dentro de la chimenea. La frente de Jakob se apoya en la mía. Cierro los ojos y termino sonriendo.

Esto es absolutamente perfecto.

Capítulo 25



—Sé que te dije que compraría sándwiches, pero he pensado que podríamos salir a comer. Nuestro sitio favorito abre también en invierno. Lo he comprobado.

Miro a Paul con una arruga entre las cejas.

—¿Salir? ¡No vamos a acabar nunca! Todavía tengo que mirar los cajones del salón, y están llenos de cosas.

—Vamos, Katie, si nos pilla al lado. Podemos ir andando por la playa. Estaría bien poder despedirse de todo esto, ¿no crees? Vamos a retrasarnos media hora más, cuarenta minutos como mucho. No es para tanto.

Resoplo y dejo sobre la mesa el álbum de fotos que estaba mirando.

—De acuerdo. Cogeré el abrigo.

—Voy a por la cartera.

Salimos por la puerta un minuto después.

El viento sopla inclemente desde el mar, arrastrando grandes copos que bailan frente a mí antes de posarse sobre mi abrigo amarillo y mi gorro naranja. Paul me mira y sonríe.

—Estás adorable con tu gorrito. Te lo regalé yo, ¿verdad?

El recuerdo me arde en el pecho.

—Sí. Por Navidad. No las Navidades pasadas —me apresuro a aclarar.

—Katie —me regaña con dulzura y una leve sonrisa.

—Tienes razón. Mejor ni mencionar las Navidades pasadas.

—Mejor que no —responde con suavidad mientras camina a mi lado bajo la nevada con las manos resguardadas en el interior de su abrigo negro.

La nieve cubre los Hamptons como un manto blanco y limpio. El mar, de un gris embravecido, echa espuma helada sobre la orilla, antes de retirarse con su suspiro que parece casi un lamento. Huele a sal, a leña y a melancolía. Este paisaje solitario, con las calles vacías y silenciosas a pesar del aire que ruge entre las dudas heladas, me llena de nostalgia.

Los veraneantes se han marchado, solo quedan los locales, y hay muy pocas casas iluminadas, esperando a alguien, con la chimenea respirando humo y el árbol de Navidad delante de la ventana.

Paul y yo bajamos taciturnos hacia la playa. Solo oigo el rechinar de nuestro calzado sobre la nieve y nuestras exhalaciones, cada vez más trabajosas a causa del frío.

El aparcamiento del pequeño restaurante junto al mar está vacío. Las olas rompientes castigan las rocas con una fuerza impresionante.

—Es triste, ¿verdad? Que las zonas costeras se queden tan vacías en invierno.

Paul asiente.

—Sí. Me encanta este sitio.

—Todavía no me creo que quieras venderlo.

—Para serte honesto, yo tampoco. Es como si las cosas se me fueran de las manos de repente.

Lo observo, el abrigo cerrado hasta el cuello, las mejillas rojas por el viento. Al cruzarse nuestras miradas, me dedica una sonrisa cansada que no le llega a los ojos. Nos quedamos en silencio durante unos segundos. El mar ruge algo que ninguno de los dos podemos comprender.

—¿En qué piensas?

—En nada.

No puedo decirle que pienso en lo poético que resulta encontrarnos juntos en este paisaje tan helado después de que nuestro amor me apagara.

Observo el camino que nos ha traído hasta aquí. La nieve casi ha borrado las huellas. Mi relación con Paul desaparece igual de rápido que nuestras pisadas. En cuanto venda la casa, no quedará nada.

—¿Entramos? —le propongo. No quiero ponerme rara otra vez.

—Claro.

Me abre la puerta con una sonrisa amable y me sigue al interior.

—Señores Archer, cuánto tiempo —nos saluda el camarero, Mike, que tantas veces nos atendió en el pasado—. ¿La mesa de siempre?

—Si está libre, sería genial —le respondo yo.

Si ha visto a Paul con su novia diseñada por la IA, no lo deja entrever. Su sonrisa es tan cálida como de costumbre.

—Por supuesto que sí. No viene mucha gente en invierno, solo los locales.

—Es una pena.

—Sí… —me da la razón.

Le seguimos en silencio. El suelo de madera cruje bajo nuestras botas. Todo aquí dentro resulta acogedor, las lámparas colgantes, con la luz cálida envolviendo a los pocos clientes que almuerzan, el aroma del café recién hecho y de los pasteles que acaban de sacar del horno, el contraste entre la generosa calefacción y el frío seco de fuera…

—Les dejo las cartas.

—Gracias, Mike. —Paul le devuelve la sonrisa—. Sigue igual de reconfortante este sitio, ¿verdad?

Termino de desenroscarme la bufanda, me quito el gorro y el abrigo y le sonrío.

—Sí, es genial. Lo echaré de menos.

—Yo también echaré de menos todo esto —susurra, con los ojos encajados en los míos.

Sus dedos rozan mi mano sobre la mesa. Ni siquiera se ha quitado el abrigo.

—Puedes volver siempre que quieras a tomar algo —le digo, con un tono que pretende sonar ligero, si bien me ha flaqueado un poco la voz. No sé por qué me ha tocado, si ha sido por error o deliberado—. Seguro que a Amber le encantará.

—No creo que vuelva. No sería lo mismo.

Lo observo con las cejas ligeramente fruncidas. No estoy segura de qué intentan decirme sus ojos.

—¿Saben lo que van a tomar?

Vuelvo en mí y fuerzo una sonrisa para Mike.

—Yo quiero el sándwich club y una copa de vino blanco.

—Que sean dos.

—Marchando.

Retiro la mano de la mesa y me la guardo en el regazo, incómoda, porque la de Paul sigue ahí, muy cerca.

—Espero que en un par de horas acabemos con esto.

Me calibra en silencio. Sabe que estoy nerviosa, que mi corazón late demasiado deprisa y que me estoy cuestionando si él pretende cerrar capítulos o abrirlos de nuevo.

—Tampoco tenemos prisa.

—Yo, sí. He quedado con Jakob.

Se endereza en su asiento y retira la mano, la apoya en el reposabrazos de su silla.

—Quedas con Jakob a diario, ¿no?

—Vivimos al lado. Y estamos empezando. Ahora todo es adrenalina y ganas de estar juntos.

Sigue midiéndome con esa expresión, entre pensativa y nostálgica.

—¿Estás enamorada de él?

Cojo aire y lo suelto despacio mientras intento aclararme las ideas.

—¿La verdad? No estoy segura. No sé si es un enamoramiento superficial o algo más profundo. No lo he meditado. Últimamente, me dejo llevar.

—Katie, la que siempre lo planifica todo, ¿se deja llevar?

Parece divertirle la idea.

—He cambiado. Ya no soy la misma Katie que tú conocías.

—Lo dudo. Te miro y sigo viendo a esa chica que se había perdido en el campus.

Me echo a reír y le sonrío a Mike, que acaba de traernos el vino. Cojo la copa, aunque me detengo antes de probar el vino.

—Pues esa chica está a millas de distancia de esta mujer, te lo aseguro.

Su sonrisa es leve, pero tierna.

—Te he traído algo de París.

—¿En serio?

Pruebo el vino y le sonrío.

—Mm-hm.

Analizo el azul risueño de su mirada, con las arruguitas que se le forman en las esquinas de los ojos y que siempre me han vuelto loca.

—¿Y por qué no me lo has dado hasta ahora?

—No había encontrado el momento. Te lo daré esta tarde.

—Vaya. ¿Y qué es?

Se encoge de hombros con expresión traviesa.

—Tendrás que esperar, cielito.

—No me llames cielito. Amber es tu cielito ahora.

—Tú siempre serás mi cielito.

Hago una mueca de exasperación y él se echa a reír. Me lo quedo mirando, su cara de risa, la barba que se le empieza a notar en las mejillas, esas arrugas arrasadoras, y por un momento yo también

regreso al pasado. Veo al chico alto y guapo que me acompañó a mi clase de marketing, y recuerdo lo rápido que me enamoré de él.

Pensé que lo nuestro duraría para siempre, pero a veces las cosas acaban justo así: en un pequeño restaurante junto a una playa, mirando el mar enfurecido que azota la costa, mientras la nieve cae lenta y persistente y las luces de Navidad permanecen encendidas incluso de día.

Es curioso. Por primera vez, recordarlo no me duele. Solo hay un leve peso en mi pecho, algo parecido a la nostalgia. Es como echar de menos una muñeca que te gustaba de pequeña. Lo fue todo para ti, pero ahora estás creciendo y ella ya no pinta nada en tu vida. Es el momento de dejarla ir, para que otras niñas puedan disfrutarla.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada. Me siento… ligera. Como si me hubiera quitado un peso de encima.

*****

Paul me ha traído de París un disco de Édith Piaf y una botella de vino que se empeña en abrir.

—¡No bebas! —le advierto con una risita, tapándole la copa antes de que la rellene—. Uno de nosotros tendrá que conducir, y a mí la cabeza ya me da vueltas.

—Las cosas se están poniendo feas con la nevada. A lo mejor tenemos que pasar la noche aquí.

—¡No bromees!

—Vamos, Katie. ¿No dices que ahora te dejas llevar? Solo es una copa. Luego te llevaré a casa. ¿Miramos esta caja de fotos, a ver qué quieres llevarte tú y qué me dejas a mí?

—Dios. ¿No se te hace raro repartírnoslo todo de esta forma?

—La verdad es que sí. Es una mierda.

Se sienta a mi lado en la alfombra del salón, con la espalda apoyada contra el sofá y la copa de vino al lado. Al final se ha servido una.

Tenemos vistas panorámicas, y compruebo que la nevada es cada vez más fuerte. Paul encendió la chimenea esta mañana. Ahora el fuego, convertido en brasas, arroja sobre nosotros un resplandor íntimo y cálido. Édith nos acompaña. Su voz rasga el aire, cargando la habitación de nostalgia y erotismo.

—Oh, Dios, ¡mira esta! —Le enseño la foto de una Abbie sin dientes y él sonríe. Su muslo me roza y nuestras cabezas casi se tocan mientras revisamos nuestros recuerdos—. ¿Recuerdas el día?

—Sí. Fue cuando le compramos la cometa.

—Sí… Qué pequeña era.

—Lo pasamos bien, ¿verdad?

—Fue un gran día —admito con una sonrisa—. ¿Por qué crecen tan deprisa?

Vuelvo el rostro hacia el suyo al ver que no dice nada.

—Ojalá pudiéramos detener el tiempo —me susurra nada más encontrarse nuestras miradas—. Hay cosas que me gustaría retener para siempre.

—¿Como cuáles?

Me toma el rostro entre las manos y me besa despacio, como si temiera romperme. Al principio, estoy tan atónita que no muevo un músculo, solo me quedo inmóvil, perpleja al sentir sus labios temblar encima de los míos.

Necesito unos diez segundos para reaccionar y empujarlo suavemente hacia atrás.

—Paul, ¿qué estás haciendo?

—Katie, sé que la he cagado —murmura, dejando caer la frente sobre la mía—. Y lo siento mucho. No sabes cuánto me atormenta haberte hecho daño. Pero quiero arreglarlo.

—¿Quieres arreglar…?

—Nuestro amor. Yo sigo enamorado de ti. Mira, sé que no va a ser fácil, pero lo conseguiremos. Podemos ir a terapia de pareja, esforzarnos un poco, hacer que esto vuelva a ser lo que era.

La Foule alcanza su crescendo. Édith grita de dolor y rabia. Llora a mares mientras yo estoy aquí paralizada, con las cejas fruncidas, la

boca seca y la estúpida idea de que todo lo que hemos sido se condensa en esta habitación. Ahí fuera, la nieve cae indiferente.

Quiero responderle, pero no puedo. Mi cabeza es un torbellino de recuerdos, sufrimiento y furia.

—Kate… Te quiero. Nunca he dejado de hacerlo. Estaba confundido, pasaba una mala racha, pero yo nunca he dejado de quererte. Te echo de menos a diario. Estás en todas partes, en cada puta cosa que hago. Pienso *esto le gustaría a Katie*, o *Katie odiaría esto*. No puedo dejar de pensar en ti.

Mis ojos delirantes le aguantan la mirada en silencio.

Diez segundos.

Veinte.

Un minuto entero.

—¡A la mierda! —rujo, con todas mis fuerzas, dejando que la burbuja de silencio estalle de repente.

—Katie, déjame que te lo explique.

He pegado un brinco y ahora él me sigue desesperado por todo el salón.

—¿Explicármelo? ¡No puedes decir que me quieres y esperar que eso cambie algo!

—Katie, por favor, para. Escúchame un momento.

Me estoy poniendo el abrigo, pero me detengo y uso el dedo índice para empujar su pecho hacia atrás.

—No, escúchame tú a mí. ¿Tienes idea de las veces que he querido oírte decir *precisamente* esto? ¿De lo sola y destrozada que me he sentido durante todo este maldito año? ¡Era como si ya no encajara en ningún sitio porque había perdido a mi media naranja!

Paul entrecierra los párpados con dolor, y necesita por lo menos cinco segundos antes de volver a enfrentarse a mis acusaciones.

—Lo siento muchísimo. Me pasaré el resto de mis días compensándote por todo el daño que te he hecho. Nunca me perdonaré a mí mismo por haber escogido el camino fácil.

Niego despacio, con una sonrisa amarga en las comisuras de mis labios.

—Solo quería que las cosas volvieran a ser como antes. Quería recuperar mi vida.

—¿Por qué hablas en pasado?

Me aguanta la mirada sin moverse, y yo lo miro a él en medio de este silencio cargante y sentencioso.

La luz de las brasas muere sobre su rostro. Tras unos veinte segundos de mutua contemplación, sus ojos se convierten en una mezcla de súplica y resignación.

—Porque tú y yo somos el pasado. Las cosas han cambiado desde que te fuiste, Paul. Lo siento, pero… todo lo que no quiero para Navidad es a ti.

El nuevo silencio que se instala entre nosotros después de *La Foule* y lo que acabo de decirle resulta asfixiante.

Las brasas parpadean mortecinas, como si también a ellas les pesara la conversación.

El mundo se detiene en una calma inerte y, sin embargo, dentro de mí, todo es ruido. Todo vuelve, como si Édith hubiera traído consigo un carrusel de recuerdos.

Nos veo a Paul y a mí en ese piso horrible que daba a las vías del tren, comiendo fideos y riéndonos por nada en concreto, felices solo de estar ahí juntos, en nuestra primera casa.

Nos veo en el hospital, sujetando a Abbie en brazos mientras su madre nos sacaba la primera foto con ella.

Nos veo bailar en nuestro aniversario, su mejilla contra la mía, sus brazos posesivos a mi alrededor. Y también nos estamos peleando en el salón, con los rostros torcidos de rabia.

Nos veo crecer y madurar. Cansados. Preocupados. Sonriendo. Gritando. Sufriendo en silencio. Muriendo por dentro. Riendo a carcajadas.

—Lo nuestro fue real, Paul. Pero se acabó. No puedo volver atrás. No cuando estoy enamorada de otra persona.

Asiente. Se esperaba esa respuesta, pero, aun así, le destroza recibirla.

Al final sonríe, con los ojos un poco más húmedos de la cuenta.

—Así que soy el fantasma de las Navidades pasadas, ¿eh?

—Lo siento.

Abro la puerta y el aire frío y salado me golpea en la cara.

A punto de salir, me giro una última vez para sonreírle con tristeza.

—Cuídate, Paul.

—Sabes que hemos venido en mi coche, ¿verdad? —me dice, con una nota de humor en la voz.

Estoy dentro de la casa, pero mis ojos miran hacia fuera, el mar lleno de espuma blanca, las olas que se adueñan, furiosas, de la arena nevada, el cielo gris y pesado que promete más frío; más nieve.

El viento me corta la cara y todos los recuerdos que me retenían, impidiéndome avanzar, me liberan.

O puede que yo haya aprendido a soltarlos, como hizo Abbie ese día con la cometa. Simplemente, la dejó volar.

—Adiós, Paul.

Respiro hondo, antes de dar un paso hacia el universo blanco y borroso que se abre delante de mí. No sé qué es lo que me espera en medio de los copos. Nadie lo sabe. Pero quiero descubrirlo.

Y eso estoy haciendo.

Cada paso que me aleja de Paul crea una huella nueva sobre el manto de nieve impoluta.

Tras unos segundos, la puerta se cierra detrás de mí con un golpe seco, definitivo. El pasado debe quedarse atrás, ahogarse en estas aguas oscuras que ya no pueden retenerme, y yo debo salir a la superficie. Respirar sin quebrantarme por dentro por primera vez en un año. Vivir, no solo sobrevivir.

Paul y yo tuvimos una historia de amor maravillosa, pero… se acabó. No quiero permanecer ni un segundo más en ese mundo bello, aunque helado. Quiero regresar a lo de anoche, cuando todo era fuego.

Así que camino a través de la nevada, hacia el futuro, hacia él, hacia unos autobuses que no circulan hoy.

—¡¿Qué?! Vamos, hombre, no me jodas. ¿Es que el karma sigue haciendo horas extra?



La veo antes de que ella me vea a mí. Está sentada en un banco, con un abrigo amarillo y un gorro de color naranja. Sonrío para mí y bajo del coche.

—¡Katie! —grito su nombre en medio de la ventisca.

Levanta la cabeza y la sonrisa que se pinta en su rostro calienta algo en el interior de mi pecho.

—Jakob, siento mucho haberte sacado de esa reunión.

—¿Es que te has propuesto convertirte en muñeco de nieve? ¿Qué haces en este parque?

—No tenía forma de volver a casa. No circulan los buses hoy. He llegado en tren hasta aquí, pero no hay forma de pillar un taxi. ¿Te he dicho alguna vez que odio las putas Navidades?

Voy hacia ella, abro mi abrigo y la atraigo contra mi pecho. Es como si todo lo que soy quisiera protegerla de este mundo silencioso y frío. La envuelvo con la tela, cobijándola contra el calor de mi cuerpo, y una sonrisa se me escapa sin querer cuando ella me rodea la espalda con los brazos.

—Bonito gorrito.

—Seguro que tus novias nunca llevan gorro. Las trece rubias que conté parecían todas criaturas de sangre caliente.

Una especie de vibración recorre mi pecho antes de salir en forma de risa.

La miro, con una diversión que no puedo disimular, ligera, sincera. A veces me cuesta creer que ella exista.

Los copos danzan lentos a nuestro alrededor bajo esta nevada continua. El suelo es blanco y limpio como un lienzo nuevo, y las ramas desnudas de los árboles apenas se insinúan bajo la escarcha. Todo parece hecho de cristal, frágil y sangrado.

—Katie, creo que, y solo porque mañana es Nochevieja, debo confesarte una cosa.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

—Me ponen las pelirrojas. No puedo evitarlo. Te veo con tu gorrito naranja y me vuelvo loco.

Se echa a reír y entonces yo me inclino despacio, rozando su frente con la mía antes de encontrar sus labios.

El beso llega sin prisas, dulce y tierno, bajo las luces de las farolas del parque y los copos que se pegan a mi abrigo y a sus mejillas.

Tiene la cara helada, pero sus labios suaves arden contra los míos, incendiando mi mundo entero.

Epílogo 1



Nunca pensé que algún día estaría en un lugar como este, en una sala llena de padres y abuelos, para ver actuar a la hija de mi novia.

Pero he venido. ¿Cómo iba a perdérmelo?

Katie sigue llorando con la cara escondida en el pañuelo que acabo de ofrecerle. La verdad es que los chicos tienen talento, lo hacen bien, consigues meterte en la historia.

Al principio, la reina del baile es alegre y frívola. Va de fiesta en fiesta, la noche es suya. Puede tener a cualquier chico que se proponga conquistar, pero se enamora del *quarterback* solitario.

Ver cómo avanza su amor, canción tras canción, cómo ella se rompe poco a poco con los silencios, con los vacíos, con las sonrisas que no iluminan su mirada, hasta que termina sentada en el suelo, con el maquillaje estropeado, cantando *The Winner Takes It All,* mientras el *quarterback* besa a su mejor amiga es emocionante.

Y triste.

Nunca había pensado en ese lado de las relaciones, qué pasa cuando se llega al final, y ahora miro a Katie, sabiendo que ella lo vivió, y algo se encoge en mi interior. Seguro que llora porque lo recuerda todo.

—¿Puedo hacer algo?

—¿Puedes abrazarme? —me pide entre hipitos, con la nariz mojada.

Su vulnerabilidad me derrite.

—Claro.

La rodeo con el brazo y la instó a apoyar la cabeza en mi hombro.

—Pensé que lo peor era que te rompieran el corazón. Pero acabo de descubrir que hay algo peor: que se lo rompan a tu hija.

Sonrío sin poder contenerme. Conque era eso.

—Katie, sabes que solo es ficción, ¿verdad? Abbie no está enamorada de ese *quarterback*.

—Pero algún día alguien aparecerá, y ella terminará así, en el suelo, con el rímel destrozado, y yo no podré protegerla. ¡Y es horrible!

Es una gran madre. Creo que es una de las cosas que más me gustan de ella. Es enternecedor ver cómo protege a sus hijos.

—Lo afrontaremos juntos.

Levanta la cabeza para mirarme a través de las lágrimas y el maquillaje estropeado. No quiero que nuestro amor termine así. No quiero que su corazón se rompa como el de la reina del baile. Al menos, no por mi culpa.

—¿Quieres decir que no intentarás escabullirte por la puerta trasera?

La sonrío con ternura y acto seguido deposito un pequeño beso en la punta de su nariz.

—No. Te quiero, mocosa. Y pienso formar parte de tu vida hasta que tú me pidas que me marche.

Abre los ojos de par en par.

—¡¿Me quieres?!

—¡Yu-hu! ¡Chicos!

—Ahora no, Karen —le gruñe a su amiga.

Las luces se han encendido. El musical ha acabado. Ella sigue esperando su respuesta, con los ojos encajados en los míos.

Con suavidad, le seco una mancha de rímel de la mejilla y la beso. Delante de todo el mundo. Con las luces encendidas. Para dejarle claro que pienso seguir a su lado cuando la fiesta acabe y ya no haya nadie bailando despreocupado.

—Sí, te quiero. Y no pienso irme a ningún sitio.

—Bien, porque yo también te quiero, *Rabocop*.

Me echo a reír a carcajadas y entonces se nos juntan todos, amigos y vecinos, hijos, conocidos, y al vernos arropados por tanto cariño, tanta complicidad, entiendo que, gracias a ella, he comprendido el verdadero significado de la vida: nada tiene sentido si no tienes a alguien con quien compartirlo.

Epílogo 2



Al año siguiente

La casa huele a chimenea encendida, a galletas de jengibre recién horneadas y a algo que no se puede definir con palabras, la esencia de unas fiestas en familia, supongo.

—*Navidad, Navidad, puta Navidad.*

—¡¡Mamá!! —me chillan mis hijos.

—Uy, lo siento, es la costumbre. ¿Dónde está el ángel blanco?

Abbie aprieta los dientes.

—¿Abigail? —exprimo a la sospechosa principal, con una ceja en alto.

—Digamos que el ángel ha muerto.

—¿QUÉ?

—Se me cayó de la mano hace dos años cuando recogíamos el árbol.

—¿Quién quiere chocolate caliente?

Nos volvemos todos hacia Jakob, que entra en el salón con una bandeja llena de tazas y un gorro de papá Noel en la cabeza.

—Has tenido suerte —le digo a Abbie, que me saca la lengua.

—Yo prefiero el chocolate irlandés —le responde Martha.

Matt se gira hacia su abuela.

—¿Cómo es el chocolate irlandés?

—Lleva whisky y nada de chocolate.

Los niños se echan a reír. Niego despacio, con los ojos encajados en los de Jakob. Me está sonriendo.

—Venga, tomaros el chocolate, que todavía hay mucho que hacer. Tenemos que acabar con el árbol, colocar los demás adornos, amordazar al perro de los vecinos, que no deja de ladrar desde ayer… ¿Ya has puesto las luces de fuera?

Me ofrece una taza de chocolate y una sonrisa muy sexy.

—Por supuesto. Se van a encender en… Ya.

El jardín se ilumina de golpe.

—Gracias —le digo, dándole un beso en la mejilla sin afeitar.

Me pone una mano cálida en la cintura y me retiene a su lado unos segundos más.

—De nada. Ya me lo agradecerás luego.

Le doy un codazo y él finge que le ha dolido.

—¿Qué te parece?

—Dios, ¿qué le has hecho al árbol? ¿Qué es este desastre? —me regaña con fingida severidad mientras me abraza por detrás y corrige mi distribución de las bolas—. Las has puesto demasiado juntas.

—Eres un maniático del orden.

—Y tú un caos con calcetines navideños —me responde con esa sonrisa que todavía consigue desarmarme.

Matt ríe desde el sofá, con la boca manchada de chocolate.

Un coche se detiene delante de nuestra casa.

—Chicos, ha llegado vuestro padre. Oigo sus pezuñas.

Los niños me censuran con la mirada.

—¿Qué? Es como el Diablo. Tiene pezuñas. Toc, toc, toc. ¿No lo oís caminar?

—Hola, ¿hay alguien en casa?

Paul entra en el salón, cargado de regalos. Viene solo. Amber y él lo dejaron a principios de año, justo después del musical. Fue cosa de Paul. Dice que prefiere estar solo, tomarse las cosas con más calma durante un tiempo.

—¡Papi!

Los chicos lo envuelven en un gran abrazo porque saben que dentro de esas cajas envueltas por una profesional de los grandes almacenes se esconden *iPhones* y cositas interesantes. Son criaturas egocéntricas con conexión 5G y cuentas de TikTok.

—Gracias por invitarme —me dice Paul, tras plantarme un beso en la mejilla—. Esto es para ti.

—No hacía falta que me trajeras un regalo.

—Sí que hacía falta. Feliz Navidad, Katie.

Nunca dejará de llamarme Katie. Ni de formar parte de mi vida. Pero… lo he aceptado. Es Navidad.

Le doy a Jakob mi taza de chocolate para poder abrir el regalo.

—*¡¿Lolita?!* Paul, ¡¡ya te vale!! ¡El año que viene te borro de la lista de invitados!

Toda la familia estalla en carcajadas.

En la radio suena, bajito, un antiguo villancico de Frank. La chimenea lanza chispas resplandecientes. Fuera, los primeros copos de nieve empiezan a caer.

Mi mirada se pasea por toda la casa, por mi familia imperfecta y ruidosa, por los dos amores de mi vida, por las luces que brillan ahí fuera y por el calor que llena nuestro hogar.

Jakob se me acerca, me pasa un brazo por los hombros y ese *te quiero, pelirroja* que me susurra al oído me hace sonreír.

Sorbo un poco del chocolate caliente que nos ha preparado, apoyo la cabeza contra su hombro y, mientras mis hijos, su padre e incluso Martha colocan bolas en el árbol, siento que estas Navidades todo es tal y como se supone que debería ser.

La magia existe. Está en la sonrisa de nuestros hijos. En el amor que une a las familias alrededor de un árbol.

No se trata de los regalos, de las comilonas o de las fiestas, sino de encontrar al fin un lugar donde quedarse.

—*Noche de paz…* —nos llega desde fuera.

—Esa es Karen. Desafina como una bendita.

Nos volvemos a reír a carcajadas, mientras las voces de los vecinos que recorren el barrio cantando villancicos se acercan más y más.

Regalo navideño

Querida lectora,

Gracias de corazón por escoger mi libro, por hacerme un hueco en tu día y por acompañarme en esta aventura loca.

Tú haces que todo esto tenga sentido.

Pero ya basta de sentimentalismos. No voy a ponerme bobalicona. Aunque podría… A fin de cuentas, ¡es Navidad!

Justo por eso quiero hacerte un pequeño regalo. Tengo mucho que agradecer a un montón de personas que hacen su magia para que mis historias puedan volar, y tú eres una de ellas. Así que ¡¡gracias!!, por estar ahí, por leer, por sentir la historia, por dejar que mis palabras encuentren un lugar en ti…

He preparado esto con muchísimo cariño y nada me haría más feliz que saber que he conseguido sacarte una sonrisa en estas fechas.

Me despido de ti con un abrazo calentito porque en París hace un frío de narices.

(En cuanto pases la página, lo entenderás).

Besitos

Isabella Marín

Nieve sobre París

Isabella Marín

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Nieve sobre París*
© Isabella Marín

Edición publicada en diciembre del 2020

Diseño de portada: Adyma Design
Corrección: Correctivia

CHLOÉ



1

¿Crees en los milagros navideños?
(Eslogan publicitario
de una conocida marca de joyas)

Aún no ha nevado en París, pero hace tanto viento en la calle que Chloé, ajena a los milagros navideños, se estremece en su fina chaqueta azul que no abriga un carajo y maldice en voz baja ese tiempo plúmbeo que la cala hasta los huesos.

Nunca le ha gustado esta época de transición entre otoño e invierno. El deslucido gris de las calles absorbe toda idea, todo sentido de la vida, toda belleza que pudiera haber en el mundo. No hay mayor tristeza que la de una tarde de diciembre. ¿De qué sirve quedarse delante de la ventana, a salvo de la mortecina lluvia que castiga el exterior, si lo único que haces es contemplar una y otra vez el mismo paisaje apagado en el que ni siquiera el sol se atreve a asomar? El mundo parece gastado, un sinsentido.

Las hojas secas que danzan en el aire, remolinos carmesíes allí y allá, podrían tener cierta belleza, claro, de no ser porque ¡están muertas!

En realidad, ¿qué significa el otoño tardío sino muerte y desolación? Todo desvaído, las flores se secan, las hojas caen de las ramas, el sol se apaga en el cielo, y no hay más que viento, viento por todas partes, fustigando sin piedad, a veces desde el norte, otras desde el este; viento inmisericorde que se abre paso a través de ti con sus odiosas esquirlas de hielo. Castiga tu piel y tus huesos, y lo peor de todo es que ni siquiera te importa, porque el dolor que llevas dentro es mucho mayor que eso, tan abismal que ni siquiera el viento se atreve a congelarlo.

Chloé, arrebujada en su gastada chaqueta, con los dedos entumecidos de frío y un extraño escozor en la cara, no le ve ninguna gracia al asunto. Le gustaría cerrar los ojos y despertar en abril, florecer a la vez que la naturaleza y que los rayos de sol calienten su piel.

Ahora no queda ni un solo indicio del astro rey, ha desaparecido del cielo, la oscuridad se lo ha tragado, y las rachas de aire helado parecen asaltarla desde todas las direcciones, como un recluso que golpea todo lo que encuentra en su camino en un desesperado intento por liberarse. Por encima de su cabeza, en las ramas de los árboles que entrechocan como si fueran a quebrantarse, escucha el voraz rugido de su furia, y contra su propia piel nota la aspereza de su contacto, atroz y afilado como las llamas de diez mil cuchillas.

Se habría quedado en casa de no haber sido porque allí hace todavía más frío que en la calle. Vive en una buhardilla sin calefacción y unos niños el año pasado le rompieron una esquina del cristal con una pistola de perdigones, que a saber de dónde la habían sacado.

Por norma general, esa clase de problemas los soluciona el casero, pero dado que Chloé lleva tres meses y medio sin pagar el alquiler, no se atreve a pedirle nada. Le da miedo que la ponga de patitas en la calle antes de Navidad. No tiene ningún otro sitio al que ir. Su familia es… mejor no pensarlo. Preferiría congelarse en el

parque que volver a casa con un padre alcohólico que acaba de salir de la cárcel tras veinte largos años de condena.

Se vuelve a estremecer, y esta vez no por culpa del frío. El congelado aliento de sus peores recuerdos golpea contra su nuca, como un monstruo al que no puedes volver la cara durante demasiado tiempo. Chloé se niega a mirarlo, lucha con todas sus fuerzas, corre más deprisa por la acera, jadea desesperada, pero hay recuerdos tan inhumanos que no se pueden reprimir.

Y acaba recordando.

Rememorándolo todo.

Cada sonido, cada grito, cada maldita gota de sangre. Desfilan por delante de sus ojos como un caleidoscopio de imágenes que está obligada a contemplar. Cerrar los ojos no sirve de nada. Todo eso está *muy* dentro de ella.

Solo tenía ocho años. Lo bastante pequeña como para no poder hacer nada y lo bastante mayor para recordar a su padre, ciego de ira y alcohol, apuñalando a su madre delante de ella. Una, y otra, y otra, y otra, y así hasta ocho dolorosas veces.

Chloé tiene marcas en los antebrazos por intentar defenderla.

Eso fue lo único que le quedó después de aquello, unas cicatrices bien incrustadas en su piel y millones de pesadillas horrendas, aún más incrustadas en su mente. Si el viento callara solo por un segundo, podría escuchar aún el afilado silbido de ese chuchillo ensangrentado cortando el aire y después la carne, el ser, la materia, todo.

Su madre murió de camino al hospital. A Chloé la mandaron a la mañana siguiente a vivir con sus abuelos maternos. No hubo psicólogos ni atención especial, tan solo una pequeña casa de piedra, limpia y funcional, al pie de las montañas. Su nuevo hogar.

Lo primero que vio fue un techo afilado lleno de verdín y la chimenea arrojando una nube blanquecina hacia el cielo azul. Nunca lo olvidará. Ese recuerdo se ha convertido en una imagen que suele reconfortarla en los momentos más oscuros de su vida. Si está demasiado alterada, o quizá solo demasiado triste, deja que su mente vague por el bosque de los buenos recuerdos y entonces la

casita de piedra se materializa de la nada y se convierte en el refugio que necesita para resguardarse de la tempestad.

A día de hoy, el techo lleno de verdín y las macetas de geranios rojos que adornaban las ventanas ya no existen. En su lugar se alza un imponente hotel balneario que no conserva ni un gramo del pintoresco encanto que tenía la residencia de sus abuelos. Chloé vendió la propiedad al quedarse sola en el mundo. Usó el dinero para pagarse los estudios y el alquiler. París era muy caro.

Tanto, que para cuando cumplió los veintitrés, el dinero se había esfumado por completo.

Claro que, para entonces, ella actuaba en los mejores escenarios de Europa. Chloé Lacroze, la mejor voz soprano después de María Callas. Su nombre estaba en todas partes. Auditorios enteros de gente se ponían en pie para aplaudirla, a pesar de que no era más que una suplente.

Y ahora no tiene dinero ni para comprarse un par de guantes que la protejan del viento. ¿Qué es lo que pasó entre una fase y la otra?

Muy simple.

Chloé Lacroze jodió al hombre equivocado.

El movimiento *me too* solo funciona para Hollywood. En su mundo, si denuncias a un hombre poderoso, el desenlace es de lo más previsible. Él seguirá siendo un hombre poderoso y tú no tendrás dinero para pagar el alquiler.

La hizo pedazos, tal y como prometió.

Si sigues adelante con esa demanda, te reduciré a polvo. No volverás a cantar jamás en ningún escenario del mundo. Yo te creé y sabes más que de sobra que puedo destruirte. No hagas esto, Chloé. Piénsatelo bien. Estás tan cerca de lograr ser una estrella… Solo hay una cosa más que necesito que hagas. Para asegurarme tu lealtad. Hazlo, y te haré inmortal. Te alzaré tan alto que nadie podrá bajarte de tu pedestal.

Nauseabundo. Chloé no se arrepiente de sus decisiones. Si en ese momento hubiera sabido todo lo que sabe ahora, habría actuado igual. Prefiere morir de pie a vivir de rodillas. Prefiere poder mirarse en un espejo, desnudar su alma, y no sentir autorepulsión. No, no se arrepiente.

Con todo, cada vez que se presenta a una entrevista de trabajo, esperanzada y con el estómago hecho un nudo por los nervios, y tiene que enfrentarse a las consecuencias de su denuncia —gracias, ha estado bien, pero no es lo que buscamos—, las palabras de él aún resuenan en su mente, frescas, como si el tiempo no pudiera destruirlas: *No eres nadie y te lo voy a demostrar. Despídete de este mundo porque no volverás a poner un pie dentro nunca más. No sabes dónde te has metido ni con quién.*

Tenía razón. No ha vuelto a poner un pie dentro.

Antes le llovían trabajos y ahora nadie quiere verla. Porque ella, la mejor soprano desde María Callas, no es nadie, tan solo el primer peldaño de una escalera que llega hasta el Cielo.

Los amigos se han ido marchando poco a poco, algunos reprochándole el no haber hecho lo que cualquiera hubiera hecho en esas circunstancias. No lo entendieron y dieron por sentado que la culpa era de ella. ¿Por qué elegir ser pobre cuando podrías tenerlo todo? Un pequeño sacrificio a cambio de toda una vida de privilegios. Ese hombre habría puesto el mundo entero a sus pies y ella lo pisoteó. ¿Con qué derecho?

Para Chloé es ridículamente fácil: no tolera ninguna especie de violencia contra la mujer. Se lo debe a su madre muerta.

El acoso sexual *es* violencia de género.

Las coacciones a una mujer por parte de un superior *son* violencia de género.

La violencia de género Debe Ser Erradicada.

No hay nada más que decir al respecto.

No es que le guste no tener dinero ni para comprarse una *baguette*. No le gusta en absoluto. No disfruta con ello. No le parece una aventura. ¡Es una mierda! Tiene hambre. Y frío. Y de ningún modo podría costearse un tratamiento médico si le hiciera falta.

Pero sabe que ha hecho lo correcto. Muy en el fondo, lo sabe. Sabe que su actitud ha impedido la propagación de un cáncer.

De acuerdo, no ha tenido el impacto que ella esperaba. No se ha alzado todo un ejército de mujeres clamando *yo también he pasado por eso,* ni ha provocado el derrumbamiento de un gigante. Pero ha impedido convertirse en una víctima más.

No puede convertirse en su madre.

Ha visto lo que la violencia de género hace, sus pies descalzos han aplastado los añicos de lo que podría haber sido una buena vida de no haber existido esa lacra, y no va a ayudar a la transmisión de algo así.

Cueste lo que cueste, la lleve a la ruina o no, Chloé Lacroze siempre dirá NO.

Y si esto es en lo que se va a convertir por ello, por alzar la voz cuando todas las demás han callado, que así sea. Se enfrentará a su destino con la cabeza bien alta y la soberbia de un guerrero que sabe que, a pesar de la derrota, en el fondo ha vencido. Algo. A alguien. Es todo lo que importa. Estar en paz con uno mismo.

El viento silba amenazador en torno a sus hombros, disipando un remolino de hojas muertas y parte de sus sombríos pensamientos. Camina por la acera con las manos en los bolsillos, encogida, intentando conservar un poco de calor corporal, a pesar de lo empeñado que está el frío en quitárselo. Amargas lágrimas humedecen sus mejillas.

Hoy es el aniversario. Se cumplen veinte años. Esta noche no quiere estar sola. No quiere regresar a un cuchitril helado y comer una manzana medio picada que los del supermercado de abajo han dejado en una caja junto a los cubos de basura. Esta noche quiere olvidarse de todo.

Como si algo así fuera posible.

—Por favor, señorita. Tengo hambre.

Aturrullada, Chloé baja la mirada hacia el hombre que la mira suplicante desde la acera. No es más que un anciano envuelto en harapos. Se le encoge el corazón. Sabe que en el bolsillo lleva dos euros. No lo duda. Los saca y se los da.

—Tenga. Pero, por favor, cómprese comida, no alcohol. Es el único dinero que me queda en el mundo, así que empléelo bien.

—Gracias. Lo haré. Que Dios la bendiga. ¡Feliz Navidad!

Chloé asiente antes de alejarse con una sonrisa triste.

ANCIANO



2

—Por favor, señor. Tengo hambre —se lamenta el anciano de nuevo.

El hombre al que se dirige le dedica una única mirada, larga, inexpresiva, y luego le lanza un billete de cincuenta euros. El anciano se queda perplejo. Parpadea dos veces seguidas para asegurarse de que ese tipo alto y delgado, que se da cierto aire a lo Alain Delon, es real.

Desde luego, lo parece. Viste un abrigo negro, carísimo, de cachemira, que le llega hasta las rodillas, y es guapo, exactamente como Alain Delon cuando el anciano no era más que un polluelo e iba a verlo en las salas de cine de su pueblo; la misma estructura ósea impresionante, como si el cráneo en sí hubiese sido esculpido por una mano maestra para hacerlo atractivo aposta, la misma mirada penetrante, de un azul que atrae toda la luz, incluso la poca que hay en esta oscuridad, y las mismas cejas fruncidas en gesto abstraído.

Camina con las manos en los bolsillos, el cuello del abrigo alzado, y un cigarro le cuelga insolente de entre los labios.

Aunque eso no es lo sorprendente. Lo sorprendente es que sus ojos azules no pierden de vista a la chica guapa que le acaba de dar los dos euros.

VINCENT



3

Sabe que tiene que ayudarla de alguna forma, pero está claro que no puede acercarse a ella sin más. Con los tiempos que corren, podría pensar que se trata de un perturbado, o de un asesino, o de un violador, y salir corriendo en dirección contraria. Ya nadie ayuda a los demás hoy en día. Todo el mundo tiene una intención oculta.

Lo mejor que se le ocurre es caminar tras ella, al menos hasta decidir qué estrategia adoptar.

Dicho y hecho.

La chica dobla a la derecha y tuerce hacia la calle principal, llena de luces navideñas, tiendas de ropa y cafeterías *chic*.

Vincent, como de todas formas se dirigía en esa dirección, la sigue.

En la calle principal todo tiene un aura navideña y mágica, excepto ella, que parece sacada de una escena de *Los Miserables.* Una nube de desdicha flota encima de su cabeza. A Vincent le

sorprende que nadie más lo haya notado. En serio, ¿es que nadie ve que es clavadita a Cosette?

La chica se detiene unos segundos delante de un escaparate y mira con sonrisa triste un vestido rojo de coctel. A Vincent se le encoge el corazón. Todavía no le ha visto bien el rostro, solo medio perfil bañado por la sombra. Con todo, le recuerda a su madre. La misma vulnerabilidad, esa generosidad de entregar a alguien todo cuanto tienes, la sonrisa triste que te desgarra el alma…

Es todo cuanto él recuerda de ella. Murió cuando Vincent tenía veintidós años. Y, antes de morir, su vida no fue exactamente un cuento de hadas. Se casó en contra de sus controladores padres con un hombre mayor y violento, el padre de Vincent, tuvo una existencia de lo más desdichada y murió a los cuarenta y cuatro años por culpa de una enfermedad terminal. Ella nunca volvió a casa de sus padres. Ni siquiera cuando su marido, borracho como una cuba, la tiraba al suelo y le daba furiosas patadas en el estómago. Apretaba los dientes y aguantaba las palizas. Volver a casa habría significado admitir que se había equivocado al casarse con él, y Marie tenía demasiado orgullo para eso.

Ese orgullo fue algo que Vincent siempre odió de ella. Porque el orgullo la destrozó.

Claro que lo comprendió tarde. Muy tarde. Demasiado tarde como para poder hacer algo al respecto.

Cuando era pequeño y eran tan pobres que en la tienda del barrio les tenían que fiar incluso el pan, Vincent tenía un sueño. Saldría de ahí, costase lo que costase, y algún día tendría suficiente dinero como para poder darle a ella todo lo que merecía, la vida que debería haber tenido si el desgraciado de su padre no la hubiera destrozado entre sus manos, como si no fuera más que un puñado de tierra que se desintegra y esparce al viento.

Su deseo era tan fuerte que se había convertido en una obsesión que le quitaba el sueño por las noches.

En su colegio nunca hubo un estudiante más aplicado. Sacaba las mejores notas en todo y se las había ingeniado para que el mejor profesor de piano de todo París le diera clases gratis. Solo media hora a la semana, era un músico de altísimo nivel, aunque no

importaba, porque Vincent estudiaba en el piano de la iglesia horas y horas y mejoraba con cada mes que pasaba. Lo único que necesitaba era que alguien dirigiera sus pasos. Le salió bien la jugada.

A los veinte, el piano no tenía ningún secreto para él.

A los veinticinco era una estrella emergente. Y destrozada, a pesar de haber cumplido su sueño, a pesar de haber llegado justo donde pretendía llegar, a pesar de que ese barrio fangoso y esa casa destartalada, que miles de veces había soñado con incendiar, no fuera más que un mal recuerdo sepultado en su memoria. Había conseguido por fin el dinero que se había propuesto. Debería haber estado eufórico.

Nada más lejos de la realidad. Vincent estaba irremediablemente roto. Todo el trabajo, todo su esfuerzo, las innumerables tendinitis y las noches en vela, todo había sido en vano. Nunca iba a poder cumplir su promesa. Nunca iba a darle a ella lo que merecía, porque *ella* ya no estaba ahí.

Se había marchado en plena noche, en completo silencio, sin despedirse siquiera, y había dejado en el interior de Vincent un vacío tan enorme que ni toda la fama del mundo habría conseguido llenar.

Desde entonces, él se ha convertido en alguien distinto. Más oscuro. Cada día está más solo, ya nunca se acerca a nadie, no se permite tales concesiones, y los pocos amigos que tenía se han ido marchando con el tiempo. Vincent ha trazado una línea e impide que las personas la crucen. Ha levantado un muro tan alto que lo oculta y lo protege a la vez; una armadura inquebrantable, para que nada vuelva a destrozarle nunca así.

Las mujeres se enamoran de él todo el rato, atraídas por el aura de oscuridad y desapego que destila. Pero en cuanto comprenden que no tiene nada que ofrecer, que su corazón murió con Marie, pasan a algo mejor. A Vincent no le importa. No quiere lazos de ningún tipo. No siente dolor.

No siente nada.

CHLOÉ



4

—Disculpe.

Chloé da un respingo en medio de la calle. No ha oído a nadie caminar detrás de ella y la voz, grave y un poco rota, la ha pillado completamente desprevenida. Se da la vuelta y mira demudada al hombre que la observa con ojos entrecerrados.

Es un tío alto. Altísimo. Calcula alrededor de metro noventa, porque ella, con su metro setenta y dos de altura, tiene que echar la cabeza hacia atrás para poder sostenerle la mirada. Es muy atractivo. Atractivo como ya no se ven los hombres.

Pero hay algo roto en él. Chloé lo nota desde el primer instante, nada más cruzarse sus miradas. Sabe reconocer ese brillo remoto en sus ojos.

—¿Sí?

Él se frota la frente con aire incómodo. Los ojos de Chloé caen sobre sus dedos. Largos. Delgados. Podría ser artista. No se lo imagina arreglando enchufes.

—Le parecerá de locos. Y le prometo que no quiero nada de usted.

Chloé aprieta los labios para sofocar la sonrisa. Es verdaderamente divertido lo nervioso que se ha puesto. ¿Qué va a pedirle? ¿Un *ménage à trois*?

—Tengo el sentimiento de que algo *sí* quiere —replica, intentando contener la diversión.

Él pone una sonrisa embarazosa.

—Me ha pillado. Algo sí quiero. Me preguntaba si le apetecería acompañarme a ese bar de ahí a tomar algo.

—¿Una cita? —Chloé enarca ambas cejas, aunque su gesto presumido se borra en cuanto percibe rechazo en los ojos azules del hombre. Al principio parecían casi fluorescentes. Ahora son oscuros. Muy oscuros.

—No exactamente. Solo… solo quiero que me acompañe. No es nada amoroso ni raro. No es que la haya visto por la calle y el corazón me haya dado un vuelco. Le prometo que no se trata de nada de eso.

Chloé cruza los brazos sobre el pecho y se pone un poco a la defensiva. Aunque él no parece peligroso, nunca se sabe.

—¿Y de qué se trata?

Nota que él está en conflicto consigo mismo. Tarda unos momentos en contestarle, momentos en los que se limita a mirarla a los ojos, una mirada larga y turbada que hace que a ella *sí* le dé un vuelco el corazón.

—Hace frío —habla él por fin, con voz baja y controlada. A pesar de su tono, la nota vibrante que hay en su voz hace que Chloé se estremezca, y desde luego que no es por el viento—. Es… la hora de cenar. Y resulta que yo sé que en este bar de aquí suena la mejor música de todo París. Y no he podido evitar preguntarme si a usted… Si le apetecería hacerme compañía. Mire, es un sitio público, y le prometo que no le pondré un dedo encima. Podrá marcharse cuando quiera. Es más. —Levanta un dedo en el aire pidiéndole que aguarde, se saca la cartera del bolsillo y le alarga cincuenta euros—. Tenga. Yo le pago el taxi. Cójalo, por favor. Si le parece que he dicho o hecho algo que la haya molestado, puede marcharse en cualquier momento.

Chloé le clava la mirada. Ya no parece divertida por la situación.

—Guárdese su dinero. No lo quiero.

—Pero…

—Iré con usted, porque me tiene muy intrigada. Y si hace algo inapropiado, le daré una patada en los huevos. ¿Estamos?

El rostro de él se abre en una sonrisa divertida.

—Muy bien. Me parece un buen trato.

—Genial. Me llamo Chloé. ¿Y usted?

—Vincent.

—Encantada, Vincent.

Él hace un leve gesto con la cabeza.

—Un placer.

Se miran, intercambian una sonrisa cortada, y Vincent abre la puerta.

—Sabes que no soy una prostituta, ¿verdad? —aclara Chloé abruptamente, al verse en medio del *lobby* de un hotel.

Él la mira por debajo de la frente arrugada, lo cual le da un aspecto aún más interesante y atormentado.

—¿Qué?

—Si me has traído a este hotel porque quieres acostarte conmigo o porque quieres un *ménage à trois*…

Se interrumpe porque él se ha echado a reír y es tan atractivo cuando ríe que las ideas de Chloé se dispersan un poco. Se da cuenta de que su rostro risueño le resulta un poco familiar, aunque es incapaz de ubicarlo en su memoria.

—Descuida. Te prometo que no quiero acostarme contigo.

Eso, de alguna forma, la ofende.

Y se enfurece consigo misma por permitir que algo así la ofenda.

—¿Y a dónde vamos entonces?

—Ya te lo he dicho. Al bar. Sígueme. Es por aquí.

Le señala la dirección sin tocarla. Le gusta eso en un hombre. Los tíos que se toman la libertad de tocarte la cintura, de incluirte entre sus propiedades sin pararse a preguntar qué opinas tú al respecto, la enferman.

Contenta de descubrir que él no es uno de ellos, camina en silencio por la moqueta roja y cruza la puerta que acaba de abrir para ella.

En efecto, es un bar, un bar lujoso que la hace fantasear con los elegantes años sesenta y los recitales de Nina Simone. Seguro que ella habría tocado ese piano de ahí. ¿No se había autoexiliado a París después del asesinato de Martin Luther King, harta de la segregación racial, y con razón?

—Siéntate —le dice Vincent, señalando una mesa cercana al piano —. ¿Qué te apetece tomar?

—Yo… nada —responde Chloé, consciente de que no podría pagar ni un vaso de agua.

—Está bien.

Él se sienta a su lado con una sonrisa y le hace una señal al *maître*, que se acerca de inmediato.

—Vincent, buenas noches. —Por la enorme sonrisa con la que los recibe el *maître*, está claro que se conocen bastante bien y que, además, Vincent le resulta simpático. Eso tranquiliza a Chloé.

—Hola, Claude. ¿Cómo estamos hoy?

—¿Para qué vamos a andar quejándonos?

—Ciertamente. No tendría sentido. Esta es mi amiga, Chloé.

Claude inclina la cabeza con majestuosidad.

—Buenas noches, señorita. Encantado de conocerla.

—El gusto es mío —replica ella, devolviéndole la sonrisa.

—¿Por qué no nos traes una botella de vino, dos copas y lo que sea que tengáis de cenar esta noche?

—Ahora mismo. Ah, antes de que se me olvide —Claude se vuelve a girar con un dedo en alto—. Alexander andaba buscándote. Creo que quiere hablar contigo de la fiesta de Navidad.

—Muy bien. Iré a verle en un momento. ¿Está en su despacho?

—¿Dónde iba a estar? Siempre lo he dicho: necesita una novia.

Una pequeña sonrisa se reproduce en los labios de Vincent.

—Puede, pero no se lo digas a él.

—Dios me libre. Se pondría hecho un basilisco. *Claude, métete en tus asuntos*. Con ese acento británico que tiene.

Los dos se echan a reír. Chloé los contempla con una sonrisa incómoda. No sabe quién es el británico llamado Alexander.

Claude se retira y Vincent gira la mirada hacia ella.

—Voy a tener que dejarte sola un rato. Por favor, cena y acábate el vino porque yo soy abstemio y no podría bebérmelo.

Una expresión de sorpresa cruza los ojos de Chloé.

—¿Eres abstemio?

—Sip.

—¿Y por qué has pedido vino?

Él se encoge de hombros y le dedica una sonrisa sexy.

—Pensé que podría gustarte. Si no es así, pide otra cosa. Las consumiciones me salen gratis.

—¿En serio? ¿Por qué? ¿Eres el dueño?

Él suelta una carcajada y Chloé se descubre mirándolo con una sonrisilla bobalicona.

—No. Pásalo bien, Chloé. Te veré más tarde, si es que sigues por aquí.

Se despide con un gesto de cabeza y se marcha, dejando a Chloé sola, con el ceño fruncido y decenas de preguntas dando vueltas por su mente. ¿Quién es ese hombre y qué es lo que pretende?

—Espero que le guste el pato confitado y el puré de manzana —interrumpe Claude su abstracción.

Los ojos azules de Chloé se elevan hacia los suyos.

—Sí, gracias, Claude. Suena perfecto. Por favor, no me hables de usted.

—Está bien. El vino es un Pinot Noir. Si no te gusta, podemos traer otro.

¿Pinot Noir? Dios mío. Como para no gustarle.

—Pinot Noir es perfecto. Gracias.

—Es buen tipo, ¿eh? —comenta Claude mientras descorcha la botella y le sirve una generosa copa.

—Eso parece —responde Chloé distraída.

—Tengo que decir que me ha alegrado verle con una chica. Y más con una chica tan guapa. Nunca se trae a nadie. Y siempre está tan triste…

Chloé lo mira confundida.

—¿Nunca se trae a nadie?

—¿Vincent? Dios, no. —Claude ríe, como si la idea en sí le resultara descabellada—. Debes de ser especial.

Chloé asiente con una sonrisa forzada. Especial. A lo mejor es un asesino en serie y ella encaja en el patrón. ¿Por qué si no un tipo tan guapo iba a estar siempre triste?

En fin. Al menos no pasará la noche sola en casa, muerta de frío y de hambre.

Coge el tenedor de plata —guau— y se lleva un poco de pato a la boca.

—Dios mío… —se deleita—. Hmmm. Está delicioso —le dice a Claude con una sonrisa, que él le devuelve antes de retirarse.

Sus ojos comprueban el enorme reloj colgado detrás del piano. Son casi las once de la noche. Ha pasado la hora de cenar. Aunque el hambre no entiende de horarios, por lo que Chloé se acaba toda la comida en un par de minutos. Vaya. Seguro que acabará poniéndose mala. Su estómago ya no está acostumbrado a esas comilonas.

Claude, que probablemente por orden de Vincent ha estado muy pendiente de ella, se le acerca con un plato de pastel de chocolate.

—Oh, por Dios. ¿Postre también?

—Ordenes de Vincent.

—Vale, tengo que preguntarlo. ¿Quién es este tío?

Claude frunce el ceño y deja el plato delante de ella con una mano elegantemente apoyada contra su espalda.

—¿A qué te refieres?

—Tiene que tener algún defecto.

—Pues…

En ese momento Claude se calla y algo a sus espaldas llama su atención. Chloé se gira con la silla y se queda boquiabierta. Quien se ha sentado detrás del piano no es Nina Simone sino Vincent.

—Dios mío —cae de pronto, y le da un golpecito a la mesa—. ¡Joder! Sabía que me sonaba de algo. ¡Es Vincent Crozet, el pianista!

Claude frunce las cejas, confuso.

—Sí. Pensaba que lo sabías.

—Pues no. Me sonaba familiar, pero hasta verle detrás del piano no he comprendido quién era. Hace tiempo leí un artículo sobre él. Ese tío es mega famoso. Creo que decían que es el mejor pianista del mundo o algo así, ¿no?

—Algo así.

—¿Qué hace aquí?

—Alexander, uno de los dueños del hotel, es un melómano y se ha empeñado en tener al mejor. Vincent toca tres veces por semana. El resto del tiempo está muy ocupado. Creo que hace musicales y cosas por el estilo. No es demasiado comunicativo.

Chloé vuelve a mirarlo y se pregunta si la ha invitado a cenar porque él también la ha reconocido a ella. No le parece probable. Las cantantes de ópera no son tan famosas. Y mucho menos las cantantes de ópera que han caído en el anonimato y la desgracia.

—Vaya. Vincent Crozet en persona. No me lo puedo creer.

Claude retiene la sonrisa.

—Disfruta del concierto —le desea antes de dejarla sola.

Vincent, sentado detrás del piano, no la mira. Contempla las teclas con expresión absorta. Chloé atraviesa el pastel con la cucharilla y sonríe antes de probarlo. ¡Está cenando con Vincent Crozet!

Bueno, está cenando sola porque él no ha tocado la comida. Pero la ha invitado. ¿Por qué? ¿La vio por la calle y se dijo a sí mismo: *voy a invitar a esta chica a cenar y a que escuche mi recital*? ¿Qué vio en ella?

Las dudas hacen que Chloé se dé un pequeño repaso a sí misma. No encuentra nada especial. Una pelirroja con curvas. En los sesenta la habrían considerado guapa y voluptuosa. Ahora, en cambio, cuando las mujeres parecen esqueletos vivientes, sus curvas están un poco fuera de lugar.

Cierto es que en los últimos meses ha encogido bastante, fruto de la mala alimentación y la tristeza. Aun así, su cuerpo con forma de chelo está pasado de moda si una hace caso a los estándares actuales de belleza.

El sonido del piano la hace levantar la mirada abruptamente y enfocar a Vincent.

Medio sonríe al reconocer los acordes y, cada vez más impresionada, sigue el ritmo con el cuerpo. *Sinnerman*. A Nina Simone le habría encantado.

Demonios, es muy bueno. Lo da todo.

Y su voz, cuando empieza a cantar, es perfecta.

Chloé lo mira eclipsada y se da cuenta de que todo el mundo le ha clavado la mirada. Todos notan su magnetismo y, al igual que ella, no consiguen dejar de mirarlo.

Es, sin duda, un pianista magnífico.

Aunque no es la magnificencia lo que atrae la atención de Chloé. Es la tristeza. De repente le parece aún más roto, irremediablemente fracturado en miles de pedazos que nunca podrán recomponerse.

La pequeña sonrisa de Chloé muere encima de su rostro. En cuanto sus dedos rozaron las teclas del piano, él se convirtió en alguien como ella y parece que nadie más lo esté notando. Creen que es pasión. Se equivocan. Es un grito de auxilio.

Y solo alguien destrozado podría entenderlo.

*****

Unas horas después, Vincent baja del escenario y se le acerca con una pequeña sonrisa.

—Hola. Me alegro de ver que sigues aquí.

—¿Hola? ¿Por qué no me has dicho que eres pianista? —reprocha Chloé, aunque con gesto simpático.

—No lo preguntaste. ¿Qué tal la cena? Espero que estuviera buena.

—Magnífica, aunque no tenías que haberte molestado.

—No lo he hecho. Se incluye en mis honorarios.

—No lo entiendo.

Él frunce el ceño y ocupa una silla al otro lado de la mesa.

—¿El qué?

—Qué hago yo aquí. ¿Me viste por la calle y dijiste *seguro que no ha cenado, voy a invitarla a cenar*? ¿Haces obras benéficas en época navideña o qué?

Los labios de Vincent se despliegan en una sonrisa un tanto incómoda.

—Te vi por la calle y tuve la impresión de que no te apetecía estar sola. Y pensé que aquí, rodeada de gente, estarías mejor.

—Entiendo. —Chloé baja la mirada hacia su plato vacío, pone una sonrisa insegura y después lo vuelve a atravesar con toda la fuerza de sus ojos—. Te he reconocido. Pero… ha sido cuando te he visto sentado en el piano. Antes de eso creía que eras alguna especie de asesino en serie. Guapo y letal, o algo así.

Vincent rompe en carcajadas. A Chloé le gusta el sonido de esa risa y se descubre a sí misma contemplándolo de nuevo con sonrisa bobalicona y la mano apoyada contra la mejilla.

—¿Y ahora qué piensas sobre mí? ¿Aún crees que soy un asesino en serie?

—Hmmm. No las tengo todas conmigo —dice en son de broma.

—Te prometo que no quiero hacerte daño.

Se lo asegura con tanta seriedad que ella también se pone seria y lo estudia a través de las pestañas con aire grave.

Sobreviene un silencio. Cómodo. Íntimo.

—Te creo.

—Bien.

Intercambian una pequeña sonrisa y él toma un trago de la botella de agua que traía al bajar del escenario.

—¿Cómo es que eres abstemio? ¿Has tenido problemas de alcoholismo?

Es algo muy habitual entre los músicos de su nivel. La fama, la presión, el miedo de no estar a la altura. Algunos pierden la confianza en sí mismos e intentan encontrarla en una botella o en alguna sustancia que les haga escaparse de su realidad. Espera que no sea ese su caso. Sería una lástima que alguien así se echara a perder.

Él levanta la mirada con expresión deshecha. Chloé se siente de pronto aturdida. Sabe que ha tocado una fibra dentro de él y que no le ha hecho la menor gracia. Le gustaría decir algo, que lo siente, que no hace falta que le conteste, pero entonces él separa los labios y cualquier cosa que Chloé pudiera decirle deja de importar.

—Mi padre era alcohólico —responde, con mirada abstraída—. No quiero tener nada en común con él.

Toda una serie de expresiones confusas cruzan el rostro de Chloé. Nota la faz tirante, el ceño fruncido, y su mirada se vuelve lejana,

atraída por un pasado al que no le gustaría volver ni siquiera dentro de su cabeza.

—Ya. Te entiendo —susurra, manteniendo los ojos dispersos sobre el mantel—. Mi padre también es alcohólico. O al menos lo era antes de que lo encerraran. Ahora no tengo ni idea de cómo es. Hace veinte años que no lo veo.

Vincent ladea la cabeza hacia la derecha y la observa con curiosidad.

—¿Por qué lo encerraron? —Ella pone una sonrisa triste antes de desviar la mirada hacia el piano—. Si no me lo quieres decir, está bien. Siento haberlo preguntado. Normalmente no interrogo a la gente. No pretendía hacer que te sintieras…

—Mató a mi madre —lo frena Chloé, cuyos ojos se giran de golpe para desgarrar a los suyos. Vincent contiene el aliento. Su rostro se torna de piedra. Al ver la mella que han hecho en él sus palabras, Chloé baja los párpados y se obliga a respirar hondo. La gente nunca quiere saber la verdad. Creen que sí, pero en cuanto la desvelas, se dan cuenta de que la verdad es demasiado para ellos—. Lo siento. No sé por qué te lo he dicho. Yo tampoco voy por ahí contándole esto a la gente.

En un impulso, él pone la mano encima de la suya. Está ceñudo y es evidente que intenta asimilarlo todo.

Los ojos de Chloé caen sobre sus manos entrelazadas. La está tocando, pero no se siente agredida ni incómoda. Es… agradable. Humano.

—Tranquila. Creo que los dos hemos dicho cosas que normalmente no diríamos.

Sus miradas se cruzan de nuevo. Intercambian una pequeña sonrisa cargada de desánimo y él la suelta y se echa hacia atrás en el asiento. Chloé busca algo que decir. Algo… neutro.

—¿Hace mucho que tocas en este bar?

—Medio año.

—Guau —es todo lo que se le ocurre decir.

Él le aguanta la mirada, una mirada penetrante que la deja sin aire en los pulmones.

—En esta época es una locura. Falta poco para Navidad y andan escasos de personal. Me acaba de decir Claude que necesitan ayuda en la cocina. Aquí siempre se necesita algo en alguna parte.

Chloé se coloca un mechón caoba detrás de la oreja. Lleva el pelo largo, ondas grandes que cuelgan sobre sus hombros, y su rostro es muy blanco, un blanco casi impoluto, que hace que toda la atención de las personas caiga sobre sus ojos azules.

Sabe que tiene un rostro simétrico, hermoso, de nariz pequeña, labios carnosos y pómulos marcados. El rostro es una de las cosas de las que más orgullosa está. Es idéntico al de su madre, y siempre que se mira en un espejo, tiene la sensación de que ella no se ha ido del todo. Sigue ahí, como si su esencia aún viviera a través de ella. Sonríe cuando ella sonríe y se pone triste cuando a ella la invade la tristeza.

Cada vez que se mira en un espejo, Chloé deja de sentir esa soledad desgarradora que hace veinte años que la acompaña como una sombra. Siente el amor materno que tanto ha anhelado volver a sentir.

Aunque la sensación solo dura poco más que unos segundos. Después, todo se apaga y una profunda soledad vuelve a apoderarse de ella.

Y en medio de esa soledad, el tiempo se ralentiza, los segundos se vuelven lánguidos y carentes de todo sentido, y lo único que puede ver es oscuridad, una oscuridad impenetrable, inhumana, un monstruo que se alimenta de cualquier sentimiento bueno y noble, de cualquier luz que se arriesga a acercarse.

A diferencia del amor materno, la oscuridad la acompaña a todas partes, a todas horas. No hay forma de huir.

Ella *es* oscuridad.

—Ah, ¿sí? —se obliga a hablar, carraspeando para desprenderse de su tono de voz enronquecido—. ¿Qué clase de ayuda?

Los dedos de Vincent están empeñados en hacer girar el tapón de la botella de agua. No la mira.

—Ya sabes, gente que friegue los platos, pele patadas y… esa clase de cosas —responde sin conceder la menor importancia—. Nada complicado, dado que en el bar no preparan las comidas ni las

cenas. Todo esto viene del restaurante del hotel —explica, señalando hacia su plato de postre.

—¿En serio? Pensaba que lo hacían aquí.

—No. Aquí solo preparan platos ligeros para los clientes del bar, tablas de picoteo y poco más. La actividad no es tan frenética como en el restaurante, así que ni siquiera necesitan personal cualificado.

Chloé se aclara la voz por lo bajo, junta las manos en el regazo y se queda con los ojos clavados en sus nudillos.

—Si yo hablara con Claude sobre ese trabajo… ¿te molestaría?

—¿A mí? —Él frunce el ceño y la mira por fin a los ojos—. En absoluto. De hecho, si quieres, puedo hablar yo por ti. Se me da bien negociar. Seguro que te consigo las comidas gratis.

Ella se echa a reír. No es diversión. Solo es alivio.

—¿Harías eso por mí?

Él calla unos segundos y al final le dedica otra de sus miradas largas y penetrantes.

—Sí, Chloé. Haría eso por ti.

Chloé se muerde el labio y le sonríe.

A pesar de todo, el corazón se le ha encogido en el pecho, porque él tiene algo irresistible que consigue atravesar todas sus defensas. Por unos segundos sus ojos caen sobre sus labios y la pregunta de cómo sería besarle la distrae momentáneamente. Sería intenso, sin duda.

Se estremece y desvía la mirada de inmediato. No debe pensar en cosas así. Es una tontería.

—Hoy se cumplen veinte años —confiesa con voz abrupta.

—¿Qué?

—Desde que mi madre murió. Por eso no quería irme a casa. Gracias por la invitación. Yo…

Él niega despacio y pasea los ojos por todo su semblante. La mira como si quisiera grabarse su rostro en la memoria.

—No me des las gracias. No he hecho nada.

Pero lo ha hecho todo y Chloé solo puede sentir gratitud. Gratitud y algo más. ¿Mariposas en el estómago? Vaya tontería.

«¿Cuándo vas a madurar, Chloé?»

EMILIA



5

Una noche cerrada y gélida envuelve París.

Al amparo de un cielo negro como la tinta, rachas de viento huracanado esparcen hojas y papeles sobre las amplísimas avenidas del centro. No hay transeúntes, ni tan siquiera uno, y los callejones exhiben un aire callado, como una hilera de tumbas silenciosas abandonadas incluso por los espíritus.

Millie contempla con mirada mortecina el elegante coche negro que se abre camino entre los pocos vehículos que circulan a horas tan tardías por una de las principales arterias de la ciudad.

Está sentada en la parte de atrás del Mercedes de su padre, oculta tras unas lunas tintadas que la protegen de ojos ajenos.

Casi que mejor. No se considera a sí misma un regalo para la vista. Exhibe un aire demasiado atrevido, rayano en la insolencia.

Ha cambiado de aspecto hace poco, un intento tonto por dejar atrás la adolescencia y el aire aniñado que su rostro se empeña en mantener, sobre todo por las mañanas, antes de que a Millie le haya

dado tiempo de sepultarlo tras una buena capa de maquillaje oscuro.

Antes de salir de Nueva York se tiñó el pelo de rosa, y ahora va vestida para destacar: short vaquero, deshilachado, medias de rejilla, botas militares y una cazadora verde, claramente insuficiente para las temperaturas del exterior. Lleva un *piercing* en la nariz y la oreja derecha llena de pendientes. Un colgante con el dibujo de un pentagrama cuelga entre sus pechos, adornando el sencillo top con escote en forma de V.

Se dice a sí misma que es una versión moderna y mejorada de Nancy Spungen[2]. Que se joda la moda parisina. ¿Quién querría ser como esas pánfilas que se definen a sí mismas como *chic*? Ella seguro que no. Prefiere resaltar entre los demás como lo haría un lobo en un rebaño de ovejas.

La idea le hace tanta gracia que se descubre conteniendo una sonrisa. Hay algo lobuno en su gesto.

—¿Cómo está mi padre? —se le ocurre preguntar tras unos veinte minutos de intrascendente silencio.

El chofer niega apenado cuando cruzan una mirada a través del espejo retrovisor.

—Todo lo bien que cabría esperar dadas las circunstancias. Le habría gustado venir a recogerte al aeropuerto, pero es tan tarde que…

—¿Paul?

—¿Hm?

Como ella calla de repente, los ojos de él se alzan hacia el espejo. Millie está exhibiendo una sonrisa resignada.

—No importa. No esperaba que viniera.

—Ya me imagino.

Turbado, Paul se aferra con más fuerza al volante, se aclara la voz por lo bajo y cuadra mejor los hombros en el asiento. Estas cosas le hacen sentirse incómodo, se nota a la vista.

Millie se aparta un mechón de flequillo rosa de los ojos y vuelve a mirar por la ventanilla. Tiene las uñas pintadas de negro y un tatuaje en la muñeca, el ocho del infinito, un recordatorio de que la vida

tiene fecha de caducidad. Se lo hizo el día en el que cumplió los veintidós años. Estaba borracha, pero no se arrepiente. Millie nunca se arrepiente de nada. Es una norma que se obliga a sí misma a cumplir a rajatabla. Los arrepentimientos le resultan repulsivos.

Aunque Paul mantiene el volumen tan bajo que la música no es más que un murmullo ahogado, se percata de que en la radio suena *Wonderful Life*. Tiene gracia, porque ahí fuera no parece haber nada *wonderful*. La fría llovizna que castiga las calles parisinas concede a la ciudad un aspecto sucio e inerme. Alrededor de las farolas parece nieve, pero el suelo está demasiado mojado como para que cuaje.

Adoquines. Millie sonríe para sí. Había echado de menos los adoquines de París.

Había echado de menos muchas cosas de París.

Y, sin embargo, volver le resulta difícil. Demasiados recuerdos a los que enfrentarse.

La invade el irreprimible impulso de interrogar a Paul, tirarle de la lengua para saber qué panorama la espera al llegar, pero se muerde el labio inferior con fuerza y obliga a sus apagados ojos, delineados por líneas negras de casi un dedo de grosor, a permanecer perdidos en las resbaladizas e inhóspitas calles de París. El paisaje ofrece un aspecto tan lúgubre que a Millie la invade un extraño desasosiego.

El coche señaliza y gira a la derecha. Sobresaltada, levanta la mirada de los adoquines y sus ojos azules peinan la zona. No tiene ni idea de dónde están, no reconoce el barrio. En la esquina hay un reloj. Son las dos y media de la madrugada, casi las tres menos veinticinco. Su vuelo ha llegado con retraso. Por lo visto hubo una tormenta en Canadá.

Millie no entiende muy bien por qué una tormenta en Canadá tiene que afectar un vuelo Nueva York-París. En fin. ¿Qué más dará?

Tenía otros planes para las fiestas de invierno. Ella y James iban a ir a Hawái. Navidades al sol, con una piña colada en la mano. Habría estado bien, para variar, pero, joder, a veces las cosas cambian en un segundo. Nadie tiene la culpa.

—Tengo que ir —le había dicho a su novio la semana anterior, nada más recibir una llamada nocturna de París—. Puede que sean sus últimas navidades. Necesito despedirme de él.

Su padre se está muriendo, esto es lo que la ha impulsado a tomar la insensata decisión de regresar. Glioblastoma, o algo así. En fin, completamente inoperable. La vida es una zorra.

No es que Millie esté hecha polvo. No lo está. Ella y su padre no mantienen una gran relación. Apenas le ha visto en los últimos veinte años. Salvo algunos veranos que pasaron juntos en la casa de la costa de sus abuelos franceses y aquel último año de instituto que vivió con él en París, el *gran hombre* es un desconocido para ella. Accedió a vivir con él cuando su madre se volvió a casar, pero, en cuanto acabó el instituto, eligió matricularse en una universidad estadounidense y vivir por su cuenta. Nunca ha esperado nada de nadie.

De niña, toda esa mierda de los padres separados la hacía sentirse como un paquete de Amazon dando vueltas de un lado al otro. Sabía que no la querían en ninguna parte. Ambos tenían sus vidas organizadas y ella como que no encajaba en el conjunto. Las niñas rebeldes no encajan en ninguna parte.

Ahora tiene veintidós años y las familias le siguen pareciendo un asco. Su madre acaba de dar a luz. Gemelos. Por Dios. ¿Por qué alguien volvería a tener hijos a los cuarenta y dos años, niños que comen y cagan y lloran todo el rato?

Millie lo tiene claro: no piensa tener hijos. Jamás. El planeta está sobrepoblado, de todas formas. ¿Es que nadie ve que el ecosistema se está yendo a la mierda? ¿A nadie le importa?

Suspira, niega resignada y comprueba el móvil. Varios mensajes sin abrir y notificaciones de redes sociales, ninguna cosa importante. Debería echar de menos a James, pero no siente añoranza, ni por él ni por nada de lo que haya dejado atrás. Está demasiado inquieta como para echarle de menos. Hay una pregunta que quema la punta de su lengua, una cuestión que no se atreve a plantearle a Paul, porque eso supondría que sus labios formularan un nombre que hace años que no pronuncia.

Al menos, no en voz alta. No de manera consciente. Puede que en sus sueños más profundos alguna vez diga su nombre.

Pero solo en los sueños más profundos.

Y solo alguna vez.

Con el semblante pálido, desencajado, baja los párpados despacio y el rostro de *él* empieza a adquirir contorno dentro de su mente, su impasible, aunque extraordinario perfil de pómulos definidos y nariz recta, su ancha boca, sus fieros ojos azules, su permanente e irritante ceño fruncido...

Una sonrisa triste nace en sus labios ante el recuerdo de esa frialdad aplomada y británica que se apoderaba de él en los peores momentos.

Habrá cambiado.

Habrá envejecido.

Ahora tiene ¿qué…? ¿Cuarenta y un años? No es para ella. Tiene la misma edad que su madre, por el amor de Dios.

Su madre, la que acaba de tener gemelos. Lo cual quiere decir que tampoco es que sea tan mayor.

Además, hoy en día los hombres se conservan muy bien. Sobre todo, los que corren, nadan y escalan el puñetero Everest.

Quizá esté casado. Millie sabe que admiradoras nunca le han faltado. Y a él siempre le han gustado las mujeres. Todas menos ella.

En la radio cambian de registro, alguien decide que es buena idea entretener a los oyentes con una canción de Cohen.

Millie, con una tristeza teñida de anhelo, desliza el dedo por el vaho del cristal mientras repasa por enésima vez los detalles de esa electrizante noche. Bailó con él. Su mejilla raspaba contra la suya y su masculino y devastador olor a especias salvajes la hacía contener el aliento. Se moría por sentir su boca encima de la suya. Dios, no recuerda haber deseado nunca nada con tantas fuerzas.

Pero él se limitó a mirarla, casi molesto, como si ella estuviera incordiándolo con su mera presencia. Había perdido incluso la esperanza de que fuera a hablarle, pero de pronto su congelado rostro se cernió sobre el suyo y sus labios se acercaron a su oído.

—¿Cuándo vas a aprender modales, Emilia? —le susurró, con aquella voz ronca y profunda que le disparaba el corazón. Incluso las palabras ordinarias sonaban mejor cuando las pronunciaba él en ese tono solemne y con su marcado acento británico—. No está bien montar estos numeritos en público.

Millie, humillada como una niña, sintió ganas de llorar, el escozor de las lágrimas arrasaba sus ojos y supo que solo era cuestión de tiempo hasta que él las advirtiera.

—Vete al carajo —le soltó casi en un gruñido.

Se zafó de su abrazo antes de que acabara la canción y salió corriendo a la humedad de la noche. A la mierda el rocío y las neumonías. Necesitaba un puto cigarrillo.

Y que las estúpidas lágrimas, irracionales y tan delatadoras, dejaran de arder en su garganta. Al menos tenía claro que de ningún modo iba a llorar delante de él.

No esperaba que la siguiera a la terraza, enfurecido como un padre, batiendo puertas a sus espaldas y apartando a gente de su camino con ese bramido áspero que parecía su seña de identidad.

—Dame eso —le gruñó al alcanzarla en el exterior.

Sus ojos relampagueaban, pero Millie no se movió.

Furioso por su desobediencia, cruzó el pequeño balcón, le arrancó el cigarro recién encendido de entre los labios y la obligó a ponerse su chaqueta encima de los hombros.

—Hace frío —volvió a ladrar con aspereza mientras la envolvía en la prenda—. No seas cría, Emilia. Vuelve a la fiesta. Estás dando todo un espectáculo esta noche.

Por Dios. ¿Por qué no dejaba de tratarla como a una hija molesta?

Millie sintió que se quebrantaba por completo. Tiró su puñetera chaqueta al suelo, a pesar de que olía divinamente, a él, y lo miró con ojos llameantes. Parecía que, dentro de ella, furia y pasión se fusionaban en un baile sublime.

—¿Por qué me has sacado a bailar? —le gritó.

Él se quedó sin aliento, una profunda arruga asomó entre sus cejas, y Emilia tuvo la sensación de que no esperaba que le hiciera esa pregunta.

—Estabas avergonzada. Solo intentaba…

—¿Qué? ¿Qué intentas? ¿Consolarme? —volvió a rugir. La simple idea de recibir su consuelo era repugnante.

—Hacerte comprender que deberías salir con chicos que te traten mejor que Bastian.

¿Y él qué coño sabía?

Millie se acercó a su pecho peligrosamente, clavó los ojos azules, casi índigo, en los suyos y lo señaló con el dedo.

Estaba furiosa, pero maldita la furia que no le impedía mantenerse a salvo del aluvión de chispas que estallaron cuando se acercó a su magnético cuerpo.

—No necesito que me protejas. No soy tu puta hija.

Él aguantó su mirada con rostro impasible y ojos helados. Así y todo, tenía un aspecto un tanto burlón, una expresión casi sarcástica en las comisuras de los labios.

—¿Y qué necesitas? —repuso, sin abandonar su estúpido aplomo británico.

¿Qué necesitaba? Estaba bien que lo preguntara. Casi divertido. Ya que tanto le interesaba el asunto, pues bien, necesitaba que la apoyara contra la pared y que la hiciera suya en la misma jodida terraza de su hotel de pijos. Millie imaginó la cara de horror que pondría él y decidió replantearse su estrategia.

—Que me beses —respondió, más apaciguada.

El rostro de él fue recorrido primero por una oleada de sorpresa y después por una furia que hizo que se le disparara el tic de la mandíbula.

Estaba tan guapo cuando se enfurecía que Millie ahogó un gemido lastimero. ¿Por qué no podía quererla sin más? Sin pensar, sin planificar ni sopesar las consecuencias. Solo quería que la amaran. ¿De verdad era tan difícil?

—No tienes ni idea de lo que estás pidiendo —masculló él entre dientes, con una voz fría y controlada que solo denotaba una rabia abrasadora, la misma que consumía los ojos azules que se situaban ahora a la altura de los suyos.

—Yo diría que lo sé bastante bien. Ya no soy una niña.

—Tienes diecinueve años. Podrías ser *mi hija*.

Los ojos delineados de Millie se clavaron en el llameante azul que últimamente veía incluso en sueños.

Cuando estaban cerca el uno del otro, la energía estática que rugía entre ambos incendiaba el aire y pequeñas partículas cargaban la atmosfera de electricidad. Millie estaba segura de que él también las sentía. Por eso lucía tan desencajado cuando ella andaba cerca.

Era imposible que no notara todas esas ráfagas que pasión y la furia con la que los sacudía.

—Pero no lo soy.

—Podrías serlo —volvió a gruñirle.

—Anoche me follé a Bastian e imaginé que eras tú —escupió contra su cara—. Tus manos, tus labios, tus ojos… *Tú*. ¿Sigo pareciéndote una cría?

Él soltó un inarticulado sonido de furia, la cogió con fuerza por el mentón y, en una especie de impulso irreprimible, arrastró su boca hacia la suya. Millie ahogó un gemido cuando le separó los labios con firmeza, le metió la lengua dentro y la reclamó para sí. No sabía si era un beso o un castigo, pero lo disfrutó igualmente. Le había deseado tanto que pensó que se volvería loca si no le tenía.

Su lengua sabía a whisky y recordó que él había estado bebiendo mientras ella y Bastian montaban su numerito.

Y también recordó que la había estado mirando con ojos oscuros e inescrutables. ¿Estaba celoso? Bien. Porque ella se moría de celos cada vez que él entraba en la sala, tan atractivo como el pecado original, y todas las mujeres se giraban para mirarlo, mujeres mayores y mucho más hermosas e interesantes que ella, una colegiala que, hasta hacía muy poco, aún llevaba uniforme.

Esos celos que la corroían por dentro hicieron que ahora se pegara a su pecho casi con desesperación y respondiera a su beso con la brutalidad que merecía. Sentía la necesidad de sujetarlo apasionadamente, de perderse en él, de atravesar todas las barreras que se interponían entre ellos.

Su lengua se encontró con la suya y juntas emprendieron una danza delirante y feroz. Los dedos incrustados en su mentón empezaron a sujetarla con una fuerza casi inhumana.

Así que le gustaba duro, ¿eh? Ella también podía ser agresiva.

Le clavó los dientes en el labio inferior con fuerza, luego se lo metió en la boca y lo chupó.

Notó cómo a él se le aceleraba el corazón por debajo de la elegante tela de la camisa blanca.

Y notó que se la estaba poniendo dura.

Ella. Millie. Emilia, como se empeñaba en llamarla.

Sonrió contra sus labios, coló la mano entre sus cuerpos y lo tocó a través de los pantalones. Se moría por tocarlo. Por sentirlo latir entre sus dedos.

Pero él se apartó de golpe de sus labios, como si hubiese cobrado consciencia de repente, y la detuvo poniendo la mano encima de la suya.

—Ni se te ocurra, Emilia —gruñó con agresividad.

Los ojos de Millie bebieron de los suyos mientras sus pechos se agitaban con violencia en busca de aliento. Se sentía como si hubiese estado corriendo la maratón de Nueva York, eufórica, mareada, con la cabeza dándole vueltas sin ningún control.

—¿Por qué no? Quiero hacerlo contigo.

—Eso no va a pasar ni en mil años.

—Sabes que me deseas. ¿Qué te detiene?

—La decencia. Además, eres la novia de Bastian.

—¿Novia? No me hagas reír. Si me acosté con él es porque no quería que te sintieras como un capullo por haberme desvirgado. Lo hice por ti. Un cargo de conciencia menos. De nada, por cierto.

Intentó volver a besarlo, pero él le puso una mano sobre la garganta y la inmovilizó a escasos centímetros de su boca. Sus alteradas respiraciones se estaban cruzando y Millie vio que estaba furioso y muy, muy excitado. El ceño peligrosamente fruncido delataba que su lucha era atroz.

—Tengo ganas de estrangularte ahora mismo si es cierto que has perdido tu virginidad por eso.

—Adelante. Haz conmigo lo que quieras. Fóllame o estrangúlame si quieres. Pero, por Dios, ¡haz algo! No lo aguanto más. ¿No te has dado cuenta de que esta obsesión me está volviendo loca? No puedo comer, no puedo dormir, ni siquiera puedo ver la tele sin abstraerme. Mi mente me traiciona y me descubro pensando en ti en los peores momentos del día. Para mí, solo existes tú.

Los ojos azules del hombre cayeron sobre su boca y de repente se le antojaron aún más oscuros y pasionales que antes.

Durante unos segundos la hizo partícipe del conflicto interno que lo atormentaba, de la forma en la que intentaba contenerse a sí mismo para no volver a tomarla, de la fuerza con la que rechinaba

los dientes. Millie estaba segura de que acabaría cediendo al impulso de hundirse de nuevo entre sus labios.

Estaban cada vez más cerca. Él la sujetaba por la garganta y parecía absorto, embebido en su mirada.

Aunque también lucía atormentado, lívido y desencajado como nunca.

Millie decidió ignorar lo último. Se dijo que con el tiempo se le pasaría. Solo era el impacto inicial.

Se dispuso a mover los dedos por su rostro y a confesarle lo que sentía por él, pero antes de que le diera tiempo a abrir la boca, sus brazos la empujaron hacia atrás con desprecio y sus labios se curvaron en una cruel expresión de asco.

—Paso. No me va la corrupción de menores.

—¡Tengo diecinueve, imbécil! Y ya me corrompieron anoche. *Dos* veces. Aunque estoy bastante segura de que tú lo harías mucho mejor que Bastian.

Él le sonrió, con esa sonrisa burlona que se le clavaba en el corazón como dardos helados que lo congelaban todo menos el fuego que la consumía por dentro.

Dio un paso atrás y la miró con altivez mientras se metía las manos en los bolsillos y cabeceaba divertido.

Poco a poco, los últimos vestigios de su sonrisa burlona fueron apagándose y los ojos que la observaban parecían ahora graves y sombríos.

—Nunca lo sabrás. Buenas noches, Emilia.

La despedida fue tan gélida que su recuerdo aún la estremece por dentro, después de todo este tiempo.

Maldita sea.

Millie se desprende de su inescrutable rostro, que tan vivo permanece dentro de su apasionada memoria, separa los párpados y sus ojos caen sobre un edificio blanco, muy parisino, que mira como si pudiera atravesar. Aquella noche sonaba *You Want It Darker,* de Cohen, y escuchar de nuevo esos acordes y ese ritmo laxo y sombrío la ha arrastrado de vuelta al pasado.

Invocar recuerdos de él tiene algo de doloroso y, a la vez, de excitante. Rememorar cómo bailaron esa canción y el beso que se

dieron después, arropados por la oscuridad de la terraza, dos amantes febriles cuyas bocas se buscaban con un fervor y una desesperación que aún la perturba...

Duele. Aun así, se expone a ello una y otra vez, como si fuera adicta al dolor.

Se pregunta si él todavía conserva algún recuerdo de aquel beso, si se permite a sí mismo recordar. Seguro que no. Ella, por el contrario, nunca lo olvidará.

Se roza la boca con aire distraído y contiene la sonrisa al recordar cómo le ardían y le escocían los labios después de su feroz beso. Nadie va a superar nunca algo así.

Alexander Blake está incrustado en sus venas.

ALEXANDER



6

No ha probado bocado en la cena y ahora nota que el whisky que ha ingerido mientras fingía disfrutar de la comida y la compañía le pesa demasiado en el estómago.

Abre y cierra la nevera sin saber lo que está buscando. A sus espaldas, la cocina muestra un aspecto desordenado. La chaqueta y el abrigo que se puso para salir están tirados sobre la barra, y su corbata planteada cuelga del respaldo de una silla alta de bar. Alexander va en mangas de camisa y sin afeitar. Su rostro es atractivo, aunque su expresión resulta casi desdeñosa.

Comprueba por enésima vez el reloj y pone los ojos en blanco. Las tres menos cinco de la madrugada. Ni siquiera sabe qué hace despierto a esas horas. No es asunto suyo hacer de anfitrión. Debería irse a la cama. Que la jodan. Nunca ha sido agradable con él. ¿Por qué ha de ser él agradable con una persona que no ha hecho más que atormentarlo?

—Vete ya a dormir —se mentaliza mientras se sirve otra copa de whisky con manos temblorosas.

Suelta una blasfemia cuando se percata de que ha derramado una buena cantidad sobre la encimera.

¿Está nervioso? Es ridículo. No tiene ningún motivo para estarlo. Y, por lo tanto, no piensa ceder ante los nervios.

Con estudiado aplomo, se lleva la copa a los labios y sorbe un trago. Y después otro. Y otro.

Cuando se quiere dar cuenta, la copa está vacía.

Pues sí que está nervioso. Joder. Lo que le faltaba.

Ahoga una blasfemia y se deshace de la copa justo antes de que los faros de un coche golpeen contra el cristal de la cocina.

El corazón le da un vuelco sin ningún motivo y una extraña sensación de rigidez se apodera de él, como si un ser invisible estuviera oprimiéndole los hombros, estrechándole en un horrendo abrazo del solo quiere escapar.

Está aquí. Debería irse a la cama antes de que le vea.

Buena idea.

Sin permitirse ceder ante ninguna clase de emoción, excepto ese estúpido latido del corazón y la tensión que no hay manera de quitarse de encima, apaga la luz de la cocina y se encamina con aparente tranquilidad hacia la escalera.

Pero las piernas se niegan a llevarle arriba y se descubre a sí mismo dirigiéndose a la puerta. Debe de ser la curiosidad. Hace mucho que no la ve y solo es curiosidad por saber qué tal le va.

«Como si no lo supieras», se dice a sí mismo, irritado.

Claro que lo sabe. La sigue en las redes, y los jóvenes de hoy en día tienen la estúpida costumbre de colgar en Instagram toda su maldita vida. Ella lo cuelga todo, desde luego.

Así que Alexander sabe el aspecto que tiene, la comida que ingiere, a quién se está follando y a cuántos animales ha acogido en su casa.

Veintidós, por cierto. Y, si alguien se lo preguntara, podría recitar de memoria el nombre de cada uno de esos bichos mugrientos que ella, como una buena samaritana, recoge de las calles de Nueva York, bautiza con algún nombre ridículo y luego les busca un hogar.

Alexander se alegra de vivir en París. Si viviera cerca de ella, seguro que le obligaría a adoptar a algún gato cojo.

Y, por supuesto, él sería incapaz de resistirse. Esa chica es peor que una hechicera. Consigue que él haga concesiones que jamás haría por otras personas. Es *muy* irritante.

El ruido de un maletero que se cierra lo hace sobresaltarse y dejar de divagar.

Se exige autodominio, agudiza el oído y la escucha despedirse de Paul. Está cada vez más cerca. Casi puede sentirla, y se estremece solo de pensar en la oscura energía que desprende su pequeño cuerpo. Siempre enciende en él cosas que ni siquiera debería atreverse a nombrar.

Emilia se detiene al otro lado de la puerta y deja caer la maleta al suelo.

Alexander, consciente de que solo los separan diecinueve años y unos pocos centímetros de madera, se pasa una mano por el pelo con nerviosismo, intenta dominar el tic de la mandíbula y abre de un tirón.

Verla es… devastador. Se ha quedado desencajado.

—Oh… Hola, Alexander —saluda ella, enderezándose e improvisando una sonrisa rápida, azorada.

Alexander ha perdido de golpe la capacidad de hablar o de moverse. Tan solo sus ojos azules se atreven a desafiar esa extraña parálisis, y la repasan de arriba abajo, con languidez.

Dios mío. La muy tarada va vestida de Harley Queen.

Se echaría a reír, si no estuviera tan furioso con ella por provocarle una erección a cada hombre con el que se ha cruzado desde que salió de Nueva York. A él, desde luego, se la está provocando, y no es que sea tan fácil de impresionar. Ha visto a muchas mujeres. Ha conocido íntimamente a muchas mujeres. Ninguna mujer le ha puesto nunca tan duro como esa hippie tarada que podría ser su hija.

«No.Me.Jodas. ¿Qué tienes, quince años? Contrólate de una vez, tío».

—Llegas tarde —la informa con una frialdad incompatible con el incendio que lo devora por dentro.

No quiere ser frío con ella. Lo que quiere es envolverla en un abrazo y besarla hasta lastimarle los labios. Decirle cuánto la ha echado de menos y luego quitarle la ropa, esas ridículas medias de rejilla que deberían ser ilegales, y follarla encima de la encimera de la cocina, tomarla como nadie la ha tomado antes.

Gruñe para arrancarse esas ideas de la mente. Su mierda de obsesión nunca le ha traído nada bueno.

—Lo siento si no he podido obligar al piloto a que vuele más rápido —responde Emilia, entremezclando frialdad y sarcasmo.

Alexander se muerde el labio inferior por dentro para contener la sonrisa. Ella siempre es un adversario digno. Le gusta eso en una mujer. La sumisión no le va en absoluto. Él disfruta del juego.

—Tu padre está durmiendo —vuelve a informar, con la cara helada por la rigidez.

—¿Y tú qué narices haces despierto a estas horas? Me conmueves. ¿Querías darme la bienvenida?

—Ni lo sueñes —le responde con arrogancia, mirándola desde arriba. Tiene cuerpo de alpinista y le saca a Emilia unos treinta centímetros de altura—. Acabo de llegar.

Ella ladea la cabeza hacia la izquierda y lo observa con interés y una sonrisa mal disimulada.

—¿Una buena juerga?

La mirada de Alexander resbala sobre sus labios, pero se obliga a parpadear y a buscar sus ojos.

—La mejor —asegura con voz helada.

—Ya no tienes edad.

La sonrisa arrogante de Alexander se borra al instante. Se le ocurre que podría cogerla por la barbilla, empujarla contra la pared y enseñarle que aún tiene edad para ciertas cosas. Cosas oscuras con las que la dulce Emilia ni siquiera sueña. Se imagina la carita que pondría ella, cómo abriría esa pequeña boca para recibirle, cómo se dilatarían sus peculiares ojos añiles al notarlo latir dentro de ella. ¿Le gustaría? Sí, claro. A todas les gusta. Y él sabe que Emilia es muy receptiva.

Nota cómo su miembro reacciona, excitado por la crueldad de esas imagines, y se ve obligado a apretar las muelas para obligarse

a sí mismo a mantener el control.

No puede tocar a Emilia. Esa es la verdad. Emilia es la hija de su socio y la ex novia de Bastian. Ninguno de los dos se lo perdonaría nunca.

Él mismo no se lo perdonaría nunca.

Ya bastante culpable se siente por haberla besado aquella noche. Menudo bastardo. Ella tenía diecinueve años, por el amor de Dios.

Y acababa de decirle que se había follado a su hijo pensando en él.

«Olvídala.YA».

—Me voy a la cama. Tu cuarto es el de siempre.

—Menos mal que no se había quedado para recibirme... —refunfuña Emilia para sí.

De espaldas a ella, Alexander hace un gesto de exasperación con los ojos y aprieta la mandíbula con fuerza.

—Buenas noches, Emilia —se obliga a decirle.

—Me llamo Millie.

Le impacienta su empeño por tener siempre la última palabra en todo.

—Te llamas Emilia —repone con frialdad—. Millie es un nombre estúpido.

No la vuelve a mirar, pero siente sus ojos clavados en su espalda mientras sube por la escalera, y nota su sonrisa medio irónica. Estas navidades se le van a hacer eternas. Es lo que tiene el Purgatorio. El tiempo trascurre de otra manera.

MASSIMO



7

Diiing dooong. Diiiiing doooong. Diiiiiiiiiiiiiiing doooooooooong.

—Me cago en la puta madre que lo parió. ¡Ya.Voy!

Massimo, de terrible malhumor, cierra con ímpetu la puerta de su dormitorio y se adentra en la oscuridad del pasillo.

Tiene los pies inusualmente pequeños para un hombre, y camina deprisa por las heladas baldosas, que resultan tan frías como el hielo si uno no lleva calcetines.

Diiing dooong. ¡Otra vez! ¡La Virgen!

Quizá por las prisas, o quizá por culpa de la afilada oscuridad que envuelve la casa, el dedo pequeño de su pie izquierdo impacta contra la pata del zapatero con tanta saña que la tierra se le va de debajo de los pies durante unos segundos y la certeza de haberse fracturado el hueso cae sobre Massimo como un jarrón de agua helada que lo estremece hasta la médula.

A todo esto, el timbre sigue sonando sin piedad.

—Me cago en la… Aaaaaayyyy. —Massimo se dobla sobre sí mismo y se coge el pie afectado entre las manos—. ¡Jo-der! ¿Será

cretino el menda? ¡Que ya voy, coño! ¡Deja de tocar el timbrecito de los cojones!

Diiiiiiiiiiiiiiing doooooooooong.

El rostro de Massimo se tiñe de rojo. Se endereza con un brillo homicida en la mirada, recorre colérico los pocos metros que le separan de la puerta, abre de un tirón y se prepara para gritarle a esa persona demente que no para de apretar el timbre.

Pero la conoce.

Y se calla, a pesar de sí mismo.

—Estoy sufriendo una fuerte crisis emocional —informa ella con absoluto aplomo y una sonrisa encantadora.

Massimo pone los ojos en blanco —*porca puttana!*— y su ira se convierte en un suspiro hastiado. Da la luz, porque no quiere más accidentes con el puto zapatero, y se cruza de brazos en el umbral.

Es un tipo alto, moreno y atlético, de unos cuarenta y ocho años, al que se le ve muy cómodo con su pantalón corto de estar por casa y su impoluta camiseta ajustada al torso. Aunque su rostro se ha visto un poco afectado por la gravedad, su cuerpo aún se mantiene en forma. Tiene aspecto de nadador, hombros anchos y brazos bien formados. Nada todos los días en la piscina comunitaria, y encima corre ocho kilómetros cada mañana solo para despejarse la mente. Asimismo, acude al gimnasio y a clases de tango. Le gustan las *ragazzas* y quiere que ellas le encuentren atractivo. Ha leído en alguna parte que un hombre que domina las técnicas del tango es mejor amante. No es falsa modestia, pero para él el tango no tiene secretos.

—Francesca, son las tres de la madrugada.

—Las crisis emocionales no entienden de horarios, *caro*.

Francesca, si bien lleva veinte años afincada en Roma, se empeña en comunicarse en inglés, su lengua materna, y solo intercala palabras en italiano de vez en cuando, sobre todo las que mejor le suenan. Es de descendencia italiana, sus abuelos eran emigrantes napolitanos. Sin embargo, su pasaporte es indudablemente estadounidense. Se trasladó a Roma por culpa del trabajo de su primer marido. Podría haberse marchado después del divorcio, claro,

pero a esas alturas ya estaba enamorada de la ciudad. Y de Massimo. Así que se quedó.

—¿No me has oído, *caro mio*? Tengo una fuerte crisis emocional. ¿Quieres atenderme o prefieres que vaya a casa y me ahorque delante del gato? Si me pasara algo, tendrías que quedártelo, y te recuerdo que eres alérgico.

—Veo que no estás siendo para nada melodramática.

—Oh, ya me conoces. No es mi estilo —replica ella, con su sonrisa más mundana, aquella que reserva para eventos benéficos y encuentros con sus lectores.

Fantástico. Lo que le faltaba.

Massimo y su actitud de mártir se hacen a un lado para dejarla pasar.

Francesca, emperifollada como si viniera de algún simposio en casa del embajador, cruza el vestíbulo, deja su bolso —Vuitton— encima de la mesa del comedor, un enorme mamotreto de cristal al que Massimo le ha cogido manía —lo compró ella hace años, pero es una mierda, porque hay que limpiarlo a diario—, y se hunde entre los cojines rojos del sofá.

Sin más remedio, Massimo la sigue. Francesca es su ex mujer, aunque a veces a él se le olvida este pequeño e intranscendente detalle. Fue hace media vida. Ya ni siquiera se acuerda de lo que era acostarse con ella. Ahora se limita a vender sus libros.

Que tampoco es que haya mucho que vender últimamente, todo hay que decirlo. La literatura romántica ha cambiado y Francesca está tan empeñada en mantenerse anclada en los ochenta y en no hacer caso a sus sabios consejos que se está quedando atrás. Ahora la gente quiere sexo, pasión, drama, locura, ¡un show! Francesca lo pasa todo de puntillas, indiferente a esa revolución literaria que hace que sus libros decaigan año tras año.

A Massimo le preocupa que en breve ninguna editorial seria quiera publicarla. Francesca Conti ya no es sinónimo de ventas desorbitadas. Si no remonta en breve, acabará convirtiéndose en una vieja gloria.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con paciencia.

—¿Que qué ha pasado? —estalla ella por fin, sin preocuparse por despertar a los vecinos—. Espera a que te lo lea. —Se saca un papel manoseado del bolsillo de la chaqueta y se pone las gafas de leer. Uy. Mal asunto—. *Horrible, mal escrito y sin sentido.*

«Vaya por Dios. Una crítica».

Massimo se deja caer en el sillón, cierra los ojos con fuerza y se pellizca el puente de la nariz. Sabe que las críticas de los últimos libros de Francesca son malas. Por eso se las ha estado ocultando. ¿Cómo demonios las ha encontrado? ¿No será que últimamente está navegando por internet, buscándose a sí misma en Google? Eso sería muy narcisista por su parte.

—No hagas ni caso, *amore*. Eso lo habrá escrito una de esas frustradas que son un quiero y no puedo. Si esa fuera tan lista, escribiría sus propios libros. Pero ¿adivina qué? Solo sabe descuartizar el trabajo de otros. Yo que ella, empleaba ese tiempo en hacerme un dedo. Esta clase de maldad gratuita no te lleva a nada bueno. Cuando hayas acabado de escupir tu veneno, seguirás siendo el mismo ser patético y deprimente de siempre, atrapado en una existencia de mierda. ¿Para qué vivir si ni siquiera te concedes a ti mismo el dulce placer de la masturbación? El poco tiempo libre que tienes lo empleas en hacer el mal. Tú has escrito cincuenta y nueve libros. ¿Qué coño ha hecho esa en su puta vida?

Francesca levanta la cabeza y lo censura con una mirada pétrea, de basilisco aterrador.

—¿Massimo?

—¿Sí?

—Cállate. Y no des por hecho que es una mujer. Los hombres también saben hacer el mal. Oh, y créeme, son bastante creativos, retorcidos y mezquinos. Escucha esto. *El* Ocaso de un Romance *es un libro in-fu-ma-ble.* ¿Infumable? ¿En serio? Oh, y eso no es todo. Espera que hay más. Cito: *esperpéntico, absurdo y completamente surrealista.* Esta persona emplea más adjetivos que yo. *El desarrollo de la historia es íntegramente inverosímil y un auténtico despropósito.* Sé sincero. ¿Te ha parecido un despropósito?

Massimo no puede resistirse a esos ojos verdes que lo miran con expresión de cordero degollado. A fin de cuentas, él es un hombre

de la vieja escuela. No puede evitar querer rodearla bajo su ala protectora.

—Francesca, ¿qué te acabo de decir?

—Deberías leer las cosas horribles que dicen sobre mí en internet. Estoy hundida. ¡Hundida! Es… ¡Dios! Hay decenas de críticas así, y te prometo que esta era de las buenas. Una tal *Lectora Exigente* ha dicho: *Esta señora debería hacerse un favor a sí misma y dejar de escribir.* ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¡Soy una fracasada! —exclama balbuceando, antes de romper en sollozos—. ¡Y me ha llamado señora! ¡No sé qué es peor!

Massimo se le acerca maldiciendo y la envuelve en un abrazo. Maldita zorra sexualmente frustrada. Qué le hubiera costado tener un poco de tacto, ¿eh? Él sabe que las novelas de Francesca han decaído con los años, pero ¿no podría decirlo de otra manera? Igual que deje de escribir es un poco fuerte, ¿no? Hay otras maneras de criticar un libro sin empujar al autor al suicidio/alcoholismo/sexo en grupo con desconocidos. La idea es hacer una crítica constructiva que ayude al novelista a mejorar su escritura o a encaminarlo hacia lo que el público quiere leer.

Lo que él acaba de oír no es una jodida crítica constructiva. Es una crítica de un ser sin dos dedos de frente, que debería emplear su tiempo libre en masturbarse. Así tendría una existencia menos patética.

Porque vale que él no esté enamorado de Francesca, que no lo está, ojo, pero la quiere, es una de sus amigas más queridas, y verla sufrir de esta forma, llorar a moco tendido sobre su carísima camiseta de *Dolce&Gabbana*, le parte el corazón y le deja con ganas de querer estrangular a esos gilipollas —*esos* gilipollas, porque esta no es una cuestión de género, diga Francesca lo que diga— que la hacen sufrir.

Y, de todas formas, ¿quién les ha dado potestad para criticar? Si querían hacerse críticos literarios, haber estudiado, joder. Porque los críticos del New York Times dicen que tu libro es una mierda con tacto y elegancia. Sin deshacerse en adjetivos. Porque hay formas y formas de decir las cosas, ¿vale? ¿Por qué ese mal tan deliberado?

Francesca es buena persona. No se merece un adjetivo como *esperpéntico*.

Previsible y sin chispa se acercaría más a la realidad.

Y, si de verdad uno quiere ir a saco y machacarla, puede decir que el final resulta siempre precipitado, como si la autora estuviera aburrida de esa historia y quisiera pasar a otra cuanto antes.

¡Esperpéntico! ¡Hay que joderse!

—No hagas ni caso. Yo me leí el libro y te prometo que no merece esa crítica tan sangrante. Yo te habría dado tres estrellas, *amore.*

Francesca iza el rostro y lo mira con sus enormes ojos ahogados en lágrimas. Tiene el pelo rubio, corto, y unas pocas arrugas verticales en los bordes de la boca. También tiene arrugas en los ojos, pero esas solo se le marcan cuando ríe, y ahora está muy lejos de reír. A Massimo le resulta curioso lo bien que ha memorizado su rostro. Es como si tuviera un mapa mental.

—¿De verdad? —pregunta esperanzada.

—Te lo prometo.

Por un segundo Massimo cree haberla convencido.

Pero de pronto el rostro de Francesca se tuerce en un berrinche y las esperanzas de Massimo se hunden como un castillo de arena arrastrado por el oleaje.

—Me quiero moriiiir —balbucea como un alma en pena mientras se viene abajo y se desploma contra el pecho de él.

Massimo, con suavidad, le seca las lágrimas y le da golpecitos de consuelo en la espalda. Francesca le enternece. Ella no es como las *ragazzas*. Ella es… como el hogar. Un sitio al que siempre quieres volver. Un sitio en el que eres tú mismo. Te sientes cómodo, despreocupado y bajas la guardia, porque no necesitas impresionar a nadie. Ahí gustas a todo el mundo tal y como eres.

—No quieres morirte. Quieres escribir un libro mejor y cerrarles la boca.

—No puedo.

—Claro que puedes. Eres Francesca Conti.

Ella se endereza y se pasa los pulgares por las mejillas para arrastrar los últimos vestigios de lágrimas.

—No, lo digo en serio. No puedo escribir ni una palabra después de leer esto.

—*Amore*, ¿no estarás diciendo…?

—Estoy bloqueada. Es gordo. Estas críticas me han hundido.

Massimo parpadea desconcertado, la coge por los hombros y la aparta un poco, lo justo como para poder mirarla de lleno a los ojos.

—Espera. ¿Bloqueada? ¿Bloqueada de verdad?

—Bloqueada de no sacar ni una palabra. Nada. Ni una frase. No creo que pueda volver a escribir nunca más. ¿Cómo voy a escribir después de leer esto? ¡Soy un fraude!

Oh-chico. Ahora *sí* que están jodidos. Porque ella es la única escritora a la que representa.

Y si Francesca no escribe, Francesca no vende.

Y si Francesca no vende, Massimo no cobra.

Y si Massimo no cobra, las *ragazzas* jóvenes van a pasar de él, porque sin dinero solo sería un tipo de mediana edad con comienzo de incontinencia urinaria.

Oooohhh-chico.

—Francesca, eso es… es…

—Jodido, sí. Casi esperpéntico.

Se miran aterrados y, de pronto, estallan en carcajadas. ¿Qué otra cosa podrían hacer?

CHLOÉ



8

Al mal tiempo, buena cara.

Eso solía decir su abuela cuando la pequeña Chloé se hacía la remolona y se negaba a salir de la cama solo porque hacía demasiado frío para ir al colegio.

Chloé casi nunca quería ir al colegio. Le hubiese gustado quedarse en casa y ayudar a *abu* a encender las estufas. Y sentarse en el alfeizar de la ventana, junto al gato dormilón, y contemplar los copos de nieve que danzaban en el aire, mientras a sus espaldas su abuela preparaba un buen caldero de judías, cuyo olor hacía que le rugieran las tripas.

En el colegio había niños malos que la tiraban al suelo, le frotaban la cara con un puñado de nieve sucia y se burlaban de ella por no tener madre. Chloé odiaba el colegio tanto como odia ahora esa maldita buhardilla sin calefacción.

—Pero al mal tiempo, buena cara —se dice con gran sarcasmo mientras retira los pies del enredón y los baja al suelo—. Brrr.

Menudo frío, verdad, ¿*Pierre*?

Pierre es un gato blanco con manchas negras, no tan gordo como el gato rubio de su infancia. Lo encontró una noche en la calle. Estaba herido, no podía moverse, y maullaba como alma en pena junto a unos cubos de basura. Algo le había hecho daño en las patas traseras, un perro, quizá, o puede que un coche. Chloé no pudo dejarlo ahí, herido y asustado, así que lo cogió, con cuidado de no dañarlo más, y se lo trajo a casa, aun cuando sabía que el casero los habría puesto a los dos de patitas en la calle si llegaba a enterarse. Su plan era curarle las heridas y, una vez estuviese mejor, liberarlo a su suerte.

Pero cuando el gato estuvo mejor, Chloé no tuvo corazón para soltarlo como si nada, y se lo quedó. El casero se presentó una vez de imprevisto para reclamarle el alquiler, pero el gato se escondió debajo de la cama y el hombre no llegó a verlo. Desde entonces, Chloé vive en una constante tensión, sobresaltándose siempre que escucha pasos en la escalera. Los pasos en la escalera casi nunca traen nada bueno.

—¿Quieres desayunar?

El gato sigue frotándose entre sus piernas, maullando y ronroneando. Chloé sonríe, saca una lata de la nevera y le echa media.

—Estoy segura de que valoras el esfuerzo que hago para comprarte estas conservas. Quizá en dos o tres semanas consiga pagar incluso medio mes de alquiler. El señor Lanzmann verá que estamos colaborando y nos concederá un pequeño aplazamiento. Oh, *Pierre*, no sabes cómo echo de menos la primavera. Seguro que tú también.

El gato la mira maullando.

—Ya voy, ya voy. Veo que vuestra majestad se ha levantado famélico esta mañana. Aquí tiene su desayuno. Que aproveche.

El gato se lanza sobre la conserva y Chloé sonríe. Acto seguido, mira la hora que es y la sonrisa se borra de su rostro. Ay. Tiene que darse prisa si no quiere llegar tarde al trabajo. Estos días andan muy ajetreados. La gente siempre sale más cuando se acercan las navidades.

Gracias a Vincent, ha conseguido trabajo de pinche de cocina en el bar de uno de los hoteles más exclusivos de París. *La Bohème*. Tiene gracia que ella, ex cantante de ópera, acabe pelando patatas en un sitio llamado como la ópera de Puccini que una vez interpretó en Roma, haciendo que un auditorio de quinientas personas se pusiera en pie para aplaudirla.

Claro que de eso hace tanto que apenas se acuerda. Ahora la realidad es otra: tiene que ducharse con agua fría y ¡ya está congelada!

—Quiero cerrar los ojos y despertar en mayo —farfulla mientras se quita deprisa el pijama y se mete bajo el chorro de agua fría—. Aaaaaaahhhhh. Cómo odio este sitio. Este… ¡maldito sitio de mierda!

Antes calentaba el agua en el fuego, pero ya no tiene fuego. No ha pagado las facturas. Esto es lo que hay.

Se lava el pelo todo lo deprisa que puede, se enjabona el cuerpo y se aclara rápidamente, con el rostro torcido en un gesto de grima. Cuando sale, le castañean los dientes y cada poro de su cuerpo se ha erizado de frío. Se envuelve en una vieja toalla blanca —gris por culpa del uso— y maldice el frío y la humedad. Mataría por tomar algo caliente. Pero tendrá que esperar hasta llegar al trabajo. Gracias a Dios, su jefe, Claude, es muy majo y siempre le permite primero desayunar, antes de mandarle tareas. Sospecha que le están dando un trato especial porque piensan que es amiga de Vincent.

Algo pesado y cálido se instala en su estómago al pensar en Vincent. No lo ha vuelto a ver desde esa noche, y ya ha pasado una semana. Él toca de noche, y ni siquiera todas las noches, y ella trabaja en turno de mañana. Quedarse a esperarle siete horas, solo para volver a escuchar esa profunda y maravillosa voz, sería una locura.

Por supuesto, más de una vez ha sentido el impulso de hacerlo. Sin embargo, siempre ha llegado a la misma conclusión: es una locura. Si él hubiese deseado volver a verla, se lo habría hecho saber. Lo único que dijo fue: *te prometo que no quiero acostarme contigo*. Eso no fue nada alentador.

Suspira irritada, se pone con premura unos vaqueros viejos, deshilachados, y un jersey negro lleno de pelusas, y se seca el pelo

con la toalla todo lo que puede. No le cabe duda de que, con el viento que hace, lo tendrá seco de inmediato. Y probablemente pille una neumonía.

Hace una mueca, se da un repaso con la mirada en el espejo y, tras despedirse del gato que está relamiendo el cuenco vacío, se pone el abrigo rojo y sale a la calle a enfrentarse a un mes de diciembre inusualmente gélido.

Sigue sin nevar, lo cual no hace más que potenciar el frío. Si al menos nevara, las temperaturas se quedarían cerca de los cero grados. La nieve atemperaría un poco ese viento inclemente que le fustiga el rostro.

Pero parece ser que, por muy encapotado y gris que haya amanecido el cielo de París, la nieve se niega a caer. En su lugar, una fría llovizna que la cala hasta los huesos y un aire glacial que congela hasta la última chispa de alegría que pudiera existir en su corazón.

Aunque ya sabemos lo que dicen: al mal tiempo, buena cara.

*****

Cuando llega al trabajo, está al borde de una neumonía. Menos mal que tiene que ponerse el uniforme, que está seco y casi calentito, comparado con su preocupante temperatura corporal.

—¡Pero niña! —se alarma Claude nada más verla entrar en la cocina—. Estás pálida como un fantasma. ¿Qué te ha pasado? ¿Es que has paseado bajo la llovizna sin paraguas?

Paraguas. Sí, tuvo uno una vez, pero el año pasado se le rompió por culpa de una violenta ventisca y desde entonces no ha conseguido comprarse otro.

—Estoy bien. Solo necesito cambiarme —asegura con entereza, intentando que no le castañeen los dientes mientras habla. Le da rabia que los demás la encuentren tan miserable como un personaje de Dickens. No quiere la compasión de nadie. No la necesita.

—¡Que alguien traiga un caldo de pollo bien calentito! ¿A qué estáis esperando? ¡Esta muchacha se nos va a morir de frío! —se indigna Claude. Claude siempre se indigna por alguna cosa.

—¡Marchando! —resuena la potente voz de Sabine, la cocinera del bar, una mujer con una cintura tan prominente que Chloé solo quiere abrazarse a ella y dejarse envolver por su calor corporal. Hay algo muy maternal en Sabine, y a Chloé siempre la trata como si fuera su hija—. Ten, cariño, bébete esto y descansa un rato. Ya pelaré yo las patatas.

Chloé aprieta los dientes con rabia. No quiere meter la pata. Aunque no sea el trabajo de sus sueños, es el único que tiene y pretende conservarlo y cumplir lo mejor que pueda.

—Te lo agradezco, pero puedo hacer las dos cosas a la vez, pelar patatas y beber caldo.

—Más terca que una mula —protesta Sabine para sí mientras se aleja por la cocina.

Claude esboza una pequeña sonrisa que apenas se ve por culpa de su potente bigote, tan castaño como sus ojos.

—Sabine tiene razón. Deberías descansar un rato. Pareces un gato llovido. ¿Vienes andando?

—No, vengo en autobús —miente Chloé—. Lo que pasa es que me he mojado desde la parada.

Claude asiente en silencio y se marcha, dejando que Chloé y Sabine desempeñen sus tareas a solas. En el turno de mañana solo trabajan ellas dos y otro chico más, Jerome. Por la noche es cuando el bar está a tope de personas y, gracias a Dios, a ella aún no le ha tocado ese turno. Todavía no domina del todo el trabajo y le daría vértigo aterrizar en medio de ese frenesí.

CLAUDE



9

Fuera de la cocina, el esmirriado *maître* recorre con paso ligero un estrecho pasillo, abre la puerta que da al piano bar y, una vez cruzada la sala, se acerca a la ventana y contempla el cielo encapotado.

Llueve, pero es una lluvia fina, invernal, no un aguacero.

Y la parada de autobús está justo enfrente del hotel. Es imposible que esa muchacha haya venido en autobús y se haya mojado de esa manera.

Se gira ceñudo, retorciéndose uno de los bigotes, y peina el bar con la mirada. Sus ojos castaños aterrizan sobre un cubo lleno de paraguas que los clientes han ido olvidando con el tiempo.

—Mira qué bien.

Con aire resuelto, se encamina hacia ahí, retira un paraguas enorme, amarillo, el más sólido de todos, y, tras comprobar que funciona como es debido, regresa a la cocina y se lo ofrece a Chloé.

—Ten. Te lo regalo —farfulla con brusquedad. Se siente un poco turbado y torpe. Sabe que carece de la delicadeza que necesita para manejar un asunto de esta índole.

—Pero yo…

—Insisto. Aquí tenemos más que de sobra y así no te mojarás a la vuelta.

—Vale —cede ella con un suspiro—. Pero mañana lo devuelvo.

—No. Te lo vas a quedar.

—No, de verdad que no es necesario que…

—Escúchame. Este paraguas no tiene dueño y yo quiero que te lo quedes tú. Punto y se ha acabado. Ahora vuelve a tus quehaceres. Hay montones de patatas aún sin pelar. No te pagamos por protestar.

Tras ladrar aquello, se gira sobre los talones y se marcha con la misma premura con la que ha llegado.

Espera que su brusquedad haya engañado a Chloé. Lo que menos pretende es que se sienta violenta.

CHLOÉ



10

Chloé se deshace en un suspiro derrotado. Precisamente esto es lo que pretendía evitar a toda costa: que la gente sienta lástima de ella. Debería devolver el paraguas. No lo necesita.

—Aaaachusss.

Oh, por Dios. Lo que faltaba.

—Salud —dice Sabine desde los fogones.

—Gra…chuuuuss. Ay. Gracias.

De acuerdo, necesita el paraguas. Pero no lo quiere.

—Ni se te ocurra devolverlo —se entromete la cocinera, que la ha debido de ver ensimismada, con los ojos dispersos sobre el paraguas —. ¿Sabes? Dejar que la gente te eche una mano alguna vez no tiene nada de malo.

Chloé le lanza una mirada chispeante. Se le ha oscurecido el semblante.

—No necesito que nadie me eche una mano —gruñe, completamente a la defensiva.

Sabine no la mira. Está preparando croquetas. A Claude le encantan las tablas de croquetas. Le parecen *très chic*.

—No he dicho que lo necesites. Solo he dicho que no tiene nada de malo.

Chloé rechina los dientes con más fuerza y se esmera en pelar las patatas sin cortarse ningún dedo en el proceso. Siente unas estúpidas e ilógicas ganas de llorar y eso la está poniendo furiosa. La bondad de los demás siempre la desborda. Está acostumbrada a los porrazos. De los porrazos sabe defenderse. Pero la bondad es algo incontrolable. Brota cuando menos te lo esperas y te devuelve la esperanza, esperanza en un mundo mejor, más justo e igualitario, un mundo en el que las personas se echan una mano las unas a las otras y están ahí para quienes las necesitan.

El mundo real no es así. En el mundo real, un hijo ve morir a una madre. Y ve a un padre con las manos llenas de sangre tibia.

De nada sirve tener esperanza. Es una estupidez. Solo se tiene a sí misma y no puede esperar nada de nadie. La vida se ha encargado de dejárselo bien claro.

EMILIA



11

Ah, genial. Alexander sigue en casa.

Millie no sabe si sentirse aliviada o aterrada. El reencuentro ha sido… raro. Quizá un poco mejor de lo que esperaba. Estaba preparada para lidiar con su indiferencia, y al final le tocó enfrentarse a su turbación. El cambio de registro le parece divertido. Un Alexander turbado e incómodo no es algo que puedas ver a diario, así que más vale disfrutarlo mientras se pueda.

—Buenos días —saluda, con una sonrisa de pretendida amabilidad.

Su padre levanta la mirada del periódico y se le abre la cara en una enorme sonrisa.

—Ah, hola, cielo. No te oí llegar anoche. Vaya. Así que rosa, ¿eh? La última vez que te vi, lo llevabas azul.

De reojo, Millie puede ver que Alexander pone los ojos en blanco. No la mira. El muy capullo está muy empeñado en fingir que lee el periódico. Solo le asoman las cejas por encima del gran titular: *desplome histórico en la bolsa de Paris.* ¿A quién demonios le importa el dinero de esos ricachones? Está claro que a él. Está

hecho todo un burgués. Aunque no tiene el aspecto de un burgués… Está muy, *muy* cañón. «Céntrate, *Emilia*».

—Me gusta cambiar. —Se obliga a dejar de mirar a Alexander tan embobada y vuelve la mirada hacia su padre—. Hola, papá.

Se inclina y, con una sonrisa de buena hija, le da dos besos en las mejillas.

—¿Te sientas a desayunar con nosotros? —propone su padre con una alegría que marca hoyuelos en sus mejillas. Tiene cuarenta y cuatro años, una enfermedad terminal y, aun así, su atractivo se mantiene intacto. Millie entiende por qué su madre perdió la cabeza y se casó con él, aun cuando no tenían nada en común. Es guapo y, al igual que Alexander, no ha hecho más que mejorar con los años.

—Está bien. ¿Por qué no?

Con un suspiro, se deja caer en una silla de madera y apoya los codos sobre la mesa, una mesa redonda, probablemente de época. Alexander es un pijo pretencioso que entiende de casi todo, desde vinos caros hasta muebles viejos.

Le lanza una mirada huraña, pero él parece fascinado por la noticia que finge leer. Qué irritante es.

Su padre le sirve café. A Millie le hace gracia que usen teteras y jarras de porcelana cara para servir el café y la leche en un martes normal y corriente. En su piso solo hay una taza de la Sirenita. Tiene el borde picado porque a Millie se le cayó de la mano un día cuando la fregaba y nunca se acuerda de comprarse otra.

—Me lo tienes que contar todo sobre tu vida. —Su padre unta mantequilla sobre una tostada, da un mordisco y después prosigue —. ¿Cómo te va en la escuela de Arte?

Millie sorbe café antes de responder. Se pregunta si el anfitrión le permitiría fumar dentro de la casa. Seguro que no. ¿Con lo tiquismiquis que es con ella? Sería capaz de hacer que la detuvieran.

—Creo que no voy a seguir.

Alexander baja el periódico y le dedica una mirada desaprobatoria. ¿Y a él qué le importa? Ni que fuera su padre.

Millie se traga su irritación y se obliga a ignorarle.

Le cuesta mucho esfuerzo conseguirlo. Sus ojos tienen la fuerza oscura de un imán. Pero es una chica fuerte y resiste el impulso.

—¿No te gusta? —insiste su padre.

Millie, dueña de una aparente serenidad, vuelve a sorber café.

—Estoy harta de pintar florecillas. Quiero algo más… —Sus ojos traban contacto con los de Alexander por unos crepitantes segundos. No ha podido evitarlo—… *oscuro.*

La palabra le ha hecho pensar en él y sus ojos lo han buscado de manera inconsciente.

Alexander enarca una ceja, pero no dice nada y los ojos de ella vuelven a girarse hacia los de su padre.

—¿Oscuro? —repite este.

—Sí. Otra clase de arte. En la escuela son muy convencionales. Tanto que dan ganas de cortarse las venas.

Se percata de que Alexander hace una mueca y una sensación de furia desciende sobre ella.

—¿Qué? —lo enfrenta sin miramientos.

Él niega y vuelve a hundir la nariz en el periódico desplegado.

—Nada.

—Oh, venga. El gran señor Alexander Blake tendrá alguna opinión al respecto. Huelo tu desaprobación.

—Millie…

—No, papá. Me interesa saberlo.

Alexander resopla, cierra el periódico y se enfrenta a sus chispeantes ojos con una irritante sonrisa de superioridad moral.

—Muy bien, Emilia. Si tanto te interesa conocer mi opinión al respecto, te la daré. Creo que deberías seguir en la escuela.

—Menuda sorpresa.

—Es más, creo que deberías acabar la escuela. Porque te has matriculado ya en tres universidades y ninguna ha resultado ser de tu agrado. Tienes veintidós años y no has acabado nada de lo que has empezado. No has hecho nada por ti misma.

—Alex… —gruñe su padre en el mismo tono de advertencia.

Millie levanta la mano.

—Déjale. De verdad que me resulta una conversación fascinante. Prosigue, Blake.

—He aquí mi opinión, Emilia: pinta las florecillas que te piden, acaba la escuela y si luego quieres hacerle un retrato al mismísimo

Lucifer, tú misma. Pero consigue un puto diploma de lo que coño sea, porque ya no tienes edad para tantas gilipolleces, ¿no crees?

Su padre sacude la cabeza con simulada exasperación. Millie aprieta los labios, pero los muy condenados se empeñan en moverse en una sonrisa.

—Vaya. Menuda dialéctica, Alexander. Casi me convence el discursito —declara con sarcasmo.

Él asiente fastidiado, compone una especie de sonrisa, un gesto más bien burlón, y después coge el periódico y vuelve a hundir la nariz dentro.

Millie, harta de tonterías, se saca el paquete de Marlboro del bolsillo del *short*, retira un cigarrillo y lo enciende. No ha llegado a deleitarse con la primera calada, cuando Alexander ya se lo ha arrancado de entre los labios y lo ha apagado en su taza de café.

Millie frunce los labios para no reírse.

—¿No te parece un poco exagerado? Ahora no vas a poder acabarte el café.

—Un riesgo que estaba dispuesto a asumir —gruñe él sin mirarla.

La risa cosquillea en la garganta de la muchacha.

—Qué se le va a hacer. ¿Habéis visto qué día tan bonito hace hoy? ¿Cómo cae el sol sobre el rostro de Alexander? Casi dan ganas de pintarlo. Quizá, después de todo, acabe la escuela de Arte.

Nota que Alexander sonríe detrás del periódico y sabe que esta vez no es un gesto burlón. Millie se entretiene imaginándose cómo sería poder pasar la lengua por encima de la barba incipiente que ensombrece su rígida mandíbula. La idea la estremece.

—Me parece genial, cielo. Cualquier cosa que decidas me parecerá genial. ¿Y tu piso? ¿Ya lo has decorado?

—¿Decorado? Papá, yo no soy tan pretenciosa como el dueño de esta mansión.

Alexander le dedica una nueva mirada huraña por encima del periódico. Millie le guiña el ojo, lo cual hace que él hunda de prisa la nariz entre las páginas desplegadas.

—Seguro que tú duermes en un colchón en el suelo —refunfuña desde el amparo que le proporciona el periódico.

Millie sonríe como un felino.

—Dormir duermo poco. Me gusta hacer otras cosas en ese colchón.

Los dedos se Alexander se tensan tanto que arrugan el papel. Vaya, vaya. Así que su intensa vida sexual molesta al señorito. ¿Quién lo hubiera dicho?

—¡Emilia! —se escandaliza su padre.

—Lo siento, pero aquí somos todos adultos.

—¡Yo soy tu padre!

—Está bien, Darth Vader. No te alteres. Lo pillo. Vida sexual, fuera. Soy una tumba. En serio.

Irritado, el pobre hombre suspira y se recoloca el nudo de la corbata. Poco a poco su rostro adopta un aire condescendiente.

—¿Sigues con Michael?

—James —corrige Alexander.

Millie sonríe. Así que sabe el nombre de su novio. Qué interesante.

—¿James? ¿No estabas con un chico que se llamaba Michael?

—Lo dejé.

—¿Por qué?

—Como me has impedido que te cuente mi vida sexual, no puedo contestar a esa pregunta, padre.

Escucha a Alexander sofocar la risa. Ojalá cerrara ese maldito periódico. Millie se muere por verle la cara. Juraría que se está divirtiendo.

—Ya veo. ¿Y este James qué hace? ¿A qué se dedica?

—¿La verdad? Trafica con drogas, pero te prometo que es buen tío en el fondo. La cárcel cambia a la gente. Empiezan a leer la Biblia y…

Alexander le dedica una mirada seca. Millie lucha por no soltar una carcajada.

—¿¿Qué?? —se horroriza su padre, que se queda paralizado, con la taza de café a media distancia entre la mesa y sus labios.

—Cálmate, te está tomando el pelo. Es un hippie que rescata ballenas —lo tranquiliza Alexander.

La mirada de Millie se cruza con la suya.

—¿Y tú cómo lo sabes? —lo desafía con una sonrisa.

—Es lo que más te pegaría.

—Pues te equivocas, Don Sabelotodo. Rescata cangrejos —admite sin más remedio, girando la mirada hacia su padre.

—¿Cangrejos? ¿Y eso da dinero?

—Papá, no todos nos movemos por dinero.

—Tú seguro que no. Gracias a tu padre, nunca te ha faltado.

Millie vuelve a clavarle la mirada. Esta vez es una mirada fría, de Medusa.

—¿Tú no tienes un hotel que dirigir? —se mosquea.

Alexander cierra el periódico, se recoloca el nudo de la corbata con irritante parsimonia y después la mira y despliega los labios en una sonrisa de autocomplacencia.

—Desde luego. Os dejo para que os pongáis al día.

—Estaré contigo en unos veinte minutos —le dice su padre.

Alexander se levanta de la silla apretando la mandíbula. Sus ojos parecen empeñados en ignorar a Millie, que lo está mirando fijamente, embobada por su aspecto de dios griego. Tan alto, tan fuerte, tan imponente…

—No te preocupes. Tómate el día libre. Yo me ocuparé de todo.

—¿Volverás a la hora de comer? —se entromete Millie.

Alexander, ceñudo, traba contacto visual con ella.

—¿Qué?

Ella le aguanta la mirada con impasibilidad.

—Que si volverás a la hora de comer. Hoy cocino yo.

La expresión que adopta el rostro de Alexander resulta un poco insultante. Hay un brillo de mofa en sus ojos.

—Puedes llamar al servicio de habitaciones del hotel. Tenemos ocho cocineros. No es necesario que cocines.

—Pero quiero hacerlo. Pienso preparar lasaña. Así que dime: ¿vas a venir?

Se percata de que él coge aire con fuerza en los pulmones y luego lo expulsa despacio, como si la pregunta lo impacientara sobremanera.

—Muy bien. A la una estaré aquí.

Aun cuando sabe que no debe, a Millie le resulta imposible no dedicarle una pequeña sonrisa.

—Bien. Te veré entonces.

Alexander le sostiene la mirada, impasible. No parece contento por haber cedido. Se marcha con expresión extraña. Millie percibe cómo su rostro se ha oscurecido.

—Entonces, si vas a estar cocinando toda la mañana, casi que será mejor que vaya al trabajo, ¿no? Hoy tengo una reunión con un comercial de vinos y no me gustaría tener que aplazarla.

Cómo no. Su padre intenta quitársela de encima.

Aunque tiene sentido. Si se quedara, ¿qué harían juntos? Son dos desconocidos.

—Tranquilo. De todas formas, no me apetece salir. Hace demasiado frío.

Su rostro adopta una sonrisa convincente y él parece tragárselo.

—Genial. Te veré a la hora de comer.

—Bien. Adiós, papá.

Él se inclina sobre ella y la da un beso de despedida en la mejilla.

—Adiós, cariño. No quemes la casa.

—Nooo. Solo el despacho de Alexander.

Su progenitor le pone mala cara y Millie entorna los párpados.

—Está bien. No quemaré el despacho de Alexander. Lo prometo.

—Intenta no tocarle demasiado las narices.

—Nunca lo hago.

Su padre le lanza un guiño antes de marcharse. Parece mentira que vaya a morirse en un par de meses. No está muy cambiado. Sí, un poco más delgado. Pero no se le nota gran cosa.

Qué cruel resulta todo. Ese hombre aún podría casarse y tener hijos. Y, sin embargo, va a irse al otro barrio. Vaya mierda.

Millie se deshace en un suspiro y empieza a recoger el desayuno.

¿Y ahora qué? Es demasiado pronto como para ponerse a preparar la lasaña.

Para entretenerse, mete las tazas y los platos en el lavavajillas, también la porcelana cara (jódete, Don Aburguesado), presiona el botón de inicio y, tras encenderse un cigarrillo, se acerca a la ventana y contempla con aire absorto el jardín que se interpone entre la casa y *La Bohème*, el hotel que su padre y Alexander

compraron doce años atrás y bautizaron así en honor a la ópera de Puccini. ¡Hay que ser pretencioso! Desde luego, el hotel lo es.

No se integra en el paisaje urbano, porque es algo demasiado extraordinario y grandioso como para pasar desapercibido.

La fachada resulta impresionante, las grandes columnas y los extravagantes *putti* llaman la atención de inmediato. La parte central, la entrada y la escalera, sobresalen, y hay dos farolas negras a ambos lados de los escalones.

Todo muy parisino.

Los ventanales son enormes, rectos abajo y con forma de semicírculo arriba. Millie puede ver las cortinas doradas medio desplegadas en algunas habitaciones y corridas por completo en otras, y también alcanza a vislumbrar la lámpara encendida en el gran salón de baile.

No sabe con qué quedarse, si con esa joya arquitectónica, ese antiguo palacete reconvertido en hotel, o con el jardín secreto que separa, o puede que una, las dos propiedades.

Cuando su padre y Alexander lo compraron, estaba en ruinas. Algunos techos se habían caído, y los ratones habían devorado suelos y alfombras. Nadie le veía potencial a un edificio así, por muy céntrico que fuese. La reforma iba a costar el triple de lo que había costado la adquisición del inmueble y el jardín.

Pero su padre y Alexander vieron algo a través de todas esas capas de polvo y suciedad: una oportunidad de negocio.

Ahora *La Bohème* es el hotel más caro de París. Parada obligatoria para los viajeros adinerados. Todo el mundo quiere tener una foto en su gran salón de baile, que hace que tu mente vuele hacia la ostentosa corte de Luis XVI.

Millie aún no se explica cómo es que dos hombres de clase media llegaron tan alto sin nada más que fuerzas propias. Su padre y Alexander se conocieron en el K2, antes de que ella naciera. Hubo una tormenta. Murió gente. Su padre no consiguió llegar al campamento base.

Una vez se lo contó. No era invierno, su padre no estaba tan chalado como para aventurarse a escalar la segunda montaña más mortífera del mundo a más de veinticinco grados centígrados bajo

cero, pero, incluso a principios del verano, el frío le pareció igualmente inhumano.

Las devastadoras estadísticas no consiguieron hacerle cambiar de parecer. Sabiendo que un veinte por ciento de los que intentan escalar la montaña, mueren, se atrevió a escalar. Era lo bastante arrogante como para pensar que él formaría parte del ochenta por ciento que sobrevive.

Lo que encontró ahí no se parecía a nada de lo que hubiera visto antes.

Muros de vértigo, glaciares, cascadas de hielo y vientos huracanados. Y la gente empezó a morir. A Millie le parece que hay que estar loco para querer subir ahí cuando todo el mundo sabe que la falta de oxígeno es brutal y el frío mata sin piedad. Hay que estar en una perfecta forma física para conseguirlo. Es más, tendrías que ser *Terminator*.

Alexander llegó a la cima, vaya si lo hizo, aunque no en aquella expedición. En aquella expedición salvó al padre de Millie de morir congelado. Consiguió que solo perdiera dos falanges del pie derecho. Su padre dice que podría haber sido mucho peor. Los dos conservan fotos. En una de ellas se ve a Alexander solo, un Alexander jovencísimo, de mejillas azotadas por el viento y ojos tristones. Nadie lo sabe, pero Millie hizo una copia de esa foto y la tiene escondida en el cajón de las medias. A veces la mira y se pregunta por qué. ¿Por qué ese hombre estaba tan loco veinte años atrás? ¿Qué buscaba en la cima de una montaña tan peligrosa? ¿Fama? ¿Gloria?

Puede que solo quisiera sentirse vivo. O sentir que formaba parte de algo. ¿No es eso lo que todo el mundo busca, de una forma u otra?

Su mente sigue divagando y se pone a pensar en el esfuerzo físico que supone escalar una montaña así, en la adrenalina que debió de segregar el cuerpo de Alexander. Resulta muy excitante imaginar sus grandes manos aferradas a las cuerdas, haciendo nudos y trepando, los músculos de su pecho estirándose mientras él se impulsaba hacia arriba, los abdominales contrayéndose con

fuerza. ¿Qué sentía él en ese momento? ¿Euforia, como después de correrse? Millie ha leído en alguna parte que la sensación es similar.

—No permito que nadie fume en mi casa.

Se gira en medio del sobresalto y sus ojos se entrelazan con los del hombre con el que estaba fantaseando.

Alexander está de pie bajo el abovedado arco de la puerta, tiene las manos en los bolsillos y la contempla impasible. Sus profundos ojos azules crepitan como un fuego mortecino. A Millie le resulta muy sexy, el hombre más sexy del mundo. Daría lo que fuera por poder dibujar con los dedos el contorno de su perfecto rostro, pero sabe que no puede. A él no te gusta que le acaricien. Ella lo intentó una vez, después de su beso pasional en la terraza, y él la cogió por la muñeca con tanta fuerza que casi se le saltaron las lágrimas.

No vuelvas a tocarme nunca más.

Como si estuviera castigándola a ella por el momento de flaqueza que había experimentado él. No fue nada justo.

—Lo siento. Pensaba que no estabas —farfulla sin aliento.

Él calla unos momentos y la observa con curiosidad.

—Me dejé el móvil.

—Ya.

—¿Cómo va esa lasaña?

Millie se acerca al fregadero, abre el grifo y deja caer agua sobre la punta del cigarro. En realidad, le ha dado una sola calada. Ni siquiera sabe por qué lo ha encendido. Para tener algo en las manos, quizá. Ahora está demasiado turbada. Se ha ruborizado, porque sus pensamientos se estaban volviendo indecentes y va él y la sorprende en pleno momento erótico. Y, para colmo de los colmos, ahora le parece más apuesto que veinte minutos atrás, cuando se marchó.

—Aún no he empezado —responde atropelladamente—. Es pronto.

—¿Y tu padre?

—En una reunión con alguien que vende vinos.

—Increíble. —Se produce una pausa. Millie apaga el grifo y lanza el cigarrillo al cubo de basura—. Lo siento —la inunda la suave voz de Alexander, que reverbera por toda su espina dorsal.

Descompuesta, levanta la mirada hacia la suya. Su aspecto triste le resulta sobrecogedor.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Su atisbo de sonrisa la hace contener aliento.

—Yo nada. Lo siento porque has venido para pasar más tiempo con él y… se ha ido.

—Tranquilo, es mejor así. Somos dos desconocidos. ¿De qué íbamos a hablar?

—¿De la vida?

La boca de Millie se curva en una sonrisa irónica.

—Se está muriendo. Hablar de la vida resultaría cruel, ¿no crees?

Alexander deja caer los párpados, se pellizca el puente de la nariz y se maldice por el comentario tan inoportuno que acaba de soltarle.

—Lo siento, Emilia —susurra, separando las pestañas para clavar sus abrasadores ojos en ella—. ¿Cómo estás?

Ella se encoge de hombros. Está empeñada en limpiar unas migas imaginarias de la encimera. Sus ojos se sienten irremediablemente atraídos por él y prefiere centrar la atención en otra cosa.

—Un poco cansada. El vuelo se me ha hecho interminable.

—No me refería a eso.

Millie pone una sonrisilla agridulce, se da la vuelta y se apoya contra la encimera, como si de pronto ya no le diera miedo enfrentarse a su mirada.

—Ya sé que no te referías a eso. Pero no sé qué decirte.

Alexander escruta su rostro en silencio, con ojos penetrantes que ven más allá de la superficie.

—Dime cómo te sientes.

Millie clava la mirada en el techo blanco de la habitación.

—Cómo me siento —repite para sí, sopesando el concepto—. Ni idea. A diferencia de ti, no me paro a analizar cada mierda sentimental.

Él frunce los labios, pero no consigue disimular la sonrisa.

—La actitud de tía dura te pega, ¿sabes? —señala, bastante divertido.

Los bordes de la boca de Millie se alzan poco a poco.

—Lo sé. He nacido para ser mala. Tengo una camiseta que dice eso. *Born to be bad*.

Aunque lo intenta, Alexander es incapaz de contenerse y acaba soltando una carcajada profunda cuyas notas vibrantes repercuten en alguna parte oculta del cuerpo de la chica.

—Me lo creo.

La sonrisa de Millie empieza a menguar y una capa de silencio la envuelve de repente. Sus ojos registran una mirada anhelante que hace que Alexander frunza el ceño y empiece a lucir un poco turbado.

—Bueno, debería irme —dice pasados unos segundos—. Tengo… tengo trabajo.

Ella asiente despacio.

—Bien. Pues márchate.

Lo ha dicho con desapego, a pesar de que en su interior se desata toda una tormenta de pasión. No quiere que se marche. Quiere… cosas. Siempre quiere demasiadas cosas.

Él gira sobre los talones y se dispone a alejarse, pero parece cambiar de opinión y se da la vuelta para mirarla.

Millie se percata de que ya no lleva corbata. La camisa blanca tiene los primeros tres botones desabrochados y su pelo oscuro está despeinado ahora. Se le encoge el estómago y sabe que el inequívoco latido de su corazón no es más que deseo, un deseo febril, irresistible, algo que la consume por dentro.

Él tiene cuarenta y un años, aunque nadie le echaría más de treinta y siete, ni una arruga, excepto las que se le forman cuando sonríe, y su cuerpo de casi metro noventa de altura no ha cambiado desde la veintena.

O, si lo ha hecho, ha sido para mejorar, para curtirse.

Millie no necesita tocarlo para darse cuenta de lo perfecto que es. La solidez de sus músculos se adivina por debajo de la ropa. Ni siquiera tiene que verlo desnudo para saber que no tiene ni un gramo de grasa corporal. Se pregunta si seguirá escalando montañas. A juzgar por su condición física, podría hacerlo, podría irse ahora mismo a dar un paseo por la cima del Everest.

Se imagina ese cuerpo aprisionándola, su rostro cerniéndose sobre el suyo, sus labios acercándose despacio…

—En cuanto a la lasaña —empieza él, lo cual hace que los ojos de su interlocutora caigan sobre sus labios, anchos y sensuales—. No cuentes conmigo. Voy a comer un sándwich en la oficina. Tengo… —Se frota el ceño con aire distraído y su boca tiembla en una especie de sonrisa que en realidad nunca llega a materializarse. No del todo —. Tengo mucho lío hoy.

Emilia nota una punzada de decepción en el estómago, pero finge tan bien que su rostro no registra ni una reacción.

—De acuerdo.

—Hasta luego, Emilia. No prendas fuego a la casa.

Qué curioso. Su padre le ha dicho lo mismo. ¿Es que ninguno cree que tenga talento para la cocina?

—Alexander —lo llama cuando él ya se encamina hacia la salida.

Con un soplido de exasperación, se detiene y la mira por encima del hombro.

—¿Hay alguna mujer en tu vida? —susurra Millie tras unos intensos segundos de conflicto interno.

Él frunce el ceño y la sopesa con la mirada unos segundos más de la cuenta.

—¿Y si la hubiera? ¿Te alegrarías por mí?

Las comisuras de los labios de Millie se elevan poco a poco. Le gusta cuando se pone sarcástico.

—Lo sentiría por ella —responde, obstinada en no mostrar nada excepto desdén—. Tú no eres la clase de hombre con el que una espera envejecer. No te ofendas, pero creo que solo vales para una sola cosa: follar.

Él le regala una seductora sonrisa de lado, que hace que Millie se derrita, y se marcha todo aplomado, con las manos hundidas en los bolsillos.

No ha cogido ningún móvil, porque no había ningún móvil que coger. Ha venido solo porque, al igual que ella, busca su compañía todo el rato. Son dos imanes que no dejan de atraerse.

—Estas vacaciones prometen un huevo —se dice a sí misma, y pone una sonrisa divertida.

FRANCESCA



12

El psicólogo de Francesca atiende consulta en la planta tres de un antiguo *palazzo* junto a *Piazza* Navona. El café no ayuda a calmar los nervios, y mucho menos un café tan cargado como lo toma ella, pero no ha podido resistirse y se ha presentado con un *espresso* para llevar. Se lo ha bebido de un trago en la sala de espera, para que Carlo no le diera la brasa, y ahora nota un extraño tic en las manos, dedos que se mueven inquietos sobre sus rodillas, deseosos de teclear palabras que su mente se niega a crear.

Lleva muchos años acudiendo a esta consulta, todos los jueves de los últimos diez años. A lo largo de una década, Carlo ha atendido cada una de sus neurosis, ha sido mucho más fiel que sus dos ex maridos juntos. Es prácticamente un amigo.

Por eso necesita que la guíe. Solo quiere volver a ser la de antes.

—Quiero sentarme delante de una hoja en blanco y que las palabras broten —expone, con tono ligeramente desesperado—. ¿Cómo consigo eso?

Carlo se frota distraído el labio inferior con el pulgar. Es atractivo, pero Francesca no piensa en él como en un héroe de novela romántica.

Es decir, que su mente no intenta describirlo ni ponerle una etiqueta. Carlo solo es Carlo. El hombro sobre el que ha llorado sus dos matrimonios fallidos, y la única persona viva que sabe que, en realidad, se arrepiente de no haber tenido hijos. También se lo dijo a la tía Flora, le dijo: *tenías razón, tiíta, me arrepiento de no haber tenido hijos*.

Pero la tía Flora estaba a dos metros bajo tierra cuando Francesca tuvo la deferencia de confesárselo, con lo que no cuenta. No puede irse de la lengua. A diferencia de Carlo. Aunque está bastante segura de que los psicólogos son como los curas. ¿No están unidos a un secreto de confesionario?

—Primero, tienes que escuchar —la ilustra él con aire de suma concentración.

—¡Escuchar! —se enfurece Francesca, que de un salto acaba de espaldas a la ventana—. ¡Escucho todo el rato! Escucho el viento soplar, las nubes correr…

—Pero no escuchas a la gente, Francesca. Deja que la gente te cuente su historia.

—La gente solo me cuenta historias infumables, esperpénticas, absurdas y completamente surrealistas. Había más adjetivos, pero que me cuelguen si me acuerdo de todos.

—La gente te cuenta historias infumables, esperpénticas, absurdas y completamente surrealistas porque tú no los dejas entrar en tu corazón. Ábreles la puerta y deja que entren, ellos, sus vidas y sus problemas.

Francesca siente una súbita sensación de contrariedad. Vaya consejo de mierda. ¿Para esto paga a ochenta euros la sesión?

—Esto no funciona así.

—¿Sabes cuál es el problema?

—Estoy esperando a que me lo digas. Para eso te pago.

Carlo le pone mala cara antes de proseguir. Francesca se mantiene de espaldas a la ventana. Se ha cruzado de brazos y tiene

un aire hosco que seguro que no resulta atractivo a su edad. Si no estuviera tan cabreada, intentaría suavizar la expresión.

—Nunca te has enamorado.

—¡Me he enamorado *decenas* de veces! —se indigna a gritos.

—No de verdad. Sabes que no. Tu amor es como el fósforo de una cerilla. Prende al instante, pero se apaga con la misma rapidez. Ya basta de cerillas, Francesca. Búscate un volcán.

—Un volcán —repite escéptica.

—Un amor inagotable.

Hala, bienvenidos a *Disneyland*. ¿Qué será lo siguiente?, ¿va a decirle que se siente en una silla hasta que un príncipe azul venga a rescatarla de su miserable e infecunda —en todos los sentidos— existencia?

—Carlo, eso no existe.

—Claro que existe. Solo tienes que encontrarlo. ¿Cómo pretendes escribir historias de amor si nunca te has enamorado?

Debe admitir que ese es un planteamiento interesante. Ella se ha enamorado, por supuesto, pero nunca lo bastante como para volverse loca de amor, como sus personajes.

Desde luego, podría hacer un par de concesiones por amor, como… el *cappuccino* y probablemente las galletitas de canela, pero jamás renunciaría a cosas importantes, tipo el contorno de ojos o el *serum* antiarrugas. Sus protagonistas renuncian al Cielo, o a su vida. ¿Cómo puede un mísero contorno de ojos —no demasiado bueno, si tenemos en cuenta sus cada vez más pronunciadas patas de gallo— competir con el Infierno? ESO es serio. ¡Estamos hablando de la inmortalidad del alma humana!

Puede que Carlo tenga razón. Ella nunca se ha enamorado tanto como para querer renunciar a la inmortalidad de su alma. Y eso que no cree que el alma sea inmortal…

—Supongamos que estás en lo cierto —concede, más calmada—. ¿Dónde voy a encontrar yo una fuente de amor inagotable? ¿En Google?

—Te aconsejo un cambio de escenario.

—Cambio de escenario —repite, con el mismo escepticismo de antes.

—Un viaje.

—¿Un viaje?

Este hombre no dice más que barbaridades. Es casi peor que Massimo.

—Te gusta viajar, ¿no?

—Sí, pero ¿adónde voy a ir? Es casi Navidad.

—Precisamente por eso. En Navidad suceden milagros.

Francesca, en jarras, lo mira con condescendencia.

—Eres psicólogo. ¡No crees en milagros!

—Creo en el milagro de la mente. Y tú problema está aquí, Francesca. En tu cabeza. Tu mente es como un candado cerrado. Ve a alguna parte a buscar la llave, porque solo tú puedes abrirlo.

Francesca cae en una profunda abstracción. Lo de la mente y el candado le parece buena metáfora. Debería apuntarla antes de que se le olvide. Por si acaso. Por si algún día vuelve a escribir algo. Algo infumable, esperpéntico, absurdo y completamente surrealista.

EMILIA



13

—Guau. Esta lasaña está de muerte.

—¿Verdad que sí? Me apunté a un curso de cocina el otoño pasado.

Las cejas del hombre se arquean en un gesto de sorpresa.

—¿En serio?

—Ajá.

—No sabía que te interesara la cocina.

Millie se encoge de hombros con aire despreocupado.

—No me interesa. Pero he leído en alguna parte que a los hombres se les conquista por el estómago.

Su padre la contempla con un destello de humor en sus ojos. Millie está orgullosa de lo bien que le ha salido la lasaña. Ha mejorado mucho desde la primera vez.

—¿Y a quién se supone que pretendes conquistar?

Vaya pregunta. A Alexander.

—A nadie en particular. Pero nunca puedes saber por dónde va a saltar la liebre.

Los ojos de su padre le echan una mirada divertida. Millie, con una repentina tristeza que ni siquiera sabe cómo explicarse a sí misma, desvía la mirada hacia la silla vacía y cae en una pequeña abstracción.

No ha querido comer con ella, aun sabiendo que se pasaría la mañana entera cocinando. Qué idiota.

—He pensado que el jueves podríamos pasar el día juntos, si te parece.

Los pensamientos de Millie pierden coherencia y sus ojos se giran hacia los de su padre.

—¿Qué? Ah, bueno. Si es lo que quieres…

—Podríamos ir a buscarte un regalo de Navidad —propone él con una sonrisa—. Como cuando eras pequeña.

Ay, Dios. Millie siempre ha odiado lo de ir a buscar un regalo navideño con él. Tiene la impresión de que su padre solo intenta comprarla. Una pequeña compensación por no hacerle caso el resto del año. Siempre la ha obligado a elegir lo más caro, nunca ha escatimado en gastos. Cuando era pequeña, el juguete más codiciado. Cuando era adolescente, el móvil más caro o la ropa más moderna. Cuando cumplió los dieciocho, el coche más veloz.

—Está bien —cede, en contra de sí misma—. ¿Por qué no?

—Estupendo. —Una gran sonrisa sustituye su expresión cautelosa —. Aunque deberíamos armarnos de paciencia. La ciudad es un hervidero de personas en esta época del año.

—Siempre lo es —se lamenta Millie, con una voz seca que demuestra que no siente ningún entusiasmo hacia el plan.

—Cierto. Desde que la gente viaja tanto, ya no puedes respirar en ninguna parte. En la ciudad solo se puede caminar si vas envuelto en una turba de gente.

Emilia apoya el tenedor sobre el plato, junta las manos por debajo de la barbilla y sus labios esbozan un gesto triste. Durante unos segundos, sus ojos recorren detenidamente el rostro del hombre que no es más que un extraño para ella.

—¿Echas de menos eso? —se descubre susurrando.

Él la mira sin comprender, abre el frasco de pastillas que había dejado sobre la mesa al sentarse y engulle dos de golpe, con medio

vaso de agua.

—Si echo de menos ¿el qué? —dice, acto seguido.

—Respirar. Perderte… Alejarte de la civilización y mirar el mundo desde arriba.

La boca de su padre se mueve en un gesto parecido a una sonrisa, pero es un gesto tan acerbo que Millie, incómoda, desvía la mirada hacia la mesa, antes de volver a enfocar su rostro.

—Mis aventuras acabaron el día en el que perdí a dos de mis amigos en esa montaña.

Sus ojos están tocados de dolor y su rostro se ha contraído de repente en una expresión que Millie no puede descifrar, algo remoto e inapelable.

Conmovida por el brillo agónico que late en su mirada, pone la mano encima de la suya. No se le ocurre nada que decir, ninguna palabra de consuelo, así que no dice nada. Es mejor así.

—¿Qué quieres de postre? —pregunta él de repente, alejándose de su caricia consoladora y del recuerdo de aquella expedición que acabó en tragedia—. Hay naranjas, piña y kiwis.

Millie arruga la nariz.

—No me apetece nada. Gracias.

—Muy bien. ¿Te importa si te dejo sola esta tarde? Tengo…

—En absoluto —lo corta antes de que le suelte su larga lista de excusas—. Así aprovecho para descansar y deshacer la maleta. Esta noche he quedado con una amiga de mamá. Está en París, de vacaciones, y me ha invitado a cenar. La pobre no conoce a nadie en la ciudad.

El alivio en el rostro de su padre es palpable. Qué estupendo todo.

—Perfecto. Pásalo bien. Y gracias por la comida. Estaba excelente. Alexander no sabe lo que se ha perdido.

Millie compone una sonrisa pertinente y se despide de él con un beso. En cuanto se queda sola, se enciende un cigarrillo.

—No permito que nadie fume en mi casa —se mofa después de soltar una nube de humo al techo—. Menudo cretino.

Y encima le ha dado plantón.

Observa disgustada la bandeja de lasaña y de pronto tiene una revelación.

—Este se va a enterar.

Se pone en pie de un brinco y, con el cigarrillo consumiéndosele en la comisura de la boca, corta un buen trozo de lasaña y la echa encima de uno de esos platos de diseño. Luego se echa un abrigo rojo encima de los hombros y, de esa guisa, en pijama, un pijama rosa de los *Aristogatos*, con el cigarro colgándole entre los labios y el plato de lasaña en la mano, cruza el jardín y entra en el lujoso *lobby* del hotel.

Los recepcionistas la miran atónitos cuando pasa por delante del cartel de *no fumar* envuelta en una nube de humo de tabaco y, en zapatillas de estar por casa y calcetines gordos, navideños, avanza por la alfombra roja en dirección al despacho de Alexander. Uno de ellos se dispone a decir algo.

—Soy Emilia Pinaut —le dice, antes de que al hombre le haya dado tiempo a emitir sonido alguno—. Voy al despacho del señor Blake. Que nadie nos interrumpa.

El recepcionista cierra la boca y aprieta los labios.

Emilia les da la espalda, dejándolos perplejos detrás del mostrador.

Llega delante de la puerta del señor gerente que le ha dado plantón y la abre con ímpetu.

Alexander está hablando por teléfono. En inglés. Levanta la mirada, mosqueado por la intromisión, y sus ojos se dilatan y oscurecen al reconocer a Millie de pie en el umbral. Frunce el ceño, la repasa de arriba abajo y se afloja la corbata con gesto nervioso, como si de repente la presión le resultara asfixiante.

Millie entra impasible, sin que la hayan invitado. Los ojos de él se vuelven más censuradores, pero finge ignorarlo y, como si no se percatara de su mueca huraña, se retrepa en una butaca al otro lado de la mesa, le pone el plato de lasaña delante y se recoloca el cigarrillo en la boca para poder dar una buena calada.

Sí, parece muy mosqueado.

Satisfecha, coloca los pies, enfundados en zapatillas de peluche, encima de la mesa de trabajo de Alexander y expulsa un anillo de

humo al techo, solo para sacarlo de quicio.

Él tiene cara de querer estrangularla, por lo que Millie le dedica su sonrisa más dulce e inocente y un travieso gesto de las cejas.

—Escucha, Marcus, tengo que dejarte. Me ha surgido un… imprevisto de lo más irritante. Ajá. Muy bien. Mándamelo por mail. Adiós. ¿Qué haces aquí? —ladra mientas cuelga.

Millie le regala otra sonrisa dulce.

—Hola a ti también. Te traigo lasaña. Me preocupa que no te alimentes como es debido. Al fin y al cabo, tienes una edad. Comerte tantos sándwiches podría provocarte una ulcera.

Alexander intenta conservar la paciencia.

—Agradezco tu preocupación, Emilia, por muy infundada que sea. Pero deberías saber que Pierre, el chef de este hotel, tiene tres estrellas Michelin.

Los ojos de Millie dan una vuelta casi completa sobre sus orbitas. Pijo estirado y pretencioso, encima hecho un burgués.

—¿Qué te apuestas a que tu cocinero micheliniano no le ha puesto a tu insulso almuerzo el mismo cariño que yo?

Alexander apoya la boca contra el puño cerrado y la observa sin que se le cambie la cara. Evidentemente hace un esfuerzo para no reírse. No está dispuesto a darle a *Emilia* esa satisfacción. Qué hombre tan irritante.

—Está bien. Comeré tu lasaña —cede al cabo de unos segundos de enfrentamiento visual. Se le ve más conciliador.

—Adelante —apremia ella con un elocuente gesto de las cejas.

Él le lanza una mirada desconfiada.

—¿Es que piensas quedarte aquí?

—Por supuesto. No confío en ti. Seguro que, si me marcho, mi lasaña acabará en la basura. Y no me he pasado dos horas cocinando para que tú hagas eso, señor Blake.

Irritado, vuelve a ponerle mala cara. Ella ni se inmuta. No es una negociación.

Al comprenderlo, Alexander exhala una buena cantidad de aire, coge el tenedor que venía en el plato y, sin más remedio, se lleva un trozo de pasta con carne a los labios. De pronto, su expresión irritada se funde en un gesto de sorpresa.

Frunce el ceño, mastica, traga y luego mira a Emilia con gran asombro.

—¿Esto lo has hecho tú?

Millie apoya los codos sobre la mesa y se inclina un poco para estar más cerca de él.

—Y lo he hecho solo para ti.

Alexander suspira.

—Está muy bueno. Aunque no tenías que haberte molestado.

—Créeme, tu cara de sorpresa ha hecho que el esfuerzo valiera la pena.

—¿Ah, ¿sí? —repone él con una sonrisa que no puede reprimir.

—Ajá. ¿Con quién hablabas?

Los ojos de Alexander, encendidos de confusión, se elevan hacia los suyos.

—¿Qué?

—Al teléfono. ¿Con quién hablabas?

—Ah. Marcus es un posible inversor.

—¿Estáis sin blanca?

La idea de estar en bancarrota lo hace soltar una carcajada y, Dios mío, es tan atractivo cuando se ríe que Millie maldice por lo bajo.

—No, Emilia. No estamos sin blanca. Al contrario. El hotel va mejor que nunca. Estamos pensando en abrir una filial en Nueva York, y Marcus podría ser un posible socio.

El corazón de Millie empieza a latir deprisa, entusiasmado por la idea.

—No me digas. ¿O sea que te mudas a Nueva York?

—No.

Su corazón se detiene y un gesto de confusión se instala entre sus cejas.

—¿Ah, ¿no? Pero si abres un hotel ahí…

—Nunca dejaría París —zanja él antes de llevarse otro trozo de lasaña a la boca.

Lo sopesa con la mirada, en silencio, y se pasa la lengua por los dientes con gesto de fastidio.

—Pues nada. Entonces seré yo quien deje Nueva York. Las relaciones a distancia nunca funcionan.

Alexander ríe y cabecea divertido.

—¿Y qué hacemos con tu novio, Emilia? A mí no me van los tríos. Cuando era niño me negaba a compartir mis juguetes con los niños del parque.

Ella se saca el cigarrillo de la boca y le dedica su sonrisa más seductora. Le resulta sorprendente que aún no la haya amonestado por fumar.

—Si te pones tan gruñón, le dejaré. De todas formas, solo me servía de entretenimiento mientras esperaba a que tú me hicieras caso.

El rostro de él se despliega en una sonrisa; una media sonrisa arrasadora que dispara el pulso de Millie.

—Eres increíble.

—Sí, lo sé. Todo un partidazo. No sé por qué sigues resistiéndote.

Alexander vuelve a negar, aunque no se le ve cabreado. Chispas de humor iluminan sus ojos azules.

—De verdad que no entiendo tu obsesión por mí. Ahí fuera hay millones de hombres más jóvenes e interesantes que yo.

—Ojalá me interesara alguno. ¿O es que crees que a mí me resulta divertido llevar tantos años detrás de un tío que no quiere hacerme caso?

Los ojos oscuros del hombre atrapan los suyos. Tiene un efecto tan hipnotizante que Millie se olvida incluso de coger aliento.

—Emilia, a mí no me van las relaciones —expone con una repentina seriedad.

Millie recupera la compostura de inmediato y lo mira con ojos fríos y distantes.

—Ay, Alexander, me aburres. ¿Qué haces mañana por la noche?

Él la observa unos momentos con las cejas enarcadas.

—No lo sé. ¿Por?

—Por si quieres que hagamos alguna cosa juntos.

—Creo que es un buen momento para decirte que tampoco tengo citas.

—Mira que eres insufrible. ¡Me marcho!

—Fantástico. Cierra a tus espaldas.

Millie arruga el rostro en un gesto de incredulidad.

—¿Serás cretino? Cualquier tío de tu edad mataría por estar con un pibón de veintidós años.

Alexander le dedica una sonrisa de medio lado.

—Así que crees que eres un pibón.

—Anda y que te follen.

Él se ríe con ganas. Millie abandona enfurecida la silla y recorre a grandes zancadas la distancia que la separa de la puerta.

—Emilia —la detiene él en el último segundo.

Su voz es ronca. Autoritaria. Muy intimidante.

El corazón de Millie da un violento vuelco.

A pesar de todo, se gira con rostro completamente inexpresivo y conserva la calma mientras aguarda con las cejas en alto.

—¿Sí?

La atmósfera ha cambiado y Millie puede notarlo. El aire está más denso, electrizante. Los ojos de Alexander han atrapado su mirada y lo único que puede hacer ella es aguantar la respiración y dejarse arrastrar hacia él.

—Tampoco permito que nadie fume en mi despacho —habla él por fin.

—Asombroso.

Está tan mosqueada por la forma en la que él acaba de hundir todas sus esperanzas que le lanza su mirada más fustigadora y después sale y se aleja por el pasillo lo más rápido que le es posible.

Por supuesto, no cierra la puerta, y un par de segundos después la escucha golpear con fuerza a sus espaldas.

Se detiene por un segundo, sonríe y camina satisfecha hacia el *lobby*. No ha estado mal la charla. Nota que han hecho progresos.

—Yo que vosotros no entraba ahí —advierte al pasar por delante de los dos recepcionistas—. Está con la *pitopausia* y no hay un dios que le aguante.

Los dos hombres hacen grandes esfuerzos por contener la risa. Millie les lanza un guiño travieso y cruza con tranquilidad las puertas giratorias. Siempre se le ha dado bien hacer amigos. A diferencia de Alexander. Seguro que era el rarito de la clase, demasiado pijo como

para juntarse con la plebe. Ugh. De todos los hombres del planeta, tenía que enamorarse precisamente de él. No es nada justo.

MASSIMO



14

Francesca camina demasiado deprisa. Lleva unas botas de piel marrón que le llegan hasta las rodillas, bolso a juego y una falda campana de colores otoñales, que ha combinado con un jersey negro, ceñido, con escote en forma de V. Es la *donna* más guapa de todo el aeropuerto.

—¿Quieres caminar más despacio? —se enerva Massimo. Él siempre se enerva. Su sangre italiana prende con demasiada facilidad.

—No quiero perder el vuelo.

—Pero si faltan tres horas, *amore*. Sé razonable.

—Soy muy razonable, pero necesito mi tiempo. Para tomar café, ir al baño, comprar un libro… Cuanto antes pase la cola, mejor.

Massimo, si bien protesta, la sigue obediente, arrastrando sus maletas llenas de a saber qué. No está nada conforme con su decisión de marcharse a París. La inspiración está en Roma. Los hombres italianos podrían inspirar diez mil novelas. ¿Qué van a

saber los franceses del amor? Si lo único que tienen es beso con lengua y vinos pretenciosos.

Ay. Muy mala combinación.

No quiere que Francesca pruebe esos besos franchutes y mucho menos el vino. Cuando bebe, hace cosas malas. Una vez le dejó que le metiera la puntita en una parte que no correspondía. Y, de no haberle resultado doloroso, lo habrían llevado a cabo.

A ver, que hiciera eso con él estaba bien, porque era su marido, pero un franchute cualquiera, no, ni hablar. Un franchute cualquiera debe mantenerla en los pantalones. ¡Bien lejos de Francesca!

—*Amore*, deberías recapacitar.

—De eso nada. En la ciudad del amor es imposible no encontrar el amor.

—¡*Mamma mia*, qué *donna*! Eres *molto* irritante, ¿te lo habían dicho alguna vez?

Francesca se vuelve para guiñarle el ojo. Massimo le pone mala cara.

—Tú sabes que me quieres, *caro.*

—Cierto —refunfuña disgustado—. Pero no te apoyo.

—Solo serán dos semanas.

—En dos semanas pueden pasar muchas cosas.

Ella vuelve a girar el rostro hacia atrás. Tiene una sonrisa socarrona agazapada en los bordes de la boca.

—¿Qué es lo que te da tanto miedo? ¿Que encuentre a alguien que sea mejor que tú en la cama y termine haciendo comparaciones?

—¡Eso es imposible! —declara Massimo con el orgullo de un antiguo y poderoso emperador romano—. Nadie es mejor que yo en la cama.

Ella suelta una risita y, como él no sabe muy bien si es una risita burlona, se enerva.

—¿A qué viene esa risita?

—A que eres muy gracioso.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, mira. Ahí está *Luftansa*.

Massimo suspira como un mártir y refunfuña un *mamma mia*. Con esta mujer tiene ganado el Cielo. Seguro. Sin la menor duda. ¡Qué cruz!

Se acercan al mostrador, pasan la cola —solo hay tres personas— y, billete en mano, se dirigen a las zonas de control.

Ahora Massimo camina con las manos en los bolsillos. Le ha dejado las maletas a esa azafata bonita que no dejaba de sonreírle. Seguro que a él, porque ¿qué sentido habría tenido sonreírle a Francesca?

—Por favor, riega las plantas. Las mías y las tuyas. Y no dejes que el gato pase hambre.

Massimo pone mala cara. Odia tener plantas. Y los gatos le hacen estornudar. Pero ella se sale con la suya.

Es curioso cómo, incluso después del divorcio, sigue haciendo lo que Francesca quiere.

—Está bien.

—Y no te preocupes por mí. Estaré bien. Hablo francés.

Precisamente eso es lo que más le preocupa. Sabe comunicarse con los franchutes. Sabe decir: por el otro agujero. Mala idea. Muy mala. ¿Por qué nunca le hace caso?

Massimo nota que empieza a alterarse otra vez.

—Bueno, ya estamos aquí.

Ella deja por fin de caminar y se vuelve para despedirse, con una sonrisa maternal que lo saca de quicio.

—Sé bueno, *caro*. No dejes embarazada a ninguna *ragazza*.

Massimo encoge las pupilas para indicar su desagrado.

—Y tú no permitas que un franchute te deje embarazada.

—Oh, no. Yo solo lo quiero para lo que lo quiero.

«Tú respira, Massimo. Tú.Respira».

—Sigo pensando que es mala idea.

—Lo has expresado decenas de veces. Queda constancia. Dame un beso.

—Serán las primeras navidades en ocho años que paso lejos de ti —protesta él con el aire enfurruñado de un niño mimado al que de repente sus padres ya no le dan lo que quiere.

Francesca sonríe con gesto condescendiente.

—Ay, *caro*. ¿No será que estás enamorado de mí?

—No digas tonterías.

Francesca se ríe y le guiña el ojo.

—Era una broma. Me marcho. Feliz Navidad.

—¿Feliz Navidad? —se inquieta Massimo—. Todavía falta para eso. ¿Por qué me lo dices ahora? ¿Es que no piensas llamarme? —la última frase la suelta casi en un susurro, como si le pareciera algo demasiado atroz como para ser formulado en voz alta.

—No. Estas dos semanas voy a romper el contacto con todo el mundo. Me centraré en el candado.

—¿Qué candado?

—Es una metáfora.

—Pues no la entiendo —refunfuña malhumorado.

—Es igual. Tú no me llames ni me escribas.

—¡¿Y si te secuestran?!

—Nadie va a secuestrarme. Voy a París. El mundo civilizado.

—No confío en los franceses. Ahí no ha habido nadie decente desde Napoleón.

—Napoleón era italiano.

—Pues por eso.

Francesca, riéndose, lo coge por los hombros y clava los ojos en los suyos.

—No estés enfurruñado. Volveré. Pero ahora necesito tiempo para mí.

Pero sí está enfurruñado. ¡Porque va a abandonarlo! ¿Es que no tiene corazón? Él siempre cena con ella en Navidad.

Y siempre la besa en Nochevieja. Vale, sí, no un beso francés. Mantiene la lengua quieta. Pero la besa en los labios. ¿A quién va a besar este año?

—*Arrivederci*.

Massimo hace una mueca de disgusto.

Claro que a Francesca le da igual. Ni siquiera se fija en sus pupilas encogidas. Planta dos besos en sus mejillas con gesto descuidado y se marcha, la muy desalmada. Mujeres. Criaturas crueles.

—¡No bebas vino! —grita tras ella.

Francesca se gira por un momento, ceñuda, como diciendo: *este hombre está chalado*, y luego le vuelve a dar la espalda.

Miles de maldiciones. ¡¿De verdad piensa marcharse?!

A Massimo le inquieta la idea. La culpa es de Carlo, como siempre. Le da los peores consejos. ¡Divórciate de Massimo! ¡Hala! ¿Cómo vas a seguir junto a un hombre que te ha puesto los cuernos UNA vez, con UNA sola *ragazza,* de la que de todas formas ni siquiera se acuerda porque había tomado más *prosecco* de la cuenta? ¡Maldito Carlo!

Massimo da media vuelta, exacerbado, y se aleja bisbiseando por el aeropuerto. Se siente como un cachorro abandonado. Hay *ragazzas* por todas partes y a él ni siquiera le apetece mirarlas. Porque la única *ragazza* que le importa de verdad se acaba de marchar y en unas dos horas estará en los brazos de algún franchute que domina a la perfección las técnicas del beso francés y vete tú a saber qué más técnicas, probablemente todas ellas prohibidas por la Iglesia Católica bajo pena de excomulgación.

Se detiene ojiplático en mitad del aeropuerto y suelta una exclamación.

—¡Ahí va! Estoy enamorado de ella. *Mamma mia*, ¡estoy enamorado de Francesca! —le grita a un señor, que lo mira como si estuviera loco.

—Me alegro por usted.

—¡Pues no se alegre! —vuelve a gritarle Massimo—. ¡Va a coger un avión!

Se gira desesperado y corre de vuelta a la línea de control. Tiene que decírselo. Ella tiene que saber que no necesita ir a París para encontrar el amor. ¡Porque el amor está en Roma! ¡El amor es él! ¡Massimo! ¡La quiere, y no como a una amiga!

Claro, por eso se ha cabreado tanto con esa zorra —pobre mujer — que le ha hecho daño a su amada. No es que él piense todas esas cosas horribles sobre ella —quizá no esté sexualmente frustrada, quizá no le haya gustado el libro y punto—, el problema es que se enfureció porque había hecho llorar a Francesca, y él no soporta ver llorar a Francesca porque la ama. Es la *donna* de la *sua vita*.

Ansioso, aparta a gente de su camino hasta que llega a las filas de control, donde se detiene sin aliento y la busca con la mirada.

—Francesca. ¡Frances-caaaaa! Te quiero, ¿me oyes? ¡Estoy.Enamorado.De.Ti! Nunca he dejado de amarte. ¡Frances-caaaaa!

—Deje de mugir, hombre —le riñe una señora voluptuosa, entrada en años—. Ahí no hay ninguna Francesca.

Certo. Ella no está. Se ha marchado y es demasiado tarde. Para cuando él llegue a decírselo, ya estará enamorada de algún francés.

Mierda, mierda, mierda. ¿Por qué no lo comprendió antes? El amor es tan extraño…

Se saca el móvil del bolsillo y marca furioso un número que se sabe de memoria.

—¿Hola? ¿Carlo? Sí, quiero pedir una cita. Tengo una crisis emocional. Necesito un psicólogo de urgencia.

Maldito Carlo. La culpa es suya, como siempre. ¿Por qué no le ha hecho comprender en todos esos años que él ama a Francesca? Irá hasta ahí solo para darle un puñetazo en la nariz.

Y si hay que pagar ochenta euros la sesión, por él, encantado. De todas formas, hace mucho que siente ganas de romperle la nariz a ese cabrón pretencioso. Desde que le dijo a Francesca que el divorcio era la única opción.

VINCENT



15

Vincent Crozet detesta los imprevistos. Es una de esas personas que pretenden que en su vida todo fluya y encaje a la perfección. Haberse dejado las partituras en *La Bohème* y tener que regresar a la mañana siguiente es un imprevisto que rompe en dos su planificación para ese día.

Según su agenda, se suponía que debía despertarse a las 7 a.m., tomarse un café con una gota de leche fría y medio azucarillo, y dedicar el resto de la mañana al ensayo de una función que su compañía de teatro y él están preparando.

Pero no ha podido hacer nada de eso. ¡Porque la noche anterior se dejó las partituras encima del piano! Además, en un día tan asqueroso como ese. No deja de lloviznar. Ojalá nevara. Unas navidades pasadas por agua no le resultan nada atractivas.

—Hombre, Vincent. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Pues, verás, Claude, resulta que anoche me dejé las partituras por aquí en alguna parte. Juraría que encima del piano. ¿No las habréis encontrado por casualidad?

Claude deja de trastear con los crisantemos del florero y se queda pensativo, frunciendo el ceño.

—Ahora que lo dices, creo recordar que alguien mencionó algo de unas partituras. Mira en el vestuario. Puede que te las hayan dejado por ahí.

—Gracias. Me acabas de salvar la vida.

—Ya ves. Para eso estamos.

Chasqueando la lengua, el *maître* le da la espalda y echa una mirada huraña a los crisantemos.

—¿No te parece que algo falla en este florero?

—Lo que me parece es que eres muy puntilloso.

Vincent, que no tiene tiempo que perder y, además, el aspecto de los crisantemos le preocupa bien poco, gira sobre sí mismo y se encamina apresuradamente hacia la puerta que da a la cocina, los aseos y los vestuarios de los empleados.

Está a punto de entrar en el vestuario a buscar sus partituras, cuando algo lo hace detenerse junto a la puerta y contener el aliento.

Una voz. Aunque no una voz cualquiera. Una voz extraordinaria, intensa, un timbre intermedio entre lírico y dramático, de una expresividad y potencia le ponen los pelos de punta.

Pálido de emoción, se acerca a la puerta de la cocina y se pega a ella. La voz se magnifica. Quien sea que esté cantando, está ahí dentro.

—Asombroso —farfulla, poseído por un extraño frenesí musical que hace imposible seguir con lo que estaba haciendo.

¿Qué hace esa persona, la dueña de esa increíble voz, en las cocinas de un bar?

Vincent está conmocionado. Se olvida de las partituras y va a buscar a Claude de inmediato.

—¿Quién es esa persona que canta en la cocina? —demanda saber con voz atropellada por culpa de la falta de aliento.

Claude, por fin satisfecho con el aspecto de los crisantemos, deja el florero encima de la chimenea y se vuelve sorprendido. Encontrarse con un rostro pálido y unos ojos oscuros, dilatados e interrogantes, no hace más que acentuar su asombro.

—Veo que has escuchado al Ruiseñor.

—¿Ruiseñor? No me tomes el pelo. Esa mujer le daría mil vueltas a un ruiseñor. Es Sabine, ¿verdad?

Claude se echa a reír.

—¿Sabine? Pero ¿qué dices? Sabine no es capaz de entonar ni el *Cumpleaños Feliz* sin desafinarlo.

—Entonces ¿quién es? —se impacienta Vincent.

—Tu amiga. Chloé.

—¿Chloé? Esa voz… esa… ni siquiera sabría definirla… es… ¡¿Chloé?!

La perplejidad de Vincent es máxima. Chloé le parece demasiado menudita como para tener esa voz tan pura y potente.

—Sí, señor.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. A veces le da por cantar mientras pela patatas. Te prometo que yo no soy muy fan de la ópera, pero un día se me saltaron incluso las lágrimas. Tenías que haber oído como cantaba *La Bohème*. Y se sabe todas las letras en italiano. No sé lo que estará cantando ahora…

—*Nabbuco*. *Abigaille*. La última aria.

Claude arruga la nariz.

—Ah. Ahora entiendo por qué sois amigos.

Un gesto de confusión se instala entre las oscuras cejas de Vincent y sus ojos medio ausentes buscan el rostro del *maître*.

—¿Por qué lo dices?

—¿En serio? Pues porque… ¿Sabes qué? Olvídalo.

—Ya lo he hecho. ¿A qué hora sale?

Claude comprueba el reloj.

—Le quedan cuatro horas.

—Ah, mierda. No puedo quedarme tanto. Será mejor que vaya a hablar con ella ahora.

El *maître* enarca las cejas.

—Nos vas a dejar sin pinche de cocina, ¿a que sí?

—Si ella acepta, sí. Es perfecta para Cosette.

Claude hace una mueca de desagrado.

—Tenía que habérmelo imaginado. Aunque me alegro por ella. Pelar patatas no es lo suyo.

—Desde luego que no. Esa voz debería estar en los mejores teatros del mundo, no encerrada en una cocina grasienta.

—¿Grasienta? Sepa usted, señor, que nosotros limpiamos muy a menudo —se indigna, paseando el dedo por delante de los ojos de Vincent—. Nuestra cocina está impoluta. Los niveles de excelencia de este lugar son…

—No pretendía ofender.

El gesto pacifista de Vincent lo aplaca visiblemente.

—Ya. Lo sé. Claro que no. Pues… toda tuya —concede, todavía un poco mosqueado, porque él tiene su orgullo.

—Gracias —farfulla Vincent con gesto ausente.

A Claude no le da tiempo de añadir nada más. Vincent ya se ha esfumado por la puerta que da a los vestuarios y, un segundo después, está en medio de la cocina.

—¿Chloé?

La muchacha enmudece en el acto y sus enormes ojos azules se vuelven hacia atrás. El asombro le ha entreabierto ligeramente los labios y Vincent se queda unos segundos eclipsado, mirando fijamente esa boca suave y carnosa que es capaz de producir tan angelical sonido.

—¿Vincent? ¿Qué haces tú aquí? Pensaba que solo tocabas por las noches.

Él se obliga a acercarse y agita la cabeza para apartar de su mente ese aturullamiento que lo ha hecho abstraerse en su imagen.

Chloé lleva un uniforme blanco y su pelo rojizo está oculto tras una gorra nívea. Con esas pintas no es exactamente la mujer más sexy del mundo. Entonces, ¿por qué por un momento la ha mirado con ojos rebosantes de una especie de emoción que no está muy seguro de comprender?

—Yo… —Parpadea azorado y busca sus ojos. Mirar su boca aumenta demasiado su confusión—. He venido a por unas… unas partituras. Y te he oído cantar.

—Oh.

Chloé aparta la mirada y enfoca el suelo. Parece avergonzada. Es ridículo. Debería estar muy orgullosa.

Vincent da otro paso hacia ella y se detiene.

—Verás, Chloé, me gustaría hablar contigo, pero sé que en este momento no puedes, porque estás trabajando, y yo no puedo quedarme hasta que acabes el turno, porque tengo una mañana de locos. Pero me preguntaba si esta noche, si te gustaría… si podrías… no sé, ¿quedar conmigo para tomar algo? ¿Y así te cuento lo que tengo en mente? Te prometo que no es nada raro —se da prisa por añadir, levantando las palmas en ademán pacifista—. No quiero un *ménage à trois* ni nada siniestro.

A Chloé se le encienden las mejillas, lo cual le da un aire todavía más dulce. Vincent se pellizca el puente de la nariz con aire cansado. No puede mirarla así. Tiene que dejar de mirar a Chloé con esos ojos tan ardientes. Ella se asustaría, pensaría que es un depravado y a la mierda Cosette. No puede mezclar el trabajo con su vida personal. Eso nunca sale bien. En cuanto ella se dé cuenta de que él no tiene nada que ofrecer, se enfadará, se marchará y él se cargará la obra. Es mejor mantener las manos, los labios y otras partes de su anatomía quietas.

—Eehh… vale —concede ella, titubeante—. Eh… ¿Dónde quieres quedar?

A él le gustaría quedar en su casa, pero es probable que ella se sienta ofendida. Será mejor pensar en alternativas.

—¿Qué tal si quedamos en la puerta del hotel y vamos a alguna parte?

—¿Hoy no tocas?

Vincent niega con la cabeza.

—Es mi noche libre.

—Ya. Hm… vale. Quedamos en la puerta del hotel. ¿A qué hora te viene bien?

—¿A las ocho?

Chloé se encoge de hombros.

—De acuerdo. A las ocho, entonces.

Aunque intenta mantenerse serio, Vincent se siente tan exultante que sus labios se mueven en una enorme sonrisa. La idea de volver

a verla le llena de una extraña alegría, y algo le dice que no todo tiene que ver con su voz dramática y oscura.

«Sácatelo de la cabeza, tío. Esto solo es trabajo».

—Genial —balbucea, y tan turbado está que se precipita sobre la puerta sin haberse despedido siquiera.

ALEXANDER



16

Lleva evitándola desde ayer y no le hace la menor gracia verla entrar por la puerta del bar. ¿Y su padre? ¿Qué cojones está haciendo? ¿Por qué no pasa más tiempo con su hija? El muy cabrón se está muriendo y ella ha venido para intentar arreglar la relación, aunque sea en el último momento. A Alexander le enfurece ver que su mejor amigo no hace más que evitar a su hija. A lo mejor por eso está tan obsesionada con él. Busca al padre que nunca ha tenido.

La idea le resulta tan repugnante que tensa la mandíbula y le da un buen trago a su copa de whisky. No quiere ser la encarnación del padre ausente. Quiere ser…

«¿El qué? ¿Qué quieres ser para ella?»

Se le ocurren varias ideas. Amante… Amigo...Todo…

—Mierda —se escucha a sí mismo farfullar.

Suspira y se masajea la nuca, frustrado.

«Es absolutamente inviable. Olvídalo. Eso no va a pasar nunca. Ni en tus mejores sueños», intenta mentalizarse.

Toma otro trago y sus ojos la repasan con languidez de arriba abajo. Maldita sea, ¿no había un *short* más corto? Este solo enseña sus perfectas y esbeltas piernas hasta arriba del todo. Si fuera suya, no iría por ahí medio desnuda.

De inmediato frunce el ceño.

Qué gilipollez. ¿Si fuera suya, no iría por ahí medio desnuda? ¡Eso es completamente atrasado! Las mujeres no pertenecen a nadie, no son propiedades para poseer y dominar. Son seres humanos con sentimientos, deseos y elecciones propias. ¿Cómo se le ocurre pensar una cosa así? Los celos son extraños, sin duda.

¿Celos? ¿Y por qué iba a sentir celos él? No quiere nada de Harley Queen. Lo único que desea de ella es que le deje en paz de una puta vez. Y que se lleve lejos de él el infierno que ha traído a su vida.

Como si algo así fuera posible…

En la otra punta del bar, Emilia recorre la sala con la mirada como si buscara a alguien en concreto. Parece molesta por el barullo de voces que se eleva en el aire y un poco incómoda por estar ahí sola.

Su rostro se destensa en una expresión de alivio cuando reconoce a Alexander. Él está sentado en un butacón de cuero, más allá del piano y de las mesas en las que clientes sonrientes charlan, toman una copa y escuchan el melancólico jazz que envuelve la tenue atmosfera.

Y no puede quitarle los ojos de encima.

Hace un gesto de exasperación cuando la ve encaminar hacia él con esa sonrisa suya de felino juguetón. Ah. ¿Por qué le atormenta tanto? No ha dormido como Dios manda ni una sola vez desde que la conoce. ¿No podría desaparecer sin más de su vida y de su mente? Resulta verdaderamente molesto perder tanto tiempo pensando en ella.

—Me aterra lo huraño que pareces.

Con una media sonrisa, se deja caer en el respaldo de su sillón. SU sillón. ¿Es que esta chica no entiende cómo funciona lo de la propiedad privada?

—¿Qué haces aquí? —repone él con un soplido.

Se niega a mirarla, por lo que sus ojos se mantienen clavados en una botella de whisky del bar.

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Que me quede sola en casa?

—¿Y tu padre?

—Otro que pasa de mí. Sabes, toda la vida me he sentido exactamente igual. Como si no encajara en ninguna parte. Parece que molesto a todo el mundo, incluso mientras respiro. Creo que venir aquí ha sido un error. ¿Qué esperaba? ¿Que mi padre me hiciera caso solo porque se está muriendo? Nunca encajé en su vida, y está claro que no voy a empezar a hacerlo ahora. Buah. ¿Y tú por qué me haces hablar de mi padre? —Indignada, le propina un golpecito en el brazo a Alexander, que la mira con gesto adusto—. Tío, ¡venga ya! ¡Eres peor que un psicólogo! Mejor me voy a la cama. Noto que se me empieza a encender la sangre, y como me ponga a escupir ahora todos los traumas de mi infancia… Vaya tela. Ya te puedo adelantar que no hay un dios que me aguante cuando me pongo en plan melodramático. Así que *sayonara, baby*.

Alexander sabe que acabará arrepintiéndose de esto.

«Sin duda».

«No lo hagas».

A pesar de sí mismo, la atrapa por la muñeca y la detiene. Los dos se estremecen ante la electricidad estática que los sacude. Alexander entrecierra los párpados con gesto agotado.

—A mí no me molestas —masculla, dirigiendo hacia ella toda la fuerza de sus ojos turbios.

—Cualquiera lo diría —responde Emilia con acidez.

«Bien visto, señorita».

Como sabe que se lo tiene merecido, no intenta inclinar la balanza a su favor y se limita a apaciguarla con una pequeña sonrisa.

—¿Por qué no te sientas conmigo? ¿Tomamos una copa? Me parece que ya tienes edad para beber en todos los países del mundo. Excepto, claro está, los que promueven la ley seca.

Emilia le pone mala cara. No confía en él. Es comprensible.

—Creía que estabas ocupado.

—Ya no.

Se sostienen la mirada unos segundos más de la cuenta. Los dos están atrapados, embelesados. *Desconcertados*.

Alexander libera su muñeca y se obliga a poner fin a esa batalla de miradas. Se gira, levanta la mano y llama al camarero. Como es el jefe, le atienden de inmediato.

—Un whisky para mí y… ¿qué quieres tomar, Emilia? —De nuevo la enfoca con toda la potencia de sus ojos y se da cuenta de que a ella la intimida la forma en la que la está estudiando, ya que mira a todas partes menos a él. Se ha vuelto a sentar en el respaldo de SU sillón.

—Un whisky me vale —responde en un murmullo.

El camarero se retira. Alexander frunce el ceño y su mirada censuradora reaparece en sus ojos.

—¿En serio? ¿Un whisky? ¿Estás segura?

—¿Qué pasa? —lo enfrenta ella, desafiante. Parece que odia mostrarse vulnerable delante de él—. ¿Crees que las mujeres no deberíamos tomar whisky?

Su tono burlón le hace poner mala cara.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pues me has mirado de un modo…

—No nos peleemos, ¿vale? —intenta apaciguarla de nuevo—. No me apetece.

—Ni a mí —responde ella malhumorada.

Alexander hace una mueca, desvía la mirada hacia el escenario y sorbe un poco de whisky. La expresión de su cara se relaja pasados unos segundos.

—¿Cómo es tu vida en Nueva York? —pregunta, volviendo el rostro hacia el suyo—. ¿Truman Capote, Woody Allen o Scott Fitzgerald?

Emilia sonríe ante todas esas referencias literarias. Él sabe que ella las entiende. Más de una vez la ha pillado leyendo SUS libros. Siempre los mejores. Un gusto exquisito. Salvo para los hombres.

—Supongo que a medio camino entre Fitzgerald y Woody Allen —responde tras un segundo de duda—. Tengo un punto atormentado y un punto superficial.

—Entonces eres la viva imagen de Holly Goligthly.

Su tajante afirmación la hace reírse. La boca de Alexander esboza una sonrisa mortecina. Le gusta el sonido de su risa y la forma en la que se le ilumina la mirada cuando se divierte.

—Créeme, no tengo ni un pelo de Holly Golightly.

—Sí, puede que tengas razón. La verdad es que me cuesta imaginármela con el pelo rosa y un *piercing* en la nariz —refunfuña con los labios casi pegados a la copa.

Emilia se gira en el respaldo de la butaca y lo mira desde arriba con una sonrisa mal disimulada.

—Te encanta mi pelo rosa, ¿a que sí?

Él se echa a reír y cabecea divertido.

—No está mal. Aunque te prefería morena.

Está mintiendo. Lo cierto es que el pelo rosa le da un aire transgresor y eso le pone.

—¿Sabías que en realidad soy rubia?

La mira con una mezcla de diversión y sorpresa.

—Nooo —dice, fingiendo una total incredulidad.

—En serio. Un rubio casi platino. Tú no me conociste en esa época porque vivía con mi madre y me negaba a volar a París, con lo que era mi padre el que venía a Nueva York cuando le apetecía verme, pero hay fotos que lo certifican.

Alexander se echa para atrás en su butaca para mirarla de lleno a los ojos.

—Estás de coña.

—Para nada. Me eché tinte a los quince años porque odiaba ser tan angelical. Parecía un puñetero querubín.

Él deja caer la nuca contra el respaldo de la butaca y se ríe a carcajadas.

—Dios mío.

—No es broma. —Ella niega y sonríe—. No sé por qué te ríes tanto.

—Eres una caja llena de sorpresas, Emilia.

—La caja de Pandora, más bien.

—Es harto probable —coincide él, riéndose.

Ella se muerde el labio para ahogar una sonrisa, hunde la nariz en la copa que le acaban de traer y prueba el alcohol.

Los ojos de Alexander la estudian con suficiente atención como para notar que, en realidad, más bien detesta el whisky. Hace un gran esfuerzo por no esbozar un gesto de desagrado mientras la bebida desciende como fuego por su garganta. Será que no quiere darle la razón a él y admitir que el whisky no es lo suyo.

Alexander sonríe para sí, niega con la cabeza y desvía la mirada hacia la ventana. Le gusta la canción que suena y, aunque sabe que eso nunca volverá a pasar, se permite a sí mismo fantasear por un segundo con la idea de un baile con ella. Aún recuerda el último, lo frágil y rota que parecía entre sus brazos y las ganas que tenía él de arroparla y cuidarla.

Esos pensamientos lo indignan al instante y su expresión anhelante es reemplazada por una de escepticismo. Menudo bastardo. ¿Solo quería cuidarla? ¿En serio? ¿Y todas esas veces que se había imaginado que su mano recorría la curvatura de su espalda, desde la nuca hasta la parte baja de su columna, registrando cada centímetro de piel desnuda? ¿Y que su palma se deslizaba por su clavícula y sus pequeños pechos como si estuvieran venerándola? ¿Y que su boca bebía de la suya? ¿No le convierte todo eso en un bastardo hipócrita?

¿El hecho de estar medio empalmado solo porque siente su cuerpo a tres escasos centímetros de distancia del suyo no lo convierte en un ser vil y despreciable? ¿Cómo puede sentir esta especie de atracción enfermiza por alguien tan joven como Emilia, una mujer que podría ser su hija y que, de hecho, se acostó con su propio hijo?

«Pensando en ti. Eso fue lo que te dijo. Se lo folló mientras pensaba en ti, lo cual lo vuelve el doble de enfermizo, porque ¿qué clase de chica en su sano juicio se acostaría con el hijo si al que desea es al padre?». Esto solo demuestra lo malos y tóxicos que son juntos. Lo mejor que pueden hacer es estar separados.

—Es patético.

Alexander, arrancado de su silenciosa contemplación, parpadea y alza la mirada hacia la suya.

—¿Hm? ¿El qué?

—Babear tanto por un tío. Mírala. Se desvive por él.

Como no tiene ni la menor idea de lo que está hablando, sigue la dirección de sus ojos y observa a la pareja que tanto ha llamado la atención de Emilia. El hombre ignora a la mujer y ella no sabe qué hacer para llamar su atención. El amor no correspondido tiene cierto grado de patetismo, sí.

—Tú babeas por mí —le recuerda, sin pensar muy bien en lo que está diciendo.

Emilia le propina otro golpecito con el reverso de la mano, esta vez en el pecho.

—No seas creído. Yo quiero follar contigo. Es distinto.

Sus palabras le encienden, pero finge que no y la mira como si estuvieran comentando una trivialidad.

—¿Esto del lenguaje sucio es porque estás reivindicando alguna cosa?

Millie esboza una sonrisa perezosa y lánguida.

—No. Es porque pertenezco a la generación que llama las cosas por su nombre —responde después de un trago que la hace torcer el gesto.

—Prefiero las generaciones anteriores —asegura Alexander, cuya mirada se aleja por el bar.

—¿Por eso no quieres ponerme un dedo encima? —le provoca ella, enfocándolo con toda la fuerza índigo de sus ojos—. ¿Soy demasiado moderna para ti?

Él toma un trago y medio sonríe. No piensa mirarla ni tampoco contestar, y al cabo de unos momentos, Emilia se da por vencida y ambos se sumergen en un nuevo silencio contemplativo.

—¿Por qué quieres follar conmigo? —pregunta él abruptamente. No ha conseguido resistirse a la tentación.

Emilia está tan sorprendida que gira el rostro hacia el suyo con una brusquedad que debe de doler, a juzgar por el chasquido de protesta que emiten sus articulaciones.

—Eres mi asunto pendiente. Detesto tener asuntos pendientes —responde, como si hubiese ensayado mil veces esa contestación.

Alexander la mira largo rato con las cejas en alto y luego estalla en carcajadas.

—Dios mío. Mira que eres rara.

«Al menos no ha dicho nada del padre ausente», se consuela a sí mismo.

—¿Sabes qué, *garçon*? Me voy a montar mi propia fiesta. Esta música de vejestorios me aburre. Supongo que tienes razón: soy demasiado moderna para ti.

Las comisuras de la boca de Alexander disimulan una pequeña sonrisa.

—¿Se me permite preguntar qué clase de música escuchas tú?

—Si tanto te interesa, ven a verlo.

Los penetrantes ojos azules de Alexander la sopesan durante unos segundos.

—Si es un truco para seducirme…

—Ay, Alexander, de verdad que te lo tienes muy creído. No todo gira en torno a ti. Me voy. Si quieres, te vienes. Y, si no, que te jodan.

Alexander contiene la sonrisa, se relame los labios y, negando una y otra vez, la sigue con la mirada mientras ella se aleja por el bar. Esos jodidos pantalones apenas le cubren el culo. Un culo apretado y respingón que él no debería estar mirando.

Cabreado consigo mismo, deja la copa sobre la mesa y la sigue. Demasiado previsible todo. Ella lanza el anzuelo y el muy cretino pica, como siempre.

Su propia debilidad lo hace poner los ojos en blanco mientras recorre el jardín de vuelta a casa.

El padre de Emilia aún no ha regresado y, cuando Alexander llega al salón, ella ya ha encendido la música y ha preparado dos copas. Por supuesto que sí.

—¿Sabías que vendría?

Con la sonrisa de una depredadora que acecha a su presa, coge las dos copas y camina hacia él muy segura de sí misma.

—Adán siempre muerde la manzana —responde, deteniéndose a escasos centímetros de su pecho.

—Entonces ¿eres Eva? —repone Alexander con una ceja en alto.

—De eso nada. Soy la serpiente.

Alexander suelta una carcajada y le coge una de las copas de la mano.

—Inquietante.

Toma un trago con los ojos clavados en los suyos.

—¿Y bien? ¿Cuál es esa música tuya que suena mejor que la mía?

Ella, con aire travieso, le da la espalda y empieza a trastear con el móvil.

—Voy a conectarme vía *bluetooth* a tu equipo de música, ¿vale?

—Lo que sea que eso signifique —farfulla él antes de acercarse la copa a los labios y tomar otro trago.

Emilia se vuelve para ponerle mala cara.

—No seas anticuado.

—Lo siento. No es mi intención. Es que no entiendo vuestro lenguaje *millennial*.

—Pues ya estás tardando en ponerte al día. El mundo ha evolucionado desde tu juventud.

Alexander la contempla con una media sonrisa burlona. Ella está de espaldas y teclea algo en el móvil.

—Hay cosas de la tecnología que no necesito —replica después de acercarse el vaso a los labios. ¿Cuántas copas lleva ya? Antes de que acaben las vacaciones de invierno estará hecho un alcohólico.

—¿Como las redes sociales? —propone Emilia, que se gira para mirarlo a través de sus espesas pestañas negras—. No has actualizado tu perfil en los últimos tres años.

Él se sumerge en todas aquellas oleadas de infinito índigo y se da cuenta de que su ritmo cardiaco ha cambiado de cadencia. De repente, parece que todo se desarrolla mucho más despacio. Incluso su forma de mirarla se ha vuelto lenta y detenida.

—Como las redes sociales —corrobora con el rostro inflexible.

Ella sonríe, consciente de que él es incapaz de quitarle los ojos de encima y de que su mirada resbala por su cuerpo con demasiada lujuria.

Alexander se maldice a sí mismo por ser tan débil como para permitirle a una chiquilla —sí, una chiquilla— ese control sobre las reacciones de su cuerpo.

—Yo no podría vivir sin redes sociales.

—Yo no podría vivir sin whisky —rebate él, antes de apurar lo que le queda en la copa.

Emilia enarca una ceja. Sus gestos son lentos y seductores y Alexander tiene la mente un poco obnubilada por el alcohol. Esta mujer es peor que Dalila. Primero lo emborracha y luego seguro que se empeñará en seducirlo. Y él es sumamente débil cuando se trata de ella. Un pelele.

—¿Otra copa? —propone ella, satisfecha por haberlo alterado de esa forma.

Alexander sabe que debería negarse. De hecho, lo que debería hacer es irse a la cama. O a cualquier otro sitio lo bastante alejado de ella.

—Si insistes...

Ella misma lo ha dicho: Adán no puede resistirse. Es un memo.

Emilia se trae la botella y le llena el vaso. Esta vez le echa una cantidad superior.

—¿Y bien?

Está muy cerca de él y lo mira a los ojos. Lo evalúa por debajo de las pestañas, como hizo esa noche en la terraza. Odia que lo mire así, que clave los ojos en los suyos con esa intensidad, porque le entran ganas de asirla por la cintura y acometer contra su boca.

—¿Y bien qué? —se obliga a decir. Se da cuenta de que ha arrastrado las palabras y de que su pregunta ha sonado casi como un jadeo.

—Mi música. *Obviamente*. ¿Qué te parece?

Parpadea para despejarse y se queda quieto unos momentos, escuchando. Ni siquiera se había percatado del cambio. Estaba absorto, mirándola como un imbécil.

—¿Arctic Monkeys? —dice al reconocer la canción.

R U Mine? Menuda cabrona.

—Arctic Monkeys. ¿Qué te parece?

Él tuerce la boca. Intenta no parecer impresionado y finge no haber pillado la indirecta.

—Al menos no es reguetón.

Emilia suelta una carcajada y él de nuevo se queda contemplándola absorto, con ojos encendidos.

—No me va el reguetón.

—Bien. Porque no lo aguanto.

—Menuda sorpresa.

—¿Qué quiere eso decir? —repone, mosqueado por su expresión burlona.

Emilia se apoya contra la mesa. Tiene la copa en la mano y lo sigue mirando de esa forma provocativa.

—Es evidente, ¿no? Eres demasiado estirado.

—El reguetón no es música.

—Porque tú lo digas.

—Pensaba que no te iba.

—No me va —responde ella con los labios torcidos—. Pero yo con tal de llevarte la contraria…

Él suelta una carcajada, se afloja la corbata y se la quita.

—Uy. ¿Nos estamos poniendo juguetones, Alexander? ¿Quieres que me quite yo la camiseta?

Los ojos de Alexander, en contra de su voluntad, caen sobre el dibujo de su camiseta. *Sex Pistols*. Cómo no. Se obliga a sí mismo a no fijarse en los pequeños pechos que se insinúan por debajo de esas letras negras, pero las camisetas blancas desvelan demasiado.

—Ni se te ocurra —gruñe, tanto para ella como para él.

Emilia pone una media sonrisa socarrona que le crispa los nervios.

—Está bien. Aún es pronto, ¿eh? Quieres que nos sigamos conociendo, que te hable de mis hobbies y mis afinidades. Los de tu generación sois *tan* estrechos... Nosotros nos movemos mucho más rápido. Cuando queremos follar, follamos. No hay nada que frene nuestros deseos. Somos la generación de la inmediatez. El recato va en contra de nuestros principios, y tú sabes que vuestra supuesta moralidad no es más que una fachada. El gran chiste del siglo XX. La moralidad no existe, Alexander. Es solo una quimera. En el fondo, no somos más que bestias sedientas de *algo*. Lujuria, dinero, poder… La moralidad no tiene cabida en nada de eso y tú sabes tan bien como yo que nuestro apetito es insaciable.

Alexander se cruza de brazos y pone una sonrisita de fastidio.

—¿Emilia?

—¿Sí, amor?

—Punto número uno: no me llames amor. Punto número dos: no me des clases de ética. Y punto número tres: tú y yo nunca vamos a

follar. Sácatelo de la cabeza.

—Nunca es una palabra demasiado definitiva e irrevocable. No me gusta.

—Ve acostumbrándote y no hagas pucheritos. No siempre puedes obtener lo que quieres.

Ella le saca la lengua y él le dedica una sonrisa de lado, una sonrisa que hace que Emilia se muerda el labio por dentro y niegue divertida.

Se miden el uno al otro con la mirada unos segundos más y la música cambia. Alexander escucha en silencio, aunque no reconoce los acordes. Debe de ser una canción nueva. No está al tanto de las novedades musicales.

—¿Esto qué es?

—Michael Kiwanuka. Esta canción me hace pensar en ti.

—Muy buena. Estoy impresionado. Casi me aventuraría a decir que tienes cierto gusto musical.

—Escucha la letra.

Él presta atención y la sonrisa se borra de sus angulosas facciones.

¿Alguna vez lo quisiste?
¿Lo deseaste con ganas?
Oh, Dios mío, me desgarra[3].

Si aún conservara la corbata, se la aflojaría. Pero como se la ha quitado, lo único que puede hacer es estirar el cuello hacia ambos lados para liberar tensión y tomar un buen trago de whisky. Empiezan a cruzar una línea y sabe que es mala idea.

—Ahora te toca.

Ceñudo, baja la mirada hacia ella. Se siente como si acabara de aterrizar en medio de algo que no comprende.

—¿Me toca el qué?

—Dedicarme una canción.

—¿Qué?

La mira y parpadea azorado.

—Venga, pon algo que te haga pensar en mí.

—Yo no pienso en ti, Emilia.

La tajante rudeza de su voz le arranca una sonrisa burlona a la chica.

—Mira que eres embustero. Tú y yo sabemos que te obsesiono. Vamos, pon algo que relaciones solo conmigo.

Alexander entorna los ojos y cabecea derrotado.

—Está bien —concede con un gruñido—. Dame tu móvil.

Ella, obediente, se lo entrega. Los ojos de Alexander caen sobre el tatuaje de su muñeca. Se ve a sí mismo paseando la lengua por encima de ese dibujo. Maldice, agita la cabeza con horror para disipar esa imagen inquietante y teclea deprisa el nombre de una canción.

Emilia rompe a reír cuando la reconoce.

—Muy buena, sí, señor.

Ha elegido *You Know I'm No Good*, de Amy Winehouse.

—A ver si captas el mensaje.

Ella le guiña el ojo con sonrisa traviesa, vacía la copa de un trago y empieza a bailar por el salón. Alexander la sigue con la mirada mientras intenta que la sonrisa no se reproduzca encima de sus labios.

Él también vacía la copa. Mal, mal, mal. Uno no debe emborracharse en presencia de la chica que lo vuelve loco. ¿Pero qué más dará? Una metedura de pata más…

—Vamos, gruñón, baila conmigo.

—De eso nada.

Coge la botella, se acerca a ella y vierte una buena cantidad de whisky en su vaso. Después, rellena el suyo.

Sus gestos son pausados, y sus ojos se mantienen fijos en los de la muchacha. Está irresistiblemente atraído, como siempre, y es consciente de que ya han cruzado la línea, con lo que las siguientes palabras de Emilia ni siquiera le pillan por sorpresa.

—Puede que piense en ti mientras follo con James —le dice en un susurro.

La dureza de los rasgos de Alexander se vuelve aún más compacta ante ese testimonio. La arrincona entre la mesa y su pecho y se apoya contra ella. Sabe que Emilia nota la dureza de su

virilidad presionar contra su vientre. Y ni siquiera le importa. Que la note. Qué coño. Esto le pasa por andar siempre tensando la cuerda.

—¿Y te corres? —susurra encima de sus labios. Podría acometer contra su boca ahora mismo, podría mandarlo todo a la mierda y reclamar lo que tanto desea. Aún recuerda su sabor y lo poco satisfecho que le dejó ese beso.

«Pero, Alexander, quererlo todo es muy codicioso por tu parte».

Emilia, con una sonrisa socarrona en los bordes de los labios, clava los ojos en los suyos. Índigo contra azul marino. Toda una guerra de desafíos y voluntades.

—*Violentamente*.

Alexander pone una sonrisa de fastidio y se aleja de ella negando una y otra vez.

—Debo de estar loco por estar siquiera en la misma habitación que tú.

—¿Lo estás? —repone ella con las cejas en alto—. Aún no he identificado ningún comportamiento errático en ti. Sigo esperando a que me arranques la ropa y me folles sobre el suelo.

Él suelta una carcajada. Suena vacía, carente de cualquier sentimiento humano. Nada de esto le hace gracia. El momento es demasiado íntimo como para que le haga gracia.

—Te sugiero que esperes sentada, *amor*.

—Te sugiero que te des prisa, *amor*, antes de que seas demasiado viejo y ya no te desee.

Alexander gruñe un sonido inarticulado de ira.

—No, ¿sabes qué? Ya estoy cansado de esta mierda. Tú y yo vamos a aclarar las cosas ahora mismo. Ya basta de jueguecitos.

Deja con un golpe seco la copa encima de la mesa, va hacia ella y la aprisiona entre sus brazos y la pared, inclinándose de tal manera que ahora tiene los labios a la altura de los suyos. Su cuerpo se cierne sobre el suyo y lo domina por completo.

Lo cual le excita todavía más.

El rostro de Emilia se mantiene impasible, salvo por esa ridícula sonrisilla de satisfacción que lucha por quebrantar la inexpresividad de su boca. Alexander quiere besarla con una fuerza inhumana,

hasta arrancarle esa estúpida expresión de autocomplacencia de la cara.

Pero se limita a rechinar los dientes.

—¿Y bien? —lo reta ella, como la criatura cruel que es.

Él cierra los párpados, los aprieta con fuerza y se obliga a tranquilizarse. No va a besarla. No piensa darle esa satisfacción.

—No vales la pena —masculla, apartándose de golpe.

Emilia se endereza y se recoloca la ropa con aire divertido.

—¿No será que temes no dar la talla? Si tuviera tu edad, a mí también me preocuparía eso.

Alexander suelta un improperio entre dientes, se vuelve hacia ella con ojos llameantes y la toma por la cintura, aplastándola contra la rocosa superficie de su pecho. Las chispas estallan en el aire, y a Emilia parecen alterarla incluso más que a él, a juzgar por la forma en la que se dilatan sus pupilas.

—No juegues con fuego, Nancy Spungen —gruñe sobre su boca —. No quiero hacerte daño, pero si me sigues provocando así, lo haré.

—¿De qué clase de daño estamos hablando?

—De la clase de daño que podríamos hacernos mutuamente si nos liáramos, y no será divertido.

Emilia despliega los labios en una sonrisa lenta. Alexander masculla una blasfemia. ¿De verdad esta chica no lo entiende?

—¿Por qué no te rindes ya, Alex?

—No me llames Alex, joder —brama, mosqueado.

—Admite que me deseas y te dejaré en paz.

—¿Lo harás? —pregunta, casi divertido—. ¿Dónde está el truco?

—Primero tendrías que follarme.

—¿Por qué tanto empeño en que te folle, a ver?

—Te lo dije. Eres mi asunto pendiente. Odio tener asuntos pendientes.

Alexander se inclina sobre ella, hunde la nariz en su cuello y acerca la boca a su oído.

—No —gruñe.

Categórico. Firme. Cruel.

Emilia da un respingo.

Aunque no tarda mucho en recomponerse y eleva la mirada hacia la suya con aire desafiante.

—Tu polla dice lo contrario. Puedo notarla.

Alexander se endereza y sus ojos caen sobre la base de su garganta. Se oscurecen al percatarse de que el pulso de la muchacha late enloquecido.

—No es mi polla la que manda aquí, *amor*.

—Oh, vamos. Sabes que acabarás cediendo. Cuanto antes pase, mejor. Puede que esta sea tu última juerga, campeón. ¿Y si un día de estos te diagnostican un tumor como a mi padre? Vas a morir arrepentido de no haberme follado. No deberías marcharte con estos asuntos pendientes. Para que luego digas que no me preocupo por ti.

La boca de Alexander acomete contra la suya y la acalla. El impacto de rozar sus labios es tan grande que lo estremece hasta los dedos de los pies y nota que la tensión que lo embargaba solo un segundo atrás empieza a disiparse. Es tan dulce, tan deseable…

Ceñudo, se retira y, sin aliento, pasea la mirada por su hermoso y joven rostro, midiendo en silencio su reacción. No era su intención besarla y mucho menos dos veces, pero al verla tan excitada, tan aliviada y, al mismo tiempo, tan hambrienta de él, tan humana y vulnerable, tan *ella*, con los labios separados para recibirle de nuevo, pierde el control y vuelve a tomar su boca, buscando su lengua con una desesperación que le aterra.

Emilia se la ofrece sin dudarlo y él sabe que está jodido. Hay un deseo tan primitivo desgarrándole por dentro que no hay manera de resistirse. Su polla reclama atención a gritos y enredar su lengua con la de Emilia parece proporcionarle un momentáneo alivio que en breve será insuficiente.

En su interior se enciende un repentino destello de ira. ¿Cómo se atreve a provocar este tsunami de emociones en él? Está tan mal que no quiere ni pararse a catalogarlo. Tiene que dejar de besarla de inmediato.

«Es fácil, Alexander. Solo tienes que dar un paso atrás».

Pero su mente no reacciona. Está demasiado atrapado. Quiere más. Lo quiere todo, joder.

Ella le pasa los brazos por los hombros y desliza los dedos por los tensos músculos de su cuello. Alexander la aplasta contra su poderosa caja torácica, la besa con más fuerza y su mano busca su pecho, su pequeño pecho cuyo pezón empuja contra su palma. Es tan receptiva que su excitación se vuelve dolorosa.

La acaricia despacio, pasa el pulgar por encima del pezón y su lengua entra y sale de su boca, lánguidos lametazos deliberadamente sexuales.

Está mal, mal, mal.

Emilia se amolda contra su cuerpo y echa la cabeza hacia atrás.

Alexander desciende la boca por su mentón, aspira su fragancia y se aferra con los labios a la tersa piel de su cuello.

Emilia ahoga un gemido cuando la mano de él baja por su cuerpo y le desabrocha el botón de los *shorts*. Impulsa la pelvis contra adelante y Alexander jura por lo bajo. Aun así, no se detiene. No quiere detenerse. Es demasiado tarde. Ha jugado con fuego y ahora va a arder.

Con la boca enterrada en su cuello, los labios bebiendo de su piel, baja la cremallera de su pantalón corto, aparta la suave tela de sus bragas y la toca. Está húmeda y le clava los dientes en la oreja al notar sus dedos hurgar entre los palpitantes pliegues. Su polla reacciona y le da un golecito en el muslo. Ella lo nota, mueve la mano y lo acaricia, y esta vez él no se lo impide.

Aunque se detiene por su segundo y busca su mirada con ojos oscuros de deseo.

El rostro de Emilia desvela la misma expresión ansiosa que el suyo.

Mierda. Todavía conservaba la esperanza de que al menos ella cambiara de opinión.

—¿Estás segura de esto? —susurra con voz ronca.

En vez de contestar, ella le desabrocha lentamente la cremallera, le retira la camisa del pantalón y tira del borde para acercar de nuevo su cuerpo al suyo.

—¿Qué te parece esto por respuesta?

Una invitación.

Alexander maldice y sus ojos amenazadores se fusionan con los suyos.

—Mala respuesta, nena.

—Es mi elección y quiero que la respetes.

—Lo malo es que estoy por la labor —murmura, rodeándole la nuca con los dedos.

Ella suelta una risita. Él no. No tiene ánimos para reírse.

La empuja hacia atrás hasta tumbarla sobre la mesa, le separa las piernas con su rodilla e, inclinado sobre ella, la besa en la boca, se pierde en ella y la reclama; le demuestra lo mucho que la desea y toda esa violenta pasión que despierta dentro de él.

Emilia, con las palmas apoyadas contra su estómago, suspira y desliza los dedos hacia abajo. Alexander contrae el abdomen cuando nota su pequeña mano rodeándolo y apretando, y gime en su boca.

Sin dejar de mirarla, se endereza, le quita el *short* por las caderas y le baja las bragas sin demasiada consideración. Se queda absorto unos segundos, con el rostro endurecido de deseo, y luego se agacha entre sus piernas y busca su piel con la boca. Recorre dolorosamente despacio la parte interna de sus muslos, pasea la lengua por encima de los pliegues humedecidos y se deleita con su sabor.

Emilia se revuelve, pero él le sujeta la pelvis con las dos manos y la mantiene apretada contra su boca. No piensa parar hasta que se corra, y esta vez lo hará con él, no pensando en él. Esta vez le dará lo que pide. Y se la follará, aunque luego arda en el Infierno.

Emilia gime y la boca de Alexander se vuelve aún más ávida. Está excitado, pero no quiere ir con prisas. Quiere tomarse todo el tiempo del mundo para saborearla. Solo espera que su padre no llegue de imprevisto. No sería demasiado agradable para él encontrarse a su mejor amigo satisfaciendo a su hija encima de la mesa del salón. A lo mejor debería darse prisa. O llevarla a su habitación.

La idea queda descartada de inmediato. No quiere parar antes de que ella se corra. Se la sudan las consecuencias. Siempre ha sido muy temerario.

Su lengua presiona la delicada protuberancia y Emilia hunde los dedos en su pelo, se tensa y balbucea incoherencias. Le da un

pequeño mordisquito que la hace gimotear y después la tantea con los dedos. Por dentro está igual de mojada que por fuera y, mientras la acaricia tanto con la lengua como con los dedos, nota que su pequeño cuerpo empieza a tensarse y a volverse más ávido, sus caderas se agitan cada vez con más fuerza, sus dedos le tiran del pelo con más ímpetu.

Alexander gira la muñeca, sale despacio y vuelve a entrar. Su lengua la acaricia con más intención. Sabe que la tiene en el filo del abismo. Un par de caricias más y será suya.

De pronto, antes de lo que él había estimado, la vagina de Emilia se cierra en torno a sus dedos y se contrae con fuerza. Ella arquea las caderas, grita y se incorpora con el rostro ruborizado. Lo mira a los ojos mientras su cuerpo se sigue sacudiendo febril.

Sin embargo, él no deja de acariciarla hasta que ella deja de convulsionarse y apretar su pequeño sexo contra su boca.

Está hecho. Le ha concedido lo que ella quería: correrse *con* él. Ahora debería marcharse.

«Y una mierda. ¿De verdad pensaste en algún momento que ibas a parar?».

No, claro que no. Siempre ha sabido que lo suyo con Emilia acabaría exactamente así. Podía haber cambiado algún que otro detalle, pero el desenlace era inevitable. Como el impacto de dos trenes de alta velocidad. Llega un momento en el que incluso los más escépticos deben admitir que van a colisionar. Inexorablemente

Ni siquiera se toma el tiempo para llevarla a su habitación. Directamente y sin molestarse en desnudarse excepto por lo necesario, se hunde a través de la suavidad de ese túnel que aún late de placer y deja que su cuerpo se acople al suyo.

Hasta que se topa una resistencia que lo hace detenerse.

—¿Qué coño…?

Se queda muy quieto y baja la mirada hacia la suya con la cara descompuesta. Necesita un momento para comprenderlo, momento que Emilia aprovecha para impulsarse contra él y desgarrar esa pequeña piel que le frena el paso.

—No —rechaza Alexander al comprenderlo. Está tan estupefacto que no puede hacer otra cosa excepto mirarla. Sus ojos esconden

una terrible agonía y tiene la cara pálida y desencajada de horror.

Emilia le sostiene la mirada con gesto imperturbable.

—Sigue.

—No me jodas, Emilia —ladra él con voz letal mientras sus ojos laceran los suyos, acusatorios y medio enajenados.

—Ya es tarde, así que sigue.

Alexander bufa con incredulidad. Cierra los ojos como si sintiera muchísimo dolor, aprieta los párpados con fuerza y su mandíbula se vuelve tan rígida que su rostro parece esculpido en piedra. No se mueve. No puede. Está paralizado. Asqueado consigo mismo. ¿Cómo coño es posible que ella sea virgen? Dijo que se había acostado con su hijo. ¡Y con James!

—Supongo que en el fondo me conservaba para ti —responde ella, como si hubiese adivinado sus pensamientos—. ¿Es eso lo que quieres oír? ¿De verdad crees que importa a estas alturas?

Él separa las pestañas y la mira con ojos refulgentes.

Está dolido, derrotado y, maldita sea, hambriento, porque la nota por todas partes, rodeándolo como una oscuridad de la que no hay forma de mantenerse a salvo.

—Tengo ganas de estrangularte —sisea entre dientes.

—Pues hazlo. Pero el mal ya está hecho, así que yo que tú, seguía. Al menos así los remordimientos de mañana valdrán la pena.

Alexander hunde los dedos en su pelo con ira, la arrastra hacia él y mantiene su lozano y hermoso rostro pegado al suyo, mejilla contra mejilla. Si hiciera un poco más de fuerza, le haría daño de verdad.

—¿Por qué me has mentido? —susurra en su oído, gruñendo más bien.

—De lo contrario, no te habrías acostado nunca conmigo.

Niega derrotado, hace otra mueca de dolor y suelta un gruñido inarticulado.

—No quiero esto. Yo no toco vírgenes.

—Ya lo has hecho.

—Y me arrepentiré hasta el último día de mi vida —vuelve a gruñir en su oído. La fragancia de su piel lo está volviendo loco, pero

intenta concentrarse en lo que importa: arreglar de alguna forma la atrocidad que acaba de cometer.

Emilia consigue liberarse de su agarre y encontrar sus ojos.

—Quiero más.

Alexander deja caer los párpados muy despacio.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

Ella coge su cabeza entre las manos y lo obliga a mirarla.

—Escúchame. Solo es sexo.

—Emilia…

—Que sea virgen no quiere decir que quiera casarme contigo mañana. No necesito que te comprometas, ¿vale? Sé que eres un capullo.

—No soy un capullo.

—Ni yo una demente que lleva media vida dibujando su traje de novia y practicando su firma con el nombre de señora Blake. Solo quiero follarte. Eres una fantasía, nada más. La primera parada de un largo trayecto de amantes. Cuando acaben las vacaciones, me iré a Nueva York y no volverás a saber nada de mí. Mientras tanto, disfrutemos el uno del otro, ¿vale?

Alexander, con ojos encendidos, pasea la mirada por todo su rostro. ¿A quién pretende engañar? Es demasiado tarde. Está dentro de ella. No hay vuelta atrás.

Con aire derrotado, acuna su rostro con una mano y la examina de cerca. Quiere decir multitud de cosas.

Por ejemplo, que la odia por haberle engañado de esta forma.

Que no quiere volver a verla nunca.

Que es una cría y que él no sale con crías, ni tiene citas ni va a los parques de atracción ni al puto cine a comer palomitas y a tocarla por encima del jersey; que él solo folla y por eso necesita mujeres que sepan lo que están haciendo, porque no le apetece ponerse a hacer el amor con una novata, porque él no hace nunca el amor. Él fo-lla. No está de humor para enseñar, ni para tener paciencia, ni para ninguna de esas mierdas juveniles de las que ni siquiera se acuerda porque tiene más años que Matusalén y se ha acostado con decenas de mujeres a lo largo de su vida adulta.

En cambio, lo que brota a través de sus labios es algo muy distinto.

—Si te hago daño, dímelo y paro —susurra con voz grave y rota.

Emilia le dedica un leve atisbo de sonrisa, levanta el mentón y busca sus labios, esta vez con ternura y suavidad. Alexander cierra los ojos, deja que lo bese así, despacio, con todo lo que eso implica, y su polla empieza a cobrar vida dentro de ella. A la mierda. Esto es el Infierno.

CHLOÉ



17

Chloé lleva media hora probando y descartando conjuntos delante de un espejo ennegrecido. A sus espaldas, una lámpara vieja arroja su lánguido halo amarillo sobre ella y el gato. La habitación tiene un aire bucólico, un tanto soporífero. *Pierre* duerme en el sillón, encima del chal de Chloé.

Se echa colorete, comprueba el resultado y hace una mueca.

Ni siquiera comprende por qué está tan nerviosa. Casi seguro que no se trata de una cita. La actitud de Vincent no desvelaba nada romántico. A lo mejor en el trabajo se han quejado de ella y él quiere darle un toque de atención, ya que fue quien se la presentó a Claude. Eso sería devastador. No soportaría decepcionar a nadie, ni a Sabine, ni a Claude ni, mucho menos, a Vincent. Por algún motivo, quiere que él la vea con buenos ojos. Impresionarle. Quizá por ese motivo esté probándose tantas cosas, combinándolas de todas las maneras posibles.

Todavía conserva la ropa que se ponía en los buenos tiempos, aunque ahora le queda un poco grande.

Finalmente se decanta por un vestido *midi* de *mohair*, que se ajusta a su cintura y cae como una campana sobre sus piernas. El negro le sienta bien, a pesar de que resalta su palidez. Tampoco es que tenga más opciones. Los otros vestidos cuelgan sobre su cuerpo y le dan un aspecto desamparado. Este es el único de su talla. Nunca llegó a ponérselo. Antes no cabía en él.

Hace una segunda mueca y se pone unos pendientes largos, dorados. Empieza a tener aspecto de persona normal. Es buena señal.

Cruza la habitación, busca en el cajón de la mesilla unas medias negras, que estilizan sus piernas, y se las pone. Delante del espejo, se calza unos zapatos negros. Los tacones hacen que se sienta confiada. Esta noche, más que nunca, necesita sentir autoconfianza. La presencia de Vincent la suele dejar al borde de un ataque de taquicardia. No porque sea guapo. Ni siquiera por ser famoso. Ya ha conocido a otros hombres guapos y famosos antes de él. El problema no es ese. El problema es… él. No sabe cómo actuar en su presencia. No puede mantener a raya sus emociones. Su cercanía la abruma de modos que su cerebro es incapaz de explicar. Él la intimida. Desde que le pidió que quedaran, hay un enorme nudo en su estómago que no consigue quitarse de encima. Incluso su olor hace que se le acelere el pulso.

«No seas ridícula. Él jamás estaría con alguien como tú».

Irritada consigo misma por ese comportamiento irresponsable, se exige silencio mental y comprueba la hora. Tiene que salir ya si no quiere llegar tarde.

De pie delante del espejo, frunce los labios, se aplica pintalabios rojo cereza y se ahueca el pelo con los dedos. Tiene buen aspecto, dentro de lo que cabe. Por una vez no parece una pordiosera.

Estupendo. Ahora solo queda controlar los latidos de su frenético corazón. Conforme se acerca la hora de verle, han ido desbocándose.

*****

Vincent está de pie junto a la puerta, dando vueltas de un lado al otro. Chloé lo ve a lo lejos, alto, enigmático, envuelto en un abrigo negro cuyos bajos se agitan en el viento. Juraría que está nervioso. No deja de pasarse la mano por el pelo y su rostro parece congelado en una expresión rígida.

El nerviosismo de Chloé no hace más que aumentar. Se acerca taconeando por la acera y se planta delante de él.

—Hola.

Los ojos azules del hombre se agrandan un poco al reconocerla y su rostro registra una contracción, como si su aspecto mejorado lo confundiera. Chloé se pregunta si se ha pasado, si hubiera sido mejor ponerse unos vaqueros y un jersey.

—Hola. Estás… muy guapa —farfulla él por fin, dirigiéndole una mirada de confusión, después de la cual intenta sonreír.

Chloé se aclara la garganta por lo bajo.

—Gracias. Hm…

—¿Nos vamos? —se obliga él a decir, señalándole una dirección con la mano.

Una vez más, no la toca, y de nuevo Chloé se lo agradece, aunque esta vez sea por motivos bien distintos. Sabe que, si él la rozara siquiera, su nerviosismo se dispararía hasta límites incontrolables. Cuanto más tiempo pasa flotando cerca de su órbita, más abrumada se siente. Incluso sospecha que le resultaría difícil mantener una conversación fluida. Nota la lengua pastosa y la mente espesa. Nunca le ha sucedido nada parecido en presencia de un hombre. Quizá lleve demasiado tiempo sin relacionarse con otros seres humanos y haya perdido la práctica.

«Pero con Claude y Sabine no te pasa nada de esto. Con ellos sí puedes hablar».

Agita la cabeza para poner fin a estos pensamientos ridículos y echa a andar hacia donde señala la mano de Vincent. Agradece el silencio. Necesita un poco más de tiempo para acostumbrarse a su presencia y para aplacar sus descontroladas emociones.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunta él al cabo de un rato.

Chloé lo mira aturullada.

—Bien. Bien. —No sabe qué otra cosa decir—. ¿Qué tal el tuyo?

Él reprime una sonrisa y la mira desde arriba. Chloé se siente como una enana a su lado.

—Bien. Aunque siempre está sujeto a mejoras.

A ella le gustaría decir lo mismo de su trabajo, pero pelar patatas es pelar patatas. Difícil de mejorar.

Parece que esta es toda la conversación que se les ocurre, porque después nadie añade nada más.

Vincent, taciturno y pensativo como nunca, abre la puerta de un bistró muy elegante, y deja que ella pase primero, antes de seguirla al interior.

Como no, él ya conoce al *maître* y lo saluda con simpatía. Cosas así la hacen sentirse aún peor, todavía más intimidada.

Pero intenta no parecer fuera de lugar y lo sigue hacia una mesa junto a la ventana, donde se sientan en silencio.

Intercambian una pequeña sonrisa a la espera de que el camarero termine de servir las dos copas de vino.

—Deberíamos cenar algo —propone Vincent.

—Yo… no tengo hambre.

—Muy bien. Entonces yo tampoco cenaré —sentencia, cerrando el menú.

—No, pero tú cena. A mí no me importa.

—Ya. Pero a mí sí. Así que sí tú no vas a cenar nada, yo tampoco lo haré.

Chloé se siente mal por él. Con aire resulto, coge el menú, lo abre y estudia los precios. Hoy le han dado un pequeño adelanto, así que podría permitirse… —su dedo baja por la lista de los precios— vaya, una ensalada de tomate.

—Muy bien. Pediré una ensalada de tomate.

Vincent clava los dientes en el labio inferior y se lo mete en la boca. Chloé se obliga a parpadear. Sospecha que lo está mirando como una perturbada.

—Fantástico. —Con una pequeña sonrisa de cortesía, llama de nuevo al camarero y le ofrece los menús cuando este se acerca—. Queremos una ensalada de tomate y la carne a la brasa. La de un kilo.

Chloé abre los ojos azules de par en par. El camarero asiente y se retira.

—¿Vas a cenar un kilo de carne?

—Tengo hambre.

—Muy bien. ¿De qué querías hablarme?

Vincent se frota incómodo la nuca.

—De ti. Verás. Me preguntaba si… si…

—Me estás preocupando —farfulla Chloé sin aliento.

Él la tranquiliza con una sonrisa.

—Lo siento. Iré al grano. Estoy trabajando en un musical, una versión moderna de *Los Miserables*. —La mira y ella asiente con una pequeña sonrisa—. Queremos estrenarlo para el año que viene. Pero el reparto aún no está completo. Nos falta lo más importante.

—¿Jean Valjean?

—Cosette.

—Oh.

—Hoy te he oído cantar y… creo que serías perfecta para interpretar ese papel.

Chloé pega tal brinco en la silla que Vincent cubre las copas con la mano para evitar que se derramen sobre la mesa.

—¿Estás bien?

—Sí, lo siento. Es que… Me ha pillado muy por sorpresa. Yo… Agradezco mucho que hayas pensado en mí.

—Presiento que vas a decir un *pero*.

Chloé aprieta los labios en una línea fina.

—Pero no puedo.

—¿No puedes?

Está claro que Vincent esperaba que ella pegara saltos de alegría, no esta actitud tosca e irritable. No lo entiende. No entiende que, si ella aceptara el papel, esa oportunidad que lleva años esperando, supondría el fin para él. Friedrich lo haría polvo, convertiría sus sueños en nada. Y ella no puede hacerle algo así a Vincent. Él le importa demasiado.

—No. Yo no canto. Yo pelo patatas.

Al decirlo, algo se rompe dentro de ella, pero se obliga a mantener el rostro sereno.

Una expresión inescrutable se instala en los ojos de Vincent y su perfil se contrae con dureza.

—Oh, vamos, Chloé. Pelar patatas no es lo tuyo y lo sabes. Está claro que tienes formación musical, no sé de qué clase. Lo que sí sé es que no eres pinche de cocina. Te estoy hablando de una gran oportunidad.

—Desde luego. Pero no para mí —responde con entereza. Por dentro está devastada. Mas su rostro no refleja nada. Solo es un conjunto de rasgos simétricos, delicados e inalterables.

—¿Por qué no quieres al menos intentarlo? —insiste él con un poco de desesperación.

—No tengo interés. Solo quiero… pelar patatas. Es lo único que me motiva en este momento de mi vida.

Vincent levanta las manos y, sin saber qué hacer con ellas, se las lleva a la nuca.

—Joder, Chloé. ¿Vas a decirme que no sin más? No puedes al menos… ¿pensártelo?

—Como te he dicho, no es para mí —repite mientras se pone en pie, coge su abrigo y deja dinero sobre la mesa para el vino y la ensalada.

—¿Adónde vas? —se alarma Vincent, que también abandona su silla.

—A casa. Todo esto ha sido un error. Te agradezco lo que has hecho por mí, el haberme conseguido el trabajo en el bar. No pienses que soy una desagradecida. Te lo agradezco mucho, pero lo que me estás pidiendo es imposible. Lo siento. Siento haberte hecho perder el tiempo.

—Espera. —Confuso, la atrapa por la muñeca y la detiene a su lado. Es la primera vez que la toca y Chloé nota la piel en llamas por debajo de sus dedos—. Al menos quédate a cenar conmigo —musita con rostro devastado.

A Chloé se le cae el alma a los pies.

Le gustaría. Nada le gustaría más que quedarse a cenar con él, charlar, conocerle, reírse, ahuyentar de alguna forma todas esas trazas de tristeza que inundan sus hermosos ojos. Pero lo que le está pidiendo es imposible.

—No tengo hambre —repite lentamente, con voz fría y letal y los ojos taladrando los suyos.

Él asiente despacio y le libera la mano. Su aire herido cala hondo a Chloé. No pretendía ser tan dura con él. Le parte el corazón tener que apartarlo de esa forma. Pero es lo mejor. Es por su bien.

«Has hecho lo que debías», intenta convencerse sí misma mientras se precipita hacia la calle, con los ojos anegados en lágrimas y el corazón encogido de pena.

Pero, si esto está bien, ¿por qué duele tanto?

VINCENT



18

La Bohème está a rebosar de gente. Faltan pocos días para Navidad. Vincent cruza la sala a grandes zancadas, que encajan a la perfección con la actitud amenazadora que arde en sus ojos, e intercepta a Claude de camino hacia una mesa.

—Necesito hablar contigo.

—Jesús—. El *maître* levanta la cabeza, sobresaltado—. Me has dado un susto de muerte. ¿De dónde has salido?

—Necesito hablar contigo.

—Te he oído la primera vez. Pero ahora estoy ocupado.

Irritado, Vincent le coge la bandeja de las manos, la lleva a la mesa más cercana y pone las bebidas delante de los clientes. Botella incluida. Y eso que se trata de un ron añejo y muy caro.

—Tengan. Sírvanse ustedes mismos. Quedasen la botella. Yo invito. Me lo descuentas a mí —le dice a Claude, al que agarra por la

manga de su elegante uniforme blanco y arrastra en dirección a los vestuarios.

—¿Te has vuelto loco? ¡Estas no son formas de tratar a los clientes! ¡Has plantado la bandeja delante de ellos!

—Y los he invitado. Lo superarán.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? ¿Qué quieres?

Vincent se detiene en medio del pasillo y Claude se zafa de su agarre y se recoloca la ropa con aire ofendido.

—Se trata de Chloé.

—¿Qué pasa con Chloé? —repone Claude con tono mosqueado.

—Necesito sus datos.

—¿Qué datos? Haz el favor de explicarte, porque no entiendo nada. Si no lo supiera mejor, diría que te has vuelto loco.

—En cierto modo, sí. Escúchame. Necesito su nombre completo. YA.

—¿Nombre completo? Pensaba que era amiga tuya.

—¿Quieres dejar de hacerme tantas preguntas? Esto es importante. Necesito que me digas su nombre completo.

—¿Por qué?

—Ay, Dios.

Vincent tiene un aspecto amenazador, pero Claude cruza los brazos sobre el pecho con aire terminante.

—Si no me dices por qué, podemos estar aquí toda la noche.

—Necesito saber quién es —masculla Vincent entre dientes. Su expresión facial es la pura definición de la dureza—. La otra noche no me di cuenta de ello, pero hoy la he visto y su rostro me resulta familiar. Y esa voz… Claude, tú la oíste cantar. Esa no es la voz de alguien que trabaja en la cocina pelando patatas. Y si ya tenía mis dudas, su actitud de esta noche no ha hecho más que sumirme en más confusión.

—¿Qué actitud?

—¿De verdad? —gruñe en tono irritado, lanzando una mirada suplicante al cielo.

—Ya te lo dije. Toda la noche.

Vincent se frota el pelo con aire frustrado.

—Está bien. Le propuse lo del papel de Cosette.

—¿Y?

—Lo rechazó.

—¡¿Que lo rechazó?! —grita Claude.

—¡Sí! Y se puso muy a la defensiva, a pesar de que sus ojos…

Se detiene, frunce el ceño y su mirada se extravía hacia un rincón.

—¿Sus ojos qué? —insiste el *maître*.

—Ah, por Dios. Sus ojos brillaban de emoción, ¿vale? —se enerva, dirigiéndole una mirada fustigadora—. Vi lo mucho que le entusiasmaba la idea. Ella quiere hacerlo, pero por algún motivo no puede, y quiero saber cuál es ese motivo y qué puedo hacer para eliminarlo.

—¿Estás empeñado en conseguirla?

—Ya te lo dije. Es mi Cosette. Después de ella no puedo imaginarme a nadie más.

—Uno no siempre obtiene lo que quiere, Vincent.

—Yo sí. *Todo* lo que quiero.

Salvo una cosa. La única maldita cosa que realmente importaba: rescatarla. Con ella falló. Con Chloé no piensa fallar.

—Chloé Lacroze —cede Claude con párpados medio entornados.

Vincent parpadea lentamente. Chloé Lacroze. Ese nombre le suena de algo, pero no sabe de qué.

Coge a Claude por los hombros y pone los ojos a la altura de los suyos.

—Gracias, amigo —susurra, antes de marcharse con la misma premura con la que ha llegado.

Claude se queda detrás de él, cabeceando con expresión santurrona. El amor. Qué extraños caminos toma a veces…

FRANCESCA



19

Un brusco traqueteo revuelve el *cappuccino* dentro del estómago de Francesca y la obliga a apoyar una mano contra la pared para mantener el equilibrio.

—¡Ay, mi madre! No me diga que este trasto se ha quedado bloqueado.

El hombre que estaba apoyado contra el espejo al coger ella el ascensor se endereza y presiona algunos botones en el panel de control.

Francesca no ve nada, están en completa oscuridad, pero nota la presencia de su cuerpo y una extraña y excitante electricidad envolviéndola. Puede que tenga algo que ver con su olor. El aire del ascensor está impregnado de un seductor aroma masculino que la hace pensar en especias salvajes y peligro adyacente.

Hmm. Le gustan los hombres que huelen bien. La incitan a hacer locuras.

Claro que, en un ascensor estropeado, probablemente a punto de morir, no es que una pueda hacer demasiadas locuras.

—Me temo que sí —responde él, también en inglés. Un inglés con un poco de acento. Adorable—. Si quiere mi veredicto, creo que estamos atrapados en medio de un apagón.

—Vaya por Dios. Uf, empiezo a notarme claustrofóbica. No me gusta esto ni un pelo. No quiero morir en un ascensor. Esperaba una muerte algo más glamurosa. Ya sabe, Grace Kelly, Lady Di…

Él ríe por lo bajo. Francesca se da cuenta de que se ha puesto en plan melodramático y se sonroja.

—Nadie va a morir. Solo es un apagón, se lo prometo. Espere un segundo. Voy a encender la linterna del móvil. Seguro que la luz la calma un poco.

—Sí, buena idea. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

Se produce un pequeño ruido y al instante una luz intensa hace encoger las pupilas de Francesca.

—Vaya, lo siento. —Aparta de inmediato el foco—. No pretendía apuntarle a los ojos. ¿Mejor así?

Ha levantado el móvil por encima de la cabeza y ahora se pueden ver.

—Mucho mejor. —Francesca compone una sonrisa. Él se la devuelve. Y durante unos segundos, se observan con mutua curiosidad.

—Hola. Soy Hugo.

—Francesca.

—Francesca... Vaya nombre más bonito. ¿Italiana?

—Americana de descendencia italiana.

—Hum. ¿Y qué hace una americana de descendencia italiana en París?

—¿Quedarse atrapada en un ascensor?

El sarcasmo de Francesca lo hace sonreír. Tiene una sonrisa fantástica. Es un tipo más o menos de su edad. Y es guapo.

«Sí, ya lo creo. Es muy atractivo».

—Oiga, ¿usted es francés?

La pregunta hace que en la cara del hombre se dibuje una pequeña sonrisa.

—Sí, me temo que sí. ¿Por?

—Es que no lo parece.

La sonrisa de él se acentúa.

—Ah, ¿no?

—Para nada. Esperaba nariz larga, ojeras, pelo rizado, quizá. Usted tiene pinta de anglosajón.

—Le prometo que soy muy francés. Desayuno *croissants* y entono bastante bien *La Marsellesa.*

Francesca se echa a reír.

—Es usted el colmo de los tópicos.

La cara de él se abre en una gran sonrisa que deja al descubierto unos dientes blancos y rectos.

—Desde luego. Soy más francés que la *baguette*. ¿Quiere que nos sentemos?

—¿En el suelo dice? —Ella le lanza una mirada de duda, primero a él y luego al suelo.

—Lamentablemente, a nadie se le ha ocurrido poner butacas en el ascensor, aunque, visto lo visto, no sería tan mala idea.

Francesca se vuelve a reír.

—Qué gracioso es usted para ser francés.

Hugo enarca una ceja, aunque su actitud severa no engaña a nadie. En el fondo, no puede contener la sonrisa.

—A ver, ¿qué le pasa a usted con los franceses?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué lo dice?

—Porque piensa que somos feos y nada divertidos.

—Yo no he dicho nada de feos.

—Nariz larga, ojeras… Disculpe usted, pero eso no me ha sonado a *sex simbol*.

Francesca suelta otra carcajada. ¿Cuántas van ya? Está impresionada. Hace mucho que no se ríe tanto en compañía de un hombre. Sus colegas la tratan con condescendencia. Como es autora de *novelita rosa* y vende siete veces más que ellos, incluso en tiempos malos, no es digna de respeto.

Y los demás hombres que se le acercan, cada vez menos, porque todos están enloquecidos con las *ragazzas* y ella tiene una edad, no suelen ser graciosos. Solo quieren llevarla a la cama o, peor aún, desplumarle la cartera.

—Como he dicho, es usted muy gracioso para ser francés.

Hugo sonríe, con una sonrisa capaz de desarmar incluso a la terrible Margaret Thatcher, y se sientan los dos en el suelo, cada uno en una esquina.

—¿Se aloja en este hotel? —pregunta él mientras coloca los brazos por encima de las rodillas.

—También es muy listo.

El hombre contiene la sonrisa y la mira negando.

—¿Cuánto tiempo va a estar en París?

—En principio, dos semanas. Aunque todo está sujeto a cambios.

—¿Tiene previsto pasar las navidades en el hotel?

—Ese es el plan —responde Francesca, intentando exhibir un poco de entusiasmo. Al fin y al cabo, está en París. Y es Navidad... Y no conoce a nadie...

—Será divertido —intenta animarla él—. Todos los años organizan una gran fiesta en Nochebuena. Hay una banda tocando, y ponen un enorme árbol en el salón principal... Ah, y sirven ponche a todo el mundo.

Una pequeña sonrisa se reproduce en los labios de Francesca.

—Suena muy idílico.

—Esa es la palabra.

—¿Usted también se aloja aquí?

—Pues… sí.

—¿Y va a quedarse hasta la fiesta de Nochebuena?

Él la mira profundamente a los ojos y a Francesca le parece haber notado un deje afligido en su mirada.

Sin embargo, cuando le responde, su voz suena normal, palabras enmarcadas por la sonrisa.

—Si todo marcha bien…

—Pues sí que será divertido. ¿Su mujer es tan encantadora como usted?

Su retahíla de carcajadas la hace disimular una sonrisa.

—Oh, es buena. Muy buena. He de admitirlo.

Francesca se hace la inocente.

—¿A qué se refiere?

—A su manera de sonsacarme información. ¿Seguro que no trabaja usted para la CIA?

—Qué va. Soy escritora. Bueno, solía escribir. Ahora no soy nada. Estoy… buscando mi camino, ya sabe. Soy… una insignificante hoja arrastrada por el viento parisino.

—Una buena metáfora.

—Gracias. ¿Sabe qué? Me la apuntaré, por si algún día vuelvo a escribir. Lo dudo, aunque nunca se sabe. ¿Puede acercarme esa luz?

—Claro.

Él le sujeta la linterna por encima de la cabeza y sonríe al verla sacar del bolso la pequeña agenda llena de ideas, que Francesca ha ido anotando con letra apretada y casi ininteligible.

—¿Siempre apunta cosas? —inquiere, mirando primero la agenda y luego el rostro de Francesca.

—Siempre que haya algo que valga la pena apuntar. Gracias por la linterna.

—No hay de qué. ¿Y cómo es que dejó usted de ser escritora? Pensaba que eso era para toda la vida.

—Ya. Y yo. Pero alguien inventó *Goodreads* y lo jodió todo.

—Confieso que no tengo ni la menor idea de qué es *Goodreads*.

—Tranquilo, yo tampoco lo sabía hasta la semana pasada. Es una especie de red social en la que la gente puede decir todo lo que le plazca sobre tu libro y a veces incluso sobre ti como persona.

—Uf. Qué desagradable.

—¡No se hace una idea! Echo de menos los tiempos de Oscar Wilde. Si la gente pensaba que tu libro era esperpéntico, tú ni te enterabas. No tenían redes sociales para hacértelo saber. ¡Y vivías tan feliz!

Él se echa a reír, con una risa profunda y agradable.

Francesca lo contempla con una pequeña sonrisa. Una parte de ella se alegra de haberse quedado encerrada en un ascensor con él. Podría haber sido peor. Podría haberse quedado encerrada con un asesino. O con un caníbal. O con un sacerdote. Francesca es agnóstica. ¿De qué habrían hablado?

—Pero en tiempos de Oscar Wilde usted no habría podido publicar —alega él—. Es una mujer.

—Pues me habría hecho llamar Francesco Conti.

Los dientes blancos del hombre destellan bajo una risa sonora que se enrosca alrededor de Francesca como una caricia erótica. Se sonroja al pensar en ello y aparta la mirada antes de que él lo note.

—Usted también es muy divertida para ser americana de descendencia italiana.

—¿A qué sí?

—Y ahora que no escribe, ¿a qué se dedica?

—Oh, me he convertido en una especie de cerrajero. Intento abrir un candado.

—Si quiere, puedo ayudarla. Se me dan bien las cerraduras.

—Le prometo que esta cerradura no es como las otras cerraduras.

—Espere. No será alguna metáfora de naturaleza sexual, ¿verdad?

—¡Pero qué desconfiado es usted! —exclama Francesca entre risotadas—. No, no es una metáfora sexual. Lo que tengo bloqueada es la mente. He decidido viajar a París para intentar desbloquearla.

—Hum. Qué cosas. Me intriga usted.

Ella ladea la cabeza y le sostiene la mirada unos segundos, sin decir nada.

—¿De verdad?

—Mm-hm. ¿Y cómo tiene pensado desbloquear su mente?

Francesca deja escapar un leve suspiro.

—No tengo la menor idea —admite, desilusionada—. Digamos que mi tarea consiste en encontrar el amor e inspirarme en él. Pero no un amor superficial que en realidad solo es un calentón de aquí te pillo aquí te mato. Estamos hablando del amor auténtico. El verdadero. El eterno. Ya sabe, el definitivo.

—El amor. *L´amour*. El sentimiento más ilustre del mundo.

—¿Podría usted…? —propone Francesca un poco cortada.

—¿La linterna?

—Sí.

—¿Va a apuntar lo que digo?

—Si a usted no le importa…

—Hm… pues no, no mucho. Pero exijo salir en los agradecimientos.

Ella sofoca la risa y apunta sus palabras.

—Se lo prometo.

—Bien.

Francesca cierra la libreta y la deja a su lado en el suelo.

—Dígame, ¿se ha enamorado usted alguna vez?

—Una sola —responde Hugo, que apoya la espalda contra la pared del ascensor y la mira con una sonrisa lánguida.

—¿Y qué pasó?

Él se encoge de hombros con actitud despreocupada.

—Me dejó.

Francesca le dedica una mirada escéptica.

—¿En serio?

—Hmm.

—¿Por qué? Es decir, usted es atractivo.

—¿Ve? —repone él, apuntándola con el dedo—. Por eso no escribe buenas novelas.

Francesca se siente insultada y abre la boca en un gesto escandalizado. De repente, ese hombre ya no le resulta tan simpático.

—¿Qué quiere decir?

—Piensa que con ser atractivo es suficiente. Esa es una mentalidad superficial. Una persona ha de tener más cualidades para convertirse en el amor de tu vida.

—Oiga, yo no he dicho…

—No me dejó por no ser atractivo. Me dejó porque se enamoró. De otra persona.

Su contestación la apacigua un poco. A ella también la dejaron por lo mismo. Bueno, fue ella quien puso fin a sus dos matrimonios, pero tuvo motivos sólidos para hacerlo. Los dos cabrones le pusieron los cuernos. Las *ragazzas*. ¿Qué tendrán esas mocosas? Aparte de tetas firmes.

Y culos prietos…

Y ni una sola arruga, las muy cabronas.

Francesca suspira melodramáticamente al pensar en las *ragazzas*.

—Lo siento —se obliga a decir, ya que es obvio que él espera una intervención por su parte—. Debió de ser duro para usted.

—En cierto modo.

—¿Cómo se conocieron?

—Ella era modelo y en esa época yo fotografiaba modelos.

—Entonces se enamoró de ella porque era atractiva —se jacta Francesca, apuntándolo con su dedito acusatorio.

Su risa profunda y masculina la hace bajar el dedo.

—De eso nada. Me enamoré de ella porque era divertida, y tierna, y sensible. Y porque cuando estaba con ella, yo también me convertía en alguien divertido y tierno y sensible. Era una chica nada conformista y bastante rebelde. Me gustaba eso.

Vaya por Dios. Franceses. Sí que son raros.

—Ya veo. Puede que le haya malinterpretado.

Con aire divertido, Hugo enarca una ceja.

—¿Usted cree?

Se produce una pausa, que ambos aprovechan para estudiar al otro.

—¿Estuvieron juntos mucho tiempo? —inquiere Francesca en un impulso. Carraspea nada más hablar, porque la voz le ha salido rota.

—Unos tres años.

—¿Y de quién se enamoró ella?

—De un músico. Un… roquero muy famoso que la contrató para que saliera en uno de sus videoclips.

—¿En serio?

—Sip. Uno de esos con tatuajes y adicciones extrañas. Ella no pudo resistirse.

Completamente fascinante. Qué de cosas averigua una en un ascensor.

—¿Y se fugaron juntos?

El corazón romántico de Francesca ya piensa en Helena y Paris, Lady Guinevere y Lancelot, Brad y Angelina...

El hombre le dedica una sonrisa ladeada.

—No. Él la acabó dejando. Era… adicto al sexo.

Ugh. Qué manera de joder el cuento.

—Y a la cocaína...

Doble ugh.

—Vaya... ¿Y no se dieron ustedes otra oportunidad después de eso?

Francesca solo quiere asegurarse de que está soltero.

—No me gusta ser el segundo plato de nadie.

Hum. Será mejor ir más allá y averiguar si él sigue enamorado de la modelo.

—Pero ha dicho que fue ella quien le dejó a usted, ¿no?

—En cierto modo. Ella me dejó a mí al enamorarse de otro y yo la dejé a ella por enamorarse de otro.

—Me tiene usted muy confusa. ¿Quién dejó a quién?

—Eso no tiene la menor importancia. Lo importante es que ya no estamos juntos.

Francesca suspira irritada. No le gustan los personajes que no desvelan toda su historia.

—¿Hijos?

—Uno. Una hija.

—Oh.

Una respuesta inesperada. Ese hombre no parece el padre de nadie. Es demasiado… atractivo.

Vale, sí, eso ha sonado superficial. Los hombres atractivos tienen todo el derecho del mundo a convertirse en padres.

—¿Y usted? ¿Tiene hijos?

Una respuesta inesperada seguida de una pregunta incómoda.

—Pues no.

—¿Le habría gustado tenerlos?

—Pues… Sí. Vaya. Es usted la segunda persona viva a la que le cuento esto.

Él sonríe, desvelando de nuevo su perfecta dentadura.

—Descuide. Guardaré su secreto.

—Más le vale. Si no, no le saco en los agradecimientos.

Él suelta otra de sus risas profundas, y justo en ese momento se encienden las luces y pueden verse bien las caras.

Los ojos oscuros de él recorren a Francesca de arriba abajo con languidez.

Sus ojos verdes también lo escrutan con curiosidad. Es bastante más atractivo de lo que le había parecido en la oscuridad.

Se siente inmediatamente atraída por él, tanto que no consigue dejar de mirarlo. Sería perfecto para convertirlo en un héroe romántico. Un héroe que cabalga y…

No, no, no. Este hombre es un héroe moderno. Nada de torsos descamisados y pelo en el pecho. Es un hombre con traje, corbata y gemelos de acero. Un hombre que podría volverla loca. Se imagina cómo sería arrancarle la corbata, arrastrar el pulgar por su devastador labio inferior y…

—Bueno, ahora que nos hemos visto la cara, creo que debería volver a presentarme. Soy Hugo.

La fantasía desparece y Francesca parpadea y se obliga a cuadrar los hombros.

—Hugo… —entona débilmente. Sí, puede imaginarse cómo sería susurrar su nombre en el denso silencio de la noche. «Respira, Francesca»—. Ya sabe. Soy Francesca.

Él despliega los labios en una sonrisa seductora.

—Sí. A estas alturas lo sabemos todo el uno sobre el otro.

—Ay. Me temo que sí. En la oscuridad es tan fácil no ser misterioso...

El ascensor se detiene y Francesca se da cuenta de que están en su planta.

—Bueno, yo me bajo aquí. Ha sido un placer, Hugo.

—Lo mismo digo. Oiga —la detiene cuando ella ya está saliendo del ascensor.

Francesca se da la vuelta e intenta mantener el rostro impasible, aunque sospecha que se ha vuelto a sonrojar. El corazón le late como loco y toda esa sangre en los oídos la deja un tanto aturrullada.

—¿Sí?

—¿Qué piensa hacer mañana?

—No he hecho planes. Acabo de llegar.

—¿Le apetecería dar una vuelta por la ciudad? Creo que necesita un guía para poder reconocer el amor.

Francesca no es capaz de dejar de sonreír.

—¿Conoce usted a un guía?

—A uno fantástico y muy atractivo. ¿Qué le parece si quedamos a las nueve en el *lobby* el hotel?

Uf.

—Es usted muy madrugador. A esas horas yo…

—Vamos, Francesca, salga de su zona de confort. El amor merece un pequeño esfuerzo, ¿no cree?

—Está bien —cede ella con un soplido—. Mañana a las nueve en el lobby del hotel. Cuando vea mis ojeras de por la mañana, se arrepentirá de esto.

Él se echa a reír.

—Lo dudo. —Sus ojos caen sobre los pies de Francesca y una de sus cejas se eleva en un gesto divertido—. Pero póngase zapatos cómodos. Esos tacones no son adecuados para patear la ciudad.

Tras darle esa última instrucción, quita el pie que bloqueaba las puertas, hunde las manos en los bolsillos y le lanza un guiño seductor.

—¡Pensaba que íbamos a buscar el amor! —protesta Francesca, visiblemente confundida.

—El amor camina deprisa —le responde él mientras las puertas se cierran y los separan.

Francesca se queda un segundo en el pasillo, embobada, sonriendo, y después gira sobre sí misma y se encamina hacia su habitación. Todo le parece un sueño maravilloso. Presiente que este viaje será muy diferente de sus otros viajes. Normalmente regresa cansada y con un par de kilos de más. Puede que ahora regrese enamorada.

El móvil vibra en el bolsillo de su chaqueta, sacándola a rastras de su fantasía romántica. Mira la pantalla y pone los ojos en blanco.

—Ay, por Dios. Massimo. Qué hombre tan pesado.

Acaba de aterrizar y ya le está dando el coñazo.

Mosqueada, apaga el móvil y se lo guarda en el bolso. Estas dos semanas romperá el contacto con todo el mundo e intentará conectar consigo misma. Y, a ser posible, con Hugo.

¡Así que nada de Massimos en su vida!

ALEXANDER



20

La habitación está en penumbra. Por la ventana asoma una enorme luna llena que irradia su anémica luz sobre el oscuro tapiz que cubre París.

Alexander, desnudo a esas horas de la noche, está inclinado sobre Emilia, con una rodilla clavada en el colchón. Ella no lleva nada, lo cual la da cierto aire vulnerable que despierta en él un extraño instinto de protección. Toda una novedad. Nunca ha sido demasiado paternal. Ni siquiera con su propio hijo.

Pero con ella no puede evitarlo. Como de costumbre, despierta en su interior emociones que no debería atreverse a nombrar.

Sin dejar de mirarla a los ojos, le rodea el cuello con los dedos, delicadamente, y, fascinado por su fragilidad, pasea la mano por encima de su piel.

A Emilia parece faltarle el aliento, lo cual no es de extrañar, dado que el aire entre ellos está cargado de electricidad.

Recreándose en el tacto de su piel bajo los dedos, Alexander abarca un seno, lo acaricia y sigue bajando. El abdomen de Emilia se

tensa cuando sus dedos se abren paso entre sus piernas y la tocan despacio.

Un atisbo de sonrisa asoma en el rostro de Alexander, desafiando el brillo cada vez más oscuro de sus ojos. Aparta los pliegues con el pulgar y el dedo corazón y rasca la humedad con el índice.

Emilia separa los labios y un pequeño suspiro de placer brota en la oscuridad.

Alexander la mira con una intensidad que lo deja sin aliento.

Su presencia lo aturde. Su labio superior, mucho más grueso que el de abajo, brilla después de que ella le pasara la lengua por encima, y él solo puede pensar en tantearlo con la lengua. Es besable. Muy *besable*. Es obsesivo.

Frunce el ceño, se inclina sobre ella un poco más y coge ese labio que tanto lo obsesiona entre los dientes, tira de él y se lo mete en la boca.

Emilia se revuelve por debajo de su pecho, levanta el rostro y lo provoca con la lengua. El ávido cuerpo de Alexander no tarda en reaccionar a los estímulos y su miembro erecto empuja contra el estómago de Emilia. Ella dobla las rodillas y se coloca para recibirlo.

Alexander deja de besarla, busca sus ojos en la penumbra y niega con la cabeza.

—No es buena idea, Emilia. Necesitas tiempo para…

—Nada de tiempo. Solo te necesito a ti.

Alexander baja los párpados y tensa la mandíbula. Cuando la vuelve a mirar, su rostro exhibe una expresión deshecha, llena de culpa, y los ojos que beben de los suyos parecen atormentados.

—Emilia…

—Tú solo bésame, ¿vale? —susurra Emilia, que se ha enderezado y ahora lo sujeta por la nuca con las dos manos—. Dejemos que las cosas fluyan por sí solas. ¿Puedes desconectar el cerebro al menos por una noche?

En contra de su voluntad, los gruesos labios de Alexander dejan entrever una pequeña sonrisa.

—De acuerdo.

Gira la mano para que sus dedos puedan acariciarla mejor, emprende un lento descenso sobre ella y la besa. No tiene ninguna

prisa. La ha llevado a su habitación, con lo que no hay peligro de que alguien pueda sorprenderlos.

Y parece que en la ciudad hay un apagón, lo cual viene muy bien, porque a Emilia solo debe amarla en la oscuridad. Es algo demasiado terrible como para exponerlo a la luz de una bombilla. Que sus sucias manos toquen algo tan puro como ella es casi una blasfemia.

Pero ya es tarde para arrepentimientos.

Sus dedos presionan directamente el punto sensible entre sus piernas y nota que Emilia entra en un estado medio salvaje, medio abandonado por debajo de él.

Absolutamente absorto, pasea la mirada por encima de las delicadas facciones desencajadas de pasión y vuelve a tocarla con los dedos. De repente ya no le basta. Necesita más.

Con la mente nublada de deseo, se dobla sobre ella y su boca se aferra a su piel. Su lengua, ávida de volver a probar su sabor, se arremolina sobre sus pezones endurecidos, calmando los rasguños que un segundo antes han producido sus dientes y su barba. Su mano se vuelve más insistente y Emilia lo reclama con más fuerza.

Baja la mirada hacia su sexo abierto y sus ojos se oscurecen todavía más.

—Quiero volver a probarte —masculla, buscando confirmación en su mirada.

Ella despliega los labios en una sonrisa lenta.

Alexander no necesita más indicios.

Le separa las rodillas un poco más, pone su boca sobre ella y su lengua rueda sobre el clítoris. Emilia suelta una maldición.

Él mira por un segundo su rostro asolado por el deseo, se relame la boca y la tantea con los dedos.

—Estás muy apretada.

—Lo siento.

—No era una queja —murmura contra su sexo.

Clava los dedos en sus caderas, la eleva un poco para conseguir un mejor acceso y juguetea con la lengua sobre esa humedad necesitada de caricias.

Emilia le tira del pelo y se incorpora, farfullando incoherencias al notar la primera sacudida de un orgasmo devastador, que enciende aún más a Alexander. Ni siquiera espera a que ella acabe, la penetra profundamente y gruñe una blasfemia gutural mientras la vagina de Emilia se aprieta con fuerza alrededor de su polla. No puede aguantarlo más y se derrama dentro de ella. No quiere ni pensar en todas las normas que ha infringido en una sola noche.

—¡Jo-der! —exclama, echándose el pelo hacia atrás con las dos manos. Se queda un segundo mirando al techo, suplicando una expiación que nadie va a concederle—. No creo que te quedes embarazada la primera vez —dice mientras sus ojos descienden sobre ella—, pero por si acaso mañana te compraré la píldora del día después. Más vale prevenir. No sé cómo he podido no usar condón. No hagas esto nunca más. Con nadie. Si alguien lo intenta, dale una patada en los huevos. Una bien fuerte.

Emilia, saciada, sonríe lánguidamente.

—Tranquilo. Tomo la píldora. Venía preparada.

No puede evitarlo: la mira y suelta una carcajada antes de abandonar despacio su interior.

—Así que cogiste ese avión con la idea de seducirme, ¿eh?

Ella se encoge de hombros con aire travieso.

—No puedes culpar a una chica por intentarlo.

—Desde luego que no. Yo en tu lugar habría hecho lo mismo.

Emilia le guiña un ojo y Alexander se deja caer a su lado con un suspiro. Emilia rueda por el colchón y se abraza a su torso desnudo. Él deja caer los párpados muy despacio. Pues claro que ahora quiere que hagan la cucharita. ¿Y qué esperaba? ¿Que ella se levantara, cogiera sus cosas y se marchara de su habitación y de su vida para siempre?

Gruñendo hacia sus adentros, la rodea con el brazo y la aprieta contra su costado. Emilia suspira satisfecha. Alexander sonríe para sí. En el fondo es muy fácil tenerla contenta. Con hacerle un poco de caso suele funcionar la mayoría de las veces.

Su sonrisa se vuelve un poco acerba. Baja el rostro hacia ella y deposita un beso en su pelo. Hmm. Vainilla. Aprieta los párpados al inspirar su delicado aroma.

—¿Quieres dormir aquí? —susurra junto a su oído.

Nota que sus labios dibujan una pequeña sonrisa contra su pecho.

—¿Puedo dormir aquí? —repone divertida.

—¿Qué más da? Una metedura de pata más…

—Te noto muy gruñón.

—Normal. Te acabo de arrebatar la virginidad.

—No seas melodramático. Te la he ofrecido yo misma, en bandeja de plata.

—Aun así.

—Estoy muy cansada para conflictos mentales. ¿Podemos dormir un rato?

Alexander busca su mirada y una pequeña sonrisa curva sus carnosos labios mientras la mira embelesado.

—Podemos.

Emilia echa la cabeza hacia atrás y se pierde en sus ojos. Está sonriendo.

—Vale —musita, absorta.

—Bien —susurra él, rozándole el mentón con el pulgar.

No puede resistir el impulso. Su rostro desciende sobre el de ella y sus labios se acoplan a los suyos. Solo es un pequeño beso, en absoluto pasional, pero toda la emoción que enmarca hace que de alguna forma parezca más importante que todos los anteriores.

—Buenas noches, Emilia —susurra, despegando despacio los labios de los suyos.

—Buenas noches.

Se contemplan en silencio unos momentos más, hasta que ella cierra los ojos.

Alexander se muerde el labio para no sonreír y después mira el techo. No quiere pensar en nada de lo que ha pasado en las últimas horas. Pensará en… en… en…

Exasperado, baja de nuevo la mirada hacia Emilia. Está acurrucada contra él como un pequeño gatito indefenso. Se descubre a sí mismo contemplándola con una estúpida sonrisa tierna.

«¿Serás imbécil? A ver si el que quiere hacer la cucharita vas a resultar ser tú».

Bufa, la aprieta de nuevo contra él y hunde el rostro en su pelo. Emilia empieza a respirar de forma superficial. Él se aparta un poco y la mira sin dar crédito. ¡Se ha dormido! Le dan ganas de sacudirla. ¿Cómo se atreve a dormir, tan satisfecha, después de haberlo arrastrado al Infierno? No es nada justo. Él no se ve capaz de cerrar los ojos en toda la noche. Ya puede imaginarse de qué humor va a estar a la mañana siguiente. Será mejor que nadie, y mucho menos Emilia, se cruce en su camino.

Vuelve a gruñir, hastiado, y se obliga a cerrar los ojos, a pesar de que sabe que conciliar el sueño es algo imposible. En el fondo no quiere malgastar ni un segundo de su tiempo con ella, y dormir es una forma tan estúpida de perder el tiempo…

Aspira con fuerza, impregnándose de su dulce olor a vainilla, y sonríe en la oscuridad. Está mal. Mal. Fatal.

Entonces, ¿por qué no puede contener la sonrisa?

—Porque eres gilipollas.

Emilia se revuelve entre sus brazos y gruñe molesta. Él le echa una mirada arisca y sopla aire por la nariz. Encima ahora tiene que estarse quieto porque la señorita quiere dormir. Fantástico. Las buenas noticias no dejan de asaltarle.

EMILIA



21

Millie finge dormir. En realidad, lleva un tiempo despierta, desde que ha notado que él le estaba acariciando el pelo en mitad de la noche. ¿Por qué haría algo así? Está claro que no lo ha hecho para impresionarla. Estaba dormida, así que lo ha debido de hacer por él. La ha acariciado porque quería acariciarla. Porque, al igual que ella, esta extraña atracción rompe todos sus esquemas.

Es buena señal. Muy buena.

Y lo de anoche fue… Dios, ha superado con creces todas sus expectativas. Fue mágico. Más que sexo. Un acto de amor.

Como se suponía que debía ser.

Sus ojos se pasean lánguidos por su anguloso rostro. Cada rasgo es firme, parece esculpido. Millie siente el impulso de alargar el dedo y rozar el hueco de debajo de sus pómulos, pero se contiene. No quiere que él se despierte tan pronto, porque eso significaría poner fin a este momento.

Y si hay algo que ella no quiere bajo ningún concepto es poner fin a este momento. Cualquier segundo a su lado es maravilloso.

Así que lo mira y lo mira, se impregna de su imagen y reza para que el paso de los años nunca borre este retrato de su mente. Lo tranquilo que está a su lado, su reposada expresión facial, es algo que Millie no quiere olvidar jamás.

El problema es que se le ha dormido el brazo y no aguanta ni un segundo más sin moverse. Intenta girarse sin producir el menor ruido, pero él abre los ojos de golpe y ese intenso azul que la deja sin respiración se clava en ella.

—Hola —susurra Alexander con una voz tan rasposa que hace que algo se encoja dentro de ella.

—Hola —responde derrotada Millie, esbozando una pequeña sonrisa.

—¿Cómo estás? ¿Te duele?

—No.

—Me alegro.

Él está tan serio que Millie siente la necesidad de hablar, de decir lo que sea.

—Gracias por lo de anoche. Yo…

Lo mira a los ojos, fascinada por lo atractivo que es con el pelo alborotado de sueño, y las palabras empiezan a girar dentro de su mente. Es difícil concentrarse cerca de él.

—No me des las gracias. No soy un prostituto.

Dios, qué difícil resulta comunicarse con él. Todo lo que dice le cabrea, como si lo que tuviera que ver con ella le resultara irritante.

—No es eso lo que…

—Creo que deberíamos ponernos en marcha —la frena Alexander sin rastro de la más mínima turbación en su comportamiento—. Tu padre estará a punto de despertarse.

Toda una miríada de emociones confusas cruza el joven rostro de Millie. La está apartando. Nota la profundidad del abismo que él ha colocado entre ellos. Quiere que se marche. ¿Cómo puede hacerle el amor tan apasionadamente y ahora apartarla con tanta frialdad?

—¿No podemos quedarnos aquí un rato más?

«Estupendo, Emilia. Siempre suplicando por más, como un cachorro abandonado. Precisamente lo que a Alexander le pone».

Él frunce el ceño.

Y aprieta la mandíbula, algo que hace muy a menudo cuando está cerca de ella.

—Emilia, no es buena idea. No sabría cómo explicarle esto a tu padre.

—Dile que estamos enamorados.

Él la aparta de inmediato, como si el roce de su cuerpo le quemara la piel.

—¿Enamorados? Yo no practico el amor.

—Pues anoche se te daba bien.

Sus ojos chispeantes la apuntan por debajo de un ceño fruncido que hunde todas sus esperanzas.

—No confundas las cosas, Emilia. Anoche follamos. Eso es todo.

Millie se siente devastada, pero intenta que él no lo note. Lo único que conseguiría sería que se sintiera culpable, y está convencida de que a esas alturas Alexander vive todo un infierno de conflicto y culpa.

—No seas creído. No estoy confundiendo una mierda. Solo digo que sería una buena explicación para mi padre, aunque no sea real. Pensaba habértelo dejado claro ayer, Alexander: solo eras una tarea pendiente.

Y antes de que él pueda percatarse del dolor que consume su mirada, se baja de la cama, le da la espalda y empieza a vestirse deprisa.

Escucha un suspiro derrotado, pero no se gira para mirarlo, porque nota el punzante escozor de las lágrimas en los ojos y no quiere perder el control delante de él.

En serio, ¿qué demonios esperaba? ¿Que se acostara con ella y luego le pidiera matrimonio? Para considerarse a sí misma una rebelde sin causa, tiene una idea muy anticuada del sexo.

—Hoy he quedado con mi padre —habla con voz controlada mientras se cierra la cremallera de los *shorts*—. Quiere… enseñarme París, recuperar viejas costumbres, imagino.

—Me parece muy bien. Es lo que tiene que hacer.

—Ya. No tengo muchas ganas, pero… En fin. Si él insiste…

—Se supone que has venido para pasar tiempo con él.

Millie deja caer los párpados y los aprieta con fuerza durante un par de segundos.

—Sí, ya lo sé. En todo caso, hoy voy a estar fuera toda la tarde, pero si quieres, podemos hacer algo por la noche. Mi padre no tiene por qué enterarse. No sé, cuando se vaya a la cama podríamos irnos por ahí y… divertirnos.

Expulsando aire por la nariz, Alexander abandona la cama, la coge por los hombros y la gira entre sus brazos. Millie se muerde inquieta el labio. Los acerados ojos de Alexander la desconciertan. Y que esté tan desnudo y apuesto delante de ella le nubla el juicio.

—Emilia, pensaba haberte dejado claro que yo no tengo citas.

Se siente acorralada y humillada, por lo que no tarda en estallar.

—¡Eres un auténtico cretino! ¿Qué crees, Alexander, que eres el puto rey del universo? ¿Crees que te veo y el corazón me da un vuelco? —ironiza, con media sonrisa burlona—. Si quiero salir contigo es porque no conozco a nadie más en toda la puta ciudad, pero ¿sabes qué? Olvídalo. Ya me las arreglaré yo solita. Que te follen.

A él se le ablanda la expresión. La suelta, se pellizca el puente de la nariz y resopla con fuerza mientras intenta poner orden en sus ideas.

—Emilia, espera.

Millie se detiene con la mano encima del pomo de la puerta. Maldice su estúpido corazón por latir tan deprisa, por sentirse tan esperanzado. Dios, es como un perro maltratado. Le dan una patada y ella vuelve a por más.

—Mira, lo que pasó anoche fue… Estuvo bien.

Estuvo bien. Genial. Para ella fue la puñetera noche de su vida y para él estuvo bien. Estupendo. Justo lo que necesitaba oír para tranquilizarse.

—Tampoco tiremos cohetes —replica con indiferencia—. Una noche normalita.

—Tampoco es que tengas con qué compararla, ¿no?

La réplica ha sido tan inmediata que Millie se muerde el labio para no sonreír. Está claro que lo ha ofendido. Bien. Es lo que se merece.

—Me he informado, ¿sabes? Y no te creas que sea tan inocente. Que hubiera una piel diminuta cruzando mi vagina no implica que no haya disfrutado antes del sexo con un tío. Hay muchas formas de dar y recibir placer. Me sorprende que no lo sepas.

Nota que Alexander se pone rígido, tensa la mandíbula y aprieta los puños a ambos lados del cuerpo. Es muy gratificante atravesar sus capas de desdén y herirle. No es algo habitual, así que Millie se obliga a recrearse en su imagen colérica.

—Me alegro de oírlo —responde él con frialdad—. Lo que intento decir es que lo de anoche estuvo bien, pero no volverá a pasar. Fue un *aislado* acto de… momentánea… *locura.* —Es evidente que definirlo le resulta difícil, ya que habla despacio y hace hincapié en algunas palabras que pretende que ella recuerde—. Vamos a seguir con nuestras vidas como si lo de anoche nunca hubiera pasado.

—Si es eso lo que quieres…

Él tensa la mandíbula y la mira con ojos fríos y distantes.

—Sí, Emilia. Es eso lo que quiero. No es que pretenda borrar lo que pasó, pero…

—Quieres fingir que nunca ha tenido lugar. Me alegro de saber que mi virginidad fue algo taaan importante en tu vida.

Sabe que no es justo lo que acaba de escupir y que él probablemente se sienta como un capullo ahora, pero le da igual. Sus palabras le han hecho daño y reacciona atacando, como una bestia herida. Si es que en el fondo los seres humanos no son más que bestias cegadas por sus emociones y deseos.

—Emilia, espera, no…

No se queda a oír sus disculpas. ¿Qué coño importan a esas alturas?

Sale, cierra de un portazo y echa a correr hacia su habitación.

Que no la siga no hace más que recalcar la poca importancia que ha tenido para él lo que compartieron la noche pasada. Quiere gritarse a sí misma y sacudirse por ser tan estúpida, pero ¿de qué le serviría? A fin de cuentas, él no le ha partido el corazón. Se lo ha partido ella solita. Él ha sido honesto con ella desde el principio. ¿Cuántas veces no le ha dicho que él no practica el amor, que él no tiene citas, que ella no significa nada para él? Pensar que un tío

podría dar un giro de ciento ochenta grados solo porque te has acostado con él es algo *taaan* arrogante…

—Eres estúpida, Emilia. Eres muy estúpida —se dice mientras entra en su habitación y cierra la puerta con llave.

No quiere interrupciones. Solo quiere acurrucarse en la cama y dejar que su dolor se convierta en agonía.

FRANCESCA



22

En el luminoso *lobby* del hotel, dispuestos delante de los grandes ventanales, hay varios sillones y coquetos sofás para sentarse y montones de revistas de cotilleos esparcidas sobre la mesa para entretener a los huéspedes a los que no se les ocurre nada mejor que hacer.

Francesca, con aire aburrido, hojea un viejo ejemplar de *Vogue*. Para no ser madrugadora, es la primera en llegar.

Una idea inesperada hace que su rostro se llene de preocupación. ¿Y si él le ha dado plantón?

«Te has pasado toda la mañana probando y descartando conjuntos y puede que él ni siquiera venga. Tendría gracia».

No, qué va. No tendría la menor gracia.

Se lanza una mirada escrutadora a sí misma y frunce el ceño en un gesto de autocensura. Va demasiado arreglada. Si no le ha dado plantón, él va a pensar que ha hecho un esfuerzo, lo cual ni siquiera es cierto.

Francesca siempre va arreglada, como si pretendiera compensar de alguna forma la piel que ha perdido el brillo y la tersura de la juventud y los cada vez más profundos surcos que rodean su boca y le dan aspecto de chihuahua gruñón.

Nunca lo ha admitido en voz alta, ni siquiera delante de Carlo, pero la verdad es que ya no se siente atractiva. Cuando se mira en un espejo, solo ve defectos. Todos ellos operables, si no le dieran tanto miedo las agujas.

Una parte de ella cree que es demasiado mayor para vivir otro romance. Mariposas en el estómago. El pulso acelerado. Parece fuera de lugar después de los cuarenta y muchos, sobre todo si tu bagaje emocional incluye dos divorcios bastante traumáticos que te han minado la autoestima.

A lo mejor aún está a tiempo de vivir un pequeño *affaire* con alguien de sesenta, ¿o setenta?, años. Un adorable ancianito que se quite la dentadura antes de besarla…

¿Pero con un hombre de su edad? No parece probable. Los hombres de su edad solo tienen ojos para las chicas de veinte, esas criaturas fabulosas que conservan la piel luminosa y tersa y cada parte de su cuerpo firme y en su sitio. ¿Cuántas veces no ha oído decir a un hombre que las mujeres de cuarenta y tantos empiezan a perder su gracia?

Por no hablar de la sequedad vaginal, que, por cierto, menuda mierda.

Eso también se lo escuchó decir a un tipo...

«Hacerse viejo es un asco. No te gustas ni a ti mismo. ¿Cómo vas a gustar a los demás? Mírate. Pareces una lolita que llega unos veinticinco años tarde a una fiesta. ¿En serio, Francesca? ¿Un vestido rosa pastel? Y llevas tacones cuando él te pidió que no lo hicieras».

¿Pero qué más dará? No va a venir. Estará por ahí persiguiendo a alguna de veinte. Le pidió una cita porque en la oscuridad pensaría que ella era más joven. Su voz parece más joven, ¿no? Seguro que fue por eso. En la oscuridad todos los gatos son pardos.

«Aunque había luz cuando te pidió quedar…»

«Oh, por Dios. ¿Por qué sigues insistiendo? No va a venir. Tu problema es que te aferras demasiado a las cosas. Madura ya. Tu cuerpo lo ha hecho».

Mosqueada consigo misma por esos pensamientos crueles y faltos de autoestima, suelta un suspiro hastiado y vuelve a concentrarse en su revista. Solo puede ver las fotos. Las letras bailan delante de sus ojos, representaciones entintadas que no consigue descifrar. Debería llevar gafas para leer, pero eso la hace parecer mayor. Solo lleva gafas para leer delante de gente que conoce. Es demasiado vanidosa como para admitir delante de desconocidos que está envejeciendo.

—Hola —la sobresalta una profunda voz con acento francés. Levanta la mirada y el corazón le da un vuelco al cruzar una mirada con el hombre del ascensor—. Siento llegar tarde. He tenido un imprevisto.

Francesca lanza una mirada ceñuda al reloj que cuelga de la pared justo detrás de él.

—Son las nueve y cuatro minutos.

—Lo sé, y lo siento.

Todos sus pensamientos negativos se disipan y se sorprende a sí misma frunciendo los labios para no reírse. ¿En serio? ¿Este hombre le pide disculpas por cuatro minutos de retraso? Massimo suele retrasarse dos horas y ni siquiera tiene la decencia de sonrojarse.

—Está bien. Te perdono —responde, divertida. Ha decidido tutearle. Dado que van a pasar la mañana juntos, es lo adecuado.

Hugo parece conforme con ello. Hace un leve gesto con la cabeza y le sonríe. Está muy guapo a la luz del día. Desde luego que podría ser su próximo héroe romántico. Es alto, delgado, y tiene unos ojos marrones preciosos, un poco más claros que la mata de pelo suave, peinada con esmero. Quizá sus ojos sean de color café.

Francesca se pierde en ellos unos segundos más de la cuenta mientras intenta apreciar todos sus matices. Sí, son de color café, un poco rasgados y muy profundos. Unos ojos preciosos. Su mirada es lo primero que llama la atención de él. Tiene tanta fuerza que no puedes eludirla.

El resto de sus rasgos, por encima de los cuales arrastra la mirada con todo el disimulo del que es capaz, también le resultan atractivos.

Sus labios son gruesos, pasionales, y su rostro firme y delgado, varonil, de pómulos marcados y nariz de tamaño normal para ser francés.

Pero, por muy atractivos que sean, quedan en un segundo plano, eclipsados por el magnetismo de su mirada. Decididamente sus ojos son el rasgo dominante.

—Te has puesto tacones.

Francesca se siente un poco avergonzada. Tiene la impresión de que todo en ella resulta forzado, artificial. Lleva demasiado iluminador de ojeras y se ha echado una tonelada de perfume. Y este vestido plisado de lolita cuarentona… Mejor no pensarlo.

—Lo siento —dice, alisándose el tul de la falda con manos inquietas—. Es que en mi maleta no había nada plano.

Lo cual no es mentira. Lleva años sin comprar zapato plano. Desde la treintena.

Hugo le sonríe, con una sonrisa simpática que marca dos hoyuelos en sus mejillas.

—No pasa nada. Ya se nos ocurrirá alguna solución. ¿Lista?

Francesca contiene un pequeño suspiro y despliega los labios en una gran sonrisa.

—Lista.

—*Andiamo*. El amor nos está esperando.

Lo dice tan animado que ella suelta una risita. Es un hombre peculiar.

Le ofrece la mano para ayudarla a incorporarse, y ella, tras un intenso intercambio de miradas, se aferra a él y le ofrece una débil sonrisa. Le gusta tocarle. Su piel es cálida y suave y despierta en su interior sensaciones olvidadas, esa clase de cosas de las que habla en sus novelas y hace años que no siente ella misma, el hormigueo en la piel, el sorprendente vacío en el estómago… Tocarle la llena de una extraña anticipación que la hace contener el aliento.

Lamentablemente, la sensación desaparece en cuanto él la suelta.

Ambos se despiden del recepcionista con un gesto y se dirigen en silencio a las puertas mecánicas.

El aire en la calle es frío y húmedo. Su chaqueta rosa parece insuficiente para protegerla del viento, así que Francesca se arrebuja

en el chal beige con flores rosas que se ha echado descuidadamente por encima de los hombros antes de abandonar su habitación.

La noche anterior llovió y ahora hay charcos por todas partes. Le gusta el olor de las aceras mojadas. Le recuerda a algo, quizá a las tormentas de su infancia. Siempre le han gustado las tormentas. A pesar de todo, es una romántica.

Después de lanzar una rápida ojeada al cielo gris, no descarta más lluvias en breve. Menos mal que lleva los botines altos y no hay posibilidad de mojarse.

Él camina a su lado con las manos hundidas en los bolsillos. Lleva vaqueros oscuros, un jersey grueso de color gris perla, abrigo negro, recto, que le llega hasta las rodillas, y un fular de un tono similar al jersey. Un verdadero *gentleman*.

Todo parece natural en él. Francesca siente que, a su lado, su aspecto resulta recargado. Esa clase de faldas de tul están bien si eres una reina, Carrie Bradshow o si vas a una boda.

Pero para un sencillo paseo por los lugares más significativos de París resultan demasiado rebuscadas. Todos los ojos están clavados en ella. Ay. Seguro que parece tan artificial como Massimo, con su bronceado naranja, sus chaquetas-chalecos ajustados y su exceso de gomina y colonia.

Mortificada por sus pensamientos, lo mira con ansia, presa de una profunda necesidad de hablar, de decir cualquier cosa que la distraiga de los nervios que burbujean en su estómago.

—¿Vas a decirme hacia dónde nos dirigimos?

Él baja la mirada hacia la suya. A pesar de que ella lleva tacones, le saca una cabeza. A Francesca le gustan los hombres altos.

—¿Ahora mismo? Al metro.

—¿Al metro? ¿Crees que el amor estará en el metro?

Hugo se echa a reír. Francesca se recrea en ese sonido profundo y varonil que brota de su garganta. Está un poco confusa por la repentina sensación de calidez que se ha asentado en su pecho.

—No sé si el amor estará en el metro o no, pero nosotros vamos a cogerlo porque es más fácil moverse por la ciudad.

—¿Eres de París? —se interesa mientras pasean despacio por la calle.

Él niega.

—Nací en Marsella, pero París siempre ha sido mi hogar. No sé explicarlo.

—No hace falta. Yo nací en Carolina del Norte, pero Roma es mi hogar. Me pierdo en las calles, voy a los mercados de fruta y siento que soy una más, que la ciudad es tan mía como de ellos.

Una mirada de simpatía cruza el rostro de Hugo.

—Exacto. Es lo mismo que siento yo. Ven. Vamos a intentar coger ese metro que se acerca.

La coge de la mano sin pensar y la arrastra hacia las puertas. Francesca no tiene billete, pero Hugo lleva un bono de diez viajes y lo pasa dos veces.

Una vez cruzadas las puertas, corren por el andén riéndose y se cuelan en el metro en el último momento.

El vagón está abarrotado y, aunque Francesca intenta conservar las distancias, los viajeros a su espalda la empujan hasta que acaba apoyada contra el firme pecho de Hugo. Se sonroja y se siente tan incómoda por el rubor que cubre sus mejillas que desvía la mirada al suelo.

—Solo serán dos paradas —informa él, con los labios casi encima de los suyos—. Estamos muy cerca de donde quiero llevarte.

Ella levanta la mirada y sus ojos se entrelazan. Los ojos de él recorren su rostro con ternura. Están sonriendo. Le gusta que la miren así, esa mirada suya fija y entregada. Se siente especial. Él la mira como si no se fijara en sus arrugas, como el resto de hombres, sino en la persona que hay detrás. En Francesca, la Francesca que es más que piel apagada y pérdida de tono; la Francesca real. Porque una mujer no puede ser definida solo por unas pequeñas líneas que surcan su rostro, ¿no?

Francesca disimula una sonrisa y se aferra a la barra. El metro se balancea de un lado al otro y no quiere tener que aferrarse a su jersey en un momento de frenada.

—Estás muy guapa —susurra él de repente.

Los ojos de ella se abren con asombro.

—¿Tú crees? ¿No voy demasiado emperifollada?

Hugo suelta una risa de dientes blancos y ella de nuevo se recrea en ese sonido.

—No. Vas perfecta. En serio. Me… gusta lo que llevas puesto.

Francesca se muerde el labio por dentro y vuelve a bajar la mirada, avergonzada. Le arden las mejillas. *Perfecta*. Se deleita en esa palabra. No se ve a sí misma desde esa perspectiva, y lo más probable es que él esté mintiendo, pero, Dios Santo, miente tan bonito que se deja embaucar como una quinceañera.

—Tú también estás guapo —farfulla incómoda, sin mirarlo a la cara.

¿Pero qué le pasa? Ella escribe novelas en las que las mujeres son fuertes, seguras de sí mismas y saben aceptar cumplidos. Y, sin embargo, en la vida real se comporta como si estuviera en la pubertad y su cuerpo la avergonzara. Le dan ganas de sacudirse a sí misma.

—No se lo digas a nadie —le susurra él al oído—, pero he hecho un esfuerzo. Me he probado al menos tres jerséis.

Francesca ríe, quizá para alejar de sí ese burbujeante nerviosismo que la calidez de su boca ha despertado en su interior.

—Será nuestro secreto —responde con un guiño.

Hugo sonríe con la boca cerrada, lo cual da a su rostro un aspecto graciosísimo, casi travieso. Hay algo infantil en ese gesto, y ella, de pronto, puede ver en él al niño que debió de ser unos cuarenta años atrás, saltarín y vivaracho.

—Nuestra parada —la informa, antes de agarrarla por la muñeca y arrastrarla a través de las puertas abiertas.

La lleva corriendo hasta la calle. Es un hombre muy alegre, dueño de una energía vital que le resulta apabullante a Francesca. Corre a su lado y ríe como una jovencita, y por un segundo se olvida de todos sus complejos y las arrugas que dan a su rostro un aspecto serio y mustio. Solo por un segundo vuelve a asomar esa chica de Carolina del Norte que corría por los prados verdes con un libro de Jane Austen bajo el brazo y soñaba con escribir algún día sus propias historias de amor. Él hace que se sienta joven y divertida, y Francesca profesa una extraña gratitud hacia su persona.

Carlo siempre le ha dicho que debe rodearse de gente que la haga sentir bien; que debe rehuir los hombres que hacen que todas sus inseguridades y complejos cobren vida; que es una mujer magnífica que merece a un hombre que sepa valorarla. Siempre le han parecido chorradas sin fundamento. Al fin y al cabo, ella paga para que le digan esa clase de cosas. Pero ¿y si Carlo estuviera en lo cierto?

«No empecemos. ¿Ves? Por eso escribes libros malos. Te entusiasmas demasiado pronto. Te lanzan un guiño y tú ya te ves caminando hacia el altar».

—Esto no es el Arco de Triunfo —sentencia, mirando confusa a su alrededor.

Hugo le lanza una sonrisa graciosa.

—Desde luego que no. He huido de los topicazos. A los lectores no les gustan, ¿verdad? Todo el mundo que viene a París pasa por la Torre Eiffel, el Arco de Triunfo, el Louvre y el río Sena. Pero París es mucho más que eso. París es Batignolles y su mercado ecológico, el parque Martin Luther King, *El Marche Les Enfants Rouges*, las galerías y los pasajes que te hacen retroceder en el tiempo, el Museo de la Vida Romántica, el Mercado de las Pulgas…

Emplea tanta pasión a la hora de describirle esos lugares que Francesca se siente embaucada por su alegría. Su entusiasmo es tan contagioso que no puede hacer más que sonreír y escucharle hablar. Comprende por su forma de narrar y por la luz que ilumina sus facciones que él ama la ciudad, esta ciudad que le acogió, quizá en un momento crucial de su vida. Puede que no sea parisino de nacimiento, pero su corazón, desde luego, pertenece por completo a París.

—¿Qué es *el Marche Les Enfants Rouges*?

—El mercado más antiguo de París. Te llevaré.

—Con tantos planes, es imposible no cruzarse con el amor.

—Puede que lo hayas hecho y no te hayas enterado —repone él con un guiño.

Cruzan una breve aunque intensa mirada y Francesca se sonroja. Porque ella está de broma y a él se le ve tan apabullantemente serio que su expresión hace que se le encoja el estómago.

—Puede —se obliga a farfullar, antes de desviar la mirada al suelo.

Aunque no lo está mirando, siente su sonrisa y, unos segundos más tarde, sus dedos rodean su muñeca y la arrastran hacia la terraza de un bar tan pintoresco que a Francesca se le dibuja una enorme sonrisa de sorpresa en el rostro.

—Dios mío, esto sí que es París —se maravilla.

Él ríe entre dientes.

—Sabía que te gustaría.

Como para no gustarle. La fachada es una composición de cristal y madera oscura, el toldo es de un rojo bermejo y por encima del nombre del establecimiento hay todo un balcón lleno de flores, cada cual más hermosa y colorida.

—Se llama el Café de las Flores por…

—Las flores, sí —corrobora él con una sonrisa.

—Es impresionante que se mantengan así incluso en invierno.

—Es uno de mis lugares favoritos de París.

—Tienes muy buen gusto.

Intercambian una leve sonrisa mientras toman asiento en una de aquellas mesas redondas y pequeñas, tan parisinas, donde resulta imposible mantener una conversación privada por culpa de la proximidad con las otras mesas y clientes.

Aunque están en un boulevard bastante transitado, las aceras son enormes y los árboles centenarios que se alzan cada dos o tres metros hacen de pantalla frente al ruido de los coches. Ahora han perdido su vestimenta, pero en verano tiene que ser todo un espectáculo sentarse a la sombra de los castaños.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de los europeos?

Hugo enarca las cejas.

—Ni idea.

—Sabéis vivir. Sabéis comer, sabéis hacer turismo. Deberías ver Nueva York. Es bonito, pero… no es esto. Vivimos estresados, comemos en el *Take Away* y… ¿quién tiene tiempo para sentarse en una terraza a las diez de la mañana de un jueves? Si no trabajamos, hacemos la colada y la compra y… ¡Dios sabe qué! No lo sé, siempre vivimos muy deprisa, y todo cambia tan rápido en la ciudad que no

puedes coger cariño a nada. ¿Hoy te gusta una panadería? Pues no te acostumbres. Mañana habrá una tienda de zapatos en su lugar. Mira este sitio. Es como si llevara aquí cien años. Me imagino a Sartre sentado en esta misma mesa, apuntando sus ideas en una de estas servilletas.

Hugo suelta una carcajada y la mira con humor.

—Tienes mucha imaginación.

Francesca se encoge de hombros. No puede dejar de sonreír. Está pletórica. París le parece tan maravilloso que tiene ganas de besar a todo el mundo y gritarles lo feliz que la hace algo tan sencillo como sentarse en una terraza a las diez de la mañana de un jueves y llevar una conversación con un hombre que parece interesado en ella, no en todas esas jóvenes estilosas que pasan por delante de ellos, camino a alguna parte. ¿Por qué ha tenido que conocerle en unas vacaciones? Estas relaciones siempre acaban con un beso en el aeropuerto. A no ser que él detenga ese vuelo y suba a bordo para decirle que la quiere. Hoy. Mañana. Para siempre…

A no ser que pase eso, estos amores tienen un final infeliz. ¿Por qué, por qué, por qué es la vida tan injusta con ella?

—Puede que estés en lo cierto —murmura, y su sonrisa empieza a languidecer—. Tengo demasiada imaginación.

Los ojos de él la escrutan en silencio.

—¿Qué te parece si tomamos un café, desayunamos alguna cosa y luego te enseño la zona? Te prometo que hay muchos sitios que ver.

Se obliga a sonreír de nuevo para deshacerse de la tristeza que flota encima de su cabeza y sostiene su mirada.

—Me parece fantástico.

—Bien—. Él levanta la mano, llama al camarero y pide dos cafés y varios bollos.

—Ah, la mantequilla —se deleita Francesca mientras prueba uno de aquellos hojaldres que se deshacen en su paladar—. Hm, qué delicia.

Hugo deposita su taza de café sobre el platillo y la observa con una sonrisa de lado.

—Es muy fácil complacerte.

Francesca se endereza en la silla, se limpia avergonzada las comisuras de los labios y procura dejar de comportarse como una *guiri*. Desde que ha pisado la calle, no ha hecho más que alabarlo todo. Solo le ha faltado decir que le encanta Europa porque la gente come con vino. Lo dijo una vez en Italia y todos se echaron a reír y la miraron como si fuera estúpida. Nunca más.

—Y cuéntame, Hugo, ¿cómo es posible que un hombre como tú, atento, elegante, con buen gusto, esté soltero?

Él le regala una de esas sonrisas fantásticas que le aceleran el corazón.

—Supongo que no busqué el amor. Aunque, ahora que lo pienso, creo que en realidad al amor nunca lo buscas. Se cruza en tu camino, y es imprevisible, inoportuno y un incordio la mayoría de las veces. Y, con todo, vale la pena. Durante mucho tiempo he tenido miedo.

—¿Miedo? —se asombra ella, con una seña de confusión entre las cejas—. Miedo ¿de qué?

Los ojos de Hugo se extravían en un punto más allá de ella. Francesca aguarda en silencio, sus ojos recorren ansiosos cada una de sus facciones, y cuanto más lo mira, más desea saberlo todo sobre él. Es tan misterioso. Tan diferente. Está ahí y, sin embargo, tiene momentos en los que se aleja y ella no puede alcanzarle.

—De enamorarme —resuena de improviso su voz, queda y masculina—. De sentir. De aferrarme a algo—. Sus ojos se alzan de golpe y la paralizan en la silla. Han perdido su lejanía, en algún momento se han visto asaltados por una expresión febril, una ávida desesperación—. Pero ya no tengo miedo. La vida es tan corta que el miedo no vale la pena. Hay que disfrutar cada segundo, hay que reír, enamorarse, dejarse llevar, probar cosas nuevas. Hay que vivir, Francesca, y el amor es algo tan vital como el aire. No te hablo solo del amor físico o pasional. Hablo del amor en general. Sentir un rayo de sol sobre tu rostro en una fría mañana de invierno, eso es amor. El primer copo de nieve que se derrite encima de tu piel, eso es amor. Quedarse abstraído encima de una roca, viendo el mar agitar su oscuro oleaje en la lejanía y las nubes grises cubrir el horizonte, eso es amor. Hay tantas formas de sentir amor que puedes pasarte

toda la vida amando a alguien. O algo. No te niegues ese amor, nunca. No tengas miedo. Aunque te hayan hecho daño. Aunque vuelvan a hacerte daño. Ama, Francesca. Ama con todas tus fuerzas, porque ese amor es lo único que quedará cuando tú ya no estés.

Francesca tiene los ojos húmedos y lo mira sin aliento. Sus palabras han despertado algo en ella, la chispa de un amor que había dado por apagado; la mejor clase de amor que hay en el mundo entero: el amor hacia uno mismo.

Se ha descuidado a sí misma, ha antepuesto las necesidades de los demás a las suyas propias. Incluso en su trabajo. Al principio escribía porque le apasionaba escribir. Porque ella misma estaba enganchada a esas historias y a lo que los personajes intentaban trasmitirle.

Pero en algún momento eso se ha perdido. Ha dejado de escribir lo que a ella le hubiese gustado leer y ahora escribe lo que cree que los demás quieren que escriba. Los editores, los agentes, los lectores que le dan una estrella porque no pueden no darle ninguna… ¿Cuándo fue la última vez que *ella* disfrutó de su trabajo? ¿Cuándo pensó en la historia y no en las ventas y en las críticas? ¿Cuándo dejó que el amor fluyera?

No se acuerda.

Tuvo que venir hasta París y quedarse atrapada en un ascensor con un desconocido para comprender que su gran problema no es una reseña mala en *Goodreads* ni dos matrimonios fallidos, ni tan siquiera la flacidez facial.

El problema es que Francesca Conti ya no se quiere a sí misma.

FRANCESCA



23

—Ojalá nevara.

Hugo, que pasea a su lado con las manos en los bolsillos, la mira y sonríe quedamente.

—¿Te gusta la nieve?

—Mucho. En Roma no se ve.

—A mí también me gusta la nieve. Bueno, el invierno en general. Hay algo mágico en el aire festivo de la ciudad, en los escaparates, en las luces que colocan en los árboles y se encienden a la caída del sol, en los lazos que adornan las farolas...

—Sí, creo que ha quedado claro que te gusta la Navidad.

Él la mira y se ríe.

Francesca se aclara la garganta con nerviosismo. A pesar de estar en una avenida concurrida, llena de turistas y parisinos que ultiman sus compras navideñas, el aire parece cargado de electricidad. Hugo lleva todo el día mirándola como si deseara besarla.

Cuando compartieron un gofre en un mercado y ella se manchó de nata la comisura del labio, él la limpió con el pulgar y por unos segundos la miró como si fuera a besarla.

Cuando se empeñó en regalarle unas botas sin tacón en otro mercado y ella tuvo que apoyarse en su hombro para calzárselas, levantó la mirada hacia la suya y la miró con la adoración que precede el primer beso.

Y cuando subieron al metro para regresar al hotel y ella tuvo que volver a amoldarse contra su pecho y aferrarse a él porque no había ninguna barra a la que sujetarse, le rodeó la espalda con el brazo y la miró como si lo que más deseaba en el mundo fuera besarla.

Sin embargo, no la besó y es un poco frustrante.

—Ha sido un día magnífico. No tenías que haberme regalado las botas.

La sensual boca de Hugo se tuerce en una media sonrisa.

—Seguro que tus pies me lo agradecen.

Una pequeña sonrisa se dibuja en los labios de Francesca.

—Seguro que sí. Aunque me gustaría pagártelas.

—De eso nada. No acepto dinero. Aunque se me ocurre otra forma de que me compenses —repone él con un guiño seductor.

«Dios, si existes, que esa otra forma sea sexo. Apiádate de tu lujuriosa sierva».

—Ah, ¿sí?

—Hoy voy con un poco de prisa, tengo una comida que no puedo cancelar, pero para mañana no he hecho planes y se me ocurre que podríamos salir. ¿Qué me dices?

Francesca lanza una mirada hosca al cielo.

«Ya sabía yo que eras un invento comercial. Seguro que te inventaron para vender crucifijos».

—Claro. ¡Fantástico! —exclama con un entusiasmo tan escandaloso que resulta un poco forzado.

Al darse cuenta, carraspea y esconde las manos dentro de los bolsillos.

Hugo frunce el ceño, pero no dice nada y ella se lo agradece.

—Hay un club para gente como nosotros —prosigue él con una sonrisa.

—¿Viejos?

Hugo pone mala cara.

—Personas con un gusto musical exquisito —la corrige—. Es un piano bar. Toca un amigo mío.

—Ah, qué interesante. Genial. Sí, me parece un buen plan.

—¿Qué tal si quedamos a las nueve, cenamos por ahí y luego nos tomamos una copa?

—Perfecto. Sí. Te veré… mañana.

—Bien. — Llegan al hotel y se detienen a unos pocos metros de la puerta. Los dos parecen un poco cortados. Hugo se acerca y el corazón de Francisca empieza a brincar como loco—. Hasta mañana —le susurra, y se inclina sobre ella para darle un beso.

En la mejilla. Como a una vieja amiga. Ay… Qué decepción.

A pesar de todo, Francesca está hipnotizada. La magia se respira en el aire. Hay personas que conocemos y sabemos desde el principio que serán muy especiales en nuestra vida. Francesca sabe que Hugo dejará una profunda marca en su alma. No puede explicar cómo lo sabe, pero lo sabe. Puede sentir la atracción, el tirón en el estómago, la magia. Maldita magia. Partículas de magia en todas partes.

Cuando él se aparta, el rostro de ella tiene una expresión soñadora. Se siente como una chica que se está enamorado por primera vez y todo ese vaivén de emociones le parece tan extraordinario que no sabe cómo reaccionar.

—Hasta mañana —farfulla, con mirada ausente.

Y antes de que él diga nada más, coge la bolsa con los botines de entre sus manos, gira sobre los talones de sus nuevas botas sin tacón y se dirige apresuradamente hacia las puertas del hotel.

Cuando llega a su habitación, flotando encima de una nube romántica de la que no quiere bajarse nunca más, enciende el portátil y sus dedos empiezan a moverse veloces encima de las teclas. Ni siquiera se sienta en el escritorio. Ahí mismo, en el borde de la cama, da rienda suelta a su imaginación y crea el primer boceto de un héroe, un hombre que toda mujer desearía conocer. Le atribuye cualidades como *noble* y *divertido* y rasgos como *rostro cincelado* y *ojos expresivos y audaces*.

Y en la primera escena de lo que espera que sea el comienzo de una gran historia de amor, reproduce a la perfección los detalles del maravilloso día que pasó con él. La mañana gris que agonizaba en el exterior, la pequeña bruma que se adhería a su piel y encrespaba sus cabellos, la mirada de él atrayéndola sin cesar...

Solo cambia un pequeño detalle. Cuando ella susurra *hasta mañana*, él la atrapa por la muñeca, la atrae a sus brazos y la besa.

Y su mundo, el pequeño, controlado y desaborido mundo de Francesca Conti, se llena de color.

EMILIA



24

En una de las orillas del río Sena hay un pequeño bistró con toldo rojo burdeos. La carta no es gran cosa, se centran sobre todo en carnes a la brasa y algunas ensaladas. Pero los pocos platos que sirven son distinguidos, están preparados con exquisita atención al detalle y servidos con gran ceremonia.

Es un sitio acogedor, muy parisino, con terraza y plantas naturales a modo de decoración. Hasta hay una pequeña chimenea de mentira que proyecta reflejos áureos sobre las mesas más cercanas. Millie no está de humor para apreciarlo. Le resulta muy difícil estar sentada delante de su padre y fingir que su mundo no se acaba de romper en pedazos.

Se ha maquillado como nunca, una tirante máscara de sombras frías, grises, cubre su rostro y sepulta tras ella todas las emociones que intenta reprimir. Incluso sus labios exhiben un color ceniciento

que hace que la palidez de su piel parezca una consecuencia del *rigor mortis*. Si al menos sus ojos mostraran algo de vida…

Pero no. El índigo de sus iris se ha apagado súbitamente y en su lugar, dos carboncillos mortecinos, sin vida, que se extravían cada pocos segundos.

Nada más verla, su padre bromeó sobre su aspecto y le preguntó si acaso tenía intención de pasarse la noche en el cementerio, adorando al Diablo. Millie tuvo que fingir que le resultaba divertido el comentario, pero la verdad es que está muy cansada de fingir cosas.

—¿Qué tal tu entrecot?

Si el mundo no tiene color, si el sol se ha apagado en el cielo y la oscuridad lo cubre todo, ¿por qué iba ella a notar algo de sabor o de placer en su comida?

—Fantástico —miente, sin mirar a su padre a la cara.

—Apenas lo has probado —remarca él, arqueando una ceja.

—He desayunado más de la cuenta —responde Millie de inmediato.

—Ah. Siento haber llegado tarde hoy. He tenido que…

La mirada de Millie lo acalla al instante.

—Papá, no importa. Tranquilo. Lo importante es que ya estás aquí. Que los dos estamos aquí.

Cuando llevas toda la vida mintiendo, te conviertes en toda una maestra de los engaños. Ya no cuesta nada confeccionar respuestas creíbles. Mentir se vuelve tan fácil como respirar.

Su padre se limpia los labios con la servilleta de tela burdeos y compone una pequeña sonrisa.

—Sí. Eso es lo importante.

Coge la mano de Millie por encima de la mesa y la da un pequeño apretón. Ella traga saliva.

—¿Tienes frío? Tu mano está helada.

No tiene frío. Está muerta por dentro.

Sin embargo, sus labios componen una sonrisa tranquilizadora. Incluso sus ojos parecen sonreír por un segundo.

—Estoy bien. ¿Qué tal tu comida?

Cuando soltar mentiras empieza a volverse demasiado arduo, es una buena estrategia desviar la atención. Millie lo sabe bien.

—Exquisita. Me gusta mucho este sitio. Tu madre y yo… —De pronto se calla, frunce el ceño y fuerza una pequeña sonrisa. Sus ojos descienden hacia su plato medio vacío—. Ella y yo veníamos mucho por aquí. Pensé que a ti también podría gustarte.

Millie lo observa con curiosidad, la primera expresión que se concede a sí misma en todo el día.

—¿La echas de menos?

Él pone una sonrisa triste y la mira a la cara.

—Algunas veces.

—¿Cómo es que nunca saliste con nadie después de ella?

—Bueno, salí con muchas personas, pero…

—¿Ninguna tan importante como para presentársela a tu hija? —se aventura a deducir.

Él esboza una sonrisa apagada.

—Algo así.

—Hum.

Como no sabe qué otra cosa decir, Millie enfoca su filete casi intacto con la mirada e intenta relajar los hombros.

—¿Cómo está ella?

Millie levanta la mirada del plato y pone cara de confusión.

—¿Quién? ¿Mi madre?

—Mm-hm.

Su padre parece indiferente, pero sospecha que solo es una fachada.

—Pues… —Lo piensa un segundo y bufa una sonrisa despectiva—. Ya sabes, pija, egocéntrica. Preocupada por las apariencias… No ha cambiado ni un pelo.

Los labios de su padre se despliegan en una sonrisa.

—¿En serio? ¿Crees que tu madre es pija y egocéntrica?

—¿Cómo la definirías tú?

Él mira al techo y sonríe.

—Diferente. Divertida. Pasional.

—Ya. Es que yo no estoy enamorada de ella.

Su padre echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Emilia, yo tampoco estoy enamorado de ella.

—Si tú lo dices… —farfulla Millie, muy empeñada en revolver las patatas fritas que acompañan el entrecot.

Él carraspea incómodo y se produce una breve pausa.

—¿Y qué hiciste ayer? —cambia de tema—. Te habrás enterado del apagón.

Toda una serie de imágenes prohibidas cruzan la mente de Millie. Los labios de Alexander buscándola, ardiendo encima de su piel, su lengua probándola, sus ojos atrapando su mirada… Se acuerda de su olor, del sabor de su abrasadora piel, y eso hace que endurezca la expresión de su rostro y que su palidez se vuelva del todo cadavérica.

—Me quedé dormida.

—¿En serio? Pues duró un buen rato. Estalló un transformador y…

—Ya. Pues no, no me enteré.

—Bueno. Casi que mejor. Esa casa enorme no tiene muy buen aspecto en la oscuridad.

Millie se obliga a llevarse una patata a los labios.

—¿Qué fue de tu piso?

Quiere cambiar de tema. Distraerse.

Su padre la mira, ceñudo.

—¿Qué?

—Tu piso. Cuando enfermaste y decidiste mudarte a casa de Alexander para no tener que recorrer todo París de camino al trabajo, ¿qué pasó con tu piso?

—Nada. Está cerrado.

—Ah. Sabes, me ha sorprendido que sigas trabajando.

—¿En serio? ¿Por qué? —pregunta él mientras mastica un trozo de solomillo.

—No lo sé, papá. Si a mí me hubiesen diagnosticado un tumor inoperable, haría otra cosa.

—¿Como qué? —quiere saber él sin alterarse.

—Pues como… no lo sé. ¿Vivir? Estás haciendo las mismas cosas de siempre. Trabajas como si no hubiera un mañana. ¿Es que no te importa que vayas a morirte? ¿No sientes que has desaprovechado tu vida?

Él coge aire en los pulmones y lo suelta despacio.

—Vaya. Cuando te propuse quedar, no pensaba que fueras a darme esta charla tan transcendental.

Se ve que le debe de doler la cabeza, porque se masajea la sien y gruñe disgustado.

—Lo siento. Es que… —Tensa, Millie apoya los puños sobre la mesa y se toma un momento para aclararse la mente—. Me enfurece tu actitud —confiesa, mirándolo a la cara.

Su padre coloca los cubiertos en el plato y, al cabo de unos momentos de perfecta quietud, se enfrenta a sus ojos.

—Emilia, me estoy muriendo. Cualquier cosa que haga a partir de ahora no va a cambiar las cosas.

Se saca el frasco de pastillas del bolsillo y engulle tres de golpe. Vaya. Necesita cada vez más calmantes. No es buena señal.

—Lo sé, pero al menos disfruta un poco. No lo sé, haz algo que no sea trabajar. Viaja o… sal de fiesta o… qué sé yo. Pero deja el puto trabajo. Deja que Alexander se haga cargo de todo porque, de todas formas, en breve se quedará solo, ¿no?

La sombra que endurece el rostro de su padre hace que Millie se sienta como una gilipollas. ¿Qué demonios le pasa? Que esté furiosa no le da derecho a tratar a su padre con esa dureza. Ni siquiera sabe por qué está tan enfadada con él.

—Oye, lo siento —recula, hundiendo la cabeza entre las manos—. No sé ni lo que digo. Es que…

—Estás cabreada.

Levanta el rostro y lo mira un segundo prolongado.

—En cierto modo —responde con voz apagada.

—¿Por esto o ha pasado algo más?

Muy inteligente.

—Por todo.

Se miran a los ojos. Millie suelta un suspiro, niega y su mirada se aleja hacia la ventana.

Su padre se inclina sobre la mesa y pone la mano encima de la suya.

—Todo saldrá bien, Emilia. Ya lo verás.

Ella fuerza una sonrisa acerba y vuelve los ojos hacia los suyos.

—Sí. Y dime, ¿qué terapia estás recibiendo?

—Pues… ninguna. —Él aparta la mano y se apoya contra el respaldo de la silla.

—Ninguna —repite Millie como un autómata.

—No tiene sentido. ¿Para qué? Voy a morirme. Haga lo que haga. Un tratamiento degradante y doloroso no haría más que prolongar lo inevitable. Me limito a los calmantes.

Esta actitud derrotista la enfurece todavía más.

—Increíble. Así que bajas las armas al suelo y te rindes sin más.

—Sí.

—Me parece muy valiente por tu parte.

Su sarcasmo lo hace sonreír. Le dedica una mirada larga, lánguida.

—Me estoy enfrentando a la muerte, Emilia. Eso no es cobardía.

—Te estás enfrentando a la muerte porque te da miedo la vida. ¿Cuándo fue la última vez que te sentiste vivo? ¿Antes de que ella te dejara?

Su padre encaja el golpe cerrando los ojos.

—¿Por qué estás siendo tan crítica conmigo hoy?

Millie permanece inmóvil unos momentos, con la mirada perdida. Está a punto de llorar y solo puede controlarse si enfoca un punto fijo del techo.

—No lo sé. Me levanté así.

—Ya. ¿Qué tal si pido la cuenta y damos un paseo por la ciudad?

—Sí, será lo mejor.

—Bien.

Su padre levanta la mano para llamar al camarero. Un denso silencio se abate sobre ellos.

—Lo siento, joder. Es que estoy harta de hombres que se rinden sin al menos intentar luchar.

Su padre la pesa con la mirada, sorprendido por su exabrupto. Millie se pregunta si es capaz de ver a través de su máscara. Algo le dice que sí.

—El amor duele, Emilia —dice por fin—. Supéralo.

Millie lo mira a la cara largo rato.

—Lo pondré en tu lápida.

Su padre echa la cabeza hacia atrás y suelta toda una retahíla de carcajadas.

—Muy bueno. Supongo que me lo tenía merecido.

Millie sonríe con complicidad, vuelve a negar y, apoyando el mentón en una mano, mira por la ventana, hacia las parejas que pasean por las orillas del Sena.

Aunque ha amanecido con un importante descenso de las temperaturas por culpa del viento, ha salido el sol a la hora de comer. Aún hay hojas secas en el suelo, pétalos dorados que se arremolinan como copos de nieve alrededor de los transeúntes. ¿Por qué ella y Alexander no pueden ser una de esas parejas? ¿Por qué su padre y su madre no pueden ser una de esas parejas? Puede que sea cierto: el amor duele. También deberían ponerlo en su lápida.

—¿Lista?

Sonriendo con amargura, levanta la mirada hacia su padre, que ya está de pie junto a la mesa con el abrigo puesto, y asiente.

—Sí. Larguémonos de aquí.

Él le regala una sonrisa afectuosa y le ofrece la mano. Millie dobla los dedos sobre los suyos y se levanta. Al principio no le apetecía el plan, pero ahora se lo está pasando bien. Ha descubierto que su padre tiene un sentido del humor tan mórbido como el suyo. Quizá lo haya heredado de él.

—¿Cómo es que Alexander y tú os hicisteis amigos? —pregunta cuando ya están en la calle, lidiando con las fuertes rachas de viento que atraviesan inclementes la fina tela de su ropa.

—Ya lo sabes. Me salvó la vida —responde él mientras pasea a su lado con las manos en los bolsillos, pisando la alfombra de hojas muertas con la que el viento ha abrigado el suelo.

—Sí, pero creo que es algo más que gratitud.

—Teníamos cosas en común. No lo sé, me cayó bien y yo a él. A veces la amistad surge donde menos te lo esperas.

—¿Conociste a su mujer?

—¿A Nina? Sí.

—¿Y cómo era?

Su padre le lanza una mirada extrañada.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bastian nunca me habló de su madre. Solo sé que sus padres le tuvieron muy jóvenes.

—Sí, bueno, eran otros tiempos.

—Pero Alexander no parece la clase de persona que tiene hijos a los veinte.

O hijos en general. Él folla, él no tiene citas, bla bla bla.

—A Alexander nadie le preguntó.

Estupefacta, Millie deja de andar y tira a su padre de la manga del abrigo.

—Espera. ¿Estás diciendo que ella se quedó embarazada sin contar con él?

Qué sórdido.

—Bueno, el hijo es suyo, así que en cierto modo sí que contó con él, pero… fue… ya sabes. Una treta. Alexander y Nina eran novios y ella le quería mucho, pero él… Conoces a Alexander. El amor no es lo suyo. A Nina no le gustaba nada que fuera alpinista, porque se iba todo el rato y ella pasaba mucho tiempo sola en París. Temporadas y temporadas. Y luego estaban las mujeres guapas y aventureras que le acompañaban en sus expediciones… Nina se sentía insegura y creyó que con un hijo lo atraparía.

—Qué gilipollez. Esa clase de engaños no hacen más que alejar a las personas. Destruyen toda confianza.

—Nina solo tenía veintidós años. No… pensaba.

—¡Yo también tengo veintidós años! —se escandalizada Millie—. Y te prometo que pienso.

—Vuestra generación es distinta. Ha cambiado vuestra forma de entender el mundo, y vuestro pensamiento no tiene nada que ver con el nuestro. Mentir en asuntos del corazón está pasado de moda.

Millie se sonroja y desvía la mirada hacia la alfombra de hojas enmohecidas.

—Ya. Yo no estaría tan segura.

Solo puede pensar en cómo engañó a Alexander para que se acostara con ella. ¿Por qué se siente moralmente superior a Nina? Si se para a pensarlo bien, las dos usaron un engaño para atraparlo.

Y a las dos les salió como el culo.

CHLOÉ



25

—Yo no soy Friedrich Rauch.

Chloé ahoga un gritito de sorpresa y se lleva la mano al pecho, como si de esa forma pudiera tranquilizar los frenéticos latidos de su corazón. Acaba de salir por la puerta trasera de *La Bohème* y no ha visto la figura envuelta en negro, que se mantiene apoyada contra el muro, evitando el alumbrado urbano.

Son las siete de la tarde. Ya es de noche en París. Estos días está haciendo horas extra porque están desbordados de trabajo. A ella le viene bien. Necesita el dinero.

—¿Qué sabes tú de Friedrich Rauch? —lo encara, enfrentándose a él con una agresividad de la que se siente orgullosa. Por primera vez su presencia no le resulta intimidante. Quizá porque sus labios acaban de formular un nombre que deseó no volver a escuchar en su vida.

—Lo sé todo —responde Vincent con tranquilidad.

Se saca el cigarrillo de la boca, expulsa el humo hacia arriba y se lo vuelve a colocar entre los labios. Esta noche más que nunca tiene

ese punto de antihéroe a lo Rick Blaine. Hay demasiada oscuridad en sus ojos.

—No quiero hablar del tema.

Él abandona su ensayado aplomo, va tras ella y la coge de la mano. Chloé se estremece, aunque por los motivos erróneos. Patético.

—Escúchame. —Vincent tira el cigarrillo al suelo y coge su cabeza entre las manos—. Yo No Soy Él. No quiero acostarme contigo.

—No dejas de repetirlo.

—Porque es cierto. Solo quiero una cosa de ti. *Tu talento*. Lo necesito en mi musical. Después de oír tu voz, no puedo sacármela de la cabeza. Chloé, eres la persona con más talento que conozco. No sé qué fue lo que te hizo abandonar cuando estabas en lo más alto, pero necesito que pases página y aceptes esta oportunidad. Es una gran oportunidad para ambos.

Chloé suelta una risa vacía, carente de cualquier humor.

—¿Crees que abandoné? —Ella también se aferra a su rostro y evalúa sus ojos con una fiereza que siembra más confusión en el rostro de Vincent—. Yo no abandoné, Vincent. *Me aplastaron.* ¿Lo entiendes? Y si yo cojo esta oportunidad, como la acabas de llamar, te aplastarán también a ti. No puedo hacerte esto. Eres una buena persona. No puedo dejar que te destrocen por mi culpa.

—Chloé, ya soy mayorcito. Puedo cuidar de mí mismo. Ya conozco a los capullos como él, los que piensan que todo está en venta.

—¡No sabes a qué te estás enfrentando! —le grita ella. Quiere sacudirle, hacer que reaccione—. Tu carrera pendería de un hilo.

—Acepto el riesgo.

Su respuesta la desarma. La certeza con la que se lo asegura, su tajante resolución… Es demasiado para ella.

—Yo no acepto.

—¿Por qué no dejas que sea yo el que se preocupe? —grita Vincent desesperado, aferrándola con fuerza por los brazos.

Chloé mira unos segundos las manos que rodean su carne y después sus ojos se enfrentan a los suyos.

—Porque esta no es tu guerra —responde, impávida.

—Mi guerra —repite Vincent con tono sarcástico—. Pues déjame decirte algo, Chloé: ¡estás perdiendo, joder!

—Lo sé.

—Lo sabes y, aun así, ¿no quieres mi ayuda?

—Prefiero hundirme sola —asegura ella con tranquilidad.

Vincent la suelta y se pasa las manos por el pelo. Su impotencia es palpable.

—No puedo creer que seas tan terca.

—Pues ya ves. Es lo que hay.

Él pone una sonrisilla de fastidio y asiente.

—Muy bien. Si esto es la guerra, tendré que movilizarme.

Chloé lo mira de pronto alterada.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta, intentando no parecer demasiado preocupada.

Vincent le dedica una sonrisa maléfica.

—Ah, señorita, eso no te lo puedo decir. Un buen general sabe aprovechar el factor sorpresa.

—Vincent —lo detiene, cogiéndolo del brazo—. Esto no es un juego.

—¿Te parece que esté jugando? —rebate él, impasible.

—Estás hablando de un hombre influyente y muy poderoso que no se echará atrás ante nada. No sabes de lo que es capaz.

—Sí, sí sé de lo que es capaz. Lo estoy viendo con mis propios ojos. Es capaz de hacer que una de las mejores voces de nuestro siglo se acobarde, y se conforme, y se hunda en la autocompasión y en la miseria. Dijiste en una entrevista que la música es tu única razón de ser. Deberías haber luchado más, Chloé. Te estás rindiendo demasiado pronto.

Hay un pequeño ápice de desprecio en su voz, y sus ojos son igual de fustigadores que sus palabras. Vincent la desprecia por ser una cobarde. No puede culparlo. Ella también se deprecia muchas veces. Por multitud de cosas.

Con los ojos cargados de lágrimas, lo mira mientras se marcha. Las ganas de llorar son abrumadoras, pero aprieta los dientes con furia y se niega a verter ni una sola lágrima. A pesar de todo lo que Vincent cree sobre ella, la autocompasión no es lo suyo. Cuando

está triste, canta. Cuando está destrozada, canta. Y cuando nota que está a punto de desmoronarse, canta. La música es, en efecto, su única razón de ser.

«¿Y por qué no estás luchando por las cosas que te importan?» resuena una voz en su interior.

Es la primera vez en años que se atreve a cuestionarse a sí misma.

Se echa a reír, en contra de las lágrimas que pugnan por salir. La oscuridad a su alrededor es absoluta.

ALEXANDER



26

¡Es absolutamente ridículo! ¿Qué pretende? Esa risa estridente es tan falsa que le dan ganas de recorrer el bar, cogerla por los hombros y sacudirla. *Con fuerza*.

Y ese tío, ese… ese… hípster, o como quiera que se llame esa generación de bohemios con barba y sombrero, ¿de dónde narices ha salido con esas pintas de Johnny Deep adicto a la maría?

Y, más importante aún, ¿qué hace en SU bar, tonteando con SU… su…?

«¿Qué? ¿Tú qué, Alexander? Ella no es nada tuyo. ¿No fuiste tú el que lo definió como, y cito palabras textuales, *aislado acto de momentánea locura*?»

Alexander expulsa aire por la nariz y se pone los ojos en blanco a sí mismo. ¿*Aislado acto de momentánea locura*? En serio, ¿quién dice esa clase de cosas?

«Seguro que el hípster no», se mortifica.

Rechina los dientes disgustado y sus dedos se tensan alrededor del vaso de *whisky.* Desde que ella pisó suelo francés, bebe

demasiado. Y ya ni siquiera se interesa por su aspecto, va siempre desaliñado y con el pelo revuelto por culpa de todas las veces que se lo mesa a lo largo del día. ¿Cuándo fue la última vez que se afeitó?

Malhumorado, se frota la áspera mandíbula e intenta hacer memoria. No, no se acuerda. Pues claro que no. Porque se pasa el día pendiente de ella. Esta locura tiene que acabar. ¡De inmediato!

¡¿Por qué sigue riéndose?! ¿Qué es eso tan gracioso que le cuenta ese tío?

—Si no lo supiera mejor, diría que estás celoso.

Alexander levanta la mirada y le frunce el ceño a Vincent.

—No digas chorradas —farfulla displicente.

Vincent se cruza de brazos con sonrisa socarrona y hace un gesto travieso con las cejas. Emilia ríe de nuevo y los ojos de los dos hombres se clavan en ella.

—¿Quién es?

—¿Quién es quién? —ladra Alexander, sin quitar ojo a la extraña pareja que toma una copa en la otra esquina del bar. Ella está de espaldas a él. Lo está haciendo aposta.

—La chica del pelo rosa a la que no dejas de mirar.

—La hija de tu otro jefe —responde, desganado, antes de sorber un poco de whisky.

Vincent arquea las cejas, sorprendido.

—No me jodas. ¿Esa es la hija de Pinaut?

—En carne y hueso.

—¿Y estás enamorado de ella?

La idea le resulta tan horrenda a Alexander que arruga el rostro en un gesto de repugnancia y le lanza una mirada fustigadora a Vincent.

—¿Qué? No digas gilipolleces. ¡Claro que no estoy enamorado de ella! Es que me preocupa verla con ese tío. ¿Quién es ese tío, de todas formas? ¿De dónde coño ha salido, de 1943? ¿Quién lleva tirantes hoy en día?

Vincent se echa a reír, lo cual enfurece a Alexander aún más.

—¿Qué? ¿Qué te resulta tan divertido? —se pica de inmediato.

Vincent se frota el pelo con los dedos y sonríe.

—No sé, tío, pero me parece que estás jodido.

—Yo no estoy jodido. ¿Lo dices por ella? Por favor. Ella me da igual.

—Sí, claro. No, si se te nota. No pareces en absoluto celoso.

El ceño de Alexander se frunce peligrosamente. Está de un humor pésimo. Se gira en la silla y sus ojos se enfrentan desafiantes a los de Vincent.

—¿Por qué me estás dando el coñazo, a ver? ¿Tú no tienes que interpretar a Chopin o algo?

—Está bien. Yo solo quería… bah, olvídalo.

Vincent, riéndose, niega y se marcha, dejando a Alexander aún más de los nervios.

¡Y siguen riéndose!

No lo aguanta más. En serio, es insoportable. Más lo de que cualquier buen ciudadano podría aguantar. Debe de ser su castigo divino por acostarse con vírgenes diecinueve años más jóvenes que él.

Apura la copa, cruza la sala y se hace con una botella nueva de Johnny Walker, etiqueta negra. Claude lo mira con una ceja en alto, pero al ver su expresión asesina no dice nada y se da prisa por sacarle brillo a la barra. Bien. Es lo que tiene que hacer. Es lo que tienen que hacer todos: volver a sus quehaceres y dejarle en paz.

De camino a su mesa, pasa a propósito por delante de la mesa de Emilia. Está riéndose por algo muy gracioso que le ha dicho el hípster, pero la risa falsa muere encima de sus labios, se congela ante la ineludible atracción que ejercen sobre ella esos dos ojos clavados en los suyos. El rostro de Alexander se mantiene sombrío. Puede controlar su expresión facial.

Sus ojos, por el contrario, refulgen de deseo. Eso escapa su obsesivo control.

Todo su cuerpo arde en deseos de tocarla. De apartarla de *él* y recordarle que es suya. O que al menos lo fue. Quiere atrapar sus labios entre los suyos, hundirse en su boca y reclamarla otra vez. Quiere recorrer su cuerpo con los dedos, curva a curva, buscar su piel desnuda y perderse en ella.

Y sabe perfectamente que no debería querer nada de eso.

Aun así, la mira, porque Emilia es un enorme imán imposible de esquivar.

Atraviesa los pocos metros que los separan, desafiándola con la mirada, y le da igual lo que piense el hípster. Tiene suerte de que no haya llamado a seguridad para que le echen de ahí.

—Después de eso, dejé de hacer *snowboard* —escucha decir al hípster, aunque su voz le parece ahora apagada y lejana, un mero ruido de fondo.

La presencia de Emilia lo aturde. Se siente entumecido mientras se acerca a ella con paso firme y controlado. Intenta mantenerse impasible, pero el corazón le late a toda velocidad y oye su propia sangre bombeándole en los oídos. Apenas puede respirar.

Emilia finge ignorarlo. Se lleva la copa a los labios, se obliga a mirar al hípster, parpadeando, y sorbe un poco de vino tinto. Alexander no le quita los ojos de encima. No ve nada más. Todo su mundo se resume a ella.

En lo que a Emilia respecta, tampoco consigue ignorarlo por mucho más tiempo. Acaba buscándolo con la mirada y, en cuanto sus ojos se encuentran de nuevo, los dos se quedan suspendidos durante unos segundos.

Ella siente lo mismo que él. Su risa no es más que una fachada. Detrás de esa máscara solo hay dolor.

Al mirarla a los ojos, Alexander se da cuenta de lo grande que es su desasosiego. No es feliz. Solo lo finge. Como él.

Una sensación cálida toma el lugar de la tormenta de emociones furiosas que lo había embargado solo un minuto atrás. Aprieta la mandíbula y se aleja de ella con aplomo. Irá a sentarse a su mesa y esperará a que ella se despida del hípster y venga a buscarle.

*****

Ha pasado una hora y Emilia aún no ha venido. Es más, sigue charlando con el hípster mientras vacían copas y ríen tan alto que le dan ganas de destrozar algo. No puede dejar de mirarlos. ¿Por qué no se gira? ¿Acaso no siente la oscura energía con la que sus ojos la reclaman?

Vincent está ya sentado detrás del piano y toca una canción melancólica. El hípster se inclina sobre Emilia y le susurra algo al oído. Alexander no puede verla, pero sabe que sonríe. Y también sabe que no ha sido una sonrisa falsa.

Su mano aprieta el vaso con excesiva fuerza y sus ojos refulgen con una furia casi antinatural. Esto ha ido demasiado lejos. ¿Qué le pasa? ¿Tiene celos? No puede apartarla de él y luego ponerse celoso cuando ella le busca un sustituto. Sabe que es ridículo. Esta posesividad es algo que él nunca ha experimentado. Siempre ha sido muy fan del amor libre.

Cierra los ojos para disipar la inquietante imagen de Emilia desnuda entre los brazos del hípster.

Amor libre, los cojones. La quiere solo para él.

Respira hondo y se esfuerza por mantener la compostura. No quiere hacer algo de lo que podría arrepentirse más adelante. Montar numeritos es indigno de él. Tiene una edad y un prestigio. Preferiría arder en el Infierno.

Gira el cuello hacia ambos lados para deshacer el nudo de tensión que siente en la nuca y se echa otra copa, la enésima de la noche.

Al otro lado de la sala, Emilia le dice algo al hípster —que asiente con una sonrisa—, coge el paquete de cigarrillos y se encamina hacia la terraza. Alexander suspira aliviado. Si bien él siempre ha odiado esa costumbre suya de fumar, por una vez se alegra. Solo necesita una pequeña distracción, y dado que el hípster parece haberle declarado la guerra al tabaco, dispone de unos tres minutos para zarandear a Emilia y hacerla entrar en razón.

Apura lo que le queda de whisky, deja el vaso sobre la mesa redonda de su reservado y atraviesa la sala con el corazón latiéndole a mil revoluciones por segundo. Tiene un par de cosas que decirle a Emilia, y no será divertido. Ella se lo ha buscado.

Abre furioso la puerta que da a la terraza y se dispone a enfrentarse ella. Pero Emilia alza la vista, sus ojos se entrelazan y cualquier ápice de furia se apaga en su interior, sustituida por una repentina vulnerabilidad.

Se detiene con los labios entreabiertos y la mira, indeciso. Se siente pequeño, tambaleante, como un colegial que no sabe cómo

comportarse en presencia de la chica que le gusta.

—¿Qué quieres? —lo reprende Emilia, con tanta aspereza que Alexander vuelve a recuperar el dominio sobre sí mismo.

—¿Se puede saber de qué vas? —la enfrenta, con una voz igual de áspera.

—No sé de qué me hablas —responde ella con desdén, tras dar una calada y expulsar el humo hacia arriba.

Le entran ganas de arrancarle el cigarrillo de entre los labios, tirarlo al suelo y buscar su boca, llenarla como la llenó anoche, pero se contiene. Una vez más. Empieza a hartarse de ese juego.

—No sé qué es lo que pretendes, si es que intentas hacer que me sienta celoso o…

Ella lo observa con ojos distantes y esboza una sonrisa irónica.

—Alexander, reacciona. No todo mi mundo gira en torno a ti. No pretendo nada. Solo estoy teniendo una cita. Si te sientes celoso, es cosa tuya. Por si no lo has notado, he pasado de ti.

Sí, claro.

—¿En serio? ¿Has pasado de mí?

—Hmm.

—¿Tan pronto?

—Pues ya ves. —Sus preciosos ojos azules se pierden en la lejanía de la noche y su boca dibuja una sonrisa leve—. Soy una rompecorazones. Ahora, si no te importa, me gustaría disfrutar de mi cigarrillo a solas.

Le gustaría disfrutar de su cigarrillo a solas. Tiene gracia la niñata.

—Te recuerdo que hace menos de veinticuatro horas, *mi polla* estaba dentro de ti —gruñe furioso.

Los ojos de Emilia se vuelven hacia los suyos y una sonrisa socarrona se abre paso en sus labios.

—¿Esto del lenguaje sucio es porque quieres reivindicar alguna cosa?

Alexander aprieta los dientes con ira y su rostro se endurece. Hace un enorme esfuerzo por no perder el aplomo. Se dice a sí mismo que esta criatura fría y cruel que lo mira impasible no es ella. No es más que una máscara detrás de la cual se esconde de él. Todo ese maquillaje, esa indiferencia fingida, solo son mecanismos de

defensa. Él le ha hecho daño y ahora ella se defiende. Saca las uñas como un gatito adorable. Eso es todo. Le ha hecho daño y lo siente. Desearía no habérselo hecho. Intentará compensárselo. ¿En qué cojones estaba pensando por la mañana?

—Deberíamos irnos a casa —le habla con suavidad.

Ella suelta una risa hiriente.

—¿A casa? ¿Estás de coña? Son las once de la noche, Alexander. Luc y yo nos vamos de fiesta.

¿Disculpa?

—*Luc* y tú os vais de fiesta —repite con sarcasmo, haciendo hincapié en el nombre del susodicho.

—Es lo que hace la gente joven. Salen de fiesta. Seguro que en tu época también lo hacían.

—Tú no vas a ir a ninguna parte, Emilia.

Las palabras han brotado sin más. No era su intención resultar tan posesivo.

Aunque, por el otro lado, es lo que quiere. Quiere que ella no se marche con *Luc*. Quiere que se quede con él, en su oscuridad.

Emilia, con mirada desafiante, se acerca a su pecho, lo cual hace que a Alexander se le dispare el pulso en las venas y se dé cuenta de lo mucho que la desea.

—A ver si te enteras. No-Eres-Mi-Padre —subraya contra su boca.

La atracción sexual que inicia su proximidad es brutal. El aire chispea una extraña electricidad que enciende y dilata las pupilas de Alexander, que empieza a respirar más despacio.

—Claro que no soy tu padre —responde, con los ojos, oscuros de deseo, clavados en los suyos—. Ayer te follé.

Aunque su boca no se mueve, él juraría que ella ha sonreído.

—Tampoco eres mi marido. No eres *nadie* para mí. ¿Te enteras? Así que no puedes prohibirme nada.

Alexander encaja sus palabras con una sonrisa de lado.

Asiente fastidiado, mira un segundo a lo lejos y luego sus ojos se hunden de nuevo en los suyos. Su cara está inmersa en la suya.

Ella no se aparta. Está tan cerca de él que lo vuelve loco con su mera presencia. Puede olerla y sentirla, y eso parece despertar sus instintos más primarios.

—Y qué vas a hacer, ¿eh? ¿Follártelo?

—Quizá. Me gusta.

Su desdeñosa respuesta lo hace tensar la mandíbula y tragar saliva. La idea en sí le enferma. No puede ni imaginarse las manos de otro tío tocándola.

—¿Te gusta y ya está? ¿Te conservas durante veintidós años y ahora vas a follar con el primer gilipollas que se cruza en tu camino?

—No, eso ya lo hice ayer, ¿recuerdas?

Sus palabras producen tanto daño en él que baja los párpados en un gesto vencido para que ella no pueda ver el brillo agónico que se ha encendido en sus pupilas, y su exquisito conjunto de rasgos faciales se llena de dureza. Cuando separa las pestañas para mirarla, ella se ha apartado de él y ha abierto la puerta para marcharse.

—Emilia —la detiene en un impulso irreprimible.

Se queda quieta, pero no lo mira.

—¿Qué? —ladra, molesta por su silencio.

—Tendremos una cita si es lo que quieres. —No puede creer que haya dicho algo así. En su fuero interno se pone los ojos en blanco a sí mismo. Menudo memo—. Puedo llevarte a… un parque o… donde sea que quieras ir. Puedo… No hagas ninguna estupidez solo porque yo sea un gilipollas, ¿vale? —le dice con un soplido.

Emilia ladea ligeramente la cabeza y lo mira en silencio por algo más de veinte segundos. ¿Por qué no dice nada? ¿Por qué no se alegra? ¿Es posible que la haya perdido? ¿Que ella hablara en serio cuando decía que él solo era un asunto pendiente? La idea le duele de formas que nunca creyó posible.

Aguarda con desasosiego una respuesta suya. ¿Por qué calla? Está hambriento de sus palabras. De ella.

Un suave suspiro pone fin al crepitante silencio. Después, Emilia le lanza una última mirada, fría, estremecedora, y se marcha. Sin una palabra. Sin calmar el infierno que ruge dentro de él.

Derrotado, Alexander se apoya en la barandilla. Tiene la mirada extraviada y los labios separados en un gesto de perplejidad. ¿Ni siquiera merece una respuesta? ¿Le rechaza sin una palabra?

Baja los párpados despacio cuando comprende que su silencio duele. Duele mucho. Ni siquiera es capaz de entender por qué.

—Mierda —susurra para sí.

Se echa el pelo hacia atrás con las dos manos y mira al suelo. Ahí no queda nada de ella, salvo un cigarrillo agonizante.

EMILIA



27

Luc ha resultado ser tan plasta que Millie no es capaz de aguantar ni un segundo más de su agotadora charla y, escondida en el baño del club, llama a Alexander para que mande a alguien a buscarla. Le resulta un poco violento tener que pedírselo precisamente a él, pero no conoce a nadie más en París y no quiere tener que llamar a su padre a las dos de la madrugada para que venga a por ella. Se mire como se mire, Alexander es la mejor opción.

La única, en realidad.

Le llamó hace media hora, así que el chofer debe de estar a punto de llegar. Millie consigue salir del club sin que Luc la vea y se sienta en el bordillo a esperar. Probablemente venga Paul o cualquier otro que esté de servicio esa noche.

Arrebujada en la cazadora, se enciende un cigarrillo, usando las palmas para hacer de pantalla contra el viento. Se atraganta con el

humo cuando el Audi plateado de Alexander se detiene delante de ella y él le abre la puerta para invitarla a entrar.

Mierda. ¿Por qué no ha mandado al chofer? Ella no pretendía que viniera a buscarla él mismo. No le apetece el sermón.

Se yergue con un soplido y se acerca arrastrando los pies.

—Cigarrillo fuera —le gruñe él, sin mirarla. Su exquisito rostro se mantiene de lado.

Millie hace una mueca en la oscuridad.

—Por supuesto.

Disgustada, lanza el cigarrillo al suelo y lo apaga con la punta de la bota. Alexander tamborilea los dedos sobre el volante y espera a que ella se acople el cinturón de seguridad, antes de poner el vehículo en marcha.

Pronto descubre que a él le gusta conducir deprisa y sortear el tráfico. Puede que esté impaciente por llegar a casa y perderla de vista. Toda la pinta, sí.

A medida que se alarga el silencio, Millie empieza a irradiar una tensión casi palpable.

—Gracias por venir a buscarme —rompe por fin el silencio.

—De nada.

Incómoda, lo observa de reojo. Alexander conduce pensativo, con una mano sobre el volante. Le gusta lo seguro de sí mismo que parece y el control que proyecta.

Ella está nerviosa. No deja de juguetear con su pulsera de plata y mirarlo de reojo.

—No hacía falta que vinieras tú. Podías haber mandado a otra persona.

—Hum.

Le resulta irritante que sea tan taciturno y monosilábico. Seguro que hay mil cosas que quiere decirle. ¿Por qué no lo suelta ya?

—Podrías decir *te lo dije*… —propone como quien no quiere la cosa.

Alexander sonríe y le lanza una mirada rápida.

—¿Te sentirías mejor si lo hiciera?

—Probablemente.

—Te lo dije.

Millie aprieta los labios para no sonreír y mira por la ventanilla.

—Lo siento. Tenías razón. Era un capullo.

—¿Por qué os peleasteis?

—¿Qué?

Como él no dice nada, lo mira confusa.

—¿Por qué os peleasteis? —le repite la pregunta, sin mirarla. Se ha cambiado de ropa. Ahora viste chupa de cuero y vaqueros oscuros. Es tan atractivo que resulta devastador.

Millie cierra los ojos y se masajea la frente con los dedos.

—Quería que me fuera a su casa —susurra en tono cansado.

Un profundo silencio sigue a su contestación, y es un silencio cargado de tirantez.

Al volver el rostro, Millie sorprende un extraño juego de sombras en las facciones de Alexander. Él no parece tener ninguna prisa por responder a su mirada, y cuando lo hace, su rostro no es más que una mueca endurecida.

—Ah —articula sin ninguna gracia.

—Sip —responde Millie con una sonrisa incierta.

Alexander hace un visible esfuerzo por aflojar el agarre con el que sujeta el volante.

—Ya veo. Era un capullo —se obliga a decir con su ensayado aplomo inglés.

Millie esboza una sonrisa desvalida, apoya el lateral del rostro contra el cristal y cierra los ojos. La pierde su acento británico, su forma siempre correcta de pronunciar las palabras, su talante distinguido y la energía vital que mana de ese cuerpo tan imponente que la deja sin aliento siempre que se cierne sobre el suyo. A veces incluso se vuelve loca por culpa de sus ojos autoritarios. Tiene la impresión de que Alexander nunca se permite a sí mismo ningún error, ni siquiera lingüístico. Resulta sorprendente que se haya acostado con ella. Sin duda, él debe de considerarlo un grandísimo error.

Millie se pregunta qué es lo que más le ha molestado. Si el hecho en sí o que para ella fuera la primera vez que lo hacía. Debió de ser irritante para alguien como él estar con una mujer tan inexperta.

Aunque no parecía irritado en ese momento. Parecía…

Millie piensa un segundo y conceptos como *pasión salvaje y descontrolada* aparecen en su mente. Sí, él parecía poseído por una pasión salvaje y descontrolada que la enloqueció hasta tal punto que ya no era ella misma. Sus ojos ardían como dos pequeños infiernos y una expresión necesitada y anhelante contraía sus perfectas facciones.

No, es imposible que se sintiera irritado. Alexander se sentía tan maravillado como ella.

Entonces ¿por qué la apartó de él al día siguiente? ¿Por qué la aparta siempre? Ella solo quiere estar cerca de él y… amarle. Tiene la impresión de que nadie lo ha amado nunca como es debido. Ella podría hacerlo. Incluso amaría sus defectos y sus ausencias.

Cuando le ve caer en alguna de sus habituales abstracciones, esa mirada vaga en sus ojos y el tormento que contrae sus facciones, Millie le ama más que nunca, con un fuego que parece a punto de consumirla. Está segura de que nadie le ha amado nunca así. Ni siquiera Nina.

Fuera está lloviznando, pero en el interior del coche hace buena temperatura. Alexander ha encendido la calefacción. Es agradable. A Millie le gusta el olor de la tapicería nueva que se entremezcla con el olor de Alexander.

Y le gusta lo íntimo que parece todo entre ellos.

Separa un poco los párpados y lo mira en silencio. Se le ha secado la garganta y pronunciar las siguientes palabras, oxidadas y en apenas un susurro, le supone cierto esfuerzo.

—Cuando era pequeña y no me callaba ni debajo del agua, mi madre me montaba en el coche y dábamos vueltas por toda la ciudad.

En los labios de Alexander aparece la sombra de una pequeña sonrisa.

—¿Funcionaba?

Ella tarda en responder. Él le dedica una mirada breve, antes de centrar la atención en el tráfico.

—Casi siempre. Me gustan los coches.

—A mí también.

—A ti te gusta conducirlos.

Él le lanza otra mirada rápida.

—¿A ti no?

—Conducir me estresa. Esto en cambio, tú, yo, la calefacción, la música… Es perfecto.

Su voz ha empezado a flaquear y Millie se la aclara por lo bajo y pone un gesto de confusión. No tenía que haber dicho eso en voz alta. Se arrepiente. Ahora él va a pensar que ella se está haciendo falsas ilusiones respecto a lo suyo.

Alexander, sin decir nada, presiona un botón sobre el volante y la música se escucha un poco más alto.

—Te gusta Amy Winehouse, ¿eh? —intenta bromear ella.

Él esboza una pequeña sonrisa, aunque, cuando la mira, tiene el rostro totalmente serio. El corazón de Millie deja de latir. Siente que ha aterrizado en medio de algo difícil de comprender.

—¿Qué te parece si te llevo a dar una vuelta como hacía tu madre cuando eras pequeña?

Su propuesta la hace temblar de emoción, pero intenta que no se le note.

—Vale. ¿Adónde vas a llevarme?

—Está lejos.

—¿Lejos? ¿Cómo de lejos?

—Fuera de París.

Su corazón empieza a brincar tan frenético que Millie está convencida de que él puede escuchar ese rugido.

—¿En serio? Vale.

—Vamos a tardar un rato en ir y volver. Y vas a tener que trepar una cuestecilla. ¿Seguro que quieres hacerlo?

No cree que una cuestecilla suponga problema alguno. Estaría dispuesta a seguirle al Infierno, con tal de pasar más tiempo con él.

—Sí, vale. No tengo nada mejor que hacer.

Al volver el rostro, sus ojos muestran una mirada cálida y ella se siente un poco sobrecogida.

—Muy bien. Si quieres parar en algún momento, no sé, si quieres café o algo, busco alguna gasolinera.

Millie nota que se le está quebrando la voz, por lo que tarda unos segundos en contestar.

—No quiero nada, pero gracias —responde en voz baja.

—Bien —susurra él, dándole un golecito cariñoso en el muslo.

Millie cierra los ojos y pone una mueca endurecida al sentir la calidez de su mano encima de su piel. Lleva medias, pero eso no le impide sentirle y volverse loca de deseo. Su tacto es siempre una exquisita caricia para ella.

Alexander se dispone a soltarla. Millie es más rápida que él, pone la mano encima de la suya y lo retiene. Sorprendido, él busca su mirada en la oscuridad del coche. Su rostro ofrece un aspecto peligroso bajo los débiles rayos del alumbrado urbano.

A Millie le hace falta una enorme dosis de autocontrol para mantener la expresión inalterada. El ambiente empieza a crepitar, cargado de una sexualidad que ella no sabría explicarse.

Alexander frunce el ceño, la mira un segundo más y luego desvía la mirada hacia la carretera. Se ha dado por vencido. Y ha dejado la mano ahí. Millie se permite a sí misma una pequeña sonrisa de victoria. Con él, cualquier pequeño gesto de acercamiento es un gran logro.

Dado que su mano derecha se mantiene apoyada contra el muslo de Millie, Alexander conduce con la izquierda. Lo hace en silencio, abatido. Su rostro se mantiene inexpresivo, salvo por el ceño fruncido.

Aunque, en medio de esa inexpresividad, sus ojos arden de angustia. Si pudiera mirarlos de lleno, Millie cree que podría averiguar algunos de los secretos que él le oculta.

Claro que se niega a mirarla. Se limita a conducir, deprisa, callado, escuchando *Back to Black* de Amy Winehouse.

—Me gustaría…

Millie se calla y desvía la mirada hacia el lado derecho de la carretera. Ya han salido de París.

—¿Qué? —susurra él, mirándola por debajo de las cejas arqueadas.

—Nada. Es una tontería.

—Aun así, quiero saberlo.

Millie pone una sonrisa mortecina y vuelve el rostro hacia el suyo. Alexander ha disminuido la velocidad para poder mirarla por más

tiempo.

—Me gustaría que existiera alguna forma de inmortalizar este momento.

Él esboza una pequeña sonrisa repleta de tormento.

—¿Por qué quieres inmortalizarlo?

—Para poder revivirlo una y otra vez.

Él mira por un segundo la mano que mantiene apoyada contra su muslo y después la mira a los ojos.

—¿Tan importante es para ti?

—Me he cansado de fingir que no lo es.

Alexander se deshace en sonoras exhalaciones.

—Pues ya somos dos —murmura y mueve la mano hasta la parte interna de su muslo.

Millie contiene aliento y lo mira con ojos llameantes. Cae rendida a él, esclava de una sensación tan ardiente que convierte en lava la sangre que mana por sus venas.

—¿Qué quieres, Alexander? —formula la pregunta alto y claro.

Él se desmorona y cae en una profunda abstracción. Sus ojos se alejan de ella, llenos de tormentos y culpa. Ella no se atreve a moverse y se limita a contemplar su rostro, su querido rostro asolado por un aire tan atormentado que la parte en dos.

—A ti —susurra con voz oxidada. Sus ojos la apuntan de lleno ahora—. En mi cama. Una y otra vez.

Una ligera contracción de dolor tuerce de rostro de Millie de un modo apenas perceptible. La derrota en la voz de Alexander se siente como una puñalada en su corazón. ¿Cómo puede doler tanto algo que siempre ha deseado? ¿Por qué no disfruta de la victoria?

Quizá porque no la siente como si fuera una victoria. Es la aniquilación de todo.

Una sonrisa amarga roza sus labios durante apenas unas milésimas de segundo. Niega con la cabeza, levanta el brazo y las puntas de sus dedos trazan el perfil de su pétreo rostro.

Le escucha emitir un gruñido ahogado y espera a que la detenga, pero esta vez no lo hace. Se queda muy quieto, y tenso, con el ceño fruncido. Pero no la aparta, y Millie se recrea en el tacto rugoso de su mandíbula.

—¿Y qué te lo impide?

—Ambos sabemos que eso está mal y que no debe repetirse.

—No veo por qué no.

Él la mira sorprendido, con una media sonrisa incrédula.

—Te saco diecinueve años, Emilia. Mereces estar con alguien de tu edad.

—¿Y si no quisiera a alguien de mi edad? ¿Y si te quisiera a ti?

—¿Es posible que tengas tan mal gusto para los hombres? —se burla él.

Ella le ofrece una pequeña sonrisa.

—Todo es posible.

Él calla y observa con aire decaído la carretera. Millie echa la espalda hacia atrás en el asiento y de alguna forma se desatiende de la situación. No quiere hacerse falsas esperanzas y salir herida. Pocas cosas son capaces de traspasar su caparazón de hielo.

Por desgracia, Alexander Blake es una de ellas.

—No funcionaría —susurra él con cierta tristeza.

Gira el rostro para mirarlo y se topa con un par de ojos azules sin vida.

—¿Qué?

Él no hace ningún esfuerzo por desviar la mirada.

—Sabes que no funcionaría —vuelve a decir con voz ronca, como si estuviera resfriado.

Esa nota oxidada de alguna forma se proyecta sobre la ingle de Millie.

—¿Por qué no? —susurra, con voz empapada de deseo.

—¿Por qué no? —repite él, con deje divertido. La estudia unos segundos mientras considera su respuesta—. Veamos. Aparte de la más que innegable diferencia de edad y prioridades, tú tienes tu vida en Nueva York y yo tengo la mía en París, y yo no puedo pedirte que dejes tu vida, al igual que tú no puedes esperar a que yo deje la mía.

—¿Y si llegásemos a un acuerdo?

Alexander reduce un poco la velocidad del coche, frunce el ceño y la observa en silencio. Le brillan los ojos de diversión, aunque también hay un pequeño destello de curiosidad en su mirada.

—¿Qué clase de acuerdo?

Millie se vuelve en el asiento para poder mirarlo como es debido.

—Lo nuestro podría ser solo sexual.

La boca se Alexander se mueve en una media sonrisa. Millie se siente incómoda por la forma en la que la observan sus penetrantes ojos azules.

—¿Te has ruborizado al decir sexual?

—¿Qué? —se horroriza ella, muy a la defensiva—. No inventes.

Él se pasa la lengua por los labios con aspecto de estar pasándoselo en grande y asiente.

—Te has ruborizado, Emilia.

—No seas cretino.

—La gente insulta cuando se sienta acorralada y carece de argumentos. Solo para que lo sepas.

—Buah. Mira, ¿sabes qué? Olvídalo. Si no quieres volver a acostarte conmigo, por mí genial.

—No he dicho que no quiera volver a acostarme contigo —rebate él con aspecto tan serio que Millie siente una sacudida en el estómago. Porque la expresión de su rostro refleja un incuestionable deseo.

—Entonces ¿qué demonios quieres, Blake? Aclárate, que me estás volviendo loca.

—Lo que quiero, *Emilia* —empieza él lenta y detenidamente, recalcando su nombre—, es no hacerte daño.

—Pues no me lo hagas.

Una tenue sonrisa asoma en esa boca de labios carnosos.

—No es tan simple.

—No tiene por qué ser complicado.

—No quiero darte falsas esperanzas —replica él negando—. No quiero que te confundas y acabes pensando que…

—¿Qué? ¿Que vamos a mantener una relación? Por favor, Alexander, que tengo veintidós años.

—Pues por eso.

—Como te he dicho, lo nuestro sería solo sexo. La otra noche estuvo bien.

—Más que bien —corrobora él, sonriendo para sí—. Un poco intenso al principio. Chocante, desde luego. No me esperaba que…

—Sí, sí, ya quedó claro.

El coche disminuye la velocidad y se detiene en el arcén. Millie, un poco mosqueada por el giro que ha dado la conversación, mira por la ventanilla. No tiene ni idea de dónde están. La noche en el campo es tan cerrada que da miedo aventurarse en la profunda oscuridad del bosque que se yergue más allá del coche.

—¿Es aquí? —le pregunta.

Él asiente y se apea por la puerta. Sin más remedio, Millie se quita el cinturón de seguridad y lo sigue.

—¿Llevas zapato adecuado? —Él baja la mirada hacia sus botas moteras y frunce el ceño—. No mucho —responde antes de que a ella le haya dado tiempo de asegurar lo contrario—. Pero bueno, solo es una cuestecilla. Intentaremos que no te lesiones. ¿No tendrás frío?

Ella le dispensa una mirada fustigadora.

—Alexander, por favor, que no soy una niña. No hace falta que seas tan… paternal.

—No sé yo. Vas medio desnuda.

—Llevo medias.

—Y pantalón corto —rebate él—. Por si no lo has notado, estamos en diciembre. Cualquier día de estos va a nevar.

—Ojalá. Me encanta la nieve.

Él sonríe un poco y echa a andar por un sendero.

—Por supuesto que te encanta la nieve.

Millie, que camina a su lado en la oscuridad, pone mala cara.

—¿Por qué lo dices como si fuera algo malo?

—No lo digo como si fuera algo malo. Es solo que tiene pinta de gustarte todo lo idílico, la nieve, los cuentos de hadas, Disneyland…

—Por qué no nos callamos un rato, ¿eh? Disfrutemos del silencio del bosque.

Alexander suelta una carcajada ronca y profunda y la mira con ojos encendidos, casi abrasadores. Millie se estremece. Aunque puede que sea por el frío. Como él acaba de señalar, va medio desnuda.

Durante unos segundos solo se escucha el crujido de las ramas que ambos pisan mientras se adentran en el bosque.

—No pretendía ofenderte, Emilia.

—Dejémoslo, ¿quieres?

Pese a la aspereza de su voz, no se siente ofendida. En realidad, solo quiere disfrutar de este silencio tan íntimo y de su abrumadora presencia.

Sin hablar, salen del bosque y empiezan a subir la famosa cuestecilla. Millie alcanza a ver la cima, pero no ve lo que hay más allá. Sabe que están lo suficientemente lejos de la ciudad porque el cielo es una brillante cortina de estrellas y el silencio es absoluto.

—¿Cuándo empezaste a escalar?

Él la mira con cierto asombro.

—A los dieciocho —responde, con voz suave.

Millie lo observa de soslayo. Camina con las manos en los bolsillos, relajado, como si no fuera más que un pequeño paseo sin importancia. Todo en él refleja masculinidad, desde su manera de andar hasta la expresión que endurece su rostro. El control que ostenta es absoluto.

Millie, en cambio, está jadeando. No tiene por costumbre trepar cuestecillas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que siempre he querido saber cómo se ve el mundo desde arriba.

—¿Y cómo se ve el mundo desde arriba?

—Pequeño.

Ella suelta una risita.

—Eres muy literal.

Alexander sonríe, una sonrisa leve que también la hace sonreír a ella.

—Lo siento. ¿Esperabas alguna metáfora?

—Quizá.

—No es lo mío.

—A la vista está —se mofa ella.

Él vuelve a sonreír.

—En realidad, desde las cimas más altas del mundo no se ve gran cosa. Estás literalmente por encima de las nubes. Muchas veces miras a lo lejos y no sabes si lo que ves es nieve o una cortina de nubes blancas.

—He podido ver una vista panorámica del Everest. Está en YouTube.

—¿YouTube? —repite él con desprecio—. No es lo mismo. Deberías verlo en persona.

—No, gracias. No estoy tan loca.

La sonrisa de Alexander se acentúa.

—¿Has tenido alguna vez un gran sueño, Emilia? ¿Algo que te obsesione por completo?

Ella lo mira en silencio, seducida por el brillo de pasión que se acaba de encender en sus ojos.

—Sí. Una vez.

—Entonces, sabrás lo que se siente. Escalar siempre ha sido como una obsesión para mí.

—¿Sigues haciéndolo?

—Sí. Siempre que puedo.

—¿Cómo es la cima del Everest?

—Sucia. El ser humano tiende a mancillarlo todo.

—Vaya. No esperaba que dijeras eso.

Él se detiene, pone una sonrisilla insegura y Millie deja de caminar. Como es tan alto y ella no lleva tacones, echa la cabeza hacia atrás para sumergirse por completo en su mirada.

—Es… muy bonito, si miras más allá de la suciedad. Cuando estás ahí arriba, tienes la sensación de que ya no hay nada interponiéndose entre tú y el cielo.

—Es que no hay nada interponiéndose entre tú y el cielo. Literalmente. Es la montaña más alta del mundo.

Una sonrisa burlona estrecha los ojos de Alexander.

—Hay gente que lo niega.

—También hay gente que dice que la tierra es plana.

—Bien visto.

Se miran a los ojos, sonriéndose el uno al otro, y se quedan como suspendidos durante unos segundos. A Millie le perturba su

proximidad y la intensidad de su mirada. Por un momento la invade la certeza de que él va a besarla, pero Alexander termina desviando la mirada y soltando un suspiro. Aun así, unos extraños músculos dentro de ella se han tensado hasta que ha sentido un tirón.

—Deberíamos seguir. Se nos está haciendo tarde.

—¿Qué se supone que pretendes enseñarme?

—Espera y lo verás.

Su sonrisa traviesa no le resulta demasiado tranquilizadora a Millie. Pero hunde las manos en los bolsillos del abrigo y lo sigue.

Caminan unos diez minutos más, en silencio, antes de alcanzar la cima. Desde arriba, las vistas son increíbles. Hay millones de estrellas, o eso le parece a ella cuando levanta la mirada y observa el cielo.

—Guau —dice, volviéndose hacia Alexander, que está a sus espaldas, con el pie apoyado encima de una roca y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Quería que vieras el mundo desde arriba.

Millie se vuelve, llena sus pulmones de aire fresco y contempla las vistas.

—¿Eso de ahí es París? —susurra tras unos segundos de silencio.

—Mm-hm.

—Vaya. Es impresionante. Parece tan pequeño desde aquí…

Él se acerca en silencio y se queda a un par de centímetros detrás de ella. Millie no se gira para mirarlo, pero puede sentirlo y no sabe qué hacer para calmar los latidos de su frenético corazón, que no deja de golpearle las costillas con ansiedad. La invade una sensación de vértigo y no cree que tenga algo que ver con la altura en la que están.

—¿Cuánto mide esta colina?

Alexander se acerca al borde y mira hacia abajo, calculando distancias.

—Unos trescientos metros.

—Y me parece alta…

Él se echa a reír y se coloca delante de ella, dando la espalda a las vistas y al borde.

—Cuidado no te resbales —susurra Millie.

Alexander la mira con una sonrisa lánguida.

—Tranquila. Tengo los pies bien anclados a la tierra.

—Vale.

Lo mira inquieta y traga saliva con gran dificultad. Está muy cerca de ella y la observa con una fijeza casi espeluznante.

—Emilia, quiero que sepas que… —Alexander se detiene y estira el cuello. Parece costarle un gran esfuerzo expresarse, y en vez de hablar se masajea el entrecejo con sus largos dedos—. Lo que pasó entre nosotros…—empieza tras haberse aclarado la voz.

—Ya lo sé. No volverá a repetirse.

Él baja la mano y sacude la cabeza para negarlo. Su atisbo de sonrisa ha desaparecido y, aunque sus labios siguen estirados, ahora reflejan una expresión triste.

—No es eso lo que intento decir. Quiero que sepas que sí fue importante para mí. Me temo que mi actitud de esta mañana te debió de confundir.

—¿Tu actitud de esta mañana? ¿Te refieres a cuando dijiste que acostarte conmigo fue un aislado acto de momentánea locura?

Alexander baja los párpados, visiblemente arrepentido, y masculla una maldición.

—Sí —responde por fin, y sus ojos se abren para mirarla—. Precisamente a eso me refería.

—¿Y no lo fue? —inquiere Millie, cuya mirada recorre todo su rostro en busca de respuestas—. ¿No fue un *aislado acto de momentánea locura*?

—No —admite él tras un corto silencio. Le debe de costar la vida admitirlo—. Lo de anoche fue como escalar el K2. Peligroso. Excitante. Letal. Adictivo. Todo un acontecimiento.

Millie empieza a sentir una febril ansia apoderándose de ella. Los ojos de Alexander irradian ternura, y cierta desesperación. Y no sabe qué esperar de él.

—¿Entonces…?

A modo de respuesta, le coge el rostro entre las manos y la arrastra hacia él, demorando los ojos sobre los suyos unos intensos y electrizantes segundos. El corazón de Millie deja de latir, antes de emprender una batalla delirante entre sus costillas.

—Llevo todo el día enumerándome a mí mismo las mil razones por las cuales no debo volver a besarte —le susurra él, con el aliento cosquilleando encima de su boca. Ella solo puede respirarle y la electricidad del momento la hace sentir una fuerte sacudida en el estómago.

—En tal caso, no estaría de más que me soltaras.

Alexander pone una sonrisa divertida.

—Tranquila, soy muy hábil rebatiendo mis propios argumentos.

Los ojos de Millie se abren de golpe. Alexander, con una expresión de puro deseo, le clava los dedos en la mandíbula, le eleva el rostro y su cálida boca desciende sobre la suya. Millie se queda petrificada, conteniendo el aliento.

Él le separa los labios con delicadeza y busca su lengua. Ella deja escapar un pequeño gemido, le pasa los brazos por los hombros y lo sigue en un intenso combate de roces y empujones.

Los brazos de Alexander la aprietan con más fuerza contra su pecho y el beso se vuelve más profundo. Su lengua entra y sale de su boca, tomando posesión sobre ella, y sus fuertes manos se pasean por toda su espalda, volviéndola loca de deseo.

—Emilia —murmura contra su boca, mientras sus labios se frotan encima de los suyos—. Siento haberte hecho daño esta mañana. Lo siento de verdad.

Millie se detiene por un segundo, mira entumecida el fuego que hay en los ojos de él y esboza una sonrisa temblorosa mientras se pone de puntillas para volver a besarlo. Está segura de que nadie la ha besado antes de él. No como es debido.

—Para que te perdone —jadea, poniéndole fin al beso—, tendrás que hacer algo más que disculparte.

Sonriendo, Alexander clava los dedos en su trasero y la atrae hacia su erección.

—Ah, ¿sí? —repone mientras enfoca su boca con ojos velados de pasión—. ¿Por ejemplo?

Como ella no responde, él levanta la mirada y analiza sus ojos en busca de respuestas. Millie hace un amago de sonrisa y entierra los dedos en su oscuro cabello.

—Vuélvete creativo —musita, con los labios cada vez más cerca de los suyos.

EMILIA



28

Millie despierta en la cama de Alexander. El día aún no ha despuntado. El amanecer apenas empieza a insinuarse en el cielo. Por la ventana todavía se filtran las sombras de la noche, aunque Millie alcanza a ver la luz violeta que el nuevo día proyecta sobre el este de París.

A su lado, Alexander duerme desnudo de cintura para arriba, con un brazo rodeándola posesivamente. Su pecho es amplio y bronceado, y hay una fina línea de vello atravesando su liso abdomen.

Sin poder contenerse, mueve un dedo, le dibuja la clavícula y va bajando hasta la cintura de sus pantalones. Él suspira y se aferra a ella con más posesividad.

Millie esboza una sonrisa triste. Estar ahí con él todavía le parece un sueño.

Cuesta asimilar lo que sucedió la noche anterior. Regresaron a casa. Ella se despidió con un escueto *buenas noches*, pero él la

cogió por la muñeca antes de que le diera la espalda y su boca se cernió sobre la suya en medio del pasillo.

Después de eso, todo empezó a tambalearse. Remolinos de oscura pasión envolvieron su cuerpo y apenas fue consciente de lo que sucedió a continuación. Era todo tan maravilloso que desconectó el cerebro y se dejó llevar por esas violentas olas que la arrastraron cada vez más lejos, mar adentro.

Recuerda que estaba en su cama, se ahogaba y boqueaba en busca de aire y de pronto la boca de él estaba de nuevo sobre la suya, insuflándole vida. Y las manos que la buscaban y veneraban parecían esparcir fuego sobre sus delicadas curvas. Y la lengua que paseaba encima de su piel la consumía y la hacía retroceder a un estado primitivo en el que lo único que importaba eran los voluptuosos labios que se acercaban a los suyos y el firme cuerpo que la apretaba contra el colchón.

Las imágenes la hacen estremecerse, y al recordar el hambre voraz con el que él la besaba, su cuerpo se vuelve de nuevo pesado y anhelante.

—Hola —susurra Alexander de modo inesperado, con voz aún ronca de sueño.

Sus ojos se entrelazan y Millie puede apreciar la devastadora tormenta de emociones que se reproduce en la mirada de él.

—Hola.

Sus impresionantes ojos azules recorren todo su rostro. Está tan tranquilo, tan inmóvil, que a Millie la invade una repentina sensación de calidez.

—Siento haber dormido tanto tiempo.

Ella pone una sonrisa casi agónica.

—No te preocupes. Aún es pronto.

Él la mira unos segundos más, la coge por la barbilla y le da un tierno beso de buenos días.

—Bueno —murmura ella con los labios aún encima de los suyos—. Debería marcharme antes de que mi padre se despierte.

Alexander asiente en silencio.

Millie aprieta los labios, se aparta de él y empieza a vestirse. En el exterior hay cada vez más claridad.

—Emilia.

Millie se detiene indecisa y, después de unos segundos de duda, vuelve el rostro hacia atrás.

—¿Sí?

Él se ha incorporado en la cama y ahora tiene la espalda apoyada en el cabecero y los robustos brazos cruzados sobre el pecho. Durante un momento prolongado no dice nada, se limita a observarla con el devastador atractivo de sus ojos azules.

—Me preguntaba si… si esta noche te gustaría hacer algo.

—Algo —repite Millie frunciendo el ceño.

—¿Ir al teatro? —propone él con indiferencia.

Una imperceptible sonrisa se dibuja en la cara de Millie.

—Ir al teatro. ¿Me estás pidiendo una cita, Alexander?

—He pensado que, si vamos a pasar juntos el tiempo que te queda en París, deberíamos hacer otras cosas aparte de… follar.

—Hum. Me parece que te estás ablandando —se mofa ella mientras se cierra el botón de los *shorts*.

Los ojos de Alexander se vuelven más profundos, como si intentaran ver hasta el fondo de su alma.

—No te burles —responde con expresión opaca.

La sonrisa de Millie desaparece de sus facciones. Se acerca a él y se dobla hacia adelante, hundiendo las manos en el colchón. Se toma un momento, en el que recorre sus ojos con ansia y se impregna de ese olor masculino tan suyo, tan carnal.

—No lo hago. ¿Qué tal si quedamos a las ocho y lo vamos viendo?

Él guarda silencio, limitándose a escrutar su rostro con una mirada de lo más seria.

—Ocho y media.

—¿Por qué? ¿Tienes algo que hacer?

—No. Pero me gusta salirme siempre con la mía.

Millie suelta una risita, acerca su rostro al suyo y lo besa en los labios.

—Está bien. Ocho y media.

Lo suelta y se encamina hacia la puerta.

—Mis sábanas huelen a ti —dice él a sus espaldas.

Ella sonríe y sale sin responder.

Sí, parece un sueño. Pero Millie conoce lo bastante los sueños como para saber que casi siempre acaban al alba.

FRANCESCA



29

Hay momentos que están predestinados a convertirse en un recuerdo perfecto.

Francesca está sentada junto a Hugo, con un *cosmopolitan* en la mano, y escucha embelesada las maravillosas notas que emergen del piano.

El bar es pequeño y acogedor. La luz es tenue. Fuera, el viento se estremece y azota rabiosamente el edificio. La lluvia arrecia contra los cristales. Pero dentro, la temperatura es agradable y la presencia de Hugo la llena de paz.

No hay más que un puñado de mesas, y la mayoría están vacías. Hay otras tres parejas, pero tiene la reconfortante sensación de que están solos en ese lugar, y que el pianista toca solo para ellos, melancólicos acordes que arranca al teclado casi con los ojos cerrados.

El silencio entre Hugo y ella es íntimo y cargado de deseo.

—¿Qué te parece? —pregunta él al cabo de toda una eternidad. Sus profundos ojos marrones brillan de pasión cuando se giran para buscar los suyos.

—Es… —A Francesca se le contrae el estómago. Desde que se han sentado está un poco mareada por el olor masculino que desprende su cuerpo. Piensa en su más acérrima crítica, *Lectora Exigente,* de *Goodreads,* la que dijo que debería hacerse un favor y dejar de escribir. ¿Qué le parecería? ¿Cursi? ¿Empalagoso? ¿Cargante?—. Perfecto. —La palabra brota por sí sola—. Esto es perfecto. ¿Cómo diste con este lugar?

Los ojos de él devoran su rostro en silencio, y a Francesca le parece distinguir en ellos cierta languidez, una mirada larga, como de anhelo.

—Un día paseaba por la calle y escuché el piano. Llovía y, como no tenía nada mejor que hacer, decidí entrar y tomarme una copa.

—¿Estabas solo?

Hugo busca su boca con la mirada y tarda unos segundos en responder.

Y en elevar la mirada hacia la suya.

—Sí, eh… Suelo estarlo —confiesa, un poco incómodo, frotándose la cara con los dedos.

Ella rompe el contacto visual y sus ojos verdes se extravían sobre la ventana.

—Sí... Yo también —murmura mientras se mete la pajita en la boca y sorbe un poco de alcohol.

Él se acomoda entre los cojines para mirarla sin necesidad de girar el rostro.

—¿Cómo es eso?

Ella se encoge de hombros y vuelve en sí al mismo tiempo que su mirada regresa hacia él.

—Llevo muchos años viviendo en Roma, pero no es que tenga demasiados amigos en la ciudad. La mayoría son del círculo de mis dos ex maridos, y después de un divorcio ya no te sientes cómoda con ellos, por muy imparciales que se mantengan.

—Cierto.

Los ojos de Hugo la observan con calidez y Francesca siente que la habitación empieza a estrecharse. Ha notado que él, si bien se ha pedido un whisky escocés, no lo ha tocado. Solo ha bebido agua. Y en la cena, un pequeño picoteo, nada fuera de lo común —aun así, perfecto—, tampoco ha tomado vino.

Se pregunta si es alcohólico en rehabilitación, aunque decide no abrir el tema. En el fondo, no es asunto suyo. Ni que fueran a mantener una relación sentimental. Solo es un amor de invierno, que acabará en cuanto sus vacaciones lleguen a su fin, como cuando era adolescente y sus padres la mandaron a aquel camping de Florida donde se enamoró de Carter. Pensó que se moriría si no volvía a verle, pero ¿adivina qué? Han pasado treinta y tres años y ¡sigue viva!

—¿Quieres bailar? —la sorprende su voz, profunda y masculina. Como él habla un inglés mucho más decente que su oxidado francés, se comunican en su idioma y todo lo que dice suena mejor con su pronunciación francesa.

—Claro.

Hugo se permite a sí mismo una leve sonrisa, apenas perceptible. Se levanta y le alarga la mano.

Francesca lo observa, embelesada, y después apoya los dedos contra su palma. La mano de él se cierra en torno a la suya, un gesto que, si bien simple, transmite un apoyo inquebrantable y la seguridad que ella necesita en esos momentos de su vida.

Él es la primera persona en veinte años que hace que se sienta confiada, sin necesidad de recurrir a artificios ni mentirijillas inocentes que la harían parecer más interesante. Es un alivio, porque mantener siempre vivas las expectativas de los demás resulta agotador. A veces una solo necesita ser ella misma. Con él es tan fácil…

Cogidos de la mano, caminan en silencio hasta la pista vacía. Hugo está pálido y su cara permanece inmóvil. Francesca también está nerviosa. No suele bailar. Es completamente arrítmica. Solo ha bailado en bodas y si hay algo en lo que coincidan sus dos ex maridos, aparte de la infidelidad, es en que tiene la torpeza de un pato.

Solo espera no pisar a Hugo.

Carraspea nerviosa y cuadra los hombros para parecer más confiada. Nota que la gente los está mirando y, por un segundo, baraja la posibilidad de salir corriendo.

Pero la mano de él la sujeta con una firmeza que aplaca su desasosiego. Se dice a sí misma que nada puede salir mal si él retiene su mano.

Hugo se detiene en la pista, se vuelve de cara a ella y la mira unos segundos a los ojos. El pianista toca *Blue Moon*.

—Hace mucho que no bailo —susurra ella, como disculpándose por las futuras molestias causadas.

Un leve atisbo de sonrisa acaricia los perfectos labios de él.

—Tú solo déjate llevar.

Francesca toma aliento y sus ojos se reencuentran. Sí, con él podría arriesgarse incluso a hacer el ridículo bailando.

Se ponen de acuerdo con un gesto de cabeza. Hugo la toma en sus brazos, la atrae hacia sí y acaricia despacio la curva de su espalda mientras la lleva por la pista con absoluta elegancia. Su pausada respiración cosquillea contra la piel de su mejilla y Francesca tiene que recordarse a sí misma coger aire de vez en cuando. No comete ni una sola torpeza. Sus cuerpos parecen encajar a la perfección y ejecutan funciones motrices por puro instinto, sin contar con el visto bueno del cerebro.

De todas formas, la mente de Francesca está demasiado abotagada como para pensar. Se limita a dejarse llevar como una Cenicienta a la que hace mucho que se le ha pasado la medianoche, y se pierde en los ojos oscuros del hombre, que escrutan su rostro con languidez.

Aunque no quiere admitirlo, está seducida. No quiere que esto acabe, porque siente que ni siquiera ha empezado y es demasiado bueno como para ponerle fin dentro de un par de días. No quiere que él se convierta en otro Carter. Ya no tiene catorce años. No es una niña. Es una mujer. Una mujer que quiere quedarse. Quiere un mundo suyo. Propio. No el mundo que hay ahí fuera, un tiempo y un espacio en el que gente como *Lectora Exigente* interviene y lo mancilla, sino un universo de ellos dos; un mundo en el que se

levantan por la mañana y leen juntos el periódico mientras toman el café —el suyo, *espresso*; el de él, americano—, y pasan las tardes deambulando por la playa.

En esa dimensión perfecta, ambos dejan atrás sus ciudades y sus vidas y se trasladan a un sitio nuevo y solitario, en el que el mar bate sus olas contra la arena y la lluvia se hace patente gran parte del año, de tal forma que, cuando por fin se disuelve la niebla y sale el sol, a uno le parece que es la cosa más maravillosa que hay en el mundo entero. ¿Por qué será que se echa de menos el sol solo cuando alguien lleva toda una eternidad sin verlo?

Esa hipotética ciudad con lluvia y mar sería el eterno testigo de su innegable amor. Cada día, impasible, los observaría mientras ellos repiten el ritual una y otra vez, hasta que los dos sean demasiado viejos como para poder andar. Y, entonces, cambiarían el café por algo menos dañino, como alguna especie de té sin teína y puede que un plato de galletas. Pero seguirían juntos.

Francesca sabe que es una romántica incurable y que es harto improbable que su fantasía su cumpla alguna vez. Aun así, ¿qué pierde soñando? A veces los sueños se cumplen, ¿no?

Y los deseos más ocultos puede que cobren vida. Esas Navidades pedirá que él la quiera para siempre. O, mejor, que él nunca deje de quererla. Que este momento se eternice y que lo que siente ahora no desaparezca jamás. Su cara inmersa en la suya, su expresión firme y segura, su mano sujetándola, insuflándole valor, la gracia de sus movimientos. No quiere que nada envejezca. Ni ella. Ni él. Ni el tiempo.

Quiere que todo se mantenga intacto, como una instantánea que inmortaliza un momento perfecto que no puede ser alterado.

Quiere que el mundo se detenga en ese instante, y que todo se reduzca a él.

—Estás impresionante esta noche —murmuran los labios de Hugo contra su pelo, y su mano vuelve a deslizarse por la porción de piel que su vestido negro de noche no llega a cubrir.

La sangre de Francesca se pone lentamente en movimiento y, como la cálida mano de él no deja de acariciar su piel desnuda, en unos instantes empieza a rugirle en las orejas.

—Gracias —musita, elevando la mirada hacia la suya.

Mientras su cuerpo se abandona entre sus brazos, el cerebro de Francesca busca incesantemente un motivo que explique por qué él la atrae tanto.

Pero cuanto más busca, interpreta y analiza, menos encuentra y más seducida está.

Él la sujeta con firmeza, sin decir nada. Tan solo sonríe, aunque la suya es una sonrisa triste a la que Francesca no encuentra justificación alguna. Hay algo en él, una capa de melancolía que la asusta y la enloquece por igual. Es tan distinto a ella… Inescrutable. Todo un misterio.

Francesca es muy terrenal, superficial incluso. Él, en cambio, tiene unos ojos profundos y soñadores y ella ha notado que suele ensimismarse muy a menudo y que, cuando lo hace, tiene el aspecto de un hombre que lleva el peso del mundo entero encima de los hombros.

Esa forma de sentir las cosas la vuelve loca. Ella siente, por supuesto. Siente ira, angustia, dolor, amor… Pero a una escala infinitamente más pequeña, por eso la atraen tanto las personas que poseen esa pasión por la vida que ella siempre ha echado en falta. La gente como él ama hasta que duele, y no tiene miedo de afrontar las adversidades ni pasa por la vida de puntillas, sin involucrarse demasiado en nada. *Arriesgan.* He ahí su verdadero problema: nunca hace un movimiento arriesgado. Por eso sus libros resultan aburridos. Cero riesgos, cero éxitos.

Lo mira de nuevo.

Hugo se mantiene más callado que de costumbre.

Bailan en silencio, mejilla contra mejilla, y su mano se mueve por la espalda de ella arriba y abajo. Francesca necesita saber si él siente lo mismo. Se volverá loca si no lo averigua. Quiere saber por qué queda con ella. Qué espera obtener de todo esto.

Si él también se muere por besarla…

No es demasiado expresivo ni comunicativo en ese aspecto. Tampoco es uno de esos hombres que te tocan sin permiso o que aprovechan cualquier descuido para frotarse como por error contra ti, dejando bien claro que tienen intención de llevarte a la cama.

Él es un señor y la trata con la corrección que una mujer se merece.

El pianista cambia de canción. Francesca reconoce los acordes del *Stand By Me* de Ben E. King y se distrae pensando en lo perfecto que sería para un baile nupcial.

Claro que es una tontería. Ella nunca volverá a casarse. ¿Por qué no deja de imaginar tonterías? Una no puede ser tan ingenua después de dos matrimonios fallidos. Y tampoco es que él mostrara alguna especie de interés amoroso en ella.

Se dispone a dar un paso atrás, pero Hugo tensa la mano en su espalda y la detiene.

—Un baile más —murmura, con la cara oculta en su pelo.

Ella no puede negarse. Al fin y al cabo, los brazos de él parecen el mejor sitio del mundo.

—Está bien.

La boca de Hugo se mueve y se queda a solo un centímetro de su oreja. Su respiración suena áspera y pausada en su oído. Una descarga de energía reverbera por toda la piel de Francesca y repercute en alguna parte de su estómago. Está abrumada.

Hugo acaricia distraídamente la parte baja de su espalda. El calor de su palma convierte la sangre de Francesca en fuego, y de pronto se siente muy vulnerable ante las ráfagas de pasión que ese hombre despierta en ella.

Por Dios. ¿Qué es *esto*? ¿Excitación sexual?

Le desea, de eso está segura. Es un hecho que su mente no puede rebatir. Le desea hasta el límite de replantearse aspectos de su vida que ya daba por zanjados.

Pero no es solo el deseo de una mujer que lleva dos años sin sentir las manos de un hombre encima de su cuerpo. Es mucho más que eso. De alguna forma retorcida y muy inesperada, ha empezado a enamorarse de él. No es solo una cuestión carnal. Es algo metafísico. Conceptual. Va más allá de la pasión. Lo que siente implica intimidad y compromiso, y esa es la pura definición de… *amor*.

Comprenderlo rompe por completo todos sus esquemas.

Y aunque intenta no exteriorizar su impactante descubrimiento y mantenerse serena, con la barbilla en alto, tiene el rostro un poco desencajado cuando los intensos ojos de él bajan a la altura de los suyos y la hacen contener el aliento por enésima vez desde que han salido del hotel.

—¿Francesca?

Está tan serio y tan guapo que ella se queda estancada, perdida en su mirada.

—¿Sí? —apenas se permite entonar.

—¿Puedo besarte?

Francesca se derrite ante ese inesperado ruego y su corazón se llena de una felicidad tan absoluta como el deseo que arde en sus venas.

Asiente, consciente de que está respirando de forma cada vez más acompasada y de que las palabras podrían fallarla. Él le regala una pequeña sonrisa, coge su rostro entre las manos y arrastra el pulgar por el borde de su boca, deliberadamente despacio. ¿Intenta prepararla para lo que viene a continuación? Oh, está mucho más que preparada. Está seducida, loca de deseo.

Entrecierra los ojos para protegerse del extraño hormigueo que se propaga por todo su cuerpo e intenta, aunque en vano, luchar contra la languidez que se apodera de sus extremidades.

La música cesa por un momento, o puede que ella deje de oírla, y la boca de Hugo acomete contra la suya.

Dios… Menudo impacto.

Todas las esperanzas y aspiraciones de Francesca se convierten en realidad. Se deshace en un gemido necesitado, mueve la boca contra la de él y se deja arrastrar a todo un frenesí de pasión. Ciego. Implacable. Desalmado. Tambaleante.

Hugo la besa con una devoción abrumadora y ella no quiere hacer más que corresponderle. Se niega a cuestionarse si está cometiendo un error. Si se está precipitando como siempre, ¿qué más dará? Ya nada tiene importancia ahora.

Desesperada, se aferra a su rostro, su perfecto y apuesto rostro, y profundiza el beso.

Las manos de él resbalan por sus brazos y se arrastran por sus costados. Su lengua está dentro de su boca.

Y todo el mundo de Francesca se concentra solo en ese beso.

VINCENT



30

—¿Es usted Vincent Crozet?

Vincent levanta la mirada y sus ojos dedican una mirada de desdén al hombre que acaba de detenerse delante de su piano. Lo reconoce por su foto en los periódicos, esos ojos azules, fríos, que parecen taladrarte, el pelo cada vez más ralo, peinado hacia atrás, los labios plegados en una expresión de severidad. El gran Friedrich Rauch, el magnate petrolero que ha ido comprando poco a poco todas las óperas y teatros importantes del mundo. Se da cierto aire a Joseph Goebbels, lo cual le produce todavía más rechazo a Vincent.

Vaya, vaya. Así que su anuncio ha surtido efecto. Sabía que agitaría los cimientos del mundo musical, aunque no esperaba que esta visita se produjera tan pronto. Y mucho menos que Friedrich Rauch en persona viniera a buscarlo a *La Bohème* un sábado por la noche.

—Debo de serlo —responde con la voz cargada de sarcasmo—. Todo el mundo me llama así.

Una especie de sonrisa de superioridad nace en las comisuras de la boca de Friedrich, una sonrisa contenida que, en realidad, solo es el esbozo de un gesto cargado de desprecio. Lo mira como si Vincent no fuera más que una cucaracha a punto de ser aplastada por la suela de sus elegantes zapatos negros.

—Me llamo Friedrich Rauch. Quiero hablar con usted sobre el musical que está dirigiendo.

Su rostro solo refleja altivez y desprecio, aun cuando su voz parece amable y casi melindrosa. Vincent no se deja engañar ni por un segundo. Ya sabe qué clase de persona es.

—No me diga. ¿Y qué es lo que quiere decirme?

—He venido a hacerle una oferta.

Ha venido a hacer un trato, pero Vincent no hace tratos con el Diablo.

—No me interesa —rechaza tajantemente, sin mostrar la deferencia de mirarlo.

—No sabe lo que voy a pedirle. Ni cuales van a ser las consecuencias si no acepta mi propuesta.

Vincent sonríe, apaga la sonrisa y sus ojos se alzan despacio hacia los suyos.

—Soy un temerario.

Friedrich cabecea impresionado. Su postura corporal refleja relajación. Tiene las manos hundidas en los bolsillos del chaleco y la cabeza ladeada hacia la izquierda. Viste de forma muy elegante, a diferencia de Vincent, que está en mangas de camisa, dobladas por debajo de los codos, y el pelo oscuro le cae indolente sobre los ojos.

—Quiero invertir en su proyecto.

—Llega tarde. Ya tengo inversores.

—Y podría dejar de tenerlos. Juego al golf con sus inversores.

—Un deporte ridículo. Ni siquiera deberían considerarlo deporte.

La falsa amabilidad de Friedrich se desvanece en el acto y su voz semeja un bramido cuando vuelve a hablar.

—Deje de hacerse el gracioso conmigo. Quiero que despida a Chloé Lacroze.

Vincent se cruza de brazos con gesto despreocupado y pone una sonrisa insolente.

—¿Por qué? ¿Solo porque usted no puede tenerla? —repone, atravesando el gélido azul con toda la dureza de sus ojos—. ¿Tan mal perdedor es?

Cualquier indicio de falsa cortesía se esfuma del rostro de Friedrich y de pronto luce exactamente como el monstruo que es. Mejor. A Vincent no le gustan los festivales de máscaras.

—Escúcheme bien, don Nadie —gruñe, inclinándose amenazador sobre el piano—. Despida a esa zorra ahora mismo o habrá consecuencias. No se lo pienso repetir.

Vincent se observa las puntas de las uñas con aire indiferente.

—Ya. Bueno… Esto se estaba volviendo muy aburrido. Un poco de acción no me vendría mal.

—¿Me está diciendo que no? —grazna Friedrich sin poder creérselo.

—No es no, señor Rauch. Me da que usted es el único que aún no lo ha comprendido.

Friedrich se sacude de ira. Vincent se pregunta si no le estará dando una apoplejía. Sería lo normal a su edad.

—Le destrozaré, ¿me oye? Cuando haya acabado con usted, nadie recordará su nombre. Haré que regrese al lodo del que ha salido.

Sus labios se han tornado lívidos y expulsa una cantidad inusual de saliva al hablar. Por no mencionar que su rostro está desfigurado, torcido en una mueca de locura. Ahora más que nunca se parece a Goebbels. Tiene el mismo brillo demente en la mirada.

—Ya. Suerte con eso —responde Vincent, antes de disponerse a hojear su libro de partituras con perfecto aplomo, dando así por finalizada la conversación.

Enfurecido, Friedrich aprieta la mandíbula, gira sobre sí mismo y abandona la sala con zancadas grandes y amenazadoras.

HUGO



31

Espera a que aquel hombre desaparezca por la puerta, antes de acercarse a Vincent, que aún está buscando una partitura en concreto, revolviéndolo todo con gestos airados.

Sin renunciar a su expresión neutral, Hugo se acoda encima del piano y pasea los ojos por el semblante de su pianista favorito.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta por fin, con voz tranquila y controlada.

Vincent, con calculada lentitud, levanta la mirada hacia la suya. Sus ojos tienen un color casi azul marino. Hugo reconoce esa mirada, esa cólera tan profunda y casi incontrolable que Vincent intenta ocultar tras un gesto de frialdad.

—Eso, amigo, ha sido un hombre echando por la borda toda una vida de duro trabajo y sacrificio.

Hugo frunce los labios en una mueca impresionada.

—Vaya. ¿Tanto vale ella? —pregunta tras unos segundos de silencio.

Los chispeantes ojos de Vincent se pierden en la nada. Calla toda una eternidad, hasta que, de modo inesperado, una sonrisa aplaca sus emociones.

—Con creces —responde, encarando de nuevo a Hugo.

Este asiente con gesto compungido.

—Supongo que a veces hay que tomar ciertos riesgos —susurra, más bien para sí—. Como en el póker. Si quieres ganar, eleva la apuesta.

Una mirada de melancolía se cruza en los ojos de Vincent.

—Sí. Hay cosas por las que vale la pena arriesgarlo todo —farfulla con tono mortecino.

Hugo asiente de nuevo. Está pensativo, en conflicto consigo mismo.

Se concede unos segundos más y, después, sus ojos regresan a Vincent y cambian su aire melancólico por uno serio y comprometido.

—He oído la conversación. ¿Cuánto dinero necesitas?

—Tengo inversores.

—Sabes que se retirarán.

Vincent se encoge de hombros.

—Sí. Probablemente.

—¿Entonces?

—Contando con lo que yo tengo, más lo que pienso pedir al banco avalando con mi casa, me haría falta unos doscientos mil.

—Cuenta con ello.

—¿En serio? ¿Es que ahora te van los musicales?

—Estás trabajando en *Los Miserables*, ¿no? Pues déjame que sea tu Jean Valjean.

—No das el perfil. Y aún no te he oído cantar.

Hugo se echa a reír.

—No me refería a interpretarlo. Me refería a que me dejes ser tu benefactor. Podemos ser socios.

—Ah. En ese caso. —Le tiende la mano y sonríe—. Señor, bienvenido a bordo.

Hugo aprieta su mano y le devuelve la sonrisa.

—Un placer. Valoro que lo estés arriesgando todo por una chica. Debe de importarte mucho.

Vincent asiente distraído y sus ojos se dispersan sobre la puerta que da a la cocina.

—Puede que me esté enamorando de ella —farfulla para sí.

Hugo sonríe y lo mira con una ceja en alto.

—Esto sí que es inaudito.

—No me digas. No me había dado cuenta.

El tono seco de Vincent le arranca una carcajada a Hugo.

CHLOÉ



32

Es domingo y en sus días libres, Chloé duerme hasta muy tarde, porque es lo único que se puede hacer en su casa. Si está despierta, pasa frío o se aburre. Lo mejor es dormir hasta mediodía.

El mundo de los sueños es generoso. Ya casi nunca la castiga. No como antes. A veces tiene pesadillas. A veces ve sus dedos manchados de sangre. Pero esos sueños se han vuelto cada vez más raros. Por lo general sueña cosas bonitas, sueña que es primavera, que los árboles están en flor y que el sol, un sol brillante y generoso, cubre su piel.

Una vez soñó con el mar. El sueño era tan vívido que escuchaba el sonido del oleaje y podía oler esa humedad salada que saciaba sus pulmones. Nada le gustaría más que volver a ver el mar.

Ahora está soñando con un teatro. Está encima del escenario. Los focos le apuntan a los ojos. Se siente pequeña y perdida. Quiere gritar que este no es su lugar, que ella no debería estar aquí. Pero hay algo que le impide marcharse. Algo… Alguien.

Su corazón late desbocado al notar su presencia. No ve su rostro. Está en la oscuridad. Él siempre está en la oscuridad.

Y siempre la protege.

De pronto, se siente calmada, tranquila.

Se acerca al borde del escenario.

Quiere verle.

Tocarle.

Saber quién es *él*.

Le faltan unos milímetros para descubrirlo.

Su corazón se acelera más y más y nota un extraño hormigueo de anticipación en los bordes de los dedos.

Está a punto de alcanzar su rostro.

De pronto, se despierta, con el corazón martilleándole entre las costillas. Mira confusa a su alrededor y entonces vuelve a escuchar el inconfundible sonido de unos nudillos golpear contra su puerta. ¡El casero! Mierda. Pensaba que habían quedado en que le concedería un mes más. ¿Será que ha cambiado de opinión?

—*Pierre*, vamos, debajo de la cama —susurra, agobiada.

El gato ni se inmuta. No tiene tiempo que perder. Lo coge en brazos, lo esconde dentro del armario y de una patada arroja su arenero y el cuenco de comida debajo de la cama. El casero vuelve a golpear la puerta, ahora con más insistencia.

—¡Voy! —grita Chloé.

Se acerca a la puerta peleándose con el cordón de una chaqueta gruesa de punto, que consigue atarse a la cintura antes de abrir.

Sus ojos azules se abren con sorpresa. El hombre que aguarda en el umbral no es el casero.

—Vincent —susurra demudada. Apenas puede hacerse oír por encima del estruendo de su corazón—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo…?

—Anoche le pedí tu dirección a Claude —responde él.

Chloé se queda paralizada unos momentos. Aunque sus ojos azules sonríen tiernos, ella nota tensión en su mandíbula, y advierte que las manos que cuelgan a ambos lados de su cuerpo no dejan de apretar los puños. Fuera debe de estar lloviendo. Él tiene el cabello húmedo y los anchos hombros salpicados de gotas que oscurecen su cazadora verde, militar.

—¿Ha sucedido algo?

—No. Bueno, sí. ¿Puedo pasar?

Chloé se envuelve aún más en su chaqueta gris. Se siente bastante vulnerable ahí, de pie, delante de él en pijama y con los pelos alborotados.

—Claro. —Se echa a un lado para abrirle sitio y, en cuanto él le vuelve la espalda y se adentra en su humilde habitación, empieza a atusarse el cabello como una desquiciada.

—Parece acogedora —comenta Vincent, girando en redondo.

Chloé baja las manos deprisa, aunque está casi segura de que él se ha dado cuenta de que se estaba pellizcando las mejillas. Juraría que en las comisuras de su boca hay cierto gesto de diversión, una sombra nada más.

—Eh… siéntate si quieres. Puedo… hacer té. Tengo un calentador y… luz. Dame solo un segundo.

Turbada, se gira, abre el armario y suelta a *Pierre*.

—Vamos, sal.

—¿Por qué tenías al gato en el armario? —pregunta Vincent, desconcertado.

Chloé le lanza una mirada por encima del hombro. Él sigue de pie junto a la mesa, lo cual hace que la habitación, de por sí minúscula, encoja aún más.

—Creía que eras el casero. No me permiten tener animales. A *Pierre* me lo encontré una noche y no tiene ningún otro sitio al que ir.

Vincent la observa con languidez. Su sonrisa es cada vez más evidente. Chloé siente la necesidad de moverse, de hablar. Le resulta muy intimidante la presencia de alguien como él en ese cuchitril.

Mientras prepara dos tazas de té, lanza una mirada a su alrededor, intentando ver las cosas a través de ojos ajenos. Se estremece. Ni siquiera tiene un mantel. La pequeña mesa que usa para comer está sepultada detrás de un periódico desplegado, con una mancha de grasa encima del huraño rostro de Donald Trump. A su derecha está el perchero y, detrás de él, una gran mancha de moho, y, a su izquierda, la zona de la cocina, con tres cacharros quemados de tanto uso escurriéndose encima de un trapo.

También hay una nevera oxidada y ruidosa, una cama vieja y unas cortinas amarillentas, que en su día debieron de ser bonitas.

Y luego están las dos sillas, una de ellas coja, y el butacón lleno de pelo de gato. Vincent ha hecho bien en no sentarse ahí.

Carraspeando por lo bajo, Chloé le vuelve la espalda y enchufa el calentador. Con su adelanto ha pagado una semana de alquiler y el reenganche a la luz. Está endeudada hasta al cuello.

Termina de preparar las infusiones, le ofrece a Vincent la suya y toma asiento en la silla coja, desde donde lo mira expectante. Él le sostiene la mirada en silencio.

Aún más turbada, Chloé sopla en su taza, sorbe un poco de su bebida —ella ha optado por hacerse una tila—, e intenta que no se note que le cuesta cierto esfuerzo mantener el equilibrio. Vincent sigue mirándola con esos ojos tan penetrantes que parecen desnudarle el alma, y a saber qué ve en ella.

—¿Y bien? ¿A qué se debe tu visita?

No puede aguantar más el silencio.

Él se obliga a probar primero el té. Sopla un poco de aire en la taza humeante y toma un pequeño sorbito.

—He ido a buscarte al trabajo —responde, dejando la taza encima de la mesa—, pero me han dicho que hoy es tu día libre y no quería esperar a mañana.

—¿Ha pasado algo?

—He conocido a Friedrich Rauch. Anoche estuvo en *La Bohème.*

Una intensa capa de palidez cubre todo el rostro de Chloé y, de pronto, su corazón deja de martillear.

—¿Qué? ¿Cómo es posible que me haya encontrado?

—No te estaba buscando a ti. Me buscaba a mí.

—¿A ti? ¿Por qué?

Formula esas palabras presa de la más profunda confusión, y sus ojos recorren erráticos el apuesto rostro de Vincent en busca de una respuesta.

—Puse un anuncio en varios periódicos de tirada nacional, anunciando que vas a ser la nueva Cosette.

La bomba cae encima de Chloé como un jarrón de agua helada. En el ardiente azul de sus ojos refulge una expresión de sobresalto.

—No lo entiendo. ¿Por qué harías algo así? Yo no acepté el papel.

Está absolutamente dispersa, y contempla a Vincent con rostro desfigurado y ojos enormes.

—Quería que Rauch me encontrara —responde él, sin apartar la mirada. La fiereza de sus ojos confunde aún más a Chloé, que apenas se atreve a susurrar las siguientes palabras:

—¿Por qué?

—Para demostrarte que no me amedrento ante nada, Chloé. Vino a verme. Y hoy, todos mis inversores se han retirado.

Chloé, deshecha, se pone en pie de un salto y empieza a recorrer la habitación de un lado al otro como un animal enjaulado, retorciéndose las manos de preocupación.

—Dios mío, sabía que haría algo así. Iré a hablar con él. Le diré que yo… que no he aceptado, que…

—No harás nada de eso.

Se detiene y lo mira perpleja. ¿Por qué está tan aplomado?

—¡¿Estás loco?! ¡No voy a dejar que te arruine la vida!

—Tranquilízate, por favor. Nadie me está arruinando nada. Ya tengo otro inversor, que aporta todo el dinero que necesitamos para seguir adelante.

—Se echará atrás. En cuanto Friedrich…

—No lo hará.

—¡¿Cómo lo sabes?! —grita, desesperada. Tiene ganas de sacudirle para que reaccione de una vez.

Vincent se pone en pie y se acerca a ella guardando la compostura. Tiene facciones duras, esculpidas en piedra, y los ojos en ascuas. Su voz, sin embargo, suena tan ronca al hablar que Chloé se estremece.

—Porque es mi amigo y ya sabe lo de Rauch.

Sus palabras la dejan paralizada, atrapada en un silencio que se alarga hasta eternizarse.

—¿Qué? —musita impactada tras ese momento de mutismo.

Dirige de nuevo los ojos hacia los suyos, tratando de descifrar en ellos algo más, algo que ponga en entredicho aquello que sus palabras acaban de asegurar. Espera oír que todo era una broma. Que nada ha cambiado. Que nada cambiará nunca.

—Lo sabe, y no le importa —asegura Vincent, con un tono rasposo en la voz—. Tiene suficiente dinero como para permitírselo. Rauch no puede hacer una mierda. Chloé, escúchame —insiste, cogiéndola por los hombros. No da señales de percatarse de que su cuerpo se ha tensado—. Eres libre. Él no puede tocarte ahora. Esta es tu gran oportunidad de regresar a los escenarios. De volver a conquistar el mundo con tu increíble voz.

—No puedo hacerlo —farfulla ella con voz estrangulada. Su cabeza rechaza una y otra vez esa idea, tan descabellada y peligrosa —. Yo ya no canto. Yo…

—Puedes. ¡Claro que puedes! Solo tienes que hacer un pequeño esfuerzo. Sal de tu zona de confort, Chloé. Después de lo que pasó, te has encerrado en este espacio, y lo entiendo. Pero ya es hora de salir y enfrentarse al mundo, ¿no crees? Eres una estrella. Una *gran* estrella. Pero te niegas a brillar.

—No puedo brillar. Ya no.

—Las estrellas no dejan de brillar solo porque está nublado. Incluso detrás de las nubes, su incandescente luz se mantiene intacta.

Las lágrimas afloran y se desbordan por las esquinas de los ojos de Chloé. Los pulgares de Vincent las secan con ternura.

Tiene la cabeza ladeada y la mira en silencio, con ojos encendidos y un extraño brillo en sus pupilas dilatadas. Está tan cerca de ella que Chloé aspira su fragancia masculina y siente toda una ráfaga de pasión hacia él. No puede explicar por qué ese repentino silencio y esa manera suya de mirarla han despertado en su interior emociones que ella había dado por muertas. Está claro que él puede conseguir que una mujer pierda el rumbo por completo.

El azul marino de sus ojos parece inundarla y, de repente, la sangre de sus venas se concentra solo en los lóbulos de sus orejas, cuyo intenso latido la deja un poco aturdida. Cada segundo que trascurre acerca sus rostros aún más.

El corazón de Chloé se estremece en su pecho mientras su boca aguarda un beso que no parece llegar nunca.

—Aquí tienes la dirección. —Vincent, en vez de besarla, pone fin a ese clima sensual dando un paso atrás y ofreciéndole un papel que

se acaba de sacar del bolsillo de la cazadora.

Chloé nota una repentina oleada de frío. Se siente abandonada por la calidez de esas manos fuertes que tan solo un segundo antes le estaban rodeando los brazos.

No le queda otra que coger el papel con la dirección.

—Te estaré esperando. No importa la hora. Ven cuando puedas. Pero ven.

Se lo está suplicando, casi, y Chloé siente la profunda necesitad de darle todo lo que pide. Cualquier cosa. Cueste lo que cueste.

—Está bien —susurra, apretando los labios para conservar un segundo más esa valentía que la ha hecho dar su acuerdo a algo tan descabellado y peligroso.

Él la mira con fijeza. Pasea la mirada por encima de cada uno de sus rasgos. Su boca, su nariz, su mandíbula, su frente. Chloé tiene la impresión de que está dibujando un mapa mental de su rostro, y al instante se da cuenta de que ella misma lo contempla a él de igual forma, concentrada, ávida. Pidiéndole que se quede.

La boca de Vincent tiembla en una pequeña sonrisa.

—Te estaré esperando —musita.

Chloé sigue contemplándolo en silencio, con un estupor anonadado. Él se despide con una breve sonrisa, gira sobre sí mismo y se marcha.

Chloé se abstrae en la imagen de la puerta y una terrible lejanía se apodera de ella. Él ya no está ahí y, por mucho que mire el lugar en el que estaba, no volverá.

CHLOÉ



33

Vincent vive en Montmarte, el barrio más bohemio de París. En el siglo XIX tenía muy mala fama por culpa de los cabarets y los burdeles de la zona, pero grandes artistas como Pissarro, Picasso, Van Gogh y muchos otros lo convirtieron en su hogar y, por lo tanto, en uno de los principales centros artísticos de la ciudad, cuna de la pintura y de un estilo literario que haría estremecerse a los lectores más conservadores. Los propulsores del movimiento bohemio vivían según sus propios credos, sin acatar las normas de una sociedad aún puritana. Eran libres de convenciones, hedonistas por completo y coexistían en absoluto contacto con su vena artística.

Ahora es un barrio carísimo y lleno de turistas.

Con el papel en la mano sin guantes, Chloé sube una calle estrecha y empinada, en la que los muros de los jardines interiores tienen el mismo aspecto que los adoquines que cubren la calzada.

Aunque poco se ve de ellos. La mayoría están sepultados tras murales de plantas trepadoras, hiedras y muchas otras

desconocidas, cuyas hojas presumen de un verde tan intenso que ni siquiera parece real.

Hace un día frío y cerrado, el cielo por encima de París muestra un color lechoso, típico de un tiempo que augura nieve. Con todo, sigue sin nevar.

El aliento de Chloé brota en nubarrones que el viento desintegra de inmediato. Tiene la nariz fría y enrojecida, así como las manos. Lleva unos botines negros, de tacón, y un abrigo verde que le queda un poco grande y deja que el frío se cuele por debajo. Se ha recogido la larga melena en un moño informal y ahora empieza a arrepentirse. El frío en torno a sus orejas es inhumano.

Vuelve a comprobar el papel y después el número de la calle. Todavía le faltan diez números. Ya está cansada. Los botines no son nada cómodos y mucho menos adecuados para subir una calle adoquinada. Quería dar buena impresión. Si es cierto que volverá a actuar en un escenario, necesita sentirse más o menos como una persona.

A ambos lados de la calle, las fachadas empedradas se alternan con casas cuyas fachadas están pintadas de salmón rosado, y parece que Vincent vive en una de esas mansiones de tres plantas, la de los postigos de turquesa oscuro. A Chloé nunca la ha intimidado la gente famosa o poderosa. Pero con él es diferente. Él hace que le tiemblen las manos.

Irritada consigo misma, cuadra los hombros y toca el timbre. Vincent tarda unos treinta segundos en abrirle la puerta. Parece recién duchado, con el pelo mojado y alborotado, y va descalzo. Chloé pasea la mirada por su figura y traga saliva.

—Si estás ocupado, puedo volver más tarde.

Está completamente azorada y se le ha secado la boca al verlo, tan cómodo y despreocupado. Tan guapo…

—No. —Sonriendo, él la coge por la muñeca y la arrastra dentro —. Por favor, pasa, Chloé.

La lleva de la mano a la cocina. A él no parece alterarle algo tan sencillo como tocarla. A ella sí. Su corazón late enloquecido y una desconocida anticipación recorre su cuerpo como un hormigueo.

—Creí que no vendrías —dice él mientras le indica una silla para sentarse.

La cocina es enorme, muy luminosa, provenzal. Hay una barra para desayunar y una mesa para comer, así como múltiples armarios pintados del mismo turquesa oscuro que los postigos, un efecto envejecido que le resulta fascinante a Chloé.

El resto del mobiliario, incluyendo paredes y suelos, lucen tonos cálidos, maderas y blancos. Hay multitud de plantas, floreros llenos de lavandas y margaritas, y el enorme ventanal que se abre detrás del fregadero blanco deja a la vista un impresionante jardín interior, lleno de plantas aún verdes.

—He salido un poco tarde del trabajo —se obliga a decir—. Andamos liados. ¿Vives aquí?

—Sí —sonríe él, señalando hacia sus pies descalzos.

—Es… magnifico.

Los ojos de Vincent dan una vuelta circular por la cocina. Luce un aire pensativo, irresistible.

—Sí, la verdad es que sí. Es… una buena zona. ¿Quieres un café?

—No, yo no…

—Por favor. A mí me apetece uno, pero no podría tomarlo si tú no me acompañas. Hazle ese favor a un viejo amigo, ¿quieres?

Chloé lo mira conteniendo la sonrisa. Ese hombre de alguna forma siempre se las apaña para conseguir lo que quiere.

—Está bien.

—Fantástico. ¿Cómo lo tomas?

—Con una gota de leche fría y medio azucarillo.

Vincent se detiene de camino a la cafetera y vuelve la cabeza para mirarla. Ha enarcado las cejas, por algún motivo.

—¿En serio? Como yo.

Ella le devuelve la sonrisa. No se había fijado antes, pero bajo esa luz blanca y natural él parece un poco más mayor de lo que había calculado. Al sonreír se le arrugan un poco los ojos. Es muy atractivo. Lleva un jersey ancho, grueso, de color hueso, unos vaqueros descoloridos, y tiene los hombros fuertes y una cintura delgada.

Le gusta que vaya descalzo. La gente descalza siempre le ha parecido vulnerable. De algún modo, que él vaya descalzo hace que ella se sienta menos intimidada.

—Aquí tienes. Con una gota de leche fría y medio azucarillo.

Intercambian una pequeña sonrisa y él se sienta a su lado, acodándose sobre la mesa. Se produce un silencio que ambos aprovechan para sorber café. Los ojos de Vincent se pasean por la ventana. Chloé se obliga a mirar cualquier otra cosa menos a él.

—Quiero hacerlo —suelta de repente.

Los ojos de él se deprenden de la ventana y se giran hacia los suyos. Se miran unos segundos y Vincent asiente en silencio.

—Está bien.

—¿Podrías conseguirme las partituras? Me gustaría ponerme con ellas cuanto antes.

Él enarca una ceja con aire divertido.

—¿No crees que deberíamos hablar primero de dinero?

—Podría hacerlo gratis, por el mero placer de volver a cantar.

Vincent suelta una risa entre dientes. Chloé se exige a sí misma parpadear. No puede quedarse tan embobada cada vez que Vincent sonríe. Parece una *groupie*.

—No será necesario que lo hagas gratis. De hecho, hoy vamos a entregarte el cheque del adelanto.

—¿Cheque?

Vincent sigue mirándola con una mueca risueña y Chloé se siente un poco pueblerina delante de él. Le gustaría tener un poco más de esa sofisticación parisina que tienen el resto de mujeres de la ciudad, quizá un poco de afectación…

—Tenemos uno para todo el mundo. Así que, en cuanto firmemos el contrato, que casualmente tengo por aquí en alguna parte de la casa, te entregaré el cheque, las partituras y te diré cómo y cuándo ensayamos.

—Yo solo puedo por la tarde. Por la mañana trabajo.

—Ya no.

—¿Cómo que ya no? —se altera Chloé, tensándose de cabeza a pies.

Vincent compone una sonrisa tranquilizadora.

—No pasa nada. Claude ha contratado a un sustituto.

—¿Quieres decir que has hecho que me despidan?

Él levanta las manos en un gesto que la insta a la calma.

—No. Simplemente les he pedido que estuvieran preparados, por si decidías aceptar mi oferta.

—¿Y si no la hubiese aceptado? —insiste, dirigiendo toda la dureza de sus ojos hacia él.

Durante unos segundos lo mira transfigurada. Él aguanta su mirada con estoicismo, sin esbozar gesto alguno.

—Al sustituto se le habría pagado un mes de trabajo —contesta por fin—, y tú habrías conservado el empleo.

La aplomada respuesta que recibe la apacigua un poco. Se echa hacia atrás en el asiento y reflexiona durante un instante.

—¿Tan importante es para ti que yo haga esto?

—Sí —responde Vincent sin vacilar.

—¿Por qué?

Los ojos azules del hombre se clavan en los suyos con una fuerza casi hipnótica.

—Eres la mejor voz que he oído nunca.

Chloé frunce un poco el ceño. La forma en la que él sostiene su mirada le resulta un tanto perturbadora. Porque tiene la sensación de que sus ojos emanan tal atracción que serían capaces de derrumbar todas sus defensas.

—Bueno, pues… eh… ¿te parece que firmemos el contrato? Tengo más cosas que hacer hoy.

No tiene nada que hacer, pero está impaciente por irse. Necesita que le dé el aire, y necesita alejarse todo lo posible del magnetismo que desprende la mirada de Vincent.

—Claro. Voy a buscar la carpeta.

Se levanta sobre su metro noventa de altura y desaparece detrás de la puerta. Chloé suelta de golpe todo el aire que había estado reteniendo en los pulmones y peina la cocina con la mirada. Se pregunta si hay una señora Crozet en alguna parte. Siempre ha dado por hecho que él estaba soltero, pero estos días ha estado leyendo los periódicos en el trabajo. Se le atribuyen varios romances. Un artículo hablaba incluso de Tal. ¡Tal, la famosa Tal cuyos éxitos

suenan en todas partes! Él es esa clase de músico. De ese nivel. Así que nunca se fijaría en alguien como ella.

«No digas tonterías, Chloé. ¿Por qué piensas en él de esa forma? ¿Solo porque es guapo? Vaya chorrada más superficial. Pensaba que no éramos de esas que pierden las bragas por el primer tío guapo que conocen. No sabes nada sobre él. Podría ser un psicópata, o un maltratador, o un… una de esas personas que entregan su vida a la religión y a la abstinencia. Incluso podría ser de derechas, tirando al extremo. ¿Y si es un fascista? Imagínate que es un simpatizante del partido nazi. Puede que tenga una esvástica tatuada en el culo».

El regreso de Vincent pone fin a su monólogo interior y la hace enderezarse en la silla.

Y tensar los hombros.

Y dejar de pensar en tonterías.

—Aquí está. El contrato. Si necesitas un abogado que lo…

Vincent se calla al ver que ella ya lo está firmando.

—Al menos deberías leerlo —la regaña, no sin cierta suavidad.

—No tengo nada que perder.

—Aun así.

Chloé levanta la cabeza y sus ojos se encuentran al instante.

—Confío en ti, Vincent.

Él aprieta los labios y su pecho se ensancha al coger aliento.

—Está bien. Aquí tienes las partituras y el cheque. ¿Por qué no te tomas hoy de descanso y nos vemos mañana en el teatro? Me gustaría presentarte a los demás.

Chloé asiente y recoge el resto de papeles. Se pone pálida al mirar de reojo el cheque. Si ha contado bien los ceros, le están adelantando ¡treinta mil euros! Y si ha contado mal, son tres mil, que sigue siendo mucho dinero para ella. Podría ponerse al día con el alquiler y tal vez le sobre algo para una cena decente esas navidades.

—Echa un vistazo a las partituras y cualquier cambio que quieras hacer, lo hablamos mañana. Hice el arreglo basándome en lo que recuerdo de tu voz y después de haber escuchado algunos videos tuyos en YouTube, pero probablemente no se ajuste mucho a la realidad, así que mañana le damos un repaso.

—Vale. Ya está todo, ¿no?

—Sí, eh… —Vincent se frota el pelo de la nuca con los dedos y pone una sonrisilla cortada—. A no ser que te apetezca quedarte a comer…

—No, gracias. Tengo que irme.

Ha resultado un poco más escueta de lo que pretendía, pero es lo mejor. No tiene sentido hacerse falsas esperanzas.

Él la observa con una especie de confusión.

—Claro. Te acompaño a la puerta.

—De acuerdo.

Caminan en silencio, envarados, incómodos el uno con el otro. Ella quiere irse. Él parece que quiere que se quede.

Llegan a la puerta y Vincent la abre y la sostiene para ella. Chloé sale y desde las escaleras se vuelve para mirarlo.

—Gracias por todo.

Los labios de Vincent se despliegan en una de esas sonrisas suyas tan amables que arrugan las esquinas de sus ojos. «Parpadea, Chloé».

—Ha sido un placer. Te veo pasado mañana.

—Genial. Hasta pasado mañana.

—Sí.

Ella le da la espalda y aprieta el paso por los adoquines. No se vuelve a girar, pero sabe que él permanece ahí, siguiendo con la mirada la desgarbada figura que se aleja envuelta en la bruma de una tarde parisina.

FRANCESCA



34

Están en un mundo secreto en el que no existe nada más. Ni siquiera las ráfagas de lluvia que castigan los cristales.

El lento descenso de esos ardientes labios enloquece de deseo a Francesca, que, con los dedos hundidos entre mechones de su sedoso cabello, se aprieta contra él con un gemido desgarrado y arquea las caderas para recibir más y más de esa pasión sin la cual ya no podría imaginarse la vida.

La forma en la que la tocan sus manos, la firmeza de su boca, la delicadeza con la que el cuerpo del hombre se funde con el suyo, parece una especie de sueño que es capaz de reproducir a pesar de mantener los ojos bien abiertos.

Es la cuarta noche seguida que Hugo pasa en su habitación.

—Francesca… —murmura él su nombre mientras sus labios se arrastran desde la parte interna de su muslo hasta el montículo en el que se concentra todo su deseo.

Ella susurra su nombre con frenesí ciego y se revuelve entre sus brazos. Su cuerpo se agita en ademán de negación y después asiente febril.

Suplica que se detenga e implora que prosiga.

Sus dedos lo aferran con más fuerza y le dan un tirón en el pelo.

La pasión es indescriptible.

Su existencia entera se concentra en esos labios que la buscan insaciables.

La sangre ya no es sangre. Es lava que la abrasa por dentro.

Lo mira con los ojos empañados de pasión y se pregunta dónde ha estado él toda su vida. Siente que ha malgastado los primeros cuarenta y ocho años con cosas sin importancia, amores y desamores que no son más que manchas borrosas que el tiempo ha debilitado aún más.

Lo importante es esto, estas manos que veneran su cuerpo, esta boca que la busca incesantemente, la expresión indescriptible de este rostro y la lentitud con la que sus cuerpos se convierten en uno solo. Sus seres se derriten y se juntan en una sola esencia. Su sangre es la sangre de él. No hay tiempo ni hay espacio y el mundo les pertenece por completo a ellos dos.

Es inexplicable. Una auténtica locura. Esto es amor. Esto es el amor inagotable que estaba buscando. Tiene que serlo. Es demasiado intenso como para que no lo sea.

—Hugo… —Lo detiene, cogiendo su cabeza entre las manos—. Te parecerá una locura, pero me gustaría que el resto del mundo desapareciera para siempre. Volver a cosas cotidianas me resultaría inconcebible ahora.

Él sonríe, a pesar de que una tristeza extraordinaria se apodera de su rostro y se entremezcla con el deseo carnal que crepita en su mirada.

—El mundo no desaparecerá sin más. Pero podemos impedirle que interfiera entre nosotros.

—Suena difícil.

La sonrisa de él vuelve a asomar, leve, apagada, casi distante, como si él de repente estuviera en un lugar en el que ella no puede alcanzarlo, viendo cosas que ella no puede llegar a ver. Solo dura

unos segundos aquella nueva abstracción. Después, acerca el rostro al suyo y la mira como ojos abrasadores.

«Te estudia como si pretendiera memorizarte», piensa. Sin embargo, más que seducirla, el pensamiento la llena de intranquilidad.

—Ten fe —le susurra él, con una sonrisa cautivadora que la distrae durante un momento.

Toma de nuevo su boca y la besa aún más apasionadamente.

Y la mente de Francesca se nubla, sus pensamientos pierden coherencia. Se ha hundido. Está en las profundidades de un océano y el agua a través del cual observa las cosas distorsiona la imagen.

A pesar de todo, incluso si su mente está demasiado abotagada como para pensar con claridad, el desasosiego sigue ahí, bien aferrado a su corazón.

Tictac, tictac, tictac… ¿Nadie salvo ella puede escuchar ese reloj que corre imparable?

VINCENT



35

Chloé acaba de dejarlos a todos boquiabiertos con su interpretación de Cosette. Vincent no esperaba menos. Aun así, se regocija al ver sus caras de pasmo. De alguna forma se siente orgulloso, un estúpido orgullo masculino bastante injustificado, puesto que nada de eso es mérito suyo. Para él, encontrarla ha sido un golpe de suerte. A veces la suerte existe.

Busca con la mirada su delgada figura y la contempla con un anhelo y una melancolía que le pillan tan por sorpresa que contiene el aliento. Ha sentido deseo físico en otras ocasiones, pero aquello era diferente. Algo que ahora le parece sucio y fuera de lugar. Lo que Chloé despierta en él va más allá de la simple satisfacción sexual. Anhela ver su sonrisa, su rostro desplegándose poco a poco en una mueca risueña, su mirada brillar de entusiasmo, la felicidad iluminando su semblante anguloso... Quiere que ella sea feliz. Por primera vez en su vida, no busca SU satisfacción, sino la de ella. No quiere que nada le haga daño nunca más. Quiere verla sonreír,

incluso si esas sonrisas se las ofrece a otro hombre. No puede ser egoísta con Chloé. Le importa demasiado.

—Tío, esa chica tiene un vozarrón —le sobresalta la llegada de uno de los actores que forman parte del elenco—. ¿De dónde ha salido?

Vincent gira los ojos hacia Marius y esboza una débil sonrisa.

—Es fantástica, ¿verdad?

—Ya lo creo. Espero que no tenga novio.

Al ver el ceño fruncido de Vincent, el actor levanta las palmas en ademán pacifico.

—Vale. No me acercaré a menos de cinco metros.

Vincent sigue mirándolo con cara de asesino sociópata. Cuando calla, resulta mucho más amenazador que cuando habla.

—Tío, ¡haberme dicho que te gusta! —se defiende Marius.

—No me gusta —rezonga Vincent—. Pero no permitiré acoso en mi musical. Ni en ninguna parte.

—¡No iba a acosarla! Iba a pedirle una cita.

—Pues no lo hagas. No quiero que Chloé se sienta incómoda. Si le gustas, que sea ella quien dé el primer paso.

—Pues tendré que esperar sentado, porque no me ha mirado ni una sola vez. Solo tiene ojos para ti.

—No digas chorradas. Me ha mirado porque yo era el que doy las instrucciones.

—Ya, ya. Claro.

Disgustado, Marius se pone la chaqueta y se marcha dando un portazo. Vincent busca con la mirada a Chloé. Se acaba de poner el abrigo y se dirige a la puerta.

Un impulso repentino lo insta a echar a correr tras ella.

—Chloé, disculpa, ¿tienes un momento?

Ella se gira sobresaltada y lo observa con esos enormes ojos azules que derriten algo dentro del pecho de Vincent.

—Claro. ¿Qué pasa?

Se frota el pelo con los dedos antes de hablar. Esa chica le pone un poco nervioso desde que ha descubierto que es distinta a las demás.

—Verás, en Nochebuena toco en *La Bohème* y me preguntaba si te gustaría cantar una canción conmigo. Quiero que sea algo especial. Una sorpresa para los invitados. Tendríamos que ensayar un par de veces antes. No sé si te apetecería… Si estás ocupada… Si tienes planes para esa noche…

Chloé frunce el ceño con aire pensativo.

—¿Has pensado en alguna canción?

—Sí. Tengo una en mente.

—¿Qué tal si nos tomamos un café y me lo cuentas?

Vincent intenta mantener el rostro impasible, pero una pequeña sonrisa lucha por cobrar vida encima de sus labios. Se siente entusiasmado. Eufórico. Y solo porque ella va a tomar un café con él. Es ridículo.

—Vale. Conozco una pequeña cafetería a unos doscientos metros de aquí. Preparan los mejores gofres de París.

Chloé se echa a reír y empuja la puerta con las palmas.

—Creo que estás empeñado en hacer que engorde.

La sigue a la calle y, nada más salir, se coloca un cigarro entre los labios.

—Si te sirve de consuelo —La mira mientras lo enciende y toma la primera calada—, estoy dispuesto a que engordemos juntos.

Su risita le arranca una sonrisa apenas perceptible. Para ser un tipo tan serio, con ella sonríe mucho.

Marius, apoyado contra el muro, con un cigarrillo en la boca, le lanza una mirada resentida y niega con la cabeza. Vincent lo fulmina con la mirada, antes de apresurarse a alcanzar a Chloé, que se está alejando hacia el boulevard.

*****

La cafetería tiene el aire bohemio de un viejo teatro. Hace demasiado frío como para sentarse en la terraza, así que Vincent lanza el cigarrillo al suelo, lo apaga con la punta del zapato y sigue a Chloé hacia un interior casi vacío.

Ella se dirige a una mesa solitaria, arrinconada entre el muro burdeos y el gran ventanal. Él camina tras ella sin decir nada. Se

siente un poco nervioso. Sabe que no es una cita ni nada de eso. Aun así, el pulso le palpita frenético en las venas. Chloé, con su mera presencia, suele despertar ese nerviosismo en él.

Piden café, y Vincent se empeña en lo del gofre.

—No puedo comer un gofre yo sola —protesta ella con una sonrisa.

—¿Lo compartimos? —propone él. Desde que se ha sentado, no ha aflojado ni por un segundo la presión que sus ojos ejercen sobre los de ella.

—Vale.

—Voy a pedirlo.

Se levanta, se acerca a la barra y le pide a la camarera un gofre para compartir. Es una experiencia absolutamente novedosa para él. Nunca ha compartido el postre con nadie. Siempre le ha parecido algo íntimo, algo que solo hacen las parejas; un gesto cómplice postcoital. Él y Chloé no se acuestan.

Sin embargo, se comporta con ella como si fuera su novia. Vincent nunca ha tenido una novia, solo aventuras de una noche o dos. No sabe muy bien lo que implica tener una novia, pero imagina postres para compartir, noches de charlas *sin* sexo, sentarse delante de la ventana de su salón y contemplar juntos la nieve que cae en el jardín, acurrucarse en la cama, preparar juntos la cena…

De repente, le resulta una idea tan tentadora que frunce el ceño. ¿Qué le pasa? A él nunca le ha llamado la atención nada de eso. ¿Debería comentárselo al psicólogo? Como Chloé parece tan vulnerable, ¿su mente la percibe como a la madre que perdió y por eso está empeñado en darle a ella todo lo que su madre nunca tuvo? Es una idea horrenda. No, esto no puede tener nada que ver con su madre. Puede que simplemente se esté enamorando de ella.

Se pone mala cara a sí mismo. Sí, claro. Enamorarse. Él. ¡Ja!

—Aquí tiene.

La camarera deja sobre el mostrador un plato con un gofre enorme, lleno de chocolate y nata. Vincent esboza una sonrisa medio ausente, coge el plato y se dirige a la mesa.

—¡Vaya por Dios! —Los ojos de Chloé se abren con un chasquido —. Esto es cebar al personal.

Vincent se echa a reír y la contempla con unos ojos oscuros que disimulan bien sus pensamientos. Chloé coge el tenedor, sin percatarse de que él mantiene la mirada fija en ella, y se lleva a la boca un buen trozo de gofre. Vincent se muerde el labio al ver que se ha manchado la comisura de la boca de nata. Si fuera su novia, se inclinaría sobre la mesa y limpiaría esa manchita blanca con el pulgar. Luego se llevaría el pulgar a los labios. El pensamiento agita algo dentro de él.

—Tienes algo… —la informa, y su propia voz oxidada le sorprende.

—¿Qué?

—Algo aquí. En la esquina.

Se roza su propio labio para señalarle a ella la zona, ya que no quiere tocarla. No sin su permiso.

Chloé se da prisa por limpiarse con la servilleta. La nata desaparece, pero el deseo de Vincent no. Al contrario. Cuanto más tiempo pasa con ella, más aumenta ese extraño anhelo que lo llena de incertidumbre.

Lanza una mirada a sus suaves labios y se pregunta cómo se sentiría si pudiera cogerlos entre los suyos y probar su textura. Bien. Cree que se sentiría la hostia de bien.

—¿Es que tú no piensas probar el gofre?

—¿Qué? —pregunta, con un parpadeo confuso.

—El gofre. Que si no piensas probarlo.

—Ah. El gofre. Claro.

Sin responder a su sonrisa, coge el otro tenedor y parte un trozo para complacerla. En realidad, no le apetece comerlo. Está demasiado turbado. Inquieto. Necesitado de algo. Algún tipo de calor humano que no está muy seguro de comprender. Está claro que necesita acostarse con alguien. En cuanto acabe esta cosa, como quiera que se llame, porque una cita no es, llamará a Sylvie. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuvo con alguien. Ha llegado la hora de arreglarlo.

La mera idea lo llena de pavor. No, no podría. No podría acostarse con una mujer pensando en otra. Será mejor que se apunte a clases de natación.

EMILIA



36

Sabe que no debe entusiasmarse, pero el simple hecho de entrar en un club cogida de la mano de Alexander es un paso tan importante que no puede evitar sentir el cosquilleo de los nervios agitándole el estómago. Si está aquí es porque le importa, ¿no? Está haciendo un esfuerzo por ella. No es solo un polvo de una noche. Es importante para él.

La invade una repentina sensación de vértigo y se agarra a él con más fuerza, como si quisiera comprobar que es real. Alexander no vuelve la mirada, pero dobla los dedos sobre sus nudillos y sujeta su mano con más firmeza mientras se abre camino entre la gente y la arrastra tras él.

Los flashes le resultan embriagadores a Millie. La música la insta a dejarse llevar. Los parisinos saben montar una fiesta. Es más que evidente que los jóvenes a su alrededor se lo están pasando en grande.

Y ella y Alexander están ahí. Juntos. Y no solo eso. Han ido al teatro, al parque de atracciones, al cine y a cenar. ¡El ganó un gatito de peluche para ella, disparando una escopeta! Lleva una semana en París y esta es su quinta cita oficial. Cena y baile. Tiene que significar algo.

Por fin llegan a un reservado y él suelta su mano y se gira, exhibiendo la pose aplomada y contendida que ha mantenido durante la cena.

Millie se queda de pie delante de él y le aguanta la mirada. Se siente abrumada, como siempre. Lleva un vestido negro con la espalda al aire y botines de tacón, y nota que a Alexander le irrita su atuendo. Por algún motivo, le mosquea que ella salga de casa medio desnuda. En el restaurante la ha mirado de reojo varias veces y siempre ha fruncido el ceño.

—¿Qué quieres tomar?

Millie sonríe despacio.

—Sorpréndeme.

Alexander recorre todo su semblante con la mirada y su rostro se despliega en una media sonrisa canalla.

—Deberías saber que, siempre que una mujer me reta a algo, el asunto acaba mal.

Millie se echa a reír.

—Tomo nota.

Él hace ademán de sonreír, pero su sonrisa parece de pronto medio apagada. Millie nota que se ha quedado un poco colgado. Busca sus ojos en la oscuridad del club y la mira largo rato, cada vez más atormentado y anhelante, como si estuviera rindiéndose ante algo invisible, una fuerza que nadie salvo él puede ver.

Millie está paralizada, no se atreve a mover ni un solo músculo, por miedo a que él deje de mirarla tan impactado.

De pronto, Alexander acorta la distancia que los separa. Parece poseído, arrastrado hacia ella por una fuerza irresistible. Hunde los dedos en su pelo, le levanta el rostro y la besa, la besa con una pasión tan sublime que a Millie la aterra la idea de no volver a sentir algo así nunca más.

Con la punta de la lengua, Alexander se abre paso a través de sus labios y la saborea de forma lenta y carnal. Millie se apoya contra su firme cuerpo y se sumerge en las sensaciones que esa boca tórrida despierta en ella. Se dice a sí misma que esto es demasiado real e intenso como para tratarse de una quimera. Su conexión es tan absoluta que nada podría romperla. No es solo un beso. Él funde su alma con la suya. Ningún otro hombre podría besarla de esta forma, y desde luego que ella no quiere a ningún otro hombre en su vida.

La fascinó desde el primer instante. Millie había cumplido dieciocho años y, aunque había estado otras dos veces en *La Bohème*, no había llegado a conocer a Alexander hasta la fiesta de Navidad de ese año. Para ella solo era un señor que hacía negocios con su padre. No podía imaginarse de ningún modo que aquel tipo alto y atlético, cuyos ojos azules desprendían tanta fuerza sexual y tanto peligro, fuera el famoso socio de su padre, el alpinista que le había salvado la vida antes de que ella naciera.

En cierto modo, Millie siente que le debe su vida a él, porque si su padre nunca hubiera regresado del K2, ella no hubiera nacido.

Aunque no se enamoró de él por gratitud. Se enamoró de él porque no fue capaz de mirar a nadie más.

La primera vez que lo vio, una máscara oscura cubría su rostro. Era un baile de máscaras, y él vestía un esmoquin negro y llevaba el pelo despeinado con estudiada elegancia. No había forma de ver su rostro. Aun así, quedó impactada al cruzar una mirada con esos ardientes ojos azules, que la miraban como si la estuvieran desnudando.

Evidentemente, él no sabía en ese momento quién era ella ni cuantos años tenía. Solo vio a una chica morena con un espectacular vestido de noche y una máscara veneciana ocultando su rostro. La atracción fue inmediata. Alexander quedó igual de impactado que ella y se devoraron con la mirada toda la fiesta.

A medianoche tocó quitarse las máscaras y Millie comprobó que su atractivo era aún más devastador de lo que ella había imaginado. Nariz recta, rostro cincelado, labios perfectos.

Tenía que conocerle. Porque nadie antes de él la había mirado de verdad. Era invisible en medio de una marea de personas. Hasta que

ese hombre la miró.

Él dio un paso hacia ella. Ella dio un paso hacia él. Estaban a punto de encontrarse. Millie sentía que había algo especial entre ellos, una conexión que iba más allá de cualquier lógica. Sencillamente no podían apartar la mirada el uno del otro. Solo faltaban centímetros. Él sonrió y abrió la boca para decirle algo.

—Ah, Alexander, veo que has conocido a Emilia, mi hija.

Algo se hizo añicos en el rostro de él. Dejó de mirarla a ella y sus ojos se giraron hacia su padre.

—¿Tu hija? —repitió, con el ceño tan fruncido que a Millie le dieron ganas de acercarse y usar los dedos para relajar esa horrible arruga que la estaba apartando de él. Notó al instante que, lo que fuera que compartieran un segundo atrás, se había esfumado.

Y así fue.

A partir de ese momento, él la trató siempre con corrección, aunque una corrección distante que impedía que ella se acercara a él.

Millie creyó que se volvería loca. Cuanto más tiempo pasaba con él, más lo deseaba. Y más la ignoraba él.

Alexander es el único para ella. Siempre lo ha sabido. Solo espera que él también se dé cuenta de ello. Le queda muy poco tiempo en París y necesita que le pida que se quede antes de que acaben esas vacaciones. De lo contrario, que Dios la asista. La mera idea de no volver a verle, después de estos apasionados días a su lado, es insoportable.

La boca de él se aparta por fin de la suya y Millie necesita varios segundos para recobrar el aliento y estabilizarse. La cabeza le da vueltas.

—Iré a por algo de beber —le susurra Alexander.

Ella asiente. Aún tiene los pulmones colapsados por culpa de ese beso tan devastador.

Él le sonríe, le da un beso en el pelo y la deja sola en el reservado.

Millie se acerca a la barandilla y contempla a la gente que baila abajo, en la primera planta. Tiene muchas ganas de bailar con él, de

abrazarlo, de volver a besarlo... Su olor está impregnado en su ropa y Millie se estremece solo de pensar en la presión de su cuerpo.

—Hola.

Se gira sorprendida y mira con una ceja en alto al chico que la ha saludado.

—Hola —dice, frunciendo un poco el ceño.

—¿Qué hay? Te he visto pasar, y me preguntaba si querrías bailar.

Oh. Que está ligando con ella. Millie pensó que quizá la conocía de algo, tal vez del instituto.

—Pues... te lo agradezco, pero...

—Esfúmate —ladra una voz lenta y letal a espaldas del chico.

Este se gira y se da de bruces con Alexander, que tiene una expresión asesina que le pone el pelo de punta a Millie.

—¿Es que has venido con tu padre? —se mofa el chico, para desesperación de Millie.

Alexander aprieta las muelas, deja las copas sobre la mesa y lo desafía con una mirada pétrea que hiela la sangre dentro de las venas de Millie. Está claro que el chico tiene todas las de perder. Alexander es más fuerte, más alto y parece infinitamente más cabreado.

—¿Te lo tengo que repetir?

—Por favor, vete. No me apetece bailar —interviene Millie en un intento desesperado de calmar el ambiente, bastante tenso para su gusto.

El chico la mira con una media sonrisa socarrona.

—Está bien. Paso de rollos. Si prefieres estar toda la noche con tu viejo...

Le guiña el ojo a Alexander y se marcha. Millie expulsa el aire en un soplido y se acerca a él.

—Lo siento. Era un cretino. ¿Qué hay de beber?

Alexander no se mueve. La mira en silencio. Su rostro compacto parece más rígido que nunca. A Millie le da un vuelco el corazón.

—¿Pasa algo? —susurra, preocupada.

Alexander niega e intenta suavizar la expresión. Incluso le dedica un leve atisbo de sonrisa.

—No. ¿Por qué iba a pasar algo?

Millie se encoge de hombros a modo de respuesta y él pone los ojos en blanco.

—Estoy bien —masculla mientras coge una de las copas y se la acerca a los labios.

Pero Millie siente que algo ha cambiado irremediablemente entre ellos. Alexander se ha vuelto distante, frío. Lo siente más lejos de ella que nunca.

—¿Bailamos? —propone en un intento desesperado por recuperar la intimidad que tenían antes de que él se marchara a por las bebidas.

—No me apetece —responde él, lo cual hace que los peores temores de Millie cobren vida.

Ya no hay lugar a dudas. Algo ha cambiado y, aunque Millie aún no es capaz de ver las magnitudes de ese cambio, está muy preocupada por las consecuencias que podría tener en su relación.

CHLOÉ



37

Chloé mira a Vincent con ojos melancólicos. Cuanto más tiempo está a su lado, más aumenta su deseo de estarlo.

Hace apenas dos semanas vivía el día a día como buenamente le era posible y no se percataba apenas de que el mundo a su alrededor no tenía ningún brillo. Era un sinsentido. Chloé no sabía adónde iba ni por qué. Y tampoco le importaba.

Pero ahora, desde que Vincent ha entrado en su vida, lo que antes parecía gastado y gris ha adquirido un extraño destello, como si alguien por encima de ellos hubiese soltado sacos enteros de polvo de estrella y ese insólito resplandor hubiese despertado algo que hasta entonces se había mantenido indiscutiblemente muerto. Aunque ella parecía despierta en la superficie, su interior estaba atrapado en un letargo profundo, eterno. Silencio. Oscuridad. Nada.

Y, un día, sin previo aviso, la vida empezó a brotar como un manantial imparable, y lo que parecía haber sido destruido en su interior dejó de agonizar y se recompuso deprisa. Y ya no hay más silencio ni más oscuridad ni más reticencia a vivir. Todo lo contrario.

Ahora siente el ansia de la vida, y ya no rechaza más su invasión. Le permite que fluya por sus venas, que vaya poco a poco despertando las partes de su interior que habían quedado adormecidas. Lo que antes le daba miedo, ahora la intriga.

Y por encima de todo eso está Vincent, el hombre que de alguna forma ha hecho latir la vida dentro de ella. Muchas veces Chloé se queda abismada en su imagen, sus ojos recorren su rostro una y otra vez, siempre con curiosidad, mientras se pregunta por qué él. ¿Qué tiene de especial? ¿Todo esto que le está pasando es solo porque él se cruzó en su camino en el momento perfecto, cuando más le necesitaba? ¿Confunde gratitud y lealtad con otra especie de deseo?

Pensar en ello la deja todavía más confusa, y acaba apartando la mirada de ese perfecto rostro masculino para dedicar su atención a otra cosa.

Faltan dos días para Navidad y, como el primer ensayo del musical con el reparto ya completo ha ido muy bien, el director, o sea Vincent, los ha invitado a todos a cenar.

Hacía mucho que Chloé no estaba con gente y se siente un poco cohibida. Tantas conversaciones y risas la abruman. Ha estado tanto tiempo en silencio que el ruido hace que se sienta perdida.

Al principio intenta mantener alguna conversación con sus colegas. Le parecen todos muy amables y atentos con ella, así que hace un esfuerzo por caerles bien.

Pero al cabo de un rato se le agotan las palabras. Ellos siguen hablando y hablando, riendo a carcajadas, casi sin advertir que Chloé está en medio, con sonrisa incómoda, limitándose a asentir de vez en cuando con un pequeño gesto de la cabeza.

Vincent está perfectamente integrado, según cabría esperar. A fin de cuentas, ese es su mundo. Conoce a todo el mundo y no le faltan temas de conversación. Chloé, en cambio, se siente como lo que realmente es: una intrusa. Una impostora que se ha colado en una fiesta a la que nadie la ha invitado. No forma parte de su mundo y sabe que nunca lo hará. ¿Qué pretende? ¿Ser una de esos jóvenes risueños que se sienten a gusto con ellos mismos y se integran en cualquier parte? Ella no es así. Puede estar en la luz una hora o dos,

pero inevitablemente la oscuridad se la acaba tragando, oleadas y oleadas de aborrecible negro carbón, que llegan cuando menos se lo espera y lo empañan todo.

Sus compañeros hablan del amor. Chloé se siente vieja y cínica. Cree en la atracción. Pero el amor… Esa es otra historia.

—¿Y tú, Chloé? ¿Te has enamorado alguna vez? —plantea Marius con una sonrisa canalla.

Chloé frunce el ceño al oír su nombre y se pone pálida al constatar que todos los ojos se giran hacia ella.

—¿Yo? Pues… —En un acto reflejo, sus ojos buscan la mirada de Vincent y su ceño se frunce aún más. Él la estudia con ojos curiosos y penetrantes, casi la invita a responder—. No. Nunca.

—¡¿Nunca?! —exclama Camille, que también mira a Vincent—. ¡Dios mío! Yo me enamoro al menos una vez al día. Es algo obligatorio. Como la masturbación.

Chloé se atraganta con el vino, aunque nadie salvo Vincent se percata de ello. Los demás se lanzan de cabeza a una apasionada charla sobre la masturbación: frecuencia, beneficios, etc.

Chloé se siente muy fuera de lugar. Mira disimuladamente el reloj y se pregunta cuándo podría marcharse sin parecer maleducada.

La presencia de Vincent la hace dar un respingo en la silla. No le había visto moverse.

—No sé tú, pero yo ya estoy cansado —dice al adueñarse de la silla de al lado. Louise, la chica que estaba sentada ahí, acaba de marcharse a comprar tabaco—. Si quieres, puedo acompañarte a casa. Me pilla de camino.

—¿En serio?

—Sí —asegura él con una sonrisa muy convincente.

—Vale.

—Bien. Escuchad. Nosotros nos vamos ya. Tenéis barra libre, así que aprovechadla.

Todos aplauden y vitorean. Chloé sabe que van a aprovecharla.

Se despide con una sonrisa tensa y un gesto de la mano y, aferrando nerviosamente las correas del bolso, sigue a Vincent hacia la puerta.

En la acera, él se acerca a una moto y le ofrece un casco. Chloé palidece aún más. No solo por el viaje en motocicleta, sino porque la presencia de Vincent la inquieta demasiado y la idea de tener que abrazarlo la confunde.

—¿Todo bien?

—Sí —se obliga a decir mientras se da prisa por coger el casco—. Todo bien.

Intercambian una pequeña sonrisa y él se sienta, endereza y arranca la motocicleta.

Sin remedio, Chloé se coloca a su espalda y, después de unos segundos de duda, rodea con los brazos su abdomen.

Vaya. Qué músculos tan tensos.

Algo se agita en su interior. Molesta, mira al cielo y suelta un largo suspiro. Más vale que se acostumbre a su presencia, porque va a tener que verle mucho. Al musical todavía le faltan millones de horas de ensayo. Probablemente todo un año de trabajo.

Y mañana van a interpretar una canción en la fiesta de *La Bohème*. Alejarse de él sería absolutamente imposible.

Han estado ensayando esta mañana. Ha ido a su casa, ya por segunda vez, lo cual no ha hecho más que aturdirla. En el teatro, Vincent le parece profesional e inaccesible, un jefe tajante y audaz, pero verle en su casa, cómodo, despreocupado, descalzo, con esa mirada penetrante siguiendo todos sus movimientos, esa sonrisa que quiere brotar, pero él no se lo permite, esos intensos ojos azules que a veces parecían devorarla, la han hecho pensar en cosas que no tienen sentido.

Desear cosas sin sentido.

Hoy, cuando se acercó a la puerta de su casa, tenía el estómago revuelto por los nervios, como si el simple hecho de ver a Vincent la hubiese arrancado de su eterno letargo y devuelto a una vida que no está muy segura de desear.

Cuando se marchó, el deseo de quedarse era brutal. Nada tiene sentido.

Que ahora mismo esté conteniendo la respiración es un sinsentido de proporciones bíblicas.

La motocicleta disminuye la velocidad y gira a la derecha. Ya están en su callejón. Una oleada de alivio, mezclada con una tristeza a la que tampoco encuentra sentido, se abate sobre ella. No se le ocurre ninguna explicación para justificar el desconocido malestar que burbujea en su estómago.

Vincent apaga el motor y espera a que ella baje primero, antes de seguirla. Chloé se quita el casco con dedos trémulos y se lo ofrece. Él ya se ha quitado el suyo y sus chispeantes ojos devoran su rostro como siempre. Está despeinado y muy sexy.

Incómoda, Chloé desvía la mirada hacia la punta de sus zapatos, como si la preocupara lo que él pudiera leer en sus ojos si se adentrara demasiado.

—Tengo algo para ti.

Los ojos se Chloé se alzan de golpe al percibir esa nota ronca en su voz, y sus miradas se encuentran a través de la oscuridad. Hay una sonrisa tierna en las comisuras de la boca de Vincent.

—¿Para mí? —se sorprende ella.

—Sí. —Con una sonrisilla, se lleva la mano al bolsillo interior de su chaqueta de cuero y saca un pequeño regalo envuelto en papel verde, brillante—. Feliz Navidad, Chloé.

Ella lo mira con ojos turbados y ceño hundido.

—Pero… Pero yo no te he comprado…

—No hace falta. Es solo una bobada. La vi el otro día y… pensé en ti.

De nuevo la mira como si deseara besarla, con un ardor que le enciende la sangre, y de nuevo Chloé se siente perdida y abrumaba, porque no se le ocurre ninguna definición para *eso*, lo que sea que haya entre ellos. Durante el ensayo de hoy ha sorprendido más de una vez a Vincent mirándola con ese brillo lejano y atormentado en los ojos, y la desconcierta, porque no sabe qué significa. No sabe si es deseo, si es amabilidad, o si es algo que ni siquiera va dirigido a ella.

—Gracias —dice mientras alarga la mano y coge el regalo.

Pone una sonrisa mortecina.

Sus dedos se rozan. Chloé retira la mano deprisa. Su sonrisa se apaga.

Vincent levanta la mirada y sus ojos la devoran en silencio. El brillo atormentado sigue consumiendo su mirada.

Sus rostros parecen acercarse.

Chloé se prepara para recibir un beso. Siente las vibraciones que preceden ese estallido de deseo y, aunque se estremece en lo más recóndito de su ser, sabe que no es por culpa del pánico, sino porque ella también siente lo mismo. Está preparada para recibirlo.

Más que preparada.

Lo desea con todas sus fuerzas.

—Debería irme —susurra Vincent, cuyos ojos no se han apartado de los suyos ni por un segundo.

Sus palabras caen sobre ella como un jarro de agua fría. Su sangre deja de rugir con esa voracidad desconocida y todo se apaga de golpe. Incluso su corazón se ralentiza en el acto.

—Claro —responde, intentando ocultar su decepción—. Gracias por traerme. Y por el regalo.

—No hay de qué. Te veré mañana por la noche.

—Sí. Nos vemos.

Él es el primero en moverse. Le da la espalda y echa a andar hacia la motocicleta. Chloé siente una extraña parálisis en las piernas, como si algo invisible estuviera sujetándola, obligándola a permanecer clavada en esa maldita acera.

—¿Chloé? —De pronto, él se vuelve con un brillo hambriento en la mirada.

Los enormes ojos azules de Chloé se cargan de esperanza.

—¿Sí? —apenas se atreve a susurrar.

Vincent duda unos momentos. Parece estar en un feroz conflicto consigo mismo.

—Hoy lo has hecho muy bien. Solo… quería que lo supieras.

La decepción se derrumba de golpe sobre ella, con toda su fuerza aplastante.

—Ya. Gracias. Buenas noches.

Vincent le dedica una última sonrisa mortecina, triste y su rostro desaparece detrás del casco.

Chloé se queda mirándolo con impotencia. Él se sienta sobre la moto, arranca y desaparece en la noche; se desvanece como si

nunca hubiera estado ahí, como si la oscuridad que la acompaña a ella a todas partes se lo hubiera tragado.

Con sonrisa triste, Chloé baja la mirada hacia el regalo que aún sostiene en la mano y se abstrae en la imagen de ese papel verde y brillante que atrae la poca luz que hay en el callejón.

—¡A la mierda!

Sus manos se mueven frenéticas y destrozan el papel, dejando al descubierto la tapa carmesí de un pequeño librito llamado *Poemas de Paul Verlaine*.

El desconcierto que la invade la deja aún más desvalida. Con gesto concentrado abre el libro, pasa un par de páginas y a la luz de la luna lee el comienzo de uno de los poemas.

Soñé contigo esta noche:
Te desfallecías de mil maneras
Y murmurabas tantas cosas…[4]

Una sensación cálida se le asienta sobre el pecho, un claro desafío hacia la tormenta de emociones que late en sus ojos azules. Cierra las tapas del libro de golpe y levanta confusa la mirada, buscando algo en un callejón que se mantiene deprimentemente vacío. Lo que ella busca ya no está ahí. ¿Estuvo alguna vez?

CHLOÉ



38

Los nervios pueden con Chloé. El gran salón de baile está lleno de personas y ella se siente como una novata con un insufrible miedo escénico. No pisa terreno seguro y lo sabe. Hoy no va a interpretar a *Madame Butterfly*. Ni siquiera a Cosette. Ella y Vincent han preparado algo completamente diferente, un cambio de registro que no sabe si será capaz de llevar a cabo, por lo que se pasea inquieta de un lado al otro, sin dejar de retorcerse las manos.

Ha saludado antes a sus antiguos compañeros y todos la han recibido con cariño, un cariño que siente que no merece en absoluto. Entró en sus vidas como la impostora que es, fingiendo ser un pinche de cocina, y ahora está ahí de nuevo, fingiendo ser una cantante, cuando en realidad no es nada. *Nada*. Solo oscuridad.

Una mano en su hombro hace que esos macabros pensamientos se retiren como si fueran una marea baja, el mar que llama sus oscuras aguas de vuelta.

—Eh, ¿estás bien? —susurra junto a su oído la profunda y masculina voz de Vincent.

Chloé se vuelve con los ojos llenos de inquietud y una expresión de pánico deformando su rostro.

—No sé si puedo hacer esto.

—Lo hemos ensayado y siempre te ha salido perfecto.

—Sí, pero solo hemos ensayado un día y además… no había público.

Vincent descansa ambas manos sobre sus hombros y hace un poco de presión para relajarla. A diferencia de ella, luce tranquilo, como si nada de eso le importara. No en realidad. Le está sonriendo.

—Chloé, he visto tus actuaciones. La gente quedaba hechizada por tu voz.

Chloé levanta el mentón y hace acopio de calma.

—Eran otros tiempos. Yo ya no soy esa persona.

—Tú eres una estrella —asegura él tajante, y sus manos aprietan de nuevo sus hombros—. Puedes con una cancioncilla del tres al cuarto.

Chloé expulsa de golpe el aire y también parte de sus inseguridades.

—Está bien.

—Yo estaré contigo, ¿recuerdas?

—Sí.

—Todo va a salir bien.

Sus ojos se lo garantizan de forma tan categórica que las dudas de Chloé empiezan a disiparse cada vez más deprisa.

—De acuerdo —dice, moviendo la boca en una pequeña sonrisa.

—Bien. Es hora de que empiece el recital. Luego nos vemos.

La suelta y, con su talante distinguido, se dirige al escenario. Chloé, detrás de la cortina, se apoya contra el muro y lo contempla con una sonrisa mortecina. Es indiscutiblemente guapo, pero no es solo eso lo que la tiene tan fascinada. No son los pómulos definidos ni los ojos penetrantes los que hacen que el corazón se le suba a la garganta. Es su paciencia, su pasión, la forma en la que emplea la música para entregarse a los demás. No son solo notas. Es una pequeña parte de él.

—Está enamorado de ti.

Sobresaltada, Chloé gira la mirada y sus ojos se cruzan con los de Claude.

—Eso no es cierto —rebate, con una pequeña sonrisilla.

Claude lleva su habitual traje blanco y, cruzado de brazos, observa a Vincent tocar.

—Claro que sí. ¿Sabes cuántas veces le he visto sonreír antes de que te conociera?

—No. ¿Cuántas?

Claude le dirige una mirada divertida.

—*Ninguna* —subraya con un gesto de lo más insinuante.

Chloé vuelve la mirada hacia Vincent. Está tocando *Sinnerman*. Parece gustarle mucho esa canción. ¿Es posible que él…? Que él también… ¿sienta algo? Porque ella siente algo por él, aunque no sepa definirlo, porque en realidad nunca se ha sentido así. Esto es algo que va más allá de la gratitud, más allá de las típicas mariposas en el estómago, que siempre desaparecen al cabo de una semana o dos.

Esto es profundo. Un terremoto de magnitudes insospechadas que nace en su vientre y agita todo su ser con una fuerza jamás vista.

Y solo basta una mirada suya. Una palabra. Una pequeña sonrisa.

Aunque Chloé no se atreve a reproducir tal cosa en voz alta, su mente la desafía y formula la pregunta: ¿ese terremoto podría ser amor?

La mera idea deja su rostro completamente desfigurado.

—Y ahora os tengo preparada una sorpresa —anuncia Vincent a través del micrófono.

Chloé palidece aún más, coge aire en los pulmones y se obliga a soltarlo mientras agita las manos con nerviosismo.

Él formula su nombre.

Mierda. Ahora tiene que cantar.

El corazón le late desbocado. No puede hacerlo. ¡No puede! ¿Por qué se está torturando a sí misma de esta manera? Ella ya no es Chloé Lacroze. Ya no lleva esa máscara de *glamour* y seducción, aquel disfraz que la ocultaba y la protegía de los demás.

Ahora solo es Chloé, humana, vulnerable, sencilla. Quiere echarse atrás. ¡Necesita echarse atrás!

Pero cruza una mirada con Vincent y sus frenéticos pensamientos se callan como si la tormenta se hubiese alejado de golpe del mar, dejando las olas paralizadas, en una repentina calma que podría resultar aún más mortífera que la tempestad.

Las notas del piano la hacen sobresaltarse. Él la mira y le sonríe a modo de invitación. A su alrededor todo es oscuro. Muerto. Mudo. Vacío… Una inercia de la que nunca ha intentado escapar.

Hasta ahora.

Ahora no lo aguanta más. Quiere agarrar esa inercia con las dos manos y desgarrarla furiosamente para poder pasar a través ella, para poder acercarse al hombre de ojos curiosos y penetrantes, que, a pesar de estar en la luz, tiende una mano hacia su oscuridad.

Sin darse cuenta, sus piernas empiezan a moverse. Se acerca vacilante al micrófono, alarga un poco el cuello y cierra los ojos. Necesita que el mundo deje de existir, pero no que se vuelva oscuro como antes, sino vacío. Completamente deshabitado, para que el sonido de su voz vuelva a llenarlo de calidez y color. Quiere quitarle esa grisácea capa de opacidad y verlo bajo el albor de un nuevo día. Otro comienzo.

—*Wise men say* —empieza con una voz estremecedora que apenas es un susurro—. *Only fools rush in But I can't help falling in love with you*[5].

Chloé cree cada palabra. *Los hombres sabios dicen que solo los tontos se apresuran. Pero no puedo evitar enamorarme de ti*.

El silencio es repentino, aunque no en su cabeza, sino en la sala. Todos se quedan sin aliento. La voz de Chloé parece celestial. Vincent, con una sonrisa llena de ternura, la mira, fascinado, y la acompaña con el piano, hasta que le toca intervenir.

—*Shall I stay?* —da la réplica, volcando todo su ser en esa interpretación—. *Would it be a sin If I can't help falling in love with you?*[6]

¿Debería quedarme? ¿Sería un pecado Si no puedo evitar enamorarme de ti?

Es como si todo desapareciera y él le dijera esas palabras a ella.

Chloé separa las pestañas, y sus ojos, como siempre, buscan su rostro. Él no le está sonriendo. Pero sí la mira. La contempla con expresión mortalmente seria. Sus llameantes ojos devoran su rostro, sus dudas, todas sus inseguridades, se abren camino más y más, hasta penetrar a través de su corazón. En la sala, decenas de parejas bailan mejilla contra mejilla.

Pero para Chloé no existe nada. El mundo está vacío y, en medio de esa desnudez, él. Mirándola. Siempre mirándola como la está mirando en ese momento.

—*Take my hand* —le canta Vincent muy despacio, estremeciéndola con el toque rasposo de su voz y la descomunal tormenta de emociones que cruza su rostro mientras la mira a los ojos—. *Take my whole life too For I can't help falling in love with you*[7].

Toma mi mano. Toma mi vida entera también. Ya que no puedo evitar enamorarme de ti.

Chloé agarra el micrófono, se gira de cara a él y da la réplica. Que se joda el mundo. El miedo. La oscuridad. Nada importa si él la mira como la está mirando ahora. Todo acabara borrándose. La gente nacerá y morirá. Y a nadie le importará un comino.

Pero esa fascinación con la que él la está mirando ahora mismo es arte. Y el arte es eterno. El arte es lo único que queda cuando todo lo demás ha desaparecido, irremediablemente perdido, irremediablemente muerto.

La voz de Chloé estalla con pasión y se eleva hasta notas que ponen los pelos de punta a los oyentes. Su antiguo timbre metálico vuelve a resurgir, un fénix que se alza de sus propias cenizas, y todo es gracias a él.

—*For I can't help* —canta muy despacio, casi en un murmullo— *falling in love with… you*[8].

«No puedo evitar enamorarme de ti…»

La canción llega a su fin y las lágrimas se deslizan por las mejillas de Chloé.

Vincent la contempla con ternura y sonríe para infundirle ánimos.

Chloé se pasa la mano por la mejilla, arrastra esas marcas del ayer y también le sonríe a él. Ayer ya no importa. Ayer ha muerto. Hoy es hoy. Hoy es un nuevo día. Y hoy, juntos, lo han cambiado todo.

Él fue el único que la miró cuando ella era invisible. Él vio la luz en ella y no tuvo miedo de luchar por conseguir que los demás también la vieran. Ahora todo el mundo mira a Chloé, pero Chloé solo tiene ojos para él.

—¡Está nevando! —exclama una mujer con acento extranjero—. ¡Miren por la ventana! ¡Por fin está nevando!

Chloé, confusa, desvía los ojos hacia la ventana y los abre de par en par al ver la tormenta de copos de nieve que se desata en el exterior.

No puede evitarlo, sus carnosos labios pintados de rojo se mueven poco a poco, hasta que dibujan una enorme sonrisa de felicidad.

Ahí están, los primeros copos de nieve de la temporada, pequeños trozos de magia que traen a su mundo calidez, júbilo, risas y esperanza. En la sala hay gente besándose y gente abrazándose, gente diciendo *hola* y gente diciendo *adiós*.

O quizá solo *hasta pronto*.

Chloé, cada vez más maravillada, los mira a todos con la curiosidad de un niño y se percata de algo curioso: hay un poco de magia en cada uno de ellos. La chica de pelo rosa y el hombre de ojos azules, la mujer americana y Hugo, su benefactor de sonrisa triste al que ha conocido esa misma noche, ella misma e incluso Vincent, todos ellos conservan un poco de esa magia navideña.

Y por fin lo comprende. La vida es pura magia y vale la pena vivir cada segundo. Que el cielo esté oscuro no quiere decir que las estrellas hayan dejado de brillar en la atmósfera.

Están ahí. *Siempre* han estado ahí. Y ahora puede ver su brillo en todas partes.

—¡Feliz Navidad! —exclama alguien en alguna parte.

Confusa, Chloé mira el enorme reloj colgado detrás del piano y se sorprende de ver que ya sean las doce de la noche. Es Navidad. Y está nevando.

Sus ojos de niña asombrada se giran hacia la ventana. La nieve no deja de caer, una auténtica lluvia de estrellas se abate sobre los tejados de París, sepultando su habitual opacidad grisácea tras una esperanzadora capa de blanco iridiscente.

Chloé sonríe con toda la magia de su corazón y deja que el candente brillo de la estrella que lleva dentro salga a la superficie. La han amedrentado. La han destruido. Pero una estrella no deja de brillar ni siquiera en la noche más oscura.

Ella es una estrella.

Y brillará de nuevo. Porque es lo único que sabe hacer. Lo único por lo que vale la pena luchar. Y puede que por lo que morir. *Es* una estrella y no permitirá que nadie, nunca, vuelva a hacerla dudar de ello.

EMILIA



39

Es Nochebuena y Millie se termina de arreglar delante del espejo de su habitación. Han cenado los tres en casa, en intimidad, y ahora se dirige a una fiesta en el salón de baile, aunque está demasiado intranquila como para que la idea la entusiasme.

Tiene la sensación de que su control es tan endeble como un castillo de naipes azotado por el viento. La situación se le escapa de entre las manos. Las vacaciones han pasado demasiado deprisa. Su relación con Alexander está a punto de acabar. Es lo que acordaron, ¿no? Mantener una relación sexual mientras ella permanecía en París.

Pues bien, su vuelo de vuelta a Nueva York sale dentro de un par de horas, en plena madrugada, y no se siente preparada para poner fin a nada. El tiempo que ha pasado a su lado no ha aplacado las ráfagas de pasión que él despierta en ella. Al contrario. La idea de no volver a verle, de no despertarse más entre sus brazos, es tan horrible que la deja sin aliento. Apartarse de él le supone un dolor casi físico, profundo.

—No digas tonterías —se regaña, antes de aplicarse otra capa de rímel en las pestañas.

Lleva todo el día alterada y por eso no ve las cosas de manera objetiva. ¡Claro que puede regresar a su vida como si nada hubiera pasado! Debe considerar estos días como un regalo inesperado y pasar página. Un pequeño romance antes de emprender nuevas y emocionantes aventuras.

Pero ¿por qué es tan rarita? ¿Por qué no está emocionada? Ha obtenido lo que quería, ¿no? Quería que Alexander se rindiera ante ella, y se ha rendido. ¿Qué más quiere? ¿Que se casen y tengan bebés? Menuda tontería. Con una pequeña aventura es más que suficiente. Ella no es de las que se casan. Además, tiene veintidós años. No puede atarse a un hombre tan pronto. Tiene que explorar, conocer mundo. Es una niña.

—Una niña necia con ideas muy sosas —se dice, dando un paso atrás para contemplarse en el espejo.

Ha intentado ponerse elegante. Para él, por supuesto. En vez de sus habituales *shorts* y sus medias de rejilla, esta noche lleva un vestido corto, negro, con un solo tirante plateado cruzando su clavícula, y sandalias de tacón alto que hacen juego con su *clutch*. Se ha puesto pendientes largos, resplandecientes. Con el maquillaje adecuado y los labios pintados de cereza parece más mayor de lo que es. ¿Qué pretende?

—¿Qué estás haciendo, Emilia? —susurra, buscando la respuesta en las facciones de la joven cuya imagen le devuelve el espejo, una joven desconocida que luce igual de perdida que ella.

Se queda inmóvil unos segundos, absorta en el brillo de tormento que lacera los ojos de la extraña.

Esto no puede estar pasando.

Niega con la cabeza, coge el *clutch* y se marcha cerrando de un portazo.

Merde!

*****

Alexander lleva traje negro y está tan guapo que quita el aliento. El nerviosismo de Millie se dispara cuando lo ve despedirse de un grupo de personas y encaminarse hacia ella. Lleva el pelo oscuro peinado con esmero y el rostro inescrutable. Pero sus ojos, sus magníficos ojos azules, brillan de pasión. Pasión que ella despierta en él. Millie recorre con la mirada esa cara cincelada y se permite sentir un atisbo de esperanza por primera vez en todo el día.

—Ya iba siendo hora. Tu padre te estaba buscando hace rato. Desapareciste después de la cena.

—Quería cambiarme de ropa para la fiesta. ¿Dónde está mi padre?

—No tengo ni idea. Por ahí, entre la gente. ¿Quieres tomar algo?

—Una copa de champán.

—De acuerdo. Iré a buscarla.

Su mano le rodea el brazo y le da un pequeño apretón que la hace estremecerse y cuadrar los hombros. Esas caricias robadas y las miradas intercambiadas de vez en cuando la vuelven loca de deseo.

—Gracias.

Él hace una leve inclinación con la cabeza y se marcha. Millie, sola en una fiesta en la que no conoce a nadie aparte de él, se retuerce con nerviosismo uno de los mechones de pelo rosa que cuelgan sobre su rostro. Ha intentado hacerse un recogido. No le ha salido tan bien como a la chica del tutorial, pero no está mal del todo. A él parece gustarle. Cuando vuelve y le ofrece una copa de champán, le mira el recogido y sonríe.

—Estás muy guapa —susurra, inclinándose un poco sobre ella.

A Millie se le paraliza el aliento cuando su seductor olor masculino invade sus fosas nasales.

—Gracias. Tú también —se obliga a responder.

Él pone una pequeña sonrisa.

—Son casi las doce de la noche.

—Sí, casi es Navidad —lo sigue ella en esa intrascendente conversación. Ambos parecen demasiado nerviosos como para tratar asuntos serios.

—Quieres… ¿bailar? —propone él de pronto.

Millie se derrite. Está sonando *Can't Help Falling In Love.* Le encanta la canción.

Busca sus ojos. La mirada de Alexander registra un brillo tan ardiente que su corazón empieza a bombear sangre deprisa y unos músculos dentro de ella se contraen dolorosamente.

—Claro.

Él asiente y, con sonrisa apagada, la acerca a su pecho y apoya las palmas en su cintura.

Millie intenta relajar los hombros, pero le resulta difícil no estar tensa cuando nota el calor de sus manos traspasar la fina tela de su vestido y su aliento cosquillear contra sus labios. Se muere por besarle, pero sabe que él no moverá un dedo ahí, delante de todo el mundo.

Se limita a acariciarla despacio, a dibujar círculos con los dedos sobre su cintura, y ella le pasa los brazos por los hombros y se pega a él, quizá un poco más de la cuenta, hasta que nota su mejilla raspar la suya y su olor es lo único que respira. El momento sería perfecto, si no fuera por el desasosiego que no hay forma de quitarse de encima.

—Esta madrugada sale mi vuelo —susurra junto a su oído.

—Lo sé —la estremece su voz, profunda, metálica.

Millie coge aliento y se obliga a proseguir. Es ahora o nunca.

—¿Y no vas a pedírmelo?

—¿Pedirte el qué?

Hay un pequeño atisbo de sonrisa en su voz y Millie lo interpreta como una buena señal.

—Que me quede.

Se produce un largo y crepitante silencio, en el que el corazón de Millie se vuelve loco de angustia.

—Millie, ya lo hemos hablado —masculla él, mirándola—. Lo nuestro solo es sexo.

Ella deja de bailar y echa el cuello hacia atrás hasta que los ojos de él quedan por completo inmersos en los suyos.

La expresión que desvela el rostro de Alexander no es nada alentadora. Está serio como nunca. Millie juraría que incluso le cuesta respirar.

—Podemos cambiar de opinión —farfulla, con un brillo esperanzado en la mirada.

—No, no podemos —la desalienta él, en un tono tan seco que impacta en el corazón de Millie como una puñalada.

—¿Por qué no? —apenas se atreve a susurrar.

Un gesto de tormento tuerce el anguloso rostro de Alexander. Cierra los ojos por un segundo, traga saliva y apoya la frente contra la de ella.

—Ya sabes por qué no —musita encima de sus labios—. Sería inútil. Yo no puedo pedirte que dejes tu vida por mí y tú no puedes pedirme que lo deje todo plantado y me marche a Nueva York contigo. Si no le ponemos fin ahora, lo haremos dentro de un par de meses y será aún más doloroso.

—No me digas —suelta ella en tono áspero.

Alexander separa los párpados y la mira como un hombre que está a punto de desmoronarse.

—Emilia, vamos. Sabes que las cosas son complicadas.

—¡Pues a mí me parecen jodidamente simples! —estalla, sorbiéndose las lágrimas que amenazan con brotar—. Me quieres o no me quieres. ¿Qué hay de complicado en eso?

El rostro de Alexander se endurece y su mirada se le antoja cada vez más oscura.

—Millie, lo hemos hablado. Te dije que no soy un hombre que practica el amor.

—Vaya. Así que a esto se resume todo, ¿eh?

—¿A qué te refieres? —brama él, mosqueado.

La boca de Millie se tuerce en un gesto de incredulidad. Aparta la mirada y lucha por contener las lágrimas que amenazan con quebrantar su voz. Curiosamente, ninguno ha dejado de bailar. Estúpida canción. Ahora Millie no podrá volver a escucharla nunca más porque siempre le recordará a la noche en la que él le rompió el corazón.

Se pasa la lengua por los labios y, con aire vencido, vuelve la mirada hacia él y evalúa su cincelado rostro en silencio.

—A tratarme como si fuera un objeto de usar y tirar —responde después de haber cogido una profunda bocanada de aire en los

pulmones para asegurarse de que será capaz de conservar la entereza.

—No me jodas —exhala él con ojos repletos de agonía—. Emilia, yo no… Joder. —La suelta, se tapa la boca con las palmas y niega una y otra vez—. Por eso no me acuesto con gente de tu edad.

El rostro de Millie se tuerce en una mueca de perplejidad.

—¿Qué quiere decir eso?

Él se da cuenta de inmediato de lo mucho que ha metido la pata e intenta remediarlo.

—Nada. Lo siento. No tenía que haber dicho eso.

—No, en serio, quiero saberlo —insiste ella con voz fría y controlada.

Alexander la mira suplicante, pero Millie no se deja conmover por esos profundos ojos que tantos tormentos le provocan, y mantiene una expresión gélida y expectante.

—Quiero saberlo —repite, implacable.

Él baja los párpados y coge aire en los pulmones.

—La gente de tu edad malinterpreta las cosas —responde él por fin.

Millie entreabre la boca y una oleada de furia impacta contra ella con tanta fuerza que sus delgados hombros desnudos se estremecen.

—Increíble. ¿Sabes, Alexander? A veces la gente se enamora. No puedes castigar a los que sí somos capaces de sentir algo solo porque tú no tengas corazón.

—¿Que yo no tengo corazón? —replica él, con el rostro torcido en un gesto de cólera—. ¡Te dije desde el principio lo que había, Emilia! ¡Te lo advertí! ¡Este soy yo y no tengo absolutamente nada que ofrecerte! ¡No me eches a mí la culpa! ¡La que se obsesionó fuiste tú!

—Oh… Dios… Mío. ¡Eres un capullo!

—Emilia… —suplica, desesperado.

—No, tienes razón. ¡Eres el PUTO rey de los capullos!

Alexander se coge la nuca con las dos manos y echa la cabeza hacia atrás.

—¡¿Qué quieres que te diga, joder?! —ruge, con un brillo impotente en la mirada.

Millie lo mira con ojos inundados de lágrimas, pasea la mirada por su exquisito rostro torcido de agonía y su ira se disuelve como una cortina de niebla. Durante un puñado de segundos, el tiempo se detiene, y todo se resume a él. Recuerdos del pasado desfilan en torno a ellos como sombras malignas que la atraen irresistiblemente. Ve sus reflejos en la pared. Besos, caricias, palabras susurradas en la oscuridad. No eran promesas, pero sonaban como si lo fueran. Recuerda cómo la besó, y cómo se entrelazaban sus dedos mientras sus cuerpos se fundían en uno solo.

—¡Está nevando! —Una voz femenina, llena de entusiasmo, consigue llegar hasta Millie y arrancarla de su estupor—. ¡Miren por la ventana! ¡Por fin está nevando!

Lentamente, Millie despega los ojos de los de Alexander y mira por la ventana. Vaya. Lo que vio en la pared no eran reflejos del pasado, sino siluetas de los copos de nieve que se recortan contra la luz de las farolas. Afuera, por fin está nevando.

Lleva mucho tiempo esperando la nieve y, sin embargo, ahora no siente ni un ápice de entusiasmo. Está demasiado entumecida.

Sus ojos se vuelven de nuevo hacia Alexander. Vacíos. Horriblemente apagados.

—Necesito que me digas que no he sido solo yo —musita, con la voz despojada de cualquier sentimiento humano—. Dime que tú también lo has sentido. Que lo que hemos vivido no ha sido solo… un estúpido producto de mi imaginación. Tengo que saber si ha sido real o no.

El cincelado rostro de Alexander se ensombrece todavía más.

Y aunque hay cierto dolor latiendo en su mirada, en el fondo, sus ojos la observan con una determinación tan fría que parece congelar incluso los átomos de aire a su alrededor. El tiempo se detiene durante toda una eternidad, y ellos se miran. Se miran, se miran, se miran, como si fuera la primera vez. O puede que la última.

—No lo ha sido —le susurra él.

La mira una vez más y después da un paso atrás y se marcha.

Millie se queda en mitad de la pista de baile con el rostro desencajado. Se obliga a coger aliento, pero de repente respirar parece la cosa más complicada que ha tenido que hacer en toda su vida, y empieza a jadear desesperada. Se siente estúpida, impotente, pequeña y perdida.

Oh, Dios…

A su alrededor hay gente bailando mejilla contra mejilla. Un gesto apesadumbrado tuerce la boca de Millie. No ha podido evitar enamorarse de él, incluso cuando sabía que era una causa perdida.

Su mirada hueca se mueve hacia el cristal. La nieve cae de forma continua en el exterior. Ya es Navidad. Y todas sus esperanzas han muerto.

FRANCESCA



40

Tras una soberbia cena en el restaurante del hotel, Francesca se reúne con Hugo en el salón de baile, a tiempo de dar la bienvenida a la Navidad.

No han cenado juntos, lo cual ha sido un poco decepcionante, porque se muere por pasar más tiempo a su lado. Está demasiado enganchada a él. Su olor… Sus caricias… Sus besos… Incluso su tristeza la vuelve loca. Le gusta cuando toma su boca con desesperado frenesí, cuando pasa los dedos por encima de su rostro como si quisiera memorizarlo o cuando le dice algo bonito y después se queda ensimismado, atrapado en un punto inaccesible para ella.

Llevan tres días sin apenas salir de su habitación, y haber tenido que separarse esa tarde ha sido un auténtico fastidio. Evidentemente, él tenía compromisos familiares y, dado que llevan juntos unos tres minutos, ninguno de los dos estimó oportuno que ella lo acompañara.

A Francesca no le importa mucho la Navidad. Solo quiere volver a su habitación y perderse entre las sábanas con él. Está viviendo todo un romance parisino y no quiere ponerle fin tan pronto. Aún no ha

pensado en su vuelta a la normalidad, en qué va a pasar con su relación cuando ella tenga que volver a Roma. El asunto es tan inquietante que prefiere no abrir el tema. Vivirá el presente y ya pensará después en el futuro. Será como Scarlett O'Hara. Pensará en ello mañana.

De momento sigue siendo Nochebuena y Francesca, con un vestido rojo, entallado, que sabe que la favorece, hace su aparición en el salón y, con una mano en la cadera, recorre la sala en busca de Hugo. Él está hablando con un hombre, pero parece que nota su presencia, ya que levanta la cabeza y sus ojos peinan la sala.

Sus miradas se encuentran de inmediato, atraídas como por una especie de imán. No importa la gente que hay a su alrededor, con atuendos festivos y copas de champán en la mano. En el fondo están solos.

Hugo se le acerca con una sonrisa triste, teñida de anhelo.

—Hola —susurra, mirándola fascinado.

—Hola —musita ella, igual de absorta.

—Estás muy…

—¿Navideña?

—Guapa.

—Oh. —Francesca nota que se sonroja y que la sonrisa de él se acentúa.

—¿Qué tal la cena? —susurra él.

Se obliga a volver a mirarlo a los ojos, esos ojos oscuros llenos de pasión.

—Sublime. ¿Qué tal la tuya?

—Te he echado de menos —confiesa, con tono compungido—. ¿Bailas?

—Claro.

Sonriendo lánguidamente, la acerca a su pecho y la guía por la sala con una mano en la parte baja de su espalda y la otra entrelazada con la suya.

Sus ojos se han sumergido por completo en los suyos.

El pianista anuncia que ha preparado algo especial para dar la bienvenida a la Navidad. Una sorpresa. Los ojos de Francesca

buscan el reloj dorado colgado en el gran salón. Son casi las doce de la noche.

—*Wise men say.* —La voz de la cantante es tan extraordinaria que incluso Francesca sale por un momento de su burbuja de enamoramiento y sus ojos se giran distraídos hacia el escenario, donde una mujer pelirroja vestida de fiesta canta con los ojos cerrados—. *Only fools rush in But I can't help falling in love with you*[9].

—Vaya —murmura, impresionada.

Hugo esboza una sonrisa lánguida.

—Lo sé. Probablemente sea la mejor cantante de todo París.

—¿Tú crees? —repone Francesca divertida.

La sonrisa de él adquiere más fuerza. Aprieta suavemente su cintura y deja que la palma pasee unos segundos por la curva de su cadera antes de volver a elevarse por sus costados.

La respiración de Francesca se torna superficial.

Sus ojos se buscan, atraídos por una energía casi palpable. Él se muere por besarla. Francesca nota el brillo de deseo en sus ojos.

Pero no la besa. Se limita a mirarla con expresión deshecha y una intensidad que la deja sin aliento.

De repente algo sombrío se abate sobre él. Una tristeza que aturde a Francesca; algo que tiene que ver con las emociones confusas que contraen su apuesto rostro, y también con sus constantes ausencias.

Se dispone a abrir la boca y a preguntar cuál es la razón de tan enorme melancolía. ¿Por qué tiene la impresión de que se está despidiendo de ella? No tiene por qué ser un adiós. Si la distancia supone un problema para él, ella está dispuesta a acortarla. Al fin y al cabo, se cambió de continente por un gilipollas y se quedó en Roma por otro gilipollas. ¿Por qué no cambiarse de ciudad por alguien que sí vale la pena?

Sí, se lo tiene que decir. Seguro que eso pondrá fin a su tristeza.

—¡Está nevando! —la frena una mujer con acento extranjero—. ¡Miren por la ventana! ¡Por fin está nevando!

Hugo sonríe y la aplasta contra su pecho. Su boca está junto a su oreja y a Francesca la estremece el susurro de su pausado aliento.

—Quiero hacer el amor contigo mientras la nieve cubre la ciudad. ¿No crees que sería perfecto? ¿Qué me dices?

Francesca busca sus profundos ojos y traga saliva. Una expresión de puro deseo ha sustituido su tristeza, y eso hace que sus pensamientos empiecen a disiparse. No consigue reagrupar sus ideas. Está demasiado seducida por el brutal latido de su corazón. Un extraño hormigueo de anticipación recorre su cuerpo de arriba abajo. No, no puede pensar ahora. Se lo dirá mañana.

Hugo levanta la mano y arrastra el pulgar por el borde de su boca.

—Me muero por besarte —le susurra.

—Pues bésame… —musita ella.

Él pone una sonrisa leve, atormentada, y su boca desciende sobre la suya.

Mañana. Francesca hablará con él mañana sobre lo que pasará cuando acaben las vacaciones. Ahora solo quiere perderse en él, hacer el amor como siempre, tiernos, codiciosos, famélicos, desesperados… Llevando la pasión hasta el límite y luego de vuelta a empezar.

—Dame cinco minutos para despedirme de alguien y después soy todo tuyo.

—Está bien. —Francesca sonríe y se relame los labios, que aún le arden por culpa de su beso—. ¿Te espero en el *lobby* del hotel?

Hugo le devuelve la sonrisa.

—¿Donde empezó todo? Me parece perfecto.

Y la vuelve a besar.

VINCENT



41

Nadie queda más deslumbrado por el brillo de esa estrella que Vincent. Lleva días enteros tambaleándose encima de un abismo. Su mente contempla ideas que desafían toda lógica. Cree en cosas en las que antes le era imposible creer.

Y quiere cosas que no debería atreverse a querer.

No sabe si está preparado, si alguna vez lo ha estado o si alguna vez lo estará, pero así y todo se acerca a Chloé con esa sonrisa que cuesta borrar de sus labios cuando ella está cerca.

—Ha sido fantástico.

—Sí —responde ella, devolviéndole la sonrisa—. Tenía un poco de miedo al principio.

—Lo has hecho genial.

—Gracias.

—Te apetece… —Vincent calla un momento y frunce el ceño—. He visto que te gusta la nieve.

Los ojos de Chloé se encienden con una chispa de entusiasmo.

—Me encanta la nieve. Llevo todo el invierno esperando este momento.

—Me preguntaba si te gustaría salir a dar una vuelta por el jardín.

—¿Podemos escaquearnos de la fiesta? —pregunta Chloé asombrada.

Vincent se encoge de hombros.

—Podemos hacer lo que queramos. Nosotros hemos acabado. Ahora tocará una banda.

—Ah. Pues… vale. Sí. Salgamos a pasear.

Algo parecido a una sonrisa arruga las comisuras de los ojos de Vincent.

—¿Dónde tienes el abrigo?

—Detrás del escenario —responde ella.

—Voy a por él.

Sube por la parte de atrás, recoge tanto su abrigo como el de Chloé y regresa junto a ella, no sin antes haber pillado una botella de champán de camino.

—Aquí tienes tu abrigo. Y también he traído champán. —Le enseña la botella y sonríe con un gesto travieso—. Algo como esto merece una celebración y creo que un par de tragos no va a matarnos.

Ella suelta una risita. Los ojos oscuros de Vincent la miran acariciadores. Esta chica despierta en él tantas emociones que sería imposible catalogarlas algún día.

—¿Cojo dos copas? —pregunta ella.

Vincent se encoge de hombros.

—Si quieres… Yo no tengo problema en compartir la botella contigo.

De hecho, la mera idea de poner los labios en el mismo sitio que ella le excita.

—Yo tampoco.

—Vale. Pues ya está. Ponte el abrigo antes de salir.

Con una cálida sonrisa que ilumina sus ojos, Chloé coge el abrigo verde, se lo pone y sigue a Vincent hacia la puerta. Fuera, los primeros copos de nieve de la temporada flotan en la atmósfera. A Vincent nunca le ha entusiasmado la nieve. No hasta ver ese brillo

maravillado en los ojos azules de Chloé. Ella miraba la nevada como si fuera una salvación, con alegría infantil y una inocencia genuina, y de pronto Vincent quiere que esa esperanza también forme parte de él y que la luz que antes vibraba en los ojos de Chloé nunca desaparezca de ahí.

Pasean en silencio, pisando el pequeño y esponjoso manto de nieve que cubre el caminito de cemento. A unos cinco metros hay un tilo y, debajo de él, un banco de madera. Vincent quiere llevar ahí a Chloé. Aún no sabe lo que va a decirle. Ni siquiera sabe si debería decirle algo.

—¿Y ahora qué? Vas a seguir… eh… ¿viviendo en el mismo sitio?

Ha decidido empezar por una pregunta neutral.

—Sí. Pero he hecho algunas mejoras con el dinero del adelanto.

—No me digas. ¿Como cuáles?

—Como… arreglar la ventana rota y… poner calefacción.

Vincent aprieta los puños con fuerza y un brillo de furia aparece en sus ojos.

—Me dan ganas de matar a Rauch.

Ella lo mira y sus labios se mueven en una sonrisa mortecina y triste.

—Lo he superado, Vincent.

—Sí. ¿Pero cuánto tiempo has…?

Llegan al tilo sin hojas, ella se vuelve y pone la mano encima de la suya, lo cual provoca en Vincent tal impacto que lo deja sin palabras.

—Ya no importa. Gracias a ti, he salido de ese agujero de miseria y autocomplacencia.

—No digas eso. Yo no he hecho nada.

Chloé niega y sus ojos se llenan de lágrimas. En un impulso, rodea su nuca con los dedos y acerca el rostro al suyo.

—Vincent, me has devuelto la fe en mí misma. De alguna forma me has quitado todos los miedos, uno a uno, y me has hecho recordar quién soy y lo que valgo. Y no solo eso. Hiciste que creyera que puedo rozar las estrellas con solo alargar la mano. Y que yo soy una de ellas. Lo has arriesgado todo por mí. Y créeme cuando te digo que nunca podré agradecértelo lo bastante. ¿Es que no lo

entiendes? Tú viste lo bueno que había en mí cuando todos los demás se mantuvieron ciegos. ¿Cómo puedes decir que no has hecho nada?

Esbozando una sonrisa triste, Vincent levanta la mano y le seca las lágrimas con dulzura.

—No llores. No quiero que te sientas así ni que creas que debes agradecérmelo. No, Chloé. No me debes nada. No lo he hecho por recibir algo a cambio. No quiero gratitud ni que te sientas obligada a…

Sus palabras cesan de golpe cuando Chloé se pone de puntillas y lo besa muy suavemente en los labios. En el apuesto rostro de Vincent se pinta una confusión que hunde su entrecejo y hace que sus pupilas parezcan dilatadas, como las de un enajenado. Coge a Chloé por los hombros y la separa un poco de él.

—No hagas eso, Chloé.

Se siente como un capullo al ver la expresión de vergüenza absoluta que se refleja en los ojos azules que se elevan hacia los suyos. No era su intención herirla o hacer que se sintiera humillada.

—Lo siento. Creí que… Creí que entre nosotros había… que tú también… Mierda.

—Eh… —intenta consolarla.

—¡¿Cómo puedo ser tan estúpida?! —exclama Chloé, que, de un salto se aparta de él. Está tan enfrascada en su momento de remordimiento que no se percata de que él se le ha acercado, hasta que nota la presión de sus dedos en torno a sus brazos.

Y entonces alza de nuevo la mirada hacia la suya y sus ojos se entrelazan.

—No eres estúpida. Lo que sentiste, lo que pensaste que había entre nosotros, no eres solo tú. Yo también lo siento. Llevo días sintiéndolo.

Chloé lo mira expectante, pero sus esperanzas parecen disiparse ante la expresión atormentada que adopta el rostro de él.

—¿Pero? —susurra, intentando refrenar las lágrimas.

Vincent se toma unos segundos para aclararse la mente, y aprieta la mandíbula con fuerza.

—No quiero hacerte daño —contesta, con total sinceridad.

El desconsuelo que oscurecía los ojos de Chloé parece retroceder y un brillo de esperanza vuelve a iluminar el azul celeste de su mirada.

—Pues no lo hagas.

Vincent frunce el ceño, aún más confuso que antes.

—Es que yo… Esto de las relaciones…

—Yo tampoco —murmura ella con una sonrisa tierna, aunque un poco apagada—. Yo no hago esto. Pero siento que contigo… podría hacerlo. Yo podría… intentarlo.

—No quiero que lo hagas por gratitud.

—Ni yo quiero que tú lo hagas por pena.

Una sonrisa mortecina eleva la comisura derecha de la boca de Vincent.

—¿Pena? Créeme, no es pena lo que siento en este momento.

—¿Y qué sientes? —repone Chloé con los ojos clavados en los suyos.

—Siento… —Vincent aprieta los párpados y pone una sonrisilla incrédula—. Ganas de besarte —murmura, abriendo más los ojos para mirarla.

—¿Y qué te lo impide?

—Nada. —Durante unos segundos la mira con ardor y después sonríe—. En realidad, nada me lo impide.

Su rostro desciende sobre el de Chloé y ambos cierran los párpados un segundo antes de rozarse los labios.

Vincent no está preparado para la tempestad de emociones que recorre su cuerpo al sentir la suavidad de su tacto, y un gemido de placer brota desde lo más profundo de su garganta.

Chloé no opone ninguna resistencia, sus labios se separan y su boca recibe de buena gana la invasión de su lengua suplicante.

La mano de Vincent desciende por su columna, se arrastra despacio por su cadera y la aprieta contra él, para que ella pueda sentir la presión del deseo que lo lacera por dentro y convierte su sangre en algo parecido a la lava de un volcán.

Chloé suspira en su boca y Vincent, enardecido por ese sonido, rodea su espalda entre los brazos y la besa con una intensidad que lo perturba a la vez que lo excita.

Puede que ninguno de los dos esté preparado para algo tan profundo. Puede que su historia acabe incluso antes de comenzar.

Pero hoy, en ese momento, todo cuando importa es el impresionante beso que hace que ambos evoquen sensaciones que en realidad nunca han experimentado, esa necesidad urgente por fundirse en el otro, por desvanecerse, por desaparecer en su oscuridad, una oscuridad envolvente en la que nada importa salvo la boca de él temblando sobre la de ella.

En medio de ese frenesí pasional, Vincent se detiene por un momento y contempla fascinado la miríada de emociones que reflejan los ojos de Chloé.

Le parece que hay algo mágico en el brillo de su mirada y en ese frágil cuerpo que se amolda al suyo.

Ella cree que él la ha ayudado a salir de un agujero. Se equivoca. Ha sido al revés.

Para él, conocer a Chloé ha sido como encontrar un faro en la oscuridad. Ella es su inspiración. Un aliento de vida que acaba de resucitar algo que siempre ha estado muerto.

—Chloé, mi mundo es un lugar mejor desde que tú formas parte de él —le susurra, antes de que su boca vuelva a acometer hacia la suya.

Su beso se vuelve cada vez más lento y deliberado. La besa sin prisas. Sin reservas. Con desesperación.

Ya no tiene miedo de permitirse a sí mismo sentir algo. Ella es la fuerza que necesitaba para ahuyentar su debilidad. Ya no puede luchar contra lo que siente. Chloé es la victoria dentro de su derrota.

Y por eso la quiere. No es solo que sea importante para él. No solo busca cuidarla y protegerla. La quiere con todo el egoísmo que requiere el amor. No es una musa intangible, ni la inspiración ni la luz en medio de la oscuridad. Es una mujer real, de carne y hueso.

Y él la quiere como un hombre quiere a una mujer.

Chloé le clava los dientes en el labio inferior y juguetea con su boca, antes de volver a enredar la lengua con la suya.

Vincent aprieta los párpados con fuerza, le coge el rostro entre los dedos y la besa con un poco más de suavidad.

No son más que dos figuras borrosas, perdidas en medio de la nevada que cae sobre París.

MASSIMO



42

Porca Puttana!

Es el quinto hotel en el que Massimo la busca sin éxito. Es Nochebuena, ha empezado a nevar y tiene hambre, frío y quiere estar delante de una chimenea, con una copa de vino en la mano y un buen plato de jamón al lado, no en la asquerosa ciudad del amor, buscando a una mujer que no quiere que la encuentren. Está muy cansado y empieza a arrepentirse del impulso que lo ha hecho subirse a un avión un día antes de Navidad. ¿Qué pretendía? En las películas se ve siempre tan fácil...

—Hola —saluda desganado al recepcionista del sexto hotel y deja caer ruidosamente su maleta al suelo—. Necesito una habitación.

—Un momento, por favor.

El recepcionista teclea algo en el ordenador. Massimo, con aire impaciente, tamborilea los dedos sobre el mostrador. Necesita un buen baño y algo de cenar, aunque solo sea un sándwich. Tiene los pantalones manchados de barro y el pelo encrespado por la humedad.

—Tenemos libre solo la suite.

La suite. Cómo no.

Los mandaría a freír espárragos, pero está demasiado cansado como para marcharse a otro sitio.

—Está bien. La suite me vale. ¡Qué cojones! Es Nochebuena. ¡Tiremos la casa por la ventana!

—De acuerdo. Necesito que rellene este formulario.

Con un suspiro de exasperación, Massimo se saca la tarjeta de crédito del bolsillo y se la ofrece al recepcionista para que le saquee la cuenta mientras él rellena el dichoso formulario. Como si entendiera algo de lo que pone ahí. ¡Le han dado un formulario en francés!

—Muy bien. —El recepcionista, tras el debido saqueo de su cuenta bancaria, le dedica una gran sonrisa y le devuelve la tarjeta—. Disfrute de su estancia. Pierre, sube las maletas del señor a la suite.

Massimo les lanza una mirada cruzada. Franceses… ¿Qué puedes esperar?

—¿Puedo conseguir algo de cenar? —pregunta con expresión cansada.

—Por supuesto, señor. En la mesilla encontrará la carta. Cuando sepa lo que desea, marque el número de recepción y se lo subiremos a su habitación.

Más vale.

—Gracias.

—De nada, señor.

Massimo, farfullando disgustado, se dispone a marcharse, pero un nuevo impulso lo hace detenerse, y se acerca del nuevo al mostrador.

—Oiga.

El recepcionista levanta la mirada y despliega los labios en un renovado gesto de amabilidad.

—¿Sí, señor?

—¿No habrá por casualidad en este hotel una huésped llamada Francesca Conti?

—Oh, sí. Madame Conti es encantadora.

Massimo se queda boquiabierto, con los ojos dilatados de asombro.

—¿En serio? Gracias a Dios. Por fin la encuentro. Ay, no sabe usted qué alegría me acaba de dar. ¿En qué habitación está?

—Lo siento, señor, pero no puedo desvelarle esa información.

Massimo encoge las pupilas.

—¿Cómo que no puede darme esa información? —grita, con el rostro torcido de ira—. ¡He pagado quinientos euros para conseguirla!

—Dos mil setecientos, en realidad.

—*¡¿Cuánto?!* —ruge Massimo, que se aferra al borde del mostrador y mira al recepcionista con los ojos fuera de sus órbitas.

El recepcionista se echa para atrás, como si intentara alejarse todo lo posible del desquiciado huésped y de sus bramidos.

—Lo siento, señor, pero lo que me está pidiendo es una información confidencial que no estoy autorizado a compartir con usted.

—No me lo puedo creer. ¡Si es mi mujer! —ruge, dándole un puñetazo al mostrador.

—Lo siento de verdad. No puedo ayudarle.

Massimo decide recuperar la compostura. Ha comprobado en otras ocasiones que ser diplomático ayuda mucho más que si pierdes los estribos.

Levanta las palmas en gesto apacible, se alisa la americana azul y compone la más beatífica de las sonrisas.

—Oiga, siento haberle gritado. Me he puesto un poco nervioso. Llevo todo el día buscando a Francesca. Es Navidad y quiero sorprenderla. Por eso estoy en París. Ahora, si fuera usted tan amable de decirme en qué habitación está…

—No puedo infringir la política de privacidad de los huéspedes.

Massimo lo mira como si fantaseara con comerse sus riñones.

—¿Que no puede infringir…? —Resopla airado y se exige autocontrol—. ¡Está bien! ¡Usted gana! ¿Cuánto?

—¿Disculpe?

—Que cuánto quiere por la información.

El recepcionista lo mira horrorizado.

—Señor, no siga por ese camino o me veré obligado a llamar a la seguridad del hotel.

—A la seguridad del hotel. Después de haberme robado dos mil setecientos euros de la cuenta.

—Usted ha firmado el recibo.

—¿Que yo he firmado el…? Muy bien. Se acabó —ruge, con otro golpe en el mostrador—. No pienso seguir con esto. Es Nochebuena, estoy cansado, furioso y ¡TENGO HAMBRE! Así que no pienso seguir con esto. FRANCESCAAAAAAA. VEN AQUÍ AHORA MISMO. NOS VAMOS A CASA.

—Señor, si no se calma, me veré obligado a llamar a…

Massimo no le hace ni caso y se aleja hacia las escaleras.

—FRAN-CES-CAAAAAAAAA. SÉ QUE ESTÁS AQUÍ. ¡TE QUIERO! ¡ESTOY ENAMORADO DE TI! ¡VUELVE!

—Señor….

—FRANCESCAAAAAAAAAAAA.

*****

La maleta de Massimo aterriza encima de un montículo de nieve sucia. Massimo la sigue de inmediato.

—¿Será posible? ¡Franchutes de los cojones! —ruge enfurecido mientras se sacude la nieve de la americana—. ¡Soy ciudadano italiano y tengo mis derechos! ¡Esto es un atropello internacional! ¡Exijo que venga mi embajada! FRAN-CES-CAAAAA.

—Como no se calle, le arranco las muelas de un puñetazo —sisea el imponente gorila de seguridad. Que no es francés. Probablemente forme parte de alguna peligrosa banda albana.

Esa idea hace que Massimo trague saliva ruidosamente y se plantee si una mujer vale tanto como para cabrear a ese tipo.

—Está bien. Me callaré. No porque usted me dé miedo, sino porque ya me ha quedado claro que Francesca no está aquí.

El gorila le lanza una última mirada de advertencia y le cierra la puerta en las narices, con tanta fuerza que el flequillo de Massimo se levanta y después cae sobre su frente sin ninguna gracia.

¿Y ya está? ¿Ha volado hasta París solo para que le den con la puerta en las narices?

Solo en la oscuridad, se deshace en un suspiro y se deja caer encima de la maleta. Qué mierda de plan. Todo esto es culpa de Carlo. Si la quieres, haz algo grandilocuente para demostrárselo. Grandilocuente los cojones. ¿Y ahora qué?

Como no se quede aquí delante del hotel para interceptar a Francesca a la mañana siguiente…

—Oh, venga ya —se horroriza ante la perspectiva—. Ni se te ocurra.

¿Y qué otra opción tiene?

—*Porca Puttana!* Las cosas que hace la gente cuando se enamora.

MASSIMO



43

Muy elegante, con un aire a lo Marilyn Monroe, Francesca cruza las puertas giratorias del hotel, se arregla el pelo con los dedos y se coloca unas enormes gafas de sol negras encima de la nariz. Massimo no sabe para qué las necesita. El cielo parece obsidiana. No hay ni rastro del sol.

Ma qué *donna molto* irritante.

Paga deprisa el café que se acaba de tomar en el bar de enfrente y sale corriendo para alcanzarla. Menos mal que lleva calderilla y no necesita esperar las vueltas.

Francesca camina con la barbilla en alto, altiva y cómoda dentro de ese *deux-pièces* blanco que va a juego con la nieve que cubre las aceras. Del brazo le cuelga el bolso, un bolso beige que le regaló Massimo para su último cumpleaños. Una oleada de orgullo masculino lo invade de repente y lo hace sonreír. Sí, ella está en París, pero rodeada de recuerdos de él.

—¡Francesca!

La mujer se detiene un segundo, frunce el ceño como molesta por un sonido que no sabe identificar y, después de decidir que no la concierte el asunto, se aleja bamboleándose por la acera. ¿Será posible?

Massimo aumenta el ritmo de sus furiosas pisadas y, cuando la alcanza, la coge del brazo. Con lo fácil que habría sido que la descerebrada le cogiera el teléfono…

—Fran-ces-ca.

Los ojos verdes de Francesca se dilatan al reconocerle.

—¡Massimo! ¿Qué haces tú aquí? ¿Eres el fantasma de las navidades pasadas?

El rostro de Massimo se tuerce en una expresión aún más hosca.

—No digas tonterías. Vengo a buscarte.

—¿A mí? ¿Por qué? —repone ella con aire inocente. Como si no lo supiera. Seguro que se ha liado con al menos tres franceses. «Respira, Massimo. Tú respira».

—Porque tengo algo muy, *muy* importante que decirte.

—No me digas. ¿Qué puede ser tan importante que hayas tenido que venir hasta París en plena nevada?

—Pues que yo… ¿Te has hecho en *lifting*?

Francesca lo mira confundida.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué lo dices?

—Porque tienes una piel fantástica. Tersa y luminosa. Será la humedad.

—Supongo. ¿Decías?

Massimo endereza la espalda y se dispone a confesar sus sentimientos, pero justo cuando está a punto de abrir la boca, llega una ambulancia a toda velocidad y se detiene en la acera, delante del hotel.

—Ha debido de pasar algo —murmura Francesca con aire preocupado.

Massimo pone los brazos en jarras y sopla aire por la nariz.

—Bueno, ¿qué más da? Lo que he venido a decirte es que…

Ella sigue con la mirada a los sanitarios que entran corriendo en el hotel y levanta la palma para acallar a Massimo.

—Creo que es algo grave.

Mosqueado, Massimo cierra la boca y se cruza de brazos con la actitud displicente de un niño al que sus padres no le hacen caso.

—¿Quieres escucharme un minuto?

—Vayamos a ver de qué se trata —insiste ella, dedicándole una única mirada distraída, antes de echar a andar hacia el hotel.

Massimo se deshace en un suspiro y la sigue con actitud de mártir. Qué mujer tan frustrante. No tiene ni idea de por qué la quiere.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Francesca al recepcionista.

Gracias a Dios, ha cambiado el turno y ahora atiende un chico joven, de color. Massimo se siente aliviado. No quiere que ella sepa el vergonzoso episodio de la noche anterior ni que un gorila cachas le diera una patada en sus italianas posaderas y le lanzara a una montaña de nieve sucia.

—El señor Pinaut, el… el dueño… uno de los dueños…

A Massimo le entran ganas de sacudir al chico para que hable de una vez. ¿Será posible que tenga que arrancarle las palabras?

—¿Qué le sucede? —exhorta Francesca, bendita su curiosidad.

El recepcionista respira hondo y se obliga a tranquilizarse.

—Ha fallecido. Se ha suicidado en su despacho.

—¡Cielo Santo!

Francesca, conmocionada, se lleva una mano al pecho. Massimo aprovecha la situación para abrazarla y hacerle saber que si necesita un brazo que la sostenga…

O un hombro sobre el que llorar…

O una boca que calme sus…

—Por cierto. —El recepcionista se materializa dentro de la fantasía de Massimo y la echa por los suelos—. Esta madrugada dejó esto para usted.

—¿Para mí?

Francesca coge titubeando la carta que el recepcionista acaba de entregarle y frunce el ceño, visiblemente confundida. Sus enormes ojos llenos de preguntas se elevan hacia el joven que, igual de desconcertado que ella, se encoge de hombros.

—¿Supongo que lo explica todo en la carta? —se atreve a sugerir.

—¿Pero tú conocías al dueño del hotel? —pregunta Massimo, intrigado. Qué asunto tan turbio.

Francesca vuelve la cabeza hacia él y hace un gesto de confusión con los hombros.

—Creo que no. Quizá de vista…

—Pues abre la carta, a ver qué dice.

—Sí, será lo mejor —musita, preocupada.

MASSIMO



44

Francesca siempre ha tenido reacciones desmedidas ante situaciones de crisis.

Cuando era pequeña y su gato *Michy* decidió fugarse de casa, se negó a salir de su habitación durante toda una semana y nadie pudo hacer nada para que cambiara de opinión.

Cuando su novio Brad le dijo que era gay y que quedaba con ella solo porque estaba enamorado de su hermano, Francesca agarró un cuchillo y amenazó con contarse el pelo a lo *garçon* para parecer más masculina.

(No coló. A Bradley le seguía gustando Matt).

Y cuando él le puso los cuernos, Francesca cogió todos sus chalecos de marca, los amontonó en la bañera y les prendió fuego. Los vecinos llamaron a los bomberos y Francesca se enfrentó a ellos desfigurada de dolor y gritando *stronzo, stronzo,* como una posesa.

Massimo sabe que ella siempre tiene una reacción.

Por eso le resulta tan preocupante que se haya quedado helada, con los ojos dilatados en un gesto de espanto o ¿más bien de terror?

—¿Y bien? ¿Qué dice la carta? —se impacienta, sin poder aguantar ni un segundo más toda esa crepitante tensión.

Los ojos verdes de Francesca se alzan ausentes hacia los suyos. Le mira, pero Massimo se siente como si fuera tan invisible como el aire.

HUGO



45

Cinco horas antes

Hugo nació un 5 de enero de mil 1975. Era un domingo y sus padres se acaban de pelear. A él se le había olvidado sacar la basura y ella le estaba gritando por ello cuando rompió aguas. El pequeño Hugo vino al mundo poco después, en un hospital de Marsella. Pesó tres kilos doscientos gramos y era un niño perfectamente sano.

Sus padres se siguieron gritando porque no se ponían de acuerdo con el nombre.

Y porque ninguno había sacado la basura antes de salir corriendo al hospital.

Cuando era pequeño, a Hugo —ganó su madre y le llamaron Hugo— le gustaba trepar a los árboles y el chocolate Kinder.

Y una niña rubia llamada Sophie.

Fue su primer fracaso amoroso. Hugo tenía siete años cuando le partieron el corazón por primera vez.

Decidió no enamorarse más.

Hasta que una joven modelo llamada Lilly se cruzó en su camino, en ropa interior, y le hizo replantearse sus elecciones. Lilly fue todo un flechazo. Hugo se mudó a París por ella e, incluso, dejó de hablarse con su familia, porque a nadie le caía bien su nueva novia.

Tanto daba. Había perdido la cabeza, y esa momentánea locura lo hizo muy feliz.

Durante un tiempo. Luego, se jodió.

Él pensó que iban a envejecer juntos, pero ella tenía otras prioridades.

Como tirarse al satánico vocalista de un grupo de rock.

Con todo, Hugo siente que ha tenido una vida completa. Lilly le regaló una hija preciosa, y en los negocios le ha ido bien. No puede quejarse. Es un tipo con suerte. Un privilegiado.

Por eso cuando —después de firmar tres cartas dirigidas a las tres personas más importantes en su vida— vacía de un trago el vaso de whisky en el que ha disuelto una buena cantidad de pentobarbital sódico, sonríe.

Es lo último que hace Hugo Pinaut en este mundo. Sonreír.

Porque está enamorado y esta vez es para siempre.

Dicen que cada uno de nosotros es libre de elegir su propio final. Hugo ha decidido el suyo hace semanas. No va a morir enchufado a una máquina, tras una lucha larga y agonizante que sabe que va a perder porque tiene cero posibilidades de ganar. Eso no es vida, es la prolongación de un final que no puede ser alterado.

Su vida acabó el día en el que le dieron el diagnóstico. Glioblastoma. Grado IV. Su cerebro dijo basta.

La vida dentro de él se apaga con cada segundo que transcurre. Los dolores de cabeza se están volviendo cada vez más intensos. Se ha visto obligado a aumentar dos veces la dosis de calmantes, y eso solo en una semana. Ya sabe cómo acaba esto. En un par de meses como mucho, se quedará en estado vegetal, una carga para los suyos. Quizá dure días a partir de entonces. Quizá sean semanas. ¿Para qué?

A Hugo siempre se la ha dado bien jugar al póker. Y no hay mejor jugador que aquel que sabe cuándo debe retirarse.

CARTA Nº 1



46

Querida Francesca,

Mi último y gran amor.

Tenía que habértelo dicho antes: estoy enamorado de ti. En cuanto te vi en ese ascensor, con tus grandes ojos verdes y tu sentido del humor tan cínico como el mío, me quedé impactado. Mi mundo se detuvo de golpe y supe que ibas a convertirte en alguien muy especial en mi vida.

Lo que vino a continuación fue un sueño del que no quería despertar. Cuando bailé contigo la primera vez, cuando por fin te sostuve entre mis brazos y te besé, comprendí que te amaba. ¿Te acuerdas? Sonaba *Stand By Me*. Mientras escribo esto, escucho la canción y pienso en ti. Estás arriba, en tu cama, durmiendo, y yo

estoy tres plantas más abajo, solo, en la oscuridad, despidiéndome de ti.

No puedo quedarme, Francesca. No físicamente. Yo ya no pertenezco a este lugar. Pero te querré siempre. Sé que ahora no lo comprendes, y estarás furiosa conmigo durante mucho tiempo. Tal vez muy, muy furiosa.

Pero quiero que intentes ver las cosas tal y como las veo yo. Nuestro amor no podrá envejecer ni debilitarse. Nunca. Este es el amor eterno que estabas buscando. Te prometí que te ayudaría a encontrarlo, ¿no? Probablemente sea la primera promesa que cumplo en toda mi vida.

Por favor, no me odies. Esto no tiene nada que ver con nosotros. Es una elección que hice hace tiempo. Y me alegro de no haberla llevado a cabo antes, porque, por egoísta que te suene, gracias a este pequeño aplazamiento que me concedí a mí mismo pude conocerte y tú me regalaste algunos de los mejores momentos de toda mi vida. Me has hecho un hombre muy, muy feliz, Francesca. Quiero que lo sepas. Podría haberme ido en una mañana gris y deprimente, pero tú me has dado un gran final. La mejor salida. El desenlace perfecto. Incluso hubo nieve, las calles blancas, silenciosas, testigos de nuestro apasionado amor. Fue sublime, así que no llores por mí, porque me voy en paz, con una gran sonrisa, como un actor que se despide a lo grande al acabar la función.

No te digo adiós, porque tengo la esperanza de volver a verte. Algún día. En algún otro lugar. No será en este mundo, pero puede que sea en el otro. Por primera vez en mi vida tengo fe. Creo en nosotros. Espero que tú también puedas creer algún día.

No olvides que te quiero.

Hoy. Mañana. Siempre.

Tuyo,

Hugo.

MASSIMO



47

Presente

¡Que alguien ponga el mundo en pausa y lo haga retroceder!

Francesca ha dejado atrás su estado catatónico y ahora está fuera de sí. Tiene el rostro torcido en una aterradora mueca de locura, los ojos arrasados de lágrimas y estrecha la carta contra el pecho mientras grita una y otra vez:

—¡Cobarde! ¡Maldito cobarde! ¡Ni siquiera explicas por qué! ¿Por qué no puedes quedarte? ¡Era perfecto! ¡Cobarde! ¡Estúpido cobarde! ¿Cómo has podido?

Conmocionado, Massimo la envuelve en un abrazo y la estrecha con fuerza contra su pecho. Ella se retuerce, luchando por liberarse, y sigue chillando *cobarde* una y otra vez.

—Cariño, tranquila. Tranquila. Tranquila. Tranquila —Massimo no deja de susurrarle al oído y sostenerla con fuerza—. Estoy aquí.

Chisstt. Estoy aquí, *amore* —susurra mientras le acaricia el pelo con una mano.

—¿Qué ha pasado? —pregunta un hombre alto de ojos azules que acaba de cruzar las puertas del hotel y ha aterrizado en medio de todo ese follón.

—Oh, señor Blake. Es horrible. El señor Pinaut…

El hombre palidece.

—¿Qué ha pasado? —farfulla con faz tirante.

—Se ha suicidado —responde el recepcionista casi en un murmullo.

—¿QUÉ? —ruge horrorizado el hombre, que da un paso hacia adelante y luego frena en seco. De pronto se le ve desconcertado, como si no supiera qué hacer. Massimo entiende que, al igual que Francesca, conocía a Pinaut.

—Ha dejado una carta para usted —sigue diciendo el recepcionista, pálido como un fantasma.

El hombre le arranca la carta de entre las manos y la abre furioso. Tiene el ceño horriblemente fruncido mientras lee, y su rostro ensombrece conforme sus ojos se arrastran por aquella hoja de papel.

Cuando acaba de leer, se apoya contra el mostrador y se queda inmóvil, como uno de esos muñecos que se han quedado sin pilas. Su rostro se mantiene intacto, pero en su mirada ruge todo un infierno de sentimientos.

—Cobarde... —farfulla Francesca, cuyo dolor se ha convertido en agonía.

El hombre levanta distraído la mirada y la observa con gran desconcierto. Es evidente que no sabe quién es. Massimo no podría estar más intrigado. A estas alturas no entiende nada de nada.

—Llamad a Emilia —ordena el hombre de ojos azules, que parece recomponerse de repente—. Su avión habrá aterrizado o estará a punto de hacerlo. ¿Dejó una carta para ella?

—Sí, señor.

El hombre se queda colgado un segundo y una expresión de inimaginable agonía inunda sus ojos.

—Déjamela a mí —pide, volviendo en sí de inmediato—. Yo se la daré —añade con voz rota.

El recepcionista se da prisa por cumplir, lo cual hace pensar a Massimo que aquel hombre tan acostumbrado a ladrar órdenes es alguien importante.

Si al menos Francesca se tranquilizara… Ella sin duda podría desvelarle más piezas de ese extraño puzle.

Pero Francesca no parece dispuesta a dejar de tener una reacción desmedida tan pronto.

CARTA Nº 2



48

Querido Alexander,

Mi última gran expedición ha llegado a su fin y hoy toca decirte adiós. Más que un amigo, sabes que has sido un hermano para mí. Juntos hemos vivido muy buenos momentos, siempre me acordaré de aquel viaje a Las Vegas en el que acabé tan borracho que, si no me llegas a rescatar en el último momento, hubiera contraído matrimonio con aquella imitación barata de Marilyn Monroe que, seguro que era un tío y, además, me quería solo por mi dinero.

¿Qué estábamos celebrando, mi divorcio o el tuyo?

Como sea, quiero que sepas que me lo he pasado muy bien. De hecho, estoy sonriendo mientras escribo esto. Menudas hazañas, ¿eh?

¡Oh, anima esa cara! Ni que fuera esto un funeral. Sabes que no me gustan los llantos ni las despedidas demasiado emotivas, así que no se te ocurra llorar en mi entierro.

No quiero que estés afligido ni que dediques ni un segundo de tu tiempo a ponderar si podías haber hecho algo para evitarlo. No podías. Nadie podía. Es una decisión libre, mía, que tomé hace tiempo ya. No estoy deprimido ni noto un gran vacío dentro de mí. Al contrario. Me voy en el mejor de los momentos. Soy feliz por primera vez en mucho tiempo.

Aun así, elijo irme y nadie podría haberme detenido.

Ya lo sabes: mi vida, mis normas. Creo que todos deberíamos poder decidir cuándo y cómo partimos. No hay nada más personal que la muerte.

Sé que ahora piensas que he tomado una decisión cobarde. Tú habrías luchado hasta el fin, estoy convencido.

Pero ten en cuenta que no todos llegamos a la cima como tú. Algunos nos plantamos por el camino.

No me desprecies por ello. No me estoy rindiendo. Me entrego con la conciencia tranquila y todo el aplomo que requiere la situación.

Cuida de Emilia por mí. No sé qué es lo que os pasa estos días, si estáis enamorados o si os odiáis a muerte, pero os noto en perpetua tensión. Intenta arreglarlo. Si la quieres, no metas la pata. Y, si no, intenta ser un buen amigo para ella. Tanto como lo has sido para mí.

Cuídate, tío.

Con cariño,

Hugo.

ALEXANDER



49

Partículas de nieve mezclada con barro salpican las aceras. El cielo tiene un aspecto lechoso, demasiado triste, y el viento se estremece entre la interminable hilera de coches y taxis estacionados delante del aeropuerto; un viento frío que barre los papeles tirados al suelo y dobla los carteles de las empresas de alquiler de vehículos.

Alexander, con abrigo negro y rostro sin afeitar, está apoyado contra el lateral de su coche. Se ha levantado el cuello del abrigo para protegerse del frío y se mantiene rígido, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Tiene el ceño tan fruncido que su rostro parece adusto y oscuro.

Cuando ve a Emilia, una figura oscura y pequeña que cruza las puertas del aeropuerto con aire perdido, se endereza y el corazón empieza a latirle deprisa en el pecho.

Levanta la mano para llamar su atención. Los ojos de la chica escrutan ausentes la acera.

Cruzan una mirada y ella se encamina hacia él. Alexander lucha por mantenerse inescrutable. Lo que menos necesita ella en ese

momento es saber que él se siente igual de perdido, sin tener ni la menor idea de cómo afrontar lo que acaba de suceder.

—Hola —susurra Emilia al detenerse delante de él. Parece anestesiada, como si hubiera ingerido alguna especie de sustancia para tranquilizarse.

—Hola —musita él, frunciendo el ceño todavía más.

Una ráfaga de viento se alza entre ellos como si pretendiera separarlos. Alexander se pasa los dedos por el pelo para intentar mantenerlo a raya. Hoy no se ha echado cera. Hoy no le apetecía ni tan siquiera levantarse de la cama. Solo la idea de saber que ella estaba de camino ha mejorado las cosas. Ojalá pudiera abrazarla.

—Emilia, lo siento muchísimo.

Ella sorbe por la nariz y asiente despacio. A Alexander le parece más pequeña y más joven que nunca. Lleva el rostro sin maquillar, lo cual le permite ver lo devastada que está por dentro. Tiene enormes ojeras y los ojos azules tan inflamados que le cuesta mantenerlos abiertos. Va toda envuelta en negro y ha intentado hacerse un recogido elegante, aunque ahora, tras todas esas horas de vuelo, lo lleva medio deshecho.

—¿Está ya en el tanatorio? —susurra, con apena un hilito de voz.

Alexander entrecierra los ojos y asiente muy despacio.

—¿Me llevas? —vuelve a susurrar ella.

Alexander asiente otra vez.

Pero no se mueve, y Emilia le lanza una mirada reluciente.

—Emilia, él… te ha dejado una nota. Una carta.

Emilia traga saliva y le empieza a temblar el labio inferior. Se toma unos momentos para tranquilizarse y después levanta el mentón con una valentía que hace que Alexander la quiera todavía más.

Porque la quiere. Sabe que la quiere como nunca ha querido a nadie. Ni siquiera a sí mismo.

—¿Y dónde está? —pregunta ella, con un formidable aplomo.

Alexander se lleva la mano al bolsillo interior del abrigo, saca titubeando la carta y, tras ahogar un suspiro de derrota, se la ofrece.

Emilia vuelve a tragar saliva. Contempla el sobre unos diez largos segundos y después lo coge de entre sus manos con dedos temblorosos.

—La leeré de camino. Vamos. No quiero que te pille la hora punta. Odio los atascos.

Él asiente despacio, abre la puerta del copiloto y la sostiene para ella. Emilia se desliza en el asiento de cuero beige, se acopla el cinturón de seguridad y deposita la carta encima de sus rodillas, limitándose a contemplarla con ojos muertos.

Alexander cierra los ojos y aprieta los párpados con fuerza. Daría lo que fuera por quitarle ese dolor.

CARTA Nº 3



50

Querida Emilia,

Hoy, por ser mi última Nochebuena, he hecho un ejercicio de memoria y he intentado decidir cuál fue la mejor Nochebuena de toda mi vida.

Resulta que fue la de 1999. Lo recuerdo como si fuera ayer. Había nevado durante casi veinticuatro horas seguidas, en la tele sonaban villancicos y tú te tambaleabas por el salón, toqueteándolo todo con tus pequeñas manitas llenas de chocolate. Tu madre, me parece que aún la veo, llevaba un jersey rojo, navideño, y el pelo rubio recogido en un moño deshecho. Toda la casa olía a quemado. Lilly era una pésima cocinera y, de hecho, esa noche cenamos sándwiches, porque se cargó el pavo.

Pero fueron las mejores navidades de toda mi vida porque tú me llamaste papá por primera vez y sentí que por fin pertenecía a

alguien. Era tu papá.

Nunca planeé que las cosas acabaran así, y sé que la jodí contigo decenas de veces. Cuando tu madre y yo nos separamos, no supe estar a la altura de las circunstancias. Me aparté de todo el mundo, empecé a trabajar más y más y tú sentiste que te dejaba de lado. En realidad, solo intentaba conseguir que te sintieras orgullosa de mí. Creo que también fracasé en eso, vaya novedad.

Sé que no te vas contenta esta noche. Lo vi en tus ojos cuando nos despedimos. Fue todo muy raro, ¿verdad? Volaste a París con la intención de "arreglar" las cosas conmigo y estás triste porque no salió como lo esperabas. Me encontraste taciturno y más distante que nunca, y debiste de pensar que no me importabas. Pero no es así.

Te quiero, Emilia, no quiero que te olvides de esto nunca.

Te quiero de una forma que no podrás entender hasta que tengas hijos propios.

Y si no te permití acercarte fue porque no quería que recuperaras algo que sabía que ibas a perder en breve. Pensé que, de esta forma, quizá te dolería un poco menos. Perdóname si me equivoqué. Solo pretendía protegerte.

Es habitual que los padres den sabios consejos a sus hijos antes de marcharse, pero en este caso soy yo el que tiene mucho que aprender de ti. Tu capacidad para perdonarme por todas las veces que no he estado ahí, tu facilidad para amar a quién te ha decepcionado una y otra vez…

Eres toda una inspiración, Millie, y estoy muy orgulloso de ti. Da igual lo que hagas, da igual los errores que cometas a lo largo de tu vida, yo siempre estaré orgulloso de ti. No lo olvides, pequeña.

Te quiere,

Papá.

EMILIA



51

Los ojos de Millie pasean sin ningún rumbo por la cortina de árboles que impiden ver más allá. La humedad del bosque la ha hecho encogerse y esconder las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta. El dolor en su corazón se hace más profundo con cada ráfaga de viento que la estremece.

—¿Lista?

Su mirada ausente se alza y se cruza con la de Alexander.

—Sí.

—¿No deberíamos decir un par de palabras?

Millie traslada de nuevo la mirada hacia la suya. Sus movimientos son lentos y cansados.

—Vale —accede, después de un momento de embotamiento—. ¿Empiezas tú?

El pecho de Alexander se ensancha al coger aliento. Por primera vez desde que le conoce, a Millie le parece que está inquieto, puede que incluso más que ella. Ella finge tan bien… Siempre se le ha dado genial ocultar sus sentimientos.

—Está bien. Empiezo yo. —Alexander se aclara la voz, mira largo rato la urna de cenizas que sostiene entre las manos y pone una sonrisa dolorosa—. Nos pasamos la vida entera aplazando cosas, siempre dejando para mañana lo que no tenemos el valor de afrontar hoy. Vivimos enterrados en miedos y dudas. Tú no, Hugo. Tú siempre has sido muy valiente en ese aspecto. Siempre has hecho lo que has considerado que debía hacerse. Aunque no esté de acuerdo con tu decisión de marcharte tan pronto, comprendo por qué lo has hecho. Tomaste una decisión y debemos respetarla. Aunque es imposible que no estemos tristes hoy. Tu ausencia ha dejado un gran vacío en nuestras vidas y, para serte sincero, no sé el tiempo que vamos a tardar en superarlo. Ni siquiera sé si vamos a poder superarlo algún día. Pero te prometo que lo intentaremos por ti, y que te echaremos mucho de menos. Descansa en paz, amigo. Espero que, donde sea que estés, hayas encontrado la tranquilidad que estabas buscando.

Millie se limpia discretamente las lágrimas aferradas a las esquinas de sus ojos y levanta la barbilla en un intento por parecer valiente. Alexander le entrega la urna. Ella la coge con cuidado y, durante toda una eternidad, la contempla en silencio.

—¿Sabías que le dije a todo el mundo, incluso a mí misma, que eras un desconocido para mí? Parecía más fácil mentir que tener que afrontar la dolorosa verdad. Elegí olvidar los buenos momentos, como aquel año que te disfrazaste de Papá Noel y apareciste delante de mi cama para darme el susto de mi vida. Yo ya sabía que Papá Noel era un invento y, cuando te vi ahí de pie, pensé que eras un hombre malo y empecé a gritar como loca. ¿Te acuerdas de lo que grité? Dije *papá, papá, papá*, porque eras tú el que me rescataba de todas mis pesadillas. Tan importante eras para mí —su voz se quiebra y necesita un par de momentos para recuperarse—. No sé en qué momento la jodimos, pero quiero que sepas que durante muchos años fuiste mi héroe. Y que yo también te quiero, aunque nunca se me haya dado bien expresar mis sentimientos. Te echaré de menos, papá. Tenlo por seguro. Te echaré mucho de menos.

Cegada por las lágrimas, abre la urna y empieza a esparcir furiosamente las cenizas por el bosque.

Alexander aprieta los labios y la rodea con el brazo. Millie apoya la cabeza en su hombro.

No hay nadie más. El bosque está completamente vacío, salvo por ellos dos y el espíritu de Hugo, que flota en el aire. Al tanatorio acudió mucha gente para despedirle, pero esto es demasiado personal y Millie se negó a que viniera nadie más.

—Siempre hablamos de una lápida —susurra, con el rostro congestionado de tormento—, pero la idea de saberle ahí, descomponiéndose bajo tierra, me horroriza. Al menos así es libre, y a él siempre le han gustado los bosques.

No puede decir nada más, las lágrimas ahogan su voz y hunde la cabeza en el cuello de Alexander, que la abraza y deja que llore en silencio.

—Lo siento mucho, Emilia —le susurra al oído.

Ella se abraza a él con más fuerza, hunde los dedos en su grueso jersey y se queda inmóvil, hasta que las lágrimas se secan y el dolor la deja demasiado anestesiada como para sentir nada.

Entonces se aparta y se pasa las manos por la cara para secar la humedad.

—Gracias por acompañarme —musita con voz trémula mientras intenta recomponerse. Él le dedica una mueca compasiva.

—Era mi amigo —responde con ademán pesaroso—. No me des las gracias.

Millie asiente despacio y traga saliva.

—¿Crees que estará en un sitio mejor?

Alexander tarda unos momentos en responder. Sus ojos recorren las manchas de nieve que cubren el bosque ahí y allá.

—No sé si creo en un sitio mejor —contesta, posando su mirada sobre su rostro—, pero, si existe, estoy seguro de que Hugo está en él.

Los ojos se Millie se pierden a lo lejos.

—Sí, yo también… ¿Nos vamos?

Alexander no se mueve. La escruta con detenimiento y de pronto parece turbado. Su rostro se ensombrece.

—Emilia, sé que no es un buen momento, pero tenemos que hablar sobre lo nuestro.

Millie clava los ojos en los suyos con fiereza y bufa una sonrisa de incredulidad.

—¿Hablar? Tuviste tu oportunidad de decir algo, Alexander. Y no dijiste nada. Dejaste que me fuera.

Él encaja el golpe entrecerrando los ojos.

—Lo sé, y lo siento. —Enmudece, clava la mirada, tocada de dolor, en el suelo y susurra—. Lo siento mucho.

Millie lo contempla impávida. Pasea la mirada por encima de ese sufrimiento que se retrata en su rostro, registra una y otra vez sus ojos turbios y esboza una pequeña sonrisa.

Él lo siente. Como si eso fuera a mejorar nada a esas alturas.

Con el rostro completamente congelado, levanta el brazo y apenas roza con las yemas de los dedos su mejilla sin afeitar. Él cierra los ojos y se queda muy quieto, y ella baja la mano.

—Nada ha cambiado —dice Millie con voz apenas audible.

Él separa los párpados para mirarla.

—Sí que ha cambiado —murmura, con su hermoso rostro devastado por la culpa—. He comprendido que…

—¿Que la vida es corta? Por favor, no me des ese discurso. ¡Estamos en un funeral!

Él tensa la mandíbula y la mira suplicante. Millie niega.

—No, Alexander. Ya has hecho tu elección. Ahora debes respetar la mía.

No añade nada más. No hace falta. Le vuelve la espalda con gesto indiferente y se encamina hacia el coche. Sabe que él no seguirá con esa conversación. Es el fin y lo único que puede hacer Alexander es aceptarlo.

FRANCESCA



52

—Te quiero.

Durante unos segundos solo se escucha el ruido de los motores del avión y el ahogado barullo de las voces de los demás pasajeros.

Francesca separa los párpados hinchados de llanto y sus ojos se pasean, lánguidos, por el semblante del hombre que está sentado a su lado.

Massimo le aguanta la mirada con expresión de cachorro que implora que le adopten.

—Por eso vine a París —vuelve a susurrar al ver que no hay manera de arrancarla de su estupor—, porque he comprendido que te quiero y quería decírtelo cuanto antes.

Los labios de Francesca dibujan un amargo gesto de dolor. Levanta la mano y le acaricia el rostro, las yemas de sus dedos trazan la línea de su mandíbula, y Massimo se queda muy quieto, disfrutando de la caricia. Están ya en el aire, les falta poco más de cuarenta minutos para aterrizar en Roma.

—Massimo, cielito mío, tú no tienes ni idea de lo que es el amor —susurra, mirándolo con una ternura llena de tristeza.

Un espasmo de incomprensión recorre el rostro de él.

—Sé que me equivoqué, y quiero arreglarlo. Tienes que creerme.

—Oh, te creo. Creo que en este momento piensas que me quieres. De hecho, estás seguro de ello. Lo veo en tus ojos. Pero lo que tú sientes no es amor.

—¿Cómo puedes decir algo así? Pasé toda la Nochebuena en la calle, solo para encontrarte.

Los labios de Francesca vuelven a dibujar una mueca agónica.

—Cuando amas a una persona, no puedes ni siquiera plantearte la idea de besar otros labios, o de tocar otro cuerpo. Tu amor es una cerilla, Massimo. No te arropa cuando tienes frío, y se apaga cuando la noche se vuelve más oscura. Ya no hay lugar para cerillas en mi vida.

—*Amore*, creo que estás muy confusa. Quizá si te tomaras otro tranquilizante…

Francesca sonríe con tristeza y traslada la mirada hacia la ventanilla. Está tan cerca del cielo… ¿No debería sentirle, o sentir algo de ese amor que él dejó atrás? ¿No fue eso lo que dijo?, ¿ama con todas tus fuerzas, porque ese amor es lo único que quedará cuando tú ya no estés? ¡Menudo mentiroso! ¡No hay nada! Él se ha ido y jamás regresará. El amor ha desaparecido con él y en su lugar solo hay oscuridad, desesperación y una agonía que antes le habría resultado inimaginable. Francesca se siente como si le hubieran arrancado un órgano vital. ¿Cómo se supone que debe vivir ahora?

—Vine a París para encontrarme —musita, sin mirar a Massimo—. Y ahora me marcho más perdida que nunca.

—*Amore*, eso no es cierto. Regresas a tu vida y a tus rutinas.

Francesca bufa y encuentra su mirada.

—¿Mi vida? Hace mucho que mi vida no me hace feliz, Massimo. Roma, escribir… nada de eso me hace feliz ya. Si me he negado a ponerle fin antes, ha sido por cobardía.

—¿Qué quieres decir? —susurra Massimo aterrado.

Se produce un momento de silencio y el rostro de Francesca se contrae de dolor.

—Quiero decir que ha llegado la hora de partir.

—¡¿Hablas de suicidarte?! —profiere Massimo, para estupor de sus vecinos de vuelo, que sueltan ahogadas exclamaciones de horror.

—No —lo tranquiliza Francesca con una pequeña sonrisa—. Hablo de empezar de cero. De vivir la vida sin miedos ni titubeos. Sencillamente ¡hablo de vivir, Massimo! Quiero vivir. Ya no quiero sentirme entumecida ni cohibida nunca más. Quiero arriesgar. Quiero vivir junto al mar. Y, joder, quiero escribir algo que no sea la típica historia de una chica que conoce a un chico. Quiero más de lo que tú puedes darme.

—Pero… pero ¡yo te quiero! —le grita él, contrariado.

Ay.

Francesca baja los párpados con gesto cansado y apoya la sien contra la ventanilla.

—Te he oído la primera vez —farfulla sin energías. Está tan cansada, tan harta de todo. Solo quiere cerrar los ojos y que…

¿Qué? ¿Que esto acabe?

«Maldito seas, Hugo. Yo ya estaba muerta. ¿Por qué tenías que rematarme?».

CHLOÉ



53

Chloé sabe que Vincent está triste por la muerte de Hugo, su amigo y socio en el musical, y se le ocurre organizar una excursión fuera de París para cambiar de aires.

Tras estudiar varios destinos, decide que la costa sería una buena elección. Ella también necesita alejarse de la ciudad durante unos días. Solo vio a Hugo una vez. Aun así, está muy impresionada por lo ocurrido. La muerte siempre la impresiona. Alguien tan joven y caritativo… Es muy triste. Lo mejor que puede hacer es apartar a Vincent de París y de toda esta situación.

Se levanta por la mañana convencida de que la costa es una buena idea y, presa de un frenesí festivo, corre a la estación de trenes y consigue dos billetes para Calais. Será su regalo de Fin de Año para Vincent. Qué emocionante. Nunca ha estado enamorada. Todo esto es tremendamente novedoso.

Regresa a casa de inmediato, prepara una pequeña maleta y, después de dejarle al gato varios cuencos de comida y agua, se

marcha a darle la noticia a Vincent.

De camino a su casa empieza a arrepentirse. ¿Cómo ha podido dejarse llevar por un impulso? ¿No debería haberle consultado antes? ¿Y si él tiene algo que hacer en Nochevieja? ¿Y si toca en *La Bohème*?

El taxi se detiene delante de la casa de los postigos turquesas. Chloé paga lo que debe y se apea por la puerta con el semblante lleno de palidez. Su corazón late como un desquiciado, golpeando una y otra vez su caja torácica.

Llama a la puerta de Vincent con manos temblorosas y aferra la maleta con fuerza. Traga saliva ruidosamente mientras aguarda.

Él abre por fin y la comisura derecha de su boca se eleva en una sonrisilla procaz al verla con la maleta en la mano.

—Cielo, quizá sea un poco pronto para que vivamos juntos, pero podemos intentarlo.

Chloé abre la boca para replicar, pero él la agarra de un brazo y la arrastra al interior.

—Pero yo...

No le concede tiempo para explicarse. Un segundo después, ya tiene su rostro entre las manos y la está besando. La maleta de Chloé se escurre al suelo y sus brazos rodean los anchos hombros de Vincent.

Cuando él pone fin al beso, ella está aún más pálida, aunque hay un extraordinario brillo de pasión en sus ojos.

—Hola. —Vincent despega los labios de los suyos y le sonríe con ternura. Sus ojos se arrugan un poco en el proceso, lo cual deja a Chloé todavía más azorada.

—Eh… yo…

Él aprieta los labios para no reírse.

—Está bien, ¿qué has hecho? —Cruza los brazos sobre el pecho y la mira con una ceja en alto. Está descalzo y viste una camiseta blanca que intensifica el azul de sus preciosos ojos.

Chloé coge aire en los pulmones y se obliga a sostenerle la mirada.

—Verás.

—A ver.

Ella pone mala cara. ¿Por qué se burla?

—Me temo que he actuado en un impulso.

—Esto promete.

Vincent parece cada vez más divertido.

—Me he levantado esta mañana con ganas de regalarte algo…

—¿Sí?

—He ido a la estación de trenes…

La sonrisa de Vincent se intensifica.

—Ajá —la apremia a proseguir.

—Y me temo que he comprado dos billetes a Calais para irnos esta tarde —confiesa avergonzada, encogiéndose y apretando los dientes en una mueca de arrepentimiento.

Él se muerde el labio inferior y arquea las cejas.

—¿Piensas llevarme a un hotel para aprovecharte de mí, señorita Lacroze?

Chloé le dedica una mueca de pocos amigos.

—Mira, lo siento. Me dejé llevar. Probablemente estés ocupado, quizá tengas que tocar en alguna parte…

Él se lleva un dedo a los labios y le pide que guarde silencio. Tiene una expresión de niño malo. Chloé se rinde y deja caer los hombros. Sonriendo, Vincent la agarra de la mano, la arrastra al salón y señala con un gesto de la barbilla el sobre que hay sobre la mesa.

Ceñuda, Chloé se acerca y lo coge.

—¿Es para mí?

Él asiente y la estudia con sus concentrados ojos azules y esa sonrisilla que la vuelve loca.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Chloé coge aire en los pulmones, desgarra el papel y suelta un gritito.

—¡Madre mía! ¿Tú también has comprado billetes a Calais? —pregunta, levantando la mirada hacia la suya. Tiene los ojos abiertos de par en par.

Él se echa a reír.

—Sí.

—¡¿Por qué?!

—Te oí decirle a Camille que te gustaría ver el mar y pensé que una pequeña escapadita...

—¡No me lo creo! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Vincent hunde las manos en los bolsillos de los vaqueros y se encoge de hombros con gesto travieso.

—No lo sé. Supongo que… ¿ir a Calais? —le propone, torciendo la boca en un gesto de indiferencia.

Chloé suelta un gritito y se lanza a sus brazos. Él, riéndose, la levanta del suelo, hace que rodee su cintura con las rodillas y la besa con fuerza. Chloé siente una felicidad tan intensa que la asusta.

—Pero quiero que sepas una cosa —susurra Vincent al separarse sus labios.

Ella tiene la mirada clavada en la suya. Y no puede dejar de sonreír.

—¿El qué?

—Yo sí que pienso aprovecharme de ti.

Chloé se echa a reír, se pone de puntillas y lo vuelve a besar.

EMILIA



54

Por el enorme ventanal se ve a la perfección el árbol de Rockefeller Center y las treinta mil lucecitas que lo adornan. La fiesta se celebra en el ático de Reggie Vans, un ex compañero de Millie de la universidad, cuyos padres han tenido la pésima idea de marcharse a Europa y dejar la casa en manos de su hijo de veintitrés años.

Eso quiere decir que hay ciento cincuenta invitados, todos ellos vestidos de etiqueta, y una pirámide de copas de champán en la sala de estar.

—Ocho, siete, seis…

Reggie, subido encima de la mesa del comedor, en esmoquin y con uno de esos ridículos gorros de fiesta en la cabeza, da la cuenta atrás.

Millie se pierde entre la multitud. Mira a su alrededor con ojos desaforados y siente una intensa oleada de pánico que amenaza con asfixiarla. Se lleva las dos manos a la garganta para asegurarse de que no hay nada impidiéndole respirar. No, no hay cuerdas ni manos invisibles. Todo está en su cabeza.

—Cinco, cuatro, tres…

Se le hace un nudo en el estómago y sus ojos se llenan de lágrimas. Ni siquiera sabe por qué está llorando. A su padre no le hubiera gustado que llorara por él. A Alexander, mucho menos.

Aun así, puro dolor en estado líquido se escurre por las esquinas de sus ojos y arrasa sus mejillas. Ve a Reggie cada vez más borroso.

—Dos, uno, ¡Feliz Año Nuevo, *pringaos*! ¿Dónde está Millie? ¿Millie, cielo, dónde te has metido?

Sus amigos ríen y empiezan a abrazarse. Millie se enjuga deprisa la cara y fuerza una sonrisa. Alguien la abraza y la besa en los labios. Millie se pregunta si esa persona puede notar que lo que sostiene entre sus brazos no es más que un cadáver viviente, un cuerpo bonito, gélido y carente de vida.

No, nadie lo nota. Cuando la miran, los demás ven lo que ella quiere que vean. Mejor. No quiere amigos merodeando a su alrededor, preocupados por conocer su estado o sus sentimientos. Quiere que se marchen todos y la dejen a solas con su dolor. El sufrimiento es algo demasiado privado, demasiado íntimo como para compartirlo.

—¡Estoy aquí!

Fuerza la enésima sonrisa de la noche, agarra una copa de champán que vacía de golpe, y luego recibe la mano que Reggie le ofrece y se sube de un salto encima de la mesa.

Lleva un vestido negro minúsculo, botines altos y medias de rejilla. Sabe que está muy sexy. Ve el brillo hambriento en los ojos de los hombres cuando arrastran la mirada por su cuerpo.

Reggie le ofrece un chupito de algo. ¡A la mierda! Lo vacía de un trago y tuerce el gesto. El vodka siempre le ha parecido horrible. Se sacude para quitarse de encima el regusto.

Por los altavoces suena a todo volumen *Kill This Love*, de las Blackpink. Millie medio sonríe, rodea la nuca de Reggie con las dos manos y empieza a contonearse contra él. Reggie se coge el labio inferior entre los dientes y, con la frente apoyada contra la suya, le mira fijamente la boca.

«Así que quieres que nos liemos».

Los ojos índigo de Millie traspasan los ojos marrones de Reggie. La respiración del chico golpea contra sus labios. Se contonea de

nuevo contra él y pone una sonrisa lenta y sensual mientras se levanta del suelo, pegada a su cuerpo.

—Esta fiesta es un rollo. ¿Qué tal si nos largamos?

Reggie se muerde el labio con más fuerza y sonríe.

—¿Alguna idea de adónde quieres ir? —susurra encima de sus labios.

La boca de Millie esboza una media sonrisa socarrona.

—¿Qué tal arriba? Podemos montar una fiesta privada. He oído que tus padres tienen jacuzzi.

—Has oído bien. Pero ¿llevas bañador?

—Eso es lo mejor de todo, Reggie, querido: no.

Reggie se echa a reír, envuelve su nuca con una mano y la besa.

Y el corazón de Millie se envuelve en una renovada capa de escarcha.

«Maldito seas, Alexander. Ojalá estuvieras aquí».

No, no puede. La idea de besar otros labios no le resulta solo imposible, sino insoportable también.

—¿Sabes qué? —Pone una mano contra el pecho de Reggie y lo aparta—. Creo que he bebido demasiado. Mejor me voy.

—Pero…

—Lo siento. No pretendía liarte. Feliz Año.

Reggie esboza una sonrisa cargada de tristeza y asiente. Es un buen amigo.

Millie planta un beso rápido en su mejilla y se baja de la mesa de un salto. ¿A quién pretende engañar? Un polvo rápido y sucio con un tío al que no querrá ver por la mañana no llenará el vacío que hay dentro de ella. Nada llenará ese vacío. Es demasiado abismal. Es como si le hubiesen arrancado el corazón y colocado una pieza mecánica en su lugar. Late y bombea sangre, pero no es más que algo mecánico y frío.

FRANCESCA



55

Querida *Lectora Exigente*,

¡Feliz Año Nuevo!

Te escribo porque quiero que sepas que gracias a tu crítica de mierda he ido a París, he conocido a un hombre maravilloso y me he enamorado de él.

Y ¿adivina qué?

¡Se suicidó, joder!

Y ahora me siento más sola, perdida y destrozada que nunca.

Nunca pensé que diría esto, pero tenías razón. Mis libros no son realistas. Y ¿sabes qué? ¡De eso se trata, puñetas! La vida real es una mierda. El amor es otra mierda. Si los escritores fuéramos realistas, mataríamos toda la esperanza que aún queda en el mundo, y te prometo que ya es escasa.

Así que: que te follen, *Lectora Exigente*.

Ah, y te odio.

TE ODIO,

TE ODIO,
TE ODIO,
TE ODIO,
TE ODIO,
TE ODIO.
Att.
Francesca Conti

EMILIA



56

Desde que volvió de París, Millie corre todas las mañanas por el parque. Al principio, quinientos metros. Después, mil. Estamos a finales de enero y hoy ha recorrido cinco kilómetros. Lo hace sobre todo porque, cuando corre, no siente nada salvo dolor físico. Es una válvula de escape de la que no puede prescindir ahora mismo.

Normalmente va vestida de gris y lleva cascos.

Normalmente escucha *You Know I'm No Good.*

Hoy es un día raro. Le ha parecido ver a Alexander en el parque. Claro que, cuando se acercó, presa de un nerviosismo brutal, constató que se trataba de otra persona, y la decepción le resultó desgarradora. Por un segundo sintió una fuerte oleada de odio hacia aquel tipo que leía el periódico sentado en un banco junto al lago. Le odió con todas sus fuerzas, y todo porque ese hombre no era él.

Por eso hoy ha corrido tanto. Ahora está sin aliento y estira los músculos de las piernas esbozando un gesto de dolor. Mierda. Espera no haberse hecho una contractura.

La música cesa para dejar paso a una llamada entrante. Millie desliza el dedo por la pantalla.

—¿Diga?

—Hola.

Se queda congelada ante esa voz, dolorosamente familiar, que se propaga por sus venas. Joder. ¿Por qué no habrá mirado la pantalla antes de descolgar?

—No creí que fueras a contestarme —vuelve a susurrar él—. Todas las veces que te he llamado, no… —No acaba la frase y, en vez de eso, suelta un soplido exangüe.

Millie cierra los ojos y contiene la respiración.

—Te llamo porque el abogado necesita que firmes un par de documentos.

Millie niega despacio. ¿Y qué esperaba? ¿Que la llamara para ver qué tal está?

—Emilia, ¿sigues ahí?

Millie se traga el nudo de lágrimas que obstruye su garganta y cuelga. Sí, firmará todo lo que él quiera. Llamará al abogado y le dará su número, para que así Alexander no tenga que contactar con ella nunca más. Oír su voz le resulta demasiado doloroso.

CHLOÉ



57

Riéndose, Chloé corre por todo el salón. Vincent la sigue.

—Como te pille, te vas a enterrar —amenaza él con la voz sofocada de risa.

Chloé pega un gritito y salta encima del sofá. Viste mallas y una camiseta gris de Vincent.

Y no puede dejar de reírse.

Él salta tras ella y ambos se derrumban sobre los cojines. Sus carcajadas resuenan por toda la casa.

Abrazados, luchan y ruedan hasta caer al suelo.

Y ahí ríen aún más alto.

El gato los contempla con indiferencia.

Es marzo y Chloé y Vincent llevan una semana viviendo juntos. Era una tontería que ella conservara su piso cuando pasaba gran parte del tiempo en casa de él. El amor es así de egoísta y los enamorados tienden a aislarse de los demás para vivir su pasión como si nada aparte de eso tuviera importancia.

Un golpe en la puerta pone fin a sus carcajadas. Se miran, confusos, y Vincent deja de hacerle cosquillas y se levanta para ir a

ver de qué se trata.

Chloé se rehace la coleta y le sigue. Las visitas en esa casa son tan extrañas que la ha picado la curiosidad.

Vincent abre la puerta y frunce el ceño al cruzar una mirada con el hombre que aguarda en el umbral.

—¿El señor Crozet?

—¿Sí?

—Me llamo André Labelle. Soy… Bueno, *era* el abogado de Hugo Pinaut.

Tanto Chloé como Vincent palidecen al escuchar ese nombre.

—Ah. Encantado. —Se dan la mano y se sonríen con incomodidad —. ¿En qué puedo ayudarle? —pregunta Vincent.

—Verá, Hugo vino a verme un día antes de su muerte y me dejó esta carta para usted.

—¿Una carta para mí? ¿Y por qué no me la ha entregado antes?

—Porque él pidió expresamente no entregarla hasta... hoy.

—Ya veo. Pues, eh… gracias por venir hasta aquí.

—No hay de qué.

Vincent coge la carta de entre las manos del desconocido y pone una sonrisa ambigua. El hombre se despide con un gesto de cabeza.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —farfullan Chloé y Vincent antes de cerrar la puerta.

Se miran unos segundos en silencio, calibrando la situación.

—¿Crees que… se retira? —susurra Chloé.

Vincent se encoge de hombros.

—Ni idea.

—Pues ábrelo.

Él asiente y rasga el papel. Durante unos segundos lee el contenido de la carta en silencio.

—¿Y bien? —se impacienta Chloé.

Vincent niega.

—No se retira. Quiere… bueno, léelo tú misma.

Le ofrece el papel y Chloé lo mira unos segundos con las cejas en alto, antes de cogerlo y leerlo.

—¿Quién es Francesca?

Vincent tuerce los labios.
—No tengo ni idea.
—Habrá que averiguarlo.
—Se lo preguntaré a Alexander. Quizá él sepa algo.
Se miran con cierta interrogación en sus miradas.

FRANCESCA



58

Francesca le ha escrito decenas cartas a *Lectora Exigente*. Nunca se las ha enviado. Sería absurdo. No tiene su dirección. Las escribe y luego las guarda en el cajón. En todas ellas reitera su odio, con largas y apasionadas metáforas.

No es nada personal. *Lectora Exigente* no es más que una cabeza de turco; un canal a través del cual focaliza sus sentimientos. Tenía tanto amor en su corazón que, con la muerte de Hugo, ese amor tenía que ir a parar a alguna parte, y ahora se ha convertido en un intenso odio que la abrasa por dentro con la misma fuerza con la que la consumía el amor.

Lectora Exigente es la diana hacia la cual dispara todas sus flechas.

Escribir cartas de odio forma parte de una terapia que, al parecer, no la lleva a ninguna parte. No se siente mejor. Esto es una mierda. Se ha mudado a Marsella en busca de mar y color —y el recuerdo de Hugo—, pero solo ha encontrado oscuridad y una soledad abrumadora. Él no está aquí. No está en las basílicas de su ciudad natal, ni en los barcos anclados en el puerto, ni en el intenso cielo

azul que cubre esta ciudad. No está en ninguna parte, porque él *está muerto*.

Dicen que el tiempo cura las heridas, pero puede que haya heridas imposibles de cicatrizar.

EMILIA



59

Millie ha acabado la escuela de Arte y posa con su diploma en la mano para complacer a su madre.

—Emilia, ¿no podrías sonreír un poco? Tienes cara de funeral.

—Lo siento, mamá. No todas somos modelos como tú.

Lilly baja el móvil y le pone mala cara a su hija mayor. Es una mujer muy elegante, alta, esbelta, rubia, con unos ojos de color índigo muy parecidos a los de Millie.

—¿Hasta cuándo vas a castigarme por eso?

—¿Hasta cuándo vas a darme tú el coñazo con las fotos?

—Ah, eres imposible. No sé para qué me molesto. Es como su padre —le susurra a su marido, que pone una sonrisa breve para animar a Millie.

—Es verdad. Soy como mi padre. Y a mucha honra. Si hemos acabado, me gustaría marcharme.

—¿No vas a comer con nosotros? —repone Lilly en tono ofendido —. Tus hermanos te echan de menos.

Millie se pone unas gafas de sol oscuras para poder hacer una mueca por debajo.

—Lo siento, mamá. Hoy no puedo. Tengo una cita.

—Oh. —Lilly parece medio impresionada y medio aliviada. Se atusa el pelo con los dedos, aunque ya está perfectamente arreglado, y compone una de sus sonrisas encantadoras—. En ese caso, pásalo bien, cielo. Me alegro de ver que por fin te estás abriendo al mundo. Desde que volviste de París, no has sido tú misma.

El rostro de Millie no registra ni una reacción. Se acerca a Lilly y planta dos besos en sus radiantes mejillas. Se abstiene de decir que la cita es en realidad con el dueño de una galería de arte.

Y que no es una cita. Es una entrevista de trabajo.

—Adiós, Tom —dice, besando también a su padrastro, que se saca las manos de los bolsillos y la rodea en un abrazo cariñoso

—Adiós, Emilia. Y enhorabuena. Estamos muy orgullosos de ti.

Mientras se aleja de su familia, Millie solo puede pensar en que su padrastro y Alexander tienen la misma edad. Hay que estar muy dañada para creer que algo así podría funcionar.

CHLOÉ



60

—Suponía que te encontraría aquí.

Chloé se tensa de cabeza a pies y se gira muy, muy despacio.

Cuando sus ojos se cruzan con los ojos de Friedrich Rauch, una intensa oleada de vergüenza se abre paso a través de ella. Es repugnante, porque Chloé no tiene nada de lo que avergonzarse. El que debería hacerlo es él.

—¿Qué quieres? —lo enfrenta, muy orgullosa de la dureza y la frialdad que consigue aparentar.

Friedrich, con las manos en los bolsillos de su carísimo traje gris, pasea los ojos por todo su semblante y después le dedica su sonrisa más encantadora.

—Nada, en realidad. Vengo a hacer las paces.

Un gesto incrédulo se abre paso encima de los labios de Chloé.

—No me interesa.

Él tuerce la boca en un mohín apreciativo y apoya el hombro contra el muro. Están en el teatro. El ensayo está a punto de

arrancar y Chloé sabe que Friedrich ha debido de esperar fuera, probablemente en su coche, hasta ver marcharse a Vincent. Es un cobarde que solo se enfrenta con gente de menor tamaño.

—¿Qué es de tu vida?

—No es asunto tuyo —responde ella mientras estira la espalda delante del espejo. Forma parte de su rutina antes de subir a un escenario.

—¿Sigues con el pianista?

—Tampoco es asunto tuyo.

—Os vi en la ópera la semana pasada. Una mujer como tú debería estar sentada en un palco, no apiñada junto a un puñado de turistas incultos.

Chloé deja de estirar, se vuelve y lo mira de lleno a los ojos. Lo atraviesa con la mirada, más bien.

—Déjame adivinar: tú tienes un palco que ofrecerme.

Él despliega los labios en una sonrisa lenta y se encoge de hombros.

—Puede.

—Dime una cosa, Friedrich.

—Te escucho.

Chloé se acerca con la barbilla en alto y le sostiene la mirada mientras intenta contener las náuseas que le producen los repulsivos ojos que recorren su cuerpo.

—¿Por qué yo, eh? ¿Me viste en un escenario y decidiste: *voy a joderle la vida*?

Friedrich sonríe de nuevo, desvelando unos dientes blancos y rectos. Es la primera vez que ella se lo plantea.

—El amor es extraño, palomita.

Chloé bufa una sonrisa incrédula, abre el armario y se pone a buscar unas partituras.

—El amor no es extraño, Friedrich. El amor solo es amor. El problema es que tú nunca lo has conocido, y déjame decirte que te compadezco por ello, porque, chico, vivir sin haber amado es como no haber vivido ni un segundo, ¿sabes?

—Deberías volver a la ópera.

—Y tú deberías pudrirte en el Infierno.

—Estoy dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva.

—Yo no —responde Chloé entre dientes.

Cierra el armario apretando la mandíbula y, con las partituras en la mano, se dispone a salir. Pero Friedrich de una zancada, se planta delante de ella y la detiene, poniendo la mano en su hombro.

El cuerpo de Chloé se tensa como nunca, aunque, cuando se gira, su rostro no desvela nada.

—Palomita, en realidad estoy aquí por otra cosa. Sé que me he portado fatal contigo y me gustaría arreglarlo. Te ofrezco la oportunidad de volver y... no te pido nada a cambio.

—Dime, ¿esto guarda relación con el caso *Paraíso*, por el que te está investigando la fiscalía?

Rauch palidece y separa los labios en una mueca de horror

—¿Qué sabes de eso?

Chloé se encoge de hombros y pone una sonrisa cruel.

—Lo que sabe todo el mundo. Que vas a hundirte. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo que alguien me llame a declarar? Porque, créeme, sé perfectamente lo que voy a decir. Y cuando el gran Friedrich Rauch deje de ser Friedrich Rauch, ¿qué te apuestas a que habrá más mujeres dispuestas a hablar?

Friedrich se queda sin palabras ante el odio latente que oscurece la mirada de Chloé, y traga saliva.

—¿Tanto me odias?

Se produce un corto silencio.

Chloé ladea la cabeza hacia un lado y le sostiene la mirada. Lleva muchos años esperando ese momento y ahora lo está saboreando como nunca ha saboreado nada. Saber que Friedrich se ha vuelto tan frágil como una muñeca de porcelana china y que, con un solo golpecito podría romperlo en pedazos, le produce un placer indescriptible.

—Piensa en toda la cantidad de odio que crees que te profeso y multiplícala por mil. Y seguirá siendo poco.

FRANCESCA



61

Todos los días parecen iguales en Marsella. El sol sale por el este y se pone por el oeste. Sus vecinos desafinan con la flauta. En la tele echan películas que ella no entiende.

Francesca siente ganas de chillar. Han pasado once meses desde la muerte de Hugo y aún no ha escrito ni una triste palabra. Ya no le queda nada dentro. ¿Qué va a plasmar dentro de una novela si su alma está vacía?

Y eso que había ido a París para encontrar la inspiración…

Con un suspiro fatigado se aparta de la mesa y de la novela en la que supuestamente está trabajando y se acerca a la ventana. ¿Cuándo, cuándo, cuándo dejará de doler?

El sonido del timbre la arranca de su abstracción. Puff. Vendrán a quejarse de la flauta. Siempre llaman a su puerta y ella tiene que explicarles en su miserable francés que el que está tocando los cojones, perdón, la flauta, vive una planta más arriba.

Enfurruñada, se pasa una mano por el pelo y se encamina hacia la puerta con expresión displicente. Vive en un pisito de poco más

de cincuenta metros cuadrados. Si es cierto que está acabada, artísticamente hablando, más vale que empiece a ahorrar.

—¿Sí?

—Hola. ¿Señora Conti? —Ella dice que sí a través de la puerta. A ver si va a ser un psicópata—. Tengo una carta para usted.

Francesca frunce el ceño. Nadie salvo su editor tiene esa dirección. Abre y le lanza una mirada de arriba abajo a su cartero. No, no parece un psicópata. ¿Los psicópatas llevan uniforme?

—Muy bien —cede, a pesar de sí misma—. ¿Tengo que firmar en alguna parte?

—Sí. Firme aquí.

Coge el bolígrafo que le ofrecen, firma la entrega y cierra la puerta con el pie. Está demasiado intrigada por la carta. Viene en un sobre de color marfil, cuadrado, y han apuntado su nombre con elegante caligrafía. ¿Qué será? ¿Qué será? No lleva remitente. Qué curioso.

Sin dar más vueltas, abre el sobre y se queda de piedra. El dolor de este momento es inhumano.

Con todo, ahí, en medio de todas esas ráfagas de oscuro dolor, parece que lucha por brotar una única, borrosa, pizca de esperanza.

EMILIA



62

Millie recibe su carta al salir del trabajo. Se la entrega el portero de su edificio, junto con una caja de zapatos que se ha comprado online. En la galería tiene que vestir de forma más... adecuada. Nada de *shorts* ni medias de rejilla. Se supone que es una adulta ahora. Buuuu. Bienvenida al mundo laboral.

—¿Qué tal el día, señorita Pinaut?

—Largo y soporífero, George. —Millie da la vuelta al sobre en busca de un remitente y frunce el ceño al no encontrar un nombre —. ¿Qué tal es suyo?

El hombre se encoge de hombros.

—Bah. He intentado hacer el crucigrama del Times.

—Pues sí que ha debido de aburrirse.

Millie abre el sobre intrigada.

—¿Sabe que se han mudado los del quinto B? ¿Los que estaban todo el día dale que te pego?

La mirada de Millie asciende de golpe. Sus ojos son enormes, vacíos, y miran mucho más allá del portero que parlotea sobre Dios sabe qué. Su cuerpo está aquí, prisionero de este momento.

Pero sus ojos solo pueden contemplar el pasado.

CHLOÉ



63

Chloé está descalza sobre el suelo de parqué.

—Lo que más me gusta de esta casa es que se calienta de arriba abajo.

Vincent se echa a reír, se acerca a ella y la envuelve en un abrazo. Descansa la barbilla en su hombro. Chloé se queda mirando por la ventana con aire melancólico. Al otro lado del cristal, la lluvia arrecia sobre el jardín. Estamos a finales de noviembre, aunque este año no siente la desesperación que siempre la invade en estas fechas. Es demasiado feliz.

—¿Has mandado las cartas? —susurra Vincent junto a su oreja.

Chloé se estremece. Siempre le pasa cuando él le habla al oído.

—Sí —musita con una sonrisilla—. Hace días. Ya deben de haber llegado.

Él la vuelve entre sus brazos y le sostiene el mentón con una mano. Sus hermosos ojos inundan los suyos.

—¿Y ahora qué planes tienes, Chloé?

Ella hace un gesto de indiferencia.

—Hacer el amor delante de la chimenea no me parecería mal.

Vincent se echa a reír, le levanta la barbilla un centímetro más y la besa con una ternura y una suavidad que la desarman. Chloé se siente como un ser que durante siglos ha vagado por el mundo, solo y atormentado por el peso de una culpa que no le correspondía sentir, y ahora por fin está en casa.

Sus labios se despegan muy despacio y Chloé emite un suspiro de protesta. Quiere más.

—Tengo una sorpresa para ti —vuelve a susurrarle él al oído.

Ella echa la cabeza hacia atrás para mirarlo y hace un mohín.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Digamos que hoy he hablado con una discográfica y están muy interesados en conocerte.

—¿Qué? —chilla histéricamente Chloé, cuyos ojos se abren de par en par—. ¿A mí?

La boca de Vincent se eleva en una sonrisa lenta.

—Mm-hm. Les mandé un video tuyo cantando en *La Bohème*. Y parece que ellos tampoco han podido evitar enamorarse de ti.

—Estás bromeando.

—En absoluto. Quieren firmar un contrato cuanto antes. ¿Qué opinas del pop?

Chloé mira al techo un segundo. ¿Ella, Chloé Lacroze, cantante de música pop?

—Bueno, no es Puccini, pero sobreviviré.

Vincent se coge el labio entre los dientes y la mira con ojos relucientes. Al principio, sonríe. Pero poco a poco su rostro se vuelve grave, sepultado tras una capa de rigidez que dispara el corazón de Chloé y lo llena de una extraña intranquilidad.

—Te quiero —le susurra él, muy serio.

Chloé se queda sin aliento y se pierde en sus ojos, sus preciosos ojos azules que la vieron incluso cuando era invisible. Se estaba ahogando cuando él la encontró. Boqueaba en busca de aire, pero sus pulmones estaban colapsados y se hundía cada vez más y más deprisa entre oleadas grises y oscuras. La nada estaba en todas partes y le faltaba muy poco para adueñarse de su corazón. No tenía amigos ni familia ni a nadie en quien confiar. No había nada salvo

una profunda oscuridad a la que se aferraba con las dos manos por miedo a la luz. Como un pajarillo herido al que habían cortado las alas en pleno vuelo, la idea de volver a volar la aterraba. Se había resignado a vivir siempre aprisionada por los miedos y el pasado. Una esclava de la oscuridad.

Pero entonces él la miró.

Y el tiempo se detuvo.

Fue algo realmente extraordinario.

—Di algo...

Chloé, apartándose de sus ensoñaciones, aferra su rostro, su querido rostro, entre las manos, y sus ojos se mueven febriles, registrando los suyos.

—Me gustaría decirte tantísimas cosas, pero estoy sin aliento. Así que de todas las palabras que hay en el mundo, te diré solo dos: te quiero.

Vincent coge su rostro entre las palmas con suma delicadeza y la evalúa unos segundos con los ojos azules nublados y llenos de vulnerabilidad.

—Cásate conmigo, Chloé —susurra, empujado por lo que parece un impulso.

Ella aparta las manos de su rostro y se cubre la boca con las palmas. Está sin palabras.

Con los labios exhibiendo una sonrisa apenas perceptible, Vincent le pasa el pulgar por el arco de la boca cuando consigue que ella retire sus manos de ella, y acerca su rostro al suyo.

—Llevo semanas buscando el momento perfecto y acabo de comprender que no hay un momento perfecto. Los momentos solo son momentos. Somos nosotros quienes los convertimos en inolvidables. Así que, ¿Chloé Lacroze, me harías el honor de convertir este momento normal y corriente en un momento inolvidable?

Chloé lo coge por la nuca y le besa los labios mientras murmura una y otra vez *sí, sí, sí.*

FRANCESCA



64

Es diciembre otra vez y Francesca va de camino de París. No puede creer que haya cedido a esta locura.

Y mucho menos que esté recorriendo Francia en coche.

Se ha comprado un Ford de segunda mano y se ha empeñado en tomar clases de conducir. Es lo único relevante que ha hecho en todo el año.

En la radio suena *Let It Snow* y Francesca tararea por lo bajo mientras kilómetros y kilómetros de autopista vuelan a ambos lados del coche.

¿Qué tendrá Sinatra que siempre la vuelve loca?

EMILIA



65

París. Gris. Apagado. Solitario.

Aún no ha nevado, aunque las aceras parecen heladas.

Millie, vestida de negro y con gafas de sol a juego, está sentada en la parte trasera de un taxi y contempla distraída la ciudad. Todo tiene un aspecto deslucido bajo el cielo encapotado.

En la radio suena *Let It Snow*. Y ella está aquí una vez más. *Merde!*

—Y ahora, queridos oyentes, hablemos de la nieve —resuena la voz de una mujer por los altavoces—. Un elfo me ha susurrado que estos días se esperan fuertes nevadas en París. ¿No os encanta el invierno?

Millie hace una mueca por debajo de las gafas. Definitivamente, se ha convertido en el Grinch.

CHLOÉ



66

En la radio acaban de poner *Let It Snow* y a Chloé y Vincent, que adornan su primer árbol de Navidad bajo la atenta mirada del gato, les parece perfecto.

Han encendido la chimenea del salón y toda la casa huele a naranjas. La luz es tenue. Son las cinco de la tarde, pero cualquiera juraría que ya es medianoche.

—¿Crees que *Pierre*…?

Vincent le echa una mirada escrutadora al gato. El mal late en las pupilas amarillas del felino.

—Probablemente nos joda el árbol, sí —responde, volviendo la mirada hacia su prometida.

Chloé se echa a reír.

—¿Deberíamos ponerlo en un sitio más alto?

—Recuerda que sabe trepar, el cabroncete.

Chloé ríe entre dientes y enciende las luces del árbol. Son todas doradas, a juego con los enormes globos que compraron en Amazon.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

Los ojos de Vincent contemplan el abeto en silencio.

—Perfecto —musita, ensimismado—. Me parece que todo es perfecto.

Chloé se muerde el labio para no sonreír, se pone de puntillas y lo besa en los labios. Lleva unos calcetines largos, gordos, muy navideños, de un rojo tan intenso como el gorro de papá Noel. Vincent pone una mano en su trasero y la atrae hacia él.

—*Pierre*, largo —gruñe entre beso y beso—. Los gatitos de tu edad no pueden presenciar esto.

Chloé suelta una risita, le quita el jersey y lo contempla con ojos hambrientos.

Vincent, con el rostro desencajado de deseo, le coge el rostro con una mano y la estudia durante unos segundos con expresión grave.

—Te quiero, Chloé.

—Yo también te quiero.

En la radio cambian de tema y ahora suena *White Christmas*. Chloé le lanza una mirada a la ventana y le parece ver copos de nieve flotar en la oscuridad, pero la boca de Vincent busca la suya, sus manos la hacen tumbarse encima de la alfombra y las ideas de Chloé pierden toda coherencia.

FRANCESCA



67

Faltan dos días para Nochebuena y Francesca está en el teatro Mogador de París, admirando casi boquiabierta su opulencia y su grandor. Todas las butacas son rojas, al igual que la moqueta, lo cual le parece un exuberante contraste para las paredes áureas y las barandillas que parecen haber sido forjadas en oro de 24 quilates.

La atmósfera es cálida, a pesar de que el teatro está lleno. Francesca se siente como una princesa rusa, sentada en medio de todo ese lujo.

Aunque al principio no las tenía todas consigo, ahora se alegra de haber aceptado la invitación.

Su novio, desde la tumba, la ha invitado a una Nochebuena en París, con todos los gastos pagados y una entrada para el musical *Los Miserables*.

Y ahí no acaba el asunto. En su suite de *La Bohème*, encontró una caja con un vestido de noche precioso, negro, largo, con apertura vertical, y una nota de su puño y letra que decía:

Quiero que esta noche brilles más que todas las estrellas del cielo juntas.

Francesca abrazó la nota, se hizo un ovillo en la cama y lloró durante dos horas seguidas. Después, engulló todo el vodka del minibar y se pasó la noche escuchando a Sinatra.

Eso fue ayer. Hoy está serena. Se ha deshecho de la resaca y de las ganas de llorar y se distrae contemplando la sala desde arriba. Su entrada era para un palco, en el que no hay nadie más. Francesca está muy intrigada por ver qué más sorpresas le ha preparado Hugo.

Levanta la mirada casi de un respingo cuando un hombre alto y muy atractivo entra en el mismo palco que ella.

—*Bonsoir, madame.*

—*Bonsoir.*

Él le dedica una escueta sonrisa mientras se desabrocha el botón de la americana con dos dedos. Es muy apuesto, mucho más joven que ella, sin duda. Francesca le echa unos treinta y seis años. Tiene unos ojos azules que te atraviesan.

—¿Americana? —pregunta él en inglés, tomando asiento a su lado.

Francesca sonríe.

—¿Tan malo es mi francés?

—Atroz.

Francesca suelta una risita.

—Pues déjeme decirle que su inglés es mejor que el de Shakespeare.

Él pone una media sonrisa socarrona y se arrellana en la butaca. Tiene unas piernas larguísimas.

—Eso es porque soy británico. Alexander.

Ella mira su mano extendida y después la aprieta.

—Francesca.

—*Enchanté.*

La cortina del palco de mueve de nuevo y Francesca y Alexander se vuelven. Acaba de entrar una joven guapísima, toda vestida de negro. Al igual que Francesca, también lleva un vestido de noche negro, pero el suyo es corto y entallado y desvela unas piernas

interminables y muy bien formadas. Hay algo en ella que le resulta familiar, algo en su rostro, aunque es algo tan remoto que Francesca es incapaz de recordar de qué le suena su cara.

Puede que sea famosa. Alguna cantante, o puede que una modelo.

Tiene unos ojos azules espectaculares. Y resulta muy, muy sexy, quizá sea por culpa de su pelo rosa o su piercing de la nariz.

El hombre, Alexander, se pone en pie lleno de turbación y contempla a la desconocida con faz pálida y tirante. Francesca enarca una ceja. Esto se está volviendo interesante.

—Emilia —susurra, azorado a más no poder.

—¿Interrumpo? —repone ella con una voz repleta de sarcasmo.

Francesca reconoce el acento americano. ¿Qué especie de trampa ha preparado Hugo?

La recién llegada mira a Alexander desafiante, con la barbilla en alto. Francesca ahoga una sonrisita, se pone en pie y le alarga una mano enguantada. Reconoce los celos. Se ha sentido así muchas veces durante sus infelices matrimonios.

—En absoluto —responde para apaciguarla. Resulta divertido que la chica la considere una rival con su edad. Es halagador—. El señor… eh…

La chica le aprieta la mano con una sonrisa relámpago.

—Blake —responde Alexander.

—El señor Blake y yo estábamos comentando que mi acento francés es atroz.

La joven se relaja visiblemente.

—Oh. ¿Os acabáis de conocer?

—Sí —responde Francesca. El hombre no parece capaz de reproducir sonido alguno. Y tampoco parece capaz de quitarle los ojos de encima a la chica. Un momento. ¿Por qué la mira tan atormentado? Ay, Dios. ¡Entre ellos ha habido algo! Francesca nota una intensa tensión sexual cargando la atmósfera. *Oh, là là*—. Yo acabo de llegar a París.

Emilia —aunque ella no se ha presentado, Francesca ha oído al hombre de ojos azules murmurar su nombre— enarca una ceja.

—¿En serio? ¿Es turista?

—En cierto modo. La verdad es que vivo en Marsella.

—Vaya. De Marsella. Como mi padre.

El rostro de Francesca se ilumina ante la perspectiva de conocer a alguien de la ciudad. Aún no ha hecho amigos.

—¿De verdad? ¿Tu padre vive en Marsella?

—Vivía. Falleció el año pasado.

—Oh. Cuánto lo siento.

Otra sonrisa relámpago.

—Eres muy amable.

Emilia aprieta los labios en una sonrisa y se sienta al lado de Alexander. El hombre también se vuelve a sentar, y traga saliva. Su rostro parece de piedra. Francesca le dedica una sonrisa amable a Emilia y desvía la mirada hacia el escenario. El musical está empezando.

ALEXANDER



68

Nunca en su vida lo ha pasado tan mal. ¿Por qué Hugo habrá considerado necesario someterle a esta tortura? ¿Qué demonios pretendía?

Mira a Emilia de reojo y tensa la mandíbula. Está guapísima. Medio desnuda. Maldita sea.

Aprieta las muelas con fuerza y se agarra al reposabrazos de su butaca con fuerza. Es la primera vez que la ve desde que esparcieron las cenizas de Hugo. De eso hace casi un año. Ella le cogió el teléfono una sola vez y le colgó de inmediato. Él vive en el Infierno desde entonces.

Y ahora ella está aquí, a tan solo un par de centímetros de distancia de él. Joder. Solo puede pensar en besarla y en volcar en ese beso toda la pasión que ha reprimido durante un año.

«Mierda, Hugo. ¿En qué cojones estabas pensando?»

CHLOÉ



69

Chloé no sabe si está preparada para esto. Una cosa es interpretar una pequeña canción en una fiesta privada y otra muy diferente salir delante de cientos de personas y fingir que se es Cosette.

—Madre mía, madre mía, madre mía.

—Eh —la tranquiliza Vincent con una sonrisa cariñosa—. Recuerda lo que te he enseñado. No mires al público. Mira solo la oscuridad e imagina que estás sola. Vamos, tú puedes. Este papel se ha escrito para ti.

Vincent siempre es el soplo de vida que abastece sus pulmones. Chloé sonríe, le revuelve el pelo con los dedos y lo besa en los labios.

—Lo que más me cabrea es que tú seas Jean Valjean.

Él enarca una ceja con aire divertido.

—¿Y eso por qué?

—Porque no podré besarte en toda la función.

Vincent se echa a reír y después se pone serio y, rodeándola por la cintura, la acerca a él.

Chloé mira sin aliento el aire grave de su rostro. Vincent levanta el brazo y le roza el labio inferior con el pulgar. Ella se estremece.

—Imagínate cómo te sentirás al final de la velada —le susurra él con un guiño diabólico.

Chloé gimotea frustrada cuando él la suelta y se aparta de ella.

Genial. Ahora está nerviosa y excitada. Estupendo. Lo que le faltaba.

EMILIA



70

Millie está hecha un manojo de nervios. No ha prestado atención ni por un segundo al musical. Alexander está sentado a su lado y su abrumadora fuerza sexual colapsa sus pulmones. Es increíble que haya pasado un año y que se haya vuelto aún más atractivo. Maldito sea. ¿Este hombre no tiene previsto envejecer nunca? Si no fuera tan irresistible, le resultaría más fácil.

Pero no, está aquí, sentada a su lado, deseándolo más que nunca. Su amor es apasionado, y obsesivo, y adictivo, y Millie está muy harta de sentir algo así por un hombre que nunca corresponderá a sus sentimientos.

«¿Papá, en qué diantres estabas pensando? Clarísimamente, no pensabas. ¿Y quién es esta mujer rubia y por qué está en tu palco?»

Millie le pone los ojos en blanco a su padre. Por si acaso. Por si está mirándoles desde el cielo. Está casi segura de que Hugo, donde quiera que esté, sonríe divertido.

Ah, qué metedura de pata.

VINCENT



71

El musical ha superado todas sus expectativas. El público está frenético. Llevan tres minutos aplaudiendo y silbando sin cesar.

—Ha sido sublime —susurra Vincent a su equipo, antes de subir los tres escalones que dan al escenario.

Los vítores estallan de nuevo y Vincent, con el micrófono ya encendido, espera a que se calmen un poco.

—Vaya. Cuánta gente. ¿Es que regalan algo? —Mira teatralmente hacia atrás y sonríe al escuchar fuertes risotadas en la sala. Cuando se vuelve de cara al público, intenta contener la sonrisa—. Buenas noches a todos. Para aquellos que no me conocéis, soy Vincent Crozet, el director de este proyecto, y en nombre de todo el elenco, me gustaría daros las gracias por estar aquí esta noche y por el entusiasmo con el que habéis recibido la obra. Sé que algunos de vosotros incluso habéis llorado. Tranquilos, no se lo diré a nadie.

La gente vuelve a reír a carcajadas y Vincent se pone serio.

—Pocos saben que, por un problema de financiación, este proyecto ha estado a un paso de desaparecer, y probablemente lo

habría hecho de no haber sido por un hombre, un gran amigo que nos tendió la mano cuando todo parecía perdido. Su nombre era Hugo Pinaut y falleció hace exactamente un año—. En el silencio absoluto de la sala, su mirada se pierde en el vacío y su rostro se pinta de tristeza—. Hugo era, en fin, muchas cosas, pero sobre todo era padre, amigo de sus amigos y un hombre enamorado de una mujer que nos acompaña esta noche. Hugo, antes de fallecer, escribió una carta en la que me pidió que invitara al estreno de este musical a las tres personas más importantes en su vida: su novia, Francesca, su mejor amigo, Alexander, y su hija, Emilia. Y me consta que los tres estáis aquí, en alguna parte. Así que, chicos, esto va por vosotros. La señorita Lacroze y yo interpretaremos un tema que Hugo eligió a modo de despedida. Espero que lo disfrutéis.

Con la solemnidad que requiere el momento, se aleja del micrófono y se sienta detrás del piano. Chloé hace su aparición en la sala entre aplausos. Lleva un vestido largo, color champán, y Vincent no puede quitarle los ojos de encima.

Ella le guiña el ojo, se coloca el micro y Vincent empieza a tocar los primeros acordes de la canción.

Chloé cierra los ojos, siempre lo hace cuando quiere aislarse de todo, y empieza a cantar, estremeciendo a la audiencia con la fuerza de su voz.

When the night has come
And the land is dark
And the moon is the only light we'll see
No I won't be afraid
Oh, I won't be afraid
Just as long as you stand, stand by me[10]*...*

.....

Cuando la noche haya llegado
Y la tierra esté oscura
Y la luna sea la única luz que veamos
No, no tendré miedo
Oh, no tendré miedo
Mientras tú estés, estés conmigo

FRANCESCA



72

Francesca está moqueando en el hombro de Alexander. Él no dice nada, pero ella nota que está muy tenso y probablemente incómodo por su exabrupto. Si tan solo pudiera dejar de llorar... Al fin y al cabo, el pobre hombre lleva un traje de Brioni y ella se lo está estropeando con su maquillaje derretido.

—Lo siento —farfulla, con grandes esfuerzos—. Es que yo estaba... estaba...

Emilia —ahora Francesca sabe que esa chica le resultaba familiar por su gran parecido con Hugo— le tiende un pañuelo de papel. Francesca lo recibe muy agradecida. Después de todo, esa muchacha es una parte de Hugo, y estar cerca de ella es como, en fin, estar cerca de él. ¿No?

—Gracias —bisbisea, y sopla la nariz ruidosamente dentro del pañuelo. Con tanto trajín, el bolso se le cae al suelo—. Ay. Qué desastre...

Se agacha para recogerlo, aunque no lleva gafas y tiene que buscarlo a tientas. El bolsito de noche es negro y la sala está en completa oscuridad.

Por fin consigue agarrarlo y se dispone a enderezarse.

Pero entonces levanta la mirada y ve que Alexander sujeta la mano de Emilia en su regazo y pasea el pulgar por cada uno de sus nudillos. Francesca abre los ojos de par en par y parpadea para asegurarse de que su vista cansada no le juega una mala pasada.

No, qué va. La mano de ese hombre sostiene la mano de esa mujer, y el modo en el que la acaricia es indiscutiblemente erótico.

Francesca se traga las lágrimas, se endereza muy sorprendida y los mira con una ceja en alto. Vaya, vaya, vaya. Así que el amigo y la hija están liados. Qué fuerte. Se pregunta sí Hugo sabía algo de esto. De haberlo sabido, ¿los habría invitado al estreno del musical? Ah, probablemente sí, porque Hugo, a pesar de todo, era un romántico.

Como ella.

ALEXANDER



73

Las luces de la sala se acaban de encender, pero a Alexander le cuesta soltar la mano de Emilia. Nota que ella empieza a impacientarse a su lado y sonríe para sí mientras la aferra con más fuerza. Ha hecho un par de intentos por recuperar su mano, pero ha acabado rindiéndose ante su gran insistencia.

Aunque Alexander no debe cantar victoria tan pronto. Seguro que en breve le da un tirón y se suelta de golpe. La idea le produce un repentino mosqueo.

Y cuando llega el esperado tirón, se mosquea todavía más y la mira con los párpados medio entornados. Emilia le aguanta la mirada con tranquilidad.

—¿Qué?

—¿Por qué te sueltas?

—Porque creo que ya me has consolado lo bastante, ¿no crees?

Alexander se pasa la punta de la lengua por los labios y sonríe fastidiado. Se dispone a decir algo sarcástico, pero alguien aparta la

cortina del palco y sus ojos se giran hacia la puerta justo a tiempo de ver entrar a Vincent y su novia, cogidos de la mano.

—Ah, ¿qué pasa? —Alexander les sonríe con gesto simpático, se pone en pie y le da la mano a Vincent—. ¡Enhorabuena! Lo habéis hecho de fábula.

—¿Tú crees? —repone Vincent, sonriendo.

—Sin duda. Ha sido espectacular. Por cierto, ¿os conocéis? —Alexander se gira hacia Emilia y Francesca. Ambas lo niegan—. Pues da la casualidad de que este hombre de aquí es el mejor pianista del mundo, y su novia, Chloé, en fin, ¿qué puedo decir de Chloé que no hayáis visto ya? Ellas son Francesca y Emilia.

—¡Oh, Dios mío! ¡Las Francesca y Emilia de las cartas! Hola. Soy Chloé. Yo... yo os envíe la invitación.

Francesca se lleva la mano al pecho, visiblemente emocionada.

—¿En serio? ¿Fuiste tú? Es un placer conocerte. Y a ti también, Vincent. Te vi tocar una vez en un piano bar. Me llevó Hugo. Y... ¿tú no cantaste la canción de Elvis el año pasado en la fiesta de Nochebuena?

—¡Síííí! —exclama Chloé con una sonrisa simpatiquísima—. Era yo.

—Vaya. Ha sido impresionante. De veras. Algo extraordinario. Aún se me pone la piel de gallina.

Alexander mira a Emilia de reojo. Ella pone una sonrisa cortada y le da la mano, primero a Chloé y luego a Vincent.

—Es un placer conoceros —asegura con una sonrisa escueta. Está incómoda. Alexander lo sabe por todas las veces que se ha apartado de los ojos un mechón de pelo rosa.

—El placer es mío —contesta Chloé—. Tu padre, bueno, solo lo vi una vez, pero fue mi ángel de la guarda. Él... gracias a él pude volver a cantar, y es... Disculpadme, me resulta sobrecogedor hablar de todo lo que significa para mí su apoyo. Ni siquiera me conocía y no dudó ni por un momento. Se lanzó de cabeza a un proyecto del que no sabía nada.

Vincent pone una sonrisa cariñosa y rodea a su novia con el brazo.

—A Hugo le gustaba decir que era Jean Valjean.

Alexander suelta una carcajada gutural.

—Sí, muy propio de Hugo.

—¿Sabéis? Me parece extraordinario conocer a todos los amigos de Hugo —se emociona Francesca—. Hace que, de alguna forma, me sienta más cerca de él. Neah, os parecerá una bobada.

—¡Noo! —se dan prisa por asegurar Emilia y Chloé.

A Alexander se le ocurre algo.

—Tengo una idea. ¿Qué os parece si nos vamos todos a *La Bohème* y nos tomamos algo para celebrar esto? —Su sonrisa está llena de entusiasmo—. Sería como un homenaje a Hugo.

Su propuesta recibe exaltados apoyos por parte de Vincent y Chloé y un par de lagrimillas por parte de Francesca. Emilia, en cambio, mantiene una expresión indescifrable cuando él se gira para mirarla.

—¿Tú qué opinas, Millie?

Ella le lanza una mirada cruzada. Alexander pone su mejor sonrisa.

—Está bien —cede, echándole un ojo al reloj—. Pero no puedo quedarme mucho tiempo.

Alexander enarca una ceja.

—¿Tienes planes?

—Soy una tía popular —le responde ella con tono seco.

Una media sonrisa apenas perceptible se insinúa en las comisuras de la boca de Alexander.

—Bueno, en ese caso será mejor que nos demos prisa. No vaya a ser que llegues tarde a tu compromiso.

Emilia le lanza una sonrisa rápida, artificial.

—Sería estupendo.

Alexander se muere por arrancarle esa máscara del rostro y contemplar a la Emilia de verdad. La ha echado tantísimo de menos... No ha conseguido apartar su recuerdo de su mente, ni su sabor de su boca. Cada vez que cerraba los ojos, ahí estaba su imagen, atormentándolo.

—¿Qué tal si os lleváis vosotros a Francesca y yo acerco a Emilia? —les propone a Vincent y Chloé.

Ellos asienten de inmediato.

—Claro. Nos vemos ahí.

—Fantástico.

Vincent y Alexander se dan la mano. Emilia se despide con una sonrisa medio apagada.

—¿Lista? —Alexander baja la mirada hacia ella.

—¿Qué pretendes, Blake?

Ha dejado de ser amable en cuanto se han marchado los demás y ahora se enfrenta a él en toda una guerra de miradas. Alexander adopta una expresión de lo más inocente.

—Nada. ¿Por qué lo dices?

—¿Un homenaje? ¿En serio?

—Tu padre era mi mejor amigo, Emilia. Creo que se merece una buena despedida.

—¿Y por qué no te has llevado tú a Francesca?

—Porque no se me ha pasado por la mente. No seas egocéntrica. Esto no tiene nada que ver contigo.

Emilia chasquea los labios con gesto displicente.

—Está bien. Vamos.

—¿No vas a ponerte el abrigo?

Ella se vuelve desde la puerta y le dedica una mirada de Medusa.

—Si vas a darme el coñazo, me voy en taxi.

Alexander simula una cremallera con la que se cierra los labios.

Emilia pone los ojos en blanco, resopla y sale. A sus espaldas, él sonríe de oreja a oreja.

EMILIA



74

Millie, sentada en una postura tan rígida que empieza a notar una tirantez brutal en la zona de los hombros, finge mirar por la ventanilla.

Alexander conduce deprisa, con la mano izquierda sobre el volante. La mano derecha la mantiene apoyada sobre la palanca de cambio.

A Millie la anega una terrible sensación de irrealidad. Hay algo en esa escena que le resulta obsesivamente familiar, un diciembre frío exhalando su último aliento en forma de niebla lechosa, el tranquilizador ronroneo del coche, la música —Amy Winehouse— sonando por lo bajo.

Y, sin embargo, todo es diferente ahora. En el aire hay una tensión casi palpable, y en los ojos de Alexander asoma una mirada vacía que da a su rostro un aire consumido, decrépito y muy, muy infeliz.

Llevan cinco minutos en el coche y de momento ninguno de los dos se ha atrevido a romper el silencio. A Millie le parece mentira

que haya pasado todo un año desde que se vieron por última vez. Ha estado tan liada, ha hecho tantísimas cosas... Se ha licenciado por fin, tiene un trabajo... Alexander estaría orgulloso de ver que ha seguido su consejo.

De pronto, en su interior nace el impulso de decírselo, de hacer que se sienta orgulloso de ella, pero por mucho que separa los labios, las palabras se niegan a brotar y su garganta se cierra cada vez más. ¿Qué sentido tiene todo? No puede volver a lo de antes. Acercarse a algo que sabes que estás a punto de perder es demasiado doloroso. Su padre tenía razón.

—¿Dónde te hospedas? —rompe él por fin el silencio.

Los ojos de Millie se desprenden de la ventana y se giran hacia los suyos.

—En un encantador hostal del centro.

Alexander deja de contemplar la carretera y le lanza una mirada rápida y ceñuda.

—Eres dueña del cincuenta por ciento de uno de los mejores hoteles de París y ¿vas a un hostal?

—Soy una chica de gustos sencillos.

—No jodas.

Millie esboza una sonrisa mortecina y desvía la mirada hacia las aceras llenas de gente. La ciudad está envuelta en un halo de magia. Las calles, llenas de luces navideñas. Los escaparates se han vestido de rojo y dorado. La niebla da un aspecto de cuento de hadas a las callejuelas del centro.

—¿Y qué es de tu vida? —pregunta Alexander pasados unos momentos.

Algo se encoge dentro de Millie ante esas palabras pronunciadas casi en un susurro. Le resulta demoledor aquel timbre suave que parece acariciar lugares ocultos de su cuerpo, aquel deje británico. Ay.

—Ya me conoces —se obliga a decir con labios entumecidos.

—¿Lo hago?

Sorprendida por la pregunta, Millie vuelve el rostro hacia el suyo y se estremece al cruzar una mirada con sus intensos ojos azules. Durante un tiempo incalculable, se miran en silencio. No hay nada.

No hay pasado. No hay presente. No hay futuro. El mundo se reduce solo a los ojos de él encajados en los ojos de ella.

—Soy una caja abierta —farfulla, con el rostro rezumando toda la indiferencia de la que es capaz, dadas las circunstancias.

Él enarca una ceja.

—Pensaba que eras la caja de Pandora.

Millie, en contra de sí misma, se echa a reír.

—El año pasado era joven y decía muchas tonterías.

—Y este año has madurado —se aventura a deducir Alexander, con la voz repleta de escepticismo.

—Algo así.

—¿Acabaste la escuela?

—Seee.

—¿Y qué haces ahora? Sabes, en el hotel nos hace falta un gerente.

—¡Ja!

—¿Qué pasa?

Millie niega para sí.

—No encajaría en el hotel.

—¿Por qué no?

—Porque no y punto.

De reojo, Millie ve que Alexander pone los ojos en blanco.

—Está bien. Solo era una sugerencia.

Su profunda voz posee una leve aspereza metálica que cuando habla calmosamente se hace notar aún más. Millie siente su corazón retumbar en el pecho como un aldabonazo.

—Pues no me sugieras cosas —replica, mosqueada.

Nota que él sonríe, pero no se atreve a mirarlo. Sus sonrisas solían dejarla sin aliento y no es buena idea volver a acercarse tanto a él.

—¿Por qué tardamos tanto? ¿Dónde demonios estamos?

—He cogido una ruta alternativa.

—¿Una ruta alternativa?

—Sé que te gusta pasear en coche.

Ella bufa y mira por la ventanilla negando.

—Eres increíble.

—Lo sé. —La voz de él está teñida de diversión—. Todo un partidazo. No sé por qué me ignoras.

Que use sus propias palabras en su contra, enfurece tanto a Millie que se vuelve en el asiento y lo fulmina con la mirada.

—¿En serio, Alexander? ¿No lo sabes? Haz memoria. Eres mayor, pero no tanto como para no recordar lo que hiciste el último invierno.

Él deja caer los párpados y su exquisito rostro se tuerce en un gesto de suplicio.

—Siento lo del invierno pasado —susurra después de unos segundos, cuando separa los párpados para mirarla.

—Sinceramente, me importa una mierda. He pasado página y te sugiero que hagas lo mismo.

Él pasea los ojos por todo su rostro con expresión suplicante, pero se topa con un muro de hielo que lo hace apartar la mirada casi de un respingo y apretar la mandíbula.

Nadie añade nada después de eso, y un denso silencio se abate sobre el coche. Alexander gira bruscamente a la derecha y en cinco minutos se planta delante del hotel. Millie baja y cierra de un portazo. Él camina tras ella cabizbajo, sin atreverse a interrumpir el silencio.

Cuando llegan al bar, los demás ya están sentados en una mesa, con copas de vino en la mano.

—Empezaba a preocuparme. —El rostro de Vincent se abre en una sonrisa al verlos llegar—. ¿Dónde os habíais metido?

—Alexander se ha equivocado de ruta. Ha debido de coger la más larga.

Vincent enarca una ceja, pero no dice nada, lo cual es muy acertado dado el más que evidente malhumor de Alexander.

Millie intercambia una sonrisa con las chicas —una de ellas era novia de su padre. ¡Qué fuerte!—, deja su pequeño bolso de noche sobre la mesa y toma asiento.

A Alexander no le queda otra que sentarse a su lado. Millie percibe toda la tensión que emana de su sólido cuerpo y se estremece. Más vale que sus ojos no cedan a su magnetismo. Si lo mirara ahora, le resultaría insoportable.

—¿Vino? —le pregunta Vincent.

Millie compone una sonrisa amable.

—Gracias.

Él le sirve y después se pone a contar anécdotas sobre su padre. Millie le escucha con una sonrisa que se vuelve cada vez más amarga. Echa de menos a su padre. Le echa de menos más de lo que nunca creyó posible. Aunque no hablaban mucho, el simple hecho de saber que estaba ahí resultaba tranquilizador. Ahora él ya no está. Nunca va a volver. Y Millie siente que ha malgastado el tiempo echándole la culpa por cosas de las probablemente no fuera culpable.

Por un segundo se pregunta si está haciendo lo mismo con Alexander, pero lo descarta de inmediato. Alexander sí que es culpable. Aún recuerda ese baile en Nochebuena y la frialdad con la que le aseguró que lo suyo no había sido real. ¿Qué pretende ahora? ¿Retractarse? Uno no puede disparar balas contra el corazón de alguien y luego pretender recuperarlas. Las marcas siempre estarán ahí, lacerando la carne.

—Yo conocí a Hugo en un ascensor —confiesa Francesca con sonrisilla incómoda—. Hubo un apagón.

El estómago de Millie se tensa. Claro que recuerda el apagón. Ella y Alexander estaban haciendo el amor por primera vez, en la oscuridad, buscándose febriles.

Lo mira de reojo y ve que su rostro está más tenso que nunca. Un músculo palpita con fuerza en su pétrea mandíbula.

—¡Me acuerdo del apagón! —exclama Vincent—. Medio cené con Chloé esa noche. En realidad, me dejó plantado antes de nos sirvieran el plato principal.

Todos se echan a reír y Chloé cuenta cómo la convenció Vincent para que cantara esa Nochebuena en *La Bohème*. Millie presencia la conversación con aire absorto. Es curioso que todas estas personas, que nada tenían en común, estén aquí esta noche, conectadas de alguna forma gracias a su padre.

—Debería marcharme —dice por fin. Si alguien se ha percatado de que no ha dicho apenas nada en toda la velada, no se lo han hecho saber.

Alexander se pone en pie de inmediato y la mira apretando la mandíbula.

—Te acerco al hostal.

—No es necesario —responde Millie, enfrentándose a sus ojos—. Cogeré un taxi.

—Insisto. Es tarde.

—Tranquilo. Estoy acostumbrada a salir hasta muy tarde.

Una sombra oscurece el rostro de Alexander. Los demás contemplan su intercambio de palabras como si estuvieran en un partido de tenis, moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Al menos deja que te acompañe hasta la puerta —se empecina él.

—No es necesario. —Dicho esto en tono frío, Millie se gira hacia los demás y compone una sonrisa—. Ha sido un placer conoceros. Mi padre era un hombre con suerte por tener amigos como vosotros—. Estrecha la mano de cada uno de ellos, dejando la de Francesca hasta el final—. Si algún día quieres… no sé… saber más cosas sobre él, llámame. Estaré encantada de compartir contigo anécdotas familiares. Te dejo mi tarjeta.

Francesca tiene los ojos cargados de lágrimas cuando recibe la tarjeta y se la guarda en el bolso.

—Emilia, significa mucho para mí.

Millie le dedica una sonrisa sincera y después se despide con un gesto de la mano.

—Adiós, chicos. Pasadlo bien —dice, antes de echar a andar hacia la puerta, consciente de que todo el mundo la está mirando.

Alexander la sigue.

—Espera un momento.

—No —gruñe, sin dejar de caminar—. Buenas noches, Blake.

Él se detiene en medio de la sala de recepción y ella camina hacia la puerta.

—La jodí. ¿Es eso lo que quieres oír? —grita tras ella.

Millie frena en seco y mueve un poco la cabeza para mirarlo de reojo.

—Me asusté, ¿vale? —prosigue Alexander, esta vez con tono suave—. Ese tipejo tenía razón. Yo… podría ser tu padre. —Hay

tanta derrota en su voz que algo se rompe dentro de Millie, y tiene que bajar los párpados para mantenerse de pie cuando todo empieza a tambalearse—. Emilia, me hice la pregunta de dónde te ves dentro de diez años y me di cuenta de que yo iba a tener cincuenta y uno. Y tú, unos treinta. Un hombre de cincuenta y un años empieza a pensar en la jubilación. Una mujer de treinta aún no ha tenido hijos. Y comprendí que… cuando eso pasara, tú… Joder, tú dejarías de quererme. Y la idea de que eso sucediera era… era…

—¿Devastadora? —propone, volviéndose con los ojos arrasados de lágrimas—. Porque es así como me sentí yo, Alexander, cuando tú dijiste que nunca habías sentido nada. Me sentí devastada.

Él baja los párpados y coge aliento, antes de volver a mirarla. Su rostro está arrasado por el dolor. Con todo, a Millie le parece más irresistible que nunca.

—No sé si dentro de diez años, o veinte, o cincuenta, dejaré de quererte. Lo que sé es que ahora te quiero y que eso debería ser suficiente.

Él asiente despacio y le lanza una mirada larga y reluciente. Millie se mantiene quieta en el mismo sitio, y pasados unos momentos, Alexander se acerca a ella y su rostro baja sobre el suyo.

—Tienes razón. Este año sin ti he comprendido que prefiero tenerte diez años a no tenerte ninguno.

La boca de Millie esboza una sonrisilla. Levanta el brazo y le roza el labio con el pulgar, y él entrecierra los párpados y se queda muy quieto, apenas si respira.

—Te estaba tomando el pelo —susurra ella.

Los ojos se Alexander se abren de golpe y despedazan a los suyos.

—¿No me quieres?

Millie vuelve a sonreír al ver lo mucho que le aterra la idea. Coge su querido rostro entre las manos y lo acerca al suyo.

—Claro que te quiero. Te estaba tomando el pelo cuando dije que no sé si te querré dentro de diez, veinte o cincuenta años. Alexander, yo te querré siempre, porque me levanto por la mañana y eres lo primero en lo que pienso. Y me voy a la cama cada noche con tu imagen dando vueltas por mi mente. ¿No lo entiendes? Te

quiero desesperadamente. Obsesivamente. Apasionadamente. Te quiero tanto que para mí no existe nadie en este mundo aparte de ti. ¿Era eso lo que querías oír?

La boca de Alexander se eleva en una pequeña sonrisa que arruga las esquinas de sus ojos azules, chispeantes.

—Sí. Eso era exactamente lo que quería oír.

Él también se aferra a su rostro con las dos manos y durante unos segundos la mira como Millie siempre deseó que la mirara. Como si para él no existiera nada más en el mundo. Como si todo se redujera a ella.

—Oh, venga ya, ¡bésala de una vez!

Los dos levantan la mirada y se echan a reír al ver a Francesca a un par de metros de distancia de ellos, llorando a moco tendido y con las dos manos apoyadas en el pecho, a la altura del corazón.

—Alexander, no quisiera meterte presión —dice Millie con sonrisa socarrona—. Pero estamos debajo del muérdago, así que tú verás.

Los ojos azules del hombre se elevan por un segundo. Se echa a reír al ver la ramita de muérdago colgada justo por encima de ellos. Niega, clava los dedos en la mandíbula de Millie y le da el beso que ella ha esperado todos esos años: el primer beso de amor verdadero.

Millie no sabe cómo va a acabar esta historia. Desconoce las dificultadas con las que la vida salpicará su camino. Pero sí sabe una cosa: ella y Alexander son de los que siempre llegan a la cima, y eso significa que lucharán por este amor incluso con el último latido de sus corazones.

—¿Puedo escribir vuestra historia? Por favor, decidle que sí a esta pobre escritora fracasada.

Ambos se echan a reír y se abrazan con ternura. Al otro lado del enorme ventanal, el primer copo de nieve de la temporada se desprende del cielo y entra despacio, flotando, en la atmosfera de París. Los más pequeños aseguraron haber visto el trineo de Papá Noel surcando los cielos, aunque puede que fuera solo un avión que volaba demasiado bajo.

Como sea, la magia envolvía la ciudad, y nadie lo notó más que aquella pareja que se abrazaba bajo el muérdago, mientras el telón

de la noche caía sobre París.

FRANCESCA



Epílogo

Un fuerte traqueteo hace que Francesca se tambalee sobre los tacones de sus imposibles botines de color burdeos y tenga que apoyarse con las dos manos en las paredes del ascensor para poder mantener el equilibrio.

—¡Oh, venga ya! ¡Otra vez no! ¡Trasto del demonio! ¡Arranca de una vez!

Furiosa, le propina un golpe con el pie a la puerta y después masculla un improperio entre dientes.

—No creo que funcione por mucho que lo golpee —resuena la profunda voz de un hombre a sus espaldas—. Me parece que hay un apagón.

Francesca da un respingo y, llevándose una mano al pecho, gira en redondo y otea la oscuridad. Tras unos segundos de parpadeo

histérico, cree haber distinguido una figura alta en la esquina. ¿Estaba ahí cuando ella entró? Probablemente, porque el ascensor no se ha detenido en ninguna planta. ¿O sí? Ay, no lo sabe.

—Perdone. —Se rehace y trata de parecer indiferente mientras tira del borde de su chaqueta entallada con ambas manos. Con el forcejeo se le ha subido demasiado y le cuesta respirar—. Pensaba que estaba sola.

—¿Y cuando está sola practica vandalismo? —repone la voz, repleta de diversión.

Francesca entorna los párpados.

—Puede que haya tomado un par de vinos más de la cuenta —se ve obligada a admitir—. ¡Es Navidad! —exclama ofendida.

—Ah, sí. La peor época del año.

—Oh, guárdese sus *grinchescos* comentarios para usted. La Navidad no está tan mal. Y se lo digo yo, que tengo muchos motivos para odiarla.

—Sí, es una bendición divina. Tienes que reunirte con gente que ni siquiera te cae bien, se montan follones en todas partes, el tráfico es un horror y todo huele a jengibre. ¿Por qué alguien le echaría jengibre a una galleta? ¡No lo sé!

Francesca sofoca una risita. El hombre parece verdaderamente indignado. No recuerda haber conocido a nadie a quien indignara tanto el jengibre.

—Me parece que no tiene usted ningún espíritu navideño.

—¿Usted cree? —repone él en tono socarrón—. ¿En qué lo ha notado?

Francesca se echa a reír mientras busca el móvil dentro de su bolso y enciende la linterna.

—Ya está. Luz. ¿Mejor?

El hombre le pone mala cara. Esta vez Francesca sí puede verle y se le queda mirando unos segundos más de la cuenta.

Él también la estudia a ella, y no con toda la elegancia del mundo. Sus ojos desvelan más bien descaro mientras la repasan de arriba abajo.

Se mantiene insolentemente apoyado contra la pared, con los robustos brazos cruzados sobre el pecho. Su rostro, anguloso y sin

afeitar, muestra el aire huraño de un Ebenezer Scrooge.

Y, si bien es mucho más guapo que Ebenezer Scrooge, el tatuaje que asoma por debajo de la manga doblada de su camisa a cuadros le concede el aspecto peligroso de un interno recién fugado del módulo de presos violentos.

Debe de tener más o menos su edad, aunque él se conserva mejor que ella. Hombres. ¡Qué injusto!

—Hola. Soy Francesca —dice, atusándose el pelo.

—Jeremy —responde él sin ningún entusiasmo.

Francesca está casi segura de que nunca ha conocido a ningún Jeremy.

—Encantada. ¿Británico?

Ojos azules, muy profundos. Sí, podría ser británico.

—Irlandés.

Ah. Así se explica el mar carácter. Francesca no sabe mucho sobre los irlandeses, pero una vez tuvo un novio que era de Dublín y tenía mucha mala leche.

—¿Y qué hace un irlandés que odia la Navidad en la ciudad del amor en plenas navidades?

—He venido a ver al puto Mickey Mouse.

Francesca lo estudia con una ceja en alto mientras considera la respuesta.

—Estoy casi al ochenta por ciento segura de que eso ha sido el temible sarcasmo irlandés.

El hombre se echa a reír por primera vez y a ella le parece que debería hacerlo más a menudo. Es monísimo cuando sonríe.

—Me temo que sí. En realidad, estoy aquí por trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Soy músico.

Sí, Francesca apuesta a que lo es. Con esos tatuajes y esas pintas de malote no iba a ser arquitecto. «Prejuicios, Francesca. Estos son solo prejuicios».

—Me encanta la música —replica, sonriéndole con diplomacia—. De hecho, vengo de un musical.

—No me diga. —Por un segundo parece entusiasmado, pero de improviso su expresión facial cambia por completo y se vuelve, una

vez más, *grinchesca*—. Odio los musicales.

Ella no puede evitarlo y suelta una risita.

—Tengo la sensación de que usted es un *hater*.

Después de una detenida inspección que la ha hecho sonrojarse, él esboza una sonrisa sardónica.

—Hay cosas que no me disgustan.

Francesca se apoya contra el espejo y en sus ojos se pinta una expresión de risa.

—¿Como cuáles?

Él se encoge de hombros y tuerce la boca en un gesto despreocupado.

—La pasta.

Las carcajadas de Francesca son cada vez más estridentes. Se pregunta si alguien puede oírla al otro lado de la pared. Más vale que no.

—Es usted muy gracioso para ser irlandés.

—Y también lo es usted, para ser americana.

Los ojos de Francesca le echan una mirada suspicaz.

—¿Cómo sabe que soy americana?

—La delata su acento de Wisconsin.

Sopesa en silencio su rostro desdeñoso, en el que una insufrible sonrisa burlona lucha por hacerse notar.

—Carolina del Norte —lo corrige, agradeciendo que la oscuridad haya conseguido enmascarar el rubor que le ha subido por las mejillas.

Él chasquea la lengua con fastidio.

—Casi.

Francesca suspira y mira el techo del ascensor. No tiene ni idea de por qué de repente le parece que el ambiente está crepitando, arrastrando una sexualidad que la deja sin aliento. En todo un año no ha sentido ni una sola vez deseo físico.

Y ahora ahí está, ese *run run* contrayendo su abdomen. Es algo que su mente no consigue explicar. Ese hombre ni siquiera es su tipo. Es tan distinto a Hugo… No es sofisticado, ni elegante, y no tiene la cortesía de disimular que la desea físicamente. La mira como

si la imaginara desnuda. ¿Cómo puede su cuerpo sentir atracción por alguien así? Seguro que él solo es un niño grande.

Ay, pero la hace reír. Y la hace olvidarse de su dolor.

Y tiene unos ojos, unos ojos tan preciosos y añiles como el sol de Marsella. El sol de Hugo.

—Parece que esto tarda —se obliga a decir, incomodada por el denso silencio que se ha abatido sobre ellos y por la forma en la que la estudian los ojos de él.

—Odio los ascensores.

Sus ojos se encuentran y Francesca sonríe.

—Yo odio quedarme encerrada en un ascensor. Me parece una muerte demasiado agresiva.

—Siempre lo he dicho: si uno ha de morir, es mejor que pase a bordo de un Ford Mustang.

Una sonrisa que no puede reprimir despliega los labios de Francesca.

—¿A que sí? Yo pienso lo mismo. Morir aplastada no es nada glamuroso.

—¿Y qué hace usted en París?

—Bueno, he ido a un musical.

—Ah, es verdad.

—Y a un homenaje. En el que clarísimamente he bebido más de la cuenta... —añade para sí.

Él la repasa con la mirada, desprendiendo fuego con los ojos, y sus voluptuosos labios registran la sombra de una sonrisa que Francesca bien se podría haber imaginado.

—¿Le ha gustado? —susurra él, con la voz repentinamente cálida y suave.

—¿El homenaje? —se sorprende Francesca.

—El musical —le responde, sin dejar de retener su mirada.

—La verdad es que sí.

—¿De qué iba?

—*Los Miserables*.

—Buah. Qué coñazo.

Ella hace un mohín.

—¿Qué música hace usted, a ver?

—Rock irlandés.

—¡Cómo no! —Francesca pone los ojos en blanco.

Él ensancha los labios en una sonrisa seductora.

—Le prometo que suena bien.

—Tendré que fiarme de usted.

—Puede venir a algún concierto... —le propone, como quien no quiere la cosa.

—No me va mucho el rock.

—¿Y los rockeros? —repone él arqueando una ceja.

Francesca suelta un suspiro melodramático.

—Eso ya es otra historia.

Él se echa a reír y entonces se encienden las luces y el ascensor arranca.

Francesca experimenta un fuerte *déjà vu* y, de pronto, la envuelve la más absoluta de las tristezas. Qué distinto resultaba todo un año atrás. Ahí estaba Hugo, en este mismo ascensor, mirándola con sus preciosos ojos marrones, y sonriendo. Y ella se sentía como si la hubiera golpeado un rayo. Amor a primera vista. ¡A su edad!

Oh, Hugo…

Ahora hay otro hombre en su lugar, y en nada se parece a él. Sus ojos no son de color café. Son azules.

Y este hombre *grinchesco* odia los musicales y la Navidad.

Y viste vaqueros rotos y una camisa a cuadros de mangas arremangadas.

De acuerdo, esto último es sexy. Incluso ella tiene que admitirlo. Está destrozada, no ciega.

—Oiga, se me ocurre una cosa.

Arrancada de su ensoñación, Francesca levanta la mirada hacia él y se le queda mirando a través de las oleadas de tristeza que nublan sus ojos.

—¿El qué? —pregunta con voz lánguida.

—Ya que para usted yo soy el Grinch, ¿por qué no queda conmigo mañana y me muestra la magia navideña?

Los ojos verdes de Francesca se entornan con sospecha.

—¿Que le muestre la magia navideña? No será alguna metáfora de naturaleza sexual...

Las comisuras de los ojos de Jeremy se arrugan cuando sonríe descaradamente.

—No se me había ocurrido. Pero, si se empeña...

—Oh, cállese, Jeremy.

Él suelta una risa gutural, se endereza y la mira con toda la atención de sus profundos ojos azules.

—¿Qué me dice, eh, Francesca? ¿Está dispuesta a convertirme en un verdadero elfo de la Navidad?

La expresiva boca de Francesca se curva en una gran sonrisa. Por Dios, ¡tiene algo! Sí, vale, es sexy, y sarcástico, y la hace sonreír. Pero tiene algo más que la intriga y la hace desear dejar atrás su letargo.

—Bueno... Tampoco es que tenga cosas mejores que hacer. ¿Quedamos en el *lobby* a las once?

—Mejor a las doce —responde él—. No soy muy madrugador.

—Está bien. A las doce en el *lobby*.

El ascensor se detiene y Francesca comprueba que están en su planta, antes de bajar.

—Oiga.

Ella se gira. Jeremy ha colocado la bota en la puerta, para frenar el ascensor, y se ha metido un cigarrillo entre los labios. ¡Por Dios! ¿No tendrá pensado fumar en un ascensor? Está bastante segura de que eso es ilegal. Y, probablemente, peligroso.

—¿Sí?

—¿En qué habitación se aloja?

Francesca encoge las pupilas en un gesto desconfiado.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por si me da plantón.

—¡Es usted increíble! —exclama, riéndose—. Estoy en la 52.

—Ah. Justo debajo de mí. Pensaré en eso toda la noche.

Le lanza un guiño, aparta el pie y se enciende el cigarrillo mientras las puertas del ascensor se interponen entre ellos.

Francesca abre la boca en un gesto escandalizado. Aunque acaba echándose a reír y se indigna consigo misma por permitir que algo tan descarado la divierta. Ese hombre es un caso. Ay, pero tiene

muchas ganas de volver a verle. Es de locos. ¿Por qué siempre conoce a gente interesante en los ascensores?

Y fuera de su ciudad de residencia.

Aunque Irlanda podría ser interesante para irse a vivir. Todo verde, y hay pubs por todos lados…

«Ay, Francesca. ¡Otra vez no!».

CHLOÉ



Epílogo

Que Chloé esté nominada a *Les Victoires de la Musique* es alucinante.

Que se lleve el premio a la revelación del año es tan inaudito que necesita unos momentos para comprender que, efectivamente, el presentador ha gritado su nombre.

—Madre mía, madre mía, madre mía.

Es todo cuanto puede decir. Se cubre la boca con las palmas y se queda paralizada.

Los focos la apuntan. Los amigos que la acompañan aplauden y sonríen para infundirle ánimos. Chloé se pone en pie y Vincent la abraza fuerte y la besa en la mejilla. Está demasiado anonadada como para reaccionar.

—A por ellos, cielo —le susurra Vincent.

Chloé, embarazada, camina hacia el escenario con la cola de su largo vestido de noche en la mano. No puede creer que su remake del *Stand By Me* haya resultado ser tan exitoso.

«Hugo, donde quiera que estés, este premio es tuyo».

Una vez más, él ha hecho que alcance las cimas de la fama.

Se acerca al escenario con una sonrisa enorme en la cara y da la gracias a todos por acompañarla. A Vincent, el amor de su vida, a sus seguidores, a sus amigos y a Hugo.

—Él fue quien lo hizo posible. Esta era su canción. Y, Hugo, siempre que suene, nos acordaremos de ti.

Francesca, sentada junto a su nuevo novio, un rockero irlandés muy famoso, se lleva una mano al pecho y asiente despacio, conmovida.

Chloé se seca una lagrimilla y le sonríe también a Emilia, que ha venido con su marido, Alexander.

Gracias a Hugo, ahora no solo tiene fama y dinero. También tiene amigos. Amigos verdaderos. ¿De qué va la vida si no? ¿A qué otra cosa puede aspirar un ser humano?

El público reclama a gritos que interprete su canción ganadora. Chloé está casi segura de que Hugo está ahí arriba, sonriendo y diciéndole: *tócala, Sam.*

La idea la hace reírse. Y después el mundo se convierte en un silencio que ella llena con su extraordinaria voz.

EMILIA



Epílogo

Millie contempla absorta la nieve del jardín. A sus espaldas, Bastian, su hijastro, da vueltas enloquecido por el salón.

—No puedo creer que te casaras con mi novia.

—Exnovia —puntualiza Alexander, lo cual le arranca una sonrisa lenta a Millie.

—Aun así. ¿Qué clase de padre haría eso?

—¿Un padre enamorado? —propone Alexander con voz divertida.

Millie se echa a reír y se vuelve hacia ellos.

—Te parecerá gracioso —se enerva Bastian—. ¡Podría ser tu padre!

—Oh, ya vale. Tú y yo salimos juntos tres meses hace mil años. ¡Supéralo!

—Pero ¿por qué tenías que casarte precisamente con él? ¡Es que no lo entiendo!

—Créeme, me hace la misma gracia que a ti. Es irritante, inflexible, aburguesado y muy pretencioso. Cuando vamos a un

restaurante, tiene que probar al menos cinco vinos antes de decidirse por uno. ¿Tienes idea de lo que es eso? Y todos los veranos se marcha a escalar alguna cosa, y lo que es aún peor, ¡quiere que *yo* aprenda a escalar! Pero le amo.

Una sonrisa lánguida asoma en los labios de Alexander mientras sus ojos la miran fascinados, llenos de amor.

—¿Y eso lo justifica todo? —repone Bastian, mosqueado.

—Ay, Bastian —suspira Millie—. Algún día lo comprenderás.

—¿El qué?

Ella se le queda mirando unos segundos más de la cuenta y pone una sonrisa divertida.

—El amor duele.

—Qué raritos sois. Mejor me voy a mi habitación. Ver a mi padre besar a mi novia me produce ganas de vomitar.

—¡Exnovia! —grita Alexander tras él.

Bastian responde con un fuerte portazo. Alexander se gira hacia Millie con las cejas en alto.

—Yo creo que lo ha encajado bastante bien.

Millie se echa a reír, gira en redondo y vuelve a contemplar la nieve. A sus espaldas, Alexander abandona la butaca y se acerca a ella. Su aliento golpea contra su nuca y a Millie le hace falta una enorme dosis de voluntad para mantenerse quieta. Quiere besarle, tocarle, amarle…

Alexander le presiona la nuca con los dedos, la hace volverse entre sus brazos y su hermoso rostro baja a unos milímetros de distancia del suyo.

—¿Qué te parece si esta noche dormimos en el hotel? No quiero que Bastian termine necesitando un psicólogo.

Millie se echa a reír y rodea su rostro sin afeitar entre los dedos.

—Con una condición.

—A ver.

—Bésame.

Una chispa de diversión enciende los ojos de Alexander, a pesar de que su semblante ofrece un aspecto peligroso bajo la débil luz de una lámpara de diseño.

—Creo que podré soportarlo —murmura mientras, con una mano bajo su mentón, la hace erguir el rostro y su boca cubre la suya.

Si es un sueño, Emilia Blake no quiere despertar jamás.

*****

¿Pero qué fue de los demás personajes?

Mientras Emilia y Alexander se besaban delante de la ventana, mientras la nieve caía sobre París y Chloé daba luz a su primer hijo —un niño al que llamaron Hugo—, mientras Francesca y su novio Jeremy hacían el amor apasionadamente bajo las irritantes lluvias de Irlanda, Massimo daba vueltas enfurecido por una boutique de Milán.

—*Amore*, sé razonable. ¡Este abrigo cuesta casi cinco mil dólares!

—Massimo, ¿me quieres o no me quieres? —repone su novia, una *ragazza* de unos veinte años que, antes de salir con él, era bailarina exótica en un club de carretera.

—*Porca puttana*! —cede Massimo, entornando los párpados. Ha comprobado en otras ocasiones que ser tacaño acarrea dolor de cervicales por dormir en el sofá.

—Me llevaré también los zapatos —anuncia ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿QUÉ? —ruge Massimo, con el rostro rojo de ira.

—Cari, tú dijiste que me amabas.

Ah, cómo echa de menos a Francesca. Al menos ella le quería desinteresadamente. Qué *donna*, la Francesca. Cómo desearía no haber metido la pata…

Todo esto es culpa de Carlo.

«Hala, rehaz tu vida, Massimo. Francesca ya no te quiere. Deja que sea feliz con ese irlandés malhablado. Ni tú ni yo tenemos derecho a inmiscuirnos en su nueva vida».

¡Maldito Carlo! Y, encima, ¡enamorado de Francesca! Massimo tiene pensado ir a quejarse al consejo de psicólogos de Roma. Seguro que enamorarse de una paciente es ilegal. Con suerte, le quitan la licencia. La idea lo hace regocijarse por un momento.

Pero entonces la *bambina* anuncia que quiere también el bolso que va a juego con los zapatos y la sangre italiana de Massimo prende en llamas.

Y mientras Massimo se gana la excomulgación en aquella boutique de Milán gracias a sus depravados improperios, hay un personaje aún más infeliz: *Lectora Exigente*. Que es, en realidad, un hombre, un personaje *grinchesco* que, oculto detrás de una pantalla, desarrolla un extraño y nada saludable odio hacia la literatura, las risas, la Navidad, la nieve, la felicidad humana, las caricias, los besos, los arrumacos y hacia todos los putos personajes de esta mierda de historia, que Francesca Conti se empeñó en escribir pese a sus amables advertencias.

Y encima, ¡el libro iba dedicado a *Lectora Exigente*!

Gracias a ti conocí el amor.

¡¡Dos veces!!

¡¿Tendrá morro?!

Y él aquí, solo y amargado, sin saber hacia dónde encaminar su odio y sus frustraciones cotidianas. Ay, ¿por qué la vida tiene que ser tan injusta precisamente con los buenos?

Agradecimientos

¡Eh, tú! Sí, sí, tú, la que ha elegido este libro tan estupendo. Gracias. De verdad. Me hace una ilusión tremenda que estés aquí, acompañándome de Connecticut a París. Espero que hayas disfrutado un montón estas dos historias navideñas.

Si te ha gustado el libro y te apetece dejarme tu valoración en Amazon para que otros lectores puedan conocerlo, yo te estaré muy agradecida.

Si no te ha gustado (cosa que siento muchísimo) y quieres valorarlo, que sepas que me tomo muy bien las críticas. Bueno… Las constructivas. Cuando alguien me hace una dañina en plan hater total, lo cierto es que suelo maldecirle en todos los idiomas que conozco.
(El que avisa no es traidor).

Si quieres estar al tanto de novedades, sorteos, promociones de libros gratuitos y demás, puedes encontrarme en las redes sociales.

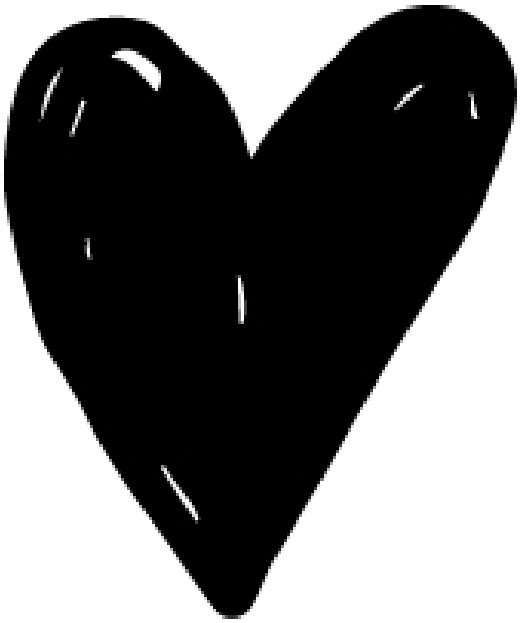
Facebook: https://es-es.facebook.com/people/Isabella-Marín/100010294145248?pageid=945879758824928&ftentidentifier=2090147424398150&padding=0
Instagram: isabellamarinblk

Solo me falta despedirme y decirte que… volveré.
¡Feliz Navidad!

Otros trabajos de la autora


Isabella Marín
IGNORARTE y OTRAS COSAS IMPOSIBLES

Diciembre 2018
La era de la soledad



Malditos propósitos de Año Nuevo

La historia nunca habría dado este giro de no haber sido porque, en una álgida noche de finales de 2018, una soltera de treinta y cuatro años llamada Pompeya llegó a la conclusión de que su vida era…

¡¡¡Un enorme fracaso!!!

De acuerdo, quizá no fuera todo tan melodramático como para usar tres signos de exclamación. Ahora que lo pienso mejor, la noche era más bien templada.

Los vientos del noroeste habían decidido emborracharse como todo hijo del vecino, colgar el cartel de cerrado por tiempo indefinido y pregonar *¡aquí no sopla ni Dios, joder!*

Al fin y al cabo, se trataba de la noche más vieja del año. Los vientos del noroeste también se merecían un pequeño descanso, ¿no?

O, a lo mejor, los muy capullos habían ido a visitar a la familia y a dárselas de listos delante de sus primas, las ventiscas que aún seguían solteras y sin hijos.

Sea cual sea el motivo cósmico que generó tal extraño acontecimiento, el resultado me tocaba las narices. Una noche *templada* o *suave* no me servía de excusa para regodearme en la miseria. A casi diez grados por encima de cero como que no está justificado deprimirse en Nochevieja, ¿verdad?

Vaya que no. ¡Se supone que estás arropado por la calidez de toda tu familia!

Por desgracia, mi *encantadora* familia, lejos de querer arroparme con su *calidez*, no hacía más que preguntarse —véase definición de *egocentrismo* en el diccionario— qué habían hecho mal para que yo siguiera soltera a mi honorable edad. ¿En serio? ¿Incluso mi puñetero estado civil era mérito suyo? Increíble.

—Nos pilló haciendo el amor cuando tenía tres años —le explicó mi madre a una señora mayor.

Expulsé de golpe el vino que me acababa de tragar. No fue nada elegante.

—¡Mamá! —clamé, tosiendo como una descosida—. ¡Eso no tiene nada que ver con mi estado civil! Y ni siquiera me acuerdo. Gracias a Dios…

—Debió de quedarse tan traumatizada que ahora no puede involucrarse en ninguna relación sentimental seria, pobrecita mía.

—¡Mamá, cállate ya! Papá, ¡di algo!

—Creo que tu madre tiene razón, cariño. Nos pillaste haciendo el amor.

—Ay, Dios. Necesito más vino. O un poco de cianuro. ¿Me disculpáis?

—Si a eso sumamos que está enamorada de su mejor amigo…

Abandoné la idea de ir a por otra copa de vino y me volví a sentar en la silla. Necesitaba algo más fuerte. Algo como ¡gritarle a mi madre y sacudirla para que reaccionara!

—¡Mamá, deja de repetir eso! ¡No estoy enamorada de Liam! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—Pero él la tiene en lo que los jóvenes llaman ahora la *friendzone*. O sea, ni contigo ni sin ti. Son una generación muy cruel. Nosotros éramos mucho más solidarios. Y protestábamos por todo. Ahora nunca salen a las calles a reivindicar nada.

—No estoy enamorada de Liam. No estoy enamorada de Liam —repetí el mantra con los ojos en blanco, aunque nadie me hizo el menor caso— No-estoy-enamorada-DE-LIAM —les grité para que me prestaran atención.

Se callaron, me miraron un segundo, confusos, y después retomaron su conversación.

—En mis tiempos, si un chico no te pedía matrimonio en la quinta cita, no debías verle más.

—Es imposible que esté enamorada de Liam. Im-po-si-ble. ¿Te lo digo en alemán? *Nicht erhältlich*, joder. *Nicht erhältlich*.

—Pero hoy en día se pueden tirar años y años saliendo y ¿para qué? Si luego no se casan.

—¿En portugués? *Impossível*.

—Es una chica fantástica. Pero esta relación de codependencia…

—¿En francés? *Impossible*.

—Lo admito, él es un chico muy guapo. Más que guapo. A mí me entran sofocos cada vez que le veo. Aunque puede que eso sea por la menopausia y que su firme y masculino rostro no tenga nada que ver. Se da un aire a lo Alain Delon. ¿Se acuerda de lo guapo que era de joven?

—En sueco. Te lo diré en sueco. *Omöjlig*.

—Es guapo, desde luego, es un diablo muy apuesto, pero no está enamorado de ella.

Un brillo de dolor cruzó mi mirada. Dejé de comportarme como una neurótica y mis ojos volaron hacia los de mi madre.

—No está enamorado de ti, cariño —repitió, devolviéndome la mirada, una mirada larga y compasiva.

Vaya. Compasión, ¿eh? Uf. Qué duro.

Cogí aire en los pulmones y lo solté despacio. Mi mundo se había quedado de repente en silencio.

—Ya sé que no está enamorado de mí, mamá. Liam es un ligón. El amor no va con él. No está enamorado ni de mí ni de nadie.

—Por eso deberías encontrar a otra persona.

—No es Liam quien me impide hacerlo —le expliqué con tristeza.

—En parte, sí. Sabes que sí.

Nos miramos durante un tiempo indeterminado, hasta que decidí no seguir adelante con esa conversación.

—Está bien. Voy un segundo al baño. —No podía seguir viendo ese brillo compasivo en los ojos marrones de mi madre—. Disculpadme.

Nadie dijo nada y obligué a mis piernas a sostener todo mi peso y a arrastrarlo lo más lejos posible de ahí. Sospechaba que mis padres se iban a enzarzar en una discusión en breve. Papá le echaría en cara a mamá el haber mencionado a Liam y ella defendería que alguien debía hacerme entrar en razón.

Lo de siempre.

Agarré una copa de vino de camino al baño y me la bebí delante del espejo. Cuando conseguí que estuviera completamente vacía (no me costó mucho, solo cuatro sorbitos de nada), la deposité sobre el lavabo y me quedé mirando mi propio reflejo en el espejo, hasta

que, de pronto, bufé una sonrisa incrédula, dirigida hacia mis estúpidos pensamientos.

—¡Venga ya! No estás enamorada de Liam Taylor, ¿vale? Puede que te gusten sus electrizantes ojos azules y… ese aire de indiferencia con el que se pasea por la vida y… ¡de acuerdo! su perfecto conjunto de músculos y tendones. ¿Y cómo no iba a gustarte? Por Dios, ese hombre redefine el término de tableta. ¡Está como un queso! Y quieres darle un bocado. Sabes que sí. Un gran y sabroso bocado. Y, probablemente, quieras lamer el sudor de su cuerpo, de esos abdominales tan tensos y definidos… Pero fantasear con arrinconarlo contra la fotocopiadora y con desgarrarle su estúpida camisa cosida a mano en algún país tercermundista no quiere decir que estés enamorada de él. Superaste eso en la universidad. Eres inmune a todos sus encantos.

Solté un interminable soplido y apoyé las manos en el lavabo con gesto hastiado. Estaba dispuesta a negociar conmigo misma.

—Está bien. No te has inmunizado del todo. Pero sabes que no tienes ninguna posibilidad con él. Es un ligón. Un abejorro que vuela de flor en flor. ¡Es como George Clooney! Quieres tirarte a George Clooney, pero sabes que nunca podrías casarte con él, porque está completamente fuera de tu liga. Liam es tu George Clooney. Así que acéptalo de una vez y deja de darme el coñazo, joder.

Hice ademán de coger la copa, pero reparé en que estaba ya vacía. Mierda. Necesitaba suministros.

Me lancé una mirada de severidad a través del espejo, me apunté con el dedo índice como diciendo *date por enterada* y puse fin a la trifulca conmigo misma.

Cuando abandoné el baño, estaba mucho más calmada que al entrar. Incluso le sonreí a mi madre, que me miraba con preocupación.

—¡Poppy!

Nicole, pletórica, ya que la muy condenada se había convertido en el centro de atención de la fiesta gracias a su nuevo embarazo, agitó la mano por si no la había visto aún.

Lo cual era imposible. Nicole, rubia, alta y tan, *tan*, hija de puta, era como un elefante que irrumpía en una cacharrería y arrasaba

con todo a su paso. Incluida mi pobre y escasa autoestima…

—¡Poppy! Ven a sentarte con nosotros. Estamos impacientes por escuchar historias de tu glamurosa vida en la gran ciudad.

Estupendo. Otra mujer casada, y más joven que yo, que se creía capacitada para darme consejitos de amor.

Justo lo que me hacía falta, que la media naranja de mi primo —limón cuando llegabas a conocerla mejor— me restregara por la cara su felicidad conyugal o que me contara, hasta la saturación, aquella historieta de la ancianita solterona que acabó devorada por sus ocho gatos.

Por el barrio circulaba el rumor de que los policías nunca consiguieron determinar si la pobre mujer estaba viva o muerta en el momento exacto en el que los feroces colmillos de los mininos se ensañaron con ella. Por supuesto, Nicole tenía sus teorías. Gores no, lo siguiente.

Según ella, si me lo contaba era para animarme, para que yo viera que había gente que lo pasaba peor que yo. Encima iba de altruista, la muy zorra.

De mala gana, encaminé mis pasos hacia su grupito, me coloqué el pelo oscuro tras las orejas y forcé una sonrisa para que nadie sospechara que empezaba a ponerme en plan homicida.

—Hola, chicos. Cuánto tiempo. ¡Feliz Año!

En vano intenté poner mi tono más entusiasta. Era evidente que me sentía incómoda. Los *chicos* me miraron con sonrisas ambiguas. Lo sabían. Olían mi miedo como los coyotes.

Tragué saliva y tensé los labios en un gesto aún más penoso. Ahí estaban todos ellos, juzgándome, lo veía en sus ojos, sus afilados y hambrientos ojos: mis primos Bob y Benji, los dos casados y con hijos, mi prima Ally, casada y con hijos, nuestros vecinos, Charles y Brianna, casados y con hijos…

Todos preguntándose qué tenía yo de malo.

Treinta personas, y la única que ni estaba casada ni tenía hijos era...

Pues sí, lo habéis adivinado. Era yo.

Ah, y mi hermano Colin, pero él no contaba para las estadísticas. Él era un *playboy* y a los *playboys* se les justifica todo hoy en día.

Que yo trabajase en el mejor bufete de abogados de Nueva York o que el colegio de abogados me hubiese designado la letrada más exitosa del año 2017 no tenía ninguna importancia a ojos de mis familiares y conocidos. ¿De qué sirve el éxito si no tienes con quién compartirlo?

En Connecticut, todo se resume a una sola pregunta: ¿estás casada?

Entonces, no hay nada más de lo que hablar, señorías. Que conste en acta que la acusada es una solterona neurótica. Golpe de martillo y zanjamos el asunto.

Deseé haberme quedado en casa, mi maravilloso piso de soltera en el que me esperaba un adorable gatito. Bueno, lo de *adorable* me lo acabo de inventar. *Calcetines* era más bien un gato que no estaba emocionalmente disponible, siguiendo la misma línea que todos los hombres de los que yo me enamoraba.

A pesar de ello, deseé haberme quedado en casa, haber compartido una conserva de atún y haber mirado juntos películas ñoñas hasta las tantas de la madrugada. Era todo cuanto teníamos en común el gato cabrón y yo: la debilidad por las películas ñoñas. Al igual que a mí, a *Calcetines* le encantaba una buena y lacrimógena película romántica. A veces se ponía delante de la televisión y golpeaba a Ingrid Bergman con la zarpa cada vez que esta acaparaba plano. Creo que le ponía cachondo o algo. Más de una vez le había pillado restregándose como un loco por su cara y babeando mi mueble del Ikea. Lo suyo era *Atracción fatal* en versión gatuna.

Si le había negado al pervertido michi el capricho de ver al objeto de todos sus deseos felinos era porque sabía que mi madre jamás me habría perdonado el desaire. En nuestro vecindario, la fiesta de Fin de Año en casa de mis padres se había convertido en todo un clásico de las fiestas. Peor que *El Cascanueces* o el pavo relleno en Navidad. A la gente de Connecticut le encantaba celebrar el Año Nuevo en casas ajenas.

Y con razón. No quería ni pensar en todo lo que había que recoger y fregar al día siguiente. ¿Por qué mi madre no colgaba también el cartel de cerrado por tiempo indefinido y se limitaba a

pedir pizza para cuatro? Yo lo había disfrutado mucho más. Al menos así no habría tenido que fingir que estaba la leche de animada con mi *glamuros*a vida en la gran ciudad. Sarcasmo, sarcasmo y doblete de sarcasmo.

«Te estás convirtiendo en una solterona muy amargada, Pompeya. Dicen que el cinismo no resulta nada atractivo a tu edad».

Resoplé y miré a mi alrededor con aire decaído. ¿A qué hora se iban a largar a sus casas, por el amor de Dios? Ya era bastante tarde. ¿Es que nadie estaba cansado de tanta charla que te charla?

El salón de casa era todo un panorama. Migas de los canapés salpicaban las fuentes casi vacías, y las copas se llenaban cada vez más deprisa, conforme las voces se elevaban y se agudizaban, como suele pasar cuando uno toma cinco o seis lingotazos de más.

Los hijos de nuestros amigos y vecinos se habían ido a dormir hacía rato, y la conversación en el grupo de mis primos rozaba peligrosamente el terreno sexual. Los casados se afanan por conocer la vida amorosa de los demás. Les da mucho morbo saber que hay gente que aún se lo monta sin un test de ovulación de por medio.

—No sé cómo lo consigues, Poppy. Si yo tuviera que salir todos los sábados a buscar un polvo, me volvería loca.

«Jajaja. Qué gracia la tuya, Nicole. No sé por qué no te han fichado aún para hacer de payaso en la tele».

Rechiné los dientes, fingí recolocarme el tirante de mi vestido negro de coctel y forcé una sonrisa tensa para impedir que los pensamientos se me trasparentaran en el rostro.

—Bueno, a ti no te hace falta. Tú tienes a Bob.

La pelota fue devuelta con dulzura, pero Nicole se percató de que mis ojos brillaron malignos al lanzar una mirada elocuente a la barriga cervecera del susodicho, que colgaba como un flan por encima de la cintura de sus pantalones de vestir.

Ugh, tenía pelusas en el ombligo.

¿Usaba Nicole la aspiradora para higienizar la zona? Yo sé que lo habría hecho.

—Es verdad —coincidió ella, con una atiplada voz que alejó de mi mente la imagen de una mujer con una aspiradora, cantando *I Want*

to Break Free—. No sé qué haría si no hubiese conocido a tu primo. Fue amor a primera vista. ¡Se me declaró en la décima cita!

Mentalmente me metí los dedos en la boca y simulé el gesto de vomitar.

«Sí, sí, sí, todos lo sabemos, Nicole. Cayó de rodillas y te dijo que o te casabas con él o se tiraba por un barranco. Eso no es romanticismo. ¡Es desequilibrio mental! Pura codependencia. Yo que tú, lo ingresaba en un psiquiátrico a la mayor brevedad posible».

Bob, por aportar algo a la conversación, y para que sus amigotes le rieran las gracias, nos deleitó con un eructo con olor a ajo. La sonrisa de Nicole se hizo añicos, y yo me sentí tan *bah* que decidí entretenerme con una copa de ponche.

—Cargadito —le pedí a mi hermano Colin, al que agarré por la manga de la camisa para asegurarme de que me había entendido bien.

Colin medio sonrió burlón.

—Te veo un poco tensa. ¿Necesitas que te rescate?

—Como esto siga igual, necesitaré una catana *Hattori Hanzō* antes del amanecer —farfullé entre dientes.

Me volví de cara a nuestros primos y amigos y compuse la mejor de mis sonrisas. Había que disimular.

Colin soltó una carcajada gutural y se fue a traerme la ansiada copa. Me quedé mirando las anchas espaldas que se abrían paso entre el gentío y no pude evitar preguntarme: ¿por qué a mí se me trataba de forma diferente?

Mi hermano tenía treinta y dos años y también estaba soltero. Es más, constaba en acta que salía a la calle en busca de polvos fáciles no solo los sábados, sino también los lunes, los martes, los miércoles… ¿Por qué nadie se metía con él? A todo el mundo le parecía que la vida neoyorquina y lasciva de Colin era la leche. Incluso le felicitaban por ser tan ligón.

¡Pero si Colin era como yo, solo que con pene! ¿Hola? ¿Nadie lo veía?

—Puñetera sociedad machista —refunfuñé entre dientes.

—¿Qué has dicho, cielo?

—Que tengo que ir al dentista. Tengo una muela que me araña la lengua.

Nicole pestañeó incómoda.

—Oh. Lo siento mucho.

—Y yo, y yo.

A falta de una copa con la que entretenerme, empecé a ponerme cada vez de peor humor y a despotricar en contra del patriarcado.

Nunca había tenido envidia fálica, pero ahí estaba la idea, expandiéndose como brotes de hiedra venenosa por mi cerebro. Daba igual la dirección en la que yo dirigiera mis ideas. En el fondo, todos los caminos llevaban a una sola conclusión: si yo hubiese tenido pene, nadie me estaría dando el coñazo.

«Al final va a ser verdad eso de que son los penes y no los cerebros los que dominan el mundo».

El buenazo de Colin me trajo una copa, que me bebí de tres tragos y casi sin respirar. Necesitaba dejar de filosofar sobre la conspiración de los penes. Lo mío no era saludable. Ya estaba alterando los nombres de todas las series y películas que conocía, para que tuvieran un aire fálico, acorde con la misoginia de la sociedad en la que estábamos viviendo.

El señor de los penes.

Juego de penes.

Lo que el pene se llevó.

¿¡Dos penes y medio!?

Ugh.

Estaba horrorizada. ¿En qué clase de mundo retorcido estábamos viviendo si a todo se le podía conceder un aire fálico?

Incluso imaginé a Rick Blaine diciéndole a Ilsa Lund: *siempre tendremos el pene.* Así, con aire melodramático y ojos de cordero degollado. A fin de cuentas, era el final de una guerra mundial.

—Otra.

—Poppy…

—*Otra* —gruñí entre dientes, como la hermana mayor y abusona que era.

Ya estaba bien de tonterías, ¿no? Llevaba horas enteras aguantando miradas de compasión y forzando sonrisas incómodas

cada vez que tocaba responder a la famosa pregunta que toda soltera mayor de veinticinco empieza a temer:

¿Hay alguien especial en tu vida?

¿Cómo conseguir que no se te quede cara de cuadro de Munch[11], si esa es la pregunta más gore que te pueden plantear en una fiesta llena de casados petulantes? Hubiese preferido la de: *¿alguna vez te han pegado la clamidia? Pues sí, no veas qué historieta más divertida. Espera a que te lo cuente.*

Pero no, nunca te hacían esa pregunta. Me había preparado la anécdota unos diez años atrás y aún no había tenido la ocasión de soltársela a nadie.

—Bueno, no. En realidad, no, no hay nadie ahora mismo —dije, como disculpándome, hecho que me enfureció al instante. ¿Por qué demonios me estaba disculpando con ellos? ¡Era mi puñetera vida! —. Es que… estoy muy centrada en mi carrera. Lo estoy dando todo. ¡A tope! Sí, voy a por todas ahora mismo. Casi estoy rozando el ascenso. Yo… no tendría tiempo… ¡Y ni siquiera quiero, no me malinterpretéis! Estoy muy feliz con mi vida actual. No cambiaría ni una coma. Mm-mm.

Nadie se tragó mi entusiasmo. Lo vi en sus caras de aves carroñeras.

—Oh. —Pausa incómoda de Nicole y doble parpadeo inseguro. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡¿POR QUÉ?!—. Tranquila, cielo, seguro que conocerás a alguien especial en breve.

Ay, Dios.

—Sin duda —se dieron prisa los demás por animarme. Bob me dio lo que él consideraba una palmadita de consuelo en la espalda. El problema es que Bob era un tipo tan fortachón que su *palmadita* casi hizo que se me desgarrara uno de los pulmones. Al menos eso sentía yo mientras tosía como una desquiciada—. Ya verás como todo se arregla.

Seguí tosiendo.

—Y si ya no puedes tener hijos, siempre puedes adoptarlos —añadió Charles con una sonrisa misericordiosa.

Se me quitaron todas las toses.

—¿¿Qué??—farfullé, aturdida.

—Sí, cielo. Seguro que este año consigues encauzar tu vida —aseguró Benji.

—Encauzar mi vida. Ajá.

Me hundí en la perplejidad y paseé la mirada de un rostro al otro. ¿Por qué se comportaban como si yo hubiese sido condenada a cadena perpetua? Por Dios, ¡solo estaba soltera!

Me harté tanto de verlos compadecerse de mí que, tras la quinta copa de ponche, y bajo la amenaza de Colin de ingresarme en el programa Alcohólicos Anónimos, decidí aprovechar un descuido de Nicole y huir cobardemente. Iba a refugiarme en mi viejo cuarto, al menos hasta que la fiesta estuviese a punto de acabar. Un par de minutos de tranquilidad y unos cuantos lloriqueos. Era lo único cuanto necesitaba para dar la bienvenida a otro año de mierda, en el que *la pobre* Poppy seguirá siendo una solterona de treinta y cuatro años que sale a la calle todos los sábados en busca de polvos fáciles, y luego, ya satisfecha su enfermiza lujuria, regresa a un piso vacío, dónde solo la espera un degenerado minino, que, no nos dejemos seducir por sus ronroneos —bien escasos, todo hay que decirlo—, planea devorarla dentro de unos veinte o treinta años. Viva o muerta, aún nadie lo sabe, aunque Nicole metería la mano en el fuego para defender la primera opción.

Qué panorama más deprimente. Si hubiese tenido una caja de bombones como Forrest Gump, me la habría zampado entera.

Para que nadie se percatara de que estaba a punto de escaquearme, me deslicé por las paredes con gran sigilo. Yo me veía a mí misma como a *Spiderwoman*, la mujer araña más rápida y letal del mundo.

Los demás, probablemente, verían al torpe agente Johnny English, ya que casi me cargo una lámpara de pared y el florero favorito de mi madre estuvo a tan solo un paso de desaparecer misteriosamente.

Jenny, la hija pequeña de Nicole, abrió los ojos azules de par en par cuando, nada más bajar la escalera, con su pijama de franela y el conejo de peluche apretado contra el pecho, vio lo que estaba haciendo yo.

Al principio, no supe a quién pertenecía esa maraña de rizos rubios. Habría jurado que era el caniche de la tía Molly. Pero el caniche habló, así que o yo estaba muy borracha o…

—¿Tía Poppy?

—Vaya, Jenny. Eres tú.

No, no era el caniche, aunque, en mi defensa, diré que cierto aire sí que se daba.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó la niña, cuya voz se debatía entre el sueño y la curiosidad.

Sopesé la idea de decirle que intentaba huir del coco —en este caso, su aborrecible madre—, pero cabía la posibilidad de que se pusiera a chillar y me delatara delante de los demás, así que me llevé un dedo a los labios, le pedí silencio con gesto serio, de persona adulta, y seguí adelante con mi táctica rápida y letal: pegada a la pared, di tres pasos deprisa y me detuve, miré a derecha e izquierda, me aseguré de que la zona estuviera despejada, y me volví a deslizar otros tres pasos más. Mejor no cuento cómo me arrastré por las escaleras. Ni el mismísimo Jean Claude Van Dame habría sido capaz de camuflarse de esa manera con la moqueta.

¿O quizá fuera el alcohol lo que me hacía verlo todo de forma mucho más grandilocuente?

Como fuera, conseguí llegar a la segunda planta, cerrar la puerta de la habitación a mis espaldas y desplomarme contra ella. Incluso empujé con fuerza, para que los malos pensamientos —o, peor aún, ¡¡Nicole!!— no me siguieran más allá del umbral.

Admito que había tomado un poco más de ponche de lo habitual, aunque no creo que fuese el ponche de mi madre sino la desesperación lo que me impulsó a hundirme en las entrañas de la autocompasión y la miseria.

Comprendedlo, ahí estaba yo, de vuelta en mi antigua habitación, contemplándolo todo con expresión horrorizada —y sujetándome al pomo de la puerta, porque el ponche vaya si era fuertecito—. La impresión de haber metido la pata hasta el fondo flotaba por encima de mí como una opresiva sombra gris.

Me fijé en los horrendos cuadros que colgaban de las paredes y, como cualquier ser con dos dedos de frente, hice una mueca de grima.

—Dios Santo, qué horror.

Luego recordé que alguien me dijo una vez que detrás de un cuadro horrendo siempre se oculta un recuerdo bonito y se me iluminaron los ojos.

Mi habitación estaba llena de recuerdos. Algunos bonitos. Pocos, cabe mencionar. La mayoría eran tan escalofriantes que había necesitado innumerables horas de terapia para poder borrarlos de mi subconsciente.

Así y todo, me pertenecían. Buenos o malos, los recuerdos formaban parte de mí. Una vida se compone de recuerdos de épocas pasadas y esperanzas para las épocas venideras.

Y muchas, muchas, fotos.

«Demasiadas», pensé con acritud. ¿Por qué nadie les había confiscado la Polaroid a mis padres?

«Ay, ¿esta es del día ese en el que casi gano las olimpiadas de matemáticas de mi instituto, de no haber sido porque en el último momento decidí intercambiar mi examen con el de Chris, el chico del que estaba enamorada en secreto?».

Chris, que llevaba unos dos años siendo un buen candidato para repetir curso, sacó una nota de 9,57 sobre 10, mientras que yo, que llevaba toda la vida coleccionando matrículas de honor, saqué un 2,49 sobre 10.

Fue tan polémico que me vi obligada a decir que estaba con la regla. Había que justificar de alguna forma ese nefasto resultado, y sabía que el director se lo tragaría. Hay hombres que siempre echan la culpa de todos los malos del mundo a nuestra regla. Son tan cortos de miras que no se les ocurre ninguna otra explicación.

Vaya, qué sentimental se ha puesto. Estará con la regla.

Cómo grita la hija-puta. Desde luego que es por la regla.

¿Se ha hundido el Titanic? Seguro que fue porque las mujeres que iban a bordo ¡TENÍAN LA PUTA REGLA, JODER!

Qué hartazgo.

Pero ya sabéis lo que dicen: si no puedes vencerlos, únete a ellos. Y, tristemente, yo me tragué mis principios, di un paso atrás en el feminismo y me uní. No estoy muy orgullosa de eso.

Chris, como él no tenía una regla a la que culpar, dijo a todo el mundo que se había tomado un Red Bull antes del examen.

Red Bull ab-reee la meeen-teee. El nuevo lema. Era mejor que el de *Red Bull te da aaa-laas*.

Quizá Chris se haya convertido ahora en la imagen oficial de la marca, porque, chico, ni el mismísimo Sebastian Vettel y sus cuatro títulos mundiales de F1 han conseguido darle tanta publicidad al gigante austriaco.

Después de esa hazaña, todo el mundo de mi instituto se enganchó al Red Bull. Y porque no había Internet ni leches que, si no, se habría hecho más viral que esa ridiculez de tirarse queso a la cara.

Mientras mi espesa mente de borrachina se distraía preguntándose por qué alguien en su sano juicio se tiraría una loncha de queso a la cara, mi cuerpo se acercó a la pared y mi mano agarró uno de los cuadros para mirarlo más de cerca.

Sentí nostalgia.

Y nauseas por el ponche.

Pero, sobre todo, nostalgia.

¿Qué había sido de esa valiente joven que se había atrevido a comerse el bocadillo más grande del mundo, a ganar el concurso de bocadillos gigantes y luego a sonreír con tanta fuerza que tan solo la diosa de la fortuna consiguió que no estallara la lente de la *Polaroid* de sus padres de lo fea que era la jodía?

Ugh, tuve que dar la vuelta al marco, porque vaya si era fea.

Pero, al margen de su poco agraciado aspecto físico, y aquí es dónde mejora el asunto, esa chica era intrépida, divertida, brava…Si con esas pintas de pirada y ese brote de acné en las mejillas se había atrevido a besar a Chris Mitchell, el chico más guapo de todo el insti, y luego no se había ahorcado con la cinta de una casete de Pink Floyd cuando Chris le había hecho saber, sin nada de delicadeza, que su aliento olía a cebolla rancia.

Ops. El bocadillo gigante. Es lo que tiene ingerir de golpe cuatro kilos de comida, Chris. Parece mentira que no lo supieras entonces.

Con un suspiro nostálgico, volví a dar la vuelta al cuadro y lo estudié con renovado interés.

Sentía que, de alguna forma, había decepcionado a esa chica. De acuerdo, yo tenía un diploma de Harvard y ella no. Y yo tenía una perfecta dentadura de la que presumir y ella no. Y, mi aliento, desde luego, ya no olía a cebolla rancia.

Pero, por lo demás, mi vida era un fiasco.

—¿Cómo has acabado así, Pompeya? —me pregunté en voz alta.

Me desplomé sobre la cama con aire teatral, apreté el cuadro contra el pecho y busqué la respuesta en las esquinas de esos doce metros cuadrados que me rodeaban.

Para estupor mío, mi viejo cuarto, *la leonera*, como solían llamarlo mis padres, conservaba intactas las huellas de mi *aborrescencia*: el poster de Kurt Cobain —¡sin camiseta!, ñam ñam— cubriendo toda la puerta, mi foto con un disfraz de *Sailor Moon*, otra foto mía, no muy favorecedora, me temo, vestida de *Buffy Cazavampiros*, con aparato dental y una sonrisa tan espantosa que los pobres vampiros se habrían desmayado del susto de habérseme acercado...

«¿Y aún me pregunto por qué no perdí la virginidad hasta los veinte? ¡Cristo bendito!»

Sacudí la cabeza para desechar el pensamiento de la virginidad de mi cabeza —no estaba yo para más distracciones— y dejé que mis ideas siguieran ahondando como una taladradora, hasta que, poco a poco, la realidad empezó a adquirir contorno, a abrumarme.

Fue en ese momento y en ese lugar, ahí tumbada sobre las sábanas de Sabrina la bruja, rodeada de huellas de todo mi pasado *nerd*, donde comprendí por fin que… bueno, que, en resumidas cuentas, la había cagado.

Del todo.

Sí. Hasta el fondo.

—Ay, Dios.

Necesité un momento para asimilarlo.

—¡Ay, Dios! —grité, incorporándome en la cama.

No, no podía asimilarlo.

—Ay, Dios…

Volví a deslomarme. Estaba sin fuerzas.

Se suponía que había superado esa etapa de mi vida, ¿no? Yo ya no era la fracasada de la clase, la que no conseguía que los chicos guapos saliesen con ella, a no ser que les hiciese los deberes y los exámenes, cosa que hice durante casi dos años por Chris.

Y, a pesar de todo, me había dado plantón. Maldito, maldito Chris. De no haber sido tan guapo… Y surfero…

«Cielos, cómo agitaba la melena rubia en el viento en ese viaje de fin de curso a California».

—Céntrate, Pompeya.

¿Qué estaba diciendo antes de que la melena y la sonrisa adolescente de Chris me hicieran perder el hilo?

Ah, sí, que yo ya no era esa. Había cambiado. Era otra. ¡Miradme! ¡Soy diferente!, clamaba algo dentro de mí. ¿Por qué ese cambio no se reflejaba en mi vida actual?

Las revistas femeninas me habían prometido una vida mejor.

Y los psicólogos infantiles también.

¿Dónde estaba esa vida ahora? ¿Me habían tangado?

Porque, afrontémoslo, nada había cambiado. *To-do* seguía exactamente igual. La habitación, mi vida sentimental, mi casi inexistente popularidad entre los chicos guapos, mi estúpido nombre en honor a la antigua ciudad romana destruida por un volcán...

Y, de pronto, se me ocurrió. Así, a través de las nubes etílicas que flotaban por mi mente, una idea estalló como un rayo. A fin de cuentas, borracha o no, yo era una persona inteligente. Ergo, pensaba.

Y en ese momento pensé algo que me sorprendió incluso a mí misma:

«¡Las cosas no cambian, Pompeya! Las *cambiamos*. La libertad nadie te la otorga. Hay que arrebatarla. ¿Qué pasa con el feminismo? ¿Crees que los hombres reconocerán alguna vez nuestros derechos y la igualdad de los sexos? De eso nada. Tendremos que luchar para conseguirlo. Vale, no en plan Xena, pero ya estás pillando la idea, ¿verdad?»

Qué teoría tan interesante. Seguí dándole vueltas.

Un momento, un momento, para que me aclare mejor. Entonces, si lo que hay que hacer es *cambiar* las cosas, ¿quería eso decir que yo podía hacerlo? ¿Podía cambiar mi vida, en lugar de lamentarme y esperar a que cambiara por sí sola?

Me incorporé con brusquedad y se me fueron dilatando los ojos gradualmente, conforme las ideas revolucionarias se encendían en mi cabeza como las luces de un árbol de navidad. Simone de Beauvoir, Amelia Earhart, Frida Kahlo. ¡Claro que yo también podía! ¡Podía hacer lo que quisiese! ¡Tenía las riendas de mi vida! Yo era una mujer madura, independiente y muy sexy.

Vale, eso me sonaba a demasiado entusiasmo, así que probé suerte de nuevo.

«¿Mona?», me propuse, esperanzada.

«Quizá solo pasable, si tienes en cuenta tu corto historial de conquistas…»

«Bueno, ¡tampoco nos distraigamos poniendo etiquetas ridículas! », me regañé a mí misma con creciente irritación. «Retrocedamos hasta la parte en la que tenías el poder. *I've got the power*».

De imprevisto, mi subconsciente empezó a bailotear como un desquiciado la canción de Snap y yo fui relegada a los noventa, época de aparatos dentales espantosos y sandalias Jelly llevadas con *Calcetines*.

¡Qué coño! ¡Pues claro que iba a cambiar las cosas! ¡Ya lo creo que las iba a cambiar! Abe Lincoln lo había hecho. Mahatma Gandhi lo había hecho. ¡Miley Cyrus lo había hecho!

Después de ella, nadie volverá a mirar una bola de demolición de la misma manera…

Si ellos lo habían conseguido, yo también podía.

¡Por Dios! ¡Si incluso había conseguido dejar de llevar plataformas kilométricas y botas de leopardo! Por supuesto que iba a conseguir cambiar mi vida.

¿Cómo? Muy fácil. Era Nochevieja. Lo único que tenía que hacer era mover el culo de la cama y elaborar una lista de propósitos de Año Nuevo. Lo de los propósitos de Año Nuevo, para que os enteréis, funciona más o menos como lo de las velas de una tarta de cumpleaños y los deseos.

O como las estrellas fugaces y los deseos.

O como los Chrises Mitchells del mundo y los deseos de perder la virginidad.

Lo habéis pillado, ¿no? Es algo mágico.

Y yo iba a conseguirlo.

Animada, me levanté de la cama tambaleándome, descorrí el chirriante cajón de mi viejo escritorio y busqué una hoja y un bolígrafo. Encontré mi antiguo diario y un boli de esos de cuatro colores. Qué maravilla de época. Ni Ikea ni leches. Eso sí que era ahorrar espacio. Cuatro bolígrafos en uno solo. Chuparos esa, fanáticos del orden. Por no mencionar lo mucho que esa reliquia de los noventa favorecía el descenso de plásticos de nuestros océanos.

Fiel defensora de los bolígrafos cuatro en uno, y apostando por un planeta más limpio y sostenible, lo probé para ver si aún pintaba. Aunque solo funcionaba el verde, me era suficiente para confeccionar mi lista de deseos.

—Allá vamos, Pompeya. Tú tienes el poder de cambiar tu vida. *I've got the power.*

Con una sonrisa de borrachuza, me senté en la cama, doblé los pies por debajo del cuerpo y formulé en voz alta todos mis deseos de Año Nuevo. ¿Qué era lo que yo quería?

Pues bien, quería lo siguiente:

Propósitos de Año Nuevo de Pompeya Cornelia Montgomery y cómo conseguirlos.

1.

Reinventarse: leer más libros sobre el Dalai Lama.

2.

~~Tomárselo todo con más calma. Eliminar el estrés.~~ Menudencias. Con silenciar a Liam consigo todo lo anterior. Bien pesadito que es. Y ese *sex appeal* es mejor evitarlo. SI-LEN-CIAR a Liam. Esto está chupado.

3.

~~Dejar de comprar zapatos.~~ Comprar zapatos **solo** en rebajas. Tampoco vayamos a hacer el gilipollas

ahora.

4.

~~Apuntarse al gimnasio.~~ Me da fatiga solo de pensarlo. Mejor empiezo tomando el café sin extra de azúcar, ¿no? Poco a poco. No vaya ser que me dé una embolia.

5.

~~Dejar el tabaco.~~ ¿No es muy drástico? El Año Nuevo no es como el genio de la lámpara. ¿Qué tal si fumo solo cinco cigarrillos al día y sigo una dieta más saludable?

6.

Encontrar al hombre de mi vida. Esto NO es negociable.

7.

Ser madre. Esto tampoco debería ser negociable, Pompeya. Como tu madre no deja de repetirte, tus óvulos se extinguen con cada día que pasa. ¿Y si dentro de un año no te quedara ninguno? Ay, Dios.

8.

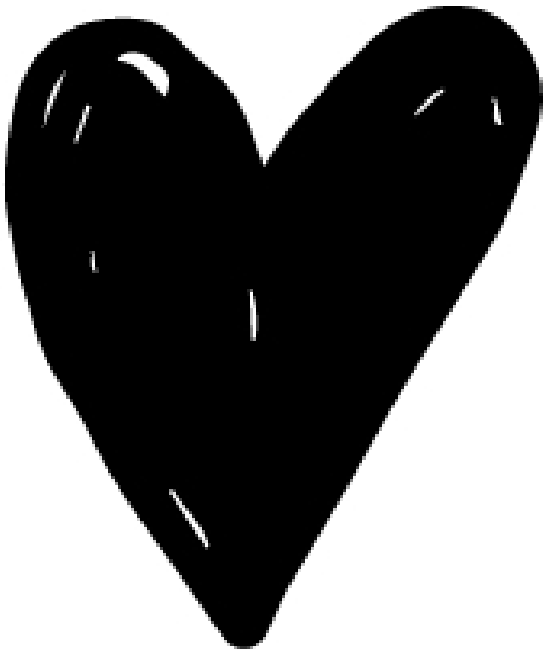
Dejar de hablar con una misma. Denotas cierto desequilibrio mental.

9.

Dejar de referirse a una misma como *una.*

Me faltaba una cosa para que la lista de los propósitos fuera como la tabla de los diez mandamientos de Moisés, pero no se me ocurrió nada que añadir y decidí dejarlo en blanco. Lo añadiría llegado el momento. El último propósito era el factor sorpresa.

Enero 2019
Los vientos del cambio azotan Manhattan



Solteros de Manhattan

Uf. Con la vuelta al trabajo después de las vacaciones de invierno convertida en una ineludible realidad, no pude evitar pensar en una enorme cuesta arriba casi imposible de trepar. Rutina. Estrés. La falta de taxis disponibles…

—En Manhattan vivimos amargados —aseguró Bea, de Recursos Humanos, mientras algunos compañeros del trabajo tomábamos un café en el Starbucks a primerísima hora de un lunes laboral—. Encontrar pareja se está volviendo cada vez más complicado de conseguir. No eres tú, cielo. Es todo nuestro puñetero siglo. Míranos. Estamos predestinados a morir solteros y neuróticos. ¡No tenemos tiempo para enamorarnos! Yo apenas tengo tiempo para depilarme las cejas. ¿Lo veis? Las llevo mal depiladas casi siempre.

Bea se bajó las gafas de montura amarilla limón por la nariz —ella y Laila eran un estallido de colores en medio de los aburridos trajes negros o grises que llevábamos los demás—, y se inclinó por encima de la mesa. Todos contemplamos durante unos segundos los pelitos pelirrojos que asomaban por debajo de la línea de sus cejas. Luego, perdido el interés, nos enderezamos en nuestros asientos y nos aferramos a los vasos de café como si nos fuera la vida en ello.

—Y no solo las prisas. Tampoco tenemos a nadie que nos enamore —rebatió Laila de Marketing, con la voz arrastrando cierto retintín de amargura—. No dejo de preguntármelo: ¿dónde demonios se esconden los hombres buenos? El año pasado intenté de todo para cruzarme con uno: me apunté a clases de cocina, salí a correr por Central Park, fui a la playa todos los fines de semana libres…

—¿Lo cual te parece mucho? —probó suerte Tom, un abogado que llevaba la competitividad en su código genético, al igual que la aptitud para fastidiar a Laila—. Mi hermana se rebajó tanto que permitió que sus amigos felizmente casados le presentaran a alguien de su círculo más cercano en una cita a ciegas.

La expresión burlona de Thomas nos desveló el desenlace del asunto.

—Ugh, vaya —rechiné los dientes con expresión de grima—. Craso error. Eso nunca sale bien. De alguna forma, los maridos de tus amigas siempre se las ingenian para presentarte a sus conocidos más imbéciles. Quizá para mostrar cierta superioridad delante de sus mujeres. *Mira, cielo, si me dejas, esto es lo que te espera.*

Tom se rio con ganas. Supuse que a su hermana le había pasado precisamente eso.

—Nena, como sea, tú no te obsesiones.

Le dispensé a Bea una mirada hastiada.

—¡No lo hago! Si yo ni siquiera sé si de verdad quiero encontrar pareja y tener hijos. Si me lo estoy planteando es solo por culpa de la maldita presión social. En cuanto cruzas el umbral de los treinta, todo el mundo espera que te cases, y se creen capacitados para decírtelo en cada cena, comida o entierro familiar. *Nuestra familia está condenada a la extinción.* Teníais que haber visto a mi padre, lo melodramático que se puso en medio de la cena de Navidad. *De tu hermano nunca hemos esperado nada. Es una cabeza hueca. ¿Pero tú? Lo único que tenías que hacer era darme un nieto y ni siquiera eres capaz de hacer eso bien.* ¡Y todos estos años yo pensando que con una carrera en Harvard era más que suficiente!

—Pues claro que lo es, joder. Más quisiera yo tener un diploma de Harvard y no de la Universidad de la Zarigüeya Malvada. —Tom era de Alaska. Siempre se metía con sus orígenes provincianos, para evitar que otros lo hicieran por él. El mundo de la abogacía es muy cruel. Si no has ido a Harvard, no eres relevante—. Tú lo tienes todo. No le des más vueltas. Eres lista, triunfadora…

—Y soltera. En el fondo, es la única etiqueta que te ponen: la de la solterona.

Laila sí que sabía cómo infundirle ánimos a una.

Tom, el cual odiaba ser interrumpido, la fulminó con la mirada. Esos dos nunca se habían llevado demasiado bien. Tom, gélido, controlador —macho despótico, al fin y al cabo—, tachaba a la volátil Laila de descerebrada y jamás la tomaba en cuenta para los asuntos serios.

Por el otro lado, Laila, extática/depresiva y más espiritual que Whoopi Goldberg en *Ghost*, percibía la hostilidad y respondía con la misma moneda.

Si se aguantaban mutuamente era solo porque yo les caía bien a ambos.

—Resulta que sí que hay que darle vueltas —dije para distraerlos de su enfrentamiento visual—. Muchas vueltas. Más vueltas que a una puñetera ruleta rusa. Escuchad lo que me dijo mi propia madre. Escuchad y santiguaros.

—¿Tan grave es?

La pregunta de Bea me hizo asentir con gran solemnidad.

—Peor. Justo antes de montarme en el tren, me cogió por el brazo y me susurró: *Nosotros te tenemos a ti, bizcochito. Pero tú no tienes a nadie. ¿Quién va a llevarte a una residencia?* ¿Es que a eso se resume la vida de un ser humano hoy en día? ¿La gran pregunta que inspira a los poetas es: quién va a encerrarte en un asilo apestado de viejos chocheando cuando te fallen las fuerzas para poder irte por tu propio pie?

Las carcajadas de mis amigos estallaron por toda la cafetería. Los miré con cara de pitbull hambriento. No me apetecía mucho reírme. Un poco de seriedad, joder. Estábamos ante un asunto de extrema importancia. ¡Iba a morir soltera! ¡Sin nadie que me encerrara en un asilo!

—No te vuelvas loca, Poppy —me tranquilizó la siempre aplomada Bea, la cual me instó a respirar con un gesto muy *zen*—. Percibo cierto aire de histeria en tus palabras. Aún te quedan unos ocho años por delante para responder a esa pregunta. Ahora estás escocida y es normal, te ha tocado pasar las vacaciones en casa de tu familia y las familias están todo el rato dándole el coñazo a una. Pero en febrero ni te acordarás. Y si te acuerdas, te parecerá una ridiculez.

—Ya lo sé. Pero ojalá la gente me dejara vivir tranquila durante un rato. *Clearblue* no para de bombardearme con sus estúpidos anuncios sobre los test de ovulación. Por Dios bendito, ¡incluso mi horóscopo de este año decía que va siendo hora de tener hijos! Por

lo visto, es mi año más fértil, porque la luna está en mi casa. Lo que sea que eso signifique.

—Pues que la luna está de tu parte. ¡Eso es genial!

Le dediqué a Laila una mueca de fatiga. Lo que menos me hacía falta era una Laila mística.

—Es que no lo entiendo —seguí encabronándome—. Da la impresión de que en la vida de un ser humano todo se resume a una función muy básica: la reproducción. Tu éxito ya no se mide en cifras o seguidores de Instagram, sino en la cantidad de veces que te has reproducido. Y si alguien de la isla de Manhattan ha puesto un anillo en tu dedo, entonces ¡enhorabuena, joder! ¡Eres la puñetera Jackie Kennedy de nuestros tiempos! *Menudo* hartazgo.

Hundí la cabeza entre las manos y me desplomé sobre la mesa.

—Cierto. —Tom me dio la razón como a un loco. Lo miré ceñuda, a sabiendas de que todo aquello le importaba un pito. Él no sentía presión social por encontrar pareja. ¡Era un hombre!—. Pero no permitas que la histeria y la desesperación se apoderen de ti tan pronto, ¿eh? —intentó animarme sin demasiado éxito—. Señoritas, dejemos de agobiarnos cuando nuestros amigos casados vengan a presumir delante de nosotros de lo feliz que es su vida conyugal, follando una vez cada cinco meses, *con suerte*, y peleándose cada cinco horas por las cosas más ridículas del mundo, como por ejemplo con quién cenar en Nochebuena, los padres de él o los padres de ella, una pregunta imposible de responder sin aludir al divorcio.

Bajo la visión de Tom, el matrimonio no parecía demasiado atrayente.

Y él sabía de lo que estaba hablando. A fin de cuentas, era abogado matrimonialista y soltero empedernido.

—Tienes razón —caí de pronto—. ¡Que les zurzan! Este es nuestro mejor momento. Tenemos por delante trescientos sesenta y cinco días para encontrar a alguien especial. Dos mil diecinueve es el año de los grandes cambios y las grandes esperanzas, a lo Dickens, y yo lo estoy empezando con una buena lista de propósitos y una amplia sonrisa. Chicas, presiento que este año voy a comerme el mundo.

—*¿Chicas?*

Mi sonrisa entusiasmada se borró al instante ante el tono refunfuñón de Tom.

—Tú ya me entiendes.

—No, no lo entiendo. Siempre me discriminái s por ser hombre —me reprochó con ademanes ofendidos—. Me quejaría a Recursos Humanos, pero resulta que la responsable de departamento está aquí, ¡discriminándome! No sé por qué aún quedo con vosotras, brujas.

—Porque nadie le aguanta —le susurró Laila a Bea—. Es un solterón carca.

Bea intentó sin demasiado éxito contener la risa. Decidí intervenir antes de que Tom se percatara de la jugada.

—Bueno, tengo que irme. ¿Vienes, Tommy?

—Nop. Adelántate, cielo. Yo tengo un juicio dentro de unos cuarenta minutos. Un gilipollas que se tira a su secretaría.

—Ugh. Vale. Ya nos veremos, entonces. Espero que ganes.

—Tranquila. Le tengo pillado por los huevos.

Quise pensar que eso no era en el sentido más literal de la palabra, pero con Tom nunca se sabía. Era una criatura sanguinaria.

Les lancé un beso a las chicas —y al discriminado Tom—, pillé un café para llevar y salí por la puerta con la seguridad que tan solo una mujer que está preparada para comerse el mundo podría sentir.

*****

Mi seguridad duró solo hasta que llegué al bufete. Porque nada más abrirse las puertas del ascensor y toparme con la persona a la que se suponía que debía evitar a toda costa, obviamente experimenté unas tremendas ganas de dar media vuelta y esconderme en el refugio de mi apartamento, tras cajas y cajas de helado marca Ben&Jerry's y todas las versiones posibles de la película *Cumbres Borrascosas*.

Sí, incluida la de Bollywood, la cual, la verdad sea dicha, me parecía una lamentable y teatral versión de *Slumdog Millionaire*.

Mientras yo despotricaba en contra de los guionistas danzarines (¿en serio? ¿Un Heathcliff danzarín?):

—¡Montgomery! —exclamó el no grato, cuyos labios se desplegaron en una amplia sonrisa de infarto—. Justo la chica a la que quería ver. Feliz Año. ¿Dónde te habías metido? ¿No hay cobertura de móvil en Míchigan? Llevo dos semanas llamándote como un poseso. ¿Por qué no me contestas a los mensajes?

Señoras y señores: ¡Liam Taylor!

Ya. ¡Basta! Dejad de aplaudir de una vez. Ya sé que es guapo. Comportémonos como adultos.

Como iba diciendo: Liam Taylor.

Profesión: seductor.

Aficiones: las mujeres. Todas ellas. Cuantas más, mejor. Las modelos anoréxicas eran sus favoritas. Aunque no hacía ascos a nadie.

Aspecto: traje de sastre, sonrisa ladeada que marcaba hoyuelos, mandíbula definida, ojazos azules, en ese momento chispeantes como una hoguera… Uf. Mis pobres hormonas ya estaban hiperventilando.

Aparte de ser guapo, Liam era el abogado más incansable del bufete y el principal motivo de estrés de mi vida.

En una palabra: perfecto.

En dos palabras: perfectamente apetecible.

En cuatro palabras: perfectamente letal para cualquiera.

Si no me fallaba la memoria, y raras veces suele fallarme, uno de mis propósitos de Año Nuevo mencionaba a Liam junto a la palabra silenciar, que también significa enmudecer o amordazar.

«Hm. Lo de amordazar a Liam no es tan mala idea. Le daré vueltas al tema. Estaría perfecto con un bozal».

«Ay, no, no pienses en Liam desnudo y musculoso, llevando solo un bozal. Hush hush, ideas malignas».

—No tengo tiempo —lo frené mientras avanzaba decidida por el pasillo enmoquetado. Quería conservar esa seguridad de la mujer que está preparada para comerse el mundo. Me gustaba verme a mí misma reflejada desde esa perspectiva. Sentaba de maravilla.

Café en la mano, di un golpecito de cadera a la puerta de mi despacho, entré y dejé las cosas encima del escritorio. Liam me siguió y cerró a sus espaldas. Lo ignoré y, con gestos tranquilos, me

quité el abrigo y lo colgué en el perchero. Vi de reojo que se sentaba en mi silla, pero me concentré en desenrollarme la bufanda, en sacudirla para quitarle la llovizna de encima y en colgarla junto al abrigo. Aplomo ante todo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me estás evitando la mirada? ¿Te has pasado las navidades pensando en mi insoportable buen aspecto y ahora te da vergüenza mirarme a la cara?

Me volví con parsimonia y lo miré con rostro inexpresivo. Liam, repantigando en mi sillón ejecutivo, se balanceaba de un lado al otro, con los pies subidos encima de la mesa, mientras medio sonreía y me contemplaba con unos ojos azules tan penetrantes que habrían elevado la temperatura corporal a cualquier mujer heterosexual con sangre en las venas.

Vamos a dejar clara una cosa desde el principio: no, no estaba enamorada de Liam Taylor. Que soñara con arrancarle la camisa cada vez que me lo cruzaba en el pasillo del trabajo no significaba absolutamente nada. Hormonas pre menopáusicas. A cualquiera le habría pasado lo mismo en su presencia. Era cierto que había estado colada por él en algún momento de mi vida, pero hacía años que había comprendido que estaba totalmente fuera de mi alcance y ahora solo lo veía como a un amigo.

Un amigo al que había intentado besar la última vez que nos habíamos visto.

«Uf. Qué patética eres, joder».

Un aluvión de imágenes de la cena de empresa regresó a mi mente para seguir atormentándome. Me había pasado con la bebida —qué raro en mí— y me había lanzado a los brazos de Liam.

Lo cual era una soberana gilipollez. Era mi mejor amigo y en la amistad hay líneas infranqueables.

No digo yo que si él me hubiese correspondido con un entusiasmo similar al mío no hubiese franqueado esas líneas. Solo digo que fue una estupidez tirarle los tejos a un amigo.

¿Y, de todas formas, a quién se le ocurre hacer cenas de empresa? ¿Es que no sabemos que la gente suele perder la compostura cuando hay barra libre de por medio?

—¿Poppy? —Liam frunció el ceño, gesto que daba a su rostro cuadrado y anguloso un aire ridículamente sexy—. Era una broma. Ríete.

—No tengo tiempo para reírme. —Me dirigí a la puerta, la abrí y la sostuve para él—. Si me haces el favor…

Me miró ofendido. Su cara era todo un poema.

—¿Qué he hecho yo, aparte de echarte de menos como el fiel lacayo, siervo, sirviente que soy?

Así era Liam. Siempre derrochando encanto sureño.

—Tú, nada. Tú nunca haces nada —ironía ante la cual él me dedicó su sonrisa más inocente—. Pero uno de mis propósitos de Año Nuevo es ignorarte, y esta soy yo ignorándote. Adiós.

—Espera. ¿Qué?

—Pues, verás, he llegado a la conclusión de que tú, señor Taylor, eres uno de los principales motivos de estrés de mi vida y he decidido erradicarte. Este año apuesto por una existencia más saludable. Ensaladas, zumos naturales y nada de Liams en mi vida. ¿Te acuerdas de mis dolores de estómago del año pasado?

—Como para olvidarse. Te quejabas a diario.

—Estas vacaciones fui a hacerme unas pruebas y el médico dice que tú eres el causante de todo.

Liam enarcó las cejas y me miró receloso.

—¿Yo? ¿Eso te dijo el médico?

—Con otras palabras. Pero sí.

—¿Cuál fue el diagnóstico exacto?

Qué manía con abrir el hilo en cuatro. Siempre le daba la vuelta a la tortilla para sacar beneficios propios.

—Problemas digestivos causados por el estrés y la mala alimentación —me vi obligada a admitir.

—Ajá —se jactó él, satisfecho por mi respuesta—. Entonces no fue culpa mía.

—¡Tú eres lo que se oculta detrás del estrés y la mala alimentación! —rebatí a gritos—. Me hiciste comer durante un año entero en el KFC. ¡A diario!

—¡Protesto! —exclamó con aire contrariado—. Además, teníamos veinte años. La infracción ha prescrito.

—Protesta en otra parte. Llevas aquí menos de un minuto y ya me empiezo a notar nerviosa.

—Eso es porque te pongo.

Me guiñó el ojo y yo le dediqué mi expresión más exasperada.

Antes de abalanzarme sobre él en la cena de empresa, esos chistecitos sexuales tenían su gracia. Ahora ya no. Ahora me hacían ruborizarme y sentirme muy incómoda.

—¡Fuera! —grité, antes de que se percatara del rubor que cubría mis mejillas. Porque sí, me ponía. *Mucho.*

Liam me miró con cara de pocos amigos.

Al comprender que hablaba en serio, exhaló con exasperación, se levantó y vino hacia mí. Descansó las manos en mis hombros y puso los ojos a la misma altura que los míos. No sé cómo lo conseguía, pero lucía un aire paternal tan sexy que hizo que se me secara la garganta. Seguro que podía escuchar mi estúpido corazón latir deprisa.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con esta ridícula actitud? —preguntó, con una voz tan cálida como el caramelo derretido.

«Tú puedes, Pompeya. Liam Taylor es como un demonio al que necesitas exorcizar. Coge el crucifijo y manos a la obra».

—Toda la vida —me obligué a gruñir.

—No puedes ignorarme. Trabajamos juntos.

La mayor desgracia de todas. Trabajar con alguien inalcanzable, irresistible, ingenioso...

«Vale. Se acabaron los adjetivos positivos, Pompeya».

—Pediré que me manden a trabajar a la Costa Oeste. De todas formas, Nueva York me empieza a aburrir.

Liam intentaba, sin demasiado éxito, no sonreír. Mi madre tenía razón. Era un diablo muy guapo.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién se lo vas a pedir?

—Al jefe. ¿A quién sino?

—Ja —se regocijó mientras se apartaba de mí con una gran sonrisa de autosuficiencia.

—¿Qué? ¿Tengo restos de nata en las comisuras de los labios?

—JA.

Arrugué la nariz y escruté su rostro en busca de respuestas.

No, esa sonrisa petulante no se debía a que yo me había manchado al tomar un capuchino. Era por algo mucho más gordo que eso. Me lo decía mi sentido arácnido.

—¿Por qué te jactas tanto?

—Porque, mientras tú estabas de vacaciones en Wichita…

—Connecticut.

—¿Qué más da? El caso es que el jefe se ha marchado.

—¿Maddox se ha ido?

—Sí, señora.

—¿Y quién es el mandamás ahora?

—A ver si lo adivinas.

—No —dije incrédula, aunque en el fondo de mi corazón sabía que era cierto. Porque no había nadie en todo el bufete que se lo mereciera más. Nadie más trabajador, más aplicado o más preparado para ese trabajo.

Liam se cruzó de brazos y su habitual media sonrisa canalla empezó a elevar poco a poco el lado derecho de su boca, su suave y bien formada boca, que yo había intentado cubrir con la mía sin pararme a pensar en las consecuencias. Ay, Dios.

—Por las arrugas que asoman en tu frente, diría que ya lo has adivinado.

En otro momento me habría preocupado por lo de las arrugas, pero ahora estaba patidifusa.

—¿Te han nombrado socio gerente?

—Sip. Lo cual me convierte en tu jefe. Lo cual me da potestad para rechazar tu solicitud. ¿Me has oído, Poppy? Re-cha-zo tu solicitud de cambio de ciudad y costa. Te quedarás en la Costa Este porque tú y yo estamos juntos desde el primer día de universidad, y no voy a dejar que tus mierdas *zen* se interpongan entre nosotros. Somos perfectos juntos. Yo soy tu Bonnie, tú eres mi Clyde, y las cosas no van a cambiar jamás. Me gusta mi vida tal y como es. Todo encajado a la perfección. Una enorme obra maestra de la organización. Y, lamento decírtelo, cariño, pero tú estás en ella y no vas a irte a ninguna parte.

—Tu discurso no ha sonado para nada obsesivo compulsivo. ¿Y eres consciente de que el chico era Clyde?

—Por supuesto. Pero tú tienes un poderoso aire masculino con ese traje negro. ¿Nunca te has planteado llevar falda? Estarías monísima. Por no decir que resulta mucho más excitante quitarle la falda a una mujer. El pantalón es algo… grrrr… un poco gay, la verdad. *Cariño, quiero meterme en tus pantalones.* Esa frase le quita el rollo a cualquiera.

Eso había que cortarlo por lo sano. De ningún modo íbamos a abrir el tema de quitarse los pantalones el uno al otro.

—Suficiente. Fuera. Tengo trabajo que hacer.

La sonrisa sexy regresó a su rostro. Era la criatura más guapa del mundo cuando sonreía con esa lentitud, esa maldad y esa insinuación sexual que le marcaba un hoyuelo en la mejilla izquierda y arrugaba un poco las comisuras de sus abrasadores ojos.

—En eso te doy la razón. Tienes *mucho* trabajo que hacer.

Oh, no. Con trabajo me refería a indagar sobre los rendimientos amorosos de la gente que se abría una cuenta en *Meeting*. ¿Por qué tenía la impresión de que Liam me acababa de fastidiar los planes? ¿Quizá porque, detrás de mí, enmarcado en la pared, había un maldito diploma de Harvard llevando mi nombre?

—¿Qué has hecho ahora?

Hundió las manos en los bolsillos y, con su habitual expresión de insufrible autocomplacencia, me observó desde arriba. Liam era considerablemente más alto que yo. En la universidad era la estrella del equipo de baloncesto, y no precisamente por ser bajito.

—La dirección del bufete, o sea yo, ha decidido aceptar casos *pro bono* a partir de ahora. Y te los he asignado a ti. Todos ellos. Decenas y decenas de solicitudes esperando a ser llevadas a los tribunales.

—¡¿Qué?! ¿¿Por qué??

—Como siempre te has quejado de que a Maddox solo le importaba el dinero... Haz memoria. ¿No eras tú la que proclamaba a los cuatro vientos que le encantaría hacer cosas por amor al arte? Solo quería hacerte feliz, Poppy. ¿Puedes culpar a un hombre por eso?

Liam era justo la clase de persona que siempre encontraba el modo más retorcido de brindarle felicidad a una. Cuidado con lo que

deseas, porque los deseos se tuercen. Un genio de la lámpara con un sentido del humor demasiado cínico.

—¿De cuántos casos estamos hablando exactamente, Liam? —pregunté con una paciencia que rozaba el intento de homicidio.

Él torció los labios en un gesto de desdén, miró al techo y fingió contarlos. Evidentemente, conocía la respuesta al más mínimo detalle. Solo estaba siendo un cabrón insufrible.

—Diez. Quince. No más de veinte, en todo caso.

—¡¿Veinte?! ¡Esto me va a tener en la oficina hasta las tantas de la noche durante toda la semana!

—Lo sé. ¿No es estupendo? Imagínate lo bien que te vas a sentir contigo misma cuando hayas ayudado a toda esa buena gente. ¿Qué te parece si esta noche cenamos sushi? Yo también tengo mucho trabajo atrasado. Podemos trabajar juntos. Como en los viejos tiempos. ¿Eh? ¿Qué me dices? ¿Hacemos las paces?

—Te odio.

—¿Puedes odiarme mientras encargas la cena? Yo quiero lo de siempre. Pero pídeles que echen más salsa de soja. Sin salsa, las cosas como que no saben a nada, ¿no crees?

—No voy a encargarte la cena. ¡No soy tu puñetera secretaria!

—Cierto. Mi secretaría llevaría ropa sexy. Los primeros tres botones de tu camisa los quiero fuera. Suéltate ese recogido, ahuécate la melena y…

—Sal de aquí antes de que sucumba al homicidio.

Me frenó con las palmas.

—Está bien, Beverly Sutphin[12]. Tú ganas. Me voy. No te sulfures. De todos modos, tengo cosas que hacer. Llevar un bufete no es tarea fácil. *Pompeya* —al subrayar mi nombre, se inclinó y adoptó un aire de lo más solemne. Decía que mi nombre era el de una reina y que merecía la mayor de las consideraciones.

—Liam —rezongué yo entre dientes, harta de su teatralidad.

Me guiñó el ojo y yo le di con la puerta en las narices.

—Capullo —bisbiseé mientras me acercaba al montón de carpetas que él había amontonado encima de mi escritorio.

Las miré con aire desbordado, me hundí en la silla y volví a maldecir a mi recién estrenado jefe.

Mi vida sentimental tendría que esperar un poco más. El trabajo siempre había sido lo primero para mí.

A fin de cuentas, ¿no era esa la causa por la que aún seguía soltera?

*****

Tras una mañana infernal en la que no había parado de hacer fotocopias y rellenar impresos, apagué el ordenador y cogí el bolso para irme a comer.

Fiel a mis propósitos de Año Nuevo, acordé conmigo misma ir a la Casa de las Ensaladas y pillar el almuerzo más ecológico y saludable de toda la carta.

Me estaba peleando con la cremallera del abrigo, cuando Liam salió del despacho contiguo al mío y echó a andar a mi lado. Su irresistible expresión neutral me sacaba de quicio. Le daba un aura demasiado sexy.

—Montgomery.

—Taylor.

Caminamos en silencio, sin mirarnos. No iba a ser yo la primera en ceder.

—¿Dónde vamos a comer hoy?

Ja. Siempre que nos peleábamos, Liam era el que daba el primer paso.

Conseguí por fin cerrarme el abrigo. Solo entonces levanté el rostro y le lancé una mirada seca y elocuente.

—¿Qué parte de *te estoy evitando* no has entendido aún?

—No puedes evitarme. Eres mi MAPS.

—¿MAPS? ¿Eso qué es?, ¿un GPS que te indica el camino hacia la decencia?

Se rio, desvelando unos dientes blancos y rectos, y negó. Intenté no fijarme en que, cuando reía, era tan guapo que cortaba el hipo.

—¿Eh, hola? ¿Tú en qué mundo vives? Mejor Amiga Para Siempre.

—Ah, lo siento. Resulta que soy algo mayorcita para ver *Gossip Girl*.

—Ja ja —ironizó él—. Y cuéntame, ¿qué tal tus vacaciones? Si no has estado pensando en mí, y es evidente que no lo has hecho, porque de lo contrario habría recibido al menos una llamada tuya en plan *¡Feliz Año Nuevo, Liam! ¿Qué tal lo estás pasando en el trabajo? Dios, cómo echo de menos tu insoportable buen aspecto.*

—Oh, por favor. Yo no tengo esa voz ridícula. Y jamás echaría de menos tu insoportable buen aspecto.

—¿En qué has gastado tus dos semanas de vacaciones? No habrás quedado con ese ligue tuyo, ¿cómo se llamaba?

—Jon. Sin la h. Y no, no le he visto.

—Pues qué pena. Debería verte ahora ese Jon sin la h.

—¿Por qué lo dices?

Liam me dispensó una mirada irritada, pulsó el botón del ascensor y hundió las manos en los bolsillos.

—¿Bromeas? Poppy, estás estupenda. Se arrepentiría de haber cortado contigo. Mírate. Te conservas mejor que las mujeres de tu edad.

—¡¿Las mujeres de mi edad?! Me parece a mí que tú vas a dormir calentito esta noche, cielo.

—¿Quieres dejar de sulfurarte por todo lo que digo? Era un cumplido.

—Pues en vez de leer cosas soporíferas, deberías leerte blogs sobre cómo piropear a una mujer, porque ahí, señor Taylor, tú eres un desastre con patas enfundadas en zapatos de marca.

Ceñudo, Liam echó una ojeada a sus zapatos. Eran negros. Muy brillantes. Él era muy clásico en cuanto a la vestimenta.

—Qué graciosa. Hilarante.

—¿A que sí?

Llegó el ascensor y, por fortuna, se calló durante un rato. Estaba entretenido leyendo mensajes en el móvil.

—¿Cuál de tus novias? —pregunté, cotilleando por encima de su hombro.

—Sarah.

—¿Qué le pasa ahora?

—Se ha quedado encerrada en el baño y no sabe cómo abrir la puerta.

—Pobrecilla. ¿Y qué le has dicho?

—¿Que quite el pestillo? —me propuso Liam, recalcando la obviedad del asunto.

Lo miré meneando la cabeza.

—¿En serio? ¿Dónde las encuentras?

—En Tinder, básicamente. Algunas veces en bares o discotecas. Y cuando me apetece algo realmente sofisticado, en exposiciones de arte.

Vaya. Así que era un depredador de costumbres fijas. A lo mejor yo debía tomar nota. Hacía mucho que no pillaba cacho.

—¿Y no te cansas nunca de lo mismo?

El ascensor abrió las puertas y Liam y yo, junto a otros compañeros del despacho, salimos como niños después de una larga jornada escolar. Es decir, todos disparados.

—No. Mi estilo de vida me complace bastante. De lo contrario, lo cambiaría.

—Tiene lógica.

—Eso mismo pienso yo.

Se dio prisa por sostenerme la puerta y luego me siguió fuera. Lo primero que hice al salir fue encenderme un cigarrillo. Liam hizo lo mismo. Maldito vicio.

En las últimas horas, una oleada de aire polar se había desplegado sobre la ciudad y hacía un viento de narices. ¡A buenas horas! Ahora yo ya no tenía tiempo para deprimirme. Tenía mucho trabajo atrasado.

Me arrebujé en mi abrigo y crucé el paso de cebra junto a Liam, que, aunque no sabía adónde nos dirigíamos, me seguía como un perrito faldero.

Era tan sumamente antisocial que yo era su única amiga en el mundo. En mi mente vi a mi madre acusándonos de mantener una extraña relación de codependencia y diciendo que él era la razón por la cual yo aún seguía soltera.

Qué tontería más grande. Entre Liam y yo no había nada afectivo. Nunca lo había habido.

Salvo aquella única vez de la que nunca hablábamos, claro. ¿Por qué se me había venido a la cabeza tan de repente? Fue hace tanto tiempo que no debería ni recordarlo. Era otra época. Aún se llevaban los ombligos al aire.

«¿Por qué sigo pensando en eso?»

Fue una tontería, vaya. ¿A quién no le ha sucedido alguna vez? Seguro que esto pasa a todas horas. Liam y yo, recién graduados y con ganas de comernos el mundo, acabábamos de ganar nuestro primer gran caso juntos y nos fuimos a celebrarlo al Barry's, un garrito de moda entre la 34 y la 72.

La historia de siempre, bebimos más de la cuenta, bailamos pegados el uno al otro, y un par de carcajadas después, acabamos montándonoslo en el baño de señoras.

Liam intentó decir algo cuando su mente fue capaz de concentrarse en cosas menos lujuriosas, pero corté el mal de raíz. La vergüenza que sentía era tan grande que quería borrar todo lo que había pasado en la última media hora, sus labios acercándose de pronto a los míos, sus manos en mi pelo, mis dedos acariciándole la boca, a Liam dentro de mí, la escandalosa forma en la que me había dejado llevar… ¡¡Dos veces!!

Cada vez que cerraba los ojos, veía sus brazos tensándose por el esfuerzo a ambos lados de mi cabeza, nuestras bocas jadeando la una encima de la otra, sus ojos abrasadores y colmados de deseo clavándose en los míos mientras el mundo se oscurecía a nuestro alrededor y ese momento se convertía en la única realidad que importaba.

—Nunca dirás nada respecto a lo que acaba de pasar. ¿Lo comprendes?

Liam asintió en silencio, con una inusitada seriedad. Jamás volvió a mencionarlo y, con el paso de los años, fue como si esa noche desenfrenada nunca hubiese tenido lugar. Ahora las cosas debían permanecer igual. No íbamos a echar al traste una amistad de quince años por un calentón de una noche.

Lo miré y forcé una sonrisa.

—¿Y por aquí qué tal las cosas? ¿Mucho trabajo estas navidades?

Liam dio una calada antes de contestar. Siempre fumaba con el ceño fruncido, como si el mero hecho lo atormentara. Si yo hubiese sido pintora, nunca me habría cansado de retratarlo.

—¿A que no sabes quién me llamó esta mañana?

Caminábamos deprisa, intentando mantenernos en pie a pesar de las fuertes rachas de viento que se estrellaban contra nuestros rostros.

—Asómbrame.

Escupí el pelo que el aire había colado dentro de mi boca e intenté que los mechones negros que se habían soltado de mi recogido se quedaran enganchados detrás de las orejas.

—El juez Méndez.

Mis cejas se arquearon en un gesto de sorpresa y mis ojos color café se volvieron hacia Liam.

—¿Méndez? ¿Y eso por qué? ¿Quería felicitarte las navidades?

—Ja. Más quisiera. Hay un problema con el papeleo del caso Garde. La defensa ha solicitado una auditoría.

Eso no podía suponer nada bueno. Que alguien externo al despacho viniera a husmear en nuestros papeles nunca era bueno.

—¿Qué problema?

—Dicen que nos hemos quedado, deliberadamente, un documento que certificaba la inocencia de su cliente.

—Espera. —Tiré a Liam del brazo para que se detuviera y, por primera vez en todo el día, los dos nos comportamos con seriedad—. ¿Nos acusan de ocultar pruebas?

—Algo por el estilo.

—Esto es grave. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Lanzó el cigarrillo al suelo y lo apagó con la punta del zapato. Después, se agachó, lo recogió y lo tiró a una papelera.

—¿Es aquí? —preguntó, señalándome el restaurante delante del cual estábamos parados.

—Sí.

Abrió la puerta e hizo un gesto con la cabeza para que pasara yo primero. Apagué el cigarrillo en la papelera de los fumadores y entré.

—No voy a hacer nada —respondió a mi pregunta mientras cerraba la puerta tras de sí para frenar el viento que se estaba colando dentro—. La única manera de demostrar que no lo hemos hecho es permitiendo la auditoría. Así verán que no tenemos nada que esconder.

—Qué marrón más grande.

—Me temo que sí. Puaj. ¿Qué es este sitio?

—La Casa de las Ensaladas. Bienvenido a la comida del siglo XXI.

Liam me miró con gesto condescendiente.

—¿En serio? ¿No había restaurante más repugnante en Manhattan? ¿Te has asegurado de ello? ¿Has consultado todas las opiniones?

Lo censuré con un gesto seco.

—¿Qué tiene de malo este lugar?

—¡No sirven nada que no sea de color verde!

—Claro que sí. Ahí tienes las zanahorias.

—Qué asco. Ni que fuera Bugs Bunny. ¿Pero a ti qué te pasa?

—A lo mejor va siendo hora de que cambies tu dieta. Eres muy... carnívoro.

Le guiñé el ojo tal y como hacía él y, con una sonrisa complacida, cogí una ensalada de pollo y dos manzanas verdes y las coloqué encima de mi bandeja.

Liam, con cara de grima, se decantó por unas verduras cocidas y un plato de salmón.

—Me siento como en el colegio, empujando la bandeja de un lado al otro —protestó, de muy mal humor.

—¿Lo ves? Incluso hago que te sientas más joven.

Me puso mala cara y buscó una mesa libre.

Tras hacer cola para conseguir dos botellas de agua, fui y me senté a su lado.

—¿Qué tal el salmón?

—Odio tus propósitos de Año Nuevo.

—Pues si este te disgusta, espera a escuchar los demás.

—¿Hay más?

Liam me miraba con los ojos abiertos de par en par, como un niño asustado, y me costaba mucho contener la risa.

—Voy a ser madre.

—¡¿Estás encinta?!

Su rugido atrajo la mirada de todas las personas de la cafetería. Lo miré con los párpados medio entornados.

—Ya nadie está encinta desde el siglo XIX, Liam. Ahora las mujeres estamos *embarazadas.* Y no sé por qué pareces tan horrorizado. Es lo normal a mi edad.

—¡Déjate de rollos! ¿Hay algo ahí dentro?

Su dedo señalaba mi vientre. Y temblaba ligeramente.

—Todavía no.

Tan grande fue su alivio que se deshizo en un suspiro interminable.

—Menos mal. Qué susto me has dado, joder.

—Pero tengo trescientos cincuenta y seis días por delante para conseguirlo. ¡Enhorabuena, chaval! Vas a ser el tiíto Liam. ¿Qué, no estás entusiasmado?

Su apuesto rostro se volvió a llenar de estupor.

—No me jodas. ¿En serio? ¿Ahora quieres ser madre?

—Sip. Es mi nuevo propósito en la vida.

—¡Venga ya! Cómo odio las putas navidades.

Me reí mientras él se desplomaba teatralmente sobre la mesa. Era tan payaso a veces… ¿Cómo no quererle?

¡¿Quererle?! Mi expresión risueña se congeló al instante y mi mente se volvió loca para buscar una explicación razonable. ¿Por qué había empleado el verbo *querer* precisamente ahora? Ay, madre. ¿Qué significado tenía todo eso?

Tras unos frenéticos momentos de pánico, decidí tranquilizarme. Qué significado ni qué significado. Si yo no quería a Liam, joder. Solo quería arrancarle la camisa y montármelo con él encima de la fotocopiadora. Duro, pasional, lento, tierno… De todas las maneras posibles.

Ay, Dios. Eso tampoco pintaba demasiado bien.

«Vamos a calmarnos un poco, ¿eh? Esto le pasa a todo el mundo. No tiene nada que ver con el amor. Es una simple reacción animal causada por unas hormonas pre menopáusicas. Tú, ni caso».

—¿Qué tal la comida? No está tan mal como parecía, ¿no? ¿Adónde vas?

—A suicidarme —replicó Liam, gruñón.

—Ah. Muy bien. Pero vuelve pronto, que se te va a enfriar el salmón.

Estaba ya en mitad de la cafetería, pero se volvió y desde ahí me fulminó con la mirada. Le dediqué mi sonrisa más dulce.

—¡Yo también quiero sal! —grité a su espalda.

Se volvió a girar para mirarme.

—Me horroriza lo mucho que me conoces.

—Normal. Conmigo no puedes hacerte el misterioso. Y por eso probablemente sea la única mujer de esta isla que no está enamorada de ti.

Uy. Me puso tal cara que decidí concentrarme en mi plato de comida. ¡De inmediato!

[1] *Due diligence:* exhaustivo análisis del estado de una empresa, que es llevado a cabo por auditoría externa antes de la firma de un contrato.

[2] Nancy Laura Spungen fue la novia de Sid Vicious, bajista de la banda de punk rock *Sex Pistols.*

[3] Canción *Cold Little Heart*, *Michael Kiwanuka,* 2017, discográfica Polydor

[4] Poema *Soñé contigo esta noche*, de Paul Verlaine

[5] Canción *Can´t help falling in love*, Elvis Presley, 1961, discográfica RCA Victor

[6] Canción *Can´t help falling in love*, Elvis Presley, 1961, discográfica RCA Victor

[7] Canción *Can´t help falling in love*, Elvis Presley, 1961, discográfica RCA Victor

[8] Canción *Can´t help falling in love*, Elvis Presley, 1961, discográfica RCA Victor

[9] Canción *Can´t help falling in love*, Elvis Presley, 1961, discográfica RCA Victor

[10] Canción *Stand by me*, Ben E King, 1961, discográfica ATCO Records

[11] Ref. Cuadro *El Grito*, de Edvard Munch

[12] Ref. película *Los asesinatos de mamá* (1994).